3 1761 08166240 5

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO VII NÚM. LXXIII

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

ENERO 1895

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074

462626

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 71
no. 73-75

LOS TRES ARCOS DE CIRILO

I

Don Dámaso Hinojales, modesto empleadillo en Hacienda, atenido á un sueldo escaso y con descuento, y á una renta patrimonial nada pingüe, mermada además por los tributos y las malas cosechas, tuvo en cambio la fortuna de que Dios le diese un solo hijo, y la satisfacción de que el chico saliese tan despejado, guapo y agradable, que la parentela, las vecinas, los amigos y amigas de la casa, y hasta los compañeros de oficina y los porteros del ministerio auguraron al retoño brillante porvenir.

Quedó la esposa de D. Dámaso delicada y resentida del trance de parir, y la ciencia pronosticó que ya no descendería más la bendición del cielo sobre aquel hogar honradísimo. Seguros los esposos de que Cirilo—este nombre habían puesto á su heredero, por ser el mismo del papá de D. Dámaso—sería su única prole, como era ya su única alegría y orgullo, dedicáronse, hasta donde se lo permitían sus medios, á cuidarle y á adornarle con todos los primores de una rara y selecta educación. Llegó á constituir en ellos una especie de monomanía el afán de educar bien á su hijo. Eran los padres de Cirilo en extremo ahorrones y metódicos; realizaba la madre prodigios de economía, y el padre se contaba en el número de esos hombres de bien pacatos y tímidos, que salen de su casa con una peseta en el bolsillo del chaleco, y vuelven con ochenta y tres céntimos que entregan religiosamente á su consorte. La madre, más vivaracha y despierta, azuzaba al padre, y le impulsaba á buscarse la vida, consiguiendo, en su ansia de reunir algún dinerete

que gastar en profesores, libros y colegios para Cirilo, que Don Dámaso obtuviese unas cuantas pequeñas administraciones y llevase los libros de un comerciante, y granjease, por medio de estos trabajos desempeñados á las horas que la oficina dejaba libres, un sobresueldo no despreciable, pues al fin muchas pajitas hacen pajar. Los excelentes padres se privaban de toda distracción y huían como del diablo del gasto superfluo: los gabanes de D. Dámaso sufrían más reviravueltas que las convicciones de un político vividor; los vestidos negros de doña Clara, de puro llevados y traídos, parecían verdosos ó color de ala de mosca, y mientras presentaban á su unigénito el jugoso *beefsteack* ó el suculento y amarillo cuarto de gallina, saciaban los esposos su propio apetito con una platada de garbanzos ó un guisado de habichuelas. Para el chico no había de faltar su reconfortante vino puro, ni menos la nutritiva carne, que, según doña Clara, "carne cria„.

Porque es de advertir que los padres de Cirilo, en su propósito de completar y perfeccionar la obra de la naturaleza, que les había regalado un chico tan despabilado, bonito y gracioso, no sólo pretendían adornarle con todos los requilorios de la ciencia y la sabiduría, sino atender con celo á su desarrollo corporal, y que la mente sana del rapaz se encerrase en un organismo sano también. Aunque apocado y sin chispa, D. Dámaso no era lo que se llama un ignorante, ni mucho menos: había leído y leía, siempre que se lo consentían sus quehaceres, libros serios y de meollo, y desde que tuvo sucesión prefirió los pedagógicos, llegando á penetrarse bastante de las teorías más flamantes y nuevas, y, sin prendarse exclusivamente de ninguna, hizo él allá á su modo una conciliación ó sincretismo de todas ellas, tomando algo de los sistemas rancios y pasados de moda, y otro poco de los que más se campanean hoy en el extranjero, y por aquí apenas se conocen. De su composición de lugar sacó en limpio D. Dámaso que, poseyendo el hombre un conjunto de órganos que llena cada uno importante fin en la maravillosa máquina del cuerpo ó en el juego de las funciones intelectuales, hay que dar á estos órganos lo suyo equitativamente, sin tacañería y sin prodigalidad derrochadora. Bueno será—pensaba D. Dámaso—meterle á un chico en la cabeza el mapamundi de la sabiduría; pero también conviene que ese mapamundi descanse sobre un pie fuerte y sólido, que no le permita venirse á tierra. Guiado por esta verdad, D. Dámaso avezó á su hijo á los ejercicios corporales,—desde la gimnasia higiénica, que robustece los músculos y ensancha las cavidades pulmonares, la gimnasia artística y

natural, que enseña la actitud elegante y noble, y la gimnasia atlética, que proporciona á un hombre el medio de salir airoso en lances apurados, hasta el más reciente capricho del moderno *sport,* ó sea el manejo de los variados artefactos cíclicos.—El cariñoso padre, así que notaba que un ejercicio le desarrollaba al muchacho, por ejemplo, el esternón, inmediatamente pensaba en que no se quejasen las piernas, y discurría el modo de compensarlas con la carrera ó el salto; y así que advertía los efectos beneficiosos del sistema en la vida física de Cirilo, al punto se acordaba del cerebro, y ya estaba buscando el mejor maestro y el método más luminoso y seguro para que el chico se familiarizase con el griego, el francés, la lingüística ó la química. Porque es de advertir que en lo tocante á la adquisición de los conocimientos, el padre de Cirilo adoptó la misma táctica de equilibrio y compensación prudente, huyendo de convertir á su hijo en un enfadoso sabio especialista, ó de limitarle á erudito á la violeta, superficial y parlanchín.

Entendía D. Dámaso que importa dominar, no una sola materia, en cuyo caso nos volvemos dogmáticos, exclusivistas é impertinentes, creyendo ó aparentando creer que sólo aquella ciencia significa y vale algo, sino dos ó tres ramas afines, en las cuales adquirimos verdadera superioridad; pero que no por eso deben abandonarse otros estudios, ó cuando menos no deben ignorarse enteramente, pues conviene, como decía cierta eminencia muy respetada por D. Dámaso, asomarse á todos los conocimientos, y tener de ellos un concepto claro y justo, ya que no profundo ni autorizadísimo. Estaba á mal D. Dámaso con los limitados positivistas que reducen á hechos el saber, y quería que su hijo no despreciase la hermosura de esa labor de la mente humana que por filosofía se conoce; pero no transigía con que por eso el chico se perdiese en la abstración, y abandonando la tierra se echase á pasear por las nubes: le quería conocedor y admirador de lo demostrable, y partidario del método prudente y de la realidad tangible. En arte también procuró D. Dámaso no sacar al muchacho de quicio, haciéndole comprender, desde luego, que si no poseer los rudimentos de las artes y desconocer su valor y su puesto en nuestra existencia, que tanto embellecen, decoran y encantan, es digno de un vándalo, tambien sería ridícula pretensión y majadería intolerable que alardease de artista el que no ha recibido al venir al mundo las dotes de la inspiración. Trató, pues, el buen padre de que Cirilo aprendiese, de música y dibujo, lo que puede lograr un aficionado; obligóle á que estudiase la lectura y el modo de recitar versos, género de habilidad que casi na-

die tiene, pues de los que leen en alto apenas se encuentra alguno que no titubee ó tropiece, que dé sentido á las palabras, que las pronuncie como es debido, y que tenga inflexiones de voz delicadas y sonoras, sino falsas, enfáticas y duras; así es que Cirilo no aprendió á leer con un dómine, sino con un actor consumado, lecciones pagadas por D. Dámaso á muy alto precio. También quiso el entusiasta padre que su hijo adquiriese una tinturilla arqueológica, y le costeó algunos viajes cortos para que visitase pueblos y monumentos de España, viajes que debían ser para el muchacho como rayo de luz que barriese de sus ojos las telarañas de la indiferencia. Estos viajecillos aprovecharon á Cirilo para conocer algún tanto la vida práctica, para habituarse á sufrir el calor, el frío, las malas noches y las comidas medianejas, para avenirse á usos y costumbres distintos, perdiendo el mimo de su casa y el miedo á la ajena.

Bien desearía D. Dámaso completar su obra ampliando este capítulo de los viajes, y alargando las correrías de su hijo, no sólo á las más adelantadas y cultas naciones europeas, sino á países remotos, como Norte América, verbigracia, á fin de que actuasen sobre su espíritu, juntamente con las finas, insinuantes y artísticas influencias de nuestra gastada civilización, otras más originales y más juveniles, y, sobre todo, más al diapasón de nuestro siglo. Pero aquí se estrellaban los intentos del excelente padre contra el mayor, más frecuente y más insidioso de los obstáculos, ó sea la falta de ese jugo sustantífico y vital que se llama dinero. Aunque la parsimonia de la esposa y la laboriosidad del esposo realizaban prodigios comparables al de la multiplicación de los panes y los peces; aunque los trabajos supletorios y las diversas ocupaciones que había logrado procurarse D. Dámaso fuera de su empleo le proporcionaban ganancias muy lícitas y no despreciables; aunque los jefes de D. Dámaso, habiendo llegado á considerarle indispensable en el negociado por su asiduidad, inteligencia y práctica, le fueron empujando al ascenso, y al consiguiente aumento de sueldo, es la verdad que así y todo no pudo realizar su sueño de enviar á Cirilo por esos mundos de Dios, á correr cortes y realzar su educación singularísima con la variedad de impresiones y la experiencia precoz que proporciona el rodar por el vasto mundo.

Así y todo, diré en puridad que Cirilo, á los veintitrés años que se dió por terminada su educación, era un pasmo de criatura. Versado especialmente, dentro del terreno de la ciencia, en la filosofía india y en la venerable lengua prákrita, tenía la ventaja de que, como estos dos ramos los han cultivado en España contadísimos in-

dividuos, tan contados que por los dedos se saca la cuenta, nadie sería osado á disputarle la supremacía. En arte tenía Cirilo salero especial para pintar unos caprichosos platitos al humo, que arañados después con un palillo, y barnizados, producían efecto sorprendente colgados en la pared; y demostraba aptitud notable para tocar la mandolina, raro instrumento de la Edad Media, cuyo sólo nombre recuerda mil escenas románticas. En los ejercicios corporales era maestro, y por prurito de aprender, había aprendido hasta á banderillear toros y á subir por cucañas untadas de sebo. Nada diré de su destreza para la esgrima y la equitación, nada de su rejo y vigor para la lucha, nada de su buena gracia para danzar y de sus proezas en el trapecio; únicamente advertiré que por reunir en el muchacho los primores de las educaciones antigua, moderna y novísima, el doctor en idioma prákrito había aprendido un oficio, y con el garbo del mundo echaba gentiles medias suelas á unos zapatos ó preparaba las cañas de unas botas.

Si á todo esto añadís la poca edad, la mucha robustez y brío, la gallarda disposición del cuerpo, la interesante y simpática del rostro, en fin, las prendas todas que esmaltaban aquella joya tan cuidadosamente preparada por D. Dámaso para lucir y resaltar donde quiera que se presentase, podréis comprender que el padre creyese llegado el punto de exhibirla y ostentarla, y que, inspirado por esta idea, llamase á su cuarto á Cirilo en presencia de su madre, y le dijese lo que verá el que siga leyendo.

II

—Hijo mío, bien habrás notado que tu madre y yo no hemos perdonado sacrificio para darte una educación que de fijo, en España, no la recibe ni mejor ni tan completa el mismo rey. En la seguridad de que no habíamos de tener otro vástago más que tú, agotamos contigo todo el cariño y la abnegación que Dios nos había dado sin duda para repartir entre veinte retoños. Nuestras vidas oscuras y sin goce no tienen más significación que la de haberte producido á ti, que sin duda estás destinado á otro vivir diferente,

y tan superior al nuestro, como lo es un diamante á un guijarro. Pero todo tiene sus límites, hijo del alma, y has de saber que tu mamá se siente quebrantadísima de salud, y yo, por mi parte, no ando mejor: el depósito de mis fuerzas se encuentra exhausto. Quiere decir que necesitamos reposar, cuidarnos unas miajas y echarle al cuerpo viejo y en ruinas un reparillo, pues de otro modo se vendría á tierra. Es preciso que tu madre tome una criada más, y tenga ropa abundante y de abrigo, y consulte á un médico entendido, y vaya á aguas donde se le alivie el maldito reuma, y coma bien, y duerma mejor, y se distraiga un poco la pobrecilla con el goce de asistir á algún teatro... en fin, mil cosas que sé que la hacen falta para no dar consigo al traste; y asimismo convendría que yo, rendido del trabajo árido á que me consagré y de forzar la máquina para que este trabajo rindiese lo necesario tenga, buena alimentación, vinito de Jerez, que es la leche de los viejos, libros que me distraigan, esparcimiento que me haga conllevar mis secatonas tareas. Todo esto, Cirilo, en dinero se cifra. Lo que gastábamos antes en tus maestros—¡y cuidado que son caritos los señores maestros en Madrid! y en libros, y en viajes, y en el picadero, y en el gimnasio, y en tantísima cosa como dentro de esa cabeza te hemos metido, ahora vamos á dedicarlo á nuestra comodidad y al cuidado de nuestros molidos huesos. A ti, de hoy más, te miramos como al paladín armado de todas armas, avezado á los ejercicios militares, dispuesto para entrar en la liza, y que sólo tiene que embrazar el escudo, asestar la lanza, y conseguir la victoria.

Cirilo oyó atentamente á su padre, sin interrumpirle ni dar la más mínima señal de impaciencia, en lo cual sin duda ya se revelaban los efectos de la excelente educación y cultura de su espíritu. Y así que vió á D. Dámaso en actitud de quien aguarda respuesta sonrió con agrado y dijo con convicción y sencillez:

—Está muy puesto en razón, papá, todo lo que V. piensa, y le aseguro que para mí será una satisfacción inponderable el que Vds. se cuiden y se regalen cuanto les sea posible, y alarguen así la vida, si cabe, mil años. Bien sé que no me juzga V. tan bárbaro ni tan egoísta que no haya sentido siempre gran repugnancia á verme mejor tratado de lo que se trataban Vds. Vuelvan las cosas á su quicio, y yo señalaré la fecha con piedra blanca: pues como dice el Mahabarata, el padre es el sustento y el vigor del hijo, la cuerda de su arco y la pupila de sus ojos. En esto quedamos, y de esto no hay más que hablar, por ser cosa tan natural, justa y obvia. Pero ya que la magna tarea de mi educación debe conside-

rarse terminada, ya que soy el paladín armado para la lucha, permítame V., papá, que le pregunte: ¿cuál lucha es esa; qué enemigos tengo que combatir y qué victoria es la que debo ganar? O más claro, y dejándonos de decir figuradamente lo que puede expresarse con lisura: ¿qué objeto se han propuesto Vds. al darme una educación tan superior á sus medios de Vds., y á mi categoría social? ¿Qué tengo yo que hacer; á qué debo aspirar; cuáles han de ser mis propósitos y mis actos, para corresponder á los fines de Vds. y para que no se desaproveche y malogre todo lo que por mí han hecho? Esta pregunta ya supondrán Vds. que no se me ocurre hoy, queridos papás; esta pregunta desde hace mucho tiempo me bulle en la boca y en el deseo, pero no me he resuelto á formularla, prestándome á atesorar habilidades y conocimientos sin darme cuenta del para qué, y aguardando á que se revelase mi porvenir. Ea pues: ya que ha llegado la hora, entérenme Vds. de mi providencial misión. ¿Hacia qué punto del horizonte dirijo la cabeza del caballo? ¿Qué empresas solicitan mi actividad y mi valor? Estoy dispuesto... digo mal, deseoso de entrar en la liza á probar mi denuedo y mis fuerzas.

—Ahora—repuso el padre—es cuando empieza la liza para ti. Porque yo, que he sabido dirigir tu educación y consagrar á ella toda la medula de mi pobre vida, no sé, llegado el momento de aprovecharla, de gozar los frutos de mi sudor, decirte dónde y como los vas á recoger. Paréceme que es la educación algo análogo á la vida: un don precioso, inestimable, sin equivalente, pero que no se da á nadie con fin predeterminado ni con la obligación y estricto deber de emplearlo en esto ó aquello; sino que las circunstancias y las aptitudes nos dirigen insensiblemente, y esta dirección sólo es capaz de modificarla el interesado, sin intervención ajena, pues nadie puede vivir en lugar de otro, ni sustituirse á otro en lo esencial. Así pues, hijo mío, al declararnos tu madre y yo exentos del cuidado y gasto de educarte, por creer que hemos hecho lo muy suficiente, te emancipamos en lo referente á buscarte tu rumbo, declarándote intelectualmente mayor de edad, y dejándote dueño de tu albedrío. Posees diploma oficial de dos carreras, la de Derecho y la de Filosofía y Letras, y por lo tanto, te hallas en aptitud de seguir varios caminos, á tu elección; pero en tales diplomas no es, á mi ver, donde has de encontrar la senda que te lleve á la fortuna y á la gloria. Porque si bien tu madre y yo no queremos influir en lo más mínimo sobre la elección del fin á que consagres tu actividad; si bien queremos dejarte una libertad omnímoda

y no echar en la balanza ni el peso de un consejo,—estamos convencidos de que para algo grande y estupendo has nacido tú y te hemos preparado y adobado nosotros, á costa de vigilias y privaciones. A ti te toca, pues, dirigirte, y á nosotros regocijarnos de tu seguro y esplendoroso triunfo.

De aquí no pudo sacar Cirilo á su padre, por mucho que insistió en pedirle opinión que le iluminase sobre tan difícil problema; con lo cual quedó Cirilo sumergido en un mar de confusiones, engolfado en mil dudas y recelos, y al par mecido por las ilusiones más fantásticas y ardorosas, pues el vaticinio de su padre de que á algo inaudito y piramidal llegaría, le excitaba el cerebro, y á cada vuelta del pensar le parecía más verosímil y más probable. Intentaba Cirilo adivinar lo futuro, y creía divisar, entre los limbos de lo que aún no tiene forma ni color, algo como ancha vía enarenada sobre la cual,—á considerable distancia la una de la otra,—se elevaban tres arcadas majestuosas, constituyendo una especie de carrera triunfal por donde pasaba, sereno é impavido, un hombre que tenía su mismo rostro, su mismo talle; que era, en suma, Cirilo en persona. Y Cirilo se estremecía y casi reventaba de placer al considerar la magnificencia, y sobre todo la expresiva significación de aquellas tres arcaditas. La primera, toda entretejida de verde y fresquísimo follaje de mirto, estaba recamada de rosas lindas y muy fragantes, de los varios y vivos colores que tienen las variedades de esta preciosa flor: las había blancas como el sueño de una virgen, de un tono de nácar como las ilusiones de la juventud, amarillentas y pálidas como la nostalgia, encendidas como el deseo, de un púrpura sangriento como la pasión insaciable, sombrías como los celos. De este arco de rosas se exhalaba una fragancia tan exquisita, que enagenaba los sentidos y hacía perder la razón, pero con un enloquecimiento ó trastorno muy grato, más delicioso aun para Cirilo, porque es fuerza confesar que con sus grandes estudios y la complicada mecánica pedagógica de su padre, Cirilo no había respirado rosas de cerca, y no estaba familiarizado con su deleitoso é insinuante perfume. La segunda arcada era de estilo enteramente distinto y de muy diferente materia: componíase solo de bronce y mármol, todo labrado con admirable artificio, sin duda por el cincel del más diestro escultor del mundo, pues no se diría si no que Benvenuto Cellini, con su portentosa maestría, había ahondado aquellos relieves tan perfectos. Representaban asuntos alegóricos, todos referentes á escenas de victorias y de regocijos, de multitudes que se congregan para aclamar

á un triunfador ó á un héroe, de entradas bajo palio en populosas ciudades, entre olas de gentío, que lleva en la mano airosas palmas y á quien parece que se oye gritar *Hosanna;* de desfiles de ejércitos cargados de coronas de laurel y despojos enemigos, y á cuya cabeza marcha un joven gallardo, arrogante, hermoso, con los cabellos flotando al aire, y la mirada destellando júbilo y altivez. Los carros parecían rodar; relinchar los indómitos corceles, hiriendo la tierra con el duro casco; la trompetería, rasgar el aire con sus estridentes sones; el polvo, arremolinarse en densas nubes, que no conseguían, sin embargo, eclipsar el radiante sol de la victoria, cuyos destellos hacen refulgir las armas y encienden una aureola en las pálidas frentes. No se crea que todos los relieves del arco aludían á la gloria militar: en otros se veía á un mancebo rendido de sueño ó de fatiga, descansando la cabeza sobre la mesa donde están esparcidos libros y papeles, y un alado genio, de flotante ropaje, depositaba un beso en su sien, le rodeaba con sus brazos el cuello, y le presentaba una lira, como anunciándole las preces y lauros de la poesía y del arte. En otros lienzos de la arcada aparecían escenas alusivas á luchas incruentas: un sabio entre alambiques y retortas, en el momento de realizar algún descubrimiento portentoso y para la humanidad utilísimo; un gobernante promulgando una ley de admirables efectos, y que los pueblos acogen con clamores de entusiasmo y gratitud. Y así sucesivamente representábanse en la arcada todos los casos en que un hombre, por alguna acción señalada y memorable, se eleva sobre los demás y se convierte en ídolo de la muchedumbre.

El tercer arco, si bien menos poético en su significación que los anteriores, no dejaba de atraer tenazmente los ojos de Cirilo. Era nada menos que de oro purísimo y macizo enteramente: lo que se dice de oro, desde la base hasta el coronamiento y el ático. Y aun esto del oro sería lo que menos resaltase en tan espléndido monumento: lo que completaba su magnificencia y rareza increible eran las pedrerías de que estaba cuajado, y que por su tamaño y limpieza debían de valer un imperio. Desde el diamante claro y fulgente como una estrella, hasta el oscuro granate y el negro ónice; desde la perla de Golconda al zafiro oriental; desde el bezoar de mágicas virtudes á la casta amatista, allí estaban cuantos tesoros la tierra guarda en su seno, cuantas riquezas deslumbran en los sátrapas, todos los ricos minerales en que la naturaleza agotó luces y colores. Y con ser tan sorprendente en el arco portentoso aquella suntuosidad increible, que sólo se ve en los cuentos fantás-

ticos, era lo que menos asombraba, pues una cualidad rarísima se advertía en él, y es que hacia su base confluían muchas sendas que formaban como una estrella de innumerables radios; y estas sendas, que partían del arco, se bifurcaban después y se repartían en otras infinitas que á su vez iban subdividiéndose, y abarcando todos, absolutamente todos los caminos del mundo, sobre el cual se tendían á manera de sutil red, sin que en el espacio del planeta pudiese decirse que existía ningún lugar al cual no se pudiese llegar pronto partiendo del arco de oro. Y no es eso sólo, sino que, cuanto más se aproximaban al arco, más fáciles, anchas y practicables se hacían las sendas, de modo que podía asegurarse que tomando el arco por punto de partida, ni el viajero erraría la ruta, ni le detendría ningún obstáculo.

Al pronto Cirilo quedóse un tanto perplejo, discurriendo cuál de las tres arcadas escogería para pasar por ella. Las tres le parecían encantadoras, dígase la verdad: dulcemente atractiva la de mirto y rosas; noblemente incitante la de bronce y mármol; tentadora y mágica hasta lo sumo la de oro y piedras. Y después de recapacitar y de sumar y recontar sus propios méritos, determinó Cirilo que pasaría sucesivamente bajo las tres.

III

Adoptada esta resolución, ni más ni menos que si las arcadas vistas durante una especie de sueño con los ojos abiertos fuesen tan reales y verdaderas que las estuviese tocando con las manos, Cirilo empezó á pensar en cómo se obtienen á la vez los triunfos del amor, de la ambición y de la omnipotente riqueza. Y aquí, naturalmente, empezaron sus perplejidades.

Bien se le alcanzaba á Cirilo—aunque poco versado en la ciencia del vivir—que por mucho que supiese y valiese, por mucho que le adornasen los estudios y las gracias de la persona, estos méritos son como el diamante en la mina, y sólo al contacto de la sociedad refulgen y descubren sus luces y sus quilates. Para que el mérito de la piedra preciosa pueda estimarse, menester es que por algún

medio lleguen á enterarse las gentes de que existe, y necesario sobre todo que las ocasiones y las circunstancias faciliten los medios de que brille y sea contemplada. En resumen, Cirilo comprendía que era indispensable cimentar el edificio de su futura grandeza, felicidad y renombre, pero no veía ese pícaro cimiento, ese cabito en pos del cual, tirando bien y con maña, había de venir toda la madeja de un destino incomparable y deslumbrador.

Cirilo y su familia apenas trataban á nadie, pues no pueden asimilarse á lo que entendemos por *trato* las relaciones esencialmente interesadas y secas con maestros y catedráticos, y hasta con compañeros de aula, hoy que se ha suprimido la fraternidad escolar. Los padres de Cirilo por modestia y por evitar gastos; Cirilo por haberse abstraído completamente en sus estudios y en los ejercicios que los completaron, carecían de relaciones, y mucho más de relaciones lucidas, de esas que ponen en conveniente evidencia, siendo como pedestal donde se destaca la figura. Con todas sus sabidurías, sus habilidades y sus gracias, nuestro Cirilo era en la corte uno de los infinitos sujetos anónimos que pasan y repasan sin que nadie vuelva la cabeza para concederlas la limosna de una mirada, de un elogio, ó de una murmuración. Ciertamente que si las aspiraciones de Cirilo hubiesen sido modestas y al alcance de la mano, podía empezar á lograrlas bien pronto, pues los jefes de don Dámaso y hasta el propio ministro del ramo de D. Dámaso, estimando con justicia la asiduidad y la inteligencia de empleado tan probo, no se negarían á buscar para su hijo una plaza subalterna, desde la cual, por sus pasos contados y con gran cachaza y formalidad y algún favor, iría ascendiendo hasta lograr, al fin de su vida, la categoría de su padre ó cosa análoga. Tampoco le sería difícil á Cirilo, después de tanto quemarse las cejas, hacer oposiciones á una cátedra, lo cual le aseguraría un mezquino sueldo y la probabilidad de vender á cinco duros el libro de texto que valiese tres pesetas; ni menos le faltaría el indigesto recurso de dedicarse á dar lecciones particulares, ó de meter la cabeza en la redacción de un periódico, ó de buscar un establecimiento comercial donde le dedicasen á llevar la correspondencia extranjera, ó de ingresar en la carrera jurídica, ó... Lo malo es que por ninguno de estos senderos veía Cirilo que se pudiese llegar ni siquiera á acercarse á las tres hermosas y sugestivas arcadas. Para recorrer cualquiera de esos caminos largos, oscuros, deslucidos, y fatigosos reconocía Cirilo que le sobraban más de las tres cuartas partes de su brillante y escogidísima educación. Para la cátedra, podrían ser-

vìrle, sinó el prákrito y la filosofía india, la química ó el griego, pero tendría que prescindir de la pintura, la música, la equitación y la arqueología. Para la redacción del periódico no le vendrían mal sus conocimientos generales; pero las especialidades le estorbaban y la filosofía érale completamente inútil: quizá no le faltaría ocasión de ejercitar la esgrima del palo. En resumen, para cualquiera de las varias direcciones que podía elegir, Cirilo comprendía que bastaba con muy poco de lo aprendido, practicado y trabajosamete adquirido, y que si se trataba de ser catedrático, juez, empleado, periodista, ó cosa por el estilo, no debió haber madrugado tanto la guarnición como suele decirse. Cirilo no pensaba emprender carrera artística, dedicándose, por ejemplo, á la música, á la pintura ó á las letras, pues si bien de todo esto poseía nociones y no cabía considerarle un profano, se le alcanzaba que para el arte es preciso haber nacido con especialísima gracia y disposición y llevar dentro del alma un no sé qué, y á la vez una afición invencible á ejercitar esos naturales dones, perfeccionando y desarrollando así la obra de la naturaleza, y llegando á dar á las facultades todo su empleo. Y Cirilo no notaba en sí afán de cultivar las artes cuyos rudimentos había adquirido, ni particulares disposiciones para ninguna de ellas. Asistía á un concierto, y se quedaba frío; tenía delante un cuadro de Velázquez ó de Rembrandt, y sólo se le ocurría que estaba muy bien pintado; leía á Goëthe y á Homero, y aunque no dejaba de saborear sus obras maestras, no advertía prurito de lanzarse á escribir ni una mala redondilla. Confuso por esta especie de indiferencia, discurrió Cirilo si sería la ciencia su vocación preferente; pero tampoco por este lado vió luz, pues si no aborrecía al estudio y no le parecían tediosos los libros, ya era mayor su deseo de ver mundo y de iniciarse en los misterios de la sociedad, que el de continuar tratando asiduamente á la señora Urania. En suma, Cirilo, mirándose y remirándose hacia el espíritu, no consiguió averiguar donde ardía la chispa misteriosa. Pero aunque no columbraba siquiera cómo escalaría las cimas, Cirilo estaba completamente seguro de escalarlas, y no con pacientes esfuerzos, con trabajo diario y asiduo, sino por un golpe de varilla mágica, ó, mejor dicho, por imposibilidad absoluta de que la cantidad de fuerza sumada en él no cautivase á la suerte, trayéndola á sus pies enamorada y rendida. Esto sí que no podría fallar: tan seguro como el maná para los israelitas en el desierto. Una cosa era que no se sospechase cuándo ni cómo acudiría, y otra que acudiría la suerte, sin falta, y generosa y rendida. Si no ¿á qué tanto trabajo y tanto esfuerzo invertido en la labor de su

educación? Recordaba Cirilo que los libros sagrados y los poemas de la India hablan de ciertos bramanes que han sufrido maceraciones tan horrendas, que purificado y concentrado su espíritu, conviértese en eje del universo, y un deseo de los tales bramanes es una orden para la naturaleza obediente. Algo semejante suponía Cirilo que iba á acontecerle, por la cantidad de esfuerzo que su educación representaba.

La misma relativa y aparente inutilidad de muchas cosas que le habían hecho aprender; el carácter puramente ornamental y poético de un lado de su cultura, indicaban que el era un escogido, un ser señalado de antemano para algo inaudito, besado en la frente por la fortuna, como lo fué un día Napoleón. Su destino tenía que ser diferente de tantos y tantos destinos vulgares y prosaicos como veía á su alrededor: en esto sí que no cabía duda; ya la suerte, apoyado el blanco pie sobre la rueda de oro, esperaba sonriendo á dar la rápida vuelta que encumbrase á Cirilo hasta las nubes y le hiciese refulgir entre sus contemporáneos. Si Cirilo poseyese, como el emperador Vespasiano, alguna encina consagrada á los dioses, no le sorprendería verla retoñar prodigiosamente, ni que le dijese el oráculo que por alta empresa que meditase, podía estar seguro del éxito feliz.

En tal disposición de espíritu Cirilo, y mientras pasaban los días sin que acabase de elegir ocupación ni carrera, un día que paseaba por matar el tiempo, encontróse de manos á boca con su antiguo profesor de esgrima, italiano inofensivo y bonachón, que respondía al terrible nombre de Aquiles Tagliatesta. Siempre se había mostrado el tal Aquiles cariñoso y bien intencionado con Cirilo, y donde se tropezaban discípulo y maestro se saludaban afectuosamente, preguntándose por su vida con gran interés, y acostumbrando Aquiles decir á Cirilo que si hallaba ocasión de servirle y serle útil, no la desperdiciaría. Esta vez conoció Cirilo, en el aire misterioso del italiano, que algo muy importante tenía que comunicarle; y acertó, porque el maestro de esgrima, después de arrastrarle á un cafetucho, donde se sentaron en actitud de despachar dos colmados tanques de cerveza, le enteró de que tenía para él una excelente noticia, ó, para hablar con propiedad, una excelente colocación, verdadera ganga, que ni buscada con un candil. Mientras el italiano, con la hiperbólica facundia de su raza, ponía la colocación en las nubes sin decir aún en qué consistía, Cirilo pensaba que, fuese lo que fuese, no sería sino una miseria, bien inferior y diferente de lo que él aguardaba y se prometía. Así fué que oyó al italiano con una

calma y una frialdad que dejaron parado al buen hombre, pues creía ofrecer á Cirilo cosa equivalente al premio gordo.

Tratábase nada menos que del puesto de secretario íntimo y particular del duque de Ambas Castillas, personaje empingorotado por todos conceptos, excelso en linaje, pingue en hacienda, cargado de honores, y que precisamente en aquel momento desempeñaba altísimo puesto en la gobernación del Estado. Lo que Tagliatesta brindaba á Cirilo, no era un empleo, sino un cargo privado, que ejercería desahogadamente en la misma casa del duque, espléndidamente retribuido, comiendo á su mesa, tratado con suma distinción, y puede decirse que formando parte de la familia é investido con toda la confianza del magnate. Adelantándose á las preguntas que pudiese dirigirle Cirilo, Aquiles explicó que el duque, asediado por compromisos politicos, y acosado por recomendaciones todas de gran fuerza y peso, no había encontrado más medio de salir del apuro que dejarles iguales á todos, y buscar un secretario desconocido, que no le hubiese recomendado nadie, y á quien solo abonasen sus propios merecimientos y condiciones. A este fin el duque investigó, escudriñando con maña aquí y allí, sobre todo en esferas sociales donde los intereses políticos no están en juego, y puede dejarse oir la voz de la verdad. Acostumbraba el duque hacer armas dos veces por semana á domicilio, bajo la dirección de Aquiles, y por el maestro de esgrima había averiguado la existencia de un mancebo de modesta posición, edad conveniente, instrucción maravillosa, y que en carácter, modales y figura, era cortado á la medida para el cargo que deseaba conferirle el duque. No bastándole los informes de Tagliatesta, había tomado lenguas, enterándose de multitud de detalles á cual más propio para confirmar los encomios del maestro de esgrima.

Supo la honradez, la competencia y el intachable comportamiento de D. Dámaso; se enteró, no sin sorpresa, de lo escogido y variado y extraño de la cultura de Cirilo; encareciéronle su simpática apostura y no común discreción; se cercioró de que no estaba afiliado á ningún partido, ni conocía á nadie, ni era, en suma, sino una tablilla cubierta de cera y lisa y rasa, preparada á recibir lo que grabasen en ella. Resolvió el duque grabar, por medio de la liberalidad y los beneficios, la lealtad y la gratitud; determinó pagar bien y tratar óptimamente al joven secretario, y descargar en él el peso de ciertas tareas que ya le iban siendo enojosas, como extractar libros, recoger citas y argumentos para contestar á contradictores, redactar discursos, manifiestos y correspondencia delicada y peliaguda,

y, en suma, tener en el mozo Hinojales un otro yo, pero un yo joven, sabio, activo, diestro y que podía ahorrar al verdadero yo ducal y político infinitas molestias. Hasta fué lisonjero para el duque saber que su futuro secretario era profesor en la esgrima, el tiro al blanco y la equitación, pues nada hubiese desagradado tanto al elegante señor como tener que habérselas con un pedante tímido y apocado, y le deleitaba encontrar un erudito forrado en *sportman* y fácil de transformar en *dandy*. Propúsose, pues, que el secretario quedase tan satisfecho de su situación, que no pensase en dejarla por otro puesto ninguno.—Y ocho días después de la conferencia con Aquiles en el café, Cirilo, instalado ya en el palacio de Ambas Castillas, se ponia por primera vez de su vida el frac, para bajar á comer servido por criados de calzón corto.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Concluirá).

GOYA

PRIMERA PARTE

La personalidad de Goya es tan importante en la historia del arte, que son muchos los escritores que se han ocupado en escribir su biografía y en hacer juicios de sus cuadros y grabados; pero por lo mismo que ha llamado tanto la atención, se ha querido hacer de él lo que no fué; se ha inventado su leyenda, se han interpretado sus obras caprichosamente, y copiándose unos escritores á otros, ha resultado cierta unidad de opiniones que da á la fábula aspecto de verdad.

Lo más importante que se ha publicado en España acerca de Goya es: el libro sobre *Los Tapices,* de Cruzada Villaamil, lleno de datos curiosos sacados del archivo del Palacio Real; unas *Noticias biográficas,* pequeño opúsculo en que D. Francisco Zapater y Gómez dió á conocer fragmentos interesantísimos de algunas cartas del famoso artista; y después un libro sobre Goya del señor conde de la Viñaza, libro cuya mayor importancia está en el catálogo descriptivo que contiene, si bien la obra toda es muy recomendable. Lo demás se reduce á artículos de revistas y periódicos, como los publicados por Carderera en el Artista en 1835, y otros dos en francés en los tomos VII y XV de la *Gazette des Beaux-Arts;* los de Enrique

Mélida en *El Arte en España;* de D. Pedro de Madrazo en el Catálogo del Museo del Prado, en el *Almanaque de la Ilustración española y americana* para 1880, y en su libro *Viaje artístico;* de D. Manuel Ossorio y Bernard en su *Diccionario biográfico* de artistas del siglo XIX. Incidentalmente han tratado de Goya Ferrer del Río, Cañete, Ribera, Gallardo y otros.

Los franceses han trabajado quizá más para dar á conocer á nuestro artista, habiendo tratado de él en la *Revue enciclopedique,* 1832; en *Le Magassin pittoresque,* 1834; *Les Mussée de l'Espagne,* par Viardot, 1839; *Tras los Montes,* par Th. Gautier; *Gabinet de l'amateur,* por Piot; *Archives de l'art français,* por Paul Mantz; *Histoire des peintres* y *La Peinture Espagnole,* por Paul Lefort. Otros varios escritores y publicaciones dedicaron artículos y grabados á Goya.

M. Charles de Iriarte, Paul Lefort y Laurent Matheron escribieron libros dedicados especialmente al asunto. La obra más voluminosa es la de Iriarte, desgraciadamente no todo lo buena que debiera ser, pues ni tuvo siempre fehacientes datos, ni las ilustraciones que la acompañan son buenas más que para desacreditar al maestro. Lo mejor de este libro es un ensayo de catálogo que me ha facilitado dar el que doy, algo más completo. M. Iriarte escribió posteriormente en el tomo IX de la revista *L'Art* unos muy buenos artículos sobre los grabados de Goya, en que modifica algunas de las ideas que tenía cuando publicó el libro. El estudio que M. Lefort hizo de los grabados es tan concienzudo, que ha dejado muy poco que hacer en este asunto despues que él, como no sea refutarle algunas malas interpretaciones que acoge. M. Matheron, aparte de algún curioso dato relativo á la estancia del pintor en Burdeos, se deja llevar completamente de su fantasía, presentando á Goya como un espadachín y galán de ópera cómica.

He consultado todos los autores que cito y he procurado ver todos los cuadros que catalogo, muchos de los cuales conozco de antiguo, de modo que no escribo de oídas. He procurado también no inventar nada para dar carácter al personaje,

sino deducirlo todo de su correspondencia y de sus obras, desechando cuentos y tradiciones sin fundamento.

De toda persona notable se ha hecho siempre la leyenda; lo original y fantástico del genio de Goya se prestaba más á ello; porque nuestra imaginación nos lleva siempre á querer encontrar relación perfecta entre las obras de un autor y su carácter y costumbres. Todos los días estamos presenciando la admiración que causa el que hombres que profesan las ideas religiosas ó políticas que creemos más inmorales y disolventes, sean en la sociedad corteses y honrados caballeros, amantes de su familia y de sus semejantes, al mismo tiempo que de carácter afable y tranquilo; al paso que muchos otros cuya predicación es la humildad, la mensadumbre y la paz, dan muestras de irascibles y hasta de criminales. No quiero decir con esto que todo demagogo sea un santo, y todo buen creyente un perdido; el número de buenos y de malos se encuentra en igual proporción en todas las clases, siendo la gran minoría la maldad; lo que digo es que esta armonía, que siempre suponemos, pocas veces existe, y aunque la experiencia nos lo haga ver, no queremos convencernos. Así es que siempre tendrá más éxito y más creyentes la historia escrita bajo las impresiones de la imaginación que bajo las del frío razonamiento. Nunca me parará semejante obstáculo; porque, aunque sean las menos, también hay gentes para quienes la verdad tiene atractivos, y, á la larga, *razón acaba siempre por tener razón.*

No es sólo la vida de Goya la que creo que se ha desfigurado, sino también la intención de sus obras. Consideradas estas como arte, se cree que ejercieron, ó que ejercen, una influencia que ni él se propuso ejercer ni ha ejercido.

El objeto de este estudio es examinar sin pasión la obra de autor tan interesante, y exponer mis discrepancias de los que han escrito antes sobre el mismo. Según mi primera idea, este trabajo debía ir ilustrado con reproducciones de obras de Goya, y al fin va sin ellas; pero no debe esto lamentarse, porque de

dichas obras nada puede dar idea exacta más que los originales; en toda reproducción pierden mucho más que las de cualquier otro pintor.

I

Estado de la pintura en España en el siglo XVIII.—Nacimiento de Goya.—Vanos esfuerzos de Mengs para variar el rumbo del Arte.—Va Goya á Italia.—Toma parte en un concurso en Parma.—Regreso á España.—Viene á Madrid llamado por Mengs á pintar modelos para la Fábrica de tapices.—Graba al agua fuerte algunos de los cuadros de Velázquez que se hallaban en Palacio.—Carácter de Goya.—La Riña en la venta nueva.—El Paseo en Andalucía.—No es la duquesa de Alba la señora representada en este cuadro, ni Romero, Costillares, ó Pepe-Illo los otros personajes.—Otros cuadros pintados para la Fábrica de tapices.—Mi opinión sobre los productos de esta fábrica, y la de porcelana del Retiro.—Algunas porcelanas que están en la *Casita del Príncipe,* en El Escorial, y pasan por del Retiro, ¿lo son?

La llegada á España en 1692 del napolitano Lucas Jordán, educado en la escuela de Pedro de Cortona, hizo que nuestra pintura entrase, francamente, en la senda grandiosa y decorativa, adecuada á la que ya de antes seguían la arquitectura y la escultura. Cuando poco después vinieron Amiconi, Corrado y los Tiépolos, la nueva escuela dominaba por completo y tenía dignos secuaces en los González Velázquez y otros maestros españoles.

Goya nació el día 30 de Marzo de 1746 en Fuendetodos (Zaragoza), y á la edad de trece años se trasladó á Zaragoza para estudiar la pintura con D. José Luxán y Martínez, profesor de nombradía, que había aprendido en Nápoles las prácticas dominantes entonces. Se hallaban éstas tan arraigadas, que fueron vanas para combatirlas, tanto las predicaciones de la

crítica clásica, que comenzaba á nacer, como los esfuerzos de Carlos III, que, atendiendo á las reclamaciones de los que pasaban por ilustrados y entendidos en bellas artes, hizo venir al famoso D. Rafael Mengs, pintor y crítico sajón, educado desde su infancia con clásicas teorías que no acertó á desarrollar por completo en sus obras. Pretendiendo armonizar las excelencias del dibujo de Rafael, la gracia de Antonio Correggio y el colorido de Ticiano, no logró tener de estos autores más que el pomposo nombre de Antonio Rafael con que la loca pretensión paterna le dotó desde el nacer; como si fuera posible infundir á los hombres un genio determinado por voluntad preconcebida, ni la facultad especialísima de sustraerse á las influencias de su época. Mengs no logró adquirir las condiciones que su padre exigía, no siendo, aunque á su pesar, más que un barroco sin la práctica y atrevimiento de los barrocos. Sus retratos pueden confundirse, en muchos casos, con los de los pintores franceses de la corte de Luis XIV; su colorido en nada se parece al de Ticiano; su ejecución es tímida y trabajosa; y aunque tal vez es más correcto en el dibujo que sus contemporáneos, no responde á sus pretensiones de carácter *rafaelesco*.

Dió más muestras de saber y talento en los frescos y los retratos, que en los cuadros al óleo. Alcanzó una reputación europea, que merecía, pues si no fué un genio, tuvo mérito indisputable. Contribuyó mucho á aumentar su fama la circunstancia de que sus teorías estaban conformes con las de las personas eruditas é influyentes y de las academias que pretendían dar nueva dirección á la marcha del arte.

A pesar de todo, en España, donde más trabajó para formar escuela, se notó muy poco su influencia. Bayeu, Maella, Castillo, Ferro, y cuantos españoles se distinguieron en la pintura por aquel tiempo, no se apartan apenas de la senda trazada por Jordán y Corrado, que era por cierto la mejor para el género de obras decorativas á que se dedicaron. En altares de iglesias oscuras de nada sirven cuadros acabados, llenos de

detalles que se han de perder, ni entonaciones sombrías que los hagan invisibles. Delicadezas de detalle en los contornos y finezas de expresión, son tiempo perdido cuando las obras se han de colocar á la enorme altura de una bóveda. A una arquitectura de efecto, decorativa y grandiosa, correspondía una pintura adecuada, y ninguna otra llenaba mejor estas condiciones; porque para que haya unidad y conjunto, es menester en todo monumento que las tres manifestaciones de las artes del dibujo estén acordes. Conforme á la severidad de líneas del monasterio de El Escorial, no corresponden los excelentes frescos de Jordán que adornan sus bóvedas, con nada podrían sustituirse las pinturas que en la capilla, en la escalera y en los salones del Palacio Real de Madrid dejaron Corrado, Mengs, los Tiépolos, los Bayeu, Maella y D. Vicente López.

Goya se encontró con la escuela barroca triunfante, á pesar de que renegaban de ella los mismos que la seguían. Al cabo de seis años de estudiar en Zaragoza, se trasladó á Madrid á poco de haber sido nombrado académico su compatriota Francisco Bayeu, al que es muy posible viniese recomendado por Luxán, que había sido maestro de ambos. Pasó después á Roma, por su cuenta, según él mismo asegura en diversos documentos; pero sus biógrafos no han averiguado la fecha exacta en que emprendió el viaje. Consta que en 1773 alcanzó un segundo premio en el concurso abierto por la Academia de Parma para pintar un cuadro representando á *Aníbal vencedor contemplando desde lo alto de los Alpes los campos de Italia.*

No conozco esta obra ni ninguna de las que hasta allí hubiera ejecutado, pero es de presumir que obedezcan ya al carácter original que tuvieron las posteriores, ó participen de él algo, por lo menos. Por carta que escribió desde Madrid á su íntimo amigo D. Martín Zapater, se sabe que el 6 de Setiembre de 1775 se hallaba de regreso en la corte; y al año siguiente se casó con doña Josefa Bayeu, hermana de los pintores, don Francisco y D. Ramón. Aquel año se hallaba en Zaragoza cuando fué llamado por Mengs, para pintar modelos para la

Real Fábrica de tapices, tarea con la que comenzó á darse á conocer.

Hallándose ocupado en estos trabajos, grabó al agua fuerte algunos de los cuadros de Velázquez que se hallaban en Palacio; grabados que son, más que verdaderas copias, libres interpretaciones de los originales, en las que se ve la vigorosa individualidad del *traductor*. El dibujo correcto y la elegante distinción que acompaña siempre á las figuras más vulgares del pintor de Felipe IV, desaparecen en los aguasfuertes de Goya, que más parecen hechos de impresión y recuerdo que á la vista de los originales. El dibujo es incorrecto, los tipos encanallados. En la ejecución no se nota la timidez natural del copista, sino el desembarazo del creador y del maestro. Goya ha copiado los cuadros como si copiara el natural, los ha acomodado á su modo de sentir especial. Nadie podrá formarse idea de los originales por los grabados, más que como se forma de una persona por su caricatura; mas no debe creerse por esto que tales grabados son cosa indigna, pues tienen gran valor como obra original. Sus mismos defectos revelan palpablemente el genio y carácter especial, espontáneo é indomable del pintor aragonés, y una manera de sentir propia que ninguna influencia extraña ha de hacer variar.

La idea de reproducir las obras de Velázquez muestra su admiración y afición hacia este autor, revelándose lo mismo en sus cuadros, no como una imitación tímida y servil de discípulo, sino como la simpatía de un hombre creador y de imaginación. Hay algo en los procedimientos de Goya que demuestra la influencia del antiguo pintor sevillano; pero no por esto se parecen en nada éste y aquel.

Velázquez es un caballero que vive entre la etiqueta de una corte ceremoniosa, en la que el misticismo influye en la galantería. Rodeado de magnates y palaciegos vestidos siempre de negro, ó de colores sombríos, de un pueblo de andrajosos y descuidados, envueltos en capas pardas; habitando grandes salones adornados con severidad, y ocupado exclusi-

vamente en reproducir lo que tenía delante, no se le presentaron ocasiones de emplear las esplendentes galas del color que tanto sedujeron á Ticiano y á Rubens. La entonación y el ambiente le impresionaron más que los colores. Los personajes de Velázquez viven en la indolencia ó el aburrimiento; el único cuadro en que la vida se presenta un poco más risueña y animada es el de *Los Borrachos*. Allí con intención, y en *La Adoración de los reyes*, sin ella, es donde algunas figuras tienen carácter vulgar; en sus demás cuadros aun el bufón más miserable, ó el enano contrahecho, tienen algo de elegante y distinguido.

No se presuma que critico á Velázquez, hablo de lo que pintó, de cómo lo hizo; inútil es que diga que, comprendido el arte como él le comprendió, ni aquí ni en ninguna parte hay, ni ha habido, ni habrá otro que le supere. Es uno de los pocos grandes artistas que registra la historia de la pintura.

Goya vive en otra época y otros centros. Es otra cosa. Es un hijo del pueblo que pasa los primeros años de su vida en un pueblo y una capital de provincia, que recibe escasa educación literaria, según se desprende de la redacción y ortografía de sus cartas: que tiene un carácter violento, cosa que aun cuando proceda de un alma fogosa, viva y apasionada, denota poca cultura social, pues cuando la hay, sin que se apague el fuego interior se templa exteriormente. Así es que cómprende al pueblo, vive y siente como él, sin que el roce con la corte le modifique. No cree, como el vulgo, en brujas, sueños, ni apariciones; pero conserva la influencia de lo que oyó en su niñez, y aunque sea para burlarse de ello, por fantasía ó por capricho, se complace en representarlo.

Le es tan difícil figurarse un tipo elegante y distinguido, como á Velázquez un tipo grosero, aunque en no pocas ocasiones suelen algunas de las figuras *goyescas* tener delicadeza y elegancia. Estas influencias de casta y de raza se hallan mezcladas con otras de su época.

Dotado de espíritu satírico, escéptico y observador, in-

fluido, como muchas personas de su tiempo, por las ideas de Voltaire y los enciclopedistas franceses, tenía ocasión de dar rienda á sus inclinaciones entre una sociedad atrasada, llena de vicios, de hipocresía, fanatismo y miseria. Así es que combate todo esto con el pincel, y por si no es bastante con el grabado, que sobre tener mayor circulación, le permite poner debajo alguna concisa leyenda que aclare y dé más fuerza á la idea.

Todas las condiciones de su genio y carácter aparecen desde sus primeras obras, aun cuando luego, con el tiempo, la práctica en la ejecución vaya aumentando, como era natural. No tuvo que abondonar, como algún crítico supone(1), *la fría rutina de los Maellas*, que nunca usó, sino adquirir firmeza en su peculiar estilo, no tan magistral y atrevido al principio como lo fué después; cosa que á todos los autores sucede. Los primeros modelos que hizo para la Fábrica de tapices se diferencian ya completamente en el dibujo, el color y la intención, de todo lo que se pintaba en aquel tiempo.

Llegó á disgustar mucho al artista trabajar para la Fábrica, tanto por la censura que ejercieron sobre las obras, primero Mengs y después Bayeu, cuanto por lo detestablemente que se tejían las reproducciones y lo desatinadamente que se interpretaban el dibujo y el color; pero la verdad es que nada estaba tan conforme con la índole de sus facultades y aficiones como el representar escenas populares.

Desde las primeras que pintó se descubre un modo de interpretar el natural y de elegir los asuntos muy superior, y completamente diferente del amaneramiento, la falta de carácter y de idea de sus compañeros en estos trabajos.

Nada imaginaron éstos que se aproxime, ni remotamente, á la intención y la vida que encierran *La Riña en la Venta nueva*, y *El Paseo en Andalucía*.

---

(1) D. Pedro de Madrazo: *Almanaque de la Ilustración*, año 1880, pág. 55.

El primero de estos dos cuadros representa una pelea armada entre arrieros y traginantes á la puerta de una venta. La baraja, motivo de la disputa, anda desparramada por el suelo, aprovechándose el ventero del tumulto para apoderarse del dinero abandonado; la ventera, pálida y azarosa, sale á la puerta de la venta dando voces. La mejor parte en la lucha la llevan dos murcianos, de los que el uno tiene sujetos á dos contrincantes por el cuello y por la oreja: habiéndolos derribado al suelo, á pesar de algunos que quieren contenerle. El otro murciano ha caído agarrado á su contrario, al que sujeta debajo, dándole un mordisco en un brazo. Más lejos, un calesero se dispone á arrojar un cantazo al grupo principal para poner paz.

Aunque la ejecución de este cuadro no tenga aquella maestría que Goya logró alcanzar, el movimiento, la animación y la vida de la escena no tienen nada que pedir. Parece que se ve mover á los contendientes, que se oyen las imprecaciones, amenazas y juramentos que arrojan, y el ladrido de los perros que presencian la refriega. Pero, ¡cosa extraña!, la navaja no sale á relucir en lance tan á propósito para ello; sólo se hace uso de los puños y de los dientes. Uno de los que tratan de poner paz tiene una tranca; el ya citado calesero, una piedra. En el suelo hay tirado un gran sable del que nadie se acuerda de valerse. Esto, y el que siendo Goya tan aficionado á pintar reyertas y tan profundo observador, casi nunca pone la navaja en manos de sus héroes de taberna, me hace pensar que nuestros *chulos* han progresado en el empleo de este arma salvaje con respecto á los *majos* del siglo pasado. Hoy, con seguridad no se armaría una gresca como la de *La Venta nueva* sin que salieran á relucir tantas facas como individuos.

El Paseo en Andalucía representa una escena mucho más interesante que lo que el título promete. Veamos lo que dice el «*Inventario de las pinturas que va entregando D. Francisco Goya, que han de servir de ejemplares para por ellas sacar los tapices que han de adornar las Reales habitaciones: su medida*

de alto y ancho por pies y dedos castellanos.» «En 12 de Agosto de 1777 entregó cuatro cuadros que han de servir para el adorno de la pieza donde comen los serenísimos señores Príncipes en el Real Palacio del Pardo.» (El primero fué el ya citado de *La Venta nueva.)*...

«El segundo representa un paseo en Andalucía, que le forma una arboleda de pinos, por el que va un andaluz embozado, con montera á la granadina, con su espada ancha debajo del brazo, á quien una gitana, al parecer, tira del brazo, persuadiéndole á que ande; frente de ellos está uno sentado, con un sombrero blanco redondo, acechando los movimientos de los dos, y á más distancia dos majos en conversación, y á lo lejos tres porciones de figuras; ancho seis pies y trece dedos, alto nueve y trece.»

Lo que el inventario dice es lo que hay en el cuadro, pero es menester ver éste para comprender bien la escena. Se presienten cuchilladas; se le viene á uno á las mientes aquella frase: *¡la que se va armar!*, que es la que indudablemente tienen en los labios los dos guapos que se observan desde el segundo término. Los celos y el coraje animan al embozado que acompaña á la elegante maja, que no tiene trazas de gitana, pero sí de querer apartar de allí á su acompañante para evitar una quimera. El embozado de sombrero blanco de anchas alas, que fué, sin duda, el amante favorecido antes por la hermosa, espera con calma á que su sucesor le interpele para ponerse en defensa; está, como quien dice, *cargándose de razón*. Las tres *porciones de figuras* que se ven á lo lejos, son: un embozado que pasa, y dos mujeres sentadas que no toman parte en la acción.

Hasta hace pocos años no eran conocidos del público estos cuadros (que se hallaban depositados en los sótanos de Palacio), más que por las reproducciones hechas en tapiz, clavadas en las paredes de los palacios de El Escorial y de El Pardo. No sé cómo, ni cuándo, comenzó la tradición popular á suponer que la protagonista del *Paseo en Andalucía* era la duquesa de

Alba, y los amantes rivales los toreros Romero y Costillares, aunque con respecto á estos últimos, algunos quieren que sean Romero y Pepe-Illo. Ignoro también si andando el tiempo la duquesa daría lugar á que entremetidos y chismosos, que nunca faltan, pudieran criticarla su afición á los diestros del toreo, y si estas murmuraciones, muerta aquella señora y muerto Goya, darían lugar á la invención de la leyenda del tapiz; pero lo cierto y positivo es que ni la maja del cuadro es la rival en lujo de María Luisa, ni los galanes embozados hay por donde suponer sean dos toreros determinados, ni siquiera dos toreros. De serlo, de ningún modo Pepe-Illo.

Goya, según el inventario citado, entregó el original á la Fábrica en 12 de Agosto de 1777, y le había pintado algunos meses antes. Doña María Teresa Cayetana de Silva, duquesa de Alba, falleció á los cuarenta años de edad el día 27 de Julio de 1802, según la lápida de su panteón, núm. 704, patio de San Andrés, en el cementerio de San Isidro de esta corte; y por consiguiente, debió nacer en el año de 1762: es decir, que al pintarse el cuadro tenía aquella señora de trece á catorce años. La maja representa de veinte á veintidos.

Pedro Romero nació en 19 de Noviembre de 1754; tenía, por lo tanto, en 1777 de veintidós á veintitrés años; cualquiera de los majos de la pintura, por su estatura y corpulencia, representa treinta ó más años. Costillares podía tener esta edad entonces; pero no Pepe-Illo, que, nacido en 19 de Setiembre de 1768, no contaba al tejerse el tapiz más que nueve años no cumplidos. He buscado estos datos, porque sé lo difícil que es desarraigar una opinión admitida, sobre todo cuando halaga el afán que tiene siempre el vulgo por encontrar alusiones, y más si son en desdoro de la buena fama de algún poderoso.

Estoy tan acostumbrado á dudar de consejas y absurdos relacionados con las obras de arte, que jamás me hago eco de ellas sin procurar averiguar la verdad; cosa no siempre fácil, porque cuesta mucho menos enturbiarla que limpiarla y descubrirla.

Mucho antes de buscar las pruebas que ahora presento, sospechaba que no había semejante historia, induciéndome á creerlo el que Goya, ni entonces, ni después, hizo sátiras personales, ni de frente ni encubiertas, y mucho menos de sus amigos y amigas. Hice esta observación en El Escorial á mi querido amigo Cruzada Villaamil, cuando escribía su precioso libro de *Los Tapices de Goya*, y anotó mi advertencia fundándola en que ni el autor conoció á la duquesa hasta más tarde, ni las costumbres eran tan desenvueltas en la corte de Carlos III, como lo fueron después en la de Carlos IV. Pero ni bastaba negar sin pruebas, ni de esta negativa se deducía lo que yo quiero que se deduzca, que es que Goya, ni aquí, ni en los *Caprichos*, ni nunca, hizo sátiras personales.

Los Naipes, El Agosto, La Vendimia, La Boda, son todos cuadros cuyos asuntos tienen una idea intencionada. En los varios grupos de niños que pintó, y en las demás obras que no tienen una intención tan marcada, está tan bien interpretado el natural, son las escenas tan animadas y están tan llenas de vida, que contrastan singularmente con la frialdad é insignificancia de los modelos que hicieron Ramón Bayeu, Castillo, Ginés de Aguirre y Barbaza, que no supieron hacer otra cosa que paseos, bailes, un puesto de horchata, un cazador tirando á un pájaro, un pescador, y cosas por el estilo, faltas siempre de animación, de vida y de carácter.

Por fin, Goya se disgustó de verse equiparado, y aun pospuesto á su cuñado Ramón Bayeu, y de ver destrozadas sus obras, negándose resueltamente á pintar más para la Fábrica de tapices, fundándose en que, habiendo sido nombrado pintor de cámara, aquella tarea era incompatible con este cargo. Fueron precisas repetidas órdenes é instancias para hacerle desistir de su negativa por algún tiempo.

Cuadra muy bien aquí el combatir la idea que se tiene por la generalidad de que la Fábrica de tapices de Madrid produjo obras que pueden competir *«con las mejores del mundo»*, mezclando con esta creencia un poco de orgullo nacional; pues la

verdad es que los tapices de nuestra fábrica no pueden compararse en nada, no con los buenos, ni aun con los medianos de los telares flamencos ó franceses. Los ejemplares expuestos en los palacios de El Escorial y de El Pardo hacen ver que el dibujo, el color, el tejido y los tintes eran de lo peor. Comparando una *Historia de Telémaco* de fábrica francesa que hay en El Escorial, con todos los demás tapices procedentes de la fábrica de Madrid, se ve claramente la diferencia. No hay motivo para que el amor propio nacional se resienta por esto, pues la fábrica siempre estuvo á cargo y bajo la dirección de extranjeros, y gran parte de los operarios lo fueron también.

Es de notar la estupidez con que los tapices están clavados en las paredes, y cómo se han cortado ó doblado para acomodarlos al tamaño necesario ; cómo se han zurcido dos, ó más si hacía falta ; ó cómo se les ha abierto un agujero si era menester para descubrir una ventana que da luces á un pasillo.

Fué laudable la intención de Carlos III al querer dotar á España de industrias como ésta, la de porcelana y la de cristales ; pero no es posible en este punto conseguir nada artificialmente, de real orden, si no hay en el país aficiones, elementos y medios ; cuando esto existe, cuando hay una necesidad, las industrias nacen y se desarrollan á impulso de los particulares ; cuando no, cuestan muy caras, arrastran una existencia precaria y perecen lastimosamente, sin dejar bases ni recuerdos ningunos.

Lo mismo que la de tapices fueron las fábricas de porcelana del Retiro y la Moncloa. Es una vulgaridad creer que los ingleses volaran la primera de estas dos, celosos de la bondad de sus productos y de la competencia que pudiera hacer á sus manufacturas. Las porcelanas del Retiro apenas eran objeto de comercio, y no podían competir de ningún modo con las inglesas ni las sajonas. La voladura de la fábrica fué uno de tantos atropellos de la guerra, injustificable, salvaje si se quiere, pero que no pudo obedecer á envidia ó celos. Si la fábrica hubiera tenido

elementos propios de vida, se hubiera vuelto á edificar; pero como no era así, aunque no la hubieran destrozado, la hubiéramos abandonado, como hicimos con la de tapices y la de cristales. Regentada, como estaba, por extranjeros; teniendo que traer de muy lejos, y aun de fuera de España, las primeras materias, no teníamos mucho motivo para enorgullecernos de ella.

No fué la calamidad de los tiempos la que hizo que aquellas industrias artificiales viviesen raquíticas y murieran malamente: venían dotadas de impotencia desde el nacer.

Aun á riesgo de hacer pesada esta digresión en que me he metido, no quiero dejar pasar la ocasión de exponer algunas dudas sobre unas porcelanas que pasan por ser obra de la Fábrica del Retiro, y que tengo vehementes sospechas de que no lo son.

En la *Casita del Príncipe,* en El Escorial, hay una habitación adornada con relieves de porcelana blanca sobre fondo azul, colocados en marcos dorados con cristales. Estos cuadros están hechos á propósito para las paredes en que se hallan colgados, y los adornos de estuco del techo y del zócalo de la pieza forman una decoración adecuada. Tanto estos cuadros como un velador del mismo género, que estuvo mucho tiempo en el zaguán de la *Casita,* se han tenido siempre por del Retiro, y las *Guías* del viajero, los *ciceroni* y los aficionados lo dicen, siendo bastante para que las gentes lo crean; pero sucede que en el pie del susodicho velador, que es de caoba y bronces dorados, se lee una firma que dice: «*Manufacture de Sèvres, 1788. Thomire sculteur, ciseleur, doreur du Roy.*» Aunque esta inscripción no se refiere en rigor más que á los bronces del pie, sería bastante raro que una pieza del Retiro se hubiera montado en Sevres, habiendo en España buenos ebanistas, broncistas y cinceladores. Además, en los cuadros antes citados, los marcos son de talla dorada que no tiene carácter de española, como tampoco el detestable lenguaje y ortografía con que está indicado el asunto al reverso de algunos relieves.

Estos datos, y el conocimiento que da la costumbre de ver y comparar, son los que me sugieren las dudas que expongo.

II

Los cuadros de la Alameda de Osuna.—Los frescos del Pilar de Zaragoza.—Disgustos con el cabildo con motivo de estos frescos.—Francisco Bayeu no era un mal pintor.—Lo que es estilo y lo que es manera.—Originalidad de Goya contrastando con la manera dominante.—Cuadro para San Francisco el Grande.—Crucifijo para la misma iglesia.—Goya es nombrado teniente director de la Academia.—Pintor del Rey.—Trozo de una carta en que se ve que Bayeu le ayudaba en su carrera.—Cuadro para Salamanca.—Otros para Valladolid.—Dudas de que pintara estos últimos.—El Prendimiento para la catedral de Toledo.—Ascenso á pintor de cámara.—Decoración de San Antonio de la Florida.

Volvamos á Goya, que ya es tiempo. En el palacio de la Alameda que fundó la duquesa de Benavente con el título de «*Mi Capricho*» (y en verdad que lo fué de reina), se conservaban hace algunos años, é ignoro si aun se conservan allí, ó en dónde, los bocetos originales de muchos de los cuadros que sirvieron para tejer los tapices y algunos otros más. También había una habitación decorada completamente por Goya; viéndose siempre en los asuntos que éste eligió su afición á representar escenas de emoción, ya cómica ó ya dramática.

Allí se veía una procesión en una aldea; una torada en la dehesa de la Muñoza; el columpio; un trabajador que se ha caído de un andamio, trasportado por sus compañeros en una camilla; un coche con viajeros, detenidos por una cuadrilla de salteadores; y la vuelta de una gira campestre, en que damas y caballeros vienen montados en borricos. En éste último cua-

dro se ve que el borrico de una señorita ha tropezado y caído, ella se halla desmayada, en el suelo, de resultas del golpe; un abate galante acude en su auxilio con un frasquito de esencias; las demás señoras, sentadas en sus cabalgaduras, chillan y dan muestras de espanto.

Es menester ver este cuadro para darse cuenta de la animación de la escena, lo pintoresco de los trajes, la fineza del color, y la elegancia de las figuras, tan excepcional en las obras del autor.

Insisto en describir los asuntos de algunos cuadros para hacer ver cómo Goya no se contenta casi nunca con la reproducción de una figura ó una escena, sino que necesita que éstas expresen algo; siente tan fuerte esta idea, que muchas veces sacrifica á ella el dibujo y la corrección. Busca y representa el movimiento y la vida á todo trance, y lo logra, porque no obra así por escuela ni por convención, sino por sentimiento.

En 1781 pintó al fresco en las bóvedas del templo del Pilar de Zaragoza la Virgen y los mártires en la Gloria; obra que le proporcionó desazones con su cuñado Francisco Bayeu y con la junta del cabildo, que desechó los primeros bocetos presentados, y exigió para admitir otros la aprobación previa de Bayeu, circunstancia que sublevó el amor propio del artista, al que logró calmar la intervención de su amigo Fr. Félix Salcedo, prior de la cartuja de *Aula Dei*.

Sucedió con estas exigencias lo que no podía menos de suceder: que por no haber gozado el pintor de libertad, la obra se resiente de ello, y aunque tal vez satisficiera más que otra á los encargantes, no posee por completo la espontaneidad y buenas condiciones ordinarias del autor, que debió sufrir tanto de tal imposición, que decía algún tiempo después, desde Madrid, en carta á su amigo D. Martín Zapater: «*Porque en acordarme de Zaragoza y pintura me quemo bibo.*»

El genio de Goya y el carácter original de sus pinturas eran tan opuestos á la manera de comprenderse el arte en su

tiempo y á las condiciones que se han exigido siempre á la pintura religiosa, que lo extraño no es que la junta de obras rechazase sus primeros bocetos, sino que ni entonces, ni más adelante, se pensara, como se pensó, en encargarle de obras semejantes ; pues las que hizo en este género fueron siempre deplorables como carácter religioso, y no se comprende cómo fueron aceptadas.

No es de admirar la discusión que reinó siempre entre Goya y su cuñado Francisco Bayeu, pues profesaban principios tan opuestos que no era posible se entendieran. Además, por mucho que Bayeu atendiera á su cuñado y procurara su medro, como lo demostró en más de una ocasión, ayudaba más á su hermano Ramón, como más allegado y discípulo fiel, aunque mediano.

Goya no podía ver con agrado que se le antepusieran sus cuñados, el uno por ser de más edad y de mayor posición, y el otro por la protección de éste. Es probable que en su justo orgullo los considerase á los dos, así como á Maella y demás pintores de nota, como á unos mamarrachistas comparados con él ; pero si pensaba ésto no andaba acertado, y menos tratándose de Francisco, que, si no fué un artista de primer orden, lo cual no podía ser, puesto que no era creador, sino sectario de una escuela, dentro de ella ocupó un lugar distinguido. No hay motivo para afirmar, como lo hizo mi difunto amigo Cruzada Villaamil en su ya citado libro de *Los Tapices,* que Francisco Bayeu era un «*pintor malo entre los malos*»; afirmación hecha, sin duda, como se hacen muchas, más que con verdadera conciencia, con el fin de esforzar un razonamiento.

Hay una singular propensión á rebajar el mérito de los artistas de la escuela barroca, con notable injusticia, siendo uno de los principales cargos que se les hacen el *amaneramiento,* como si tal defecto fuera exclusivo de esta escuela y no alcanzara á todas, inclusas las más naturalistas. En todos los maestros, aun los más grandes, se advierte cierta semejanza en los caracteres principales de sus obras, que proviene

del modo cómo cada uno siente y comprende la naturaleza, y á esto se llama *estilo*. Cuando este carácter no procede del natural, sino de una convención admitida por muchos, ó de la imitación de un maestro, entonces se llama *manera*. Claro es que no puede compararse el estilo con la manera; pero el primero sólo le tienen los grandes maestros; la segunda es condición inevitable de todas las escuelas. Aún cabe algún estilo dentro de la imitación de los principios de los maestros, aunque no de mucho valor, y por eso los adeptos más aventajados de las principales escuelas se diferencian unos de otros.

Es la pintura suficientemente difícil para que no deba tacharse á un autor de *malo entre los malos*, solamente por no tener una originalidad muy marcada, mérito que ha sido patrimonio de poquísimos. Por eso Goya, como le tiene, es tan apreciado, y debe serlo, á pesar de sus defectos. Era natural que sintiendo en sí un genio original, tan antipático á cuanto le rodeaba, sufriera al verse pospuesto á hombres que, aun cuando fueran artistas estimables, procedían por convención y no tenían iniciativa propia. No era puramente la cuestión de procedimiento la que separaba á Goya de sus contemporáneos en España y fuera de ella; era, además, la diferencia de ideas y de sentimientos.

La senda decorativa en que se hallaba la pintura traía como exigencia ineludible un idealismo especial, tanto para las formas como para los asuntos; así es que en éstos predominaban la fábula y la alegoría, que se mezclaban siempre, aun en los asuntos históricos ó religiosos. Todo era convencional: dibujo, colorido, composición, expresión y asunto. Todo se hallaba revestido de un majestuoso aparato que excluía la representación de escenas vulgares y de actualidad. Sólo descendían los artistas á la vida real cuando pintaban retratos; en los demás casos se mecían en los espacios imaginarios. Goya, por el contrario, dotado de una imaginación vehemente y un alma impresionable, no se apasiona más que de lo que le rodea; y en vez de cultivar una erudición que le haga ver

por todas partes héroes y ninfas que sienten y se mueven en mundos ideales, no ve más que hombres y mujeres que respiran y viven como mortales. Las extrañas visiones que su fantasía le inspira, muchas veces no son hijas de rebuscadas convenciones, sino la expresión informe de los engendros de una imaginación acalorada; recuerdo acaso de la impresión que hicieron en el niño las consejas de la abuela.

Esta manera especial de ser tenía necesariamente que proporcionar contrariedades al artista cuando las circunstancias le obligaban á salirse de su esfera, hasta que, adquirida gran reputación y fama, lograra imponerse. Así sucedió en efecto, pues encargado á poco de haber terminado los frescos de Zaragoza de pintar un cuadro para la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, obtuvo un triunfo completo.

Fué la decoración de este templo una especie de competencia entre los artistas de mayor renombre á la sazón, tomando parte en ella Francisco Bayeu con el cuadro para el altar mayor representando *El Jubileo de la Porciúncula;* Maella, con una *Concepción* para una de las capillas; pintando para las demás: Calleja, *San Antonio de Padua;* Castillo, *San Francisco abrazando á Santo Domingo;* Ferro, *San José;* D. Antonio González Velázquez, *San Buenaventura;* encargándose Goya del que representa á *San Bernardino de Sena predicando á D. Alfonso de Aragón.*

No estuvo Goya muy feliz, por cierto, en esta obra, pues aunque tiene originalidad, ni el dibujo, ni la composición, ni la expresión la hacen recomendable, y aun el color es frío y no tiene toda la fineza y encanto que rara vez faltan á este autor. No hablo de lo caprichoso y ridículo de los trajes, porque en aquella época no había que pedir otra cosa á los artistas, cuyos conocimientos en indumentaria se reducían á trajes á la romana, de moro y *española antigua.* Pintó Goya también para esta iglesia un Crucifijo, que hoy se conserva en el Museo del Prado, y aunque tiene hermoso color, tal vez demasiado rosado, carece de expresión adecuada, y es demasiado redondo de formas.

El efecto que estos cuadros causaron en su tiempo debió consistir en la novedad del estilo y en la justa fama que el autor había ya adquirido entre personas de valimiento, tanto con los cuadros para modelos de los tapices, como con los de la Alameda, y sobre todo con los retratos, que no admitían comparación de ninguna especie con los que ejecutaban los demás pintores de su tiempo. Para encontrarlos semejantes hay que ver los de las mejores épocas y los mejores autores de este género.

Por entonces había ya retratado al conde de Floridablanca y á la familia del infante D. Luis, habiéndole hecho el pintor de moda éstos y otros personajes; así es que aun no siendo este cuadro de San Francisco mejor que el de la Porciúncula, de Bayeu, ó el de la Concepción, de Maella, agradó más y fué más celebrado.

Sirvióle este triunfo, alcanzado en 1785 (pues pasaron más de cuatro años desde que el cuadro fué encargado al artista hasta que pudo verse por el público) para ser nombrado teniente director de la Academia, en la vacante causada por la reciente muerte de Calleja. Al año siguiente obtuvo el destino de pintor del rey, á propuesta de Maella y por recomendación de su cuñado Bayeu, que no le desatendía, á pesar de no mediar entre ellos las mejores relaciones.

Por este tiempo escribía Goya á su amigo Zapater: «Me *abia* yo establecido un modo de vida *enbidiable,* ya no *acía* antesala ninguna, el que quería algo mío me buscaba, yo me *acía* desear más y si no era personaje muy *elebado,* ó con *enpeño* de algún amigo no trabajaba nada para nadie»; y más adelante, en la misma carta: «*Hun* día me *henvió* á llamar Bayeu (que no corríamos mucho), lo que me causó mucha *estrañeza,* me *enpezó* á decir que el servicio del Rey siempre era apetecible, y que él *abía enpezado* con doce mil reales, y que éstos los cobraba por mano de Mengs, y sólo por ayudante suyo, y que *aora* tenía yo mejor proporción para entrar á servir al Rey con Ramón, y que ya estábamos consultados, por-

que á él y á Maella les *abía* bajado una orden del Rey que se buscasen los mejores pintores que hubiera en *españa*, y que propusiesen uno cada uno, y que él *abía* propuesto á su hermano, y que *abía echo* de modo que Maella me propusiera á mí para pintar los exemplares para la fábrica de tapices y cualquier otra clase de obra para el real servicio, con quince mil reales anuales. Yo le dí las gracias, y me quedé sin saber lo que me sucedía : de allí á dos días ya *tubimos* el *abiso* de que el Rey lo *abía* decretado en los mismos términos que se *á* dicho, de modo que cuando lo supe ya estaba decretado y *abisado* á tesorería general, fuimos á besar la mano al Rey, infantes, etc., y cátame aquí sin saber cómo *echo* el fregado...»

He copiado estos párrafos, tanto para hacer ver la ortografía y explicaderas del autor, como que las desavenencias con su cuñado más provenían de despecho de Goya que de malevolencia de aquél.

En el entretanto que se ocupaba en pintar el cuadro para San Francisco, pintó otros cuatro por encargo de Jovellanos, presidente del Consejo de las Ordenes, para el colegio de Calatrava de la Universidad de Salamanca, representando á San Raimundo, San Bernardo, San Benito y la Purísima Concepción. No los conozco, y no puedo juzgarlos ; pero los asuntos, señaladamente el último, son muy poco adecuados á las condiciones del autor.

Aunque de mala gana y á intervalos diferentes, siguió haciendo algunas obras para la Fábrica de tapices, hasta el año de 1791, en que definitivamente abandonó esta tarea.

El dia 6 de Junio de 1787 escribía á su citado amigo Zapater : «Para el día de Santa Ana *an* de estar tres cuadros de figuras del natural, colocados en su sitio y de composición, el uno el tránsito de San Josef, otro de San Bernardo y otro de Santa Ludgarda, y aún no tengo empezado nada para tal obra, y se *a* de *acer*, porque lo ha mandado el Rey, con que mira si estaré contento...» El destino de estas obras era la iglesia de las monjas de Santa Ana, de Valladolid, donde se hallan.

Siendo la fiesta de Santa Ana el día 26 de Julio, quedaba menos de mes y medio para ejecutarlos; pues habían de viajar tres ó cuatro días y ser colocados en su sitio. ¿Se pintaron por fin estos cuadros en plazo tan perentorio? ¿Fué Goya quien los pintó? No he podido averiguarlo, á pesar de haber hecho gestiones para ello. Me llama mucho la atención que estén tan concluidos como lo están, si se hicieron en tan corto tiempo; y también el que no se parezcan á otras obras de este autor, si bien no sé á cuál otro de sus contemporáneos atribuirlos, pudiendo sólo asegurar que, sean de quien quiera, son excelentes.

Al año siguiente de 1788 pintó *El Prendimiento de Cristo*, para la catedral de Toledo; cuadro en el que se señalan todas las cualidades y todos los defectos de Goya; es decir, que el asunto está comprendido de una manera vulgar, pero lleno de intención y de vida. El efecto de luz y el colorido son admirables en esta obra, que se sostiene bien al lado de muy buenos cuadros del Greco y de Orrente, que se ven en la misma sacristía en que se encuentra este lienzo.

Al terminar este año de 1788 murió el rey Carlos III, y le sucedió su hijo Carlos IV, que desde que era Príncipe de Asturias había estimado á Goya, y á poco tiempo de su elevación al trono le nombró Pintor de cámara, aunque con el mismo sueldo que tenía, no entrando á gozar del de cincuenta mil reales y gratificación para coche hasta diez años después, cuando ascendió á primer Pintor de cámara.

La obra más importante que ha dejado Goya del género religioso, ó, por mejor decir, representando asunto religioso, pues este género nunca le comprendió, á pesar de pertenecer á él sus obras de mayor empeño, es la decoración de la iglesia de San Antonio de la Florida, en las afueras de Madrid.

Con dificultad se encontrará en otra parte una pintura al temple con mayor frescura, fineza, brillantez y armonía de color. En estas cualidades es un encanto.

Representó en la media naranja á San Antonio resucitando á un muerto. Cuando el artista hizo este trabajo, el paseo de

moda era el de la Florida; así es que con aquella impresionabilidad que demostró en todas sus obras, no hizo otra cosa al concebir y realizar su idea que reproducir los grupos de señoras, majas, chiquillos y hombres del pueblo que encontraba al paso, destacándose sobre el fondo de los montes del Guadarrama. Supongamos que un día se puso en el paseo un pobre medio desnudo á pedir limosna, y que el hambre le ocasionó una congoja; pasa un fraile y se acerca á socorrerle; alguna señora y mujeres caritativas se aproximan compadecidas del lance, al paso que otras personas, ó indiferentes ó no advertidas del suceso, se asoman á una barandilla para ver lo que pasa por otra parte, ó á los muchachos que juegan y se encaraman en ella. Así está desenvuelto el asunto. Los ojos de una picaresca morena con la cara media cubierta con una mantilla blanca, que os mira desde el balcón; la saya roja de su vecina que deja entrever el delicado tobillo; el pilluelo que gatea, enseñando el faldón de la camisa; toda la animación, todo el bullicio de una romería, es lo que os llamará la atención. Pero no de una romería de nuestro tiempo, en la que entre muchas manchas negras y oscuras se destaca tal pañuelo de chula amarillo, blanco, azul ó rojo, que distrae y anima la tristeza y monotonía del conjunto, produciendo un total agradable, pero templado, sino una explosión de todo lo más rico y lo más brillante de los colores de la paleta, en que el oscuro más oscuro no es un pardo ni un negro, sino un morado ó un azul. ¡Con qué gracia, con qué encanto está armonizada esta reunión de colores vivísimos! Sólo en la naturaleza, en las praderas y jardines esmaltados de flores, se encuentra y puede estudiarse el secreto de esta armonía.

Creo que el autor se valdría del procedimiento al temple en esta obra, en vez del fresco, para no hallarse sujeto con las limitaciones de una paleta reducida, y poder disponer de finezas que lo pequeño de la capilla permite gozar bien.

En la bóveda de la entrada, en los arcos de las capillas, en los lunetos de las ventanas y en las pechinas, es donde se

halla la parte que podíamos llamar de fantasía; porque se quieren representar allí ángeles y niños que vuelan y sostienen grandes cortinajes. Pero aquellos no son los niños ni los ángeles que han pintado todos los pintores que han querido representar celestes mensajeros; los de Goya *son ángelas* con moños y faldas de gasa, con fajas de vistosos colores ceñidas bajo el bien formado seno, que aun castamente velado delata su morbidez. ¡Qué cutis tan delicados! ¡Qué mejillas tan sonrosadas! ¡Son un encanto! Todo lo que había de fino y delicado en la imaginación del artista lo puso en estas figuras, que parecen concebidas por un pintor inglés, y con decir esto quiero denotar también, á pesar de la descripción que he hecho, que no son figuras lascivas. Son mujeres que hablan más al alma que á los sentidos. Hay una, en actitud suplicante, que es una delicia.

No falta quien suponga que entre estas figuras se encuentran retratos de algunas damas de la corte, conocidas por su hermosura en aquella época. Con seguridad no es así, y de todos modos sería muy difícil reconocerlas, porque están vistas en un escorzo que no da idea de la fisonomía ordinaria de las personas. Son figuras puramente ideales; nada religiosas, pero nada profanas tampoco.

Yo estoy enamorado de todas ellas como si fueran de carne y hueso, y las visito muy á menudo; pero en estos amores no hay otro deseo que una contemplación espiritual. Si estuviera en mi mano dar vida á aquellas figuras, no se la daría, ¿para qué? Cuando las miro me sonríen; un día que había un entierro en la capilla, lloraban; ¡si respirasen desaparecería el encanto!

En la bóveda, detrás del altar mayor, hay también un coro de ángeles; pero aquéllos no son más que un conjunto de chafarrinazos improvisados para cubrir el blanco de la pared, que llenan el objeto que el autor se propuso.

Cuatro meses bastaron para ejecutar tan importante obra.

Es difícil comprender cómo en una época en que ya la crí-

tica tenía ciertos fueros se consintieron á Goya tales libertades; porque aun cuando siendo ya pintor de Cámara, no se le sujetase á la inspección de otros pintores, como se había hecho en Zaragoza, parecía que los encargantes debían haberle puesto ciertas restricciones, ó, más bien, no haberle escogido para semejante obra.

Los pintores italianos del siglo XVI, señaladamente los venecianos, habían tratado los asuntos religiosos como escenas de costumbres de su tiempo. Rembrandt, en el siglo XVII, había hecho lo mismo, y por cierto que ninguna se parece como la suya á la manera de tratar Goya los asuntos; pero los tiempos eran muy distintos.

Es tan extraño que en la época en que se pintó San Antonio no se hicieran reparos al artista, como lo hubiera sido consentir á cualquiera de los pintores que ha poco decoraron la iglesia de San Francisco, el introducir chulas bebiendo manzanilla, ó toreros fumando, entre los patriarcas y doctores de sus composiciones, por mucho que abonasen estas impropiedades la excelencia del dibujo y del colorido.

ZEFERINO ARAUJO SANCHEZ

RECUERDOS

Hemos convenido en que estos recuerdos de mis aficiones al teatro y de la historia íntima de cada uno de mis dramas, no son otra cosa, que lo que ahora ha dado en llamarse documentos humanos. Documentos muy pequeños, muy modestos, tan mínimos como se quiera, pero documentos al fin.

Nada más pequeño en verdad que *un punto;* y, no obstante, determinando el astrónomo varios puntos, determina también la curva que describe un astro y las que describen muchos, y los movimientos de todo un sistema solar y las leyes sublimes del mundo de los espacios. Y de esta suerte se ha pasado de lo más pequeño, que es el punto, á lo más sublime, que es la ley de la gravitación.

Pues en los métodos modernos de la Sociología, con muchos documentos humanos relativos á muchos hombres, se pueden ir trazando las íntimas y misteriosas trayectorias que en una generación han seguido las costumbres, las ideas, los sentimientos, los ocultos impulsos de toda una raza ó de toda una época.

Más dice á veces una insignificancia espontánea é íntima, que una manifestación aparatosa y artificial; un latido del corazón, si pudiera observarse, valdría más que todo un discurso adornado con las brillantes y falsas galas de la retórica.

Y además, esto de los documentos humanos ofrece indiscutibles ventajas al que se ha metido á escribir, ó, mejor dicho, á dictar artículos como el que yo voy dictando.

A cierta edad se vuelve la vista con cariño á los años que pasaron, y cuanto más lejanos están con más cariño se les mira, y más poéticos aparecen allá á lo lejos, entre las brumas de un horizonte, que fué el horizonte rosado de la mañana, y sobre el cual han de caer—borrándolo para siempre—los crespones de una noche eterna.

Además, se trata de sucesos infantiles ó de sucesos insignificantes; y, ¿quién tiene valor para entretener á sus lectores con tan insustanciales minucias? Ni el arte lo consiente, ni lo consiente la modestia; pero en diciendo que tales hechos son nada menos que documentos humanos, y que tal es su trascendencia que van á contribuir al descubrimiento de grandes leyes sociológicas, ya está uno plenamente autorizado para contar en público cuantas tonterías le hayan ocurrido en su vida pública ó privada.

Voy, pues, parapetado con la novísima ciencia, á seguir entreteniendo, ó aburriendo más bien, á mis lectores con estos mis lejanos recuerdos.

***

A los catorce años salí de Murcia, después de haber tomado el grado de bachiller en el Instituto de aquella población.

Mis aficiones eran bien sencillas y se manifestaban de este modo: un interés extraordinario por el teatro, y en el teatro por los dramas. En aquella época infantil de la risa, lo que más me gustaba era el llanto; y es que debe haber para las almas, como para la luz, colores complementarios; cuando estamos alegres, el llanto de mentirijillas nos agrada más que la risa; cuando estamos tristes, la risa es el complemento

óptico, si vale la palabra, en el arco iris de la emoción estética.

Además del teatro se desbordaban mis aficiones por el campo inagotable de la novela; sin que el buen gusto me hiciera distinguir todavía las novelas desatinadas de las buenas novelas. Y, si he de decir la verdad, algo me aburrían éstas y un mucho me entretenían aquéllas. Sin duda hay aquí otra nueva acción complementaria: la realidad es verdadera; los mundos de la imaginación son mentirosos, y la verdad y la mentira se completan en el ser humano porque en su fondo lleno de misterios, siempre luchan la realidad presente y el ideal remoto, ó á veces el ideal imposible.

Pero á la par que se desarrollaban mis afanes y apetitos por el género novelesco y el género dramático, se desarrollaban poderosísimos, con intensidad creciente, y tan invencibles que todavía no han sido vencidos, por el estudio de las ciencias matemáticas; mejor dicho, por las matemáticas puras. Tanto ó más gozaba yo estudiando un teorema de la geometría de Vincent ó resolviendo un problema de geometría descriptiva de Le Roy, que por mí mismo y sin profesor estudiaba, que leyendo las primeras entregas de *El Conde de Monte Cristo,* ó que viendo representar *El Trovador*.

¿Qué más daba? Todo era interés, todo era emoción; todo, al cabo, era placer singularísimo. Las dificultades del problema valían tanto á mis ojos como las peripecias del drama; ambas eran obstáculos contra los cuales se lucha. Solución del problema: la vanidad satisfecha por una parte, y por otra la hermosura de una ley y de una armonía del espacio ó de la cantidad. Desenlace del drama; una catástrofe, un abismo, pero que era como el reflejo de una sublime cúspide en las aguas de un lago de tristeza; es decir, curiosidades saciadas y armonías directas ó invertidas.

Claro es que yo entonces no pensaba estas cosas; pero analizando aquellos sentimientos, encuentro en ellos algo de lo que ahora voy explicando.

Salí, digo, de Murcia y vine á Madrid á prepararme para ingresar en la escuela de Caminos.

Los tiempos habían progresado desde mi primer viaje, once años antes, cuando me llevaban en galera desde la coronada villa á la tierra murciana.

En aquel primer viaje de ida habíamos tardado quince días. En este viaje de vuelta ocho días tardamos no más. Ya es adelanto.

Fuí en galera, sobre una enorme plataforma de colchones, y con una enorme rastra de machos ó de mulas, que lentamente tiraban de nosotros, á lo largo de un camino surcado por profundas rodadas y abollado por aterradores baches; las *carreteras repujadas* han sido nuestra especialidad.

Volví en tartana tirada por un solo macho ¡pobre macho!, aunque con tantos baches y rodadas como á la ida. ¡De cuántas cosas trascendentales, gravísimas; de cuántos personajes encumbradísimos y nobles me habré olvidado ya! ¡De aquel pobre macho de la tartana no me olvido nunca; todavía lo veo con su altura gigantesca que le asemejaba á un monstruo antidiluviano; con su piel raída por las penas y los correajes; con sus orejas lánguidas que parecían doblarse bajo el peso de inmensas tristezas; con sus enormes ojos turbios, y con aquellas ancas horriblemente descarnadas, llenas de mataduras y asomando huesos de Titán por entre grietas de la piel!

¡Pobres ancas, que con mi mano de niño, acariciaba yo durante todo el viaje!

Si hay quien niegue que cuanto acabo de referir, á pesar de tratarse de una bestia, no es un verdadero documento humano, es que, por vergüenza suya, no conoce el primer capítulo de la Sociología.

Y cuenta que todo esto que digo, no es que lo invento; no es que procuro adornarlo; es que lo veo y lo siento con la misma claridad y la misma fuerza con que en aquel viaje lo vi y lo sentí.

La locomoción, aunque había ascendido de la galera demo-

crática al carro burgués, tenía aún ciertos rasgos comunes con los primitivos sistemas, con el sistema de caravanas inclusive; y digo esto, porque una verdadera caravana constituíamos los que á la zaga del macho íbamos encajonados en aquel modesto é incómodo vehículo, mil veces más incómodo que la tradicional galera.

Oiga el lector y asómbrese y compare tiempos con tiempos; y compare aquel democrático revoltijo con los modernos trenes de ferrocarril en que tan escrupulosamente van clasificados los viajeros en sus coches de 1.ª, 2.ª y 3.ª; en sus berlinas y en sus Sleeping-Car.

Para hacer el viaje de Murcia á Madrid, nos habíamos reunido las siguientes personas, alquilando entre todos la tartana y pagándola á escote.

A saber: la señora del entonces ministro de Marina señor P., y su hijo, joven de unos doce años; un ebanista muy notable que venía á montar un taller á la corte; mi padre, que á la corte me traía; y mi propia persona que gustosísima se dejaba traer.

Y nos sucedió un percance que tampoco he podido olvidar. Era el mes de Agosto; un día de horrible calor; y el pobre macho, en aquella abrasada llanura de la Mancha y á legua y media del Corral de Almaguer, rindióse al peso de sus fatigas y desdichas, y desplomó su colosal osamenta y su desgarrada piel sobre la tierra abrasada por el sol, muriendo á los pocos momentos y dejándonos á pie bajo un sol africano y á larga distancia del pueblo, distancia que á pie recorrimos sin privilegios de edad, de sexo, ni de clase, desde el modesto ebanista hasta la esposa del ministro. La desdicha es niveladora.

***

Cuando quedé en Madrid solo y por lo tanto dueño absoluto de mi persona, sin desatender nunca mis estudios, que

eran para mí un encanto, encontré ocasión y libertad para satisfacer mis aficiones dramáticas, asistiendo al teatro con tanta frecuencia como me lo permitía mi modestísimo presupuesto.

Bien puedo asegurar que desde aquella época, hasta el momento presente, y algunos años han corrido, jamás he dejado de asistir á ningún estreno de importancia.

Yo presencié los primeros triunfos de Tamayo, como asistí más tarde á sus grandes batallas, y por mucha amistad que hoy me profese, acaso no me pague del todo, ni lo que le he aplaudido en sus estrenos; ni las ardorosas defensas que de continuo hice, en mi círculo estudiantil, de sus obras; ni los fieros enojos que sentía por la falange de críticos que contra el gran dramaturgo se encarnizaban.

Yo asistí también á la primera obra de Ayala, manchando mi conciencia para ello con un delito de lesa disciplina, perpetrado contra la escuela de Caminos, en la cual había ya ingresado, cuando el estreno se verificó.

Pero vamos por partes, que el asunto no deja de tener importancia, tanta por lo menos, como cualquiera de las cosas que voy relatando.

*
* *

La escuela de Caminos en aquella época, estaba sometida á un régimen severísimo, pudiera decir, que casi á un régimen militar.

Entrábamos á las nueve de la mañana, y los minutos de retraso se contaban, y si pasaban de quince constituían falta, y si no llegaban á quince se iban sumando; de modo que al subir la suma á cierto límite, constituía causa suficiente para perder el curso.

Duraba éste todo el año solar, desde el 1.° de Octubre al

31 de Agosto: en nada se diferenciaban para el alumno los meses abrasadores del verano de los helados meses del invierno; y el mes de Setiembre se destinaba á los exámenes.

De esta manera se empalmaban cinco años seguidos, y no había más reposo que los ochos últimos días de Diciembre, Semana Santa, Carnaval, domingos y fiestas enteras.

Entrábamos, repito, á las nueve de la mañana y permanecíamos en la escuela hasta las cuatro de la tarde, sin más descanso que media hora que se nos concedía para el almuerzo.

Las seis horas y media restantes estaban destinadas á las lecciones orales y al dibujo, siempre con un profesor ó un ayudante á la vista: agréguese á esto que el estudio se hacía en casa; de suerte que ríome yo de las ocho horas que piden los socialistas: con catorce horas no teníamos bastante para cumplir como Dios manda.

Abandonar la escuela sin permiso, y éste se concedía pocas veces, era gravísimo delito, que se castigaba con trabajos de recargo ó con horas de asistencia durante la noche.

Porque el régimen de la escuela de Caminos en aquella época, era más duro y más severo, que si hubiera sido una verdadera escuela militar, según he dicho.

Había por entonces un profesor de mucho mérito, de energía extraordinaria, pero de pocas palabras, y éstas grandemente premiosas y no siempre bien disciplinadas. Si el régimen que aplicaba á los alumnos, lo hubiera aplicado con igual severidad, á su concisa oratoria, me figuro que habrían ganado no poco la gramática y la retórica.

Nunca le oí explicar mal una lección; pero nunca le oí cerrar un período. El diablo de la indisciplina nos vengaba ampliamente insubordinándole todos los vocablos del discurso.

En cierta ocasión, reprendió con dureza suma á un alumno: éste con muy buenas palabras y con gran humildad, quiso oponer á la reprensión algunas excusas; pero el profesor á que aludo jamás admitía disculpa de ninguna clase, y cortando la palabra al discípulo replicón, le dijo con voz ronca, y po-

niéndose encendido de enojo, porque era hombre muy sanguíneo: «silencio, no se replica: aquí se manda despóticamente...» Y vaciló, se detuvo un instante, buscó la manera de cerrar el período y no encontró más que esta atrocidad: «Sí, señor; se manda despóticamente, y *se obedece lo mismo.*» Y dando media vuelta, se alejó asegurándose sobre la nariz los majestuosos anteojos con armadura de oro, que se habían desequilibrado un tanto, á virtud de aquel enorme esfuerzo oratorio.

El alumno, se quedó inmóvil y aterrado y en plena posesión de la obediencia despótica.

Digo todo esto para avalorar más y más el acto heroico y criminal, que realicé, en honor del ilustre Ayala, que todavía no era ilustre; pero que ya era el Ayala de siempre.

*
* *

Debo advertir que no era yo el único aficionado al teatro en la escuela de Caminos, aunque quizá yo era el más fanático. Formábamos un grupo de entusiastas por dramas y comedias, y por el teatro Real también, varios alumnos, entre los cuales recuerdo á Broockman, Caunedo, Regueral, Pagasartuondua y Mendívil; y como he dicho varias veces á casi todos los estrenos asistíamos.

Pues bien; corrió entonces por el mundo literario y por esas mil ramificaciones que existen en las grandes ciudades, y por las cuales circulan noticias, ideas y sentimientos, nazcan donde nacieren; corrió, digo, y llegó á nosotros, una gran noticia.

Habíase presentado en Madrid, un joven extremeño que se llamaba D. Adelardo López de Ayala, el cual había entregado en el teatro Español ó del Príncipe, que no sé cual era entonces su nombre, un drama en verso con este título: *El Hombre de Estado.*

El drama, según todos aseguraban, era un verdadero prodigio: lo mejor que se había escrito en España en todo el siglo: el autor era superior á García Gutiérrez, á Hartzenbusch y á todos los autores dramáticos existentes. Contábase que el insigne Ventura de la Vega, de tal modo se había entusiasmado al oir leer tan peregrina obra, que había dicho: «Todo cuanto yo he escrito; y ya había escrito *El Hombre de mundo,* lo cambio por este drama.»

Verdades ó mentiras, estas y otras mil cosas se referían, y hasta nuestra escuela iban llegando abultadas tal vez por la distancia y por la rica imaginación de los intermediarios.

Ya se puede suponer en qué estado de excitación se encontraría el grupo de los entusiastas por el arte dramático, y en qué grado máximo de excitación me encontraría yo también al llegar el día del estreno.

Pero aquí se presentaba un problema formidable: había que ir á comprar los billetes, mejor dicho, la entrada general, que era la única localidad á nuestro alcance; en el momento preciso de abrirse la taquilla. Y ¿cómo se iba, y quién iba, y de qué manera se burlaba la vigilancia de la puerta, y quién cargaba con la inmensa responsabilidad de cometer tamaña transgresión y acto tan feo de indisciplina?

Todos los compañeros me designaron á mí, porque á mí era á quien menos vigilaban y de quien menos desconfiaban los profesores.

Yo no me había escapado nunca; después no volví á escaparme jamás; una sola escapatoria mancha mi conciencia, y esa fué en honor de Ayala.

*
* *

Porque yo, aunque me esté mal el decirlo, y aunque muchos no lo crean, soy el hombre más respetuoso con toda autoridad y el más atento á toda disciplina.

Yo el demócrata, yo el individualista intransigente, yo, no diré coautor, pero en mi modesta esfera cómplice al menos de la revolución de Setiembre; yo, para quien el derecho individual más amplio es condición ineludible de vida y de progreso; yo soy, sin embargo, uno de los seres más subordinados de la creación.

Sin embargo, aquella vez, más que mis instintos de orden y disciplina, más que mi temor á los profesores, y aun más que el imperativo categórico de mi conciencia, pudieron en mí la curiosidad artística y mi afición desmesurada por los estrenos teatrales.

Acepté la peligrosa comisión, cogí capa y sombrero, me deslicé por la escalera y salí valerosamente á la calle del Turco en dirección á la calle del Príncipe.

Era mi primera escapatoria; ¡y qué emoción tan profunda sentí! Imaginábame que todos los transeuntes clavaban en mí la vista con asombro, leyendo en mi rostro mi delito; figurábame que á cada paso se me iba á poner delante un profesor, preguntándome con voz terrible: «¿A dónde va V.?», y me zumbaba en los oídos aquel apotegma de la escuela: «aquí se manda despóticamente y se obedece lo mismo.»

Bueno; pues despóticamente iba yo á satisfacer mi gusto.

Y llegué al teatro, y me acequé á la reja, que aún existe, y pedí los billetes que me habían encargado.

Con gran ansiedad los pedí, porque temía que me dijesen «ya no los hay»; pero los hubo.

Recuerdo que despachaban los billetes dos señoras, es decir, dos modestísimas señoras, una algo jorabadita, la otra de bastante edad y muy pálida: me parece que todavía las veo á través de la reja y sacando billetes de la taquilla.

He dicho antes, que no hay hombre que respete *el principio de autoridad* más de lo que yo lo respeto. Como buen demócrata me gusta limitarlo, pero el que queda, me inspira un respeto casi religioso.

Y es la verdad, que aquellas dos pobres mujeres, que de-

trás de la reja tomaban billetes de cartón de una taquilla, y nos los iban repartiendo, antojábaseme que eran dos poderosísimas señoras, dotadas de infinito poder, y de infinito mal genio, que desde su enrejado trono repartían, ora gracias y mercedes, ora respuestas agrias á los míseros mortales que, como yo, se acercaban temerosos á la reja del despacho.

Lo cierto es que aquellas buenas señoras me infundían mucho miedo, y que esperaba temblando su respuesta á mi petición humilde.

Por eso cuando ví que me alargaban los billetes, se me transformaron en ángeles de bondad, y hasta me pareció que la jorobadita, se erguía esbelta en la oscura covacha de aquel clásico despacho de billetes.

Los recogí presuroso, después de haberlos pagado, y me volví á mi calle del Turco y á mi escuela, satisfecho y triunfante y como si hubiera realizado la más portentosa hazaña.

Cuando entré sin que nadie reparase en mi, cuando me vi sentado en mi mesa de dibujo, y cuando pude decir á mis compañeros, con todo el vanidoso desdén que infunde el peligro vencido, «ya están aquí, ya los traigo»; sentí tufos de orgullo, como no los he sentido jamás.

Vamos, que yo también sé hacer una picardía sin que nadie me la conozca. Está visto que sirvo para el caso.

*
* *

Nunca conocerá nadie todas las profundidades del corazón humano. Yo que era un alumno modelo, aunque me esté mal el decirlo, yo que al ir por los billetes para el estreno del drama de Ayala, llevaba en mí miedo y vergüenza, y hasta remordimiento por la falta que cometía, al dar cima feliz á mi empresa criminal, ya no sentía remordimiento alguno, que para el miedo ya no había ocasión, lo que sentía era una burlona alegría y llamaradas de vanidad satánica, por haber burlado la ley escolar.

Creo, y Dios me perdone si me equivoco, que burlar la ley, es el placer supremo de todo el que lleva sangre española. Será acaso, que el hecho de burlar *una fuerza superior á la nuestra,* encierra en sí elementos estéticos, como los hay en el torero cuando gallardamente esquiva la embestida del toro, y será que los españoles tenemos tan arraigado en nuestra naturaleza el sentimiento artístico, que cuando no podemos mostrarlo de otro modo, lo mostramos dando quiebros á la feroz embestida de la ley.

Tampoco es imposible, que este sentimiento que voy analizando, sea en el fondo una protesta del individualismo contra toda disciplina social. Quién sabe si es el virus anarquista que nos circula por las venas, y que aprovecha cuantas ocasiones encuentra para morder en las ligaduras sociales y roerlas poco á poco.

De todas maneras, yo tengo esta idea, que si se toma *al hombre más virtuoso,* y á la par se toma *al hombre más criminal,* de todas las malas pasiones, de todos los vicios, de todas las negruras de este último, hay una representación tan mínima, tan imperceptible, tan microscópica como se quiera, pero representación al fin, en el primero.

Un hombre comete un crimen, roba ó asesina, pues como eluda la acción de la justicia, siente orgullo, por la fuerza ó por la destreza de que dió prueba tan provechosa para el interés egoista de su conservación é integridad. Pues este sentimiento era el mío, cuando me escapé de la escuela de Caminos para comprar los billetes del estreno de Ayala, y cuando, con ellos en el bolsillo, me encontré sano y salvo en la sala de dibujo, viendo pasear tranquilamente ante mí al profesor de los anteojos de oro y de los despóticos mandatos. Lo que es en aquella ocasión, yo era el que despóticamente había cumplido mi voluntad, y despóticamente había faltado á la disciplina de mi querida escuela de Caminos.

*
* *

Asistimos, pues, al estreno de *El Hombre de Estado,* y fué gran noche; es decir, noche de emociones, para nosotros los aficionados de pura sangre.

Yo presenció el estreno en la galería de la derecha del espectador.

Cien y cien veces, miles de veces, mejor dicho, he asistido yo al que fué teatro del Príncipe y hoy es teatro Español. Todas las localidades las he recorrido: galerías, anfiteatros, una galería baja que hubo en otro tiempo, ocupando el sitio que ocupan los palcos de platea; butacas, balconcillo, que ya no existe; palcos bajos y principales, en fin, el teatro en toda su extensión, pliegues y repliegues; y, sin embargo, me acuerdo con recuerdo vivísimo, como si ahora mismo lo estuviese viendo, que la noche del estreno de *El Hombre de Estado,* ocupaba yo un asiento *en la galería de la derecha.*

El éxito no correspondió á las esperanzas que á todos nos animaban. Se oyeron los primeros actos con profundo silencio, porque el interés era grande, y era grande la expectación. Reconocían todos, ó por lo menos reconocíamos nosotros, que los versos del drama eran hermosísimos, pero los actos parecían largos, y el interés no era grande, al menos para el grupo de los míos.

Grandes aplausos premiaron aquella hermosísima escena en que el privado le pinta al rey las empresas heroicas de Carlos V, y en que le pregunta una vez y otra: «¿Es como éste, señor, vuestro proyecto?»

Y el proyecto del rey, no se parecía á ninguno de aquellos que el duque le citaba, porque lo que el rey tenía proyectado era la conquista de una apetitosa dama de la corte.

Con esta escena parecía que al fin triunfaba el joven autor; pero la frase final de uno de los actos—no sé si del segundo ó del tercero, porque no he vuelto á ver el drama, y aunque por entonces me lo aprendí de memoria, no lo he leído despues —descompuso por completo al público, no por la frase en sí, sino por la manera poco acertada y un tanto ridícula en ento-

nación y ademanes con que el actor la dijo. Y era, sin embargo un gran actor.

Desde aquel punto el drama empezó á declinar. No gustó el penúltimo acto, y pareció extremadamente lánguido el acto final, que no sé si era acto ó epílogo.

En suma, exceptuando los envidiosos, que no faltaron ni en la prensa ni fuera de ella, todos reconocieron en este primer ensayo que Ayala era un poeta de grandes vuelos, y de anchuras calderonianas; pero negáronle la mayor parte, que pudiera ser autor dramático: juicio como se ve acertadísimo, tratándose del autor de *El Tanto por ciento*, de *El Tejado de vidrio* y de *Consuelo*.

Yo, sin embargo, en mi pequeño círculo estudiantil de la calle del Turco, sostenía, que quien había hecho la admirable escena antes citada, tenía masa de autor dramático.

Es que yo, y véase cómo me voy familiarizando con el vocablo, y perdónemese de paso la falta de modestia; es que yo repito, y lo repito á gusto, he tenido muy buena sangre para los demás; en cambio, cuánta sangre, inficionada de bacterias, circula por las gentes y por los mundos.

Dejarla, que ella se pudrirá á sí misma.

José ECHEGARAY.

CARTAS INÉDITAS DE CADALSO

Hace poco más de un año que, examinando en nuestra Biblioteca Nacional papeles referentes á otro escritor español del siglo XVIII, tuve la suerte de tropezar con las siguientes cartas del célebre coronel D. José Cadalso. Todas son de su puño y dirigidas al insigne fabulista D. Tomás de Iriarte; y aunque la mayor parte de ellas carecen de fecha y en el legajo estaban trastrocadas y revueltas, no ha sido tarea imposible ordenarlas según la época en que fueron escritas.

Respecto de su interés é importancia, nada habrá que decir, pues uno y otra se desprenden de la simple lectura de tan curiosos documentos. Aquel hombre excelente se retrata en estas epístolas tal y como era; franco, jovial, con sus ribetes de *esprit fort* y despreocupado (como quien había recibido su educación en la patria de Voltaire y le había conocido personalmente), pero bondadoso, amigo sincerísimo é infatigable propagador de toda cultura.

La vida de este simpático escritor, aunque no tan conocida como desean sus devotos, lo es bastante para comprender sus grandes cualidades; su amor á la patria, por la que dió su vida, y la parte principal que tomó en el renacimiento

de nuestras letras al empezar el último tercio de la pasada centuria.

Aunque de origen vascongado, como él mismo declara en unos tercetos *á la Fortuna*, al decir que entusiasmaron su edad juvenil

> El militar estruendo, el duro acento
> del jefe que las tropas disponía,
> el ronco son del bélico instrumento,
> la clin del animal que Betis cría,
> el brillo que el dorado Tajo presta
> al fierro de Cantabria, patria mía,

es lo cierto que nació en el extremo opuesto de la Península, en la ciudad de Cádiz, como demuestra la partida de bautismo publicada por Navarrete, verdadero autor de la biografía de Cadalso que figura en la colección de sus obras de 1818. Allí, pues, vió la luz en 8 de Octubre de 1741, siendo sus padres D. José y Doña Josefa Vázquez de Andrade.

Muy joven aún fué enviado á París, pues asegura que en 1757 vió allí representar *El Cid* de Corneille *(Sup. á los Eruditos á la violeta)*, y en la gran capital cursó humanidades, señalándose por su disposición para el estudio de las lenguas. Después de una rápida excursión por Inglaterra, Alemania é Italia, volvió á la patria á los veinte años de edad, en ocasión en que nos hallábamos en guerra con Portugal, á consecuencia del *Pacto de familia*. Inmediatamente se alistó como cadete en el regimiento de caballería de Borbón, que ya estaba en campaña, hallándose en los principales sucesos de esta lucha, acompañando, como edecán,

> Al atrevido Aranda,
> que cuando á Almeida toma
> con sus triunfantes armas
> puso espanto en Lisboa,

que decía su amigo Moratín el mayor.

El recuerdo de estos hechos le inspiró después enérgicos acentos poéticos, que no son sus peores versos.

Con gusto vi la bélica fortuna
del soberbio bretón, al lusitano
dar contra España, audacia no oportuna;
y las melenas del león hispano
coronarse con lises; y á su saña
rendir Almeida el alto muro ufano.
Y al ver de Marte por la dura España
rodar el carro con horrible estruendo
y alzar la Muerte su infeliz guadaña,
iba yo en mi memoria recorriendo
historias dignas de dolor y espanto
y mi alma con sus nombres complaciendo.

Estos nombres eran Sagunto, Numancia, Méjico, Pavía, Lepanto, San Quintín, Camposanto, etc., deseando volver á Atocha á colgar las banderas del enemigo después de sojuzgado. Pero el Rey lo ordenó de otra suerte y se hizo la paz.

Viendo fenecida su esperanza, que se cifraba en la guerra, se vino á la corte, donde también hay lides que reñir, no menos terribles, aunque menos cruentas. Aquí conoció á Moratín, el padre, á Huerta *(Ortelio)*, á quien dedicó la primera parte de sus poesías, á Ayala y á otros literatos. Entonces compuso su *Óptica del cortejo*, sátira ingeniosa, pero escrita en perverso castellano, contra aquella ridícula moda, recién introducida, y á la que fustigaron también con su pluma escritores muy doctos como D. Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, que por aquellos dias imprimió sobre el *cortejo* otra *brochure* más aguda que la de Cadalso.

Ascendido á capitán, siguió durante algunos años el destino de su regimiento, componiendo á retazos sus *Cartas marruecas*, y suspirando siempre por volver á Madrid. Consiguiólo hacia 1770, y empezó entonces el período más interesante y dramático de su vida; es decir, empezaron sus ruidosos amores con la actriz madrileña María Ignacia Ibáñez, primera dama de los teatros de la Corte, joven, sensible, modes-

ta, hermosa, al decir de Moratín el hijo, á quien Cadalso amó con la mayor ternura y de quien «para honor de las que pisan el teatro era igualmente correspondido», añade el insigne Inarco.

Para ella escribió su desmayada tragedia *Sancho García;* y el talento de la artista pudo conseguir que los oídos españoles tolerasen el martilleo de aquella versificación medio francesa. Poco después, una muerte inesperada arrebató á la cómica, y Cadalso, presa de intenso dolor, se entregó á una sombría y silenciosa desesperación. Sin comer, sin descanso, imaginando mil tormentos para abreviar sus dias, cayó en el más miserable estado, á punto que casi todos sus amigos le abandonaron. Pasaba la mayor parte de los días arrodillado sobre la piedra que cubría el sepulcro de su amada, hasta que los guardianes de la iglesia de San Sebastián, donde yacía, le advertían que era hora de cerrar el templo; y, al fin, paró su locura en la extraña idea de desenterrar el cadáver de la joven y robarlo, lo cual realizó en parte, y lo hubiera concluido á no estar sobre aviso su protector y amigo el conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla, quien, utilizando la delincuencia que suponía la intentada profanación, le desterró á Salamanca para curarle. Las *Noches lúgubres* son un relato casi histórico de este suceso.

Con motivo de este destierro empieza la interesante correspondencia que va á leerse; pero antes debemos completar este bosquejo de prólogo con la relación de los últimos hechos de la vida del gallardo militar-poeta.

Tranquilizado su espíritu, publicó al año siguiente (1772) *Los Eruditos á la violeta,* sátira literaria escrita con notable gracejo y soltura, y la mejor de sus obras, si el epistolario que sigue no le hace sombra. Tuvo tanto éxito, que antes de anunciarse en la *Gaceta,* ya había el editor vendido toda la tirada menos veintisiete ejemplares, y el autor tuvo que componer en el mismo año un *Suplemento,* que fué recibido con igual aprecio. En el siguiente imprimió sus poesías con el tí-

tulo de *Ocios de mi juventud,* como despidiéndose del culto de las Musas, por él tan obsequiadas antes en honra de su *Filis,* exclamando:

Mientras vivió la dulce prenda mia,
Amor, sonoros versos me inspiraste;

pero después de aquella pérdida, dice:

En lúgubres cipreses
he visto convertidos
los pámpanos de Baco
y de Venus los mirtos.

Aunque no con la rapidez que correspondía á su mérito, fué ascendiendo en su carrera, siendo nombrado comandante de escuadrón en Abril de 1777 y coronel en 1781, cuando ya había prestado eminentes servicios en la campaña que tuvo por principal aspiración la reconquista de Gibraltar, á cuyo bloqueo asistió constantemente como ayudante de campo del general en jefe, y en el que al fin perdió la vida.

En la noche del 27 al 28 de Febrero de 1782, habiendo entrado de servicio en reemplazo de un compañero, y hallándose en la vanguardia inspeccionando los trabajos de trinchera del campo inglés, una granada salida de la batería denominada *Ulises,* le hirió de rechazo en la frente, parte de la cual se llevó y le produjo instantánea y gloriosa muerte.

El duelo de nuestro campo fué secundado por el del campo enemigo, cuyo general había conocido á Cadalso antes de la guerra, y mostrádole su aprecio por sus altas prendas. Pero la explosión de sentimiento fué mayor entre los hombres de letras, casi todos amigos suyos y ninguno enemigo. Meléndez, á quien tanto amara Cadalso, escribía: «Sin él yo no sería hoy nada. Mi gusto, mi afición á los buenos libros, mi talento poético, mi tal cual literatura, todo es suyo. El me cogió en el segundo año de mis estudios, me abrió los ojos, me enseñó, me inspiró este noble entusiasmo de la amistad y de lo bueno;

me formó el juicio; hizo conmigo todos los oficios que un buen padre con su hijo más querido.» Y en su memoria compuso aquella canción fúnebre que empieza:

¡Silencio augusto, bosques pavorosos,
profundos valles, soledad sombría...!

El magistrado-poeta D. José María Vaca de Guzmán le dedicó también una oda en sáficos, y el conde de Noroña, que presenció la catástrofe, le consagró una sentida elegía, que se supuso manuscrita y perdida, pero que con el seudónimo de *Feniso* (que era su nombre poético) publicó el mismo conde en 1789 en el *Correo de Madrid*, y en la que son curiosos los últimos tercetos:

Y para eterno y firme monumento
del honor que tus méritos lograron,
poner este letrero en él intento:
«Aquí yace Cadalso, á quien amaron
Marte, Palas y Apolo, y cuya muerte
amigos y enemigos lamentaron».
.....
Imprecaré tu nombre de contino,
y de taray morado coronado
lloraré tu desgracia y tu destino.
En este sacrificio, acompañado
seré del dulce *Tirso* (1), del ameno
Ortelio (2) y de *Batilo* (3) delicado.

Dejó Cadalso inéditos muchos escritos: póstumas se publicaron las *Noches lúgubres*, las *Cartas marruecas* y algunas obrillas menores, como unos *Anales de cinco dias*, invectiva contra el lujo, modas y costumbres del tiempo, que compuso en 1779, como recuerdo de una breve licencia que disfrutó en Madrid; dos años de un *Calendario manual y guía de forasteros*,

(1) D. Tomás de Iriarte.
(2) D. Vicente García de la Huerta.
(3) D. Juan Meléndez Valdés.

piececillas satíricas que divulgó en 1767 y 1768, una *Carta de una señora gaditana*, todo lo que ha sido impreso en diversas publicaciones.

A guisa de complemento de las anteriores noticias, podemos también ofrecer á los aficionados un curioso documento inédito y desconocido, existente en la Biblioteca Nacional (Pv., Caja 31, 6). Es un fragmento de carta escrita en los primeros años del presente siglo, nada menos que á D. Leandro Fernández de Moratín, y que encierra importantes noticias sobre el bizarro coronel. Dice:

«El prólogo puesto en la última edición de 1818 por Repullés da noticia bastante circunstanciada de su vida, y su sobrino, que vive en Bilbao actualmente, dice que nada puede añadir, porque era muy joven cuando aquél murió. Lo único que dice puede añadir es que efectivamente descendía de la casa solar infanzona de Cadalso, pues descendían ambos de un mismo abuelo, y dicho solar existe en el día en el vínculo de la familia. Que la familia de su madre era muy distinguida y originaria de Extremadura. También dice que oyó decir á su padre que cuando murió Cadalso se presentó al general en jefe su compañero de casa, que era otro ayudante, llamado Salinas, sobrino de Floridablanca, que en el día, si vive, es teniente general, y le dijo que Cadalso le tenía pedido que si moría pronto le hiciese el favor de quemar todos sus papeles; que el general en jefe se lo permitió y que él lo ejecutó, pero que esto no parece probable. Su vida, que fué singular tanto en asuntos serios como en fruslerías, la tenía escrita hasta el día en que murió, pues él mismo la escribía todos los días; y esta no llegó á manos de su sobrino, á pesar de que el mismo le dijo, siendo éste muchacho, que la tenía siempre con una carpeta rotulada á su nombre para cuando él muriese. Una de las obras que también tenía escrita era el *Diario crítico del sitio de Gibraltar*, y no se sabe su paradero entre la familia, aunque el padre del actual Cadalso la leyó poco antes de que el poeta muriese, y se la devolvió. Estas son, señor *Inarco*

Celenio, las únicas noticias que añade Cadalso en su carta al Marqués: V. en la suya dice que permanecerá en esa, y no lo extraño, pues sé que estará amancebado, cuando menos, del Sr. D. Juan ex-Rector de los Verdes. A éste se le debía suplicar cuidase de aguijonear á V. hasta conseguir que nos diese una colección completa de sus obras y las de su padre...»

Tiempo es ya de dejar la palabra al caballeresco autor de *Sancho García.*

CARTA PRIMERA

(Sin fecha ni dirección, pero escrita en Salamanca á mediados de 1773.)

«El autor de *Los Eruditos á la violeta* saluda al autor de *Los Literatos en Cuaresma* (1), le envía esta carta, y le pide no la lea delante de algun majadero.—*Nota:* Y pide respuesta.

Estimabilísimo y estimadísimo amigo: ¿Qué puede importar á Vmd. que yo haya llegado á Salamanca ó me haya muerto en el camino; esté bueno ó malo, alegre ó triste, libre ó enamorado, fastidiado ó divertido, en una buena posada ó en el hospital? Pero á mí sí me importa y mucho que Vmd. sepa que le estimo mucho, y, por tanto, le dé noticia de haber llegado bueno, estar de buen humor filosófico, bien establecido con mis libros y bastantemente favorecido de estas gentes en Salamanca, doctísima universidad, donde no se enseña matemática, física, anatomía, historia natural, derecho de gentes, lenguas orientales, ni otras frioleras semejantes; pero produce gentes que con voz campanuda pondrán sus 77.777 silogis-

(1) Sátira literaria en prosa que D. Tomás de Iriarte publicó en Marzo de 1773, con el seudónimo de D. Amador de Vera y Santa Clara.

mos en *Baralipton, frisesomorum* ó *sapesmo* sobre cómo hablan los ángeles en sus tertulias; sobre si los cielos son de metal de campanas ú líquidos como el vino más ligero y otras cosazas de semejante utilidad, que Vmd. y yo nunca sabremos, aprenderemos ni estudiaremos.

Dos hermanos tiene Vmd. en este mundo y un tio en el otro (1), de quienes deseo noticias. Démelas Vmd. y muy frescas. A los dos que están todavía por acá dará Vmd. muchos abrazos de mi parte, y casi iba á encargarle lo mismo para el que ya pasó la barca de Aqueronte, pero no me atrevo á exponerlo á Vmd. á que por complacerme se fuese bonitamente á casa de la Sibila, á preguntarla el camino y pedirla el pasaporte; y que estando Vmd. viendo los cuadros de su capilla, saliese ella con una cara de esqueleto, un vestido de telaraña y una voz de vieja gangosa y carraspeña, le mandase comprar unos cuantos terneros y carneros, matarlos, y luego ella hiciese mil gestos, cuales suelen hacerlos los endemoniados de hogaño; y después le diese á Vmd. por no hacerle esperar tanto tiempo, un ramo de oliva muy guapo, con sus cintas, ó tal vez como no tuviese mucho que hacer aquel día, tomase su mantilla y se fuese con Vmd. en buen amor y compaña caminito del otro mundo, donde se encontrarían de manos á boca con varios monstruos que no se ven en las *menageries* de por acá; después varias ánimas deseosas de entrar, como la los *(sic)* Sres. Bonte y Palinuro; después la barca de Aqueronte, el cual, con aspereza de verdadero marino, se haría de pencas para recibirlos, hasta que viese el ramo; después, al desembarcar, se hallarían con el Cerbero, que ladraría endemoniadamente hasta que le echase Vmd. ó la compañera de viaje un pastelillo para que se entretuviese; después llegarían adonde están los chiquillos que murieron

(1) Los dos hermanos eran D. Bernardo y D. Domingo de Iriarte, empleados entonces ambos en la primera Secretaría de Estado, y el tio el insigne humanista D. Juan de Iriarte, fallecido en 1771.

cuando apenas podían decir caca; los que se mataron á la inglesa, los que murieron inocentes, y los amantes, entre los cuales estará mi *Filis*, que se murió y me dejó y se fué sin llevarme, por más que yo le decía como Hernando de Herrera á su Lucinda:

Estréchame, Lucinda, entre tus brazos,
Y pasaremos juntos el Letheo;

después, verían Vmds. el puesto destinado para los verdugos alquilados para matar á sus hermanos; digo, los guerreros insignes como los que celebra la historia y yo no quiero nombrar; después, tirando sobre la izquierda, encontrarían con todos los bribones condenados por sus iniquidades á ser los unos fritos en aceite, otros á ser asados, otros á estar en las parrillas, otros *á la crapaudicia*, otros en escabeche, etc., etc.; y después de todos estos despueses, volviendo *sobre la derecha*, se hallaría Vmd. en un campo como así me lo quiero, donde encontraría la compañía más honrada del mundo, de gente sabia, quieta y filósofa. Allí estaría con Séneca, con Marcial, con Cervantes, con Garcilaso, con León y otros sabios españoles el venerable Iriarte, que saldría, al preguntar Vmd. á aquellos insignes hombres y á su conductora:

Dicite, felices animae, tu que optima vates,
quae regio Anchisem quis habet locus, etc.»

(Virg.: *Eneida*, lib. VI, vers. 669 *et seq.*) (1)

(1) Falta el resto de esta preciosa epístola.

CARTA II

(Sin fecha ni dirección, pero escrita en Salamanca en Junio ó Julio de 1773.)

«Condición preliminar del tratado de comercio literario que hacemos Vmd. y yo. *In nomini individuae Trinitatis*, etc.

Vmd. responderá á mis cartas y me escribirá otras de impulso propio siempre que quiera y no tenga nada que hacer, sin que yo forme la menor queja, y *viceversa*.

Extraordinariamente extraordinaria (como dice la extraordinarísima conclusión de la octava que Vmd. me dice haberse impreso de letra de molde en el año de 1773 de nuestra Redención) (1), extraordinariamente extraordinaria, vuelvo á decir, es, ha sido y será siempre la carcajada de risa que me causa la calidad del panegírico del *gallego mejor que hubo en Galicia*, y el español mejor que hubo en España, y del Salomón gallego que fué llorado con *sosiego* porque fué *gallego;* como también si hubiese sido *manchego;* y que si en lugar de ser gallego ó manchego hubiera sido *extremeño*, hubiera sido llo-

(1) Es la octava tercera que, aludiendo á la muerte del P. Fr. Martín Sarmiento, concluye:

«¡Oh golpe para el orbe literario,
Extraordinariamente extraordinario!»,

del elogio contenido en la *Oración fúnebre que el R. P. M. Anselmo Avalle, Predicador mayor del Real Monasterio de San Martín de Madrid, dixo el día 7 de Febrero de este año en las honras que dicho Monasterio celebró á la buena memoria de su famoso hijo el Rmo. P. M. Fr. Martín Sarmiento. Lo da á luz con varios elogios Griegos, Latinos y Castellanos el mismo Monasterio, á expensas de un amigo íntimo del difunto.* Madrid, 1773, 4.°

rado con *ceño, nec non* si hubiera sido *malagueño;* y á ser el Rvmo. *granadino* hubiera sido llorado con *desatino,* y en caso de ser *aragonés* le hubieran llorado con el ojo del *revés* y siendo *mallorquín* con lágrimas de *bacín, et sic de coeteris* (1).

Si lo que se ha de publicar con motivo de Fr. Flórez (2) es igual á lo visto, serán dos monumentos eternos levantados á la ignorancia, pedantería y á la ignominia de nuestro país y siglo. ¿No hay un alma caritativa que delate al tribunal de la razón una obra semejante? Haga Vmd. una visita muy formal de mi parte á D. Amador de Vera, autor de *Los Literatos en Cuaresma* para que escriba algo sobre este asunto, que á no estar tan lejos de Madrid D. José Vázquez, autor de *Los Eruditos á la violeta,* ya lo trabajaría con gusto.

El luto que insinúa el panegirista que debían llevar los benitos había de ser, no por la muerte del elogiado, sino por el infortunio de tener en sus claustros semejantes elogiadores. Yo no soy amigo de hablar del gobierno, pero no puedo menos de hacer esta pregunta: ¿por qué se permite publicar esta especie de producciones que no pueden causar otro efecto que el de empeorarnos cada día la fama en el mundo literario y confirmar á los extranjeros la preocupación en que están contra nuestras obras del siglo pasado y presente? Las Academias debieran volver por la honra de la nación, y acudir al trono pidiendo alguna resolución capaz de remediar este daño. Si yo llegase alguna vez á entrar en alguna de estas asambleas (lo que estoy muy lejos de merecer ni de solicitar), no dejaría pasar sesión alguna en que no suscitase esta especie.

Va esto muy serio para el tiempo que hace y demasiado para quien acaba de leer los extractos del papelón: remítamelo Vmd. todo entero, si fuese su tamaño cómodo para el correo; pero si después de bien leído le parece á Vmd. digno

(1) En papel aparte sigue aún Cadalso ridiculizando los ripios cometidos en la obra que fustiga.

(2) Es el P. Fr. Enrique Flórez, que falleció en el mismo convento el 5 de Mayo de 1773.

(por lo ridículo) de remitirse, aunque de volumen tan grande como los desatinos que contiene, envíemelo aunque sea menester alquilar una carretería entera como las que llevan el metal de Vizcaya; aquel metal tan poderoso hasta que se descubrió con abundancia el de Méjico y Perú. Y vea Vmd. su poco de moral de paso. Ni crea Vmd. que sea importuna esta moralidad, porque no deja de haber cierta conexión entre oro y plata y monjes benitos.

De la literatura de este país no puedo decir á Vmd. más de lo que Vmd. mismo me dice, y aténgase Vmd. á su dictamen, que es el más verdadero juicio que se puede formar del estado de las cosas literarias de Salamanca. Pero prescindiendo de lo sabio, en lo demás es muy buena gente.

Dará Vmd. mil abrazos á sus hermanos, á quienes quiero yo también casi casi tanto como á Vmd., de quien soy *excorde*.—J. C.—Abreviaturas de mi nombre y apellido muy semejantes al dulcísimo nombre de Jesu Christo que también se suele poner con J. C., cosa que me llena de consuelo espiritual.»

CARTA III

(Sin fecha ni dirección, pero no mucho después de la anterior y en el mismo año.)

«*Ni al santo el voto ni al niño el coco*. Conque así ha hecho Vmd. muy mal en no darme las noticias que me prometió del papelote panegírico del P. Flórez, siendo así que mi curiosidad está sumamente exaltada con la idea que formé en vista del que se hizo para el P. Sarmiento, y Vmd. se sirvió extractar para mi consuelo. No le perdono á Vmd. la omisión, ni se la perdonaré *in articulo mortis*, cuando tenga un padre

capuchino á mi derecha, un agonizante á mi izquierda, el bacín á la cabecera, el orinal á los pies, y todo lo restante de estas comparsas. Si desde la cama voy al cielo, como lo espero de los méritos de Jesucristo, intercesión de la Virgen de Atocha y oraciones de una tía monja que tengo en opinión de santa, perderá Vmd. mucha parte de mis buenos oficios con Dios por esta sola culpa, y si me condeno, lo que no permita la Virgen Santísima que suceda á mí ni á ningún devoto de su rosario, le atormentaré á Vmd. en sueños, haciendo todas las noches el viaje, arrastrando cadenas, echando fuego por los ojos y boca, llenando el cuarto de humo, apestando á azufre y dando unos aullidos, rugidos, relinchos, rebuznos, chillidos y otros gritos, que se ha de ver Vmd. muy negro si no tiene la precaución de poner en sus puertas y ventanas un letrero que diga: *Ave María, Padre Rojas,* ó otro conjuro semejante de los que hay muchos, y Vmd. supiera algunos de memoria si mirase más por su pobrecita alma que estará sabe Dios cómo. Sobre cuyo último asunto no quiero dilatarme por no faltar á la caridad fraterna; pero este escrúpulo no me ha de bajar de un grado el celo para la salvación de las almas de mi prójimo; y así me reservo la facultad de acudir á la piedad y autoridad de sus dos hermanos mayores para que corrijan al menor, y le vuelvan á poner en el camino de la salvación, del cual se ha apartado sobradamente: con cuyos saludables consejos y edificantes ejemplos, ayudados de mis fervorosas oraciones, aún espero verle á Vmd. digno de gozar la vida eterna, *ad quam nos perducat,* etc. *amen.* Se encarga un Padre nuestro y un Ave María, por el peligro en que está el alma del predicador por la vecindad de una mozuela que vive frente por frente y tiene dos ojos como dos tizones sacados del infierno para abrasar al siervo de Dios. *Chanzas* aparte, soy de Vmd. y de sus hermanos muy de *veras,*

CADALSO.

Lo de *chanzas* y *veras,* ¿qué tal?»

CARTA IV

(Sin fecha ni dirección, escrita en Salamanca á fines de 1773 ó principios de 1774.)

«Rvmo. P. Provincial:

Mi dueño: En vista de la carta de V. P. Rma., llamé á mi celda al hermano Fr. José, y le mandé leer tres hojas del *Flos sanctorum* del P. Rivadeneyra, dos capítulos de los ejercicios de San Ignacio y una hoja de la venerable María Agueda de Jesús; y después de haberle hecho tener media hora de oración mental y recitar los siete salmos penitenciales, le hablé sobre el asunto consabido con todo el fervor que me inspira, 1.°, la obediencia á V. P. R.; 2.°, el deseo de la salvación de su alma, y 3.°, el honor del convento. Tuve el consuelo espiritual de ver con estos mis ojos que un llanto copiosísimo de amargura y arrepentimiento le inundaba las mejillas obesas y coloradas hasta bañarle el vientre inmoderado y protuberante, de tanta magnitud y volumen que parece digno de cualquiera jubilado y no de un lego de la orden. La gracia, no sólo *suficiente*, sino la *eficiente*, le iluminó y en la energía de las voces con que abjuró de la poesía profana, éthnica, ovidiana, virgiliana, horaciana, catuliana, tibuliana, properciana y otras *ejusdem géneris*, le conocí digno de participar á las oraciones de V. P. R., á las que le encomiendo.

Me prometió dedicar su poesía en adelante á varios asuntos místicos, eremíticos, ascéticos, claustrales, dogmáticos, evangélicos, monacales, edificantes, apostólicos, *verbi gratia*:

1. A las cinco llagas de San Francisco.—Odas anacreónticas.

2. A San Antonio teniendo el Niño Jesús en cueros sentado en su mano derecha.—Idilio anacreóntico.

3. A San Bernardo echándole leche la Virgen en la boca como se ve en los cuadros.—Sáficos y adónicos.

4. A San Antón criando su puerco.—Canción pindárica.

5. A los dos ángeles que fueron á Sodoma en busca de Loth y escaparon de un fiero chasco.—Seguidillas.

6. A las bodas de San José.—Epitalamio sin aquello de *Ven, Himeneo; ven, Himeneo.*

7. Al juicio final.—Jácara.

8. A la obra del P. Sánchez, *De Matrimonio.*—Madrigal.

9. La vida de San Pablo.—Romance en el mismo metro que los de Francisco Esteban. *Omnia sub correctione S. R. E.*

Pero como de todos los sermones y consejos el ejemplo es el que más fuerza hace, yo mismo hago ánimo de ayudarle en sus obritas ortodoxas; por más que el mal demonio, tan enemigo de nuestras almas como de la buena poesía, me sugiera cada día nuevas especies. Por ejemplo: un lector joven y vivo de nuestra orden (que se llama D. Juan Meléndez, y concurre mucho á mi celda con libertad cristiana y religiosa, mozo algo inclinado á los placeres mundanales, á las hembras, al vino y al campo, y, sobre todo, afecto con demasía á estas cosas modernas, acompañado de muy buena presencia, veinte años no cumplidos (1) y poco respeto á los prelados), entró el otro dia al tiempo de estar yo en profunda meditación sobre el infierno de Virgilio con aquello de

Diis quibus imperium est animarum umbra que silentes
Et chaos et Phlegethon, etc., etc., etc.;

entró el susodicho mancebo, y me dijo poco más ó menos:

—Padre maestro: *benedicite.* Me muero cuando leo algo del venerable Anacreonte, ó bien en su hermosísimo original, ó ya en las primeras traducciones é imitaciones del maestro

(1) Meléndez nació en 11 de Marzo de 1754.

Villegas. Cierta delicia ocupa mi espíritu y mi cuerpo: tengo envidia del primero y celos del segundo, y así he compuesto las siguientes odas por el estilo de estas dos.

Leyómelas (P. Rvmo.), leyómelas; y cuando creí que el techo caería, que el suelo se abriría, que el diablo se le llevaría, me encantó, entre otras, la siguiente

ANACREÓNTICA

SOBRE EL TEMOR DE LA VIDA FUTURA

Si es forzoso, Belisa,
morir, y nadie puede
por mucho que la tema
librarse de la muerte,
ni conocer tampoco
lo que después sucede,
ni dónde nos quedamos
ni quién allá nos tiene,
agora que vivimos,
gocemos los placeres,
los gustos y delicias
que Venus nos ofrece. (1)

Del mismo tenor son las otras que componen un corto cuaderno con título de *Batilo*, nombre escandaloso y *piarum aurium ofensivo*, respecto de que, como V. P. R. sabe, el susodicho Batilo fué un muchacho á quien el viejo malvado Anacreonte quería un poquito más que como á prójimo, al ejemplo de Júpiter para con Ganimedes, Apolo para con Hiacinto, Alejandro para con Ephestión, Sócrates para con Alcibíades, y *cétera*.

La *Silva amatoria* (2), que V. P. R. se sirve enviarme, se

(1) «De la mano y pluma del autor.» Nota de Cadalso. Parece que consulta á Iriarte sobre el mérito de Meléndez, de cuyo puño es efectivamente la anacreóntica copiada.

(2) Es la *Silva que un amante presenta á su dama antes de partir am-*

leerá en mi celda á los piadosos que acuden á ella, se copiará de muy buena letra y se le devolverá; pero hasta entonces *nondum venit hora tua*.

Al tal lectorcillo, joven y díscolo, he procurado apartar de la errada senda de la poesía, le he dicho muchas veces cuánta lástima me causa su pecaminosa inclinación, y cuán provechoso le sería su talento si lo dedicara á otras cosas más sólidas, como á comentar á Aristóteles, á escribir la vida del gran Simón de Rojas ó á componer algunas novenas devotas á Santa Ursula y sus once mil compañeras de martirio y de virginidad.

Pero le arrastra su innata malvada tendencia al infierno con todas las señales de precito, pues se inclina con predeterminación phísica al dicho pasatiempo y á estudios serios de peor naturaleza, cuales son *El Espíritu de las leyes,* de Montesquieu, *El Derecho de gentes*, de Vatel, y otros de igual perjuicio espiritual, con conocido detrimento de su alma. Aun le he oído hablar con respeto de Newton y otros matemáticos y físicos buenos.

No obstante, le estimo más que á otro algún joven novicio, corista, lector y aun tengo más concepto de él que de muchos padres graves catedráticos, jubilados, presentados, definidores, y viendo con lástima, no sólo el malogro de sus prendas intelectuales, sino también el positivo riesgo que corre su salvación, he procurado apartarle á lo menos de la poesía, con las siguientes amonestaciones: (Miento: no irán hasta el correo que viene, pues no pueden estar copiadas á tiempo para el de esta noche.)

Encomiéndome muy de veras á las oraciones de los herma-

---

bos á pasar la primavera en una aldea, todavía inédita, de D. Tomás de Iriarte. Empieza:

> Que nadie está contento con su suerte;
> que feliz no se cree, aunque lo sea,
> y que tampoco lo es aunque lo crea,
> verdades son que la experiencia advierte.

nos en Christo fray Domingo y fray Bernardo, como también á los de V. R., suplicándole me eche su bendición y me tenga muy presente en sus coloquios con Dios.

FR. ROTUNDO DE LA PANZA.

Nota.—Sin perjuicio de remitir *ut supra* he prometido las amonestaciones que hice al dicho lectorete en el correo que viene, hay tiempo y lugar oportuno para la siguiente octava, que hice luego que oí sus primeras poesías:

Cuando Laso murió, las nueve hermanas
lloraron con tristísimo gemido,
destemplaron sus liras soberanas,
que sólo daban fúnebre sonido;
gimieron más las musas castellanas,
creyéndose entregadas al olvido;
mas Febo dijo:—¡Aliéntese el Parnaso:
Meléndez nacerá, si murió Laso (1)!

P. D. Por enviar todo junto no fué esta carta el correo pasado, deteniéndose hasta el de hoy. Devuelvo la *Silva*, después de haberla copiado y reservado la copia entre los papeles de mi mayor aprecio, como todo lo que venga del mismo autor.»

CARTA V

(Sin fecha ni dirección, escrita en Salamanca en Febrero de 1774.)

«*Ave María*. Mil veces me he puesto á escribrir á Vra. Charidad sobre la muerte de los dos famosos *monstruos*, como Vuestra charidad los llama (2) con todo fervor religioso, pero

(1) Figura entre las obras impresas de Cadalso.

(2) Alude á la epístola en verso, casi desconocida, que con fecha 17 de Enero de 1774 le escribió Iriarte dándole cuenta de la muerte del Ele-

el mal enemigo de nuestro bien espiritual; aquel que en alianza con el Mundo y la Carne se opone á que gocemos el reino de los cielos, me distrae de tan santa empresa, poniendo ante mis ojos cierto objeto de concupiscencia, cuya vista atormenta la quietud de mi espíritu y me causa aquello vivos estímulos de la carne de que se queja tan enérgicamente Pablo, el Apóstol de las gentes y vaso de elección.

No obstante el remedio de ayunos, cilicios, oraciones y los restantes que aconsejan todos los doctores místicos, siento una ley en mi sangre contraria á la divina, y como hombre frágil, hecho del todo y concebido en pecado, he hecho repetidas veces la deplorable experiencia de que pienso más en cierta samaritana que en todos los elefantes del Asia y en todos los carmelitas de Europa. Y para que veáis, hermano, cuán á paso de gigante camina la propagación del daño, llegué pocas noches ha á figurarme que yo no era español, ni christiano, ni vivía en Salamanca, ni en el año que según el almanak del sucesor de D. Diego de Torres es de 6973 *(sic)* de la creación del mundo (antes de cuya época esta tierra que pisamos era sin duda alguna *inanis et vacua et tenebrae erant super faciem abyssi,* según Moisés en el libro del *Génesis hebraice, ... sive Beresith,* y según Ovidio:

rudis indigestaque moles, etc.

en el primer libro de sus *Transformaciones*. Figuréme, bien al contrario, ser yo un poeta griego que por extravagancia sabía

---

fante, que por aquellos tiempos había dado que hablar en la corte, y de la de un lego carmelitano llamado Fr. José, como se ve por este fragmento:

Llena está de pesares y de tedio
esta gran villa, al ver que en un instante
se han muerto sin consuelo ni remedio
el hermano José y el Elefante.
De la naturaleza monstruo el uno,
el otro de virtud monstruo igualmente,
fueron pasmo y delicias de esta gente,
ya por mucho comer, ya por ayuno:
oye la historia que con hechos ciertos
te contaré de los ilustres muertos...

español, como algunos españoles saben el griego. Llena la cabeza de dioses, templos, aras, urnas, etc., compuse á Cupido y á su señora Madre los himnos adjuntos en sáphicos y adónicos, que remito á Vra. charidad y á sus hermanos para que se lean en el primer capítulo que celebren (1), con protesta de que comprendo muy bien que en ninguna de las lenguas vivas pueden hacerse tales versos, porque nuestras prosodias no señalan la cuantidad de todas las sílabas: con que así, lo de sáfico y adónico pretendo se entienda sobre poco más ó menos.

En medio de la aflicción que me causa esta tendencia mía á lo que no es más que un muladar cubierto de nieve (según Fray Luis de Granada) he tenido estos días un consuelo espiritual que ha llenado mi alma de gozo. Desde que tuve uso de razón (digo *rationis rationantis*), me ha llenado de espanto la posesión de las Américas y destrucción de catorce millones de almas hecha por unos cuantos extremeños, que fueron allá á predicar á cañonazos la ley del Cordero que los ancianos vieron sobre el libro de los Sellos (*Apocalipsis*, S. Juan, cap. v.) Pero acaban de defenderse en este claustro *pro anniversitate* unas conclusiones tocantes á estos asuntos, y entre otras, una dice así ni más ni menos:

«Theorema Sextum,

»at cum in Scripturis canonicis per D. Paulum testetur. *Quid* »*enim mihi de iis qui foris sunt judicare* disserendum venit an »Ferdinand. V et Elisabeth, ob eximian religionem Catholicis »cognominatis, S. P. Alexander VI, ann. 1493, jure ac debite »*ex plumbaria bulla* committeret ut hos Indos hispanico sub»jicerent imperio, et ad Christi fidem reducendos curarent? »Nos vero habito respectu ad dicta, non solum affirmative, »verum et in bello indico, ita processisse contendimus, prout »ad tot Catholicos decebat Dynastas.»

Con esto me he aquietado, hecho cargo de las fuertes razo-

(1) ¿En la fonda de San Sebastián?

nes que aquí se insinúan; siendo mucho mayor mi humildad que la de algunos doctores que arguyendo sobre esto, se dijeron cosas poco conformes con la caridad cristiana y que pasaban de corrección fraterna. Otra *plumbaria bulla,* que para eso la he rayado, sea concedida á vos y otros hermanos para que toméis segura, legítima y quieta posesión del cielo. *Amén.*»

A esta carta acompañan, como queda indicado, los *Himnos á Venus y Cupido, en versos sáficos y adónicos con motivo de unos nuevos amores,* que empiezan; el primero:

Madre divina del alado niño...

el segundo:

Niño temido por los dioses y hombres,

y que figuran en todas las ediciones de Cadalso.

CARTA VI

(Sin fecha ni dirección: escrita en 1774.)

«Querido amigo: *A la fuente por agua.* Deseo y necesito me diga Vmd. muy despacio ó muy deprisa, según el tiempo que tenga, todo lo que le parezca necesario acerca del estilo propio de las inscripciones sepulcrales paganas y cristianas, así para satisfacer á un erudito, como para confirmarme yo mismo ó corregirme en la idea que he formado de ellas. Esta duda se originó de que, habiendo extractado un montón de nombres de guerreros ilustres antiguos de una historia de España, me puse por diversión á acomodar un epitafio corto á cada uno (no como el *Panteón extremeño* del reverendo Salas, que se publicó dos años ha en Madrid), sino del modo que Vmd.

verá adjunto. De cuya lectura me dirá Vmd. con libertad de amigo y filósofo todo cuanto le parezca, con igual confianza á la que gasto con Vmd., interrumpiéndole sus ocupaciones por el interés de literatura y gusto que me causan sus cartas. Un abrazo á cada hermano y todos manden á

CADALSO.

Talavera la Real 16 de Septiembre.»

La incripción ó epitafio á que alude es:

«*Post annos XIV in obsessione consumptos,*
tres debellatos exercitos, totidem victos imperatores (1)
summique Scipionis,
frustra contra Numantiam arma gerentis
fortitudinem, peritiam et fortunam superatas,
nullam sperantes salutem
gazas, pueros, matres, senes, deos, et sempetipsos,
in combustam patriam proiecerunt
Numantini.
In eorum memoriam hoc á posteriori hispani erectum est
monumentum.»

CARTA VII

«Mi querido y muy apreciable amigo: Concluida mi corta licencia, me fué imposible obtener prórroga alguna, con lo cual me vi obligado á reunirme con toda precipitación, por no perder la revista, á este destino, que aseguro á Vmd. ser el

(1) «Es inútil advertir que *Imperatores* significa generales.» (Nota de Cadalso.)

más infeliz que he tenido en toda mi vida, sin que pueda figurarme que le haya peor en todas las pobres provincias de ultra península; mediante lo cual se me hace cada día más odioso este oficio. ¡Dichoso Vmd. que vive quieto, disfrutando el descanso apetecible de la vejez mezclado con los gustos de la juventud, y en la lectura y cultivo de las letras, que debieran ser la única ocupación de los hombres, pues es la única cosa que los puede hacer mejores y más sabios! Añadiría yo de buena gana otras cosas que me representan como muy envidiable la vida de Vmd., pero las callo todas menos la compañía de los dos tan amables hermanos, á quienes dará Vmd. un abrazo muy estrecho de mi parte. Yo nunca tuve hermanos ni amigos sino los comunes. Nunca me ha sido tan sensible la salida de Madrid como ahora, porque había hecho ánimo de entablar mi gran pretensión, que es la de retirarme, y de imprimir una obrilla, la cual, sin mi presencia, nunca podrá salir á mi gusto; siendo lo peor de todo esto que el mismo día que me desahuciaron de quedarme en Madrid, se había presentado en el Consejo, de modo que aquí viene bien lo de: *Le vin es tiré: il faut le boire.* Supongo que ya habrá Vmd. recobrado el manuscrito de sus poesías; avíseme Vmd. para mi quietud sobre este particular, y para en caso de no, escribir que se lo devuelva el sujeto en cuya mano quedó, que es de toda mi confianza. Repito á Vmd. y á los suyos una y mil veces mi inútil pero cordial amistad y las veras con que le soy afecto,

CADALSO.

Por Mérida, Montijo 31 de Octubre 1774.—Sr. D. Thomás de Iriarte.»

CARTA VIII

(Sin fecha: por su contenido parece escrita poco después de la anterior.)

«En el café más concurrido de una de las principales ciudades del planeta que llamamos Saturno, suelen leerse las *Gacetas* más auténticas; y en el párrafo último de una de ellas se incluyó poco ha la siguiente noticia, que ha sido el motivo de todas las conversaciones entre todos los estados: político, eclesiástico, militar, escolástico y jurídico de aquellos países. Ha venido á mis manos por arte mágico de una bruja que vive la puerta más abajo de mi casa, y dice así:

«En un globulillo compuesto de sólido y líquido que anda dando vueltas alrededor del grande y único luminar, hay una pequeña parte llamada Europa, habitada de unos bichillos sumamente despreciables que se llaman hombres. Una porción de la tal Europa, casi inculta y despoblada, se llama España. De la tal España una provincia se llama Extremadura, síncope de *Extremamentedura*, nombre que le conviene perfectamente por su suelo, clima y carácter de sus habitantes, famosos por haber aniquilado muchos millones de semejantes suyos en otra parte de tal globulillo llamada América. En dicha Extremadura ó Extremamentedura hay un montón de chozas medio caídas con nombre de Montijo; en el Montijo hay unos animales de dos pies, sin pluma, que llaman hombres, porque en lo exterior se parecen algo á los hombres de otras partes. Entre los tales hombres, ó lo que sean, del montón de casas caídas que llaman Montijo de la provincia Extremamentedura del país inculto y despoblado que llaman Europa, menor parte de las cuatro que componen el globulillo

compuesto de sólido y líquido que anda dando vueltas alrededor del grande y único luminar, vive un ente de tan extraña constitución, que no puede explicarse sino poniendo aquí la distribución de su vida, que es como sigue:

»Muy temprano le despiertan sucesivamente el canto de un gallo, el rebuzno de un burro y el martillo de un herrador. Alguna vez se aumenta esta música con el chillido del niño que llora azotado por su madre, ó el de la mujer apaleada por el marido, ó el de un muchacho descalabrado por una pedrada que otro le tira. A esto se sigue estarse dos horas en cama á ver si puede dormir, y se levanta sin haber dormido.

»A esto se sigue llamar á otro animal semejante al mismo, que le sirve porque le paga y á quien paga porque le sirve. (Aquí ponía el gacetero una corta disertación sobre amos y criados, para explicar á los satúrneos cómo creyéndose todos los hombres de la tierra descendientes de un mismo hombre y por consiguiente hermanos, se sirven los unos á los otros por interés y no por amor. Se omite el traducir la disertación por inútil.)

»A esto se sigue que el tal, á fuerza de quemarse la lengua, gaznate y paladar, toma por primer alimento un mejunje negro hirviendo, soplando y sorbiendo con mucho trabajo, compuesto de canela, cacao y azúcar, desleído en un poco de agua.

»A esto se sigue que entra en el cuarto de tal otro tal, y le dice:—Mi capitán: de los treinta caballos de la compañía, tres han estercolado tan blando que nos dan mucho que sentir: los demás no tienen novedad en su importante salud. De los cuarenta soldados, dos han sacado la espada sobre cuál es más alta; si la Giralda de Sevilla ó el Campanario de Santa Cruz: son muchachos; han quedado amigos. Otros dos se han dado de estocadas sobre cuál vale más; si la Virgen de las Angustias de Granada ó la Virgen del Pilar de Zaragoza; son dos carabineros antiguos, hombres de juicio que nunca han dado que decir en la compañía, ambos están heridos en la cabeza,

y con delirio: se curarán si V. quiere sin que se sepa. No hay más novedad.

»A esto se sigue que el tal, dice al otro tal. Está muy bien: taparlo todo menos lo que han estercolado duro los caballos: de eso déle V. parte al sargento mayor: avise V. cuando den la orden para tomar la paga.

»A esto se sigue que el tal bosteza cuatro ó cinco veces solo en su cuarto, y se viste para salir á bostezar otras cuatro ó cinco veces en la plaza con otros tales.

»A esto se sigue que los cinco ó seis, después de haber bostezado juntos, se separan para ir á comer cada uno su puchero en su mesa, al mismo tiempo que cada caballo come su pienso en su pesebre.

»A esto se sigue que se pasean juntos á manera de rebaños sin pastor, y que durante el paseo hablan del buen tiempo, lluvia, cebada, trigo, etc., diciendo todos los días lo mismo, á la misma hora, y con el mismo tono de voz.»

El fragmento de la *Gaceta* no decía más, y los sabios satúrneos es natural que hayan especulado sobre la naturaleza de los vivientes en el Montijo, proponiendo premios á los que traten mejor y hagan más juiciosas conjeturas sobre este que será para ellos fenómeno.

Si Vmd. tiene algún amigo colocado en estado parecido á éste, téngale Vmd. tanta lástima cuánto cariño tiene á Vmd. y á sus hermanos,

CADALSO.»

CARTA IX

(Sin fecha ni dirección; escrita en Montijo, probablemente en 1774.)

«Querido amigo: De Salamanca me avisa un amigo haber entrado en ejercicios espirituales para ponerse en estado de hacerme una completa confesión general; y añade que, habiéndole entregado su director la *Biblia* para sacar de ella los puntos de oración mental, tropezó con el de Job y se le quedó tan impreso su estudio, que de resultas, ha compuesto el adjunto soneto (falta). Un abrazo á los dos hermanos y todos tres manden á

CADALSO.»

CARTA X.

(Sin fecha; escrita en 1776 ó á fines del anterior.)

«Estimado amigo: Su hermano D. Domingo, que es más hombre de bien que Vmd. (aunque no es grande la ponderación), me dijo tenía Vmd. unos cuatro millones de versos que remitirme; y Vmd., que es más pícaro que su hermano Dominguito (y esta sí que es exageración), no me ha enviado uno siquiera. ¿Por qué? Si es olvido lo siento mucho. Si es pereza, le alabo á Vmd. el genio; y esto más tiene de simpatía con el mío. ¿A dónde hay cosa como no hacer cosa alguna? Una de las cosas que, como buen cristiano, alabo en la divina é ine-

fable providencia, es haber creado el mundo de una vez y dejar luego que los astros den su giro, las estaciones se sucedan, el mar fluya y refluya, los animales se perpetúen, y no tener que renovar cada instante, día y semana, mes, año ó siglo, cada una de las cosas que vemos y de las que no vemos sino á fuerza de microscopios y telescopios, amén de aquellos á que no alcanza toda la telescopería y microscopería de Londres. ¿Creerá Vmd. que me enfada mi reloj cuando con harto dolor de mi corazón, me pongo á considerar que es preciso darle cuerda cada veinticuatro horas? Si por algo deseo mi retiro es por tener un reloj de sol fijo en mi huerto, jardín ó corral. Vestirse, desnudarse, comer, descomer, beber, desbeber... ¿puede haber mayores trabajos? Es tanto mi odio al movimiento y amor á la quietud, que queriendo ponderar mis méritos á una moza y desear mi premio, según aquello de que *dignus est mercenarius mercede sua*, le dije muy despacio y tomando aliento diez ó doce veces (lo cual daría buena idea de mi fervor amoroso:)—Niña... ya he... venido... tres... ó cuatro... veces... á lo... mismo... y... nada...! ¡Cruel!...; y me volví al propio paso á mi casa; me tumbé en la cama y dormí seis horas de siesta para descansar. Cuando leo que ha habido hombre que ha dormido uno, dos, tres, ó más días seguidos, me muero de envidia. De todos los ocho tomos del *Parnaso español* nada leo con gusto sino la canción del sevillano Herrera *al Sueño*. La sé casi de memoria, y la recito todas las noches al tiempo de meterme en la cama. Léala Vmd., y dígame si no tengo razón. Si sueño, no se me aparece otro objeto que el de la pereza, cual la pinta Boileau; más quisiera haber compuesto aquella pintura que la *Iliada*, *Odisea*, *Eneida*, *Paraíso perdido*, *Jerusalén rescatada*, *Araucana*, *Henriada*, etc.; aquello de

Soupire; étend les bras; ferme l'œil, et s'endort,

no tiene precio y vale por veinte parnasos griegos, romanos, etc.

Si Vmd. es del mismo humor, no dudo que me quedaré sin los tales versos prometidos, por más deseos que tenga de leerlos. Pero haga Vmd. un esfuerzo sin ejemplar y mande que se copie algo y se me envíe.

Esta es la provincia más triste, más calurosa, más enferma, más inhospitable en España; estoy mandando un escuadrón en uno de los pueblos más melancólicos de ella; tengo aquí pocos compañeros, y los tales son poco sociables; he dejado mis libros en Madrid; no hay por acá una persona que me congenie; he tenido mis tercianas, de las cuales nadie se libra en este país, con que estoy sumamente melancólico. Escríbame Vmd. y me volverá el alma al cuerpo, pues según me hallo, creo está la casa por alquilar y el dueño se ha ido á picos pardos. Con que así lo dicho dicho; y dando Vmd. un abrazo á cada uno de sus dos hermanos de parte de este tan devoto de esa trinidad, no deseche Vmd. de su memoria á su amigo que lo es con todas veras,

CADALSO.»

(En el sobreescrito:) «Extremadura.—Por Mérida.—Talavera la Real (no la Reina).»

CARTA XI

(Sin fecha: esta carta es contestación á la epístola en verso que en 8 de Febrero de 1776 le envió Iriarte, con algunas poesías suyas.)

«Mi querido y apreciable amigo: Las cartas de Vmd. me sirven como el Maná diz que servía al pueblo circunciso. Si quiero saber noticias de su salud, las hallo en su carta; si se me antoja oir buenos versos, los hallo allí mismo; si quiero lamen-

tar el triste estado de la literatura, á eso me saben sus renglones. Prosiga Vmd. escribiendo siempre que pueda; porque es tal el tedio que inspira este pueblo, que ni aún para escribir tengo gusto, ni aun á los amigos de mi mayor aprecio como Vmd. lo es y será siempre. Esta es una vida indolente, floja, insípida, y como dejé en Madrid mis libros, creyendo que habría mucho que hacer con motivo del nuevo ejercicio, y deseando evitar la nota de estudioso que se me ha echado en cara por los sabios de mi carrera, me hallo más solitario que en la Tebaida. Por lo cual vuelvo y volveré mil veces á repetir á Vmd. el encargo de que me escriba diciéndome cuanto quiera *de re litteraria*.

Si se disipa esta niebla, hago camino de limar una tragedia que iré remitiendo á la censura de Vmd. por actos; pero me temo no estar para ello.

Mil abrazos á cada uno de los dos hermanos, y toda la trinidad mande á quien es muy devoto de ella, á saber,

CADALSO.»

(Sobrescrito.) «A D. Thomás Iriarte, en casa del Excmo. Sr. Marqués de Grimaldi.—Madrid.»

CARTA XII

(Sin fecha ni dirección: es de fines de 1776.)

«Estimado amigo: Sacaré una copia del poema filosófico que Vmd. me remite (1), y le devolveré el original. En mis

(1) Es el fragmento de poema publicado con el título de *El Egoísmo*, que Iriarte no concluyó.

Cartas marruecas (obra que compuse para dar al ingrato público de España y que tengo sin imprimir porque la superioridad me ha encargado que sea militar *exclusive)* he tocado el mismo asunto, aunque con menos seriedad. Copiaré de mi borrador la que lo trata, y allá irá. Pero, amigo, no hay patria; todo lo que sea patriotismo es cuando menos inútil, tal vez peligroso. Vmd. crea que desde que los chapuceros á quienes oyó Felipe II, le hicieron creer que para que un pueblo fuese fácil de gobernar era preciso empobrecerlo, desnudarlo, abatirlo y arrastrarlo, no se ha pensado sino en ello. De aquí vino una serie larga y cruel de providencias tomadas para llevar aquella idea á efecto total y cumplido. Se ha logrado tan al pie de la letra, que ningún hombre, no digo patriota, pero sólo racional y humano *(sic)* se desmaya de dolor al ver toda nuestra península, y mucho más si la compara con otros países de Europa, bien inferiores á ella en clima, suelo, etc., etc., y cien mil, etc. De cuando en cuando se ha hecho como que se quería mirar por esta patria, pero á vuelta de una distracción semejante (pues se puede llamar distracción), han retrocedido las gentes al sistema destructor. Siendo esto así, desde *este punto de vista,* que llaman los franceses, veo tres clases de españoles. Los de la primera son los ignorantes, tan lejos de compadecerse de su país natal que no creen haya en el mundo tierra que igualar con él. Los de la segunda, sienten, lloran, gimen, el todo inútilmente; tal vez hablan, y entonces se les hace callar. Los de la tercera ven el mal, no ignoran el remedio, pero conociendo tales y tales obstáculos imposibles de vencer, se meten en un rincón. De aquí el egoísmo más inocente; el otro el egoísmo horroroso, culpable, maquiavelismo inícuo es el que le reduce á fabricar su casa con las ruinas de la nación. ¡Cuán lejos nos llevarían las reflexiones que naturalmente dimanan de esto! No quiero constristar su corazón de Vmd. ni el mío, que creo igualmente buenos, y, por consecuencia, igualmente patriotas; y así mudemos, concluyéndolo con remitir á Vmd. una copia del índice de dichas *Cartas ma-*

rruecas, por las cuales Vmd. verá cuántas eran las que iban sobre asuntos que tienen conexión con esto.

Al hermano ya ausente (1), mil expresiones; al presente otros tantos abrazos, y á Vmd. otros tantos encargos de que quiera mucho á su apasionado invariable amigo,

CADALSO.»

CARTA XIII

«Querido amigo: Hágame Vmd. la fineza de decirme si ha encontrado en ese Archivo (2) algún documento por donde conste que sea cosa bien hecha el olvidar á sus amigos. Dígame Vmd. qué ley hecha en Cortes; qué pragmática-sanción con fuerza de tal, qué acuerdo del Consejo ó qué diablo colorado, verde, azul ó pajizo le ha metido en la cabeza el no hacer caso de los que andamos por estos montes de Extremadura comiendo bellota *ut prisca gens mortalium.* Mil años ha (á lo menos así me lo ha parecido), que Vmd. no me escribe largo ni chico; verso ni prosa; serio ni jovial; carta ni esquela. Mire Vmd. que á todos mis trabajos anteriores se me ha añadido el de ser sargento mayor de caballería, oficio en que sin duda alguna, á no dulcificarme Vmd. la vida con sus renglones, se me alargarán las orejas, me crecerá el vello, criaré casco en las manos y pies y se me trocará la voz en rebuzno, como ha sucedido á otros muchos de mis gloriosos antecesores.

---

(1) D. Domingo de Iriarte, que en el Otoño de 1776 marchó á desempeñar la secretaría de la embajada de Viena.

(2) El del Consejo Supremo de la Guerra, para cuyo cargo había sido nombrado D. Tomás de Iriarte en Junio de 1776.

¿Qué dirá Vmd., cuando oiga, vea ó lea, ó todo junto una obra militar mía? Se limpiará Vmd. veinte veces los ojos creyéndose engañado cuando vea una leyenda que dice así: *Nuevo sistema de táctica, disciplina y economía para la caballería española, por D. José,* etc. Lo estoy acabando, y, si el verano é invierno que viene son gente de paz, iré á Madrid á imprimirlo. Si hay guerra, adiós la teoría y todas sus bellas especulaciones (1).

Si quiere Vmd. saber el por qué he trabajado este asunto, ha de saber Vmd. que son dos las causas impulsivas. La primera es que me he visto precisado á repetir el dicho de aquel sujeto que dijo en cierta ocasión: *anch'io son pittore.* La segunda nace de aquella copla que oí cantar una vez á una gitana oji-negra, cari-pícara, etc. y era:

Mi abuela parió á mi madre,
mi madre me parió á mí;
en mi casa todas paren,
yo también quiero parir.

Cuídese Vmd. mucho más que al Archivo; olvídeme Vmd. mucho menos que hasta ahora y mande Vmd á

CADALSO.

Mil cosas á los hermanos. Montijo, 10 de 1777 *(sic)*: ya me canso de hacer sietes.»

(1) Quedó inédita esta obra, y es en la actualidad desconocida.

CARTA XIV

«Estimado amigo: Gracias á Dios que no ha encontrado Vmd. en ese Archivo documento alguno que autorice el olvido de los amigos, antes bien ocasión para escribirme. Acoto la obra prometida, y dé Vmd. en mi nombre la enhorabuena á su hermano el diplomático; en cuya compañía Alá, Hisen, Viztliputli, Jehovah, Júpiter (1), Dios, y el gran *causa-causarum*, guarde á Vmd. muchos años, como desea,

CADALSO.»

CARTA XV

«Haga Vmd. cuenta que he entrado en su cuarto, descalzo de pie y pierna, con una soga al cuello, una vela encendida, la melena enmarañada; la barba hasta aquí (señalé á la cintura), los ojos bajos; que hice tres genuflexiones á proporcionada distancia (si su cuarto de Vmd. no es mayor que el mío, volaron, de las tres, dos); que por señas pedí licencia para hablar; que negándomela Vmd. por hallarse de un humor de todos los diablos, me fuí á la cocina, y me cubrí el cuerpo de ceniza y volví de rodillas ante su acatamiento, solicitando la

(1) «Se me olvidaba el vizcaíno Jaungoicoa, que significa *señor de alto*. *Nota:* En el idioma cántabro no hay voz que signifique directamente Dios.» (Nota de Cadalso.)

misma gracia; que Vmd. me la concedió, porque, ya se ve, sería muchísima de la *(sic)* crueldad, y que respirando dije, ó que dije suspirando, ó que sin suspirar ni respirar, sino á manera de autómato con habla; porque el dolor me habrá stupefacto (no), stupehecho (tampoco), stupehacido (menos). ¿Cómo diremos esto? Que el dolor me habrá automatizado (también suna *(sic)* mal). ¡Cuidado que me he metido en un berenjenal de los buenos! Demos otro tiento para salir. Digo, pues, que el dolor me habrá petrificado (nada, nada; que me llevarán al Gabinete de la Historia Natural;) me habrá dejado sin habla (largo es como un demonio, pero no tiene remedio). ¡Señor: pequé! Desde mi salida de Madrid me ha escrito Vmd., me ha remitido cosa de gusto (1); y yo ni siquiera he respondido: gracias, amigo del alma. Mal hecho: no tiene excusa; ni la hallo, ni la busco: sólo trato de que vuelva Vmd. á escribirme mucho, bueno y frecuente.

He estado en el campo de Gibraltar: he entrado en la plaza, que me ha gustado muy mucho; me he embarcado mandando 170 hombres del Campo de San Roque á bordo de los jabeques del Rey. Salimos dos veces de Algeciras tras los moros, no dimos con ellos; nos desembarcamos; el regimiento cumplió su año y ahora estoy en Utrera, para lo que Vmd. quiera mandar á su amigo

CADALSO.

30 Maio 79.»

En el sobrescrito: «Sr. D. Thomás de Iriarte, junto á San

(1) Parece contestación esta carta á la epístola en prosa y verso de 20 de Octubre de 1777, en que Iriarte se quejaba de que Cadalso no hubiese contestado á la en que le enviaba su traducción del *Arte Poética* de Horacio.

Juan, 2, Madrid.» Acompaña á esta carta la *cancion* á Meléndez

Sigue con dulce lira...

impresa en las ediciones de Cadalso.

Además de estas cartas, existen aún otras dirigidas por Cadalso á diferentes personas, unas ya publicadas, aunque hoy son casi desconocidas, como la que se imprimió en el *Correo de Madrid* en 1790, periódico que también dió en sus columnas las *Noches lúgubres*, las *Cartas marruecas* y bastantes versos, y otras que reservan algunos curiosos poseedores de tan estimables documentos. De esta clase son las que pertenecen hoy al erudito hispanófilo M. Foulché-Delbosc, director de la *Revue Hispanique*, de París, quien, según tenemos entendido, pronto las hará del dominio público.

EMILIO COTARELO.

DE LOS POEMAS HISTÓRICOS RELATIVOS Á CHILE

La raza indígena, que tan escasa ó nula influencia ha ejercido en la literatura hispano-americana, tiene, no obstante, en la colonial de Chile, una acción indirecta tan poderosa que decide del género y asunto de la mayor parte de las producciones en prosa y en verso que durante dos siglos se compusieron. Aquella estrecha faja de litoral árido y pedregoso, que no podía excitar ni la codicia, ni la imaginación de los aventureros, costó más para su conquista y conservación que todo el resto del continente americano, y aun hubo parte de ella que nunca fué enteramente domeñada. Una tribu de bárbaros heroicos gastó allí los aceros y la paciencia de los conquistadores, y manteniendo el país en estado de perpetua guerra, determinó la peculiar fisonomía, austera y viril, de aquella colonia, á la vez que ofrecía un tema casi inagotable á los primeros ensayos de sus ingenios. Toda la primitiva literatura de Chile, así en los poetas como en los historiadores y los arbitristas, no existe más que por la guerra de Arauco, y no habla más que de los araucanos. Si aquellos bárbaros no escribían versos ni componían historias, y sólo conocieron la poesía y la elocuencia en sus formas más rudas y elementales, daban á lo menos continua ocasión con las hazañas de su increíble resistencia á que se multiplicasen

los poemas y las historias de que ellos venían á ser héroes sin saberlo. Así se formó en tiempos plenamente históricos una literatura de temple muy épico que contrasta con el carácter patriarcal, y algo casero, que las letras coloniales ofrecían, por lo general, en los pacíficos imperios de Méjico y Lima, ó en las escondidas metrópolis de Quito y Santa Fe. Y aun en cierto sentido puede decirse, con D. Andrés Bello, que «Chile es el único de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico». Ni hay tampoco literatura del Nuevo Mundo, que tenga tan alto principio como la de Chile, la cual empieza nada menos que con la *Araucana,* obra de ingenio español ciertamente, pero tan ligada con el suelo que su autor pisó como conquistador, y con las gentes que allí venció, admiró y compadeció á un tiempo, que sería grave omisión dejar de saludar de paso la noble figura de Ercilla, mucho más cuando su poema sirvió de tipo á todos os de materia histórica compuestos en América ó sobre América durante la época colonial.

Larga y vanamente se ha disputado sobre si tal obra cabe ó no dentro de la antigua categoría épica. Ante las modernas doctrinas sobre la epopeya, tal cuestión carece hasta de sentido. Ni *La Araucana* ni otro ningún poema moderno, ni entre los antiguos la *Eneida* misma, tienen nada que ver con un género primitivo, impersonal, propio de las edades heroicas y de las civilizaciones incipientes, como es la genuina epopeya. Tan imposible es producirla á sabiendas y tan ridículo intentarlo, como sería crear una mitología nueva ó inventar una nueva lengua. La epopeya pertenece al género de las creaciones espontáneas del espíritu humano, y las fuerzas que la engendraron no existen ya ó están latentes hasta que en un medio social adecuado, que el volver de los tiempos puede traer consigo como le trajo en la Edad Media, logren manifestarse de nuevo. Así, por ejemplo, muchos siglos después de haber muerto la epopeya clásica (sustituida por las exquisitas imitaciones literarias de Apolonio ó de Virgilio), los ignorados

cantores del *Rolando*, del *Mio Cid* y de *Los Niebelungos* pudieron ser tan épicos como los rapsódas homéricos, sin conocerlos, ni enlazarse con su tradición en modo alguno.

En este concepto, hoy universalmente aceptado, claro es que Ercilla no merece rigurosamente el nombre de épico, pero tampoco puede decirse que lo sean Camoens, ni el Ariosto, ni el Tasso, ni Milton. La obra de cada cual de ellos constituye un nuevo tipo poético, que tiene su propio é individual valor, independiente en todo del de la antigua epopeya, por más que estos poetas quieran remedarla á veces, aunque nunca de un modo tan sistemático como Virgilio lo intentó respecto de Homero. La originalidad y la riqueza de la gran poesía del Renacimiento son en esta parte visibles é innegables. ¿Por dónde puede encajar en el molde antiguo un poema como el *Orlando Furioso*, que no tiene principio, ni fin, ni acción principal; que empieza por ser continuación de otro larguísimo poema, y acaba dejando abierta la puerta á todas las continuaciones que puedan discurrirse, y que, con efecto, se discurrieron? Y, sin embargo, aquella inmensa novela en verso, en que la materia épica de los tiempos caballerescos aparece remozada por la más suave y penetrante malicia y transformada por la invasión del naturalismo pagano, no deja de ser una de las obras más deleitables del ingenio humano, á la vez que el dechado de un género nuevo, que no es la parodia prosaica, sino el poema fantástico-irónico en que la imaginación, libre de toda traba, se regocija con lo mismo de que parece burlarse. Por el contrario, el alma grave y melancólica del Tasso escribe el testamento de la caballería en un poema que de histórico apenas tiene más que el nombre y la apariencia, pero que vagamente corresponde á aspiraciones de todo el mundo cristiano en el siglo XVI. Es en Italia el poeta del último y decadente Renacimiento, como Milton en Inglaterra: Tasso, con el espíritu de la reacción católica; Milton, con el espíritu de la reacción puritana. Al querer encerrar dentro del molde de la regularidad virgiliana, el uno la desordenada eflorescencia de la poesía

novelesca, el otro la grandeza bíblica desfigurada por las espinas de la controversia teológica, creaban en realidad géneros nuevos que conservaron vida hasta los tiempos de Chateaubriand y de Klopstock.

El lauro de la renovación de la poesía histórica correspondió en el siglo XVI á los peninsulares, á los españoles, en la más lata y tradicional acepción de la frase. No con frías composiciones de escuela, como la *Italia Liberata,* del Trissino, sino con obras vivas y llenas del alma de la patria, dieron simultánea expresión Ercilla y Camoens, aunque por caminos diversos y con méritos desiguales, á la poesía de las navegaciones, de los descubrimientos y de las conquistas ultramarinas, trayendo al arte nuevos cielos, nuevas tierras, gentes bárbaras, costumbres exóticas, hazañas y atrocidades increíbles. Un Nuevo Mundo se abrió para el arte casi un siglo después de haberse abierto para el arrojo y esfuerzo del genio ibérico. Camoens tuvo todas las ventajas del argumento, aparte de su propio genio, superior sin duda, aunque no en todo y por todo, al de su contemporáneo. Cantó empresa grande, extraordinaria y magnífica; capital en la historia de la humanidad; brillante en todos sus accesorios; aventura inaudita de un pueblo exiguo, lograda contra las iras del mar tenebroso, contra la potencia enorme, aunque caduca, de civilizaciones vetustísimas; no entre tribus salvajes y medio desnudas, sino en el país de los aromas y de las especerías, en el Oriente misterioso y sagrado, en los emporios de la Persia y de la India. Ercilla, por el contrario, de todo el grandioso cuadro de la conquista del Nuevo Mundo, no escogió por materia de su canto ni la épica ruina de la Ilión de los lagos, ni el ocaso del sol de los Incas, sino la conquista, en realidad frustrada, de «veinte leguas de término, sin pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo», habitadas por bárbaros sin nombre ni historia hasta que él vino á darles la inmortalidad en sus versos.

Ni paran en esto las ventajas de Camoens y las desventa-

jas de Ercilla. El primero acertó á condensar en un poema, que tiene algo de cíclico, toda la historia real y fabulosa de su país, agrupándola con mucho arte en torno del hecho sobrehumano que constituye la más espléndida corona del pueblo portugués, y tras del cual empieza su irremediable decadencia. Ercilla se limitó á convertir en materia poética la exigua materia histórica con que le brindaba su argumento, y si alguna vez hizo excursiones fuera de ella, tuvieron también carácter de actualidad contemporánea, como las descripciones de las batallas de San Quintín y Lepanto, débilmente enlazadas por lo demás con su argumento, aunque de tanto precio consideradas en sí mismas, que pasma la omisión que de ellas se ha hecho en una reciente edición chilena de *La Araucana,* que, por otra parte, merece estimación por lo correcto de su texto y por sus ilustraciones históricas. Si un espíritu adverso á España ha dictado estas mutilaciones, razón sobrada tendría para indignarse de ellas la sombra del poeta y fiel soldado de Felipe II, que no podía ménos de sentir y pensar como pensaban y sentían todos los españoles del siglo XVI, y piensan aún todos los que no han renegado de su casta.

De esta penuria á que voluntariamente se condenó el poeta por la limitación del tema escogido, nace también la monotonía de las escenas que describe, bélicas todas, y del mismo género de guerra. No hay en *La Araucana* ni una Inés de Castro, ni un Magricio, ni un Adamastor, ni una Isla de los Amores, que vengan á recrear la fantasía con más apacibles paisajes ó más dulces afectos. Allí rueda sólo el carro de Marte con el mismo son duro y estridente durante treinta y siete larguísimos cantos. Las sombras de Tegualda, de Glaura, de Frésia, de Guacolda, pasan rapidísimas, y siempre mezcladas al fragor del combate y envueltas en el cálido vapor de la sangre. La naturaleza está descrita alguna vez, sentida casi nunca, salvo en el idilio de la tierra austral y del archipiélago de Chiloe. Las indicaciones topográficas de Ercilla son de una precisión y de un rigor matemáticos al decir de los historiado-

res y geógrafos chilenos, pero no son gráficas, ni representan nada á la imaginación.

¿Osaré decir que con todas estas razones de inferioridad, todavía en la narración de Ercilla, lenta, pausada, rica de pormenores expresivos, ingenua y aun trivial á veces, pero grandiosa por la sencillez misma con que el autor se entrega á los altos y bajos de su argumento, sin pretender alterar sus proporciones ni realzarle con artificios literarios, encuentro una plena objetividad, una evidencia histórica, una vena épica abundante y majestuosa, que no descubro en la rápida y brillante ejecución de *Os Lusiadas,* que parecen una fantasía lírica sobre motivos épicos, ó más bien una galería de cuadros históricos que van pasando con la misma rapidez que las vistas de un estereoscopio? La lectura del poema de Camoens es tan fácil y amena como dura y penosa la de *La Araucana;* pero la impresión poética que ésta última deja, gana en intensidad lo que pierde en variedad y extensión. No hay poema moderno que contenga tantos elementos genuinamente homéricos como *La Araucana;* y no por imitación directa, puesto que Ercilla, cuando imita deliberadamente á alguien, es al Ariosto ó á Virgilio; sino por un especial privilegio, debido, en parte, á la índole candorosa y sincera del poeta, que era él propio un personaje épico sin darse cuenta de ello y vivía dentro de la misma realidad que idealizaba; y en parte, á la novedad de las costumbres bárbaras que describía y que no podían menos de tener intrínseco parentesco con las de las edades heroicas. No sabemos á punto fijo si fué invención de Ercilla la prueba del tronco, pero toda la parte del canto segundo en que ésta se describe es tan épica, que parece imposible que haya nacido de la fantasía de un poeta culto. Y como este pasaje hay otros muchos: casi todo lo que se refiere á los araucanos. Ercilla pudo adornarlos, y los adornó seguramente, con dotes y sentimientos morales, impropios del grado de civilización que su raza había alcanzado, pero sin los cuales no hubieran servido para la poesía: pudo inventar, é inventó de cierto, si no los

nombres de algunos caciques, las cualidades distintivas que les asigna; pero aun en esto procedió con tanta habilidad ó con tan buen instinto, y sobre todo con alma tan épica, que lo inventado se confunde en él con lo verdadero, á tal punto que *La Araucana* ha estado pasando por una crónica hasta nuestros tiempos, y hoy mismo que la historia de Chile está tan explorada por la diligencia de sus hijos, con ayuda de otros documentos más positivos y prosaicos, es todavía un problema el determinar dónde empieza la ficción y dónde acaba la realidad, sin que el conjunto del libro deje de ser estimado por verídico, aun dudándose de aquellas circunstancias que sólo por Ercilla constan.

Tres cosas hay, capitales todas, en que Ercilla no cede á ningún otro narrador poético de los tiempos modernos: la creación de caracteres (entendiendo por tales los de sus indios, pues sabido es que los españoles no tienen en sus versos fisonomía propia, y el mismo caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra); las descripciones de batallas y encuentros personales en que probablemente no ha tenido rival después de Homero, que se admiran una tras otra y no son idénticas nunca á pesar de su extraordinario número; las comparaciones tan felices, tan expresivas, tan varias y ricas, tomadas con predilección del orden zoológico, como en la epopeya primitiva que tan hondamente aferradas tenía sus raíces en la madre naturaleza. Las arengas de Ercilla han sido también muy celebradas, pero confieso que en general me gustan menos. Si la desesperada fiereza de Galvarino, el juvenil ardimiento de Lautaro y la serena magnanimidad de Caupolicán, vencedora de los tormentos y de la muerte, se expresan con enérgicos acentos, confieso que el famoso razonamiento de Colocolo, tan ponderado por Voltaire (que seguramente no había leído otra cosa de *La Araucana)* me ha dejado siempre frío, me parece un trozo de retórica prosaica, y tengo hasta por blasfemia compararle con los discursos del viejo Néstor. Pero mejores ó peores, no ha de tenerse por im-

propiedad en Ercilla el haber puesto tan largas arengas en boca de salvajes. Todos los historiadores convienen en que los habitantes del valle de Arauco eran muy dados á la oratoria, y la cultivaban á su manera, y la daban grande importancia en sus deliberaciones, «usando (dice el P. Olivares) de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias é interrogaciones retóricas». Ercilla, pues, aun en esto fué fiel al color local. No creemos que lo fuese tanto en los afectos de ternura y fidelidad conyugal que presta á las mujeres indias, tipo convencional que él introdujo por primera vez en el arte. Aquí es donde las reminiscencias de sus lecturas clásicas son más evidentes. Guacolda, amada de Lautaro, habla como Dido en el libro IV de *La Eneida*. Tegualda, buscando en el campo de batalla el cadáver de su esposo, trae en seguida á la memoria el bello episodio de Abradato y Pantea en la *Cyropedia* de Xenofonte.

Creemos superfluo insistir en la crítica formal de *La Araucana,* que puede considerarse definitivamente hecha por varios críticos, de autoridad clásica, tales como Quintana, Martínez de la Rosa y D. Andrés Bello. Todos convienen en que el arte de contar (por más que casi siempre se cuenten las mismas cosas) está llevado en *La Araucana* á un grado de perfección á que llegan muy pocos libros ni en verso ni en prosa. Todos aplauden asimismo la diáfana pureza de su estilo, en que apenas se encuentra expresión que en el curso de tres siglos haya envejecido. Y todos se lamentan á una de que tan buenas prendas estén afeadas por el desaliño frecuente de la versificación, que en Ercilla es rastrera cuando no es perfecta, y por lo desmayado y trivial de muchas locuciones prosaicas á que le arrastran su facilidad increíble y el mismo desembarazo familiar de su estilo, al cual debe por otra parte bellezas de un orden muy nuevo. Tal como es, si no lleva la palma á todos nuestros poemas del siglo XVI, porque hay otros dos, uno en el género novelesco y otro en el sagrado, que con buenos títulos se la disputan, y en algunos respectos sin duda le

aventajan, es *La Araucana* el mejor de nuestros poemas históricos, y es también la primera obra de las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada á la dignidad de la epopeya (1).

Fué, además, como queda dicho, el primer libro en verso sobre cosas de América, puesto que los rudos ensayos que en el Perú se habían hecho antes no llegaron á imprimirse. En cambio, el aplauso con que *La Araucana* fué recibida desde el punto y hora de su aparición, hizo surgir una literatura entera de poemas histórico-ultramarinos, más notable, en verdad, por la abundancia que por el valor de sus frutos. Sin contar imitaciones menos directas, como *El Peregrino indiano, La Mejicana, Las Armas antárticas* y *La Argentina,* tenemos, respecto de Chile, nada menos que cinco poemas de grande extensión: la *Cuarta y quinta parte de La Araucana* de D. Diego Santisteban Osorio, el *Arauco Domado* de Pedro

(1) Creemos de todo punto superfluo dar aquí noticia de las numerosas ediciones de *La Araucana,* trabajo realizado ya con esmero por D. J. Toribio Medina en su *Bibliotheca Americana.* Las tres partes de que el poema consta fueron apareciendo sucesivamente en Madrid, en casa de Pierres Cosín y de Pedro Madrigal, años 1569, 1578 y 1589. De este mismo año es la primera edición en que las tres partes aparecieron juntas. Entre las posteriores merecen especial atención la de Madrid, 1597, *en casa del licenciado Castro,* con algunas enmiendas que se atribuyen al autor mismo; la de 1733, única que contiene la continuación de Santisteban Osorio; la de Sancha, 1776, que es de las más elegantes; la de 1828 (por D. Miguel de Burgos), que en corrección tipográfica la vence; la de la Academia Española, con prólogo de Ferrer del Río, 1867, que aventajaría á todas si no tuviese el defecto de haber suprimido los preliminares de las antiguas; y finalmente, la de Santiago de Chile, 1888, por Abraham König, muy bien anotada y útil para estudio, pero con el grave inconveniente de presentar un texto mutilado de cuanto expresamente no se refiere á la guerra de Arauco.

Los juicios de *La Araucana,* desde el que Voltaire formuló en el *Essai sur la poésie épique* que acompaña á su *Henriada,* son innumerables, pero los que principalmente merecen leerse son el de Martínez de la Rosa en su *Apéndice sobre la Poesía Epica Española* (tomo II de sus *Obras,* 1827), el de Quintana en el magnífico *Discurso preliminar* de su *Musa épica* (1833), el de Bello en sus *Opúsculos literarios y críticos* (tomo I) y el de Alejandro Nicolás *L'Araucane.*

de Oña, las *Guerras de Chile* de D. Juan de Mendoza, el *Purén Indómito* de Hernando Alvarez de Toledo, y el *Compendio historial* de Melchor Xufré del Aguila. Algunas de estas obras se limitan á poner en narración versificada esta ó aquella parte de la guerra; pero hay una, la más notable de todas ellas, cuyo deliberado propósito es volver sobre los pasos de Ercilla y vindicar á D. García Hurtado de Mendoza del supuesto agravio que Ercilla le había inferido no haciéndole héroe de su poema, como parece que cumplía á su condición de caudillo de aquella guerra y á los méritos indudables de su gobernación. Ercilla había castigado, no con la injusticia, sino con cierta especie de preterición desdeñosa, al violento y arrebatado mozo que por el lance de la Imperial había querido llevarle al patíbulo juntamente con su contrario D. Juan de Pineda. Pero no habían de faltar á tan poderoso magnate como D. García celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en verso volviesen por su crédito y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja. El mismo tampoco se descuidaba de buscar y alentar á los ingenios que en tal faena quisiesen emplearse, temeroso, y con razón, de que la voz de tan gran poeta como Ercilla llegase con alguna mengua de su crédito de gobernador á la posteridad más remota, por aquel formidable privilegio que los poetas poseen de decretar la inmortalidad ó el desdoro á los personajes que suenan en su canto. Así nacieron historias panegíricas como la muy elegante y artificiosa del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete*. Así obras dramáticas, todavía más aptas para hacer popular una versión contraria á la de Ercilla; y se escribieron sucesivamente, el *Arauco Domado* de Lope de Vega, la comedia de nueve ingenios que lleva por título *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza, El Gobernador prudente* de Gaspar de Avila, *Los Españoles en Chile* de Francisco González de Bustos, sin contar con *La Belígera española* de Ricardo del Turia, que celebra el heroísmo de

doña Mencía de Nidos en el asalto del fuerte de Concepción.

Pero la obra capital, el ensayo épico que los familiares y aduladores de D. García quisieron oponer á *La Araucana,* fué el poema del joven chileno Pedro de Oña *Arauco Domado,* que si no correspondió plenamente á las esperanzas que en él habían fundado, no deja de ser muy digno de consideración, así por las bellezas que contiene, como por ser el más antiguo monumento poético de autor de aquella región y uno de los más vetustos de la poesía castellana en toda América.

Nació este patriarca de la literatura chilena, en la llamada ciudad de los Infantes de Engol, que apenas pasaba de ser un puesto avanzado sobre la línea araucana, con pocos soldados de guarnición, uno de ellos el capitán Gregorio de Oña, natural de Burgos, padre de nuestro poeta (1). Huérfano éste en edad muy temprana, á consecuencia de haber sucumbido el capitán Oña *hecho piezas* en uno de los lances de aquella continua y ferocísima guerra de frontera, pasó en época ignorada á Lima, donde en 1590 le hallamos de colegial de San Felipe y San Marcos. Al publicar el *Arauco Domado* en 1596 se titulaba licenciado. Las pocas noticias que tenemos de él durante aquellos años nos le presentan muy activamente mezclado al movimiento literario de la metrópoli del Perú. Sostuvo en varios sonetos una controversia literaria más desvergonzada que chistosa con un poetastro llamado Sampayo (2), sobre si podía

(1) No ha de confundirse al autor del *Arauco Domado,* como alguna vez se ha hecho, con otros escritores de su mismo nombre y apellido coetáneos suyos, tales como el filósofo aristotélico y elocuente orador sagrado Fr. Pedro de Oña, autor, entre otros muchos libros, del que se titula *Primera Parte de las Postrimerías del Hombre.*

(2) Estos sonetos de Pedro de Oña, que son cinco, con otras tantas respuestas de Sampayo, fueron comunicados por D. José Sancho Rayón á D. Diego Barros Arana, y pueden verse en el tomo III (páginas 26-30) de la *Historia colonial de la literatura de Chile,* de D. José T. Medina (Santiago de Chile, 1878), obra de grande erudición, que nos ha sido muy útil en nuestro trabajo. Sabemos que su autor piensa adicionarla con nue-

ó no podía beber del agua del Parnaso. En el libro de las *Constituciones y Ordenanzas de la Real Universidad de San Marcos* (1602) hizo estampar un soneto en loor de dicha *florentísima* Universidad, «dedicado al evangelista San Marcos». A nombre de la *Antártica Academia* de la ciudad de Lima, que, á mi entender, no era una academia poética propiamente dicha, sino la Universidad misma, ensalzó en 1609 con otro soneto, la *Primera Parte del Parnaso Antártico de Obras Amatorias* del sevillano Diego Mexía (1). Otros libros peruanos de

---

vos y peregrinos datos. Así en esta obra como en el *Bosquejo histórico de la poesía chilena* de D. Adolfo Valderrama, se hallan sobre los poetas de la época colonial extensas noticias, que no pueden tener cabida en un trabajo rápido como el nuestro.

(1) De Diego Mexía traté en el capítulo concerniente al Perú, de mi *Antología de poetas hispano-americanos*; pero quiero subsanar aquí la omisión de la segunda parte inédita de su *Parnaso Antártico;* que se conserva en la Biblioteca Nacional de París (número 599 del catálogo de Morel-Fatio). El manuscrito perteneció al virrey príncipe de Esquilache, cuyas armas lleva, y á quien fué dedicado por el propio *Diexo Mexía de Fernangil, ministro del Santo Oficio de la Inquisición en la visita y corrección de los libros, y natural de la ciudad de Sevilla.* El autor residía entonces en la villa de Potosí, después de haber perdido la mayor parte de su fortuna en la «deshecha tormenta que corrió por sus negocios». De todo ello se consolaba con el cultivo de las letras, «desenvolviendo muchos autores latinos y frecuentando los umbrales del sagrado templo de las Musas». «Conozco (añade) que en treinta y tres años que ha salí de España, es ya otro el lenguaje y otra la perfección y alteza de la poesía, pero con ésta que entonces traje y acá se ha disminuido, quise hacer este servicio á aquel Señor que estimó en más el cornadillo de la pobrecita que las magníficas ofrendas de los ricos y poderosos... Es ésta mi poesía como los ídolos que Alcibíades consagraba al dios Sileno, que en lo exterior eran feos y mal compuestos, y dentro de sí encerraban joyas y piedras preciosas, y ningunas de más valor ni estima que las obras de Cristo Nuestro Señor.»

Esta segunda parte, en efecto, es de carácter enteramente distinto de la primera, pues sólo contiene versos religiosos. Ocupan la mayor parte del tomo doscientos sonetos sobre la vida de Cristo, escritos con idea de que acompañasen á unas estampas del P. Jerónimo Natal, de la Compañía de Jesus. Después se encuentran una *Epístola á la Serenissima Reyna de los Angeles, Santa María Virgen; La Perla de la vida de Santa Margarita, Virgen y Martir;* dirigida al licenciado Alonso Maldonado de

aquel tiempo, entre ellos la *Miscelánea Austral* y la *Defensa de Damas* de D. Diego de Avalos y Figueroa, se autorizan con versos suyos. Y él á su vez obtiene cumplido elogio en los tercetos de la poetisa anónima, discípula de Diego Mexía:

Con reverencia nombra mi discante
Al licenciado Pedro d'Oña: España,
Pues lo conoce, templos le levante.
Espíritu gentil, doma la saña
D'Arauco (pues con hierro no es posible)
Con la dulzura de su verso extraña.

No habiendo llegado á nuestras manos *El Temblor de Lima*, rarísimo canto épico que, según autoridad de doctos bibliógrafos, publicó Pedro de Oña en 1609, sólo podemos juzgarle hoy por dos poemas de muy distinto carácter y materia, y también de muy desigual mérito, el *Arauco Domado* y *El Ignacio de Cantabria*.

Salió el *Arauco Domado* de las prensas de Lima en 1596, con título de *Primera Parte*, aunque nunca llegó á publicarse la segunda, ni tampoco otro poema, ó quizá novela, cuyo asunto habían de ser los *venturosos lances* de D. García de Mendoza en la corte.

El *Arauco Domado* es una adulación tan continua y fastidiosa al marqués de Cañete y á su familia, que el autor mismo tuvo escrúpulo de divulgar el poema, hasta que su héroe hubiese dejado el virreinato del Perú y vuelto á España, *porque el publicar sus hechos en provincia suya no engendrase (á lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algún género de sospecha*. Fué sin duda trabajo de encargo, ejecutado á toda prisa, *con apremio y tarea de veinte octavas al día* (1), se-

---

Torres, presidente en la Real Audiencia de las Charcas, y luego oidor en el Consejo de Indias; una *Oración en alabanza de la Señora Santa Ana; Las Novísimas*, una *Égloga del Buen Pastor*, y otra *del Dios Pan* al Santísimo Sacramento.

(1) Así lo dice un oidor de Santiago, que en 1647 aprobó el libro de las *guerras de Chile* del Maestre de Campo Santiago de Tesillo

gún afirma un contemporáneo, é indirectamente confiesa el mismo Oña en el canto VIII:

> Es el discurso largo, el tiempo breve,
> Cortísimo el caudal de parte mía,
> Y *dánme tanta priesa* cada día
> Que no me dejan ir como se debe.

La *priesa* que le daban debía de ser tanta, y la facilidad del versificador tan maravillosa, que en tres meses había acabado ocho cantos de los diez y nueve que comprende la obra total, cuya extensión pasa de diez y seis mil versos.

El *Arauco* es, pues, una improvisación de estudiante, y no sería equitativo juzgarla de otro modo. El autor no tuvo nunca la loca pretensión de competir con Ercilla: al contrario, se presenta con la más simpática modestia:

> ¿Quién á cantar de Arauco se atreviera
> Después de la riquísima Araucana?
> ¿Qué voz latina, hespérica ó toscana,
> Por mucho que de música supiera?

Sólo le dolía que en cánticos tan varios faltase *tan subido contrapunto* como el de las proezas de D. García. Por eso se determinó á escribir la misma materia que él, *preciándose mucho de ir al olor de su rastro.*

Con efecto, el *Arauco Domado* no es una continuación sino una nueva versión de la materia histórica contenida en algunos cantos de la segunda parte de *La Araucana*. Pero como Pedro de Oña se limita á las empresas en que intervino personalmente D. García, toma el hilo de su relato en el canto XIII de Ercilla, cuando el marqués de Cañete nombra á su hijo gobernador de Chile, y ni siquiera le prosigue hasta el suplicio de Caupolicán y la transitoria sumisión del valle (única cosa con que se justificaría el título de *domado),* sino que apenas refiere otros lances de aquella guerra que el asalto de la fortaleza de Penco y la batalla de Biobío. Todo lo demás, ó son puras ficciones poéticas como los amores de Caupolicán y Frésia, de Tucapel y Gualeva, ó hechos del virreinato de don

García en el Perú, muy posteriores á su juvenil gobierno en Chile. Así, los tumultos de Quito y la derrota del corsario inglés sir Richart Hawkins (Aquines) en el Mar Pacífico. Para dar cabida en su poema á estos dos larguísimos episodios (de los cuales el primero es sobre toda ponderación prosaico é intolerable), recurre el poeta al arbitrio, tan cómodo como absurdo, de poner la narración en boca de una india arrebatada de espíritu profético. Oña copiaba servilmente á Ercilla hasta en lo que Ercilla tiene de menos recomendable: las apariciones de Belona y los prestigios del mágico Fitón.

No se crea, por eso, que la obra del imitador sea despreciable, ni que le faltasen condiciones propias para brillar con honra entre los poetas de segundo orden. Al contrario, creemos que el excesivo prurito de la imitación amenguó sus bríos é impidió que lozanease más su estro propio, que era muy diverso del de Ercilla. Hay en el *Arauco Domado* mucho desembarazo y juvenil frescura, gran desenfado narrativo, una facilidad abandonada y algo pueril que delata los pocos años de su autor, una lozanía intemperante que se acomoda mejor con lo ameno y florido que con lo heroico. A ratos parece que el autor no toma su asunto en serio; siembra la narración de rasgos realistas, y aun cómicos; usa por lo común un tono familiar, divertido y como de broma; se dilata con complacencia en escenas voluptuosas tales como el baño de Caupolicán y Fresia, y revela de mil modos en su poema la muelle y enervadora influencia del clima limeño bajo el cual escribía. Comparado con Ercilla, carece de todo vigor en las descripciones de batallas; sus caracteres adolecen de suma indecisión y palidez, lo mismo en las figuras de indios, que en las de españoles, á pesar de los esfuerzos que hace para enaltecer á D. García, llegando al extremo de pintarle como un jayán ó valentón temerario que lidia á cada paso cuerpo á cuerpo con los enemigos, y descarga en ellos furibundos golpes; y al todavía más ridículo de ponderar varias veces su belleza física y los estragos que con ella debía causar en los corazones femeniles y

aun en los de las mismas diosas inmortales. Siempre que Oña se encuentra con su predecesor en algún episodio como el del rescate de la lanza de Martín de Elvira ó el de las manos cortadas de Galvarino, es patente su inferioridad. Pero en cambio tiene condiciones propias muy dignas de alabanza: mucha viveza y naturalidad en la expresión de los afectos amorosos (léase, por ejemplo, las quejas de Gualeva á Tucapel), y mucho brío de imaginación en los fantásticos paisajes en que coloca las escenas, ya bucólicas, ya guerreras, de sus cantos. Porque es de notar que en este poema, enteramente americano por su asunto, y escrito además por un autor que en su vida había salido de América y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza tan nueva y tan grandiosa brilla por su ausencia, y está sustituida por bosquecillos cortados á tijera; por reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina, y de las orillas del Tajo descritas por Garcilasso; por una vejetación absurda y convencional, propia á lo sumo, del Mediodía de Italia ó de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile. Las descripciones campestres que hace son muy lozanas y recrean agradablemente la vista y el oído, pero están tomadas de los libros y no de la naturaleza. Algunos nombres indígenas de plantas, algunos chilenismos ó peruanismos de dicción, algún fugitivo rasguño de costumbres de los salvajes no bastan para compensar esta falsedad continua, doblemente extraña en quien se precia de haber vivido entre los araucanos, y conocer su *frasis, lengua* y *modo*. El idilio de Caupolicán y Fresia, en el canto v, que es, sin duda, lo mejor de la obra, quizá lo único enteramente bueno, es bello en sí mismo, y parecería muy bien en una égloga ó en un poema mitológico, pero ¿quién, si se detiene un poco á considerar la descripción del supuesto valle de Elicura, en que Caupolicán y su amada sesteaban, no ha de pasmarse de verle plantado de álamos, fresnos y cipreses, cubierto de jazmines,

azucenas, lirios y claveles, engalanado por vides trepadoras, poblado de gamos, jabalíes y venados, mientras el blanco cisne pasea por la ribera, y suena el zumbido de las abejas; siendo como es notorio que ninguno de estos árboles, flores y animales existía en los valles de Arauco, ni existen todavía los más de ellos? Y en cambio el rey de aquellas selvas, la *Araucaria* gigante, nada dice al poeta nacido á su sombra, y ni siquiera tiene ojos para verla. Quizá no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía, que los libros suelen ejercer en la educación artística, y de la general ausencia del sentimiento de la naturaleza hasta tiempos muy recientes.

Del mismo origen proceden, denunciando la poca edad y los estudios nada maduros del autor, el continuo é intolerable uso de la mitología antigua en boca de indios; la procesión de sátiros, tritones, sirenas, nereidas y hamadríadas, con que puebla el mar Pacífico y los valles de Chile; la abundancia de latinismos y neologismos pedantescos, y, finalmente, el empleo de una máquina absurda, que hace revolverse todo el infierno en consulta general contra D. García, saliendo por fin Megera á lanzar sus víboras en el seno de Caupolicán, cuando se solazaba en su deleitoso baño. Hay, entre otras cosas, una escena de conjuros en que un hechicero indígena llamado Pillalonco, habla del humoso *Flegeton* y del *Estigio lago,* é invoca á Hécate, y á Ixión, y á Tántalo, y á Ticio, y á Demogorgón y al Cancerbero, con todo el aparato y prosopopeya de un profesor de humanidades. Hay una aparición de la sombra de Lautaro á Talgueno que reproduce punto por punto la de Héctor á Eneas en el libro II del poema de Virgilio.

Si á este aparato de erudición escolar tan malamente aplicada, se unen los defectos de ejecución menuda y algo pueril, que unas veces derrama el color como á tientas y otras se eterniza en accesorios infecundos sin lograr casi nunca componer un cuadro, se tendrá idea de los defectos, en verdad no leves, del *Arauco Domado,* que, además, bajo el aspecto histórico vale poco, y nada de sustancia añade á lo que consta

por otros documentos. Pero aunque distemos mucho de considerar al Licenciado Pedro de Oña como digno rival de don Alonso de Ercilla, y encontremos excesivos los elogios que Gutiérrez, Rossell y Valderrama han tributado á este primogénito de la musa chilena, todavía andamos más lejos de asentir á la opinión de Ferrer del Río que en sus ilustraciones á la edición académica de la *Araucana* llega á decir que «ni por casualidad brota un destello de poesía de la vulgar pluma de Pedro de Oña». Pedro de Oña tendría todos los defectos de gusto y de educación que se quiera, y su libro es sin duda imperfectísimo, pero lo que sobra en él son destellos de talento poético. Del episodio erótico de Caupolicán y Fresia ya se ha hablado. La enumeración de los capitanes en el canto IX parece haber servido de modelo á la que hay en *Las Naves de Cortés* de Moratín el padre, y la recuerda sin gran desventaja. Son muy dulces y tiernas las quejas de Gualeva,

Haciendo que despierte á su gemido
La ya dormida tórtola en el nido.

En las comparaciones tiene á veces novedad é instinto gráfico, y suele tomarlas de objetos no comunes, v. gr.:

Cual águila caudal que desde el cielo
En viendo al ballenato dar en tierra,
Prestísima con él en punta cierra,
Dejando roto el aire con su vuelo,
Y dando con las alas por el suelo
Encima dél se arroja y dél se afierra,
Tal sobre el cuerpo echado en sangre roja
La bárbara frenética se arroja.

ó cuando dice de D. García, impaciente antes de su primera batalla:

Está como el azor empihuelado
Antes de haberle puesto el capirote,
Que si pasar un ave se le antoja,
Mil veces de la alcándara se arroja.

Y aun en los lugares comunes y más trillados del género procede con cierta franqueza de estilo propio:

Cual suele andar la vaca si ha perdido
El tierno becerrillo, prenda cara,
Que ya sin orden corre, ya se para,
Llamándole con hórrido bramido;
Ya sobre alguna loma del ejido,
Si alguna cosa ve, con ella encara,
Alzando la cerviz y armada frente
Con un feroz denuedo y continente...

Tuvo, pues, razón uno de los aprobantes del libro en decir que su autor muestra «una natural facilidad, un caudal propio y un no imitado artificio, con que descubre muchas lumbres de natural poesía». Dejó correr su vena sin tiento ni arte, y muchas veces se despeña en la prosa más vil, pero tenía rarísimas condiciones de versificador, tanto que llegó á inventar *una nueva correspondencia de rimas*, un nuevo tipo de octava, menos solemne y más graciosa y ligera que la antigua, rimando el primer verso con el cuarto y el quinto, y el segundo con el tercero y el sexto, combinación simétrica y agradable que ha tenido menos fortuna de la que merecía, puesto que supera por todos conceptos á la falsa octava de finales agudos llamada en América *bermudina*, y se presta con facilidad y donosura al tono de la narración festiva, pudiendo sustituir con ventaja á la sexta rima italiana. El desacierto de Oña estuvo en emplearla en un poema que él quería hacer pasar por heroico (1).

(1) *Primera parte de Arauco Domado, compuesta por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol en Chile, Collegial del Real Colegio mayor de Sant Felipe y San Marcos, fundado en la Ciudad de Lima. Dirigido á D. Hurtado de Mendoza, Primogénito de D. Garcia Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, Señor de las Villas de Argete y su Partido, Visorrey de los Reynos del Perú, Tierra Firme y Chile... Hijo, Nieto y Viznieto de Virreyes. Con Privilegio, Impreso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo de Turín, Primero Im-*

No correspondieron las restantes obras del primer poeta chileno á las esperanzas que había hecho concebir este juvenil ensayo suyo. O porque su ingenio, como el de otros criollos, se agotase antes de la madurez como en compensación de su precocidad, ó más bien, según yo creo, porque el contagio del mal gusto heló las flores de su fantasía, es lo cierto que *El Ignacio de Cantabria*, poema publicado en Sevilla, en 1636, ni parece hermano del primero, ni apenas puede leerse sin un soberano esfuerzo de paciencia. Los traductores de Ticknor le reconocen el mérito de algunas octavas fáciles: yo ni aun esto encuentro, sino por rara excepción, en aquellas páginas que parece que destilan jugo de adormideras. Y sin embargo, este esfuerzo infeliz, más de su devoción que de su talento, había costado al autor quince años de trabajo, que no pudieron ser más santa pero menos literariamente ocupados. El libro, no

pressor en estos Reynos. Año de 1596. 4.°, 352 hs. con el retrato del autor grabado en madera.

Aprobaciones del P. M. Esteban de Avila y del Licenciado D. Juan de Villela. Versos laudatorios del Licenciado Gaspar de Villarroel y Coruña, del P. M. Esteban de Avila, del Dr. Francisco de Figueroa, de Fr. Diego de Ojeda, del Dr. Suigo de Hormero, de D. Pedro de Córdoba Guzmán, Dr. Jerónimo López Guarnido, D. Pedro Luis de Cabrera y Cristóbal de Arriaga Alarcón. La canción del Dr. Francisco de Figueroa está escrita con entonación muy valiente y robusta.

Esta primera edición es de estupenda rareza. Nuestra Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

—*Arauco Domado, compuesto por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol en Chile. En Madrid, por Juan de la Cuesta*, 1605, 8.° No es vulgar esta edición, aunque mucho menos rara que la primera.

Hay dos reimpresiones modernas del poema de Pedro de Oña; la una de Valparaíso, 1849, en 16.°, por D. Juan María Gutiérrez y otra de Madrid, 1854, en el tomo II de *Poemas Epicos* de la *Biblioteca* de Rivadeyra, coleccionado por D. Cayetano Rosell.

El trabajo más importante sobre este poeta chileno es el que incluyó D. Juan María Gutiérrez en sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX* (Buenos Aires, 1868). Otro estudio más breve que acompaña á su reimpresión del poema fué objeto de un plagio vergonzoso en el *Semanario Pintoresco Español* de 1851.

obstante, debió de tener aceptación entre las gentes piadosas: la Compañía de Jesús le tomó bajo su protección, haciendo de él una edición elegante para aquel tiempo, con viñetas grabadas en cobre; Lope de Vega le llamó *poema heroico, armónico y suave,* y el aprobante del libro fué no menos que D. Pedro Calderón de la Barca. El poema es medio historial, medio alegórico, interviniendo en la acción personajes tan extraños como *El Tedio* y *El Qué dirán.* Tiene doce cantos, y acaba prometiendo una segunda parte, que por fortuna no vino á acrecentar la indigesta mole de poemas devotos, tan inútiles para la devoción como para la literatura (1).

El mérito relativo del *Arauco Domado* parece mayor cuando se le coteja con los demás versos de Pedro de Oña, y todavía más con los de otros poetas que intentaron reanudar el hilo de la narración de Ercilla. Fué de los primeros, y sin duda de los más infelices, D. Diego de Santistéban y Osorio, ingenio leonés, que al año siguiente de la impresión del *Arauco* en Lima, y por supuesto sin tener noticia de él, publicó una *Cuarta y Quinta Parte* de la *Araucana en que se prosigue y acaba la historia de D. Alonso de Ercilla, hasta la reducción del valle* (2).

---

(1) *El Ignacio de Cantabria. Primera Parte. Por el Licenciado Pedro de Oña. En Sevilla, por Francisco de Lyra. Año de 1639,* 4.º

Del mismo estilo que este poema, pero algo menos mala, es la más extensa composición lírica que conocemos de Pedro de Oña, es á saber: La *Canción real en que se recogen las excelencias de San Francisco Solano, introduciendo al río Lima que habla con el Tibre de Roma.* Está en la segunda edición *de la vida, virtudes y milagros del santo padre Fr. Francisco Solano,* por Fr. Alonso de Mendieta (1646). En medio de las lobregueces del culteranismo, todavía centellea de vez en cuando el vivo ingenio del autor del *Arauco Domado,* en este que podemos llamar su canto de cisne, puesto que por entonces debía de ser muy anciano, y no volvemos á encontrar noticia de su persona.

(2) La primera edición de estas dos partes, *dirigida á D. Fernando Ruiz de Castro y Andrade, conde de Lemos y de Villalba,* es de Salamanca, por Juan y Andrés Renaut, 1597, 12.º Fueron reimpresas en Barcelona, por Joan Amello, 1598, y figuran unidas á las tres de Ercilla en una sola edición de *La Araucana,* la de Madrid, 1735, por Francisco Mar-

La cuarta parte tiene trece cantos y la segunda veinte. El poeta nos informa de que tenía «pocos años», y confiesa, además, con loable y verídica modestia, que le faltaban *caudal y arte*. Lo más singular del caso es que apenas hay una palabra de verdad histórica en todo lo que relata. Ni el autor había estado en América, ni la conocía más que por los libros, ó hablando más propiamente por un solo libro, por *La Araucana*, cuyos episodios va calcando servilmente, inventando, por ejemplo, un Caupolicán II sucesor del Caupolicán I, haciendo á Colocolo pronunciar nuevos discursos, y sustituyendo la homérica prueba del tronco con una especie de elección de cofradía en que los caciques van depositando pacíficamente sus votos en una urna de ébano guarnecida de perlas. Para que nada falte en esta insípida rapsodia, hay conjuros y magia y una descripción del mundo y una historia de la conquista del Perú que ocupa nada menos que cinco cantos, todo con intervención de la diosa Belona y del sabio Zoroastro, que viene de la laguna Estigia á contar la conquista de Orán por el Cardenal Cisneros. Al fin el poeta se cansa de amontonar disparates sin orden ni concierto, y acaba por hacer que se suicide el imaginario Caupolicán II que le había dado pie para tantos desvaríos. Lo pedestre y desmañado del estilo y de la versificación corre parejas con la insensatez del plan. Unicamente ha de notarse que Santisteban no forma en el coro de los poetas áulicos de D. García de Mendoza: al contrario, pone todo su empeño en enaltecer la figura militar de Ercilla, atribuyéndole una porción de aventuras apócrifas, que algunos biógrafos han tomado como moneda corriente.

Mejor nombre que Santisteban Osorio merecen el sargento

---

tínez Abad, en folio, la cual por esta circunstancia es bastante estimada entre los bibliófilos.

Santistéban Osorio es autor de otro voluminoso poema, *Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas... Madrid, en la imprenta del Licenciado Varez de Castro*, 1598. La primera parte consta de doce cantos y la segunda de trece.

mayor D. Juan de Mendoza y Monteagudo y el capitán Hernando Alvarez de Toledo. Siquiera sus extensos poemas, no son meras composiciones retóricas, sino memorias personales, aunque prosaicas y desabridas, de los sucesos en que sus autores intervinieron. Pero á decir verdad, tales documentos, inestimables para el historiador, no importan para la crítica literaria, y no se les hace grave ofensa en pasar rápidamente por ellos. El sargento mayor Mendoza era un aventurero que desde la edad de quince años en que pasó al Nuevo Mundo habia tomado parte en las más románticas y temerarias empresas por las regiones tropicales, ora buscando los soñados palacios del Dabaybe, donde debía de haber un ídolo del sol, todo de oro fino; ora arrojándose en un frágil madero al peligroso paso de Ancerma; ora remontándose en demanda de las fuentes del río de San Jorge; viaje que describe en estas octavas, las cuales pueden dar alguna idea de su estilo, en los trozos en que es mejor:

«Entre un muelle de peñas temerario,
Donde de nácar tiene la urna viva,
Sale el sagrado viejo solitario
Y setecientas leguas se deriva:
Cruza sobre su frente de ordinario
La grande cordillera fugitiva,
Que tiene, según fama, las espaldas
Lastradas de oro fino y esmeraldas.

En el discurso desto ¡qué de cosas
Difíciles pasé, cuántas montañas
De arcabucos rompí maravillosas:
Pues ¡qué yermos pasé, pues qué campañas!
¡Qué empresas no emprendí dificultosas!
¡Fueron tan grandes, fueron tan extrañas,
Que al fin se quedó atrás el pensamiento,
Que lo excedió el humano atrevimiento!

Las venas vi y profundos tragaderos
Del cuerpo de que todos somos hijos,
Los secretos del mar respiraderos
Que salen por conductos y escondrijos;
Los negros, infernales sumideros
Que el azufrado fuego brotan fijos,

Y otras mil extrañezas que en sí encierra
Aquesta casa grande de la tierra.
Víboras de corales vi funestas,
Sierpes de cascabeles sonadoras,
La *ícotea* que la casa lleva á cuestas,
Los nietos de Saturno burladores,
Los grasos semibueyes nadadores,
El *perico* enemigo de las cuestas,
Los micos que al pasarlas hacen soga,
Y el lagarto que el agua nunca ahoga.
Sin estas animalias, vi infinitas,
De tales calidades y figura,
Que no pudo dejallas Plinio escritas
Porque ignoró su forma y su hechura;
Las siete maravillas exquisitas,
De quien la fama antigua tanto cura,
Ya es vano exagerallas ni escribillas
Teniendo el mundo tantas maravillas.

Cansado de los rigores de tan insalubres climas, pasó al Perú, y de allí á Chile, alistado bajo las banderas de D. Francisco de Quiñones al finalizar el año 1599. Allí sirvió honrosamente en la milicia y en la toga, durante una vida muy larga, puesto que en 1666 otorgaba poder para testar.

El poema de D. Juan de Mendoza se cita generalmente con el título de *Guerras de Chile*, por más que ni este título ni otro alguno, ni el nombre de su autor constan en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, que nos le ha conservado (1).

(1) Tienen las tapas las armas de la reina doña Mariana de Austria, y, por consiguiente, es muy verosímil que este manuscrito pertenezca al fondo primitivo procedente de Palacio, y sea distinto del que Bárcia tuvo en su biblioteca, y cita como de autor anónimo en las adiciones á Pinelo. La copia por donde se ha impreso fué llevada á Chile por D. Diego Barros Arana.

Algunos han atribuido este poema al doctor Luis Merlo de la Fuente, gobernador ó presidente interino que fué en Chile, pero el Sr. Medina, á nuestro parecer con buenos argumentos, recaba la paternidad del libro para D. Juan de Mendoza. Véanse *Las Guerras de Chile, poema histórico por el sargento mayor D. Juan de Mendoza Monteagudo, publicado con introducción, notas é ilustraciones por J. T. Medina* (Santiago de Chile, 1888). Primer tomo de una «*Colección de Poemas épicos relativos á Chile ó escritos por chilenos, durante el período Colonial*», que por las vicisitudes políticas de aquel país ha quedado interrumpida.

En once cantos que comprenden cerca de ocho mil versos, narra los acontecimientos en gran parte desastrosos de la gobernación de Martín García de Loyola y de D. Francisco de Quiñones, y las matanzas y rebatos hechos por los araucanos en las poblaciones españolas al finalizar aquella centuria. El primer canto puede considerarse como una introducción, y en él, según se expresa el autor, «descríbense las provincias que el reino de Chile en sí contiene; las que por más belicosas han sustentado las guerras, los modos que en gobernarse tienen y algunas cosas no escritas hasta aquí de sus costumbres, y otras cosas memorables acontecidas en el discurso de varios gobernadores hasta el tiempo de Martín García de Loyola, que viajando de la Imperial, seguido de Pelantaro, se alojó en Coralaba». En el canto segundo, prosíguese con la muerte del gobernador y la retirada de los suyos. La narración es fácil, y, por lo general, noble y decorosa; el autor remeda bastante bien el tono de Ercilla, y como soldado de profesión, da á la pintura de las batallas una animación y un fuego que no tienen en la retórica pluma de Pedro de Oña. El episodio de la India Guaiquimilla, es tierno y agradable, y muy original el cuadro de una sequía en Chile.

En la dicción se advierten pocos resabios del mal gusto del siglo XVII, y aunque la versificación no corre siempre sin tropiezo, ha de tenerse en cuenta que el autor no limó su obra ni la destinaba acaso á la publicidad, y que además la copia que tenemos es imperfecta y aun incompleta en alguna partes.

Pero tal como está, el poema atribuido á D. Juan de Mendoza me parece el tercero en mérito poético entre los compuestos sobre Chile, y muy preferible en tal respecto al *Purén Indómito*, enorme crónica rimada de Hernando Alvarez de Toledo, caballero andaluz y soldado veterano de Flandes, que pasó á Chile en 1581, curtido ya por los azares de la vida y de la guerra, como lo declaran estos versos suyos:

Tuve, tengo y tendré constante pecho:
Infortunios he visto y tempestades

En el mar de Noruega y paso estrecho;
Muertes, naufragios, espantables guerras
En partes varias y en remotas tierras.

(Canto XVI.)

En Chile, manejando alternativamente la espada y el arado, fué á un tiempo capitán y ganadero, alcalde de Chillán, donde vió saqueadas sus haciendas por los araucanos, de quienes tomó luego ámplio desquite; y bravo combatiente contra el corsario inglés Tomás Cavendish en 1587. Las noticias de su vida, aunque pocas y dispersas, alcanzan hasta 1631, en que aparece otorgado su codicilo testamentario.

Parece probado que Alvarez de Toledo escribió no uno, sino dos poemas: *La Araucana* y el *Purén Indómito*. Del *Purén* mismo prometió una segunda parte, que acaso no pasara de proyecto. Pero que *La Araucana* existió y era obra distinta del *Purén* nos lo persuade el no encontrarse en éste ninguna de las octavas que el P. Ovalle cita como pertenecientes á aquel poema, y que además tratan todas de sucesos anteriores á la muerte del gobernador Loyola, en que comienza el *Purén Indómito*. Al parecer, todo el libro sexto de la *Histórica Relación* de Ovalle, que tiene por asunto el gobierno de D. Alonso de Sotomayor, está tomado en sustancia de *La Araucana* de Alvarez de Toledo, con lo cual podemos fácilmente consolarnos de su pérdida, viendo transformado en elegante prosa lo que seguramente estaba contado en infelices y desmañados metros.

Porque, en efecto, el *Purén Indómito*, con sus veinticuatro cantos y más de quince mil versos, es ración muy suficiente para empalagar y rendir al más tolerante lector de crónicas rimadas. Si suponemos que la *Araucana* y el *Purén* segundo tenían próximamente la misma extensión, sólo Juan de Castellanos ó el fabuloso autor del *Ramayana* excedieron en fecundidad épica al capitán Alvarez de Toledo. ¡Todo para contar unos cuantos años de monótona guerra contra salvajes medio desnudos, cantados además hasta la saciedad por

un tan gran poeta como Ercilla y por otro tan notable como Pedro de Oña! A este último se propuso por principal modelo el autor del *Purén*, según manifiestan estos versos suyos:

Si de vuestro favor yo careciera
Y en él no confiara cual confío,
No pasara tras de Oña la carrera
En un rocín tan flaco como el mío...

Su *rocín* era ciertamente flaco, y no hace nada de más en confesarlo. El *Purén Indómito* no tiene de poesía más que el metro, bien desaliñado por cierto, afeado por frecuentes consonancias homónimas y por dislocaciones de acentos. Del estilo dice el mismo autor (y no hay para qué contradecirle) que es «pobre, humilde, bajo y escaso de elegancia». Hay octavas llenas de nombres propios, y nunca se olvida de consignar la fecha exacta de los acontecimientos. Aquello de la *trompa épica* nunca tuvo menos aplicación que tratándose de este árido cronista, cuyo valor histórico está en razón inversa de su nulidad poética. Ni él mismo se preciaba de otra cosa que de la más rígida veracidad:

Pero como es historia verdadera
Ne lleva cuento ó fábula de amores
Porque de la verdad patente y pura
Es con lo que se adorna mi escritura...
.....
Que yo lo he visto bien y soy testigo
.....
Porque ha de ser de todo el coronista
Testigo de gran crédito y de vista.
.....
Por lo cual digo en esto haberme hallado,
Y en todo ó en lo más que ha sucedido,
Y de lo que no he visto, me he informado
De gente de verdad y que lo vido...

A tan terminantes cuanto prosaicas declaraciones, nada tiene que objetar hoy la investigación más escrupulosa. El *Purén Indómito* está considerado como fuente principal para un período de la historia de Chile y encierra además muy

curiosas noticias sobre las costumbres de los araucanos y sus relaciones en paz y guerra con los colonos. A diferencia de los otros poetas de Arauco, Alvárez de Toledo sigue el hilo de la narración escueta y no se distrae jamás á digresiones ni episodios amorosos:

> Pues tengo en el principio prometido
> De no contar hazañas de Cupido.

En cambio, llena el poema de insulsas reflexiones morales que acaban de hacer tediosa y aun imposible su lectura (1).

Parecía imposible descender más, pero todavía hubo en la colonia otro poeta, justamente calificado de macarrónico, que hizo bueno á Hernán Alvarez de Toledo. Fué este el capitán Melchor Xufré del Aguila, natural de la villa de Madrid, que en 1630 publicó en Lima uno de los más raros libros del mundo, hasta el punto de no conocerse de él más que un solo ejemplar. Lleva por título *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra del Reyno de Chile, con otros dos discursos. Uno de avisos prudenciales en las materias de gobierno y guerra. Y otro de lo que católicamente se debe sentir de la astrología judiciaria. Dirigido al Excmo. Sr. Conde de Chinchón, Virrey destos reinos del Perú, Tierra Firme y Chile* (2). Precede al libro (y es lo más interesante de él) una larga carta del Doctor Luis Merlo de la Fuente, capitán general que había sido en la guerra de Chile, desde 1606 á 1628, dando cuenta á su amigo Xufré de los sucesos de su gobernación. El capitán Xu-

(1) El *Purén Indómito*, cuyo original manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, ha sido impreso en Paris, 1861, bajo la dirección de D. Diego Barros Arana, como primer tomo de la *Biblioteca Americana, Collection d'ouvrages inédites ou rares sur l'Amérique* del editor A. Franck.

(2) El único ejemplar conocido de esta obra fué cedido hace años por D. Pascual de Gayangos á mister Lennox, y hoy para en la Biblioteca pública de Boston. No sabemos de él más que lo que el mismo Gayangos dice en sus notas á Ticknor (tomo III pág. 472). Xufre del Aguila habia escrito además un *Tratado de cosas admirables del Pirú*.

fré había perdido una pierna en la guerra de Chile, y se hallaba en Lima pobre, y mal pagado, ocupando su ociosa soledad en poner por escrito sus campañas y sus quejas. Su libro tiene de todo, pero principalmente de memorial de servicios mal galardonados. Como no le hemos visto, no sabemos si está todo él en verso, ó si hay una parte en prosa, como parece inferirse de las explicaciones de Gayangos, quien añade que la parte relativa á la guerra de los araucanos tiene forma de diálogo entre Eustoquio, capitán de Flandes, y Provecto, alferez chileno, que habiendo acudido á la corte á ciertas pretensiones, se reunen para platicar de asuntos militares. De qué calidad sean los versos *historiales* de Xufré del Aguila puede conjeturarse por la siguiente muestra que transcribe el mismo erudito:

Hallábame yo en Lima en este tiempo
Con una lanza sola, que pagada
Los menos años es, y della poco;
Y procurando merecer mayor
Merced de nuestro rey, quise á mi costa
Á aquella empresa ir do fui ofrecido
Y sin querer tomar socorro alguno,
O paga (que hasta hoy un solo pesso
Ni un maravedí solo he recebido
De paga real, habiendo en su servicio
Gastado más millares de ducados
Que tengo, á Chile fui de aventurero;
Mas no penséis que he de dezir por esto
Nada con más espacio, aunque de vista
De casi quarenta años sois testigo.
En fin, con esta gente, el de noventa,
A veinte y seys de Enero, alli aportamos.
.....

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Las muertes y los muertos.—Burdeau y Macé.—Brisson en la presidencia vacante por muerte de Burdeau.—Indefinición de la República francesa.—Fernando Lesseps.—Conmemoración de sus servicios.—El Rey de Nápoles.—Las causas vencidas.—Los japoneses en Mandchuria.—Importancia de tan grande región y de las posiciones conquistadas por los vencedores.—Tendencias á una desmembración y reparto de China.—Decaimiento de este Imperio explicado por su religión y por su metafísica.—Observaciones.—Conclusión.

I

La democracia universal acaba de perder en estos días dos hombres de mucho mérito: Macé y Burdeau. No traté al segundo, por haber, en razón de su edad, pertenecido á generaciones más jóvenes que mi generación; pero traté mucho al primero, cuando acababa de publicar su bello libro de vulgarización científica titulado *Historia de un bocado de Pan*, y echaba las bases de sus asociaciones populares para la enseñanza del pueblo. Jornaleros ambos; hijos de clases, por cuyos intereses y derechos se desvivían; al llegar, desde lo más profundo del abismo social, donde se pierden tantos seres infelices en la oscuridad, á lo alto del gobierno y del Estado, no se olvidaron de su origen jamás y se inscribieron en la democracia, servida constantemente por uno y otro con inviolable fidelidad. El nombre de Burdeau ha resonado

más entre las gentes que el nombre de Macé; pero lo menor de la resonancia no quita, no, á la igualdad quizá del mérito. Los dos informes relativos á los privilegios del Banco de Francia y del estado de la Marina francesa, juntamente con el bien ordenado libro acerca del socialismo contemporáneo, constituyen títulos de primer orden para Burdeau en la estimación de los sabios; pero Macé ha quedado más entre los humildes y los pobres, con un carácter verdaderamente sacerdotal y evangélico. Aunque nuestros amigos habían hecho á este senador vitalicio; cargo en que pudo con algunos franceses aristócratas hombrearse, Macé permaneció siempre como un maestro de escuela que vive con los niños, es decir, con las esperanzas y con las primaveras sociales, en una perpetua juventud del sentimiento y en una perpetua florescencia de la idea. Y puesto que hablamos de estos muertos ilustres y hay un Presidente del Congreso francés entre ellos, digamos que le ha sustituido á este último en su dignidad y en su ministerio un hombre, como Brisson, cuya honradez y consecuencia morales extraordinarias únicamente pueden compararse con el otro extremo de su carácter, con su absoluta incapacidad política. Un presidente de abolengo conservador en el gobierno; un presidente de irremediable carácter radical en el Congreso; un presidente de tradición oportunista en el Senado, indican bien claramente que no pueden reducirse á una verdadera síntesis las antinomias y las contradicciones en Francia, y que su República permanecerá indefinida é indeterminada perpetuamente, por culpa de los republicanos. Mas volvamos á los muertos y hablemos de Lesseps.

II

Cónsul en Lisboa, hizo cuanto pudo por contrastar la influencia inglesa; cónsul en Alejandría, recabó de Ibrahim

Bajá decretos conducentes á noble tolerancia para Siria, y adquirió, con grandísimo consuelo de todos los cristianos, el risco y cueva donde ponen los devotos la Ascensión del Señor; cónsul en Barcelona, se interpuso, cuando la célebre Junta Central, entre las tropas bombardeadoras y la ciudad bombardeada, ofreciendo su mediación amistosa; representante de la República Francesa en Madrid, enviado por Lamartine, ajustó utilísimo convenio postal, que disminuyera los gastos á los súbditos de ambas naciones y aumentara la comunicación entre ellas; embajador en Roma de la presidencia del príncipe Luis Napoleón, quiso evitar el asedio de la ciudad maravillosa, compaginando á Garibaldi con Oudinot y á Fould con Mazzini; hasta que, penetrado de su aptitud para la industria y de su ineptitud para la política, se fijó en las riberas del Nilo; y contra todo el mundo, empeñado en desbaratar sus proyectos, especialmente contra Inglaterra, quien, temerosa de topar con una complicación extrema, por transferirse las llaves del Mediterráneo en Oriente desde los turcos á los egipcios, le opuso cuantas dificultades arbitraba en su múltiples recursos; sin desconcertarse un punto ni desmayar, ideó con suma lucidez y realizó con firme voluntad trabajo tan hercúleo como el rompimiento de un itsmo, que tanto embarazaba la navegación libérrima en los mares y tanto impedía las universales relaciones mercantiles, el itsmo de Suez. Yo le conocí en el comienzo de su gloria; y le rodeaban aureolas ya como las que ciñeron á Colón las inspiraciones de su genio y á Marco Polo la carrera de sus atrevimientos. Marsellés, y andaluz y catalán por sus antepasados, al afecto estético reunía la reflexión y el cálculo. Hablaba francés, castellano, árabe, lemosín, y había tomado mucho de Barcelona en sus largas residencias allí, de Barcelona, que llevó sus naves desde Mallorca á Sicilia, desde Sicilia á Constantinopla y Atenas, aumentando con el resplandor del espíritu suyo las reverberaciones del Mediterráneo nuestro. A las facultades nativas de su cuna sumaba Lesseps las aprendidas en los palacios orientales, á la som-

bra de sus Pirámides, á las orillas de sus Nilos, sobre las arenas de esos desiertos que han devorado tantas generaciones y despedido tantas ideas; donde parece como la cosa más natural y sencilla del mundo lo sobrenatural y lo milagroso. Cuando le oíais, parecíaos oir á un San Germán, sólo que, como aquel antiguo asistiese á todos los tiempos de nuestra historia, este nuevo San Germán asistió á todos los espacios de nuestro planeta. En su frente amplia se traslucía la inteligencia y en su entrecejo fruncido la tenacidad. Los ojos, muy profundos, guardaban abismos de pensamientos; y la mirada, muy avizora, presagios de piloto. Bajo su cabeza, blanca ya como su bigote, cuando yo hace años le viera, negreaba una tez curtida por el sol de Oriente. ¡Cómo trabajó ese hombre! Viajero incansable, publicista increíble, orador afluente, poeta verdadero, se inclinó como los cortesanos y se irguió como los tribunos; disimuló en el palacio de los reyes como un florentino, y gritó en las asambleas de los pueblos cual un demagogo; arrastró en pos de sí á los creyentes con sus transportes místicos y á los comerciantes con sus cálculos bursátiles, envolviéndolos en los espejismos de su inspiración y hechizándolos con los filtros de su palabra. Así, únicamente así, rompió el istmo de Suez, el obstáculo material que separaba las aguas del mar Mediterráneo de las aguas del mar Rojo; y á la vista del Sinaí, sobre los arenales de las peregrinaciones israelitas, allí donde triunfaron los siervos y se sumergieron los Faraones, le mantuvo la virtud por excelencia, la virtud de su confianza en la grandeza de su obra, virtud con que movió los montes y ablandó las piedras y fecundó los desiertos. ¡Y todo este poema concluyó por una causa de vulgar estafa! ¡Oh, despiadada muerte! ¿Por qué no concluiste con él quince años antes? *Sunt lacrymae rerum.*

III

Ha muerto el rey de Nápoles, que nació para el poder supremo en los más espléndidos palacios de la tierra, y sólo alcanzó un trono abrasado por los rayos de la tempestad sobre bases hundidas á los estremecimientos del terremoto. Heredero de un padre odioso al sentimiento liberal, por su enemiga con el progreso, detenido ante sus resistencias, y por su neroniana persecución á los apóstoles del nuevo derecho, destrozados en inenarrables martirios; con los privilegios recibidos de tan cruel tirano, recibió también las tremendas responsabilidades. Así, el reinado suyo fué como la triste liquidación y pago de las deudas con el mundo culto contraídas por los reinados anteriores, todos de combate al derecho novísimo, todos de triste y desenfrenada reacción. Gladstone, mozo é inspirado, mostró los primeros acentos de su elocuencia inagotable delatando á la conciencia universal todas las crueldades empleadas por los déspotas napolitanos en potros y tormentos, y calabozos y suplicios para extinguir la inextinguible aspira-piración á la libertad de sus vasallos. Así Garibaldi fué como la imagen de todas estas grandes aspiraciones, y, semejante á esos querubes antiguos con espadas de fuego y alas de ángel, dibujados en las ardientes retinas de los proscriptos entre las desolaciones de sus abrojosos caminos y las tristezas de sus inacabables desiertos. Recibió el joven rey, hace treinta y cuatro años ahora, el trono con verdadera conformidad á su destino; y lo defendió, no con heroísmo, sí con honor. Luego, diferenciándose de nuestros pretendientes legitimistas, que nos han armado seis ó siete guerras civiles en el siglo, y aun

de los pretendientes franceses que no han cesado un punto en ostentar sus pretensiones; el rey de Nápoles se recluyó en su desgracia y no molestó la curiosidad pública con inútiles protestas, ni arrastró sus súbditos hechos ciudadanos á la montaña y al campo en alardeos suicidas, sino contento con los decretos del cielo, resignado á su fatalidad ineluctable. La figura del rey de Nápoles me recuerda los últimos patricios de Roma. Quizá él mismo no creía en su derecho divino antiguo, borrado por la soberanía nacional contemporánea; pero lo sustentaba, en cumplimiento de un deber. Muchos nobles paganos del siglo v tampoco creían en el paganismo, pero lo sustentaban como la base única del Imperio. Lo que comprendían intuitivamente era que la igualdad religiosa engendraba la igualdad social, y que la igualdad social aniquilaba la Roma pagana establecida en el privilegio. De aquí provino el postrero neopaganismo, producto del espíritu de patricios poco creyentes en los dioses, pero muy dados á hacerlos cómplices de sus tiranías y de sus privilegios. El gran representante de este neopaganismo político, es Símmaco. Comprendiendo el espíritu democrático del cristianismo, Símmaco, en cuya conciencia luce algún resplandor del alma de Catón, en cuyos labios vibran algunos ecos de la palabra de Marco Tulio, quiere sostener la Annona para que todas las naciones sean tributarias de su ciudad; los ocios del pueblo, á cuyos circos arroja sármatas feroces que lo embriagan con el hedor de la sangre; los colegios de los sacerdotes; los misterios de los arúspides; los conventos de las vestales; y cuando Graciano demoliera el altar de la Victoria, y Teodosio abrogara los antiguos cultos, como si los númenes del patriciado le inspirasen la gran elocuencia, tiene el valor de defender las ideas que se van, los dioses que salvaron á Roma de Anníbal y al Capitolio de los galos; y viendo que nada consigue, que se arruina todo cuanto hubo respetado y querido sobre la faz de la tierra, el Imperio, el Senado, el derecho patricio, se abraza con dignidad á sus antiguas creencias para morir con ellas entre las ruinas de Roma.

IV

Ya están los japoneses en Mandchuria. Dada la organización especialísima del Celeste Imperio, Mandchuria pertenece al número de regiones tan fáciles al disgregamiento de China como á la natural agregación. Anúdanla los menos lazos posibles con el centro; pero no deja de formar un sumando indispensable á la suma inmensa que se llama China. Y este sumando posee importancia tan grande y aparte, porque su territorio toca de un lado con el imperio ruso y de otro lado con el imperio coreano. Como Grecia está colgada de las cordilleras donde se levanta el Olimpo, cordilleras macedónicas y tracias; como Italia está colgada de las cordilleras alpinas, que la separan de Alemania y Francia y Suiza; como España, por su parte y á su vez, de los Pirineos, que la separan del resto de Europa; Corea, peninsula también, está colgada de Mandchuria, donde un monte descuella como el monte Blanco, llamado así por sus faldas de gredas y sus remates de nieves, fortaleza formidable á que libra el imperio parte principalísima de su seguridad, y las tierras todas aquellas parte principalísima de su alimento. Y además de todo esto, guarda tal región Mukden, una especie de Pekín boreal, azotada por vientos de la glacial Siberia, pero querida y respetada por la grandeza de unos templos guardadores del recuerdo de Buda, tan idolatrado entre aquellas gentes, y por la santidad de tradiciones muy valiosas para quienes toman los antepasados, más que como abuelos y progenitores de la familia, como reyes eternos y genios divinos del hogar. Con efecto, la dinastía hoy reinante sobre China, proviene del siglo XVII y pertenece á esta región mandchuriana. Y así, no imp orta sólo

el paso que dan ahora los japoneses por la material posición estratégica de Mukden, importa porque, raíz de príncipes considerados por Mandchuria como algo superior á lo humano, al caer bajo los pies del extranjero, denota cómo á sus antiguos omnipotentes y omniscientes dueños les faltan ya la fortuna y el valor. Tamaña convicción podía servir en otras partes y entre otros pueblos á un aceramiento de la voluntad, que les prestase mayor filo; pero en China, ó traerá una suicida conformidad con el destino implacable, ó traerá una guerra civil que prepare apocalípticos exterminios. Lo peor de todo esto para China es el pensamiento que va surgiendo en muchos Estados y gobiernos, respecto de cuánto convendría proceder con rapidez, en vista de sus desgracias, á una desmembración inmediata del imperio y del Estado suyos. Un revés y un desastre no hubieran inferido al mikado males tan grandes, por hallarse dentro de unas islas, como los que infieren al hijo del cielo sus reveses y desastres, por hallarse la corona suya en medio de un continente. Al Japón, en Asia, le favorece aquella misma ventaja que favorece á Inglaterra en Europa: su aislamiento. Pero quien tiene contacto con Rusia por Siberia y Mandchuria; contacto con Francia por el imperio que ha ido ésta formando en Tonkín, ó por la influencia que va ejerciendo en Anam y Siam; contacto con Inglaterra por Birmania y por los desiersos boreales de la Mongolia y de la Tartaria, tan interesantes á las tierras que riega el Indo y el Himalaya guarece, según le sucede á China, encuéntrase por fuerza en el caso de pensar que cada coloso vecino suyo, atisba el momento propicio de repartírsela, sobre todo si muestra, cual hoy, amén de una incapacidad para gobernarse, como la que mostró hace tiempo, una incapacidad aún mayor, no ya para dirigirse á sí misma, para defenderse y salvarse. No debe olvidar Asia que todo cuanto han hecho las potencias extranjeras en aquellos pueblos y en aquellos mares llamados indo-chinos, se asemeja mucho á las primeras desmembraciones de Polonia y al graduado lento despojo de Turquía. Que Francia haya

erguido su pabellón en el frente oriental de la Indo-China; que, para combatir de cualquier guisa este atrevimiento, se hayan por Inglaterra sumado los restos aún libres de Birmania y sus anejos á las Indias; que Rusia se haya extendido por el Septentrión en términos de aparecer hoy como una potencia con tan extenso territorio cual sus rivales todas del mundo asiático, no quiere decir, en suma, otra cosa, sino que á China le han puesto al cuello las tablillas puestas por ella en sus hábitos y tradiciones seculares á los reos de muerte. En vano ha pretendido levantar aisladores, más altos que las viejas murallas erigidas por sus antiguas dinastías, para constituirla, dentro de lugar cerrado, en una especie de misterioso impenetrable secreto planetario; así la irrupción de franceses y britanos, rompiendo el encanto de Pekín, como las humillaciones que ha debido perdonar á Rusia por el valle de Kuldja, y á Inglaterra por la frontera de Birmania, y á Francia por la frontera de Tonkín, y á los japoneses por Corea, le demuestran cuán debilitada está de suyo; y cómo deberá su salvación, si se salva en estos críticos momentos, á lo á mismo que la debe aquí en Europa Bizancio: á la imposibilidad completa de repartirse, con avenencia y consentimiento de todos, entre todos, sus restos. El escritor competentísimo, que lleva de antiguo en la Revista Británica los asuntos orientales á su cargo, recuerda con sabia oportunidad un hecho de la mayor enseñanza en las crisis orientales atravesadas ahora y en los tiempos ahora corridos. Cuando las tropas anglo-francas acamparan en Pekín el año 60, ya pusieron por obra varios planes de dividir el Celeste Imperio y hendirlo en dos capitales porciones. Enseñoreados entonces unos muy célebres rebeldes, los Taipings, como verdaderos ocupantes y dueños de la parte meridional, oyeron proposiciones hechas por lord Elgin, plenipotenciario inglés, para que descuartizasen China y fundaran en el espacio, correspondiente á ellos por sus triunfos, un grande imperio bajo el protectorado de la Europa occidental, dispuesta en sus consejos entonces á considerar como buena cual-

quiera soberanía erigida sobre los fragmentarios restos de la gigante región. Mas este partido nacional, enemigo irreconciliable de las viejas conquistas boreales, y profundamente arraigado, sin embargo, en la tierra y henchido de aquellas tradiciones é ideas, no quería levantarse tan sólo sobre una porción del Imperio, quería la unidad, á todos los chinos cara, pero mucho más cara de suyo aún á los chinos ufanados con su sangre nativa pura y adversarios jurados de los tártaros, á cuya dinastía deseaban sustituir, pero sin deshacer y fragmentar sus dominios. Una idea se deriva inmediatamente de tal consideración, una idea capitalísima para la solución de los problemas planteados hoy en el Asia extrema: después de treinta y cuatro años que han pasado desde tal proposición, y cuando han sufrido los Taipings, invitados á romper la unidad china, martirios tales, tras sus derrotas, como la muerte de cuarenta millones entre los suyos, exterminados en un período de tres ó cuatro lustros, en el cual mostraron los dominadores tártaros cómo lleva cada cual un Atila en el cuerpo, ¿no sería hora ya de que pensase Occidente si han cambiado estas tribus de idea, y revuéltose contra China, como han hecho ya otros pueblos amarillos, sobre quienes ejercía el Celeste Imperio una fascinación tan grande? Lo cierto es que la llamada de los japoneses á rebato contra el Celeste Imperio puede significar el comienzo de una gran catástrofe para los chinos, expulsados de América por el terror que sugieren á los yankees sus temidas y terribles competencias; odiosos á los franceses por la protección extendida en el Río Amarillo sobre todos los piratas que saquean y talan las costas del Tonkín; repulsivos á los ingleses, que recelan del engrandecimiento suyo por las Indias propias; amenazados de la misma Rusia, que les quita una parte de la Siberia con otra parte de Mandchuria y quiere todo el Norte para ingerir los tártaros en sus abigarradas legiones; condenados por la humanidad, como condena siempre á cuantos detienen, ó contrastan, ó combaten el humano progreso.

V

Para mí la decadencia del pueblo chino y lo expuesto que á una desmembración se halla, proviene de sus ideas metafísicas y religiosas. Tres religiones hay en China: religión de Lao-Sseu, religión de Confucio y religión de Budha. Un pueblo tan poco teológico proclama tres teologías juntamente, aplicándolas á todos, siquier no las crean en sus conciencias ni las practiquen jamás en sus vidas. Por tal concepto de la religión dábase un caso bien original, que á la muerte de cualquier chino tres categorías diversas de sacerdotes, adscritos á tres cultos distintos, celebraban tres clases de funerales sobre un mismo cadáver. En los primeros tiempos, la religión de los chinos se contuvo en simple culto á las cosas creadas. Adoraron cielo y tierra, juzgándolos como una especie de matrimonio, cuyo amor engendra todos los seres. De tal sencilla religión materialista se pasó á una religión más metafísica, fundada en el principio de contradicción. Tal fué la religión de Lao-Tseu. Para este gran revelador, el ser y no ser mutuamente se producen y mutuamente se completan. Las cosas todas son comprensibles por las sombras de sus opuestas. No habría hermosura sin fealdad, ni grande sin pequeño. Suprimid lo vacío y suprimiréis la plenitud. Suprimid la muerte y habréis suprimido la vida. El mundo viene del no ser y se dilata en lo vacío. Por eso lo santo en tal reformador metafísico resulta la nada ó el no ser. La ley del humano proceder se contiene por completo en la inacción, y su moral se reduce á la indiferencia. Un hombre perfecto, en esta metafísica extraña, se tapará los oídos con una sordera incurable; bajará

sobre sus ojos el telón de sus párpados, si no quiere arrancárselos para procurarse una ceguera irremisible; se castrará de su voluntad; extinguirá el resplandor de su inteligencia; tapiará todas sus percepciones para incomunicarse con todos los pensamientos y con todos los objetos; sellará sus labios como las piedras de los sepulcros, y así podrá esperar sin fatiga la muerte. El espacio infinito se parece á un cero en esta doctrina, la inmensidad á un piélago sin límites, pero también sin agua, porque todo se halla circuido por lo vacío. El Ser Supremo se acerca en estos principios á la nada. Miráis, y no le veis, por incoloro; escucháis, y no le oís, por afono; palpáis, y no le sentís, por incorpóreo. De consiguiente, parecerse á él es como no parecerse á nada. Así, en esta doctrina, el cuerpo cae sobre la tierra y forma parte de sus átomos; el alma se disipa en los cielos y forma parte de su éter. Por consecuencia, bien puede asegurarse que su religión resulta, en último término, la religión del vacío, la religión del no ser, la religión del suicidio universal. Si así estima el ser, ¿como estimará su determinación en el hombre? La estimará en muy poco. Y si así estima la determinación del ser en los hombres, ¿cómo estimará la determinación del ser en las mujeres? Estimarála mucho menos. Y, sin embargo, para los chinos, todos los hombres superiores han de generarse por fuerza en virginales entrañas. Una virgen madre debe parirlos sin concurso alguno de varón. Así fué Confucio, así Lao-Tseu. En el diccionario de las encarnaciones chinas, terminantemente se dice que los hombres beatos y divinos recibían las denominaciones de generación celeste ó hijos del cielo, á causa de haberlos engendrado sus madres por obra misteriosa de lo invisible. El carácter jeroglífico, mejor diré, figurativo de la doncella (*sing*), representa la virginidad y la generación. Unas madres de los hombres divinos engendrán por virtud exclusiva del pensamiento, y otras por el soplo de un espíritu, quiénes al centelleo de un relámpago, quiénes al rayo de una estrella. Por consecuencia, la idea de la virgen madre es como aurora que raya donde

raya la primera luz del espíritu y alborea con el primer albor de la religión. Confucio desarrolla todas las ideas de sus predecesores y les da un verdadero sentido moral. Así, el amor á la humanidad, el perfeccionamiento de sí mismo y de los demás, la perseverancia en seguir las vías rectas para llegar á los objetos santos constituyen su moral, contenida en esta fórmula suprema, la cual se reduce á este supremo mandamiento: amad al prójimo como á vosotros mismos. Así Confucio mira solamente á la vida y á la perfección del hombre aquí en la vida. Distingue, más que su predecesor, al cuerpo del alma; pero lo distingue por convenir así á su moral humana é inmanente. Nada de sacerdotes en su doctrina, sabios. Nada de metafísica en sus ideas, moral. Aquellos profundos ojos de su entendimiento no querrán ver allende lo mundano; reduciránse á señalar caminos derechos para la vida de un día por estos abruptos planetas nuestros. Como uno de sus discípulos queridos le preguntara noticias de la muerte, respondióle con humildad: ¿cómo quieres que sepamos algo de la muerte, cuando apenas sabemos cosa ninguna de la vida? Tal fué la doctrina de Confucio. Ninguna de las religiones mencionadas tuvo sacerdocio. Los conventos de hombres y mujeres que hay en China, débense á Budha y los budhistas. Esta religión provenía de los indios. Pero se diferenciaba tanto del brahmanismo politeísta como pudiera diferenciarse un judío monoteo del persa ó iranio pagano. El budhismo no era tanto la religión de Dios como la religión del alma. Su dogma capitalísimo y primero estaba reducido á la espiritualidad é inmortalidad del ser invisible que nos anima. Y después de haber proclamado estas dos ideas tan acordes con todo cuanto nosotros creemos, proclamaba la trasmigración de las almas, ó séase una especie de sucesivo paso desde uno á otros cuerpos en progresión ó retrogradación perpetua, según el mérito de sus acciones y de sus obras. Mas ¿para qué proclamaba el budhismo esta esencialidad y esta superior fuerza del alma humana? Para luego murmurar en sus oídos el suicidio. La

suprema felicidad para Budha está en la nirvana, que quiere decir en último término tanto como la nada. Huyendo los hombres del dolor siempre, han de tener por fuerza una seguridad, la de que solamente hay dolor en la existencia y en la vida. El que no vive no padece. De aquí la fuga inconsciente que todos los seres toman desde las cumbres del ser y de la vida, por necesidad, hacia los abismos de la muerte. Extinguirse por completo, suicidarse, buscar la no existencia, dormir en la nada, por el aniquilamiento despeñarse hasta el no ser, llegar á un abismo y á un silencio mayores que todos los contenidos en el sepulcro: he ahí la verdadera religión; he ahí la verdadera moral. Creedlo, una doctrina de tal suerte contraria con el ser, una doctrina propagadora del suicidio, no podía, no, dar ni al hombre ni á la mujer aquella dignidad indispensable para que sea el alma humana un resumen del alma universal, y para que la dignidad humana, tanto en el hombre como en la mujer, se alce á sus esenciales derechos. Libros que se llaman á sí mismos vehículos para con más ó menos precipitación ir al no ser, no podían dar leyes de vida muy aceptables y sabias. Budha sólo piensa en transportar los seres del Océano de dolores donde han caído á la nirvana, ó sea desde la vida con todas sus manifestaciones á la muerte, y á la muerte completa y eterna. Cuando una doctrina de tal carácter pasa como levadura indispensable á la vida y á las costumbres de un pueblo, no puede maravillarnos que llegue al suicidio ese pueblo con tanta facilidad y sirva, más que para vencer con arrojo y matar con saña, para morir con resignación. En el combate cruentísimo entre chinos y japoneses, ha vencido á la muerte la vida.

EMILIO CASTELAR.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

CONTINUACIÓN

Ramón Berenguer III volvió á casarse, en segundas nupcias (1106) con la condesa Dulce, heredera de Provenza, y tuvo de ella un hijo, Ramón Berenguer IV, el cual, mediante su enlace con Petronila de Aragón, llegó á ser regente (nunca se llamó rey, sino simplemente *príncipe*) de este reino (1137-1162) y cuyo hijo fué rey de Aragón con el nombre de Alfonso II (1). El poeta, que no acostumbra tomar estas cosas tan al dedillo como el genealogista, podía muy bien ya entonces permitirse suponer, mediante una licencia poética, que la casa real de Aragón estaba emparentada con el linaje del Cid. Tiene, sin embargo, esta suposición mucho en contra suya. Pero cabe determinar más verosímilmente el tiempo en que el verso citado tenía recta aplicación si consideramos el matrimonio de la segunda hija del Cid, doña Cristina Elvira, con D. Ramiro, infante de Navarra, y las consecuencias de este enlace. El hijo de éstos, D. García Ramirez, llamado el Restaurador, subió al trono de Navarra (1134-1150) y tuvo como segunda esposa á

(1) ¿No podía acaso el poeta haber designado con el nombre de «infante de Aragón» que da al otro pretendiente que acompañó al de Navarra, á este conde de Barcelona? Porque como en su tiempo, precisamente en la descendencia de este conde, se unieron en un cetro Barcelona y Aragón, no sería una licencia poética excesiva, aunque cronológicamente absurda, escoger para el yerno de su celebrado héroe el título del reino más famoso.

doña Urraca, hija natural del rey Alfonso VII de Castilla (1144). Su hijo, Sancho VI, llamado el Sabio (1150-1194), se casó con otra hija de Alfonso VII, doña Sancha (1153), por cuya hermana, biznieta del Cid, doña Blanca, esposa de Sancho III el Deseado (prometida á él en 1141 y casada en 1151) que sucedió á su padre, Alfonso VII, en Castilla, llegó finalmente la sangre del Cid á la casa real de Castilla. El poeta podía, pues, con toda razón decir ya á mediados del siglo XII que los reyes de España eran parientes del Cid, cuyos descendientes, aunque se rechace la suposición que hemos indicado respecto á Aragón, ocupaban entonces efectivamente los tronos de Navarra y de Castilla. Así, venimos á aceptar como fecha de la composición del poema *la misma* que hombres como Sánchez y Capmany fijaron para él ateniéndose á sus formas métricas y lingüísticas; que el poeta, como castellano, precisamente en este tiempo halló ocasión singular para festejar el suceso que canta por los múltiples enlaces de las casas reales castellanas con los descendientes del celebérrimo héroe; que el fin principal del *Poema*, como he probado detenidamente, consistía en el honroso casamiento de las hijas del Cid y en el ennoblecimiento que de ello recibe su linaje. Es, por lo tanto, muy probable la suposición de que fuera compuesto el poema con ocasión de uno de estos matrimonios, especialmente el de Blanca con Sancho III, de donde resultaría que habría que poner la época de su composición de la cuarta á la sexta década del siglo XII (1).

(1) El erudito y profundo crítico de la *Exposición de la literatura española en la Edad Media* de Clarus en la *Göttinger Anzeigen* (1847, 1, páginas 646-647), me critica el que haya yo deducido del citado pasaje final del *Poema* que sea «probable» el que fuera éste compuesto para festejar las bodas de Sancho III de Castilla con Blanca de Navarra.

A esto no tengo otra cosa que replicar sino que no pasa de ser una plausible conjetura y que no la ha dado por más que esto, mientras que él concede que aquel pasaje se refiere á este matrimonio y mientras que él añade que aquel pasaje «alude» á ese matrimonio y que este asunto principal viene á ser el medio más exacto para determinar cuando se compuso el

Si se tiene por sostenible esto, cae por su propio peso la suposición de que el llamado al fin del poema *Per Abbat* sea no

---

Poema (1151). No me meto, por otra parte, en si es mejor su interpretación de ese pasaje, pero por lo menos me parece su explicación de los «reyes de España» por los «Emperadores de España» tanto más osada cuanto que el *Poema* mismo en otro pasaje da un valor singular á lo de Emperador. También Dozy *(Recherches sur l' histoire politique et littéraire de l' Espagne pendant le moyen age.* Ley de 1849, t. I, pág. 640), considera mi observación como muy acertada *(très-juste)*: que el interés principal del *Poema* estriba en el matrimonio de las hijas del Cid, pero rechaza mi conjetura de que fuera compuesto para festejar las bodas de Blanca y Sancho III; en parte porque en el verso citado lo de «reyes de España», ha de referirse sólo á los de Navarra y Aragón, puesto que en el *Poema* mismo no se habla más que de los infantes de Aragón y Navarra; en parte porque el poeta para nada hace referencia al matrimonio de Blanca y si hubiera compuesto su obra con la ocasión que supongo, no habría ocultado mejor su propósito *(Bref, si le poète a eu réellement l'idée que M. Wolf lui prête, jamais idée ne s'est mieux caché)*. Pero aunque, según he dicho ya, no doy mucho peso á este punto de vista derivado de una mera conjetura, debo, sin embargo, confesar que no me parecen muy contundentes las objeciones del Sr Dozy. Pues el artículo determinante que se halla en «hoy *los* Reyes de España», parece autorizar el que se entienda que se trataba por lo menos de los reyes más notables de España (pues de otro modo hubiera dicho el poeta: hoy reyes de España) y además sin duda alguna del «rey natural» del poeta mismo, el rey de Castilla (como de hecho se hallaron presentes en la boda de Sancho y Blanca *los* Reyes de España, esto es, el de Castilla, el de Aragón y el de Navarra). Y si el poeta no cita expresamente el matrimonio para festejar el cual hubiera cantado, ¿ no puede haber sucedido esto porque presentó su poema en esta fiesta, donde por lo tanto era inútil indicar la ocasión que le movía á hacerlo, completamente conocida esta, ó porque hubiera hecho esa alusión en lo que falta del *Poema*? Pero el Sr. Dozy ha rechazado sobre todo esa suposición porque él ataca la afirmación aceptada por casi todos los críticos, y á la que sirve de apoyo mi conjetura, es á saber, que el *Poema del Cid* fué compuesto á mediados ó en la segunda mitad del siglo XII. Dozy lo considera de principios del siglo XIII (hacia 1207), no sólo copiado ó escrito, sino compuesto. Su fundamento principal—pues el argumento que saca de una costumbre citada en el poema no le parece decisivo, puesto que no está probado que esa costumbre no existiera hasta el siglo XIII—su fundamento principal descansa en la relación del lenguaje demasiado hecho del *Poema* comparado con documentos del siglo XII. Aparte de que el lenguaje tan sólo, sobre todo cuando la comparación se basa en monumentos tan pocos y tan heterogéneos, es siempre un criterio muy inseguro, y aparte de que todos los

simplemente el copista, sino el autor (1). Desgraciadamente, apenas puede decirse nada de éste con las fuentes y medios

críticos españoles no tienen dificultad en atribuir el *Poema* á la segunda mitad del siglo XII aun respecto al lenguaje (así, los dos más eruditos del presente, Durán, repetidas veces en la última edición de su *Romancero* y Amador de los Ríos en su *Historia crítica de lit. esp.*, discutiendo los argumentos de Dozy; A. Manuel Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador.* (Madrid, 1857, 4, pág. XVI), aparte de todo esto la colección de *Fueros* y *Cartas pueblas* de D. Tomás Muñoz (continuada ahora bajo los auspicios de la Real Academia de la Historia de Madrid) dará múltiples ocasiones al Sr. Dozy de modificar su juicio en este asunto. El más reciente editor del *Poema*, el Sr. Damas Hinard, profundo conocedor de los idiomas románicos, ha refutado victoriosamente la doctrina del Sr. Dozy, tanto con fundamentos linguísticos como con razones históricas, y á la vez ha suscrito á la opinión por mí sustentada (l. c., p. XIII-XV). Son, por el contrario, notables y dignas de agradecimiento las observaciones agudas y doctas de Dozy sobre la *Crónica rimada del Cid* (páginas 623-637, 664-671, 684-687), respecto á las que sólo me permito hacer notar que la conclusión de la más remota antigüedad de la misma (la considera de fines del XII ó principios del XIII) sacada de la circunstancia de que su versificación sea más ruda que la del *Poema* (p. 648-649) no me parece del todo acertada; pues el *Poema* se nos ha conservado como tal, al paso que la *Crónica rimada* nos ha llegado con trazas sensibles de un poema más antiguo, y sin duda alguna con borraduras de ritmo y entremezclado con pasajes en pura prosa, así como tal vez en la «Crónica general» y «la particular del Cid» se ven á las veces huellas del *Poema*. También en esto suscribe el Sr. Damas Hinard á mi opinion (l. c., p. LXXVIII-LXXX, y considera la *Crónica rimada* como más reciente que el *Poema*.

(1) El poema se cierra (*) con estos dos versos:

Per Abbat le escribió en el mes de Maio
En era de mill é C.C. ...XLV años.

(es decir, en el año 1207, aunque según el parecer de los traductores españoles de Ticknor y del docto Damas Hinard, l. c., p. XIII, indudablemente hay que leer: CCCXLV, esto es, 1307). Compárese con esto la nota de Sánchez y lo que fundándose en razones de lenguaje dice en la introducción respecto á la antigüedad del poema y á la opinión de que Per Abbat sea el autor. También Huber (l. c., XVIII) está contra esta afirmación de D. Rafael Floranes (en Risco) p. 69.

(*) En la edición de Sánchez, que es la que sigue el autor, mas no en el manuscrito en que siguen á los que éste da como últimos los dos siguientes versos:

Fecho. Datnos del vino si non tenedes diñeros
Ca mas podré, que bien vos lo dixieron labielos.

Véase la edición de Carlos Vollmöller, Halle, 1879.—(N. DEL T.)

auxiliares de que hasta hoy disponemos. Según toda verosimilitud debió de ser un castellano, puesto que entonces los poetas del Occidente de España se servían del dialecto gallego y los del Oriente del lemosín ó catalán. De uno y de otro se aparta considerablemente el idioma del *Poema* pero se acerca algo más al último. También puede afirmarse que pertenecía á las clases más elevadas, que estaba muy familiarizado con los usos y formalidades de la caballería y el vasallaje, á los que parece conceder mucha importancia.

Si me he extendido sobre el *Poema* con más cuidado de lo que acaso parezca conveniente en este lugar, creo que me servirá de disculpa el que este poema, tan notable para su tiempo y tan digno de atención en todos respectos, haya sido totalmente desconocido por Bouterwek, tan sólo por muy pocos juzgado bien, y que nadie le haya concedido el lugar que merece en la historia de la literatura española por su intrínseco valor poético y su manifestación externa. Merece, en todos sentidos, ser mejor conocido por los aficionados á esta literatura de lo que hasta hoy lo ha sido. Con mucha más brevedad puedo ocuparme en la *Crónica particular del Cid*, en prosa, citada también muy de pasada por Bouterwek. Sánchez ha dejado probado (l. c., pág. 224 y sig.) que es más moderna que el *Poema*, y que se ha servido de éste á menudo, palabra por palabra. Queda, por lo tanto, aun respecto á la descripción de las costumbres, muy por debajo del *Poema*, que es mucho más moderado en el adorno y en poetizar aceptando lo maravilloso y legendario, y que lleva en general el colorido de un tiempo muy posterior. Como fuente propiamente histórica para la vida del Cid y la historia de su tiempo no tiene gran valor, pues es una compilación, falta de toda crítica, de las crónicas arábigas, latinas y españolas, más antiguas que el *Poema*, y de los fabulosos relatos de las consejas populares (1).

(1) Por lo que hace á la parte bibliográfica, literaria é histórica, basta acudir á la introducción de la notable edición que Huber ha hecho de la *Crónica particular del Cid* (Marburg, 1844, 8) y á la aguda apología de

Antes de que pasemos á los poemas que es cosa probada pertenecen al siglo XIII, debo llamar la atención hacia dos producciones poéticas, que según toda verosimilitud, pertenecen á la primera mitad del siglo XIII, y que se han escapado á la diligencia del mismo Sánchez. D. José Rodríguez de Castro, en su muy apreciable aunque por desgracia no continuada *Biblioteca Española* (tomo II, que contiene la noticia de los escritores gentiles españoles, y la de los cristianos hasta fines del siglo XIII de la Iglesia, Madrid, 1786, fol. páginas 504-505), cita

---

Dozy. Este último da lo siguiente como resultado apenas discutible de su examen crítico (l. c., pág. 406): «Je résumerai en peu de mots le resultat de mon examen de cette chronique. Je dirai donc que ce n'est rien autre chose que la partie correspondante de la *Crónica general,* retouchée et refondue arbitrairement par quelque ignorant du XV, ou tout au plus de la fin du XIV siècle, probablement par un moine de Saint-Pierre de Cardègne, puis retouchée et refondue aussi arbitrairement, au commencement du XVI, par l'éditeur Juan de Velorado» Comp. Amador de los Ríos en el apéndice á su edición de las *Obras del marqués de Santillana* (Madrid, 1852, 8, pág. 606), y Malo de Molina (l. c. pág., XXVIII-XXIX). Ya antes, en 1498, se había impreso en Sevilla una crónica del Cid, que es una de las mayores rarezas tipográficas, puesto que ni el mismo Risco (l. c., pág. 71) ni Méndez (Typographia esp., Madrid, 1796, 4, tomo I, página 212) pudieron hallar ningún ejemplar de la misma en España, y la citaron refiriéndose á Denis (Supplem. á Maittaire ann. typogr., pág. 443 . El ejemplar, acaso *único*, de la Biblioteca Real de Viena está ante mi vista. Pongo aquí el título y el fin, que Denis citó con alguna falta: *Coronica del cid ruy diaz. Aquí fenece el breve tratado de los hechos y batallas que el buen caballero Cid ruy diaz venció: con favor y ayuda d'nuestro señor. El qual se acabó en el mes de Mayo de nouenta y ocho años. Y fué empremido por tres compañeros alemanes. en la muy nole (sic) y muy leal cibdad de Seuilla. A Dios gracias.*» Consta en total de 70 hojas no paginadas (sin guardas, pero con signatura *a-h* á las ocho hojas, y con *i* á las seis cada página de 31 líneas), en 4.°, impreso con letra gótica y adornado con unos grabados en madera muy toscos. En la parte anterior de la última hoja se halla la marca de impresión de la primera sociedad alemana de imprimir, en Sevilla (descrita y explicada por Méndez, l. c., pág. 222); en la vuelta un águila sencilla que lleva en su pecho las armas reunidas de España, es decir, en el primero y cuarto cuartel las de Castilla y León, en el segundo y tercero las de Aragón y Sicilia, una junto á otra, y abajo las de Granada. Esta crónica contiene en 62 capítulos la conocida historia fabulosa del Cid, con omisión de todo lo que no tiene relación inmediata con

un manuscrito de la Biblioteca del Escorial, cuya escritura le parece pertenecer al siglo XIII, y cuyo contenido lleva á la cabeza, escrito por una mano posterior, este título: «Vidas del Rey Apollonio, de Maria Egypciaca y la Adoración de los Stos. Reyes», en verso antiguo.

Estos poemas han sido posteriormente editados en su integridad por el docto marqués de Pidal, meritísimo en lo referente á la antigua literatura española (primero en la *Revista de Madrid* de 1841, y luego por separado: «Colección de algunas

---

ella, siendo una exposición más compendiosa que la de la citada *Crónica particular del Cid* ó que la de la *Crónica general*, como ya lo sospechó Risco. Al principio dice: «*Aquí comiença vn libro llamado suma de las cosas maravillosas que fizo en su vida el buen cauallero cid ruy diaz..., segun más largamente las estorias de las coronicas lo recuentan.*» Es, pues, notable tan sólo como rareza tipográfica, porque en cuanto á su contenido nada de nuevo nos ofrece. Y como monumento tipográfico á causa de su antigüedad, que Huber (ob. cit., pág. LXXXVII) ha puesto en duda, sin razón alguna para ello, pues tiene totalmente el carácter de una impresión de fines del siglo XV. El fundamento principal de Huber, que es aceptar 1598 en vez de 1498, porque de otro modo hubiera aparecido antes de la primera edición de la gran *Crónica del Cid*, de Juan de Velorado (1512) de la que está sacada, pierde toda su fuerza desde el momento en que puede suponerse que fué sacada inmediatamente de la *Cronica general* ó de una de las copias manuscritas de la compilación de ella, hecha, según Dozy, en el siglo XIV ó XV. Reimpresiones de esta antigua edición, modernizadas nada más que en la ortografía, tenemos: Burgos, por maestre Fadrique Alemán de Basilea, 1516, 4 (v. Biblioth. Grenvilliana, II, s. v. Crónica);—Sevilla, por Juan Cronberger. Fué impresso... el postrero día del mes de Junio, año de mil y quinientos y treynta y tres años (1533), gótico y con grabados en madera, 4.°—La misma, por Jacobo Cronberger, 1541, en 4.°, gótico (en el *Britt. Museum*, citado por Gayangos en su *Catálago de los Libros de Caballerías*, en la edición del *Amadís* de la «Biblioteca de autores españoles, tomo XL, pág. LXXXIV);—Sevilla Alonso de Barrera, 1545, 4 (Bibl. Grenv., l. c.)—Salamanca, por Juan de Junta Florentino, 1546, 4 (en la Biblioteca de Munich, Cf. Huber, l. c., pág. XXXVII);—Burgos en casa de Felipe de Junta, 1568, en 4.° (Gayangos., l. c.);—Bruxellas, impresso en casa de Juan Mommartre á la enseña de la Imprimerie, 1588, 16. Al final se repite el lugar de la impresión y se añade como fecha: 1589. Al ejemplar de la Biblioteca Imperial está unida la Historia del noble Cavallero el Conde Fernan Gonçalez: con la muerte de los siete Infantes de Lara. Bruxellas, d. Mommaerté, 1588.

poesías castellanas anteriores al siglo XV, para servir de continuación á la publicada por D. Tomás Antonio Sánchez, Madrid, 1841, 4; y más tarde como apéndiee á la reimpresión de la colección de Sánchez, que hizo Eugenio Ochoa en casa de Baudry, París, 1842, 8.) Pidal coloca estos poemas en la primera mitad del siglo XIII. Respecto á los poemas legendarios, el de «María Egipciaca» y el de la «Adoración de los santos Reyes Magos», me remito á lo que digo sobre su formación en mi ensayo acerca de la poesía de los romances; en cuanto á la materia, el último fué hecho sobre una prosa eclesiástica, y el primero es muy verosímil que lo fuera sobre un modelo francés *(Conte devot)*, que no ha dejado de tener influencia hasta sobre su forma (1).

El poema de Apollonio de Tiro, que tiene por objeto la conocida leyenda que ocurre en casi todas las literaturas de la Edad Media (2), es indudable que está imitado en cuanto á la

(1) Así es que se encuentran en este poema, aun en las rimas, palabras formadas conforme al francés, p. ej., *genta, volonter, sage, genzor, domitge, argente, fer, tuerto, à riedro, conuerte, affer, tiesta, ostal, cuer* (por *corazón*, que se lee junto á él), *gentamientre*, etc. Además, á pesar de lo populares que son su ritmo y su rima, cosa notada por Pidal y puesta de relieve por mí, es innegable el esfuerzo que se nota por imitar los pareados cortos del original francés, mostrándose en éste, como en el poema del Cid, la lucha aún mal encubierta de las formas nacionales con las extranjeras.—Comp., por lo demás, sobre ambos poemas lo que dice Ticknor, I, p. 23-24.

(2) Comp. Grässe, *Die grossen Sagenkreise des Mittelalters* (Dresde, 1842, 8); Dunlop's, *Geschichte der Prosadichtungen. Aus den Engl. von F. Liebrecht* (Berlín, 1851 8. S. 35. ff. 463, 545. Anm. 81 und 81ª) y sobre todo: Bäckström, *Svenska Folkbocker* (Stockholm, 1845. 8. D. P. S. 140-146, 177-183).—Svend Grundvig, *Danmarks gamle Folkeviser* (Kopenhague, 1856. 4. D. II. S. 464).—Wilkins, *Pericles prince of Tyre. A novel ed. by T. Mommsen. With... a few remarks on the latin romance of Apollonius of Tyre* (Oldenburg, 1857, 8).—Véase también: *Erotican de Ap. Tyr. fabulam ex cod. Paris. emendatius ed. et praefatiuncula, notulisque instr. J. Lapaume*, en los *Erotici Scriptores ex nova rec. G. A. Hirschig* (París, 1856, 8, páginas 590-628.—Además Du Méril, *Floire et Blanchefleur*, introd., p. CXXI.—A esto hay que añadir: los manuscritos de la redacción *latina* de esta novela, pasados en silencio por Douce *(Illustrations of Shakspeare*, vol. II, pági-

forma y la materia de una «novela» francesa. Lo atestigua

nas 140-141) que posee la Biblioteca imperial, es á saber, fuera de los dos ya citados por el Prof. Meinert en la *Wiener Jahrbüchern. d. Lit* (Bd. XXII Anzbl. S. 63) *Cod. Univ.* 237 (pergamino, manuscrito del siglo XII); *Cod. Hist. prof.* 65 (pergamino, manuscritó del siglo XIV); *Cod. Hist. prof.* 94 (pergamino, manuscrito del siglo XII); *Cod. Eugen.* fol. 12 (pergamino, manuscrito del siglo XIV), y *Cod. Salisburg.* 33. B. (papel, manuscrito del siglo XV). También posee la Biblioteca de Viena la primera edición del mismo, muy rara, que falta en Ebert, y que Douce (l. c., p. 142) y Hain *(Repertor-bibliograph.* V. 1293) no han citado, según parece, por no haberla visto. No tiene hoja de título sino en la primera página este sobreescrito: *Incipit hystoria apollonij regis* y en la última *Et sic est finis.* Consta de 34 hojas, sin paginación, sin signatura ni guardas, está impresa con letras góticas muy imperfectas, y cada página tiene 22 líneas, con iniciales en colores, rojas y azules. Tiene muchas abreviaturas, y está llena de erratas que alteran el sentido, de omisiones y cambios de letras. De todo ello se saca que no fué impresa más tarde que 1470. El contenido y la expresión conforman en absoluto con la edición de Velser (Augustae Vindel. 1595) aparte de un par de añadiduras insignificantes, la más importante de las cuales es que junto á los tres enigmas de Tharsiana que ocurren en la edición de Velser, aquí se han impreso otros cuatro, resultando en junto siete (los mismos que cita el Prof. Meinert, l. c., página 63-64, fuera del segundo y octavo). La Biblioteca de Viena tiene un manuscrito de la redacción neo-griega en versos políticos (S. Lambecius. Commen. Lib. v, p. 548-549) y la siguiente edición impresa: Ἀπολώνιος (28 hojas sin paginar con la signatura ἁπλώ a 2-a 14) y en la primera cara de la última hoja: *Stampato in Vinezia per Christophoro di Zanetti L'anno del signore, MDLIII,* 4. Conforma en absoluto con el manuscrito, sin más diferencia que la de que los versos finales que contienen el nombre del redactor ó copista griego, dicen así en nuestra impresión:

Ποίημα ἔνε από χειρὸς, Κωνσαντίνου τεμένω
Γιαναμεμακαρίζουσιν, ἀπίτης ἀποθένω

Ambos son, sin embargo, paráfrasis métricas de la ya citada redacción latino en prosa. También de la traducción *francesa* de la misma posee nuestra Biblioteca un manuscritó en pergamino del siglo XV (*Cod. Eugen.* fol. 128): *Le Roman du noble Roi Apollonie.* Pero más notable que estas nuevas imitaciones es la novela caballeresca *Appolonius von Tyr landt* en rima *alemana* de nuestro compatriota el erudito médico vienés *(arzt von den puechen,* como él mismo se llama) Enrique de Nemenstadt (v. Hagen y Büsching. *Grundriss,* pag. 206, y Massmann, *Denkm,* pag. 10; á los ya citados pasajes añádase: W. C. Grimm, *Altdüdische He'denlieder, Balladen und Märchen,* Heildeberg, 1811, 8, pág. 470-473); Massmann considera al

la vestidura completamente caballeresca, lo atestiguan en las

manuscrito de Gotha de este poema como *único;* la Biblioteca de Viena posee, sin embargo, otros dos de él, á saber: *Cod. nov.* 96 (ya citado en los *Diutiska* de Graff, tomo III, pág. 463, 120 hojas en dos columnas, con iniciales rojas, letras capitales dibujadas en rojo y algunos rasgos en colores, sin sobrescritos) y *Cod. rec.* 2251 hojas, 103-240 (también en dos columnas, con un espacio vacío para las iniciales y sobrescritos en tinta rojizo-amarillenta); los dos son manuscritos en papel, en folio, del siglo XV *(Cod. nov.* 96, escrito en el año 1467); á ambos les falta al principio un par de hojas, y de ambos se ha arrancado un pedazo en la última hoja, de modo que no se puede restaurar el final. Por lo demás, concuerdan con los pasajes impresos del manuscrito de Gotha (v. Jacobs *Beiträge aus den Schätzen d. Goth. Bibl.* tomo II, 2, pág. 281). Debo aquí rectificar un error respecto á la época en que vivió el autor, pues hasta hoy se ha supuesto en general que nuestro Enrique vivió hacia 1400. De dos pasajes de su poema mismo resulta que vivía ya á fines del siglo XIII, y que la época de su vida debe colocarse en las primeras décadas del siglo XIV. Uno de estos pasajes es el epílogo del poema, impreso en la Biblioteca de novelas de Reichard, en que el autor dice que ha recibido el original *latino* (no se sabe por qué Koch, *Grundriss,* t. II, pág. 229, y Docen en el *Museum f. altd. Lit. u. Kunst.*, tomo I, pág. 172, supone un original italiano, sin fundamento alguno en el poema, y contra la expresa indicación del poeta) del «feliz párroco, señor Niklas de Stadlaw». Este Nicolás se nos presenta como párroco de Stadlau *(ad Sanctum Georgium in Stadelaw)* en documentos de los años 1297-1318 (v. Kirchl, *Topographie von Oesterreich,* tomo XI, pág. 171-172). El otro pasaje *(Cod. rec.* 2251, hoja 193 *recto,* p. 2, verso 7) es el siguiente:

Dy weyle werte das veste
Her pernhart von Krannen neste
Enhat so vil weines nicht
Als mir sein weinzurl gicht.

Este Bernardo de Chrannest aparece como ciudadano de Viena, monedero y dueño de viñedos en Klosterneuburg, en documentos de los años 1304-1332 (v. Hanthaler, *Recens. Archivi Campilil,* tomo I, p. 272-273). Es indudable que la redacción latina sirvió de fundamento en general á esta novela caballeresca que compuso nuestro Enrique «á ruegos de una hermosa dama». (El *Cod. nov.* 96, nombra en su última página á esta hermosa dama: *...rdn der Edlen vesten Frauwn... zu Vttendorff*, verosímilmente Wilbirgis de Huttendorff, á la que hallamos en un documento del año 1287, época que concuerda con las fechas precitadas. Véase Schweickhardt, *Darstellung des Erzh. Oesterreich. u. d. E. Wien.*, 1831, tomo II, pág. 285) pero el poeta introduce una porción de aventuras caballerescas, que forman más de las dos terceras partes del conjunto, y que parecen ser

particularidades las desviaciones de la leyenda latina, las muchas palabras que ocurren imitadas del francés (1), y hasta la declaración expresa del anónimo autor, que dice en la estrofa primera:

«..... quería
componer *un romance de nueva maestría,*
del buen rey Apolonio de tiro natural»,

es decir, en estrofas alejandrinas monorimas de cuatro versos, de donde se puede sacar que esta forma, adoptada ya generalmente en el francés meridional y el septentrional en el siglo XIII para poemas dedicados á leyendas, fué introducida por este poeta en la poesía castellana, y que, por lo tanto, es más antigua que Gonzalo de Berceo y que Juan Lorenzo. Como ya lo ha hecho notar Pidal, tiene la más grande semejanza en cuanto al lenguaje, tono y colorido con el *Poema de Alejandro,* de Juan Lorenzo, y naturalmente debe deducirse, como veremos, que el *Poema de Alejandro* fué compuesto utilizando redacciones francesas de la misma leyenda. En todo caso hay que colocar el poema de Apolonio ya en la primera mitad del siglo XIII, y á él parece referirse la alusión á la «vieja canción» que se pone en boca del rey Alfonso X, y que Alonso de Fuentes y Garibay suponen provenir de este rey mismo (2).

Hace poco se ha hallado un notable fragmento de un poe-

---

de invención propia. Aquí Tharsia propone á su padre *seis* enigmas, sólo dos de los cuales son imitados de la conocida redacción latina. Comp. Hoffmann, v. Fallersleben, *Verzeichniss. d. altdl. Hss. d. K. K. Hofbibl zu Wien.* Leipzig, 1841, 8, V. LXVIII y LXIX, pág. 148-150.

(1) Ya en la poesía de los trovadores se hallan alusiones á esta leyenda, que pueden referirse á una novela de Apolonio compuesta naturalmente en verso ya en época muy temprana en lengua francesa del Norte ó del Sur (comp. Fauriel *Histoire de la poésie provençale.* París, 1846, t. III, páginas 486-487).

(2) Véase esta «vieja canción» ó este romance *Primavera y Flor de Romances...*, por F. J. Wolf y C. Hofmann; Berlín, 1856, 8, t. I, página 197-198. Compáranse también las notas que Pidal pone á su precitada edición de estos tres poemas en la *Revista de Madrid*, 3.ª serie, t. V, páginas 8-10 (Madrid, 1843, 8.)

ma que debe también de pertenecer á principios ó á la primera mitad del siglo XIII y que ha sido editado por el marqués de Pidal bajo el título de: *Fragmento inédito de un poema castellano antiguo.* (Madrid, 1856, 16 páginas en 16.°) Como este folleto apenas ha entrado en circulación (yo se lo debo á la bondad del señor marqués) y es totalmente desconocido en Alemania, voy á poner aquí el fragmento, así como todo lo esencial de las observaciones de Pidal.

El fragmento fué hallado por D. Tomás Muñoz, archivero de la Real Academia de la Historia de Madrid, en la vuelta de un documento en pergamino del archivo de esta corporación, pergamino que contiene un regalo del abad Pedro, del claustro de Oña, á Miguel Dominici del año 1239 de la era española, esto es, el 1201. La anotación del poema ha debido de ser interrumpida repentinamente, porque falta la última palabra de la línea final.

Está escrito como si fuera prosa, sin división de versos. El señor marqués, dividiéndolo en líneas de versos, lo ha impreso en esta forma (1):

1. Se queredes oir lo que vos quiero decir,
Dizré vos lo que vi yo e'vos i quedo fablar.
Un sabado exsient, domingo amanescient
Ví una grant vision en mío leio dormient.
5. Eram' *asemeio*, que so un lenzuelo nuevo
Yacía un cuerpo de un omme muerto,
Ell alma esa fuera *tant* fuert mientra que plera,
Ell alma esent esida, desnuda ca non vestida,
A guisa *dun* ynfant, fazie duelo tangrant.
10. Tan gran duelo fazie, al cuerpo maldizie,
Fazie un grant de duelo e maldizie al cuerpo,
Al cuerpo dizo ell alma: de ti lievo mala fama,
Tot siempre te maldizré, ca por ti penaré,
Que nunca fecist cosa, que semeias fermosa.
15. Ni de nog de día de lo que yo quería,

(1) Las letras y sílabas subrayadas han sido completadas por él, puesto que el pergamino ha sido cortado en un margen.

Nunca fust' a altar por i buena oferda dar,
Ni diezmo ni primicia, ni buena penitencia:
Ni fecist oracion nunca de corazon.
Quando ivas all eglesia, si asentavaste á conseia.
Y facies tos conseyos, e todos tos trebeios.
Apostol ni martir *non* quisist servir.
Jura por la tu tiesta que no curaries fiesta,
Nunca de ningun santo no *guardast* so disanto,
Mas not faran los santos aiuda, mas que á una bestia muda.
¡Mezquino mal *fadado!* tan mal hora fuest nado,
Que tu fu tan rico, agora eres mezquino.
Di, ¿o son los di*neros* que tu mí... estero?
¿O los tos moazaris et melequis,
Que solíes mancar et a menude contar?
¿O son los pala*frés*, que los quendes il los res
Te solíen dar pora loseniar?
¿Los cavallos corrientes, las espuelas *fe*rientes,
Las mulas bien amblantes, asuveras trarricantes,
Los frenos esorados, los *preta*les dorados,
Las copas d'oro fino, con que veutes to vino?
¿Do son tas vestimentas? ¿ó las tas guarnimentas
Que tu solíes festir e tambien *rescevir*...

Es claro que esto es un fragmento de aquel poema tan común en la Edad Media en todos los idiomas acerca de *la lucha entre el alma y el cuerpo*. (*Dialogus inter corpus et animam* ó *Rixa animi et corporis*, v. Édélestand Du-Méril, *Poésies populaires latines antérieures au douzième siècle*, París, 1843, 8, pag. 217, mío. El Sr. Tomás Wright ha dado á conocer los más de ellos en sus *Latin Poems commonly attributed to Walter Mapes* (London, 1841, 4, pag. 95-106, y pag. 321-349), editados para la *Camden Society*, y á la vez nos ha dado reseñas de los restantes, entre los cuales la más antigua versión es la anglosajona del libro de Exeter, del siglo x. Pero la que más nos importa á nosotros es la anglo-normanda, dada á conocer por completo por el Sr. Wrigt y atribuida á principios del siglo XIII (l. c., pág. 321-333), pues concuerda tanto con ella el fragmento de la versión española, á las veces literalmente, que se puede considerar á ésta como una traducción de aquélla, al paso que se desvía de las latinas conocidas. ¿Puede caber algu-

na duda de que deba considerarse al anglo-normando como el original? Júzguese por los versos siguientes que corresponden á los españoles y que ponemos aquí por vía de comparación:

Un samedi par nuit, endormi en mun lit,
E vi en mun dormant une vision grant;
Kar ce n'esteit viare, que de suz un suare
Estoit couvert un cors e l'ame eisue fors.
L'ame estoit essue, ce me ert vis tote nue;
En guise d'un enfant, et faisoit dol mult grant,
De petite figure estoit la criature,
E estoit la chaitive tote verte comme chive
Del cors se complainoit, sovent le maldisoit
«Cor» ce diseit l'alme, de toie port male fame;
Mal los dirai de toi, ¡e sai dire de quoi!
Kar una ne fis rien Ki me tornast a bien;
Ne ne gardas ta fei vers Dou ne vers mei;
Ne unc n'eus amor vers Du tu creator
Tu eus grant firté, dount jà n'auras santé,
Cum à l'idropicus, et cum il unques boit plus,
E il greinor sera, jà saoul ne sera!
Unques saol ne fus, touz tans voleies plus,
Cum tu plus avoies et tu plus conveiteis,
E che te faiseit riche tous tans qu'i doies vivre.
Ti per et ti veisin aloent à lor fin,
N'en avoies poor, einz parnoieis del lor,
Lor enfanz enplaidoies, et els deseritoies,
Par itel felenie creisseit ta mavautie,
E cum il plus creisseit et ton cor plus ardeit.
Chaitif maleurez, tan mar fustes vos nez!
Dementens que fus vis unques Dé ne servis.
Par devant le morir, fust tens de lui sérvir,
Oras perdu ta vie et la grant mavautie;
Perdu as le tresor de l'argent et de l'or,
Toi meisme as perdu dolent et confondu:
Où sont ore li denier ki tant estoient chier,
Que soleies munbrer et sovent aconter?
Où sont ore li vainel qui tant estoient bel?
Où les copes d'argent por metr'i le pigment?
Où sont ore li ben mantel e li aurien tassel?
Et le vaiers et les gris, et les porpre et lebis?
Où sunt li palefrei, que li conte et li rei
Te soleient doner, por loseinge porter?

Où sunt li bon destrer? Ne pues mais chevauchir,
Remese en taponnée or gesras en la bière;
Jà n'en leveras mais, tout i gesras pugnais.
Où sunt li vestemant, et li bon garnement?

Hasta aquellos pasajes en que la versión española se separa de la anglo-normanda nos prueban que aquella es una especie de extracto, una traducción acortada y en cierto modo españolizada, manera de nacionalizar común en la Edad Media, sobre todo en las traducciones.

Por lo que hace referencia al lenguaje del fragmento español es, según Pidal, «del siglo XIII ó quizá algo anterior». Llama sobre todo la atención sobre las antiguas formas participiales: *exient*, *amanecient*, *dormient*, etc., mientras que ya en el Poema del Cid se introdujeron para expresar esa relación las formas de gerundio, como *lorando*, *catando*, etc. ¿Hemos de ver acaso aquí también influencia francesa?

Esta se nos presenta mucho más indudablemente en la versificación. El original francés está compuesto, lo mismo que el poema didáctico de Felipe de Than, del siglo XII, en pareados de seis sílabas (1). El poema español consta también de los mismos pareados, cuya medida, en general muy irregular, oscila entre seis, siete y ocho sílabas, aunque los versos eptasílabos son los predominantes, de tal modo, que Pidal ha tomado irreflexivamente éstos como la medida á que el autor procuraba ajustarse, puesto que se decide por la división de las líneas largas en versos cortos, y considera al poema como la obra popular de un juglar, obra destinada á ser cantada ante el pueblo (2).

(1) En la edición de Wright del poema de Felipe de Than *(Popular treatises on Science*, etc., 1841, 8), está impreso en general, como aquí, en versos largos; sin embargo de lo cual hay que dividirlo, según sus principios rítmicos, en versos de seis sílabas (com. Diez *Altromanische Sprachdenhmale,* pág. 129, y Du Méril, loc. cit., pág. 90).

(2) Como es importante conocer la opinión de un hombre tan entendido, voy á reproducir aquí sus palabras mismas (páginas 8 y 9): «Pero sea

Pero los versos de siete sílabas, según la medida española (la de los *versos llanos*, ó femeninos) corresponden á los de seis según la medida francesa (los de metro masculino, que con los femeninos pueden también tener siete sílabas), y el que ocurran tan frecuentemente en los poemas españoles los octosílabos, nos enseña que el oído acostumbrado á esta medida nacional al imitar lo extraño se dejaba arrastrar á las veces por el ritmo indígena. En una palabra, que lo mismo en este poema que en todos los ya citados, el del Cid, el de María Egipciaca, el de los tres Reyes Magos y el de Apolonio, se denuncia el esfuerzo por imitar el modelo extranjero, francés, el de *nueva maestría*, y, por otra parte, la involuntaria intrusión de la forma indígena; pero este poema es en este respecto doblemente notable, porque se puede probar con documentos la influencia que en él ejerció, lo mismo por lo

---

porque el trovador ó juglar que compuso estos versos tuviese más esmero que los demás de su profesión, ó porque le sirviese *de modelo la versificación de una composición francesa* sobre el mismo asunto, que tiene en todo grande analogía y semejanza con la española, como diré luego, lo cierto es que á la versificación de este fragmento le falta poco para estar arreglado á una medida fija. Si suponemos el verso largo con el consonante en el medio, el primer hemistiquio tiene generalmente siete sílabas, contando por dos el final agudo; y el segundo, aunque mucha menos regularidad, suele tener otras tantas; de lo que resulta un verso alejandrino imperfecto con el consonante ó asonante en el medio.

»Si, por el contrario,, suponemos los versos cortos con la rima al final, resultará tener cada uno de ellos, por lo común, *siete* sílabas, aunque con las irregularidades propias del estado de rudeza en que se hallaba la versificación. Yo me inclino más á que son versos *cortos* con la rima *pareada*, porque tal era el metro que con preferencia usaban los juglares, según se ve en las Cantigas de Santa María Egipciaca y demás citadas, y en los de Berceo y del arcipreste de Hita. Y ya he dicho que en mi concepto este poema no era más que la forma juglar dada á la leyenda, como se infiere también de sus primeros versos en que el poeta habla con su auditorio, diciéndole:

«Si quieredes oir
lo que vos quiero decir
dizré vos lo que ví, etc.»

que dice al fondo que á la forma, la poesía francesa septentrional (1).

Por nadie ha sido aún puesta de relieve, ni mucho menos fundamentada mi opinión, acerca de la historia de la literatura nacional española; el cómo y por qué la poesía artística española, ya desde su comienzo siguió en su constitución formal á modelos franceses, y que aun en cuanto á la materia, recibió no poco de allende el Pirineo, si bien lo rehizo conforme á un modo privativo y propio.

Si se pregunta ahora por las causas de esta influencia, he de indicar que poco antes de que la poesía artística castellana entrara en su período de desenvolvimiento, en que el estado de la lengua hizo posible, y el de la sociedad provocó, la expresión literaria, en el curso del siglo XII, esto es, hacia fines del siglo precedente llegó á España y se estableció en ella tal muchedumbre de caballeros del Norte y del Sur de Francia, caballeros convocados por Alfonso VI de Castilla para la conquista de Toledo, que modificaron no poco con su influencia el lenguaje, la escritura y las costumbres (2). Así es como había en la ma-

(1) Hasta el mismo docto Dozy, aunque no puede menos de admitir el influjo de la poesía francesa meridional sobre la castellana, niega obstinadamente y por completo el de la septentrional *(qu'elle était entièrement inconnue en Castille et même en Aragon.)*—Aun después de esta nueva prueba...?

(2) Oigamos acerca de esto á un español, que por patriotismo no ha de exagerar esta influencia, el más reciente y más renombrado historiador de España, D. Modesto Lafuente *(Historia General de España)*, Madrid, 1851, tomo v, páginas 308-309): «Desde que Alfonso VI tomó posesión de los reinos de León, Castilla y Galicia, fué más frecuente y más íntimo el trato entre asturianos, gallegos, leoneses, castellanos, vizcainos y aun navarros, mayor la comunicación, y comercio de ideas y pensamientos entre sí. La fama de la empresa de Toledo trajo á España gentes y tropas de Gascuña, de Francia y de Alemania á militar bajo las banderas del rey de Castilla. Multitud de monjes y eclesiásticos franceses vinieron entonces á poblar nuestros monasterios y á regir las más insignes iglesias episcopales. Francesas eran las reinas, y con condes franceses enlazó Alfonso sus hijas. Concedió el rey amplios fueros y privilegios y establecimientos ventajosos á los francos y gascones, y á condes francos se encomendó la repoblación

yor parte de las ciudades castellanas *barrios* ó *calles de francos;* en los *Fueros* se cita á menudo á los *francos* lo mismo que á los *moros* (por ejemplo, en un documento de Toledo del año 1103, se alude á un «*merino de illos francos*»); así también se decidió en el concilio de León de 1091, que ya no habrian de usarse en adelante en los escritos las letras góticas, sino la «letra galicana»; el mismo arzobispo que era entonces de Toledo, D. Bernardo, era un francés, y favorecía de todos modos la introducción de las costumbres francesas (1); por estos caballeros franceses se implantó por primera vez en España la caballería feudal cosmopolita, y los juglares franceses de su séquito traían consigo tanta leyenda *(chansons de geste)* cómo se mezcló con las mayores epopeyas, y los *clercs* tantos poemas y novelas de aventuras *(Dits et Romans d'aventures)*. Finalmente, hay que tener también en cuenta el influjo que pudo tener la corte poética del rey de Navarra, Teobaldo IV, conde de Champaña, que residía tan cerca de la frontera española y que era él mismo uno de

---

de varias ciudades de Castilla. Con esto no sólo se alteró entonces la liturgia y disciplina eclesiástica, sino que hasta se mudó la forma material de escribir, adoptándose la letra francesa en lugar de la gótica, y copiándose los privilegios y documentos por pendolistas franceses. Así se introdujeron también en el idioma palabras franco latinas, que mezcladas con el lenguaje y dialectos vulgares de los diferentes países de España, produjeron el variado y complexo idioma que vemos aparecer ya formado y con cierta regularidad gramatical en el siglo XII, para irse perfeccionando y puliendo, según la reconquista y cultura avanzaban.»

(1) Comp. Marina: *Ensayo histórico sobre el origen y progreso de las lenguas señaladamente del romance castellano,* en el tomo IV de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, páginas 34-37. Acerca del influjo de los franceses y en especial del arzobispo D. Bernardo, dice así: «Todo se mudó y trastornó en España á influjo de los franceses, señaladamente del arzobispo de Toledo D. Bernardo. Los sagrados y venerables cánones de la iglesia de España, su liturgia y antigua disciplina, la política civil y eclesiástica, el orden en los oficios divinos, todo mudó de semblante: todo se alteró, sin excluir el arte de escribir; porque el emperador (Alfonso VII), á instancia de los francos, mandó se adoptara en el reino la letra galicana ó francesa en lugar de la gótica, mudanza que imposibilitando á los españoles la lección de sus antiguos Códigos, influyó mucho en la de la nueva lengua vulgar.»

los renombrados troveros. ¿Es, pues, de admirar que también la poesía artística castellana, precisamente en su origen, tan próximo á esta época, se acomodara á los invasores modelos? Queda, pues, resuelto el enigma de por qué abandonó las formas indígenas de la poesía popular, aún no utilizables para tales asuntos, y procuró imitar las extrañas tan ajustadas á ellos, lo cual consiguió tan mal en un principio, precisamente á causa de la heterogeneidad que entre ellas existía, que, como sucede en el poema del Cid, se introduce una duradera lucha de las formas indígenas con las forasteras que á menudo hace ininteligible el ritmo, si exceptuamos la división de los versos en dos (1). El que la poesía artística hubiera elegido para su asunto junto á materia extranjera ó de curso general en la Edrd Media también materia patria, como el Cid y Fernán González, prueba la persistencia del elemento nacional y la influencia continuada de la poesía popular.

El poeta castellano más antiguo, cuya época y nombre podamos establecer con alguna certidumbre, es el eclesiástico secular Gonzalo de Berceo, que floreció á principios del siglo XIII (nacido hacia el año 1198, muerto el 1268) (2). Sus obras llenan todo el segundo tomo de la tan citada colección de Sánchez, y son suficientemente conocidas entre nosotros por extractos que nos ha dado Schubert (*Biblioteca castellana, portuguesa y provenzal*, tomo II, pág. 3-133) y algunas muestras en la *Floresta de rimas antiguas castellanas* (tomo II, núm. 372-378) de Böhl

(1) Estos puntos de vista expresé ya en mi reseña de la obra de Clarus en las *Blätt, f. lit., Unterhalt*, 1850, número 230) y la he repetido aquí casi literalmente; puntos de vista que han recibido del docto y perspicaz editor del *Poema del Cid*, el Sr. Damas Hinard (l. c., pág. XL, mío) no sólo completa aceptación, sino también explanación y aplicación más extensas (á las veces demasiado).

(2) V. Sánchez, l. c., tomo I, páginas 119-121; tomo II, pág. II y siguiente; tomo III, pág. XLIV y sig.—Bouterwek, que en esto también sigue á Sarmiento, descuidando al más docto y más enterado Sánchez, toma erróneamente á Berceo por un benedictino.

de Faber (1). Contienen loores y milagros de Nuestra Señora, leyendas de santos é imitaciones de la Biblia. En ellas se expresa la otra dirección épica de la Edad Media, la *mística-religiosa*, según tomaba cuerpo como *epopeya de la Iglesia* (2). El juicio de Bouterwek acerca del valor poético de ellas es muy poco favorable y hasta superficial y parcial al parecer. Han juzgado á este poeta en relación con su tiempo Schubert y Böhl de Faber, sobre todo este último, que juzga sus poemas en pocas palabras y con mucho juicio, diciendo (pág. 17, nota): «La cordial piedad de este poema, su sencillez infantil y su amable espíritu le hacen muy atractivo. No le faltan á la lisa y llana exposición expresiones poéticas, sobre todo en la introducción alegórica (á los *Milagros de Nuestra Señora* copla 1-46, impresos con el número 372 en la *Floresta).*» Los traductores españoles mismos se ponen de parte de su compatriota (nota G, páginas 118 122), enaltecido como poeta, durante toda la Edad Media, defendiéndolo del autor alemán (3).

---

(1) Los traductores españoles de Bouterwek (pág. 122), citan además de los poemas de Berceo, editados por Sánchez, otro manuscrito que se halla en la biblioteca real de Madrid *Sobre los sacrificios del antiguo y nuevo Testamento*: (¿no será acaso el editado bajo el nombre de *Del sacrificio de la misa?*) (*)

(2) V. Rosenkranz: *Gesch. der deutschen Poesie im Mittelalter*, páginas 82 y 161.—Lo que este profundo erudito dice de la formación de la epopeya eclesiástica en la poesía alemana, es aplicable por completo á la española, y, en general, á todas las de los países occidentales.

(3) Clarus (obra citada, I, pág. 229 y sig.) da un muy buen análisis de la mayor parte de las obras de Gonzalo, juzgándole y comprendiéndole dentro del espíritu de su tiempo, con tanto más tino cuanto que Clarus mismo se pone en el punto de vista místico-católico. Y de hecho respecto á las poesías de Gonzalo, aparte de su importancia literario-histórica y lingüística, para apreciarlas estéticamente es preciso haber conservado el sentido de la ingenuidad creyente de aquel tiempo. Sus poesías se asemejan á un árbol de Navidad, lleno de encanto para un ánimo aun infantilmente creyente; pero que á quien no se halle en tal estado de ánimo le harán sonreir compasivamente ó hallar pesada y despreciable la ilusión piadosa.—Comp. en esto, como en todo, el sólido juicio de Luis Lemcke en el no-

(*) Es exactamente la misma cosa.—(M. y P.)

Los poemas de Gonzalo están compuestos—con alguna que otra excepción—en estrofas alejandrinas monorrimas de cuatro versos, como el poema de Apolonio, en el cual, según se hizo ya notar, se llamaba todavía á esta forma *nueva maestría*, y por lo tanto había sido aplicada más pronto que en otros casos. A Gonzalo, como sacerdote, le estaba muy á la mano esta forma tan á menudo usada en la poesía eclesiástica popular de aquel tiempo, escrita en latín medio, y él mismo indica sus modelos al llamar á sus poemas, destinados no á ser cantados sino más bien á ser leídos y recitados, ya «prosa», usando el nombre eclesiástico, ya siguiendo á sus predecesores franceses *(dits, dictiés)* «decir» ó «dictado». Desde entonces hasta el fin del siglo XIV siguió siendo esta forma la predominante en todos los poemas largos narrativos ó didácticos de la poesía artística castellana. Remito á lo que he dicho respecto al origen, nombre y aplicación de esta forma, con singular referencia á la poesía artística castellana, en mi libro *Ueber die Lais* (Heidelberg, 1841, 8 páginas 257-258 y 304) y á Díez (*Altrom. Sprachdenkmale*, pág. 88) y á Du Méril (l. c., pág. 132).

No hay que admirarse por lo demás de que en los muchos y largos poemas de Gonzalo se interponga á las veces alguna licencia poética, v. gr., estrofas de *cinco* versos; en vez de la rima perfecta, simple *asonancia*, etc., mucho de lo cual, sin embargo, ha de ponerse á cuenta del descuidado copista y atribuirse á la expresión alterada. A las veces sostiene la misma rima en dos estrofas seguidas, y á las veces repite la última mitad ó todo el verso, alterando la colocación de las palabras de la estrofa precedente al principio de la que le sigue, sobre todo en el poema: *Duelo de la Virgen*, y no sin efecto poético *coplas capfinidas* de los provenzales: Sanchez, l. c., página 16.

---

table *Handbuch der span. Li.* (Leipzig, 1852, 8, Thl. I., s. 68). Ticknor (I, pág. 27-29) juzga las obras de Gonzalo desde un punto de vista sobriamente protestante. Acerca de las fuentes del mismo compárese lo que dice Clarus en el *Magazin für die. Lit. des Auslandes,* 1847, núm. 92.

Este poema, que en general tiene más arranque lírico que los restantes, ofrece además otra particularidad métrica, es á saber, que contiene una cántica de los judíos que guardaban la tumba del Redentor (en Sánchez, l. c., páginas 429-430 en Schubert, l. c., páginas 129-130) que está impresa en estrofas alejandrinas de dos líneas (1) y es lo probable que esté así en el manuscrito, pero que manifiestamente consta de versos más cortos, ajustados al canto en la intención del poeta con un estribillo que repite el coro, como podemos convencernos al punto si se divide la estrofa de esta manera:

Velat, aliama de los judíos,
Eya velar;
Que non vos furten el fijo de Dios,
Eya velar:
Cá furtárvoslo querran
Eya velar:
Andrés é Pedro é Johan,
Eya velar, etc.

Así conservamos versos efectivamente cantables, rimados en pareado (lo cual no es ninguna simple casualidad), con una especie de pie quebrado como estribillo; mientras que por el contrario todos los versos de este canto se cierran no sólo con la misma rima, sino hasta con las mismas palabras, y los alejandrinos, pesados é impropios para el canto, respondían mal al intento del poeta. Pero es además notable este canto en el respecto métrico porque nos procura una clara prueba de que ya Gonzalo se ejercitaba en el verso corto (2) y que, comparán-

(1) Sánchez mismo observa repetidamente que este canto no está compuesto en el mismo metro que las demás estrofas (l. c., t. I, pág. 121) y le llama una «especie de villancico, que parece formado como para cantarlo á manera de letanía, respondiendo el coro ¡eya velar!» (t. IV, pág. VIII-IX.) Ya su título «Cántica» ó «Cántiga» (probablemente según el manuscrito, puesto que Sánchez no ha notado esto) indica una composición destinada al canto. (Comp. Rodríguez de Castro, *Biblioteca esp.*, tom. II, pág. 632 a.)

(2) Sarmiento ha expuesto la sospecha de que Gonzalo hubiera compuesto en verso corto, en apoyo de lo cual cita la traducción española del

dolo con los mencionados poemas, acaso más antiguos, de santa María Egipciaca, de los tres Reyes Magos y de la lucha entre el alma y el cuerpo, nos muestran los versos pareados de seis á ocho sílabas como la forma más antigua de la expresión lírica en la poesía española, cosa que hasta hoy había pasado desatendida en la historia de la más antigua rítmica española, historia aún no suficientemente investigada y no poco importante sin duda (1).

También parecen pertenecer al mismo círculo de la epopeya eclesiástica los poemas de un anónimo de fines del XIII ó principios del siglo XIV, poemas que concuerdan con las obras de Gonzalo de Berceo en cuanto á la forma métrica y lingüística, si se ha de juzgar por lo que nos dice Sánchez (tomo I, páginas 116-119) que es todavía el único que ha dado noticia de ellos (2). Por este se ha dado á conocer entre los literatos españoles bajo el nombre de el *Beneficiado de Ubeda* y como autor de la *Vida de San Ildefonso y de santa María Magdalena.* No pudo ver Sánchez de la primera de estas leyendas más que un manuscrito que constaba de 505 versos escritos como prosa, también en estrofas alejandrinas de cuatro versos unidos por una

---

epitafio latino de Santa Oria, que es lo más probable sea de Gonzalo; considerándola como una estrofa de ocho versos octosílabos. Pero aparte de la suposición, tan sólo probable, de que fuera Gonzalo efectivamente el autor de esta traducción, es de todo punto caprichosa la división de Sarmiento, puesto que de esta manera cada estrofa alejandrina se resuelve en verso corto; Sánchez la ha impreso por lo tanto con razón como una estrofa de cuatro versos (l. c., t. II, pág. 461, comp. ibid., pág. 434). Por el canto citado arriba, que es indudablemente de Gonzalo de Berceo y está manifiestamente en verso corto, nos parece se justifica mejor la suposición de Sarmiento.

(1) Contribuciones muy estimables para esto nos ha dado Martínez de la Rosa en las doctrinales notas á su *Poética* (Obras literarias, París 1827, 8, t. I, sobre todo pág. 160, sig., donde desenvuelve atinadamente la influencia de la música y del canto en el origen y formación de los versos cortos.)

(2) *La Vida de San Ildefonso,* del Beneficiado de Ubeda, ha sido publicada por Janer en el tomo de *Poetas anteriores al siglo XV*, de la Biblioteca de Rivadeneira.—(M. y P.)

misma rima. Nos ha dado su principio y su fin, que voy á reproducir aquí, puesto que ni Schubert en sus extractos de Sánchez, ni Boutervek, ni los traductores de éste, han citado á este poeta. El principio dice así:

Si me ayudare Christo é la Virgen sagrada
Querria componer una faccion rimada
De un confesor que fizo vida honrada,
Que nació en Toledo en esa Cibdat nombrada.

Por la siguiente estrofa final se obtiene la única, aunque escasa, noticia del tiempo en que se compuso el poema, del estado que ocupaba su autor antes de componerlo, y de otras obras suyas completamente desconocidas:

Reynaba Don Alonso quando él lo ficiera,
Fijo de Don Sancho é de Doña Maria:
Estragaban los moros todo el Andalucia;
Pero si él quisiera consejo nos pornia.
Rogar á Jesu-Christo que nos quiera perdonar,
E nos traya aina a paraiso andar,
E los que sin él pugnan confonder,
Por ellos eche Dios el nuestro poder.
E él de la Magdalena ovo enante rimado
Al tiempo que de Ubeda era beneficiado:
Despues quando esto fizo vivia en otro estado.

(Continuará.)

FERNANDO WOLF

LA PRENSA INTERNACIONAL

SUMARIO

La nobleza italiana.—En Australia.—Los animales de Shakespeare.—
—Crímenes de los enajenados.—Las extravagancias de nuestros padres.

La nobleza italiana.

La nobleza italiana no es una clase social, sino un fenómeno de psicología patológica. Por curioso que pueda parecer este aforismo, está enteramente justificado por los hechos.

La aristocracia italiana no tiene poder social ni privilegios legales como la aristocracia inglesa. Salvo algunas excepciones, tampoco tiene justificación histórica en algún gran papel representado en lo antiguo como la aristocracia francesa. Por eso, no es ni un elemento útil ni un elemento decorativo en la sociedad italiana. Quizá sólo en el Piamonte es donde la nobleza es de origen militar, y tuvo en otros tiempos una participación importante en la vida social; la nobleza fué importada con posterioridad en las demás provincias, sobretodo en la Lombardía y en la Italia central, donde la Edad Media, es decir, la edad de oro de la nobleza, fué, por el contrario, una época de completa democracia. Por ejemplo, la aristocracia milanesa es en gran parte de origen español: son familias á quienes los reyes de España dieron algunos de los títulos que

abundaban en su patria y los cuales han conservado; sólo algunas familias, como los Visconti, tienen un origen que se remonta á la Edad Media y al feudalismo. La aristocracia florentina, los Corsini, los Torrigiani, los Perutti, compónese de las familias de los grandes mercaderes y de los más ricos banqueros de la Edad Media: su origen es de lo más burgués y de lo más tenderil que imaginarse puede. Sus antepasados iban con frecuencia á Tierra Santa. ¿A las Cruzadas? De ningún modo, sino para vender seda ó prestar dinero á interés, que precisamente era para esos perros de turcos: en resumen, iban á «la Cruzada del 20 por 100». La mayor parte de la aristocracia romana tampoco es de origen medioeval. Muchas familias que tuvieron la suerte de contar entre sus individuos un Papa fueron elevadas por éste á tal altura social, que pudieron mantenerse en ella largo tiempo: tales son los Borghese, cuyo origen villano se demuestra por su apellido mismo; tales también los Odescalchi, quienes en el siglo XV eran tejedores de seda de Como, en Lombardía. En la Italia meridional... ¡Oh! allí todo el mundo es noble, todo el mundo es por lo menos barón, cuando no conde, marqués ó duque: por eso es muy difícil saber qué familias pueden jactarse de una nobleza fundada en la Edad Media; cuáles fueron elevadas á la alcurnia de nobles por el gobierno español ó por los demás que le siguieron; y, por último, qué familias han ido á adquirir un condado ó un marquesado á las inmensas regiones de la imaginación.

En resumen, la nobleza fué una imitación en casi todas partes, y no un producto natural de la evolución social. Cuando durante los siglos XVI y XVII se establecieron gobiernos monárquicos y despóticos en toda Italia, esos gobiernos introdujeron los títulos, las distinciones nobiliarias y la jerarquía heráldica existentes en las monarquías militares producto del régimen feudal y de las cuales vivía aún el recuerdo en el país: á esos títulos se agregaron á veces privilegios, pero como todo esto no era un producto natural de nuestra historia, fácil fué destruirlo todo; por eso la aristocracia no tiene hoy

poder efectivo ni moral nacido de los recuerdos de un pasado glorioso. Lo que le queda es á veces una gran riqueza; porque los patrimonios más cuantiosos de Italia se encuentran aún casi todos en la aristocracia. Los Visconti de Modane en Milán los Odescalchi en Roma, los Sambuy en Turín, los Melvezzi en Bolonia, los Corsini en Florencia, los Rudini en Palermo, son en verdad extremadamente ricos, sobre todo si se compara su riqueza con la miseria general de la nación: la fantasía popular trata de suponer á bulto la cifra de sus patrimonios, que á veces adquieren una redondez enorme; pero, aun sin dar crédito á esas exageraciones, lo cierto es que aún tienen esas casas grandes riquezas, fruto de una acumulación secular.

Así, pues, parece que ya no debiera existir la aristocracia, no teniendo poder social ni moral; que esos títulos de conde, marqués, etc., sólo deberían considerarse como ridículas vanidades, y que, á lo sumo, en esas familias ricas pudiera existir el orgullo de sus riquezas. Nada de eso: si hay en el mundo un ente soberbio y envanecido de su alcurnia, es el noble italiano.

En efecto, el único privilegio que le queda es la creencia de ser superior á las otras clases sociales. No se atreve á sostener francamente la teoría de la *sangre azul* y de la superioridad congénita; pero en sus maneras, en sus ideas, y, sobre todo en la tendencia á vivir agrupados en pandillas de las cuales quedan casi excluidos los plebeyos, se trasluce esta inconfesa persuasión. El sentimiento de clase está muy vivo aún en la aristocracia italiana, siendo quizá la única que tiene en Italia un sentimiento colectivo, y eso constituye una fuerza que no debe despreciarse. Algunos escritores un poco cortesanos han visto en esa conciencia de clase un carácter de superioridad de la aristocracia sobre las clases media y obrera, pero es un error. La aristocracia puede tener sentimiento de clase, porque para ella ese sentimiento se injerta en uno de los más profundos y elementales del espíritu humano: la vanidad. Nada hay tan fácil como persuadir á un hombre de que

es superior á sus semejantes; la menor distinción, aun exterior, podrá servir de punto de partida para esa alucinación del amor propio. Para la aristocracia italiana basta con las palabrejas conde ó marqués antepuestas al nombre, aun cuando nada corresponda á ellas en la realidad. Añádase que siendo ricos muchos de esos nobles no tienen que luchar por la vida, ni que doblegar su orgullo bajo las necesidades de la existencia, humillantes á veces; nada impide, pues, el inflamiento progresivo de su personalidad, hasta la persuasión quimérica y extravagante de una superioridad innata. Habiendo cesado el poder, sólo queda una ilusión psíquica en virtud de la cual se suponen existentes aún las cualidades que eran un efecto del poder.

Por eso nuestra nobleza es, en general, en extremo ociosa. Para ella sería una deshonra el trabajar como todo el mundo. A lo sumo, los jóvenes se hacen militares por unos cuantos años: ingresan en caballería, que es el arma más *fashionable;* gastan allí mucho dinero, llegan al grado de capitán y toman el retiro. Algunos entran en la carrera diplomática, que les da un pretexto para ir á comerse sus rentas en las grandes capitales de ambos mundos; también algunos se hacen magistrados ó se dedican á la política, sobre todo en la Italia del Sur. Pero la gran mayoría sólo se ocupa en divertirse y en introducir en Italia novedades extranjeras: hoy por hoy, esa es su única función social. Esta conciencia de su superioridad, engendrada por la distinción puramente nominal del título, produce naturalmente la necesidad de distinguirse de la multitud, de no ser como todo el mundo; pero para encontrar alguna innovación original, necesitaríase por lo menos imaginación y trabajo; ¿no es más cómodo imitar lo que ya se halla en otros países? Así, en la *high-life* italiana nunca se habla el idioma patrio, sino en general el francés; dícenme también que ahora comienza á estar en moda el inglés. Es una costumbre que, en cierto modo, recuerda la usanza de ciertas tribus africanas, entre las cuales los nobles estropean las pa-

labras de todos los modos más caprichosos para no hablar como el pueblo. Tres ó cuatro años ha, para hacer una cosa diferente que todo el mundo, nuestros aristócratas pensaron en adoptar esa forma especial de coche que en Inglaterra se llama *cab;* y esos carruajes, que circulan á millares en las calles de Londres, llegaron á ser en Italia la señal de la más elevada distinción. También han importado de Inglaterra el *sport,* la pasión por las carreras de caballos, etc. Es verdaderamente divertido ver jóvenes millonarios que creen ser *chics* porque los caballos son su preocupación más importante. Sin embargo, en esto hay un fondo de utilidad, porque la aristocracia ejerce así una función de cosmopolitismo, aun cuando hasta desde ese punto de vista haya degenerado también ahora. Era mucho mejor hace un siglo: cuando la aristocracia lombarda, para distinguirse, se dedicó al estudio de las literaturas extranjeras, y dió á conocer en Italia todo el movimiento intelectual de la Enciclopedia.

La aristocracia italiana no es, pues, más que una clase rica; con ilusiones muy curiosas y dispensables acerca de la superioridad de su naturaleza. Claro es que para ella, como para todas las aristocracias, ha llegado la hora de la crisis económica: los patrimonios se subdividen, gracias á la abolición de los mayorazgos *(maggioraschi)* y pasan poco á poco á manos de la burguesía bursátil, usurera y especuladora. Pero esto se efectúa paulatinamente, familia por familia, sin adquirir la importancia de una crisis general de la aristocracia. Esta crisis general y rápida sólo puede observarse ahora en la aristocracia romana.

Por eso, en este momento, es la más interesante de estudiarse. La aristocracia romana estuvo de holgorio hasta 1870, en ese medio vicioso é ignorante que fué Roma desde el siglo XVI; pero en 1870 sobrevinieron importantes acontecimientos políticos, la caída del gobierno del Papa, la entrada del gobierno nacional en Roma. Esto fué para la aristocracia un suceso extraordinario, una revolución repentina, que tras-

tornó su existencia, que giraba desde siglos ha en la misma órbita de vicios y placeres. Una parte de la aristocracia se mantuvo fiel al Papá; recogióse en sus palacios como en señal de duelo, y aparentó ignorar que un nuevo rey había ido á habitar en el Quirinal, que Roma estaba invadida por una nueva aristocracia del dinero; cerró los ojos para no ver, quedóse aparte aguardando... Son familias tales como los Serlupi, los Massimo, de las que casi nunca hablan los periódicos, cuyo nombre aparece algunas veces en el *Osservatore romano* ó en otro de los periódicos clericales de Roma; familias poco conocidas, de ideas en extremo conservadoras, que han conservado su fuerza económica con una administración prudente de sus patrimonios, á pesar de la abolición de los mayorazgos. Mas para otra parte de la aristocracia romana, los acontecimientos de 1870 fueron lo que la salida del colegio es para un joven de veinte años, que se ve presa de una súbita necesidad de creer y de divertirse: sintió ensanchársele el horizonte, tuvo la fiebre de la novedad, lanzóse á ella ciegamente, y así se arruinó. Se hizo bolsista, lanzó al tempestuoso mar de las especulaciones sus patrimonios, á veces colosales, que naufragaron en él, y los astutos hombres de negocios que cual un enjambre invadieron á Roma después de 1870, recogieron los despojos. El príncipe Maffeo Sciarra se dedicó á la política, se hizó elegir diputado, ambicionó, según decían, que se le nombrase embajador en París, y fundó *La Tribuna*, que es hoy uno de los periódicos más poderosos y más ricos de Italia, pero que costó mucho dinero á su fundador; metióse en especulaciones de edificios para la construcción de la nueva Roma, protegió á los literatos y artistas; pero á la postre se halló con que casi había desaparecido su patrimonio. Poseía una asombrosa galería de cuadros antiguos y de extraordinario valor, pero imposible de venderse fuera de Roma por prohibirlo el edicto Pacca; nadie sabe cómo fué, pero el día menos pensado resultó que dichos cuadros fueron á parar desde el palacio del príncipe Sciarra á París; procesóse al príncipe,

y se le condenó á unos cuantos meses de cárcel y á una enorme multa de más de un millón de liras. Desde entonces no se ha vuelto á oir hablar más de él. Esa estrella, tan brillante en otro tiempo, se ha extinguido en el cielo de la aristocracia romana.

Tal fué también el destino de los barones Lazaroni, una familia en extremo rica, aun cuando de una nobleza menos antigua que la de los príncipes Sciarra. El barón Miguel Lazaroni había llegado á ser el hombre más popular de Roma á los veinticinco años de edad: proclamábasele como un genio, un ser maravilloso, superior; se aguardaba con impaciencia á que cumpliese treinta años para elegirle diputado por Roma; todos los romanos soñaban ya verle ministro... Entre tanto, era administrador de un increíble número de compañías mercantiles; fundó una casa de banca en París y en Londres, que no tenía clientes; presidía una sociedad metalúrgica con talleres en Liorna; era el gran maestro del *sport* en Roma, el hombre indispensable en toda empresa de cualquiera especie. Ambicionaba también la gloria literaria; escribía libros acerca de Cristóbal Colón; pintaba cuadros (no demos oídos á lo que los envidiosos dicen respecto al origen de esos lienzos); todo lo hacía, era apto para todo... ¿Qué, era en verdad un hombre de genio? No puede negarse que algunas veces tuvo ideas; pero era sobre todo un espíritu ligero, quimérico, mimado por la riqueza, por la adulación que saludaron á sus primeros ensayos; un mozo capaz de fundar una casa de banca como quien da un anillo á una bailarina; de una vanidad espantosa, cuyo triunfo, breve pero intenso, puede hacer comprender algo qué extraño medio es la Roma de hoy. El rey Humberto le dijo una vez que quisiera que se le asemejasen todos los jóvenes italianos. Pero, ¡ah! sobrevino el *crack* del Banco Romano; su tío, que era el cajero, fué detenido; también lo fué él, pero consiguió salir del negocio, aun cuando arruinado por completo, pues tuvo que ceder su patrimonio para garantizar á los acreedores del Banco. Después le formaron un proceso por estafa

en los negocios y se le condenó á un año de cárcel. ¡He aquí otro cuya carrera parecía que iba á ser la de César, pero que concluyó como Alcibiades! No puede decirse que no mereciese su suerte; pero la villanía cobarde de sus admiradores de los tiempos felices, que al verle caído se le echaron encima para asestarle el último golpe, logró hacerle casi simpático en su desgracia.

Ciertas familias, por el contrario, sin meterse tan por completo en la vida de la nueva Roma, y sin refugiarse tampoco en la sacristía de San Pedro, trataron de conciliar la Roma negra y la Roma azul, la monarquía piamontesa y la corte pontificia, la Iglesia y la Bolsa, las peregrinaciones á los pies del Papa y las especulaciones de todas clases. Pero, el ensayo no tuvo buen éxito. La familia que cayó víctima de esta curiosa experiencia histórica fué la de los príncipes Borghese, cuya inmensa fortuna se perdió casi por completo en las especulaciones de edificación de Roma: tuvieron que vender en pública subasta su palacio y todos los tesoros artísticos recogidos durante siglos, y retirarse á Turín, donde viven de una manera modesta, si se compara con el lujo verdaderamente regio de su vida anterior. Dícese que uno de los príncipes Borghese va á casarse con una hija del famoso archimillonario americano Vanderbilt: sería ciertamente otra prueba de vitalidad en nuestra aristocracia rancia si pudiera, sólo con el magnetismo de un blasón antiguo, atraerse los millones de la joven América.

Sólo el príncipe Odescalchi ha tenido buen éxito en esa política. El príncipe Odescalchi es un curioso tipo de hombre rico en extremo (dícese que posee ochenta millones de pesetas); ha sabido conservar su riqueza entre las tempestades que han estallado en Roma durante estos últimos cincuenta años: religioso, como todos los aristócratas de Roma, se halla en muy buenas relaciones con la curia pontificia y envía presentes al Papa; ambicioso y hombre de mundo, hubiera querido hacer carrera en política y se hizo elegir diputado. Pero,

en el Congreso no es un ultramontano, lo cual le hubiese indispuesto con la corte del rey y con la nueva Roma; ha encontrado una síntesis química de todos los medios dentro de los cuales crece, en un programa de socialismo cristiano, con lo que también pasa por un protector de los obreros. Naturalmente, su programa no es ni socialismo ni cristianismo, sino una mezcolanza á la vez ingeniosa é ingenua que tuvo un momento de buen éxito, para caer después en la indiferencia general. Naufragó en Roma en las últimas elecciones, y halló otro colegio electoral en Ascoli; pero dicen los envidiosos que en este último tuvo que hacer gasto de otra cosa diferente de los principios del socialismo cristiano.

Salvo esta excepción, es verdaderamente curioso advertir que, entre las familias nobles de Roma, las que han desertado de la antigua Roma católica y del Pontífice casi todas se han arruinado; mientras que las que han permanecido fieles á una y otro, han podido conservar su antigua posición. ¿Consiste en que, siendo la nobleza una clase cuyo origen se remonta á pasadas épocas, para vivir debe apartarse todo lo más posible de las novedades continuamente movedizas de las edades que pasan? Es posible. Si los lores ingleses frecuentasen mañana el *Royal Exchange,* serían derrotados por los zurupetos plebeyos, mucho más hábiles en ese juego. Pero los sacerdotes pueden ver en esas ruinas, en esas quiebras, sencillamente el dedo de Dios que castiga á los traidores á la religión y á sus jefes.

Esta tendencia á reconocer en la aristocracia una función por lo menos moral en la sociedad democrática, que la revolución de 1848 estableció, aparece muy clara en el Estatuto dado por Carlos Alberto al Piamonte y que luego llegó á ser el estatuto italiano, y en la conducta sucesiva del gobierno de Italia. El Estatuto decía, en el art. 79, que los títulos heráldicos se les conservarían á las familias que los tienen, y que el rey puede conferir otros nuevos. Después de 1860, queriendo el general Menabrea regularizar mejor esta materia, instituyó la *Consulta heráldica,* especie de Tribunal Supremo encar-

gado de inspeccionar los títulos nobiliarios, conservar la pureza de los blasones antiguos y vigilar la concesión de los nuevos blasones. La Consulta Heráldica debía ser, para la nueva aristocracia italiana que se iba á fundar, el sínodo supremo, una especie de censura rígida para impedir las manchas y las decadencias de este nuevo orden social que, con las revoluciones y en el nuevo Estado, tenía que representar un papel nuevo en el séquito de la monarquía, hecha popular.

Pero vinieron las dificultades rentísticas de 1866 á 1870, el curso forzoso de los billetes de Banco, el agotamiento de los recursos normales. Era entonces ministro de Hacienda el Sr. Sella, ese terrible ministro que sabía sacar dinero de los cantos de la calle, cuyo nombre casi ha concluido en Italia por simbolizar el grado sumo de ingenio y de crueldad rentísticos, que la emprende contra todo sin miramientos y contra todos á ciegas: pues bien; el Sr. Sella no tuvo escrúpulo de inventar un impuesto sobre el blasón, y fijó una cuota que pagar por cada título nobiliario dado por el rey. Esos derechos son muy altos, y hasta llegan á ser de muchas decenas de millares de liras para los títulos más elevados, como el de príncipe y el de duque. Así, al paso que por una parte se trataba de edificar de nuevo el castillo feudal y gótico de la nueva nobleza italiana, donde la corte y los nobles se reunirían para recibir el homenaje de la admiración cortés de los plebeyos trabajadores, un ministro burgués, el ministro más burgués de todos los ministros, el de Hacienda, pensó en colocar á la puerta un cobrador, encargado de vender á un precio muy alto billetes de entrada.

Las consecuencias fueron las que eran de esperar. Si en un principio se creyó que los títulos nobiliarios iban á ser la recompensa de méritos excepcionales; como el título de *lord* en Inglaterra, hubo que abandonar esta idea, según la política heráldico-hacendista del Sr. Sella. Costaba demasiado caro llegar á ser conde ó marqués, y hubo que contentarse con nombrar senadores á los hombres distinguidos que merecían

consideración al gobierno. Reserváronse los títulos heráldicos para todos los advenedizos enriquecidos, que en Italia, como en todas partes, suspiran por un título cualquiera que los distinga á los ojos del común de las gentes. De ese modo se han hecho condes y marqueses. ¡Cuántas tentativas y maniobras ingeniosas por parte de esos aspirantes á la nobleza, para realizar sus ensueños! Los hay que han hecho gastos fabulosos para recibir en sus *villas,* en sus castillos, al rey, á la reina, á los miembros de la familia real. Pero, como todas las grandes fortunas se han labrado en Italia con especulaciones con el Tesoro público, de las cuales el pueblo entero sufre hoy las espantosas consecuencias, de ahí resulta que los mayores ladrones del dinero público son quienes de esta manera se han visto elevados á los honores de esa nobleza bufa. Los títulos de la nobleza guerrera han servido para galardonar las piraterías de los filibusteros de la Bolsa de comercio.

He aquí la prueba más evidente de que la aristocracia italiana no es más que una mentira. Cuando una institución, cuya historia es gloriosa y cuya importancia fué tan grande en otro tiempo, se trueca en un recurso económico de las casi vacías arcas del Tesoro, esto equivale á decir que la institución está en camino de desaparecer. Así como la venta de los oficios públicos es el signo de las administraciones que se caen á pedazos, también la venta indirecta de los títulos nobiliarios es el signo de que la aristocracia italiana está en liquidación. La nación vende en pública subasta el poco prestigio que aún le queda. Basta una anécdota para demostrar cómo en el fondo se burla el país de toda esa comedia heráldica, á la que en las esferas oficiales se le concede cierta importancia. Cuando se dió la primera representación de la ópera *Falstaff*, indicaron los periódicos que el rey iba á nombrar marqués de Busseti á Verdi; pero éste remitió á escape al ministro de Instrucción pública un telegrama que, con frases muy políticas, venía á decir en último término: «Ruego á V. que no me juegue esa mala pasada.»

Advirtamos también, antes de concluir, que en estos últimos años de la fundación del reino se ha ensayado una curiosa tentativa de resucitar á nuestra aristocracia. Literatos hijos de la plebe, y halagados por las relaciones que consiguieron sostener con la aristocracia, comenzaron á celebrar á esta clase social como depositaria de todas las virtudes, como protectora de las artes y de las letras, como enemiga natural de la estupidez burguesa. En resumen; restauraron la teoría de la superioridad; diéronla un barniz científico con algunas ideas tomadas de las doctrinas modernas acerca de la herencia mal comprendidas; y se quejaron mucho de la carencia de una poderosa aristocracia en Italia. Uno de los mejores periódicos desde el punto de vista literario, *Il Mattino*, de Nápoles, dirigido por los Sres. Scarpogli y Serao, dos de los más distinguidos escritores italianos, está consagrado á defender una idea de esta especie, que pudiera definirse como un romanticismo histórico del peor género. Por otra parte, la corte ha hecho también esos ensayos de resurrección: el rey llama á su lado á nobles de todas las partes de Italia y da muestras de creer á esta clase social como la más identificada con la corte. En las relaciones cortesanas el título heráldico tuvo cierta importancia; y con esa pasión por los títulos, todos esos nombres fantásticos, buenos para estamparlos en las tarjetas de visita, adquirieron una apariencia de realidad.

La monarquía trató de dar importancia á lo que fué su séquito en toda la historia, la nobleza, apareciendo ante los ojos del pueblo rodeada por una turba de marqueses, condes, príncipes y duques; naturalmente, la nobleza prestóse con gusto á esos ensayos, y se consideró como la clase destinada á proteger á la monarquía y servir de intermediaria entre ella, la clase media y el pueblo. Pero esto no fué sino un sueño de la Edad Media, por el cual no se interesó ni pizca el pueblo. Hace cinco ó seis años, el Sr. Crispi pensó en prestarse amistosamente á esas tentativas de resurrección: nombró una *Consulta Heráldica*, compuesta de nobles y encargada de

comprobar los títulos nobiliarios de las familias aristocráticas y escribir el *Libro de oro* de las familias italianas. Sorprendió é hizo reir una idea de esa especie en el cerebro del Sr. Crispi; pero la risa trocóse en asco cuando se supo que los miembros de la *Consulta Heráldica* eran espléndidamente retribuidos por el Estado. Era un bromazo pesado eso de que los míseros campesinos de Sicilia tuviesen que aflojar sus céntimos para pagar el trabajo de estos millonarios á la búsqueda, en los archivos, de los documentos auténticos de la nobleza de las más grandes y más ricas familias italianas. Muchos creyeron que probablemente los mercachifles de Chicago ó de New-York no habrían aceptado de un pueblo tan pobre una propina, que hubiera debido ser humillante para aquella especie de hombres tan superior; sin embargo, los jueces supremos en materia heráldica comenzaron sus profundos estudios, y de vez en cuando publican alguna entreguita de su *Libro de oro*. He tenido en las manos una de esas entregas; y, sin saber por qué, al pasar la vista por ella, veníame con insistencia á la memoria el recuerdo del catálogo de las momias expuestas en el *British Museum*.

PROF. GUILLERMO FERRERO,
de la *Revue des Revues*.

En Australia.

El Sr. Max O'Rell comunica á la *Revue de Paris* algunas páginas llenas de ingenio y de apreciaciones exactas acerca de esta sucursal inglesa, que tiene un porvenir tan brillante como triste es su presente. Ese país de conejos y kanguroos, saludable entre todos, de un clima magnífico y admirables terrenos faltos de pobladores, parece ser que tiene cuanto se necesita para atraer á los emigrantes europeos. Y, sin embargo, no es así; puesto que en 8 ¼ millones de kilómetros cuadrados apenas hay 4 millones de habitantes, sin advertirse síntomas de que pronto mejore esa situación. ¿Cómo viven los

australianos, y cuáles son sus ocupaciones, sus goces y sus esperanzas para lo futuro?

Dice el Sr. O'Rell que la Australia puede dividirse en dos partesmu y diferentes: las grandes ciudades, es decir, las capitales de las cuatro principales colonias, Sydney, Melbourne, Adelaida y Brisbane; y un centedar de ciudades pequeñas. En las primeras existe la sociedad colonial; en las segundas se ve al australiano típico, el roturador de la civilización inglesa.

Todas las ciudades pequeñas se asemejan. Ante todo, hay una calle principal que da asilo á todos los grandes edificios públicos y particulares, ayuntamiento, correo, tribunal, club, grandes almacenes, casas de banca, etc.; y además calles trasversales, con casas de planta baja y azotea. Los edificios públicos son muy grandiosos, y una ciudad de 2.300 habitantes tiene unas oficinas de correos ó unas casas consistoriales dignas de una ciudad de 50 á 60.000 almas en Europa. Cada una de esas pequeñas ciudades tiene un paseo público con los árboles más hermosos de las diferentes colonias, con magníficos invernaderos, con calles y caminos muy bien trazados y conservados. Los habitantes viven allí felices como nadie, con tanto mayor motivo, cuanto que nada perturba su sosiego. La llegada del tren es el acontecimiento del día, yendo durante él á la estación del ferrocarril, y por la noche al club. Se levantan tarde, se acuestan temprano, comen mucho y se satisfacen las necesidades artísticas oyendo tocar en un piano viejo, hecho una carraca, la *Oración de una Virgen* ó las *Campanillas azules de Escocia.*

En cuanto á la alimentación, parécese á la de Inglaterra. Comienza el día tomando gachas de avena, seguidas de vaca, carnero, legumbres, *plumpudding,* etc. A las siete de la mañana se toma te en la cama. A las ocho y media se desayuna con carne fría, chuletas ó bifteck; á las once, bizcocho seco y cerveza; á la una se almuerza y se bebe te; á las tres, otra vez te; á las seis se cena y se toma te; y á las nueve ó las diez una colación de pan y queso.

La mayoría de esas ciudades pequeñas están rodeadas por inmensas posesiones pertenecientes á *squatters*, cuyos padres las adquirieron por unas cuantas libras esterlinas. En la colonia de Queensland existe un *squatters* (criador de carneros) cuya propiedad ocupa *una superficie igual á la de Inglaterra*. Los propietarios no tienen empeño en deshacerse de sus inmensos territorios. Los nombres de esas ciudades son de lo más extravagante. Junto con Jerusalén, Jericó, Berlín, Saint-Armand, Montpellier, Richmond, etc., vense los de *Tarata-takirikiki*, *Wooroomgorza* ó *Woolloomooloo*.

Sólo de nombre existe la dependencia de Inglaterra. La Australia tiene su Parlamento, adonde envía los diputados elegidos por la población; tiene sus leyes propias, recauda sus propios impuestos y proclama las leyes obligatorias para el país. Además, Australia no paga ningún tributo á Inglaterra; posee marina de guerra propia, soldados y funcionarios suyos. En resumen, sólo está nombrado por la reina el gobernador general, cuyas funciones consisten en acallar las rencillas, sostener una casa lujosa, dar bailes y veladas, y servir de lazo de unión entre la colonia é Inglaterra.

La constitución australiana, que se parece á la de Inglaterra, es mucho más liberal que la de América, donde el presidente es una especie de autócrata que reina fuera de los partidos, y, á pesar de ellos, despide á todos los funcionarios del Estado (comenzando por los ministros), y pone el *veto* siempre que se le antoja. Sin embargo, las perfecciones de la constitución australiana no impiden que el país sea explotado por los políticos sin vergüenza; pues allí, como en América, la política está en manos de los parlanchines ó incapaces de nada bueno, quienes cobran 7.500 pesetas por tomar asiento en la Asamblea legislativa, y 25 á 40.000 pesetas por formar parte del ministerio. ¿Y las personas honradas? Les da asco el oficio de político, y se abstienen de embarcarse en esa galera.

En el fondo del alma australiana existe siempre la necesidad de una independencia absoluta, que ni siquiera pasa por

el vínculo formal que une la Australia con Inglaterra. Los políticos explotan, pues, ese sentimiento popular de la *Australia para los australianos;* pero, por otra parte, se arrodillan ante la reina para conseguir la cruz de la Orden de San Miguel y San Jorge, que les da el tratamiento de *Sir* y á sus mujeres el de *Lady*.

«El verdadero soberano de Australia, dice el autor, no es la reina, ni del gobierno nombrado por ella, ni los miembros del Parlamento, ni los ministros; el dueño absoluto de Australia es el obrero. Por desgracia, ese obrero no explota las riquezas de su país y al mismo tiempo impide á los demás aprovecharlas por su cuenta.

»El obrero australiano, aún peor que su compañero y hermano de Inglaterra, es un holgazán, un borracho, un devoto de San Lunes, un manirroto, que sólo piensa en divertirse, y no se interesa de ningún modo por la prosperidad de su país. Dejará los trabajos más lucrativos para ir á ver unas carreras de caballos á 100 kilómetros de su residencia. Su trabajo es puramente mercenario, una tarea ejecutada á salga lo que saliere. No ha hecho ningún aprendizaje serio, ni ha recibido instrucción técnica de ninguna clase. Es alternativamente carpintero, cerrajero, albañil, horticultor, viticultor, carretero, esquilador de ganado lanar, y en caso necesario, maestro de escuela: se declara en huelga, no por el propósito de ganar más, y con los ahorros establecerse como comerciante ó arrendatario, no: trata de ganar más, para gastar más. No es celoso en su trabajo, ni mucho menos se enorgullece de él. Cobra grandes salarios, los gasta en frivolidades, y al cabo del año se encuentra tan pelagatos como antes.

»En un país donde el gobierno vende el terreno á seis pesetas la hectárea, pagaderas en... diez años, todo hombre que posee algunos centenares de francos puede adquirir la independencia. Pues bien; los obreros no piensan en eso. Ellos, que fueron á la Australia á expensas de las sociedades de emigración, sólo piensan hoy en obligar al gobierno á que prohiba

la entrada á los demás emigrantes: no hacen falta más. La Australia es de ellos. ¿Y qué hacen? Vegetan en Sydney y en Melbourne, mientras el país á voz en grito pide brazos. Pero los brazos están cruzados en las grandes ciudades, ó empinan el codo en las tabernas. Los *squatters,* vénse obligados á dedicarse á la ganadería (sin poder muchas veces dar salida á sus productos), porque basta un hombre para guardar millones de carneros, mientras que para la agricultura se necesita mucha gente. Si la Australia estuviese poblada de agricultores inteligentes y laboriosos, podría ser el granero del universo. Acá y allá se ve una granja próspera, fundada y desarrollada en pocos años: es de un alemán ó de un sueco. Cerca de las ciudades, vénse á menudo huertos admirablemente cultivados. No hay ni una pulgada de terreno inculto. En un rincón de ese huerto se encuentra una choza ocupada por el chino paciente y laborioso, á quien el australiano desprecia, cuando mejor fuera que lo imitase. Ese buen chino es sobrio, se ocupa en trabajar y no se declara en huelga, tiene caballo y carro, y todos los años envía á su país el dinero que ahorra...»

Agreguemos que las criadas de servir ganan de ciento á ciento cincuenta pesetas al mes; pero, por un quítame esas pajas, abandonan á sus señoras, quejándose de su miseria. No olvidemos que el precio de una libra de carne sólo es de veinte céntimos de peseta, y el precio de los demás alimentos se encuentra en la misma proporción, y veremos lo que representan esas ciento á ciento cincuenta pesetas.

Los australianos son de un humor alegre y sociable; no son como los americanos del Este, descendientes de una raza triste y austera. Bajo un clima cálido y saludable, no tienen motivo para ser huraños; además de eso, tienen verdadera pasión por los placeres. No hay país ninguno donde el pueblo frecuente en tan gran número los teatros, los conciertos y los demás sitios de recreo; no hay sociedad en que se baile, se coma y se juegue tanto como en Australia. Las carreras de caballos forman su pasión dominante. Toda la población toma

parte en ellas, todo el mundo hace apuestas allí. El día de la *Melbourne-Cup,* el *Derby* australiano, es el día más solemne del año; ciérranse las casas de banca, suspéndese el comercio, y casi toda la Australia asiste á las carreras de la *Cup*.

Sigue en importancia el teatro, al cual son los australianos aficionados, hasta el punto de que cualquier artista está casi seguro de hacer allí su agosto. La señora Sarah Bernhardt, cosechó tantas guineas como aplausos, aun cuando los espectadores no conocen el francés lo suficiente para poder comprender y apreciar su estilo.

Los teatros australianos son ricos y lujosos, pero las obras que suelen representarse en ellos son de lo más pésimo que decir se puede. Las que se ponen en escena en las pequeñas ciudades son, sobre todo, melodramas larguísimos, terribles é inverosímiles.

«Estas obras son una serie de quince ó veinte cuadros, en cada uno de los cuales la heroína está á punto de sucumbir á las infernales maquinaciones de un miserable (el tradicional *traidor),* cuando el héroe, que se encuentra allí por casualidad, llega á tiempo de socorrerla. Telón rápido, respiro de los concurrentes, y vuelta á alzarse el telón. El *traidor* ha conseguido seducir á la *dama joven,* y anuncia que va á abandonarla.

—»¡Te amo!—exclama la infeliz.

—»¿Y á mí qué me importa eso?—responde el *traidor.*—¿Crees que puedo seguir teniendo relaciones con una criatura tan degradada como tú? ¡Vete, ó te mato!

»Pero el heroe está otra vez allí, por casualidad. Coge por su cuenta al *traidor,* quien, para hacer boca, ha matado al padre de la *dama joven:* el pobre padre no le había hecho nada, pero cuando se es *traidor* hay que sostener la reputación. El héroe se apodera del miserable, le pasa unas cuerdas al rededor de los brazos y le ata á una silla. El *traidor* podria largarse de allí llevándose consigo este mueble; pero acepta su situación como inevitable. No se menea del sitio, y aguarda.

No espera en vano. Apenas ha salido el héroe en busca de la policía, un amigo del *traidor*, que se encuentra allí por casualidad, le desata y le deja libre; pero, en el mismo momento en que va á salir, un amigo de la *dama joven*, que está allí por casualidad, vuelve á apoderarse del miserable y á pasarle las cuerdas al rededor de los brazos y á atarle á la silla. Ese amigo de la *dama joven* es muy forzudo: por eso, el *traidor* y su cómplice se contentan con vigilar la operación sin chistar ni moverse, mirando lo que hace aquél.

»En el cuadro siguiente, la infeliz *dama joven* abandonada va errante por el país en busca de un asilo. Desfallecida, desplómase desmayada en el suelo. Llega el *traidor*, y la zarandea, diciendo:

—»¡Siempre en pos de mis pasos! ¡Vale más concluir!

—»¡No me mates!—exclama la *dama joven*.

»Por fortuna, allí se encuentra un amigo, por casualidad...

»Al final del vigésimo cuadro, llega la policía á tiempo y se apodera del *traidor*. Y como no hay allí nadie por casualidad para libertarlo, acabóse la función.»

¡Cosa característica! Todos esos melodramas están firmados por los *grandes hombres del día*. La obra cuyo argumento hemos analizado lleva la firma del gran predicador inglés Spurgeon. Cuando Stanley regresó á Europa y su fama llenó el mundo, representábanse obras firmadas «H. Stanley». Inútil es decir que Stanley no tiene sobre su conciencia el menor de esos *melos*, y que no fué consultado acerca del nombre de autor puesto al frente de la obra.

Los animales de Shakespeare.

En Francia, el amor á Shakespeare es contemporáneo del amor á la naturaleza. En el momento en que Rousseau ponía empeño en contemplar y estudiar la sublime decoración en la cual representa la humanidad su drama eterno, fué cuando la literatura francesa se preocupó del «gran salvaje» del otro lado del Canal de la Mancha. Pues bien; cátate que hoy se niega á Shakespeare, además de tantas otras cosas (entre ellas la paternidad misma de sus obras), el menor sentimiento de la Naturaleza; y la *Quarterly Review* consagra á ese estudio crítico un artículo de respetables dimensiones, ferozmente documentado.

En otro tiempo, ingleses poco inclinados á la parcialidad en pro del autor de *Hamlet* lo habían juzgado de otro modo. El doctor Johnson decía que Shakespeare «era el poeta de la naturaleza, más que todos los demás escritores». En cuanto á Dryden, hacía constar que «para leer en la naturaleza, Shakespeare no necesitaba esos anteojos que se llaman libros». El colaborador anónimo de la *Quarterly Review* no discute esas apreciaciones, pero las explica. Según él, por la palabra *naturaleza* entendían el doctor Johnson y Dryden la *naturaleza humana*.

Los poetas que han amado, estudiado y comprendido la naturaleza, en el amplio sentido que se da hoy á esta expresión, son Chancer, Spencer, hasta Marlowe, aun cuando este último prefiere los animales raros y exóticos á la fauna que podía contemplar en torno suyo; pero no Shakespeare, que roba y saquea descaradamente á Gower, Chancer y Spencer, á Drayton, Bartas y Lyly, á Plinio, Ovidio, Virgilio y la Biblia. Toma de donde puede, conservando á cada animal el especial carácter que el convencionalismo le atribuye. Todos

sus ruiseñores se parecen; no hay ninguna diferencia entre sus palomas y sus alondras, entre sus buhos y sus cuervos. Su león es el de Plinio, león caballeresco y magnánimo; todos sus tigres provienen de Hircania. No son más que lugares comunes de historia natural.

Centenares de poetas han repetido unos tras otros los ridículos prejuicios de la antigüedad, los contrasentidos de las Escrituras, los absurdos de la Edad Media y las leyendas viejas ya en tiempo de Chancer. Porque en lo remoto del pasado un poeta dijo que un buitre devoraba el hígado de Prometeo, el buitre se ha visto condenado á devorar hígados por siempre jamas; el león ha seguido negándose á atacar al débil y queriendo combatir nada más que con un enemigo igual ó superior; el sapo, abstracción hecha de la piedra preciosa que contiene su cabeza, ha permanecido siendo un bicho odioso. El infernal buho y el fatal cuervo persisten en gozarse de las desventuras del hombre... y el cisne prevé siempre su última hora... Tal es la fama de los poetas.

Esta uniformidad desespera á nuestro crítico, quien recoge en todas partes, salvo quizá en el mismo Shakespeare, los ejemplos de esta fauna especial creada por los literatos para su propio uso: el pájaro del paraíso, que «no teniendo patas, duerme con las alas abiertas»; el puerco-espín, «que arroja sus pinchos contra sus agresores». ¿Por qué el pinzón y la mariposa tienen el monopolio de la alegría? ¿Por qué se condenan tan enérgicamente en el tigre los mismos actos que se admiran en el león? ¿Por qué acusar al buitre de lo que se le consiente al águila?

Pudieran multiplicarse hasta lo infinito los ejemplos de estas injusticias... Pero, en esa unanimidad se encontrará la prueba de la enorme influencia ejercida por Shakespeare en el pensamiento de Inglaterra; y, si seguimos más lejos, se reconocerán á cada instante las expresiones mismas del maestro. Se descubrirá que á ciertos animales se les olvida sin razón, mientras que á otros se les disfraza sin motivo aparente;

porque los poetas, tan benévolos en ocasiones, son á veces tan crueles... La razón de todo eso está en Shakespeare.

Pero, ¿en qué consiste (se preguntará) que si Shakespeare *ha tomado* de los demás su historia natural, lleva la responsabilidad de los errores cometidos por quienes le han seguido? ¡Cómo! Sencillamente, por ser Shakespeare. Su colosal personalidad ha absorbido en sí todo lo que se había dicho antes de él; y á los que han venido después les ha bastado que «Shakespeare lo dijo». ¿No se oye á cada instante repetir, para fijar un punto discutible: «Esto se encuenera en Shakespeare?» Poco importa que Shakespeare lo encontrase él mismo en William Browne. ¡La posteridad no conoce á William Browne!

Fácil fué la admiración mientras sólo se examinó en Shakespeare el estudio del corazón humano; pero cuando se llegó á analizar lo que había dicho respecto á la naturaleza, hubo que rebajar algo, por lo menos en nuestros días; porque hasta entonces los que se habían dedicado á esa investigación conocían los cuadrúpedos y las aves tan poco como el mismo Shakespeare los conoció. Sólo sus fanáticos se negaron á abrir los ojos á la luz y proclamaron, á pesar de todo, que la historia natural de Shakespeare era de una exactitud absoluta y resultado de su observación personal. En apoyo de su entusiasmo, citaban la célebre descripción del caballo ideal en *Venus y Adonis*. Eso no tiene más que una contra: que esta descripción está tomada de Burton, palabra por palabra; y afirma el autor que, si los críticos quieren tomarse el trabajo de leer dicha descripción en el original, la encontrarán cien veces superior al resumen dado de ella por Shakespeare.

También se ha hablado mucho de la colmena descrita en *Enrique V*:

«Así trabajan las abejas—esas criaturas que, por una ley de la naturaleza, enseñan—la ciencia del orden á un reino populoso.—Tienen un rey y oficiales de todas clases;—algunas, como magistrados, se quedan en casa;—otras, como mer-

caderes, atrévense á traficar fuera,—otras, como soldados, armadas con su aguijón,—saquean los aterciopelados botones del estío—y llevan á casa con alegre marcha lo que cogieron por botín,—hasta la regia tienda de su emperador,—quien, envuelto con el manto de su majestad, vigila—á los albañiles cantores que le construyen techos de oro...»

«Como poesía, nos dice el autor, ese pasaje es admirable; como descripción de una colmena es un puro absurdo, con un error de hecho en cada verso... No puede haber, por tanto, allí ninguna observación personal. Entonces, ¿cómo ha llegado el poeta á esa maravillosa concepción? Muy sencillo: tomándola del *Euphues,* de Lyly, donde se encontrará si se quiere tomarse el trabajo de leer, desde *una especie de pueblo* hasta *aliviando su espalda de tan pesados cargamentos*. A lo menos, ¿era original en Lyly? ¡Ni mucho menos! Es la descripción de la colmena tomada del cuarto libro de las *Geórgicas*...

»Alábase también á menudo la nomenclatura de los perros del *Rey Lear,* unida á la de *Macbeth*. Ningún libro acerca de los perros estaría completo sin estas dos citas. Ambas se encuentran en la *Vuelta del Parnaso*.

»Pero cuando por casualidad observa Shaskespeare por sí mismo, tampoco es más afortunado. Tomemos como ejemplo el cuco, del cual se sirve constantemente. «El cuco no construye nido para sí.» Esto es verdad, pero no es original. «El gorrión de los setos alimentó por tanto tiempo al cuco, que los hijuelos de éste le comieron la cabeza.» En nuestros días, ningún cuco devoraría la cabeza de un gorrión, privándose así del único ser que le alimentaba. Lo mismo acontece con la comadreja, á quien Shakespeare nos pinta como una alimaña pendenciera y que vaga por la noche para comer los huevos de los corrales. Estas cualidades ó estos defectos se los atribuían los proverbios usuales á la sazón, diciendo «pendenciero como una comadreja» y llamándola «la comedora de huevos». En cuanto á sus costumbres de vagancia nocturna, jamás han existido.

»Volviendo á las abejas, escribe Shakespeare: «Mueren las abejas viejas, y las jóvenes toman posesión de su colmena.» Esto parece pura y simplemente una perogrullada. Pues bien: eso, que sería cierto para todos los animales, precisamente no lo es para las abejas. No hay generaciones de abejas: todas nacen de la misma madre. Poseen su colmena, no por sucesión hereditaria, sino por mutuo convenio; y cuando la colmena está demasiado poblada, parte de sus habitantes márchanse con una reina, para fundar en otro sitio una colonia.

»Pero la idea que Shakespeare se forma del zángano es todavía más extraordinaria. Dice Suffolk: «Los zánganos no chupan la sangre del águila, pero roban la miel de las colmenas de abejas» y en *Pericles* un pescador habla de los avaros como de «zánganos que despojan de su miel á las abejas» como si los zánganos fuesen insectos extraños que viniesen del exterior á saquear las colmenas. En otra parte encontramos: «Te seguiremos adonde nos conduzcas, como las abejas armadas de aguijones, en los cálidos días del estío, *conducidas por su señor* á los *campos de flores*.» Este pasaje es ridículo, pero está en las *Furias* de Bartas.

»Shakespeare, muy lejos de ser un observador de la naturaleza animada, por el contrario, siempre mostró respecto á ella una curiosa indiferencia... Stradford del Avon, en su tiempo, estaba regado por numerosas corrientes de agua; sin embargo, ni una vez menciona al martín-pescador... En todos aquellos riachuelos, en todas aquellas charcas, no hay ni una nutria, ni una rata de agua, ni un pez que salte, ni una señorita, ni una chocha de agua, ni una garza real. Entonces, ¿qué ha observado? Nada más que la naturaleza inanimada... ¿Vió Shakespeare alguna vez el mar? Pues, en ese caso, ¿por qué no hay una gaviota en todas sus obras? En sus centenares de descripciones del mar, nunca se encuentra un ave sobre las olas...

»En sus obras hace mención de veinte especies de animales silvestres ingleses. Entre ellos, nómbrase cada uno

una vez, como término de injuria, el tejón, la nutria y la rata de agua. El veso y el erizo se emplean para el mismo uso, pero su descripción sólo llega hasta llamar al primero «bestia hedionda» y al segundo «erizado de pinchos». El lirón y el hurón se nombran también una vez, pero como epítetos, por *dormido* y *ferzoz*. Dos veces habla del topo, como ciego; una vez del gato montés, porque duerme de día. No conoce á la ardilla, sino como maestro de coches de las hadas. Al murciélago se le cita tres veces: las dos primeras, para atribuirle falsas cualidades; la tercera, para recordar que en sus alas cortan sus vestiduras los silfos de Titania.»

En materia de aves, Shakespeare sólo se ocupó de la paloma, del águila, del halcón, del avefría, de la alondra, del vencejo, del ruiseñor, del petirrojo, de la golondrina, del cisne, de la tórtola y del reyezuelo. Todo lo relativo á la alondra lo ha tomado de sus predecesores: la alondra matutina (Lyly), la alondra audaz (William Browne), la alegre alondra (Spencer), la mensajera del día (Chaucer), la penetrante alondra (Spencer), el ave del estío (Spencer), el día afanoso, despierto por la alondra, la afanosa alondra, que despierta al día) Chester), etc., etc.

Respecto á la paloma, Shakespeare la hace emblema de la paciencia, de la modestia, de la bondad, de la dulzura, del amor maternal, de la inocencia, el bendito espíritu de la paz. Es blanca: blanca como la nieve, blanca como la plata. Si es una tórtola, se convierte en símbolo del amor, de la fidelidad de los amantes, de la constancia suprema y de la castidad; y cuando se halla separada de su amado, está inconsolable. Cualquiera que no hubiese perdido nunca de vista la iglesia de San Pablo podría decir otro tanto. Lo mismo respecto al ruiseñor: el de Shakespeare no es un ave, sino Filomena.

El gran poeta no varía tampoco respecto á los cuadrúpedos. Todo lo que puede afirmarse es que odiaba á los perros y á los gatos, «criaturas viles, indignas de existir». ¿No es extraordinario que Shakespeare no haya tenido nunca que decir

ni una palabra afectuosa acerca del perro, y que haya llegado á negarle hasta la fidelidad? Para explicar esta anomalía, se ha dicho que las Escrituras no hablaban nada bueno del perro; pero Inglaterra no es Palestina, y si hay en el mundo criatura á quien Shakespeare haya odiado con más violencia que al perro, es al judío. Tampoco tiene más generosidad con los gatos, animales «que no valen ni aun lo que la cuerda para ahorcarlos».

Por supuesto, en Shakespeare, la flora corre parejas con la fauna. Tampoco le preocupa desde este punto de vista la precisión. Nada cuida de lo que después de él se ha llamado el color local. Para una descripción de bosque, la palabra «árbol» le basta. Apenas si conoce el pino y la encina; de los demás, nunca ha oído hablar. ¡Cosa extraña! no hay mariposas en su sol, ni cigarras en sus prados, ni abejas en sus flores. Recuérdese el bosque de los Ardennes: en él no podría hacerse un ramo, allí no se oye cantar á un pájaro.

Y tal ha sido la influencia de Shakespeare sobre los poetas ingleses, que aún hoy viven «literariamente» los animales por la reputación que Shakespeare les forjó. Nunca se habla de las aves de rapiña, ni de los mamíferos de presa. Los reptiles siguen siendo abominables, los peces no valen la pena de que se les nombre, los insectos son «miseria». No hay aves canoras sino aquellas á quienes se les han extendido diploma; y el mono siempre es ridículo «por ser una caricatura del hombre». Las metáforas de Shakespeare son quienes han enseñado historia natural á todos los poetas de Inglaterra.

Crímenes de los enajenados.

Por más que se atacan con vehemencia las tesis puestas de moda y defendidas con tanto ardor por César Lombroso, su teoría no cesa de ocupar al mundo. Combatida ó adoptada,

fertiliza siempre los cerebros de los médicos y de los criminalistas, ensanchando el horizonte de sus ideas y enseñándoles á ser sumamente circunspectos en la calificación de los delitos y de su responsabilidad. La mayoría de los sabios franceses son rebeldes á las conclusiones de la escuela italiana de la antropología criminal. No importa. Bajo la influencia del ingenioso italiano se observa de otra manera á los criminales, y sobre todo á los pretensos delincuentes, y se ponen en claro en sus actos esos motivos sorprendentes que han hecho una revolución en la ciencia de la psiquiatría.

El doctor Rouby, director de la casa de salud de Argel, declarándose adversario de la tesis de Lombroso, sin embargo, nos ofrece algunas observaciones de muchísimo interés (en los *Archives d'Anthropologie criminelle)*, acerca de los criminales locos con apariencias de sana razón.

Aunque evitamos publicar observaciones que entran en el dominio de los estudios especiales, no queremos cerrar nuestras columnas á las conquistas de la psiquiatría, cuyos datos tienen el sabor de una novela y cuya importancia iguala á la de cualquiera ciencia social. Como el nerviosismo hace cada vez más estragos, forzosamente tiende á aumentar el número de los criminales locos con todo el aspecto de cuerdos. Por eso merecen vulgarizarse cada vez más los datos de la psiquiatría, la ciencia más sorprendente de todas. Por desgracia, tiende á llegar á ser harto grande el número de los *enfermos* que cometen actos más ó menos criminales, más ó menos enigmáticos, pero nocivos casi siempre. La difusión de esos hace casi necesario familiarizar á los profanos con esos estados morbosos, de los cuales son tan á menudo víctimas.

Por otra parte, el haberse apoderado los novelistas de este asunto, no conociéndolo sino de segunda mano, ha engendrado una serie de ideas falsas que no carece de utilidad el destruir. ¿Y qué medio más sencillo de conseguirlo, sino el de reemplazar las fantasías de los novelistas por las imparciales observaciones de los especialistas?

El doctor Rouby nos cuenta con extensión el caso de cinco enfermos atacados de manía *homicida*, que se le confiaron para su tratamiento. Presentan la particularidad de que quieren matar á personas á quienes aman ó debieran amar: dos de ellos quieren matar á sus hijos, otros dos á sus mujeres, y el quinto á su padre. Comencemos por el caso de una infeliz madre, que tiene decidido empeño en cortar el cuello á sus queridos hijitos, á quienes ama por encima de todo.

La lucidez de esta enferma es completa: sólo una idea falsa la asedia, y es la del homicidio; fuera de esta idea, nada deja que desear su lucidez.

¿Cómo se le ha ocurrido esa idea? Casada desde cinco años ha con un hombre que la hace feliz, tiene tres hijos, amamantados por ella misma. Sin embargo, tuvo que interrumpir al cabo de cierto tiempo la lactancia del tercero, á causa de una debilidad general que la sobrevino de pronto. Entonces principia la enfermedad. Oigamos al doctor Rouby:

«La señora X..., tiene impulsos de coger un cuchillo para matar á sus hijos; ese impulso es más fuerte y le parece irresistible cuando ve un instrumento cortante (cuchillo, azada, podadera). Cree oir dentro de ella que alguien le dice: «¡Hazlo, pero hazlo!» ó bien: «¡Coge el cuchillo!»

»Este impulso, que al principio era poco fuerte, va en aumento y adquiere proporciones tales, que, sintiendo que no podrá resistirlo, confía sus hijos á su suegra para no verlos y evitar así la tentación.

»Al cabo de quince días va á buscarlos y llevárselos otra vez á su casa, sintiéndose más fuerte contra la tentación. Dice no existir ya el impulso; la idea sí, pero atenuada; y puede quedarse á solas con ellos sin que corran peligro. De vez en cuando, si tiene que servirse de un cuchillo, vuelve el impulso, está inquieta, no se atreve á coger el instrumento; y, para no tener más tentaciones, saca de la habitación á sus hijos.

»Cuando los abandona durante algunas horas, vuelve la

idea á acometerla. «Mientras dura el viaje, dice, paréceme que voy á ejecutar mi proyecto; veo el cuchillo de antemano, veo cómo voy á servirme de él; pero, al entrar en casa, los beso llorando, me desconsuelo; y, si mi marido no está allí para defenderlos, los saco á la puerta y llamo á alguien».

»Cuando los niños no están junto á ella, se ocupa en el huerto y le dan ganas de herirlos con un instrumento de jardinería, por ejemplo, un azadón pequeño: los ve tendidos ante sí como muertos, y le parece que al clavar el instrumento en la tierra lo hunde en el cuerpo de sus pequeñuelos. También siente impulsos homicidas contra su marido: si está detrás de él, siéntese impulsada á herirle con la herramienta detrás de la cabeza, mientras la tiene baja. A veces ha sido tan fuerte el impulso, que se ha visto obligada á marcharse de allí.

»Todas sus ideas no tienen más que un solo objetivo, asesinar; ninguna otra le interesa ni ocupa su pensamiento; desde la mañana á la noche y la noche á la mañana, la misma idea asalta á su cerebro; no atribuye esa idea á nadie, ni á Dios, ni al diablo.

»Cuando está en la cama, duerme con un sueño profundísimo hasta el amanecer; no recuerda sus ensueños, y no sabe si los ha tenido; apenas despierta, siente apoderarse de ella otra vez la idea impulsiva.

»Hemos visto que es variable el grado de fuerza de la enfermedad: es una idea, un impulso, una tentación; en este último grado, pueden ser víctimas de un parricidio los hijos de la señora X.

»Desde el momento en que quiere matarlos, creeríase que tiene contra ellos un odio violento ó un delirio de persecución. Nada de eso: la señora X. adora á su familia, cuida admirablemente á sus hijos, no deja que carezcan de nada, y se desesperaría si les acaeciese un accidente ó una enfermedad. Los besa, los acaricia, los ama, al mismo tiempo que quiere asesinarlos. Derramando abundantes lágrimas, me cuenta su horrible tentación.

»¡Yo, que tanto los amo, quiero matarlos!—me dice.—¡Caballero, líbreme V. de esta tentación!»

»La presentan su último hijo: le colma de lágrimas y besos, á la vez que siente el impulso homicida. Tiene miedo, si los hiriese, de no hacerlos morir de una vez, de hacerlos sufrir; esta idea la hace vacilar en cometer el acto.

»La idea homicida está localizada en un instrumento cortante, cuchillo, puñal, hacha. Nunca se le ha ocurrido la idea de matar á sus hijos á palos, rompiéndoles la cabeza con un cuchillo, ahogándolos, estrangulándolos. No: *su único deseo es clavarles una hoja de acero en el pecho y ver correr su sangre; tiene horror á los demás medios de homicidio:* cuando le hablo de eso, hago que se le pongan los pelos de punta; pero dice que sentiría un goce infinito, un inmenso alivio, si pudiera meterles un cuchillo en el pecho. Si otra persona ó un animal quisiesen herirlos, morderlos, hacerlos daño, se precipitaría para defenderlos y daría por ellos su vida.»

Pues bien; según hemos dicho, fuera de esta idea, la señora X. está perfectamente sana. Habla de todo con muy buen sentido; y á quien no se halle impuesto acerca del estado de su alma, le sería imposible imaginar los sufrimientos de esa pobre señora y comprender cómo está constantemente á punto de cometer un crimen.

Añadamos que parece ser víctima de una especie de herencia patológica por la línea materna, en la cual hay varios parientes atacados de enfermedades del sistema nervioso. Supongamos ahora que esa mujer cometa un crimen. ¿Que actitud tomarán respecto á ella la opinión pública y los tribunales de justicia?

Pongamos otro ejemplo. Se trata de un hombre robusto, de buena posición, casado, feliz en su matrimonio. Lleva una vida tranquila y dichosa, hasta el año 1891. En esa época sobreviene en su familia un terrible acontecimiento, que, hiriendo al Sr. Z. en sus afecciones, provoca al mismo tiempo una pérdida de equilibrio en su cerebro.

Su cuñado, en un acceso de embriaguez, mató á su mujer, que era hermana de Z. Este último tuvo por ello violentísimo pesar. El matador fué condenado á dos años de prisión; y, cumplida la condena, regresó al país.—Z., que tenía pesadillas durante todo el tiempo del proceso y amenazaba con tomarse la justicia por su mano, sintió una ira tremenda al volver á verle. La esposa de Z. escondió todas las armas, por miedo de que se cometiese otro delito.

A la postre, el asesino, después de vender sus haciendas, abandonó el país y no se le volvió á ver más. Parece natural que debieran calmarse los deseos de venganza de Z. Así fué, en realidad: ya no pensó en su cuñado, pero hubo de acontecerle una cosa rara, extraña.

La idea del homicidio que por tanto tiempo le había asediado, transportóse del objeto de su odio al de su amor más tierno y acendrado: contra su propia hija, una niña pequeña. Sus anteriores ideas tenían razón de ser; sus ideas actuales eran ya las de un loco. Véase el estado de ánimo de Z., tal como lo describe el doctor Rouby:

«Este sentimiento no va acompañado de odio, antes por el contrario, el Sr. Z., adora á su hija, la mima, no quisiera que la sucediese ningún accidente, le llenaría de desesperación si la atacase alguna enfermedad: pero quiere matarla. Se inquieta por el porvenir de ella, trabaja para reunirla una bonita dote, quiere dejarla después de su muerte una buena fortuna: obra en consonancia con esto, pero quiere hacerla morir.

»Esta idea le apesadumbra, y vierte lágrimas amargas; en sus crisis de desesperación, arráncase los cabellos al pensar que puede ser autor de la muerte de su hija.

»Durante una noche de insomnio, como tantas otras que pasa, el Sr. Z. armóse con un cuchillo, dispuesto á herir á su hija; esa imagen se le grabó en la memoria, y dice que ahora hay algo en él que dice: «¡Mátala, mátala!» Unas veces puede vencer á la tentación, pero otras es irresistible: ese impulso es demasiado fuerte Entonces despierta á su mujer, excla-

mando: «¡Llévate la niña, pronto, á escape!» Cuando ya no está su hija allí, se tranquiliza; pero, siempre persiste la idea. Llevan la niña á casa de un pariente, al otro extremo del pueblo; todo el día se lo pasa en mirar desde lejos á su hijita cómo juega con criaturas de su edad; llora al no poder besarla y estrecharla entre sus brazos; luego, al ver á la niña, despiértase en él de nuevo la idea homicida, vuelve el impulso, y ese padre busca en los bolsillos una navaja para herir con ella á su hija. En varias ocasiones, y á petición de él mismo, para evitar una desgracia, hubo que llevar lejos á la niña, á casa de unos parientes; pero, así que se veía privado de su vista durante dos ó tres semanas, hacíale sufrir la ausencia, y acompañado por su señora iba con el más vivo deseo de besar á su hija; y aun entonces, según dice, le daba miedo de verse impelido por el deseo de asesinarla.»

Un síntoma mucho más extraño acaba de manifestarse en este enfermo. Privado de ver á su hija por espacio de varias semanas, cambia de nuevo de objetivo su idea homicida, y un día declara á su mujer que tiene muchas ganas de matarla. Esto no duró más que veinticuatro horas, pues la idea fija de matar á su niña volvió con la misma violencia de un deseo apasionado. El Sr. Z. se esconde, abandona sus ocupaciones, llora y sólo siente algún alivio cuando viaja. De buena gana sería vagabundo.

Pues bien; no cabe duda de que Z., considerado ahora como loco, lo estaba ya en el momento en que quería matar á su cuñado. Pero, de efectuar este delito, lo cierto es que el infeliz loco hubiera sido procesado y condenado, quedando deshonrada su familia y perturbada hondamente la vida de su hija.

Veamos otro maniático. El Sr. V., funcionario, cumple admirablemente los deberes de su cargo, y á sus conocidos les asombraría mucho saber que no es sino un loco peligroso. A consecuencia de ciertos trastornos orgánicos, que sería inútil enumerar aquí, sus ideas tomaron un sesgo muy extraño.

Rabioso contra los prusianos desde la guerra de 1870, tie-

ne frenético deseo de destruirlos. Durante las noches de insomnio, se ve con el fusil al hombro disparando contra los enemigos, derribándolos uno á uno, haciendo hecatombes de soldados, experimentando un gran regocijo con la sangre que ve correr. Se duerme prosiguiendo su ensueño de carnicería y de muerte: *desde hace veinte años*, siempre ha tenido con la imaginación las armas en la mano, fusilando ó acuchillando á los enemigos de la patria.

Diez años ha que está casado. Su mujer, sencilla, modesta, quiere mucho á su marido; es una esposa modelo, que sólo piensa en su felicidad conyugal y en sus tres hijos. De pronto, las ideas de matar prusianos, ideas que asediaban las noches del Sr. V., vense reemplazadas por la idea de matar á su mujer.

Se ve con un cuchillo en la mano, persiguiéndola en un aposento y clavándolo contra el entarimado del piso; ó con el dedo en el gatillo de la escopeta, apuntándola en un rincón del jardín. Durante la noche, no le abandonan estas dos formas de imágenes. Después, poco á poco, la idea fugaz se transforma en idea fija. Ahora oye una voz dentro de él que dice: «¡Mátala, mátala!» Nos dice que no es una alucinación propiamente dicha; no es una voz extraña que le habla, sino una cosa interior que no puede explicar. Durante el día, aún es dueño de su voluntad, aparta la idea fija y la combate; pero de noche es más débil, apenas resiste. A veces se desconsuela al pensar en ese asesinato; llora de antemano á su esposa, hace su panegírico, quisiera poder defenderse de los celos y de la venganza; torna á amar á su mujer. Pero bien pronto le asalta de nuevo con más brío la idea fija, siente disminuírsele la fuerza de resistencia, comprende que el impulso va á vencer á su voluntad de resistirse y que va á cometer un crimen.

Al leer la descripción de estas locuras, nos parece volver á leer las páginas de Dostoyowski, quien tenía marcada predilección por los enajenados propensos al homicidio. Sin embargo, nada iguala á la naturaleza; y las copias que de ella

nos presentan los novelistas, nunca llegan á la profundidad trágica de esas fantasías fúnebres.

Las extravagancias de nuestros padres.

Ladi Cook ha consagrado un interesante estudio á las costumbres especiales de todos los tiempos y países. Después de examinar las más curiosas particularidades de los pueblos que ya han desaparecido y de las razas primitivas existentes aún, el autor nos refiere en la *Westminster Review* ciertos rasgos característicos de las sociedades inglesa y francesa en tiempos no lejanos.

En primer término, da un vistazo á la nobleza inglesa, tan ardientemente combatida hoy. La actual aristocracia de Inglaterra tiene remotísimas relaciones con su predecesora. La dinastía de los Tudor ha visto nacer nuevos nobles, hijos de los burgueses industriales y comerciantes, destinados á reemplazar á los antiguos Plantagenet. En la Cámara de los Lores de 1894 sólo hay dos ducados anteriores al reinado de Carlos II: uno es del tiempo Ricardo III y el otro del de Eduardo VI. Entre los marquesados, uno solo se remonta al siglo XVI; ninguno de los demás es más antiguo del siglo XVIII. Por último, los condados, en número de 129, tienen por decanos á uno del siglo XV y otro del XVI. De las 300 baronías, sólo 12 tienen un origen anterior al siglo XVII. Han desaparecido por completo los descendientes de los conquistadores primitivos, hasta los de los cruzados.

El tiempo, tan cruel para la aristocracia inglesa, tampoco ha perdonado á sus tradiciones y costumbres. En cambio, las del pueblo se han sostenido fielmente hasta nuestros días. El pueblo inglés ha sido siempre muy poco propenso á las mu-

danzas: las novedades le parecen muy peligrosas. Hasta las hortalizas nuevas han sido á veces tenidas y tratadas como precursoras de desatres. En la época de los Estuardos, soliase gritar: «¡Ni papas, ni Papas; no queremos patatas, ni papismo!» Jacobo I era de parecer que las mujeres de provincias no debían ir á Londres. «Si son solteras, decía, perderán su casamiento; y si son casadas, perderán su reputación.» Conducir agua por tuberías considerábase como un robo en perjuicio del público.

Stow afirmaba que las novedades en arquitectura atraían el castigo divino. Un rico labrador exclamaba: «Dios ha hecho el estilo antiguo, y el hombre ha hecho el nuevo.» En nuestros mismos días, un canadiense, al ver á un buque de vapor ir contra la corriente, decía con amargura: «¿Permitirá todo esto Dios bendito?»

Una odiosa costumbre, á la cual no hemos aludido hasta ahora, era la de la corrupción. Es muy antigua: Satanás corrompió á Eva; y á Eva le pareció eso tanbien, que á su vez corrompió á Adán. En Inglaterra, todo el mundo era corruptor ó corrompido. Los jueces y los *sheriffs* vendían sus fallos. Las mujeres de los personajes convertían en moneda contante su influencia, y lo mismo las mujeres de los obispos. Los miembros del jurado y los del Parlamento solicitaban descaradamente ser comprados. Sir Thomas Cook, gobernador de la Compañía de las Indias inglesas, compró en un solo año miembros de la Cámara por valor de 167.000 libras esterlinas (4.175.000 pesetas). En cuanto á sir John Bennett, magistrado del Tribunal Supremo, no sólo aceptaba dinero del demandante y del demandado á la vez, sino que llevaba el cinismo hasta reclamarlo con el mayor descaro. En 1621 hubo que exhonerar al lord Canciller; dos años después fué encarcelado el lord Tesorero.

Los alcaldes y las corporaciones municipales se vendían, con la misma poquísima vergüenza: en 1581, la ciudad de Lynn hizo regalos por valor de 68 libras esterlinas para obte-

ner 100 libras con objeto de conservar su puesto. En 1695, el Speaker de la Cámara de los Comunes (Presidente del Congreso de los diputados), tuvo que plantear él mismo la cuestión de saber si sería expulsado. Un proyecto de ley asegurando á los huérfanos pobres de los *Freemen* de Londres el goce de sus rentas (es decir, restituyéndoles el dinero que les pertenecía), sólo se aprobó mediante gratificaciones dadas á todos los diputados: al Presidente le correspondieron mil guineas. Cuando Jeffries deportó como esclavos á las Indias occidentales á los rebeldes de Sedgemsar, la reina y sus damas de honor recibieron gran número de ellos como regalo. Latimer predicaba acerca del texto, «á todo el mundo le gustan las propinas», diciendo: «La corrupción es una forma principal del robo. Los ricos las pagarán para que se sentencie contra los pobres ó para que se sobresean sus propias causas...»

Sin embargo, no todos los presentes eran en dinero. «Sir Philipp Sidney regaló á la reina Isabel una camisa de batista, con el cuello y las mangas guarnecidas de seda negra y adornadas con una randa de fino encaje.» El azúcar y los dulces eran regalo de moda. El deán y el cabildo de Salisbury, que tenían un proceso ante el juez Hale, regaláronle media docena de pilones de azúcar; pero el juez, hombre extraordinariamente escrupuloso, insistió en pagarlos. Los guardias de la Cámara de los Comunes, en Londres, en 1585, recibieron de lord Howard un presente de azúcar. Algunas veces reemplazaron al azúcar las mermeladas, las naranjas, los limones y hasta las patatas; y cuando aquél estuvo muy barato, cesó la costumbre. En 1581, los escoceses, que no eran duques, condes, etc., ó que no tenían por lo menos 250 libras esterlinas (6.250 pesetas) de renta anual, no gozaban del derecho de consumir productos de pastelería, sustancias alimenticias extranjeras, ni especias costosas.

Viniendo ahora al vicio del juego, vamos á ver qué estragos causaba en la sociedad inglesa de aquella época. Dice

Otto Trevelyan, en su *Vida de Fox:* «La sociedad no era más que un inmenso casino.» La condesa de Hertford escribía á la condesa de Pomfret en 26 de Marzo de 1741: «Las muchachas y los muchachos se sentaban á las mesas de *wisth* con tanta gravedad como los agentes de colegio tenían costumbre de hacerlo en otro tiempo.» El *Tratado de wisth,* de Hoyle, tuvo siete ediciones en menos de un año.

Pero aún había mucha más afición á los juegos de azar que al *wisth,* donde los cálculos y las combinaciones representan un papel de gran importancia. No había cumplido veinticuatro años Carlos Fox, cuando ya debía á los judíos 100.000 libras esterlinas (dos millones y medio de pesetas) perdidas al juego. En una sola noche perdió 12.000 libras (300.000 pesetas), y 11.000 más (275.000 pesetas) en la noche siguiente. Los dos hijos de lord Foley habían contraído tales empréstitos, que los réditos anuales de sus deudas ascendían á 18.000 mil libras (450.000 pesetas). Las mujeres jugaban con tanto ahinco como los hombres. En Newmarket nunca estaban vacías las salas de juego de azar.

La misma afición había á las apuestas. Apostábase por todo y á propósito de todo; que Beau Nash mataría á Cibber; que Wilkes y sir William Burdet serían ahorcados. Los herederos de las grandes familias hacían apuestas acerca de la muerte de sus padres. Si un hombre caía enfermo, no faltaban personas para apostar que no saldría con bien, contra otras que apostaban por su curación; hasta se llegaba á impedir que se cuidase á los enfermos, porque los cuidados podían cambiar las probabilidades de la apuesta. El *Times* del 2 de Noviembre de 1797 anunciaba muy formal que en los primeros colegios de Londres se daban lecciones de *woisth* á las señoritas. Las rifas y loterías estaban en gran predicamento.

Por añadidura, se comenzaba á beber de firme. En 1735 había en Londres 7.044 despachos de ginebra al por menor, tan barata, que por un penique podía cualquiera ponerse pencque. En el reinado de Jorge III, los miembros de las Cáma-

ras de los Lores y de los Comunes (senadores y diputados), poníanse en competencia más que á medios pelos. Muchos de ellos bebían seis botellas de vino en cada sesión.

—¿A qué Universidad debo enviar á mi hijo?—preguntaba una señora al doctor Warren.

—Señora, creo que en todas se bebe poco más ó menos la misma cantidad de vino de Oporto — respondió el preguntado.

Todo el mundo sabe que el tabaco fué introducido en Inglaterra por Hawkins. Imperando la reina Ana, todo el mundo fumaba; en el reinado de Carlos II, los niños iban á la escuela con la pipa en la cartera de los libros, y el maestro daba un descanso á mitad de la clase para fumar una pipa. En 1702, Jouvin, que acababa de pasar una velada en el café de Garraway, escribió: «Me sorprendí al ver á un niño *de tres años de edad* atiborrar la pipa y fumar tanto y tan resuelto como un hombre de treinta años, una, dos y tres pipas seguidas: dícenme que fuma así *desde hace más de un año*.»

El obispo Trelawney se encolerizó mucho porque el obispo Barnelt le acusaba de haberle visto como una cuba en un café en 31 de Enero, fecha de luto para los conservadores y para los hombres piadosos.

La ignorancia de las altas clases era verdaderamente supina. Las señoras de la aristocracia más rancia y linajuda escribían con una letra y una ortografía peores que las de la última fregona. Entre ellas conviene citar á la gran dupuesa Marlborough, que gobernaba á Inglaterra en los tiempos de la reina Ana. Sir John Germaine, por amor al cual se había divorciado la duquesa de Norfolk y que se casó con la hija de lord Berkeley, era un ejemplo notabilísimo de la más crasa ignorancia. Al fallecer, legó una suma cuantiosa á sir Matthew Decker, autor de un libro acerca del comercio, por creerle autor del Evangelio según San Mateo. Durante su última enfermedad, habiéndole hecho lady Germaine que recibiese los últimos Sacramentos, la obedeció con docilidad y dijo después: «Betti,

ese potingue que me has hecho tomar no me ha sentado bien del todo.»

Parece un sueño el pensar que estos hechos son casi contemporáneos nuestros; y sin embargo, aún existen algunas de esas excentricidades, ocupando seguramente entre ellas el puesto de honor la pasión por las apuestas y el vicio de la bebida.

LICENCIADO PERO PÉREZ.

OBRAS NUEVAS

Memorial histórico español; colección de documentos, opúsculos y antigüedades. Tomo XXXIII. En 4.°, 220 páginas.—3,50 pesetas.—Contiene: Historia de Carlos IV, por D. Andrés Muriel. Tomo V.

Acosta de Samper (S.)—La mujer en la sociedad moderna. En 8.°, XII-429 páginas.—4 pesetas.

Alarcón (J.)—Intenciones, en 4.°, 357 páginas.—1,50 pesetas.

Almagro y Cárdenas (A.)—Discurso leído en la Universidad de Sevilla. En 4.° mayor, 41 páginas.—Tema: la cultura arábigo-sevillana en sus manifestaciones literaria, científica y artística.

Almanaque de «La Ilustración», para el año de 1895. En 4.° mayor, 147 páginas.—2 pesetas.

Almanaque de las conferencias de San Vicente de Paúl para 1895. En 8.°, 114 páginas.—0,25 pesetas.

Almanaque de los Amigos del Papa, para el año 1895. En 12.°, 176 páginas.—0,50 pesetas.

Alvarez de la Braña (R.)—Galicia, León y Asturias. En 8.°, 303 páginas.—3 pesetas.

Aller (D. E.)—Memoria premiada con accésit por la Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso ordinario de 1892, escrita por D. Domingo Enrique Aller. Madrid. Imprenta y litografía de los Huérfanos. En 4.° mayor, 198 páginas.—Tema: El Estado y las clases obreras.

Aquino (T. de).—Catecismo de la eucaristía. En 18.°, 250 páginas.—1 peseta.

Arandazi y Hoyos Sainz.—Lecciones de antropología. En 8.°, 500 páginas.—7 pesetas.

Argenta (V. M. de).—Elementos de fisiología é higiene. En 4.°, VIII-428 páginas.—6 pesetas.

Avendaño (J.) y Carderera (M.)—Cuadernos de lectura para uso de las escuelas. En 8.°, 168 páginas.—1,25 pesetas.

Bastinos (A. J.) Hojas secas. Dos tomos. En 8.°, XV-310 y 407 páginas, encuadernado.—No se ha puesto á la venta.

Bermejo (I. A.)—Políticos de antaño. Historia anecdótica y secreta de la corte de Carlos IV. Tomo I. En 8.°, 236 páginas.—2 pesetas.

Barberena (S. I.)—Quicheismos. Contribución al estudio del Folklore americano. Primera serie. En 8.°, 323 páginas con el retrato del autor.—4 pesetas.

Candau y Pizarro (F.)—Prehistoria de la provincia de Sevilla. En 4.°, 224 páginas.—10 pesetas.

Carracido (J. R.)—La evolución en la química. En 8.°, 352 páginas. —4 pesetas.

Casañ y Alegre (J.)—Escuela libre de comercio: Discurso. En 4.°, 14 páginas.

Catalán y Latorre (A.)—El beato Juan de Avila. Su tiempo, su vida y sus escritos, la literatura mística en España. En 8.°, 203 páginas.—250 pesetas.

Cruz (V. de la).—La República y sus hombres. Primera parte. En 8.°, 187 páginas.—3 pesetas.

Cuervo (A.)—Dick. En 8.°, 192 páginas.—2,50 pesetas.

Chávez (G.)—La Salvación asegurada. Catecismo. En 18.°, 256 páginas.—1 peseta.

David y Rafols (L.)—Preparación del soldado para la guerra. En 8.° menor, 104 páginas.—1 peseta.

Dellepiane (A.)—Contribución al estudio de la psicología criminal. El Idioma del delito. En 8.°, 128 páginas.

Diaz Ordóñez (V.)—Discurso. En 4.° mayor, 70 páginas.—Tema: El cristianismo es la palabra que descifra el enigma del mundo antiguo, y cismas y herejías acrisolaron la Iglesia de Dios.

Echáurren Valero (V).—Bosquejos de arte. En 8.° mayor, XVIII-249 páginas.—9 pesetas.

Estasén (P.)—Instituciones de Derecho mercantil, tomo V. Parte legislativa, tomo VI. Derecho industrial de España. En 4.°, 519 y 564 páginas, cada tomo.—7,50 pesetas.

Fernández y Medina (B.)—Antología uruguaya. En 8.°, 477 páginas.

Gamboa (F. A.)—Doce poesías. En 8.°, 45 páginas.

Gestoso y Pérez (J.)—Recuerdos del Monasterio de Nuestra Señora de Regla. En 4.°, 25 páginas con fotograbados.—Tirada de 200 ejemplares.

Giner de los Ríos (H.)—Manual de estética y teoría del arte é historia abreviada de las artes principales, con 168 grabados intercalados en el texto. En 4.°, XII-196 páginas.—3,50 pesetas.

Gironi (G.)—Tratado práctico de la molinería. En 4.°, XVI-225 páginas.—6 pesetas.

González de Mesa (N.)—La Soberbia; comedia. En 8.°, 105 páginas.—2 pesetas.

Guerra Ojeda (J.)—Espontáneas; poesías. En 8.°, 95 páginas.—1 peseta.

Guisado (M. de J.)—¿Quién fué el conde de Tóxar? En 8.°, 119 páginas.

Hauser y Menet.—Museo del Prado; reproducción en fototipia de sus primeros cuadros. Entregas 7 á 14. Cada entrega, que consta de 5 láminas, 3 pesetas.—La obra constará de 24 entregas.

Henrich y Urraza (E. y N.)—El Marqués de Asua, melodrama. En 8.°, 41 páginas.—1 peseta.

Heredia (N. de).—Escritos del Conde de Ofalia. En 4.°, 800 páginas.—10 pesetas.

Ibáñez (J. A.) y Martín Villoslada

(M.)—La Electricidad práctica. En 8.° menor, 519 páginas.—10 pesetas.

Jackson Veyán (J.)—Clases especiales, juguete cómico-lírico, en un acto y en verso. En 8.°, 32 páginas.—1 peseta.

—Un punto filipino, juguete cómico-lírico, en un acto. En 8.°, 36 páginas.—1 peseta.

Jiménez-Prieto (D.) y Candela (J. R.)—Los de Albacete, juguete cómico-lírico, en un acto. En 8.°, 32 páginas.—1 peseta.

—Roberto, juguete cómico-lírico, en un acto. En 8.°, 33 páginas.—1 peseta.

León y Domínguez (J. M.)—Beatificación de Fr. Diego José de Cádiz. En 4.°, 216 páginas.—2 pesetas.

Martínez Ruiz (J.)—Anarquistas literarios. Notas sobre la literatura española.—En 8.°, 70 páginas.—1 peseta.

Mélida (J. R)—Don Juan Decadente, novela. En 12.°, 185 páginas.—2,50 pesetas.

Menéndez y Pelayo (M.)—Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días. Tomo v. En 8.°, CCCVIII-136 páginas.—3 pesetas.

Millán (P.)—Tipos que fueron. En 8.°, 74 páginas.—1,50 pesetas.

Millares (A.)—Historia general de las Islas Canarias. Tomos VI y VII. En 4.°, 282 y 284 páginas.—3,50 pesetas cada tomo.

Molins (A. E. de).—Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX. Cuaderno 41. En 4.°, á dos columnas. (Tomo II, páginas 573 á 604.)—1 peseta cada cuaderno.

Monsabré (S. M. L.)—Conferencias de Nuestra Señora de París. Exposición del dogma católico. La vida futura. En 4.°, 189 páginas.—1,25 pesetas.

Morel-Fatio (A.) et Léonardon (M. H.)—Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France, depuis les traités de Westphalie jusqu'à la Révolution française. Tomo XI. «Espagne.» Avec une introduction et des notes, par A. Morel-Fatio, avec la collaboration de M. H. Léonardon. Tome premier. (1649-1700.) En 4.°, XXVII-527 páginas.

Morera y Llauradó (E.)—Tarragona antigua y moderna. En 4.°, 248 páginas.—4 pesetas.

Moya (A.)—Ejercicios de aritmética y geometría. En 8.° mayor, 96 páginas.—3 pesetas.

Ots y Esquerdo (V.)—La locura ante los tribunales, ó estudio médico-legal de la irresponsabilidad del loco. En 8.° mayor, 64 páginas.—1 peseta.

Pallares Arteta (L.)—Obras poéticas. Tomo I, Rimas. En 8.°, VI-98 páginas y un retrato.—3 pesetas.

Parada y Sautin (J.)—Anatomía pictórica. En 4.° menor, XVI-383 páginas.—9 pesetas.

Paradeda y Tapiola (J.)—Análisis gramatical, teórico-práctico, para uso de los alumnos de las escuelas elementales. En 8.°, 136 páginas.—1 peseta.

Pardo (M.) y Bosch (A.)—Discursos. En 4.°, 66 páginas.—Tema: Importancia de la química en la construcción.

Pérez Nieva (A.)—Los humildes. En 12.°, 190 páginas y retrato del autor.—0,50 pesetas.

Picatoste (V.)—Descripción é historia política, eclesiástica y monumental de España. Madrid (capital). En 12.°, 231 páginas con grabados intercalados en el texto. Encartonado.—1 peseta.

Reforma (La) en la segunda enseñanza; cartas que deben perderse. En 8.°, 103 páginas.—1 peseta.

Reina (M.)—La vida inquieta; poesías. En 8.°, 202 páginas.—3 pesetas.

Repullés y Vargas (E. M.)—La basílica de los Santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta en Avila. En fol. 126 páginas, grabados intercalados y 5 láminas fototipias. En tela.—12,50 pesetas. Biblioteca del «Resumen de Arquitectura.»

Restrepo Mejía (M.)—Gramática de la lengua castellana. En 8.° mayor, IV-II-215 páginas.

Reyes (R. de los).—Poesías. En 8.°, 262 páginas.—2 pesetas.

Royo Villanova (R.)—Diagnóstico de las enfermedades de la medula espinal. En 8.°, 429 páginas.—5 pesetas.

Sacristán y Zavala (A.)—Apuntes de Aritmética mercantil. En 8.°, 147 páginas.—3 pesetas.

Sagaseta (M.) y Gil (L.)—El telectrófoto. En 8.° mayor, 16 páginas y 2 láminas.—1 peseta.

Salinas Rodríguez (G.)—¡Lênda de horrore! (A mitra de ferro ardente): esquirta en verso no idioma regional. En 8.°, 95 páginas.—2 pesetas.

Sancho y Gil (F.)—Juegos florales y certamen científico-literario de Calatayud. Discursos pronunciados (en los). En 8.°, 87 páginas.

Serrano y Ortega (M.)—Glorias sevillanas. En 4.°, 923 páginas y 27 láminas.—20 pesetas.

Soroa Lasa (M.)—Azak eta naste, ó berzas y versos. Colección bilingüe de artículos, poesías, cuentos y cosiquerías, con dibujos alegóricos, y una obra dramática euskara inédita arreglada para hombres solos, 1.ª serie. En 8.°, 200 páginas. Por suscripción.—2,50 pesetas.

Terry y Rivas (A.)—Compensación de la aguja Thomson. En 8.°, 65 páginas y 3 láminas.—3 pesetas.

Tixera (J. de la).—Las fiestas de toros. Tirada de 25 ejemplares. En 4.°, 51 páginas.—10 pesetas.

Toro y Quartiellers (C.)—La luz y la pintura. En folio menor, XI-240 páginas y 123 láminas. Tela.—50 pesetas.

Urbano (R. A.)—Vida cómica; prosa y versos festivos. En 8.°, 256 páginas.—2,50 pesetas.

Urdaneta (A.)—¡Eureka! La verdadera acentuación castellana según el uso, la razón gramatical y la sanción de los maestros del idioma. En 4.°, 43 páginas.—0,50 pesetas.

Urrecha (F.)—Siguiendo al muerto. En 12.°, 185 páginas y retrato del autor.—0,50 pesetas.

INDICE

Págs.

Los Tres Arcos de Cirilo, novela, por Emilia Pardo Bazán..... 5
Goya, por Zeferino Araujo Sánchez..... 20
Recuerdos, por José Echegaray..... 46
Cartas inéditas de Cadalso, por Emilio Cotarelo..... 60
De los poemas históricos relativos á Chile, por M. Menéndez y Pelayo..... 97
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 126
La Literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo..... 140
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez..... 164
Obras nuevas..... 203

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO VII

Esta publicación ve la luz el día 1.° de cada mes en tomos en 4.° de más de 200 páginas, escrita por los mejores publicistas españoles. Publica en todos los números una sección con el título de *La Prensa Internacional*, en la cual se incluyen, íntegros ó extractados, los artículos de la prensa de todo el mundo que más hayan llamado la atención durante el mes.

CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

En España, seis meses, **diez y siete pesetas**; un año, **treinta pesetas.**—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, **cuarenta francos**, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París y Londres.—Todas las suscriciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números atrasados.—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO

Para publicarse á partir del 15 de Enero de 1895.

REVISTA DE DERECHO Y DE SOCIOLOGÍA

La **Revista de Derecho y de Sociología** se propone reflejar de una manera fiel y tan completa como sea posible, el movimiento general jurídico y sociológico contemporáneo.

La **Revista de Derecho y de Sociología** se publicará todos los meses en cuadernos de 128 páginas, tamaño é impresión análogos á *La España Moderna*.

La **Revista** contendrá normalmente las siguientes secciones:

1.ª Artículos doctrinales de autores españoles y extranjeros. 2.ª Noticias críticas bibliográficas extensas. 3.ª Movimiento de Revistas de España y del extranjero. 4.ª Consultas. 5.ª Tribunales: discusión y crítica de sentencias de todas las jurisdicciones é instancias, y resumen mensual de la jurisprudencia civil; penal y administrativa.

Condiciones de suscrición á la «Revista de Derecho y de Sociología»:

En España: un año, *veinte pesetas*. En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas: un año, *veinticinco francos*, enviando el importe á esta Administración en billetes ó en letras sobre Madrid, París ó Londres. Todas las suscriciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números que anteriormente hayan visto la luz. Para hacer la suscrición, dirigirse al Administrador de **La España Moderna** ó de la **Revista de Derecho y de Sociología**, Cuesta de Santo Domingo, núm. 16, principal. — Madrid.

España moderna

AÑO VII NÚM. LXXIV

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

FEBRERO 1895

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL JAPÓN Y LAS ISLAS FILIPINAS

La suprema lógica del instinto sin necesidad de los auxilios de la reflexión, da singular interés á la victoria del Japón sobre China. Los oradores que, desde la cátedra del Ateneo (1) han expuesto los hechos y estudiado el problema, han sido llevados por el curso de sus razonamientos á conclusiones idénticas; coincidencia tanto más elocuente cuanto que sus puntos de vista eran bien diversos; pero es dudoso, si la opinión se ha dado cuenta exacta de la importancia de lo que allí está sucediendo, único medio de galvanizar nuestra administración ultramarina y de atraer la mirada de los gobiernos, solicitada por angustiosas cuestiones de momento, á aquellas, que no siéndolo tanto, entrañan, sin embargo, mayores y más graves consecuencias.

Para ello sería preciso, ante todo, darse cuenta de lo que significa la victoria del Japón; porque para los que creen que se trata de un hecho casual y pasajero, de uno de esos accidentes de la historia de las naciones que se repiten y se asemejan, no hay razón que despierte el interés: en cambio, se

(1) D. Julián Suárez Inclán, coronel de Estado Mayor; D. Ramón Auñón, capitán de navío; D. Rafael Comenge, fiscal del Tribunal de lo Contencioso-administrativo de Filipinas, y D. Eduardo Toda, de la carrera consular.

hace grandísimo para los que se aperciben de que el imperio llamado del Sol naciente ha justificado su título, surgiendo del silencio y de la monotonía de la vida oriental en condiciones y con fuerza tales, que, una vez conocidas, sería insensato suponer habían de tener por únicas consecuencias la humillación de la China.

No lo piensan así los ingleses, cuyo gran periódico, á pesar de sus inclinaciones y simpatías hacia los chinos, escribía al resumir los acontecimientos de 1894.

«Con verdad puede decirse que el sueño secular en que dormía el Oriente se ha interrumpido de manera que ha maravillado al universo; y que en el conflicto con la torpe y pesada masa del Imperio chino, el Japón, que hace apenas treinta años vivía cerrado al comercio y á las ideas de Europa, ha dirigido por mar y tierra una victoriosa campaña, con tal celeridad, precisión científica é invariable éxito, que es difícil hallar en la historia europea (1), algo que con ella pueda compararse.»

Aceptando este aserto y admitiendo como fundado aquel juicio, el patriotismo requiere volver los ojos á los intereses españoles en el Pacífico, y examinar con atención la crítica situación en que va á encontrarse al archipiélago filipino.

I

Los antecedentes de la guerra actual son dato de la mayor importancia para el juicio del porvenir. Al transformar el Japón su antigua civilización injertando en ella la de Europa, no sólo se ha preocupado de su poder militar, como pu-

(1) *The Times*, 31 de Dicembre; Juicio del año 94.

diera á primera vista creerse. Su transformación ha tocado todos los organismos de la vida nacional, pero principalmente aquellos de acción honda y permanente: la instrucción, la enseñanza, la cultura social en todos sus aspectos, las obras públicas, la administración de las fuerzas vivas del país, y como complemento de todo esto y medio de dar satisfacción á necesidades ingénitas, la creación y organización de fuerzas militares de mar y tierra que garantice la supremacía á que ya tiene derecho y la expansión á que aspira.

La población del Japón se ha desarrollado siempre con increible rapidez. La riqueza del suelo (1), la sobriedad de los habitantes, su aplicación al trabajo, y su habilidad para hacerlo productivo y agradable, su instinto artístico, que convierte en atractivos muchos de los elementos de cultura que para nosotros los europeos son antipáticos, y el vigor de la raza, han dado siempre al Japón tal vitalidad, que los que conocen su historia pretenden que el carácter legal que allí tiene la prostitución, ha nacido de la necesidad de contener su gran fuerza reproductiva. Aun teniéndolo por exacto, todavía resultará que hoy se acomodan difícilmente en aquellas islas 41 millones de habitantes y que para poder mantenerlos necesitan una gran expansión territorial, enviando su población á las islas cercanas en primer término, á los continentes lejanos más adelante.

Por eso ya en 1891, enviaron su escuadra á recorrer los mares del hemisferio Austral para reconocer los territorios que, no estando todavía ocupados por naciones cristianas, pudieran ser objeto de la colonización japonesa. Por eso también ocuparon las islas Sulphur al Norte de las Marianas y esa idea preocupaba á sus ministros, cuando en el año 87, durante la visita que el general Terreros á su vuelta de Filipinas hizo á Yedo, uno de sus ministros trató de averiguar, como la cosa

(1) La sola cosecha de arroz es considerada como superior á la de todos los granos y cereales que produce el Imperio ruso.

más natural y sencilla, las condiciones bajo las cuales podría el gobierno de España cederles las islas Marianas.

Y por eso también se prevé que el desenlace más probable de la actual contienda será la ocupación de la isla Formosa, prolongación natural del Archipiélago japonés, y desde la cual, una vez poblada y cultivada, se encontrarán en el camino de aquellas otras islas esparcidas entre la de Formosa y la de Luzón.

En todas ellas encontrarán una población china, activa, movible y explotadora del comercio, aun cuando no apegada á la tierra, población que ha llegado á tener gran influencia en Filipinas y ese encuentro habrá de dar inevitable ocasión á choques y á competencias que influirán no poco en la política, en la administración y en el porvenir de Filipinas.

II

Para entrar con acierto en el examen de esta cuestión, importa saber cuáles son las relaciones actuales de España con el Japón, y hasta donde esto sea prudente y posible, el juicio y la apreciación que de nuestro poder y fuerza se han formado los que dirigen aquel Imperio. En cuanto á lo primero, conviene consignar que todos los gobernadores generales de Filipinas y sus autoridades más inteligentes se han ocupado siempre del Japón; han visto en sus puertos un mercado riquísimo para Filipinas, en su raza los elementos de una emigración que, al contrario de lo que hace la raza china, se apega al suelo, forma familia y se incorpora al territorio, y en las diversas combinaciones que se podían prever antes de la revelación que de su propia vitalidad ha hecho el Japón, un aliado

importante ó un enemigo poderoso, según las circunstancias del momento.

Abundando en esas ideas, ya en 1888 el ministerio de Estado prevenía al de Ultramar la conveniencia de intimar nuestras relaciones con el Japón, y no faltaron diplomáticos inteligentes que aconsejaran con empeño, aunque sin resultado, se creara una sociedad española para el monopolio del tabaco á la sazón ofrecido por los japoneses y que al fin quedó en manos de una sociedad holandesa. Perdimos esa ocasión, y abandonamos por inercia ventajas considerables para la producción filipina; pero el interés que el Japón inspiraba subsiste en el Archipiélago, hasta el punto de que hace un año el actual gobernador general, marqués de Peñaplata, nombró una comisión que preparase un tratado y estudiase la forma de desarrollar relaciones económicas entre ambos pueblos (1). Pero como nos ocurre con frecuencia, cuando eran necesarios los actos, se estaba todavía en el período de las preparaciones, y mientras se pensaba en negociar, Inglaterra firmaba en Agosto último un tratado que formará época en las relaciones de Europa con el Japón.

En cuanto á la apreciación que los japoneses hacen de España, forzoso es decir, y vale más no ocultarlo, que es benévola pero no entusiasta. Lo cual proviene de algo que no saben explicarse, porque cuando todas las naciones europeas se han disputado con empeño la ocasión y los medios de concurrir á la obra de renovación del Japón y le han ofrecido ingenieros, artistas, mecánicos, profesores, oficiales y cuanto les ha servido para su instrucción técnica, científica é industrial, España no ha mostrado el menor empeño, ni aun formulado el más pequeño deseo de tomar parte en aquel concurso.

Otra reflexión muy curiosa hecha por un personaje japonés á un diplomático español, capaz de apreciarla en toda su ex-

(1) D. Rafael Comenge y D. Ricardo Avilés fueron los funcionarios, con gran acierto, escogidos para esta misión.

tensión, ayuda á explicar la idea que el pueblo japonés tiene de España. En el anhelo con que han perseguido la civilización europea y en el afán con que se la han asimilado, no han podido menos de extrañar que un pueblo de tanto renombre en la historia como el español, pudiera vivir en Europa y no sacar partido, ventaja, ni provecho de esos mismos grandes progresos que con tanto interés se han asimilado ellos. En cambio han podido apreciar el emporio que España posee en Filipinas, quizá conocen nuestra manera de administrarlo; con seguridad saben las fuerzas que en el archipiélago tenemos y aquellas de que podemos disponer en caso extremo, y seguramente no han dejado de estimar en cuanto vale la condición de nuestros soldados y de nuestros marinos, especialmente de éstos, á quienes en cuantas ocasiones han visitado sus puertos, han prodigado atenciones que hacen honor á la perspicacia con que saben juzgar el fondo y las condiciones de la raza española.

De todas maneras, saben seguramente que de todas las naciones europeas con quienes el Japón ha de estar, por su geografía, en íntimo contacto, hay dos, Rusia y España, que le interesan en primer término. Rusia, por su vecindad con Corea y por su interés naval en el norte del Pacífico; España, por sus posesiones de Filipinas y por su posición estratégica y valiosísima en medio de aquellos mares y en la primera etapa de las expansiones del Japón.

Importa, pues, hacernos conocer, y sobre todo hacernos juzgar con exactitud. Los japoneses son una raza fría, observadora é inteligente: la manera de influir en ellos es hacerlos ver, con nuestra previsión, que tenemos conciencia de nuestra posición y de nuestros destinos, con la rapidez y energía en los procedimientos que la voluntad responde á la conciencia de nuestro propio valer.

III

Pocas gentes en Europa, sin excluir los diplomáticos, conocían el verdadero estado del extremo Oriente y la proximidad del conflicto entre China y el Japón, cuando en el mes de Agosto el telégrafo anunció á los gabinetes europeos que los periódicos de Yokohama publicaban el texto de un tratado de comercio concertado entre el Japón é Inglaterra, cuya base era el reconocimiento de la soberanía del imperio y la renuncia por parte de Inglaterra de la jurisdicción consular que á título de infamante inferioridad pesaba sobre el Japón.

Hace honor á la diplomacia inglesa haberse adelantado á los hechos militares que pocos días después empezaron, y después de los cuales el Japón se encuentra ya en el caso de dictar condiciones; pero le da todavía mayor crédito el haber aprovechado las circunstancias para abrir por completo el Imperio á la industria, al comercio y á la investigación de los europeos.

Si el naciente Imperio reclamaba con razón el derecho de juzgar en sus tribunales á todo el mundo como los países civilizados; si sacudía de una vez para siempre la degradante inferioridad de ver en su propio territorio actuar los tribunales extranjeros, y si de esta manera reclamaba y obtenía plaza entre las naciones civilizadas, lógico era que, á su vez, hiciese desaparecer las trabas y abriese por doquiera ancho camino á la industria, á la navegación y hasta á la curiosidad europea, y como consecuencia inevitable sujetase sus tarifas aduaneras á una convención que los ingleses querían durase veinte años, y ellos redujeron á doce, y por la cual adquirieron el de-

recho de elevar las tarifas de introducción sobre los artículos de mayor consumo, obteniendo en cambio los ingleses la rebaja de la mayor parte de los productos industriales.

Esa iniciativa, que tan útil ha de ser para Inglaterra, España hubiera podido tomarla desde el año 88. Su gobierno sabía ya entonces que se acercaba ese momento, y sabía, sobre todo, que le era tanto más fácil negociar un tratado, cuanto que España no tenía en aquellos puertos los intereses ni los temores que el comercio inglés y el norteamericano. No se hizo, y ya es tarde para tomar la iniciativa, pero no lo es todavía, por fortuna, para sacar partido de las nuevas circunstancias.

IV

De las anteriores premisas se deduce una consecuencia tan lógica como inevitable. La situación á que en el mundo llega el Japón, elevándose de pronto al rango de nación de primer orden, implica una transformación radical en las relaciones de Europa con el mundo oriental, y especialmente con las posesiones que España tiene en aquellos mares. Negarse á reconocerlo, esperando acontecimientos que no tardarían en presentarse, sería dormirse sobre los rails fiado en que la vibración producida sobre ellos por la locomotora avisará á tiempo el peligro. Esto no quiere decir, ni está en el pensamiento del que estas líneas escribe, que el cambio y la transformación que en el extremo Oriente se verifica, implique necesariamente la guerra, ni siquiera sugiera temores á hostilidades, que nos aperciban á la defensa inmediata y á la organización de nuestros elementos militares en el archipiélago filipino. Esta cues-

tión es para tratada aparte, porque no se enlaza más íntimamente con lo que vengo diciendo, que con otros aspectos de las relaciones interiores de España. Lo que aquí importa consignar es que lo que está ocurriendo en los mares orientales nos interesa profundamente bajo dos aspectos: primero por la influencia que ha de ejercer en aquellas poblaciones indígenas la gloria y poderío á que de pronto se eleva una parte de su propia raza, la raza malaya. De su humillación y abatimiento ante la raza caucásica, aun en los dos grandes imperios del extremo Oriente, han participado en mayor ó menor grado todos los pueblos de iguales orígenes: de la regeneración, de la fuerza, de la elevación que alcanza hoy uno de sus pueblos, habrán de participar todos los que de él se sienten hermanos ó afines; por lo cual hay que apercibirse desde ahora á la sacudida que á modo de corriente eléctrica va á cruzar los territorios del pacífico, como eco de la victoria del Japón. Seguir gobernando Filipinas con los mismos procedimientos, con la misma falta de criterio ó con la misma lenta, perezosa y descuidada administración que hasta ahora hemos empleado, es absolutamente imposible: ese sistema y ese procedimiento ha perecido al mismo tiempo que el prestigio de la China en la boca del Yalú ó en los muros de Port-Arthur.

La otra razón, y no menos poderosa, es la atracción que para el comercio, la industria y la civilización en todas sus manifestaciones va á ejercer el nuevo foco encendido en el Imperio del *Sol naciente*. Antes sus puertos estaban cerrados, su territorio prohibido, su vida interior reservada: hoy sus puertos se abren, los europeos viajarán por todas partes, sus agentes se establecerán en todos los sitios, y al llegar allí atraídos por la riqueza y solicitados por el llamamiento del país, lo encontrarán preparado á recibirlos por la instrucción, los progresos y las reformas de estos últimos treinta años, realizados por maestros europeos llevados por los príncipes japoneses. En esta concurrencia, llegarán antes los que estén más cerca, y llegarán en mejores condiciones los que tengan pro-

ductos solicitados por aquel mercado; y como el Japón consume, principalmente azúcar y tabaco, Filipinas no debe encontrar rival para sus dos grandes productos. Con ellos sólo la navegación recibiría poderoso impulso y la bandera española llegaría en paz á aquellos puertos donde apenas es conocida y adonde sería saludada con júbilo.

Pero no es esto sólo. Las líneas de navegación peninsulares, con sólo prolongarlas desde el puerto de Manila, llegarán á Corea y Japón, para llevarles con los productos filipinos, uno peninsular, que seguramente encontrará inmediato mercado, el vino, sobrante por todas partes en España, y al cual los japoneses han mostrado grandísima inclinación siempre que han tenido ocasión de gustarlo. Aquel pueblo rico y hoy llamado á los lujos y satisfacciones de la victoria, sólo bebe un mal aguardiente destilado de arroz llamado *saki:* nuestro vino, barato y sano, tendría allí un mercado que, á poco que se desarrollase, habría de bastar para absorber los cinco millones de hectolitros que hemos dejado de enviar á Francia. Y cuenta que como allí no están preparados, ni las construcciones, ni los puertos para las grandes bodegas y depósitos, el vino habrá de ir principalmente en botellas, con lo cual se desarrollará poderosamente la industria y comercio de los envases.

Estas dos observaciones se resumen en una sola palabra: iniciativa de los gobernantes españoles, atención, cariño, preocupación constante de cuanto á Filipinas concierne, y eso, no sólo por lo que ellas son, valen y tienen derecho á pedir de nosotros, sino por el interés de quien está llamado á utilizar una inmensa fuente de riqueza y administrar un imperio que, medio oculto á nuestras distraídas miradas en las sombras del extremo Oriente, aparece de pronto iluminado con claridad vivísima que nos evidencia á un tiempo su importancia, sus peligros y sus extraordinarias riquezas (1).

(1) A las ideas aquí expuestas en resumen, dió forma concreta y

V

Si por combinaciones de la suerte y accidentes de la fortuna, las islas Filipinas fueran un país ignorado como hace cuatro siglos, y los españoles, descubriéndolas hoy, las incorporasen á su patria, ese descubrimiento y esa incorporación se considerarían, y con razón, como una de las mayores fortunas conocidas en la historia, y como uno de los mayores beneficios reservados por Dios á las naciones. ¿Qué valen las posesiones asiáticas, que con tanto esfuerzo procuran asimilarse los franceses, Siam, Annam, Tonkín, qué vale Madagascar, qué representa Burma y aun los grandes territorios africanos que con empeño se disputan las principales naciones de Europa, comparadas con el Archipiélago filipino? Colonización, comercio, fuerza militar, mercados poderosos y seguros, gérmenes de riqueza de facilísimo desarrollo y de cuantiosísimos resultados, influencia decisiva en los mares del hemisferio austral, todo eso se presentaría de un golpe á los espíritus reflexivos, y todas esas grandezas, serían justificadas y fundadas. Pues bien; todo eso lo tenemos y todo eso aparece ahora más fuerte, más rico, más poderoso, más susceptible de nuevo desarrollo y más productivo de bienes, al contemplar con reflexiva atención lo que significa para Filipinas el renacimiento del Japón, y para el mundo civilizado la revelación de ese nuevo poder.

No sería exacto, pero tampoco sería patriótico, decir que

práctica el ministerio de Estado en dos reales órdenes dirigidas, la una al ministerio de Ultramar y la otra á la Presidencia del Consejo de Ministros, en Octubre último.

hemos sabido aprovecharnos hasta ahora de ese don de la Providencia, llamado el archipiélago filipino. Los que así lo piensen, en vez de lanzarse á la fácil censura, que se preparen y ayuden á sacar partido de estas circunstancias, y con el aguijón para los unos del peligro futuro, con el estímulo para los otros de positivas é inmediatas ventajas, y con el anhelo para todos de cumplir la misión civilizadora de España en Filipinas, contribuyan á crear una opinión que imprima á los gobiernos la dirección de que hoy carecen y les exija el cumplimiento de tan altísima misión, pensando que esas cuestiones son las que ensanchan y levantan el espíritu público, lo vigorizan y lo apartan de aquellas otras viles, raquíticas y miserables en que se empequeñece hoy el alma española y entre las cuales se aniquilan las fuerzas más nobles y más vivas del país.

S. MORET Y PRENDERGAST.

EN TORNO AL CASTICISMO

La tradición eterna.

Tomo aquí los términos *castizo* y *casticismo* en la mayor amplitud de su sentido corriente.

Castizo, deriva de *casta,* así como *casta* del adjetivo *casto,* puro. Se aplica de ordinario el vocablo *casta* á las razas ó variedades puras de especies animales, sobre todo domésticas, y así es como se dice de un perro que es «de buena casta», lo cual originariamente equivalía á decir que era de raza pura, íntegra, sin mezcla ni mesticismo alguno. De este modo *castizo* viene á ser puro y sin mezcla de elemento extraño. Y si tenemos en cuenta que lo castizo se estima como cualidad excelente y ventajosa, veremos cómo en el vocablo mismo viene enquistado el prejuicio antiguo, fuente de miles de errores y daños, de creer que las razas llamadas puras y tenidas por tales son superiores á las mixtas, cuando es cosa probada, por ensayos en *castas* de animales domésticos y por la historia además, que si bien es dañoso y hasta infecundo á la larga todo cruzamiento de razas muy diferentes, es, sin embargo, fuente de nuevo vigor y de progreso todo cruce de castas donde las diferencias no preponderen demasiado sobre el fondo de común analogía.

Se usa lo más á menudo el calificativo de *castizo* para de-

signar á la lengua y al estilo. Decir en España que un escritor es castizo, es dar á entender que se le cree más español que á otros.

Escribe claro el que concibe ó imagina claro, con vigor quien con vigor piensa, por ser la lengua un vestido trasparente del pensamiento; y hasta cuando uno, preocupado con el deseo de *hacerse estilo*, se lo forma artificioso y pegadizo, delata un espíritu de artificio y pega, pudiendo decirse de él lo que de las autobiografías, que aun mintiendo revelan el alma de su autor. El casticismo del lenguaje y del estilo no son, pues, otra cosa que revelación de un pensamiento castizo. Recuerde á este propósito el lector cuáles son, entre los escritores españoles de este siglo, los que pasan por más castizos y cuáles por menos, y vea si entre aquéllos no predominan los más apegados á doctrinas tradicionales de vieja capa castellana, y entre los otros los que, dejándose penetrar de cultura extraña, apenas piensan en castellano.

Pienso ir aquí agrupando las reflexiones y sugestiones que me han ocurrido pensando en torno á este punto del casticismo, centro sobre que gira torbellino de problemas que suscita el estado mental de nuestra patria. Si las reflexiones que voy á apuntar logran sugerir otras nuevas á alguno de mis lectores, á *uno solo*, y aunque sólo sea despertándole una humilde idea dormida en su mente, *una sola*, mi trabajo tendrá más recompensa que la de haber intensificado mi vida mental, porque á una idea no hay que mirar por de fuera, envuelta en el nombre para abrigarse y guardar la decencia, hay que mirarla por de dentro, viva, caliente, con alma y personalidad. Sé que en el peor caso, aunque estas hojas se sequen y pudran en la memoria del lector, formarán en ella capa de mantillo que abone sus concepciones propias.

Lo más de lo que aquí lea le será familiarísimo. No importa. Hace mucha falta que se repita á diario lo que á diario *de puro sabido se olvida*, y piense el lector en este terrible y fatal fenómeno. Me conviene advertir, ante todo, al lector de espíritu nota-

riesco y silogístico, que aquí no se prueba nada con certificados históricos ni de otra clase, tal como él entenderá la prueba; que esto no es obra de la que él llamaría *ciencia;* que aquí sólo hallará retórica el que ignore que el silogismo es una mera figura de dicción. Me conviene también prevenir á todo lector respecto á las afirmaciones cortantes y secas que aquí leerá y á las *contradicciones* que le parecerá hallar. Suele buscarse la verdad completa en el *justo medio* por el método de remoción, *via remotionis,* por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega á una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir otro método, el de afirmación alternativa de los contradictorios; es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha.

Tenga, pues, paciencia cuando el ritmo de nuestras reflexiones tuerza á un lado, y espere á que en su ondulación tuerza al otro y deje se produzca así en su ánimo la resultante, si es que lo logro.

Bien comprendo que este proceso de vaivén de hipérboles arranca de defecto mío, mejor dicho, de defecto humano; pero ello da ocasión á que el lector colabore conmigo, corrigiendo con su serenidad el mal que pueda encerrar tal procedimiento rítmico de contradiciones.

I

Elévanse á diario en España amargas quejas porque la cultura extraña nos invade y arrastra ó ahoga lo castizo, y va zapando poco á poco, según dicen los quejosos, nuestra personalidad nacional. El río, jamás extinto, de la invasión *europea*

en nuestra patria, aumenta de día en día su caudal y su curso, y al presente está de crecida, fuera de madre, con dolor de los molineros á quienes ha sobrepasado las presas y tal vez mojado la harina. Desde hace algún tiempo se ha precipitado la europeización de España; las traducciones pululan que es un gusto; se lee entre cierta gente lo extranjero más que lo nacional y los críticos de más autoridad y público nos vienen presentando literatos ó pensadores extranjeros. Algunos hay que han hecho en este sentido por la cultura nacional más que en otro cualquiera, abriéndonos el apetito de manjares de fuera, sirviéndonoslos más ó menos aderezados á la española. Y hasta Menéndez y Pelayo, «español incorregible que nunca ha acertado á pensar más que en castellano» (así lo cree por lo menos, cuando lo dice), que á los veintiún años, «sin conocer del mundo y de los hombres más que lo que dicen los libros», regocijó á los molineros y surgió á la vida literaria, defendiendo con brío en «La Ciencia Española» la causa del casticismo, dedica lo mejor de su «Historia de las ideas estéticas *en España*», su parte más sentida, á presentarnos la cultura europea contemporánea, razonándola con una exposición aperitiva. Cada vez se cultivan más las lenguas vivas, hay muchos ya que casi piensan en ellas, y aun cuando prescindamos de los efectos que han dado ocasión á que corra por ahí y se utilice un «Diccionario de galicismos», nos hallamos á menudo con escritores que escriben francés traducido á un castellano de regular corrección *gramatical*.

«¡Mi yo, que me arrancan mi yo!», gritaba Michelet, y una cosa análoga gritan los que, con el agua al cuello, se lamentan de la crecida del río. De cuando en cuando, agarrándose á una mata de la orilla, lanza algún rehacio conminaciones en esa lengua de largos y ampulosos ritmos oratorios que parece se hizo de encargo para celebrar las venerandas tradiciones de nuestros mayores, la alianza del altar y el trono y las glorias de Numancia, de las Navas, de Granada, de Lepanto, de Otumba y de Bailén.

Más bajo, mucho más bajo y no en tono oratorio, no deja de oirse á las veces el murmullo de los despreciadores sistemáticos de lo castizo y propio. No faltan entre nosotros quienes, en el seno de la confianza, revelan hiperbólicamente sus deseos manifestando un voto análogo al que dicen expresó Renán cuando iban los alemanes sobre París, exclamando: ¡que nos conquisten! Estaría sin duda pensando entonces el historiador del pueblo de Israel en aquella doctrina con tanto amor puesta por él de realce, en aquella doctrina de anarquismo y de sumisión de que fué profeta Jeremías en los días del rey Josías, al pedir que los israelitas se sometieran al yugo de los caldeos para que, purificados en la esclavitud y el destierro de sus disensiones y vicios internos, pudieran llegar á ser el pueblo de la justicia del Señor.

Mas no hace falta *conquista*, ni la conquista purifica, porque á su pesar y no por ella, se civilizan los pueblos. No hizo falta que los alemanes conquistaran á Francia; sirvió la paliza del 70 de ducha que hiciera brotar y secarse las corrupciones del segundo imperio. Para nosotros tuvo un efecto análogo la francesada. El Dos de Mayo es en todos sentidos la fecha simbólica de nuestra regeneración, y son hechos que merecen meditación detenida, hechos palpitantes de contenido, el de que Martínez Marina, el teorizante de las Cortes de Cádiz, creyera resucitar nuestra antigua teoría de las Cortes mientras insuflaba en ella los principios de la revolución francesa, proyectando en el pasado el ideal del porvenir de entonces, el que un Quintana cantara en clasicismo francés la guerra de la Independencia y á nombre de la libertad patria la libertad del 89, y otros hechos de la misma casta que estos. La invasión fué dolorosa, pero para que germinen en un suelo las simientes no basta echarlas en él, porque las más se pudren ó se las comen los gorriones; es preciso que antes la reja del arado desgarre las entrañas de la tierra, y al desgarrarla suele tronchar flores silvestres que al morir regalan su fragancia. Si el arador es un Burns se enternece y dedica un tierno re-

cuerdo poético, una lágrima cristalizada, á la pobre margarita segada por la reja, pero sigue arando, y así sus prójimos sacan de su trabajo pan para el cuerpo y reposo para el alma, mientras la margarita, podrida en el surco, sirve de abono.

Lo mismo los que piden que cerremos ó poco menos las fronteras y pongamos puertas al campo que los que piden más ó menos explícitamente que nos conquisten, se salen de la verdadera realidad de las cosas, de la eterna y honda realidad, arrastrados por el espíritu de anarquismo que llevamos todos en la medula del alma, que es el pecado original de la sociedad humana, pecado no borrado por el largo bautismo de sangre de tantas guerras. Piden un nuevo Napoleón, un gran anarquista, los que tiemblan de las bombas del anarquismo y mantienen la paz armada, fuente de él.

Es una idea arraigadísima y satánica, sí, satánica, la de creer que la subordinación ahoga la individualidad, que hay que resistirse á aquélla ó perder ésta. Tenemos tan deformado el cerebro, que no concebimos más que ser ó amo ó esclavo, ó vencedor ó vencido, empeñándonos en creer que la emancipación de éste es la ruina de aquél. Ha llegado la ceguera al punto de que se suele llamar individualismo á un conjunto de doctrinas conducentes á la ruina de la individualidad, al manchesterismo tomado en bruto. Por fortuna, la esencia de éste cuando nació potente fué el soplo de la libertad y la desaparición de las trabas artificiales, de las cadenas tradicionales; aquel «dejad hacer y dejad pasar» que predicaron los economistas *ortodoxos* traerá la *ley natural* que ellos buscaban, la verdadera y honda ley natural social, la que ha producido la sociedad misma, su ley de vida, la ley de solidaridad y subordinación. Más que ley natural es ésta sobrenatural, porque eleva la naturaleza al ideal naturalizándola más y más. Pero así como los que hoy se creen legítimos herederos del manchesterismo porque guardan su cadáver, se alían á los herederos de los que le combatieron, y se alían á éstos para aho-

gar el alma de la libertad que el manchesterismo desencadenó, así conspiran á un fin los que piden muralla y los que piden conquista. Querer enquistar á la patria y que se haga una cultura lo más exclusiva posible, calafateándose y embreándose á los aires colados de fuera, parte del error de creer más perfecto al indio que en su selva caza su comida, la prepara, fabrica sus armas, construye su cabaña, que al relojero parisiense que puesto en la selva moriría acaso de hambre y de frío. Hay muchos que llaman preferir la felicidad á la *civilización* el buscar el sueño; hay muchos en cuyo corazón resuena grata la voz de la tentación satánica que dice: «ó todo ó nada.»

Es cierto que los que van de cara al sol están expuestos á que los ciegue éste, pero los que caminan de espaldas por no perder de vista su sombra de miedo de perderse en el camino ¡creen que la sombra guía al cuerpo! están expuestos á tropezar y caer de bruces. Después de todo, aun así caminan hacia adelante, porque el sol del porvenir les dibuja la sombra del pasado.

II

Piden algunos ciencia y arte españoles, y este es el día en que, después de oirles despacio, no sabemos bien qué es ello... ¡se llama ciencia á tantas cosas y á tantas se llama arte! Dicen los periódicos que *la ciencia dice* esto ó lo otro cuando habla un hombre ¡como si la ciencia fuera un espíritu santo! y aunque nadie si se para á pensar cree en tan grosera blasfemia, las gentes no se paran de ordinario á pensar y arraigan en la impunidad los disparates. Los más atroces, aquellos de que se apartan todos si los ven desnudos, sirven de base á ra-

zonamientos de todos, dan vida á argumentos y pseudo-razones que engendran á su vez violencias y actos de salvajismo.

A todos nos enseñan lo que es la ciencia, y lo olvidamos al tiempo mismo que lo estamos aprendiendo, en un solo acto. Olvidamos que la ciencia es algo vivo, en vías de formación siempre, con su fondo formado y eterno y su proceso de cambio.

De puro sabido se olvida que la representación del mundo no es idéntica en dos hombres, porque no son idénticos ni sus ambientes ni las formas de su espíritu, hijas de un proceso de ambientes. Pero si todas las representaciones son diferentes, todas son traducciones de un solo original, todas se reducen á unidad, que si no los hombres no se entenderían, y esa unidad fundamental de las distintas representaciones humanas es lo que hace posible el lenguaje y con éste la ciencia.

Como cada hombre, cada pueblo tiene su representación propia y en la ciencia se distingue por su preferencia á tal rama ó á tal método, pero no puede en rigor decirse que haya ciencia nacional alguna. Todo lo que se repita y vuelva á repetir el trivialísimo lugar común de que la ciencia no tiene nacionalidad, todo será poco, porque siempre se lo olvidará de puro sabido y siempre *se hará ciencia* para cohonestar actos de salvajismo é injusticia. ¡Cuánto no ha influido la suerte de la Alsacia y la Lorena en el cultivo de la sociología en Francia y Alemania! La obra de Malthus, ¿no tuvo como razón de ser el propinar un bálsamo á la conciencia turbada de los ricos? El proceso económico ó el político explican el proceso de sus ciencias respectivas. ¡Cuán lejos estamos de la verdadera religiosidad, de la *pietas* que anhelaba Lucrecio, de poder contemplarlo todo con alma serena, *paccata posse omnia mente tueri!*

Si hablamos de geometría alemana ó de química inglesa, decimos algo, ¡y no es poco decir algo! pero decimos más si hablamos de filosofía germánica ó escocesa. Y decimos algo,

porque la ciencia no se da nunca pura, porque la geometría y más que ella la química y muchísimo más la filosofía, llevan algo en sí de pre-científico, de sub-científico, de sobre-científico, como se quiera, de intra-científico en realidad y este algo va teñido de *materia* nacional. Esto en la filosofía es enorme, es el alma de esa conjunción de la ciencia con el arte, y por ello tiene tanta vida, por estar preñada de intra-filosofía. Y es que como el sonido sobre el silencio, la ciencia se asienta y vive sobre la ignorancia viva. Sobre la ignorancia viva, porque el principio de la sabiduría es saber ignorar; sobre la viva y no sobre la muerta como quieren asentarla los que piden ciencia de proteccionismo. Y aquí tolere el lector que dejando por el pronto suspendido este oscuro cabo suelto prosiga al hilo de mis reflexiones.

La representación brota del ambiente, pero el ambiente mismo es quien le impide purificarse y elevarse. Aquí se cumple el misterio de siempre, el verdadero misterio del pecado original, la condenación de la idea al tiempo y al espacio, al cuerpo. Así vemos que el nombre, cuerpo del concepto, al que le da vida y carne, acaba por ahogarle muchas veces si no sabe redimirse. Del mismo modo la ciencia, que arrancando del conocimiento vulgar, ligado al ambiente exclusivo y *nacional*, empieza sirviéndose de la lengua vulgar, moriría si poco á poco no fuera redimiéndose, creando su tecnicismo según crece, haciéndose su lengua universal conforme se eleva de la concepción vulgar. A no ser por el latín, no hubiera habido filosofía escolástica en la Edad Media; al latín universal y muerto debió su cuerpo y su pecado original también.

Un conocimiento va entrando á ser científico conforme se hace más preciso y organizado, conforme va pasando de la precisión cualitativa á la cuantitativa. En un tiempo la verdadera ciencia científica era la matemática; la física ha entrado en el período realmente científico cuando subordinándose á la mecánica racional, se ha hecho matemática y se ha pasado de la alquimia á la química al reducir la previsión cualitativa

de cambios químicos á previsión cuantitativa según peso, número y medida. Este proceso lo han descrito á las mil maravillas Whewell y Spencer. Refresque el lector sus enseñanzas, medite un rato acerca de ellas y sigamos.

A medida que la ciencia, pasando de la previsión meramente cualitativa á la cuantitava, va purificándose de la concepción vulgar, se despoja poco á poco del lenguaje vulgar, que sólo expresa cualidades, para revestirse del *nacional*, científico, que tiende á expresar lo cuantitativo. Los castizos nombres *agua fuerte, sosa, piedra infernal, salitre, aceite de vitriolo,* evocan en quien conoce esos cuerpos la imagen de un conjunto de cualidades, cuyo conocimiento es utilísimo en la vida, pero los nombres *ácido nítrico, carbonato sódico, nitrato de plata, nitrato potásico, ácido sulfúrico,* despiertan una idea más precisa de esos cuerpos, marcan su composición, y no ya estos nombres, las fórmulas que apenas se agarran al lenguaje vulgar por un hilillo, HNO_3, $NaCO_3$, $AgNO_3$, KNO_3, H_2SO, suscitan un concepto *cuantitativo* de esos cuerpos. El que conoce el *vinagre* como $C_2H_4O_2$ y el *espíritu de vino* como C_2H_5. OH, sabe de estos, *científicamente*, más que el que sólo los conoce por el nombre vulgar y castizo. ¡Cuán preferible es la fórmula $C_6H_4(OH)_2$ á este terminacho, híbrido de lengua vulgar y científica, *metahidroxibencina!* Ya en la distinción lingüística entre *ácido sulfuroso* y *ácido sulfúrico* iba un principio de distinción científica, pero, ¡cuanto mayor es ésta en la diferencia de fórmulas H_2SO_3 y H_2SO_4! Como el cardo corredor, así los conceptos científicos, cuando rompen el lazo que les ataba á las raíces enterradas en el suelo en que nacieron, es cuando pueden, libres, ir á esparcir su simiente por el mundo. ¡Si todas las ciencias pudieran hacerse un álgebra universal, si pudiéramos prescindir en la economía política de esas condenadas palabras de *valor, riqueza, renta, capital,* etc., tan preñadas de vida, pero tan corrompidas por pecado original! Un álgebra les serviría de bautismo á la vez que extraeríamos ciencia de su fondo histórico, metafórico.

Aquí tenemos la ventaja del empleo de la lengua griega en el tecnicismo científico, que *estén en griego* los vocablos y que perdiendo el peso de la tradición permitan el vuelo de la idea.

¿Que esto es abogar por la fórmula y contra la idea? ¡Como si las fórmulas no tuvieran vida! ¡Como si una nube que descansa en un risco no tuviera más vida que el risco mismo! ¡Nebulosidades!... de ellas baja la lluvia fecundante, ellas llevan á que se sedimente en el valle el detritus de la roca. Cuando no se cree más que en la vida de la carne, se camina á la muerte.

¡Qué hermoso fué aquel gigantesco esfuerzo de Hegel, el último titán, para escalar el cielo! ¡Qué hermoso fué aquel trabajo hercúleo por encerrar el mundo todo en fórmulas vivas, por escribir el álgebra del universo! ¡Qué hermoso y qué fecundo! De las ruinas de aquella torre, aspiración á la ciencia absoluta, se han sacado cimientos para la ciencia positiva y sólida; de las migajas de la mesa hegeliana viven los que más la denigran. Comprendió que el mundo de la ciencia son formas enchufadas unas en otras, formas de formas y formas de estas formas en proceso inacabable, y quiso levantarnos al cenit del cielo de nuestra razón, y desde la forma suprema hacernos descender á la realidad, que iría purificándose y abriéndose á nuestros ojos, razionalizándose. Este sueño del Quijote de la filosofía ha dado alma á muchas almas, aunque le pasó lo que al barón de Münchhausen, que quería sacarse del pozo tirándose de las orejas. Tenía que hablar una lengua, lengua nacional, y el lenguaje humano es pobre para tal empresa, que era la empresa nada menos que de hacernos dioses. Fué—dicen algunos—la revelación del satanismo (1) y luego ha venido el convertirse Nabucodonosor, que quiso ser dios, en bestia

(1) Por serlo, admiran á Hegel los que adoran á Satanás *al revés*, los que en realidad creen en una especie de divinidad de que son dos formas Dios y el Demonio, los absolutistas que creen lo más lógico dentro del liberalismo, el anarquismo.

y andar hozando el suelo para extraer raíces de que alimentarse. Esta es una atroz blasfemia en que nos detendremos más adelante.

¡Formas enchufadas unas en otras, formas de formas y formas de estas formas en proceso inacabable es el mundo de la ciencia, en que se busca lo cuantitativo de que brotan las cualidades! Pero si dentro de las formas se halla la cantidad, dentro de ésta hay una cualidad, lo intra-cuantitativo, el *quid divinum*. Todo tiene entrañas, todo tiene un dentro, incluso la ciencia. Las formas que vemos fuera tienen un dentro como le tenemos nosotros y así como no sólo nos conocemos, sino que *nos somos*, ellas *son*. ¿De qué nos serviría definir el amor, si no lo sintiéramos? ¡Cómo se olvida que las cosas *son*, que tienen entrañas! Cuando oigo la queja de mi prójimo, que para el ojo es una forma enchufadora de otras, siento dolor en mis entrañas y á través del amor, la revelación del *ser*. A través del amor llegamos á las cosas con nuestro *ser* propio, no con la mente tan sólo, las hacemos *prójimos*, y de aquí brota el arte, arte que vive en todo, hasta en la ciencia, porque en el conocimiento mismo brota del *ser* de que es forma la mente, porque no hay luz, por fría que parezca, que no lleve chispa de calor.

Por natural instinto y por común sentido comprende todo el mundo que al decir *arte castizo*, *arte nacional*, se dice más que al decir *ciencia castiza*, *ciencia nacional*, que si cabe preguntar qué se entiende por *química inglesa* ó por *geometría alemana*, es mucho más inteligible y claro el hablar de *música italiana*, de *pintura española*, de *literatura francesa*. El arte parece ir más asido al *ser* y éste más ligado que la mente á la nacionalidad, y digo parece porque es apariencia.

El arte no puede desligarse de la lengua tanto como la ciencia ¡ojalá pudiera! Hasta la música y la pintura, que parecen ser más universales, más desligadas de todo localismo y temporalismo, lo están y no poco; su lengua no es universal, sino en cierta medida, en una medida no mayor que la de la

gran literatura. El arte más algébrico, la música, es alemana ó francesa ó italiana.

En la literatura, aquí es donde la gritería es mayor, aquí es donde los proteccionistas pelean por lo castizo, aquí donde más se quiere poner vallas al campo. Dicen que nos invade la literatura francesa, que languidece y muere el teatro nacional, etc., etc. Se alzan lamentos sobre la descastación de nuestra lengua, sobre la invasión del *barbarismo*. Y he aquí otra palabra pecadora, corrompida. Al punto de oirla, asociamos el barbarismo al sentido corriente y vulgar de *bárbaro*; sin querer, inconscientemente, suponemos que hay algo de barbarie en el barbarismo, que la invasión de éstos lleva nuestra lengua á la barbarie, sin recordar—que también esto se olvida de puro sabido—que la invasión de los *bárbaros* fué el principio de la regeneración de la cultura europea ahogada bajo la senilidad del imperio decadente. Del mismo modo, á una invasión de atroces barbarismos debe nuestra lengua gran parte de sus progresos, v. gr., á la invasión del barbarismo krausista, que nos trajo aquel movimiento tan civilizador en España. El barbarismo será tal vez lo que preserve á nuestra lengua del *salvajismo*, del salvajismo á que caería en manos de los que nos quieren en la selva donde el salvaje se basta. El barbarismo produce al pronto una fiebre, como la vacuna, pero evita la viruela. Por otra parte, son barbarismos los galicismos y los germanismos actuales, y, ¿no lo eran acaso los hebraismos de Fr. Luis de León, los italianismos de Cervantes ó el sinnúmero de latinismos de nuestros clásicos? El mal no está en la invasión del barbarismo, sino en lo poco asimilativo de nuestra lengua, defecto que envanece á muchos.

El arte por fuerza ha de ser más castizo que la ciencia, pero hay un arte eterno y universal, un arte *clásico*, un arte sobrio en color local y temporal, un arte que sobrevivirá al olvido de los costumbristas todos. Es un arte que toma el *ahora* y el *aquí* como puntos de apoyo, cual Anteo la tierra para recobrar á su contacto fuerzas; es un arte que intensifica lo ge-

neral con la sobriedad y vida de lo individual, que hace que el verbo se haga carne y habite entre nosotros. Cuando se haga polvo el museo de retratos que acumulan nuestros *fotógrafos,* retratos que sólo á los parientes interesan, que en cuanto muere el padre arranca de la pared el hijo el del abuelo para echarlo al Rastro, cuando se hagan polvo, vivirán los tipos eternos. A ese arte eterno pertenece nuestro Cervantes, que en el sublime final de su *Don Quijote* señala á nuestra España, á la de hoy, el camino de su regeneración en Alonso Quijano el Bueno; á ese pertenece porque de puro español llegó á una como renuncia de su españolismo, llegó al espíritu universal, al *hombre* que duerme dentro de todos nosotros. Y es que el hondo fruto de toda sumersión hecha con pureza de espíritu en la tradición, de todo examen de conciencia, es, cuando la gracia humana nos toca, arrancarnos á nosotros mismos, despojarnos de la carne individuante, lanzarnos de la patria chica á la humanidad.

Dejemos esto, que á ello volveremos más despacio. Volveremos á mirar el *costumbrismo,* el *localismo* y *temporalismo,* la invasión de las minucias fotográficas y nuestra salvación en el arte eterno. Reproduciré y comentaré aquel divino último capítulo de *Don Quijote,* que debe ser nuestro evangelio de regeneración nacional. No le retenga al lector de seguirme la aparente incoherencia que aquí reina, espero que al fin de la jornada vea claro el hilo, y además ¡es tan difícil y tan *muerto* alinear en fila lógica lo que se mueve en círculo!

III

Si no tuviera significación viva lo de ciencia y arte españoles, no calentarían esas ideas á ningún espíritu, no hubieran muerto hombres, hombres vivos, peleando por lo castizo.

Pero mientras no nos formemos un concepto *vivo,* fecundo, de la tradición, será de desviación todo paso que demos hacia adelante del casticismo.

Tradición, de *tradere,* equivale á «entrega», es lo que pasa de uno á otro, *trans,* un concepto hermano de los de *trasmisión, traslado, traspaso.* Pero lo que pasa queda, porque hay algo que sirve de sustento al perpetuo flujo de las cosas. Un momento es el producto de una serie, serie que lleva en sí, pero no es el mundo un caleidoscopio. Para los que sienten la agitación, nada es nuevo bajo el sol, y éste es estúpido en la monotonía de los días; para los que viven en la quietud, cada nueva mañana trae una frescura nueva.

Es fácil que el lector tenga olvidado de puro sabido que mientras pasan sistemas, escuelas y teorías va formándose el sedimento de las verdades eternas de la eterna ciencia; que los ríos que van á perderse en el mar arrastran detritus de las montañas y forman con él terrenos de aluvión; que á las veces una crecida barre la capa externa y la corriente se enturbia, pero que, sedimentado el limo, se enriquece el campo. Sobre el suelo compacto y firme de la ciencia y el arte eternos corre el río del progreso que le fecunda y acrecienta.

Hay una tradición eterna, legado de los siglos, la de la ciencia y el arte universales y eternos; he aquí una verdad que hemos dejado morir en nosotros repitiéndola como el Padre nuestro.

Hay una tradición eterna, como hay una tradición del pasado y una tradición del presente. Y aquí nos sale al paso otra frase de lugar común, que siendo viva se repite también como cosa muerta, y es la frase de «el presente momento histórico». ¿Ha pensado en ello el lector? Porque al hablar de un momento presente *histórico* se dice que hay otro que no lo es, y así es en verdad. Pero si hay un presente *histórico,* es por haber una tradición del presente, porque la tradición es la sustancia de la historia. Esta es la manera de concebirla en vivo, como la sustancia de la historia, como su sedimento,

como la revelación de lo intra-histórico, de lo inconsciente en la historia. Merece esto que nos detengamos en ello.

Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula, sobre un mar silencioso y á cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan á diario los periódicos, la historia toda del «presente momento histórico», no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura, no mayor con respecto á la vida intra-histórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que á todas horas del día y en todos los países del globo se levantan á una orden del sol y van á sus campos á proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madréporas suboceánicas, echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto, decía, se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida intra-histórica, silenciosa y continua como el fondo vivo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna , no la tradición mentira que se suele ir á buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras.

Los que viven en el mundo, en la historia, atados al «presente momento histórico», peloteados por las olas en la superficie del mar donde se agitan náufragos, éstos no creen más que en las tempestades y los cataclismos seguidos de calmas, éstos creen que puede interrumpirse y reanudarse la vida. Se ha hablado mucho de una reanudación de la *historia* de España, y lo que la reanudó en parte fué que la historia brota de la no historia, que las olas son olas del mar quieto y eterno. No fué la restauración de 1875 lo que reanudó la historia de España, fueron los millones de hombres que siguieron ha-

ciendo lo mismo que antes, aquellos millones para los cuales fué el mismo el sol después que antes del 29 de Setiembre de 1868, las mismas sus labores, los mismos los cantares con que siguieron el surco de la arada. Y no reanudaron en realidad nada, porque nada se había roto. Una ola no es otra agua que otra, es la misma ondulación que corre por el mismo mar. ¡Grande enseñanza la del 68! Los que viven en la historia se hacen sordos al silencio. Vamos á ver, ¿cuántos gritaron el 68? ¿A cuántos les renovó la vida aquel «destruir en medio del estruendo lo existente», como decía Prim? Lo repitió más de una vez: «*¡Destruir en medio del estruendo los obstáculos!*» Aquel bullanguero llevaba en el alma el amor al ruido de la historia; pero si se oyó el ruido es porque callaba la inmensa mayoría de los españoles, se oyó el *estruendo* de aquella tempestad de verano sobre el silencio augusto del mar eterno.

En este mundo de los silenciosos, en este fondo del mar, debajo de la historia, es donde vive la verdadera tradición, la eterna, en el presente, no en el pasado muerto para siempre y enterrado en cosas muertas. En el fondo del presente hay que buscar la tradición eterna, en las entrañas del mar, no en los témpanos del pasado, que al querer darles vida se derriten, revertiendo sus aguas al mar. Así como la tradición es la sustancia de la historia, la eternidad lo es del tiempo, la historia es la forma de la tradición como el tiempo la de la eternidad. Y buscar la tradición en el pasado muerto es buscar la eternidad en el pasado, en la muerte, buscar la eternidad de la muerte.

La tradición vive en el fondo del presente, es su sustancia, la tradición hace posible la ciencia, mejor dicho, la ciencia misma es tradición. Esas últimas leyes á que la ciencia llega, la de la persistencia de la fuerza, la de la uniformidad de la naturaleza, no son más que fórmulas de la eternidad viva, que no está fuera del tiempo, sino dentro de él. Spinoza, penetrado hasta el tuétano de su alma de lo eterno, expresó de una manera eterna la esencia del ser, que es la persistencia

en el ser mismo. Después lo han repetido de mil maneras: «persistencia de la fuerza», «voluntad de vivir», etc.

La tradición eterna es lo que deben buscar los videntes de todo pueblo, para elevarse á la luz, haciendo conciente en ellos lo que en el pueblo es inconciente, para guiarle así mejor. La tradición eterna española, que al ser eterna es más bien humana que española, es la que hemos de buscar los españoles en el presente vivo y no en el pasado muerto. Hay que buscar lo eterno en el aluvión de lo insignificante, de lo *inorgánico,* de lo que gira en torno de lo eterno como cometa errático, sin entrar en ordenada constelación con él, y hay que penetrarse de que el limo del río turbio del presente se sedimentará sobre el suelo eterno y permanente.

La tradición eterna es el fondo del ser del hombre mismo. El hombre, esto es, lo que hemos de buscar en nuestra alma. Y hay, sin embargo, un verdadero furor por buscar en sí lo menos humano; llega la ceguera á tal punto, que llamamos original á lo menos original. Porque lo original no es la mueca, ni el gesto, ni la *distinción,* ni lo *original;* lo verdaderamente original, es lo originario, la humanidad en nosotros. ¡Gran locura la de querer despojarnos del fondo común á todos, de la masa idéntica sobre que se moldean las formas diferenciales, de lo que nos asemeja y une, de lo que hace que seamos *prójimos,* de la madre del amor, de la humanidad en fin, del hombre, del verdadero hombre, del legado de la especie! ¡Qué empeño por entronizar lo pseudo-original, lo distintivo, la mueca, la caricatura, lo que nos viene de fuera! Damos más valor á la acuñación que al oro, y, ¡es claro!, menudea el falso. Preferimos el arte á la vida, cuando la vida más oscura y humilde vale infinitamente más que la más grande obra de arte.

Este mismo furor que, por buscar lo diferencial y distintivo, domina á los individuos, domina también á las *clases históricas* de los pueblos. Y así como es la vanidad individual tan estúpida que, con tal de originalizarse y distinguirse por algo,

cifran muchos su orgullo en ser más brutos que los demás, del mismo modo hay pueblos que se vanaglorían de sus defectos. Los caracteres nacionales de que se envanece cada nación europea, son muy de ordinario sus defectos. Los españoles caemos también en este pecado.

IV

Hay un ejército que desdeña la tradición eterna, que descansa en el presente de la humanidad, y se va en busca de lo *castizo* é *histórico* de la tradición al pasado de nuestra casta, mejor dicho, de la casta que nos precedió en este suelo. Los más de los que se llaman á sí mismos tradicionalistas, ó sin llamarse así se creen tales, no ven la tradición eterna, sino su sombra vana en el pasado. Son gentes que por huir del ruido presente que les aturde, incapaces de sumergirse en el silencio de que es ese ruido, se recrean en ecos y retintines de sonidos muertos. Desprecian las constituciones forjadas más ó menos filosóficamente á la moderna francesa, y se agarran á las forjadas históricamente á la antigua española; se burlan de los que quieren hacer cuerpos vivos de las nubes, y quieren hacerlos de osamentas; execrando del jacobinismo, son jacobinos. Entre ellos, más que en otra parte, se hallan los dedicados á ciertos estudios llamados históricos, de erudición y compulsa, de donde sacan legitimismos y derechos históricos y esfuerzos por escapar á la ley viva de la prescripción y del hecho consumado, y sueños de restauraciones.

¡Lástima de ejército! En él hay quienes buscan y compulsan datos en archivos, recolectando papeles, resucitando cosas muertas en buena hora, haciendo bibliografías y ca-

tálogos, y hasta catálogos de catálogos, y describiendo la cubierta y los tipos de un libro, desenterrando incunables y perdiendo un tiempo inmenso con pérdida irreparable. Su labor es útil, pero no para ellos ni por ellos, sino á su pesar; su labor es útil para los que la aprovechan con otro espíritu.

Tenía honda razón al decir el Sr. Azcárate que nuestra cultura del siglo XVI debió de *interrumpirse* cuando la hemos *olvidado;* tenía razón contra todos los desenterradores de osamentas. En lo que la hemos olvidado se interrumpió como *historia,* que es como quieren resucitarla los desenterradores, pero lo olvidado no muere, sino que baja al mar silencioso del alma, á lo eterno de ésta.

Cuando nos invade una ciencia más ó menos moderna, sea la filología, por ejemplo, al ver citar á alemanes, franceses, ingleses ó italianos, alza la voz un desenterrador y pronuncia el nombre de Hervás y Panduro, que aun así sigue olvidado, porque lo que en él había de eterno se nos viene con la ciencia, y lo demás no vale el tiempo que se pierde en leerlo. El que perdí leyéndolo no lo recobraré en mi vida.

Toda esa falange que se dedica á la labor útilísima de recoger y encasillar insectos muertos, clavándoles un alfiler por el coselete para ordenarlos en una caja de entomología, con su rotulito encima, y darnos luego eso por lo que no es, toda esa falange salta de gozo cuando se les figura que un hombre de genio, que sabe sacar á las osamentas la vida que tienen, ahoga bajo esa balumba de dermatoesqueletos rellenos de paja algo de la tradición eterna. ¡Con qué gozo infantil han recibido la obra de Taine, que creen en su ceguera ha de contribuir á ahogar el ideal de la Revolución francesa! No ven que si esa obra ha hallado eco vivo es por ser una revelación de la tradición eterna purificada, no ven que de ella sale más radiante el 93. ¿Hay cosa más pobre que andar buscando con chinesco espíritu senil las *causas históricas* del protestantismo, un enjambre de pequeñeces muertas, mientras vive el protestantismo purificado, mientras su obra persiste? ¡Buscar los

orígenes históricos de lo que tiene raíces intra-históricas con la necia idea de ahogar la vida! ¡Gran ceguera no penetrarse de que la causa es la sustancia del efecto, que mientras éste vive es porque vive aquélla!

Mil veces he pensado en aquel juicio de Schopenhauer sobre la escasa utilidad de la historia y en los que lo hacen bueno, á la vez que en lo regenerador de las aguas del río del Olvido. Lo cierto es que los mejores libros de historia son aquellos en que vive lo presente, y, si bien nos fijamos, hemos de ver que cuando se dice de un historiador que resucita siglos muertos, es porque les pone su alma, les anima con un soplo de la intra-historia eterna que recibe del presente. «Se oye el trotar de los caballos de los francos en los relatos merovingios de Agustín Thierry», me dijeron, y, al leerlos, lo que oí fué un eco del alma eterna de la humanidad, eco que salía de las entrañas del presente.

Pensando en el parcial juicio de Schopenhauer, he pensado en la mayor enseñanza que se saca de los libros de viajes que de los de historia, de la transformación de esta rama del conocimiento en sentido de vida y alma, de cuánto más hondos son los historiadores artistas ó filósofos que los pragmáticos, de cuánto mejor nos revelan un siglo sus obras de ficción que sus historias, de la vanidad de los papiros y ladrillos. La historia presente es la viva y la desdeñada por los desenterradores tradicionalistas, desdeñada hasta tal punto de ceguera que hay hombre de estado que se quema las cejas en averiguar lo que hicieron y dijeron en tiempos pasados los que vivían en el ruido, y pone cuantos medios se le alcanzan para que no llegue á la historia viva del presente el rumor de los silenciosos que viven debajo de ella, la voz de hombres de carne y hueso, de hombres vivos.

Todo cuanto se repita que hay que buscar la tradición eterna en el presente, que es intra-histórica más bien que histórica, que la historia del pasado sólo sirve en cuanto nos lleva á la revelación del presente, todo será poco. Se mani-

fiestan esos tradicionalistas de acuerdo con estas verdades, pero en su corazón las rechazan. Lo que les pasa es que el presente les aturde, les confunde y marea, porque no está muerto, ni en letras de molde, ni se deja agarrar como una osamenta, ni huele á polvo, ni lleva en la espalda certificados. Viven en el presente como somnámbulos, desconociéndolo é ignorándolo, calumniándolo y denigrándolo sin conocerlo, incapaces de descifrarlo con alma serena. Aturdidos por el torbellino de lo *inorgánico*, de lo que se revuelve sin órbita, no ven la armonía siempre *in fieri* de lo eterno, porque el presente no se somete al tablero de ajedrez de su cabeza. Le creen un caos; es que los árboles les impiden ver el bosque. Es en el fondo la más triste ceguera del alma, es una hiperestesia enfermiza que les priva de ver el *hecho*, un solo hecho, pero un hecho vivo, carne palpitante de la naturaleza. Abominan del presente con el espíritu senil de todos los *laudatoris temporis acti;* sólo sienten lo que les hiere, y como los viejos, culpan al mundo de sus achaques. Es que la dócil sombra del pasado la adaptan á su mente, siendo incapaces de adaptar ésta al presente vivo; he aquí todo, hacerse medida de las cosas. Y así llegan, ciegos del presente, á desconocer el pasado en que hozan y se revuelven.

Se les conoce en que hablan con desdén del éxito, del divino éxito, único que á la larga tiene razón aquí donde creemos tenerla todos; del éxito que siendo más fuerte que la voluntad se le rinde cuando es ésta constante, cuando es la voluntad eterna, madre de la fe y de la esperanza, de la fe viva que no consiste en creer lo que no vimos, sino en crear lo que no vemos; maldicen al éxito, que para la siega de las ideas espera á su sazón, tan sordo á las invocaciones del impaciente como á las execraciones del despechado. Se les conoce en que creen que al presente reina y gobierna la fuerza oprimiendo al derecho; se les conoce en su pesimismo.

Hay que ir á la tradición eterna, madre del ideal, que no es otra cosa que ella misma reflejada en el futuro. Y la tradi-

ción eterna es tradición universal, cosmopolita. Es combatir contra ella, es querer destruir la humanidad en nosotros, es ir á la muerte, empeñarnos en distinguirnos de los demás, en evitar ó retardar nuestra absorción en el espíritu general europeo moderno. Es menester que pueda decirse que «verdaderamente *se muere* y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno»; que esos «cuentos» viejos que desentierran de nuestro pasado de aventuras y que «han sido verdaderos en nuestro daño, los vuelva nuestra *muerte* con ayuda del cielo en provecho nuestro.»

Para hallar la humanidad en nosotros y llegar al pueblo nuevo conviene, sí, nos estudiemos, porque lo accidental, lo pasajero, lo temporal, lo castizo, de puro sublimarse y exaltarse se purifica destruyéndose. De puro español, y por su hermosa muerte sobre todo, pertenece Don Quijote al mundo. No hagamos nuestro héroe á un original á quien no le sirva ante la conciencia eterna de la humanidad toda la labor que en torno á su sombra hagan los entomólogos de la historia, ni la que hagan los que ponen sobre nuestras cualidades nuestros defectos, toda esa falange que cree de *mal gusto*, de *ignorancia* y *mandado recoger* el decir la verdad sobre esa sombra y de muy buen tono burlarse del himno de Riego.

Volviendo el alma con pureza á sí, llega á matar la ilusión, madre del pecado, á destruir el yo egoísta, á purificarse de sí misma, de su pasado, á anegarse en Dios. Esta doctrina mística tan llena de verdad viva en su simbolismo es aplicable á los pueblos como á los individuos. Volviendo á sí, haciendo examen de conciencia, estudiándose y buscando en su historia la raíz de los males que sufren, se purifican de sí mismos, se anegan en la humanidad eterna. Por el examen de su conciencia histórica penetran en su intra-historia y se hallan de veras. Pero ¡ay de aquel que al hacer examen de conciencia se complace en sus pecados pasados y ve su originalidad en las pasiones que le han perdido, pone el pundonor mundano sobre todo!

El estudio de la propia historia que debía ser un implacable examen de conciencia, se toma por desgracia como fuente de apologías y apologías de vergüenzas, y de excusas, y de disculpaciones y componendas con la conciencia, como medio de defensa contra la penitencia regeneradora. Apena leer trabajos de historia en que se llama glorias á nuestras mayores vergüenzas, á las *glorias* de que purgamos; en que se hace jactancia de nuestros pecados pasados; en que se trata de disculpar nuestras atrocidades innegables con las de otros. Mientras no sea la historia una confesión de un examen de conciencia no servirá para despojarnos del pueblo viejo, y no habrá salvación para nosotros.

La humanidad es la casta eterna, sustancia de las castas históricas que se hacen y deshacen como las olas del mar; sólo lo humano es eternamente castizo. Mas para hallar lo humano eterno hay que romper lo castizo temporal y ver cómo se hacen y deshacen las castas, cómo se ha hecho la nuestra, y qué indicios nos da de su porvenir su presente. Entremos ahora en indicaciones que guien al lector en esta tarea, en sugestiones que le sirvan para ese efecto.

MIGUEL DE UNAMUNO.

LOS TRES ARCOS DE CIRILO

CONCLUSIÓN

IV

Al llegar aquí es necesario, para mejor inteligencia de esta historia, decir de qué personas se componía la familia del duque, entre la cual vivía Cirilo.

Habíase casado el gran señor en primeras nupcias con una dama de la más calificada nobleza, poseedora de varios títulos y dueña de fincas y rentas pingües, que constituían uno de los mejores y más saneados caudales de España. Falleció esta señora á los pocos años de matrimonio, dejando á su esposo en prenda de su unión dos niños y una niña. Al mayor de los niños, lindo y robusto, se le llevó al cielo la difteria; y quedó el segundo, Fernán, todo retuerto y canijo, y la niña, Leonela, que, aunque pálida, desmedrada y sujeta á frecuentes ataques nerviosos, tenía mil adoradores que acudían formando enjambre, como moscas á la miel, porque era muy verosímil que, dada la mala salud y la vida licenciosa y calaveresca de su hermano, en la cabeza de la señorita Leonela llegasen á reunirse los bienes, títulos y grandezas de la egregia casa.

No encontrando el duque gran entretenimiento ni eficaz consuelo en la paternidad, entretuvo su viudez con diversas aventuras más ó menos secretas, hasta que clavó la rueda de su voluntad una mujer seductora, una de esas mujeres que al cruzar serenas y desdeñosas por entre la multitud, tienen el privilegio de alzar un rumor lisonjero, himno de loores que entonan á su belleza cuantos tienen la dicha de admirarla. La nueva duquesa de Ambas Castillas era

oriunda de Valencia y recriada en Córdoba, y aliaba á la hermosura plástica la gracia divina propia de los países de luz. Morena y alta sin desgarbo, sus ojos negros, sus acentuadas facciones y sus labios curvos y turgentes recordaban la raza semítica, de la cual tal vez corrían por sus venas gotas de sangre. De la majestad de su cuerpo, de la forma tornátil de su cuello y brazos, de la atracción de su sonrisa, de otras mil perfecciones que podrían detallarse en la duquesa, nada contaré por no extender demasiadamente este tentador capítulo. Sólo añadiré, pues conviene para buena inteligencia del lector, que la duquesa era de familia acomodada y noble, aunque no tanto, ni mucho menos, como la del duque. Este, al casarse, no había incurrido propiamente en lo que se dice *mesalianza,* pero, sin descender de un modo censurable, había hecho una boda de gusto y amor. La duquesa poseía hasta tres ó cuatro mil duros de renta, que el generoso marido la dejaba para alfileres menudos, sin contar otros alfileres de cabeza más gorda que pagaba él contentísimo. Además, el duque tenía en su casa, como á cosa propia, á una hermana soltera de la marquesa. La tal hermana soltera, que jamás se apartaba de los duques, distaba mucho de poner la espléndida beldad de la duquesa, y no obstante se parecían, en la estatura, el andar, y en ese indefinible *no sé qué* conocido por *aire de familia*. Llamábase Fina, y el nombre la cuadraba perfectamente, pues era suave y delicada en su trato, y de simpático y dulce carácter.

Entretenía se Cirilo en mirarse disimuladamente al espejo colocado sobre la chimenea, para enterarse de cómo le sentaba la nueva ropa y cerciorarse de que le caía como un guante, cuando fueron entrando en el saloncito que precedía al comedor las personas cuyo inventario queda hecho, amén de una institutriz alemana muy seria y de muchas libras. Primero bajó el duque, deseoso de quitar á su secretario la natural cortedad, de presentarle á todos y de colocarle desde el primer día en el pie de imperceptible y dorada dependencia que le correspondía allí. Hablóle con familiaridad y llaneza, pero en aquella misma llaneza de gran señor notó perfectamente Cirilo el matiz de la relación que debía mediar entre ellos, y como discreto y altivo suprimió el *usted,* y mientras el duque le llamaba *Hinojales,* él se guardó muy bien de emplear otra fórmula que *el señor duque*. No ha de negarse que le causó esto alguna mortificación, pero supo disimularla.—Poco después que el duque apareció la señorita Fina, vestida con modestia, de seda gris, y sonriente y afable como de costumbre. Luego se dejó ver Leonela, que, ataviada con original coquetería y peinada con artístico refinamiento,

realzaba los pocos atractivos que le había prodigado la naturaleza, y los realzaría mejor si no viniese, no se sabe porqué, fosca, de mal humor y encapotada. Detrás de Leonela no tardó en presentarse la duquesa, de blanco, con una sierpe de diamantes en el pelo, hecha un sol de buena moza, tanto que desde su aparición parecía mejor alumbrada la estancia. Todas las señoras estaban escotadas, dispuestas á concluir la noche en el Real; y al dar el reloj las ocho y media sin que Fernán apareciese, el duque dispuso que se sirviese la comida, porque el caso era frecuentísimo y muchas las veces que el señorito comía en el Casino, en el Club ó Dios sabe dónde.

En ese momento de silencio que generalmente acompaña á la operación de trasegar la sopa del plato al estómago, Cirilo, mirando á hurtadillas á su alrededor, tuvo tiempo de pensar mil y mil cosas que de súbito le cortaron el apetito. Sentado al lado de la señorita Leonela y casi frente á la duquesa de Ambas Castillas,—sin vacilar un instante, sin que le contuviese ningún género de consideración ni se le apareciesen de relieve los obstáculos que podría encontrar un plan tan atrevido y loco,—con la presteza del rayo decidió Cirilo que aquellas dos mujeres, las primeras que encontraba, tan altas, tan empingorotadas en la cumbre de la sociedad, tan bien ataviadas, y tan distantes de él que probablemente ni recordaban su presencia, podían servir de base á dos de las arcadas que había visto soñando despierto. La duquesa, con su mágica y fascinadora beldad, representaba la arcada de mirto y rosas. Leonela, con su fabulosa riqueza y sus rancios y altaneros timbres, era la arcada de oro. Y en cuanto á la arcada de bronce y mármol, ó sea la que significa fama y gloria, ¿en quién podría Cirilo basarla mejor que en el ilustre prócer que le dirigía la palabra en aquel momento, ó sea en el duque? El duque abriría á su *yerno* las puertas más cerradas é infranqueables; el duque empollaría y sacaría á luz su reputación; el duque le serviría de pedestal á él, á Cirilo Hinojales, y le daría el hilo conductor para orientarse al través de los laberintos de la política, hasta que pudiese recorrerlos por cuenta propia, dejándose á su mentor muy atrás... ¡Y ya tenemos á Cirilo viendo palpables las tres arcadas, tocándolas con mano ansiosa y febril! Tan persuadido se sintió de que, en efecto, los hermosos arcos estaban allí, en el florido centro de aquella mesa misma, que empezó á congojarle y producirle como una especie de trasudor el pensamiento de que tal vez iban á ser incompatibles dos partes de su destino, pues si otorgaba su preferencia á la duquesa, se celaría y enojaría mucho Leonela, y si optaba resueltamente por Leonela, la duquesa

se había de sentir y hasta oponerse á la boda con todas sus fuerzas y su poderoso influjo. Y esto de la oposición de la duquesa consternó á Cirilo tanto, que estuvo á punto de creer fallidas sus esperanzas, por ser el obstáculo formidable. Con semejante incertidumbre y zozobra volvió á mirar y remirar á las dos damas, á fin de resolver allá en sus adentros cuál de ellas era más merecedora de que se cifrase en ella el porvenir. En semejante examen visual, no cabe duda que habían de estar por la duquesa todas las probabilidades de victoria. Era la primera vez que Cirilo,—que, como sabemos, había vivido ignorante de las pasiones y apartado del trato con mujeres,—veía tan de cerca á una, adornada con todas las perfecciones y gracias y capaz de trastornar el seso á un anacoreta penitente. Contemplando de soslayo á la duquesa, Cirilo sentía que por sus venas circulaba derretida y candente lava volcánica, y veía en el espacio lucecitas de colores y sentía el zumbido en los oídos que caracteriza el paroxismo del deseo. La sola idea de merecer—ó disfrutarlos sin haberlos merecido—los favores de aquella deidad, estremecía á Cirilo con toda la fuerza emotiva propia de los veinticuatro años, transportándole á regiones que se parecen mucho al paraíso. Como el marino que mira desde lejos la isla donde pronto sentará el pie, y se recrea en su verdor y feracidad, y ya cree aspirar el perfume de las flores y la deliciosa esencia de los sazonados frutos que penden de los árboles, Cirilo detallaba de antemano las divinas perfecciones que custodiaba el blanco corpiño, y se abismaba en la luz voluptuosa de los árabes ojos y en la sonrisa de la boca fresca como la flor del granado. Todo esto era, ¡quién lo duda!, un trasunto del cielo; pero también es fuerza confesar que otras veces las ventajas de Leonela, aunque no encarnadas en algo tangible, se representaban con extraordinaria viveza á la fantasía de Cirilo. Juraría él que tenía presentes las dehesas, los olivares, los majuelos, las casas, los valores y títulos, y, en suma, todas las formas de propiedad que constituían la magnífica fortuna de la casa de Ambas Castillas; y además—suprimiendo con riguroso decreto al Fernán que no se había dejado ver—también divisaba coronas heráldicas, muchos blasones hermoseados por el polvo de los siglos, y una gran consideración, que Cirilo hacía extensiva hasta á sus padres. Por no tacharse á sí mismo de interesado y de coburgo, pensaba el bueno de Cirilo que en todos sus planes de engrandecimiento y triunfo social entraba por mucho el lícito y honesto afán de compensar los sacrificios de los que le engendraron y otorgarles una vejez llena de dulces satisfacciones.

Cuando se engolfaba y abstraía en estos ensueños áureos, no sabiendo si decidirse por la duquesa ó por Leonela, ocurrió algo que momentáneamente inclinó la balanza del lado de esta última. Y fué que la señorita, que, como dijimos, parecía estar de muy mal talante y hasta colérica cuando se presentó á comer, y que ni siquiera había mirado á la cara al secretario de su papá cuando se lo presentaron, de repente y como por casualidad convirtió los ojos á él, hacia la mitad de la comida, y no menos impensadamente empezó á dirigirle la palabra con vivacidad y empeño. Cambio tan repentino en la señorita fué la gota de agua que hizo desbordarse las ambiciosas ilusiones de Cirilo. "Me ha mirado„—pensaba—"y con solo mirarme, ya está esta niña como electrizada, sin acertar á disimular la impresión que la produje.„ Sin fatuidad alguna, bien podía Cirilo tenerse por guapo y buen mozo: acababa de decírselo el espejo en que se había contemplado con sus arreos nuevos, bien cortados, y su pechera blanquísima; así es que ni un punto dudó de que hubiese dado recto y mortal flechazo á la señorita Leonela, y que eran ciertos los toros de la boda, el ducado y todo lo demás. Lo que le desasosegaba mucho era que la señorita se derritiese tan de repente y tanto, en presencia de su padre y de su madrastra, que por fuerza habían de hacer á la boda una oposición terrible. A cada coquetería de Leonela, á cada palabrilla dicha con tono entre despótico é insinuante para llamar la atención del secretario, Cirilo miraba de reojo á los duques, sorprendiéndose de no advertir en ellos ni la menor señal de desagrado ó de alarma. Subió de punto la sorpresa de Cirilo, cuando, habiéndose empeñado Leonela en que las acompañase al Real aquella noche, el duque alabó la idea, apadrinó el proyecto en seguida, y sólo se le ocurrió el siguiente comentario: "Va V. á oir á Tamagno en una de las cosas que mejor canta. No he visto *Otelo* más admirable.„

Al Real se fueron, en efecto, después de saboreado muy tranquilamente el café. Apenas se instalaron en el palco, comenzó el desfile de visitas y la ceremonia de las presentaciones. De aquellos señorones y caballeritos á quienes Cirilo era presentado, unos le dirigían la palabra con interés y cortesía, y otros sólo le concedían una ojeada desdeñosa. Pocos le alargaban la mano, y algunos, después de hacerle una cortesía insolente de puro ceremoniosa, le volvían la espalda y se ponían á hablar por lo bajo con el duque, ó á reir y bromear con las señoras. Sin embargo, Leonela no le desamparaba: y al entrar en el palco un señorito en extremo elegantón y perfilado, con venera roja en el frac, de mezquina facha y desparpajo sumo,—

por la presentación supo Cirilo que era el marqués de Altacruz,—Leonela, en vez de atender á tan distinguido y notable galán, consagró más que nunca sus atenciones al secretario, y se puso á cuchichearle casi al oído, celebrando el palique como si fuese muy importante y donoso. Y el engreidísimo Cirilo notó con inexplicable júbilo que al señor marqués parecía saberle, como quien dice, á cuerno quemado la tal maniobra. Dos ó tres veces intentó intervenir en la plática, y otras tantas Leonela le soltó una zarpadita ó arañazo muy mono, que le obligó á retroceder. Cirilo estaba embriagado de vanidad, y su embriaguez procedía, no sólo de los mimillos y atenciones de la hija del duque,—que le entregaba su abanico, le ofrecía una flor para el ojal, le convidaba á probar los bombones de un saquito de raso, y le tenía materialmente sujeto—sino de cierto suave y peculiar perfume que exhalaban el peló y la ropa de la duquesa, y que ya había respirado en el coche. También se le subían á la cabeza las luces del teatro, la concurrencia esplendorosa y el arrullo de la música, himno consagrado á su triunfo y á los incomparables destinos que le aguardaban.

Al retirarse á su habitación, al mirarse á su armario de luna, al desabrocharse el blanco chaleco, decía Cirilo enloquecido y extático:

—Pues, señor.... ¡esto va viento en popa!

V

Corrieron algunos días sin que Cirilo hallase motivo para no seguir alimentando las mismas ilusiones. El duque le trataba con extremada afabilidad, demostrando especial empeño en no hacerle sentir la dependencia de ningún modo humillante, y en enterarle de muchas cosas que conviene que sepa un joven si ha de abrirse camino en el mundo; y la señorita Leonela, si por momentos le torcía el gesto, parecía querer mortificarle y hasta le administraba algún arañacillo gatuno, seguía teniendo horas en que, girando la veleta, se mostraba tan pegajosa, tan zalamera y tan insinuante, que no se requería gran fatuidad para creer que en su corazón había abierto brecha el joven, discreto y apuesto secretario. Recobrado algo de la inevitable timidez de los primeros momentos, Cirilo empezaba á

terciar sin cortedad ni empacho en las conversaciones, precaviéndose contra la indiscreción y el entrometimiento, pero sabiendo demostrar un aplomo que él mismo encontraba de muy buen gusto. Su vasta cultura y sus múltiples conocimientos tenían ocasión de manifestarse y de brillar, y más de una vez gozó el deleite vanidoso de que sus dichos arrancasen á los duques y á Leonela sonrisas, frases y expresiones de esplícita y halagüeña aprobación. Sentía, como se siente un aire templado y perfumado que nos rodea y envuelve, la simpatía que iba despertando en los dueños de la casa, y el favorable concepto que gradualmente conquistaba y merecía. Esto le prestaba ánimos y redoblaba la intensidad y brillo de sus facultades. Notaba que empezaban á pedirle su opinión, á tomarle por árbitro en las pequeñas discusiones suscitadas entre la familia. El mismo duque, con bondadosa deferencia, propia de persona de tan escogida educación y de tan gran señor, no se desdeñaba de consultar á menudo á Cirilo, rindiendo tributo á la superioridad y amplitud de sus estudios en determinadas materias. También la señorita Fina demostraba especialísimo afecto y bondad al secretario; y hasta el señorito Fernán, el primogénito, el heredero de la casa, tenía la delicadeza, rara en él, de tratar á Cirilo con una mezcla de fraternidad juvenil y de algo que parecía consideración á su valer intelectual, demostrada en frases capaces de envanecer á una estatua de granito. "V., Hinojales, que es un sabio, me dirá tal ó cual cosa„ solía exclamar el duquesito, pegando al secretario cordiales palmadas en el hombro.

En medio de estas gratas sorpresas, tan incitantes para el amor propio de Cirilo, notaba éste con terror que en la lucha que sostenían en su espíritu los hechizos de la duquesa y las riquezas y posición de Leonela, mal de su grado iba venciendo lo que menos convenía; ó sea, que el ver de cerca y diariamente á una mujer como la duquesa; el beber la luz de sus pupilas y el recrearse en los juegos de la risa y de la palabra sobre el hendido rubí de sus labios, era gravísimo empeño para un hombre que no ha probado aún las amargas delicias de la pasión y que está en lo más lozano y brioso de una tardía y reprimida juventud. A pesar de las coqueterías felinas, desiguales y caprichosas de la señorita Leonela, Cirilo sentía que hácia la duquesa se le iban el alma y los sentidos, arrebatados por imán poderoso. Comprendía que por una palabra de la duquesa, por una de aquellas miradas que se clavaban en el corazón como saetas de emponzoñada punta, daría en tierra con la ambición, la gloria y todos los cálculos interesados, relativamente bajos

y miserables. En resumen: lo que Cirilo veía en aquel momento y lo que le trastornaba el meollo, era el arco de rosas, el arco fragante y embriagador.

Había oído decir Cirilo—porque son cosas que corren sin que se sepa quién las averigua y las afirma,—que la duquesa, á pesar de su radiante hermosura y los escollos que por culpa de ella la rodeaban, era dama de intachable reputación, que guardaba á su esposo el decoro y la fidelidad más estrictas. Aunque aficionada al mundo y á sus pompas, y dada á divertirse, como mujer tan moza y de tan lucidas prendas, nadie podía alabarse de haber conseguido de ella ni el más inocente favor. Se dejaba incensar, sonreía al incienso, lo respiraba, pero ni aun parecía ver á los turiferarios. A ser Cirilo un seductor de oficio, ducho en las artes de la galantería, esta fama de la duquesa le hubiese arredrado, haciéndole comprender lo arduo y difícil de la conquista. A Cirilo le encendió más y más. Parecíale natural que hasta entonces el pecho de la duquesa hubiese sido de mármol, pero que por él se convirtiese en cera blanda y suave. Sentíase dispuesto á ofrecerla un amor ecuatorial, bien distinto de los insustanciales homenajes que la sociedad la brindaba diariamente. Creía que el cuarto de hora de la duquesa había sonado desde que apareció en escena el secretario de su esposo, y que así debía estar escrito en los astros, no habiendo más remedio sino que el decreto se cumpliese.

Cuando más alborotado y nerviosico le traían estos pensamientos, sucedió una cosa que, no á él, sino á otro más práctico, y á cualquiera, hubiese puesto á dos dedos de la locura. Y fué que una noche, al retirarse á sus habitaciones, que estaban en el piso bajo de la casa de los duques y tenían reja y puertecilla al jardín, encontró en el suelo de su dormitorio una cartita cerrada muy cuca, sin sobrescrito, que se apresuró á recoger y que devoró con avidez, frotándose los ojos como quien ve visiones. El corazón le latía atropelladamente, y la cabeza le daba vueltas, mientras la sangre zumbaba en sus oídos con ruido torrencial. Lo primero que había conocido, aun antes de leer la carta, fué que el papel era el mismo que usaba la duquesa para escribir sus billetes de confianza y amistad. Cirilo recordaba, por haberlo visto en dos ó tres ocasiones en manos de la camarera ó del portero encargados de enviar las esquelas, aquel papel de primorosa forma angostísima, de color agarbanzado y de sedoso crujir. Al romper el sobre, dos indicios nuevos le hicieron comprender mejor que sólo de la duquesa podía proceder la misiva misteriosa. En la cabeza del papel, finas tijeras

habían recortado cuidadosamente algo, que era, á no dudarlo, la coronita ducal de plata y colores; y del interior se exhalaba, dulce, delator é inequívoco, aquel perfume peculiar de la dama, ligera exhalación que al respirarla causaba á Cirilo vértigo indecible. La letra—Cirilo la conocía por haber echado una rápida ojeada á las esquelitas vistas en manos de la camarera ó del portero—confirmaba la suposición: aunque ligeramente disfrazada, y muy impersonal, como suelen ser las letras aristocráticas, de la duquesa era sin duda alguna; Cirilo la hubiese distinguido entre mil.

Póngase el piadoso lector en el caso del joven secretario, y dígame qué sentiría al repasar la carta, y ver que era de amor, lo que se dice de amor, aunque de amor muy velado, sutil, vaporoso y metafísico. El encogimiento más lisonjero para Cirilo había dictado aquella epístola; se veía que luchaban allí la vergüenza que contiene la pluma, y la afición que la estimula y atropella. Decía la anónima corresponsal (pues la carta no tenía firma alguna) que apelaba á aquel medio para dar á entender su estado de alma, por no atreverse á indicarlo de otro modo, temerosa de las burlas del mundo y las bellaquerías de la gente, que no comprende ni compadece las enfermedades del corazón. Añadía que su amor era puro y elevadísimo, y que, *por lo pronto,* sólo aspiraba á que no fuese acogido con sentimientos menos sublimes de los que revelaba la carta. Insistía en la necesidad de guardar mucho secreto y precauciones infinitas por evitar el enojo de *ciertas personas,* y sugería que la respuesta debía ser colocada á tal hora, en determinado mueble del recibidor que precede á las habitaciones de la duquesa. Prevenía mucho á Cirilo contra las coqueterías de Leonela, advirtiéndole que era una niña sin corazón, que se casaría por interés y orgullo, pero se complacería en burlarse del joven secretario y hasta en despreciarle si le creía rendido. En su estilo y hasta en sus repeticiones, la carta delataba el desorden y la turbación de quien ama de veras.

Alimenta el minero que se dedica á buscar pepitas de oro lavando la despreciable arena, constante aspiración á encontrar una de extraordinario grosor, de esas que por sí solas constituyen para el que las halla una fortuna. El infeliz achicharrado por el sol y rendido por el cansancio, se pasa la vida soñando con el hallazgo inestimable que ha de darle de un golpe libertad y dicha. A cada momento se imagina que ya tiene la pepita entre las manos, y cree ver el lindo color mate del oro nativo. De repente, ¡oh cielo piadoso! la pepita aparece, gruesa, pesada, enorme... y el lavador de arena duda de sus ojos y no da crédito á la felicidad que momentos antes

firmemente esperaba... Algo así le sucedió á Cirilo. En la primer sorpresa—á pesar de su fatuidad inocente é involuntaria—dudó si la carta que acababa de leer era carta verdadera, y se frotó los párpados y se llevó las manos á la frente, á fin de evitar que se le escapase la razón...

No se acostó hasta la madrugada. Febril, agitadísimo, garrapateó más de media docena de respuestas, sin que ninguna le satisficiese, hasta que logró concentrar en una de ellas todo el fuego de la sensibilidad y la quintaesencia de la amorosa gratitud. Nótese que si bien era Cirilo novicio en estas lides, le servía de mucho para entrar en ellas con ventaja la memoria y la lectura. Recordando páginas incandescentes de la *Nueva Eloísa*, del *Werther*, de la correspondencia de la señorita Aissé, y fragmentos de otras obras literarias modernas y antiguas, y envolviéndolo todo en un baño de poesía y de entusiasmo suministrado por su propia pasión, logró componer una carta de la cual no quedó descontento. Respiraba la carta ardor caballeresco; declaraba que no trataría de forzar el transparente incógnito de la bella, y que en público refrenaría sus ojos y velaría cuidadosamente para no infundir sospechas á nadie; pero que esperaba, en compensación, otras páginas más terminantes, que viniesen á ofrecerle la certeza de su ventura, en la cual aún no osaba creer. Como discreto y enemigo de traer á colación nada desagradable, Cirilo se guardaba bien de hacer la menor alusión al duque, ni á los sagrados deberes que por él infringía la duquesa.—Y al día siguiente, á la hora que señalaba la epístola, Cirilo depositó la suya en el mueble, diestramente escondida, y se retiró al punto, como le mandaban.

Por la noche, en el comedor, Cirilo, aun cuando trató de guardar el mayor disimulo, de estar lo mismo que todos los días, no pudo menos de buscar á hurtadillas las pupilas de la duquesa. Y hubo un momento.... en que le pareció que se fijaban en él con insinuante energía. No sabía Cirilo que las mujeres muy hermosas tienen, entre otros encantos, el mirar involuntariamente á los más indiferentes con algo de amoroso efluvio. Sí: aquellos magníficos ojos árabes expresaban mundos de ternura y de poesía. A no dudarlo, la duquesa había leído la carta de Cirilo: tal vez la llevase guardada en el seno, allí donde el negro terciopelo del traje, encuadrando la blancura de la soberbia tabla de pecho, ostentaba un riquísimo broche de limpias y celestes turquesas, rodeado de resplandeciente pedrería.

A la noche, al volver á su cuarto, Cirilo encontró la anhelada respuesta. La incógnita suplicaba encarecidamente que no se for-

mase de ella mal concepto por haber tenido la aparente ligereza de escribir á un hombre y de mostrarse prendada de él. Era que la incógnita apreciaba en todo su valor las raras prendas de Cirilo, hasta para él mismo ocultas. Ella había sabido discernir su mérito, su instrucción, su talento, su educación completísima, y comprendido que era Cirilo de esos hombres que rara vez se encuentran y dondequiera que aparecen deben fijar la atención más que otros, á quienes sólo recomienda y distingue el nacimiento ó la fortuna. De todos modos, la incógnita, algo ruborizada de la impetuosa contestación del mancebo, se proponía guardar en lo sucesivo gran reserva, probar á su adorador rendido, á ver si en constancia y firmeza rayaba tan alto como en fuego y vehemencia repentina.

Excusado parece advertir que en seguida respondió Cirilo, y se estableció una correspondencia larga y tendida entre él y la incógnita, sirviendo de estafeta ya el tallado mueble, ya una jardinera con plantas, colocada á la parte de afuera del tocador de la duquesa, ya la cara interior de un cuadro de Albano, ya el ángulo de un tapiz, entre dos clavos y bajo la tela. Los temas favoritos de las epístolas eran cual se deja entender: Cirilo apremiaba solicitando una entrevista, donde se cerciorase de que su dicha tenía algo de real y auténtica: la dama resistía, aplazaba, alegaba el temor, la vergüenza, el riesgo, los inconvenientes que en casos tales se suelen alegar... —Por último, la proximidad de un acontecimiento que se anunciaba en casa de los duques proporcionó ocasión para señalar la cita.—Habíasele antojado á Leonela, en uno de sus arrechuchos de zambra y bullicio, que sería cosa muy linda dar un baile al cual todas las señoras asistiesen de capuchón de encaje blanco, sobre traje blanco también, y luciendo, como único adorno y distintivo, una franja de flores que descendiese desde el pecho hasta el talle. El traje debía ser uniforme, pero en el distintivo cabía variedad: cada señora podía lucir su favorita flor. Los hombres llevarían capuchones negros. Claro que lo de los disfraces no era sino un recurso para animar algo, desde los primeros momentos, la fiesta pues, por lo demás, ni los duques habían de dejar entrar á nadie desconocido, ni los blancos antifaces tardarían mucho en caer transformando en acompasado y ceremonioso baile lo que empezase con el alboroto y jarana propios de la temporada carnavalesca.

Sin embargo, esas horas concedidas á la máscara y á la relativa libertad que ofrece, Cirilo contaba aprovecharlas; la dama de los billetitos y él se encontrarían en el jardín de invierno, cerca del grupo de amores de mármol rosa que bailan alrededor de una hoguera.

La espesa sombra de los gomeros y palmeras protegería un breve y delicioso coloquio, tal vez decisivo, y de cualquier modo anhelado, como anhela el sediento la gota de agua que ha de refrigerarle.

VI

Dos ó tres días antes del señalado para la función, el duque se encaró con su secretario, en ocasión de hallarse los dos despachando correspondencia, que el duque minutaba y Cirilo había de contestar después extensamente con arreglo á la minuta; y tomando del cajón siempre entreabierto un excelente cigarro, y tendiendo á Cirilo otro, díjole afectuosamente:

—Oiga V., Hinojales; yo no he querido jamás que se creyese de mí que tengo la sombra del manzanillo, que lo esteriliza todo en derredor. Al contrario: me gusta ser árbol de buen arrimo. Ya habrá V. oído que hice hombre á Orduña, el que es hoy gobernador de Cádiz: y mire V., aquí en confianza, Orduña, valía muy... muy poquito. Aquello fué sacar de un leño un santo milagroso. Con V. ha de ser más fácil y más lucida la empresa. ¡En V. hay veta, hay persona!...

Confuso, y aun algo punzado de remordimiento, Cirilo se inclinó, afectando una modestia que desmentía su radiante é involuntario sonreir.

—Estoy—añadió el duque—muy contento del desempeño de todo lo que hasta hoy he encomendado á V. Las notas para mi discurso de ingreso en la Academia de Ciencias morales y políticas, son tan nutridas, tan curiosas, tan originales, tan de primera mano, facilitan tanto el trabajo, que para lo que falta ya por hacer... se podría decir que será obra de V. el discurso. Gracias á lo que V. revolvió en los *Diarios de Sesiones* de las anteriores legislaturas, he dado dos ó tres buenos revolcones á mis adversarios políticos en las Cortes. El informe para la comisión es de oro. El artículo *inspirado* al *Criterio dinástico* ha producido un efecto sorprendente. En fin, que V. ha aligerado mis tareas, y se ve que ninguno de esos trabajos es arco de iglesia para V., porque tiene V. fondo de repuesto en

lo que ha estudiado y en lo que sabe. Pero el mundo es de tal manera, Hinojales, que V. podría valer doble de lo que vale, y quedarse toda su vida arrinconado, si la casualidad no le hubiese puesto en contacto conmigo. Sus aptitudes de V. son generales y varias, y, sin embargo, difícilmente encontrarían aplicación, á no haber podido apreciarlas quien las puede también presentar al público.

—Es muy cierto, señor duque—respondió Cirilo con franqueza.—A V. deberé seguramente el poder usufructuar cuanto he atesorado. Pero el que V., absorbido por tan graves quehaceres, no tenga tiempo para buscar unas notas de mala muerte, no significa que no sepa V. cien veces más, en todos los terrenos, que este pobre estudiante.

—No achicarse, no achicarse—repuso el duque visiblemente satisfecho y lisonjeado á su vez, porque Cirilo había pronunciado aquellas palabras con expresión muy noble y sincera.—Lo he querido decir es que por bonitos muebles que ponga V. en una habitación, mientras no dé V. luz á las lámparas, no se ven las preciosidades. Deseo ser, para V., la claridad que descubre y realza los objetos de valor. Estimo demasiado sus servicios de V. para privarme de ellos en algún tiempo; pero no seré tan egoísta que por aprovechar un secretario útil le corte las alas. Al contrario: le haré á V. volar. Al terminarse la legislatura presente y procederse á nuevas elecciones, ó pierdo mi nombre, ó V. tiene su acta.

Sintió Cirilo á estas palabras un choque eléctrico. La palabra *acta* ejerce sobre nuestra juventud mágica y misteriosa influencia. Un acta no es nada y lo es todo: se parece á la *miliaria aurea* de la antigua Roma, que servía de centro al universo. Y un pensamiento impertinente cruzó por la cabeza de Cirilo: si él conseguía aprovechar bien alguna de aquellas rachas de predilección que le demostraba la señorita Leonela... ¡ni dado ni gracias! ¡acta y aun actas le había de regalar á montones su *señor suegro!*

Como si el duque leyese, en cierto modo, en el alma de Cirilo, y se adelantase á formular ideas que no podía expresar el secretario, añadió, soltando la ceniza en un cenicero de plata repujada:

—El acta es el a b c de cualquier posición, es el cable á que tienen que agarrarse todos, si han de empezar á salir á flote. Bueno: pues del acta me encargo yo. Conseguida el acta, es preciso que se dedique V. á pensar en otra cosa... ¿No adivina cuál? Vamos, que á sus años de V. no aguardaría yo á que me la sugiriese nadie. Se trata de una mujer... Una mujer que vea en V. prendas personales suficien-

tes para compensar la falta de caudales y de un nombre ya hecho, de esos que se imponen... y que le traiga á V. en las blancas manecitas siquiera un millón de reales!... Créame V.: tales fénices no son muy difíciles de encontrar, y V. sería el menos listo de los solteros si no indagase pronto donde anida media docena de ellos—sea en su futuro distrito, ó en Madrid,—para escoger, de la media docena, lo que más agrade, lo que más responda á sus aspiraciones de V.

Aquí Cirilo se sintió invadido por una ola de ingratitud burlona é involuntaria. Parecíale muy cómico que el duque se mostrase tan solícito en indicarle como medio de engrandecimiento una mujer; pero reprimiendo sin dilación al mal instinto, trató de reconocer con reverentes y discretas frases el buen deseo del duque, y le aseguró que estaba dispuesto á seguir en todo y por todo sus consejos, añadiendo, no sin ciertos asomos de doble intención sarcástica, que por mucho que, gracias á tan inestimable dirección, mejorase su suerte, su mayor deseo era que ésta consistiese en no apartarse nunca del lado del señor duque, en seguir unido á su casa todo lo más íntima y estrechamente que fuese dable.

Después de tal conversación, se halló Cirilo en uno de esos estados de exaltación moral y de plenitud de espíritu, que elevan á un hombre al quinto cielo. Allá en no muy remoto porvenir veía sentadas las bases de la posición social y política: muy cerca, el momento en que las insinuantes é imprevistas libertades de Leonela le diesen pie para intentar una entrada por asalto en el frívolo corazón de la señorita; y más próximo aún, tan próximo como el día de la fiesta, que ya se acercaba, el instante divino en que la duquesa, envalentonada por el antifaz, dejase asomar á sus labios la confesión del sentimiento revelado en sus perfumadas epístolas.

Tarde para la imaginación, como todo lo que ardientemente se desea, pero en realidad á su punto y hora, llegó la noche de la fiesta de los duques. Notó con alegría Cirilo que si la fila de salones, el comedor, las antecámaras, el fumadero y hasta la galería se encontraban iluminados con esplendidez, derrochándose luz eléctrica en centenares de globitos y bujías, en el jardín de invierno una mano previsora y sin duda omnipotente en la casa había conservado la más deliciosa penumbra, que por los sitios donde se agrupaban plantas algo frondosas casi podía llamarse oscuridad. Recorrió el jardín como por curiosidad Cirilo, y estudió el sitio donde los helechos y las lantanas, de lozanía tropical, servían de marco al corrillo de amores de mármol rosa; y percibió que allí, más que en parte alguna, la impertinente luz se había escatimado. Estas precauciones,

que únicamente podían provenir de quien, como la duquesa, mandaba en aquel palacio, alborotaron más y más el corazón del joven, é hicieron girar su sangre impetuosa y encendida. El convenio con la incógnita era encontrarse en tal sitio á la media noche en punto, porque poco después se calculaba que empezarían á caer los antifaces.

Desde las diez y media se poblaron y animaron los salones: la notita original de los disfraces blancos había engolosinado á la sociedad, y como los duques no solían prodigar sus recepciones, y en las que daban no omitían gasto ni primor, de los convidados sólo dejaron de asistir los que se hallaban imposibilitados por enfermedad ó algún motivo igualmente poderoso. Las damas hacían encantador efecto con sus albos capuchones de blonda española, de encaje francés, de fino tul ó de crujiente seda, realzados por la franja de flores naturales, en que consistía el verdadero lujo del disfraz, pues se habían encargado flores raras á todos los puntos de España y á París y Niza también, y alguna de aquellas cintas de orquídeas ó de violetas de Parma valía un puñado de duros. La mayoría de los hombres, sobre todo los solteros, llevaban dominó y antifaz de raso negro y su correspondiente ramito al izquierdo lado.

Cirilo no se había puesto aún el dominó. Lo tenía de reserva en sus habitaciones, á las cuales podía pasar por varios sitios, por el fumadero, ó saliendo del jardín de invierno al otro jardín. Pensaba vestírselo cuando conviniese á su plan amoroso. Apoyado en una columna de la galería de las porcelanas, vió organizarse el primer rigodón, y no quiso bailarlo, porque los pensamientos que le exaltaban le hacían preferir una semisoledad, un sibarítico aislamiento en medio del bureo de la fiesta. Después del rigodón preludió la orquesta un vals, y al punto mismo notó Cirilo que tenía muy próximo cierto grupo, formado por una encapuchonada vivaracha, delgadilla, que parecía tener azogue, y un caballero de no muy buen talle, que ostentaba sobre el dominó una cruz de Montesa hábilmente ejecutada con florecitas diminutas. No se necesitaba gran penetración para reconocer en la encapuchonada á la señorita Leona, porque sobre los inequívocos indicios del aire y de la actitud y de los contornos que el capuchón revelaba, Cirilo sabía que las dueñas de la casa lucirían sobre el disfraz ramos de *muguet*, y de esta blanca y fragante flor era la franja prendida del hombro á la cintura de la máscara. El caballero parecía pedir algo, muy rendido y suplicante; la tapada rehusaba desdeñosa, arisca y mofadora. Solicitaba el favor de aquel vals, y se negaba ella con terquedad y con

desabrimiento. Por fin, ante un ruego más insistente, ella se volvió de súbito, y tomando el brazo de Cirilo, "Aquí está la pareja á quien prometí este vals„ exclamó. Una inspiración atrevida, un repentino cálculo estratégico, dictó á Cirilo las palabras siguientes: "Por cierto que ya iba á reclamar mis derechos, figurándome que los olvidaba V.„ Y ciñendo el talle de Leonela y dejando con la boca abierta al dominó de la caballeresca cruz, lanzóse al torbellino, bendiciendo una vez más la previsión de los amorosos padres que le habían enseñado, entre tantas graves disciplinas humanas, la al parecer inútil y baldía ciencia de girar á compás al son de la música, con garbo, maestría y airosa disposición. Desde las primeras vueltas de aquel vals, comprendió Cirilo, rebosando orgullo, que ya no encontraría ocasión más favorable para dar un paso decisivo con la hija del duque. El capuchón, el antifaz, la distinción de que acababa de ser objeto, la proximidad de dos cuerpos enlazados por la cadena vertiginosa y dulcemente mareante de la danza, eran ventajas que sólo un necio podría no tomar en cuenta; y como la esmerada educación física y la gimnasia corporal habían prestado á Cirilo esa energía y resolución que procede de la fuerza y de la salud, guardóse bien de desperdiciar tan únicos momentos, y sin vacilar murmuró al oído de Leonela cuanto puede sugerir la ambición disfrazada de amor, y oculta bajo los encajes y las flores de la pasión sin esperanza. Leonela escuchaba con avidez, y bajo la diminuta careta de raso veía Cirilo relucir los ojos y observaba cómo se enrojecían las orejitas menudas donde danzaba una perla redonda, mientras una emoción inequívoca hacía subir y bajar el menguado seno, y doblarse el talle y casi caer sobre el hombro de la pareja una cabeza vencida y subyugada por turbación invencible... No era preciso ser zahorí para interpretar tales signos, ni brujo para descifrar el sentido del ardoroso, "creo que sí„, respuesta á una pregunta de Cirilo, arrogante y tierna á la vez... En términos que, sin pecar de insolente, el secretario se atrevió á valerse de la confusión del gentío para llegar á su pecho el pecho de Leonela, estrechando á la vez su flaca mano, calenturienta á través del guante.

"Pedir más sería gollería„, pensaba el secretario, cuando, terminado ya el vals, dejó á la inmutada Leonela entre un grupo de amiguitas, todas encapuchonadas y muy bullangueras y reidoras. Cirilo se apartó, no sólo por hábil cálculo, sino porque se acercaba la hora de vestir el dominó, y empezar á maniobrar hacia el rinconcito del jardín de invierno. Acababa de ver pasar á una encapuchada del porte y silueta de la duquesa, y en el mismo instante en que hacía

el soliloquio de que también ella esperaba el momento, Cirilo sintió sobre su hombro una mano; volvióse, y vió al dominó de la cruz de Montesa hecha de flores, que le interpelaba brusca y descortésmente. El diálogo fué rápido y sustancioso.—"¿Se puede saber dónde has aprendido á mentir con tal frescura, señor secretario?„—"En la misma cátedra donde tú cursaste la necedad.„—"Agradece que respeto la casa donde estoy: á no ser así, tendría gusto especial en soltarte... „—"¿Una bofetada? Basta la intención. Yo se la pagaré á V. en moneda contante, señor marqués de Altacruz.„—"Pues espere V. con la visita de un par de amigos míos mañana.„—"Se les recibirá, y ni ellos ni V. tendrán que quejarse de mí.„

Hay instantes en que los acontecimientos se precipitan de un modo tal, que no dan tiempo ni á sentir temor, ni á especular sobre lo futuro. Caminamos en medio de un vértigo, perdiendo el sentimiento de la realidad. Esto le ocurrió á Cirilo. Lejos de reflexionar y de romperse el meollo cavilando en que tenía un lance en perspectiva, y con un regular espadachín, Cirilo sólo pensó en correr á su cuarto, vestirse el negro dominó, ajustarse el antifaz, y deslizarse en el jardín de invierno aguardando á la desconocida, ó sea á la duquesa, pues para él era lo mismo. Ya faltaban pocos minutos: en breve la blanca forma soñada y anhelada se aparecería entre los árboles.

Acercóse al artístico grupo de amorcillos, y con un movimiento feliz, que supo hacer que pareciese impremeditado, si alguien por casualidad lo observaba, rompió la bombilla de luz eléctrica que, oculta entre el follaje, iluminaba misteriosamente aquel rincón. Como el sitio puede decirse que estaba solo, nadie había de reparar en la hazaña, realizada tan á tiempo, que ya una mujer encapuchonada, penetrando tímidamente en el recinto, se acercaba con furtivo paso. Al reconocer Cirilo la estatura y el aire de la duquesa, se precipitó, no sin arrebato imprudente, y tomando las manos de la aparición, la arrastró hacia el sitio más sombrío. Ciego, demente, trémulo de felicidad, Cirilo desplegó en un minuto toda la retórica que la pasión dicta y enseña; y tanto dijo; de tal manera se explicó, que convenció á la tapada de que aquella peligrosa entrevista lo sería mucho menos, y al par tendría muy diferente dulzura, sabor y gracia, si por la puertecilla del jardín de invierno saliesen al otro jardín y en diez segundos se encontrasen á salvo en la misma estancia de Cirilo. Previsto estaba todo: no había luz para que no se filtrase por la reja un rayo inoportuno y delator; echadas las llaves que incomunicaban el aposento, á fin de que ningún criado

pudiese atisbar; y en el bolsillo de Cirilo la de la puertecilla que comunicaba con el jardín, teniendo así asegurada la salida por dos ó tres puntos, á prevención de cualquier sorpresa. La encapuchada se asustó, dudó, resistió, puso objeciones, cedió al fin...

VII

Al otro día de la memorable fiesta, Cirilo se despertó de un sueño de oro, luz y fuego, con la noticia de que el duque le llamaba urgentemente á su despacho. Levantado á prisa, no sin cierta alarma, y vestido en un decir Jesús, no necesitó Cirilo sino mirar á la cara del duque para comprender instantáneamente que aquel señor *sabía algo.*

Algo, sí; ¿pero qué? ¿La escena del vals con Leonela? ¿El inminente duelo con el marqués de Altacruz? O más bien, ¡cielos vengadores! ¿el episodio del jardín y su incomparable desenlace, cuyo recuerdo aún le producía un estremecimiento de profunda y soñada dicha?

Mas, ¿cómo cabía que supiese esto último el duque? Cerrada y oscura la habitación; apagado el diálogo, en que más que palabras hubo una mímica del cielo; cauta la salida, con mil precauciones; relativamente breve la entrevista; imposible de advertir, en noche de máscaras una ausencia tan corta del salón... á no ser que el mismo diablo, que todo lo añasca, hubiese enterado al ofendido esposo...! Y si éste no estaba al tanto de lo ocurrido, ¿qué significaba aquel gesto sombrío y fosco, aquellos ojos destellando ira, aquella voz dura, sibilante y seca, como un latigazo, con que el duque dijo á su secretario, mientras le mantenía de pie con la actitud y acentuaba la mortificante, ironía:

—¡Bien ha correspondido V. á mis atenciones, señor Hinojales! ¡Bien! ¡Cada cual se porta como quien es... y V. es hombre de fiar!

—Señor duque...—balbució el culpado, pronto á arrojarse á los pies del magnate y pedirle perdón, tal se encontró de aturdido, y tanto le llegó al alma el reproche.

—Los ingratos—añadió severamente el duque—rara vez cobran

el precio de su ingratitud. Siento haber calentado en el pecho una víbora, pero esto me servirá de lección, haciéndome en lo sucesivo más cauto. Yo sabré mirar mucho á quién introduzco en mi casa.

—No soy ingrato, señor duque, no—exclamó afligido Cirilo.—La fuerza de la pasión me ha extraviado. Un sentimiento irresistible...

—A otro perro con ese hueso—repuso prontamente el duque.—Bien sabemos el valor de semejante excusa. ¡La pasión! Veo que es V. mozo de más cuidado de lo que parece, y cuando el otro día le di á V. consejos para el porvenir, no debió V. de reirse poco de mi candidez. Muy ajeno me encontraba de creer que ya había V. planteado bajo mi techo el socorrido sistema de la caza de gangas matrimoniales. No se podrá decir de V. que no pica alto! ¡Por vida del señorito, ira de Dios!

—De Leonela se trata—pensó Cirilo respirando un poco, pues le parecía que de dos males el menor era aquel. Las palabras que el duque añadió inmediatamente y sin endulzar el tono de enojo y desprecio con que se expresaba, dejaron atónito al secretario, causándole el efecto de una ducha de agua helada, despedida con violento empuje.

—A pesar de todos mis consejos; desoyendo mis advertencias y rehusando otras soluciones más racionales y más conformes con su interés, mi cuñada Fina jura y perjura que después de lo acontecido no tiene más recurso que casarse con V. sin demora, en lo cual, por otra parte, según dice, sigue los impulsos de su corazón, pues asegura que se ha prendado de V. desde el mismo día en que le ha visto.

—¡Su cuñada de V., señor duque!—exclamó Cirilo con el más profundo asombro.—¿He oído bien? ¿Se trata de la señorita Fina?

—¿Pues de quién se había de tratar? ¡Hágase V. de nuevas!... Ella misma me ha confesado la verdad, y que anoche perdió la noción de su decoro, hasta el punto de que... de que va V. á ser mi concuñado; y me parece que, para principio de carrera, no es malo el salto que ha sabido V. pegar... Además, yo no ocultaré á V. que, por amor propio, por egoísmo bien entendido, he de procurar elevarle á V. lo más posible: pero cualquiera que sea mi esfuerzo por hacer de V. un personaje, en el fondo de mi alma, amiguito, en el fondo de mi alma le he juzgado á V.... y le considero un vividor de la peor ralea, y, sobre todo, oígalo V. bien, un ingrato!

Mientras el duque se producía así, Cirilo hacía una serie de rapidísimas reflexiones para tratar de entender el extraño enigma. No cabía duda: el duque había sospechado de la duquesa; tal vez

había visto salir del cuarto del secretario á la dama recatada en su capuchón, y Fina se sacrificaba por salvar á su hermana, por dejar su honor á cubierto, y él tenía que imitarla, emulando su heroico sacrificio.

—Señor duque...—murmuró aturdido—confieso que no sé qué pensar ni qué decir... Su enojo de V. me aflige, me llega al alma, y le ruego que no siga hablándome en ese tono, y que tenga compasión de mí. Por firme que sea mi propósito de no faltar al respeto que le debo por tantos estilos, temo que una frase injuriosa me lastime demasiado y dé al traste con mi sufrimiento, y desearía que no le quedase á V. de mí triste memoria. Antes de contestar á lo que acaba V. de decirme, permítame V.,—se lo ruego por favor,—que conferencie un instante con la señora duquesa.

—Accedo—dijo el duque—porque á mi esposa la interesa mucho la suerte de su hermana, y precisamente me había dicho también que con V. deseaba hablar un momento.

Salió el duque, y al poco tiempo Cirilo sintió el crujido de las faldas de la duquesa, que entraba serena y magnífica como la Juno de Homero. Y á la primer mirada que cruzó con la dama; sin que mediasen otras explicaciones, comprendió Cirilo de golpe y porrazo el extraño error que había padecido, y vió abatirse á tierra, marchito y lánguido, envuelto en las ruinas de su corazón, el gallardo arco de mirto y rosas.

—Mi hermana—dijo apaciblemente la duquesa—ha cometido una imprudencia insensata; ha labrado en un instante su desdicha. No sólo se ha precipitado de cabeza en el abismo, desmintiendo en una hora una vida entera de recogimiento y dignidad; no sólo ha sucumbido como una niña sin experiencia, á los treinta y cinco años que tiene, sino que ni ha reparado, en su ceguedad, que me comprometía gravísimamente á mí. Se ha servido, para escribir á V., de mi papel de cartas; y como nuestra letra se parece mucho, pues hemos sido educadas en el mismo colegio, y las cartas fueron anónimas, excuso decir á V. lo que podría suponerse si alguna cayese en malas manos. A no tener yo, por fortuna, reputación bien sentada; á no poseer la absoluta confianza de mi esposo, porque la merezco, he podido verme envuelta en alguna horrible red. Ha llegado á tanto la obcecación de esa pobre hermana mía, que hasta convertía mis muebles en estafeta, y que ayer, en el empeño que tuvo en vestirse y encapuchonarse exactamente como yo, sin pliegue más ni pliegue menos, demostró que al jugar su honra no le importaba echar la ajena por el balcón. En fin, ella lo ha querido, y

ella es quien ha de soportar las consecuencias de este desliz. Procure V. que nunca tenga que arrepentirse, porque Fina es una santa, y si V. la juzgase por este paso imprudentísimo, sería injusto con la que pronto se llamará su mujer.—Y aquí la duquesa dió muestras de enternecerse, y aún llevó el pañuelo de batista á los bellos ojos.

—Alto ahí, señora duquesa—exclamó Cirilo, que empezaba á perder los estribos al apurar tan á fondo la hiel del desengaño.—Yo no he dicho todavía si estoy dispuesto á aceptar el altísimo honor que se me ofrece con la mano de la señorita Fina. Antes de resolver sobre este punto delicado, permítame V. que reflexione un par de horas. Ya volveré á comunicar á V. lo que haya decidido.

Y saliendo bruscamente de la estancia, dirigióse como un rayo á las habitaciones de Leonela, á cuya doncella intimó que necesitaba, á todo trance, ver y hablar sin dilación, á la señorita. Al ruido del diálogo, salió Leonela vestida de mañana, ojerosa, deshecha; y al reconocer al secretario, sus enjutas mejillas se tiñeron de rubor. Despidió á la doncella, encargándola que no llamase á la *Fraulein*, y se acercó á Cirilo, como interrogando.

—Leonela—dijo Cirilo sin ambajes ni circunloquios—anoche he debido á V. una distinción... no, no, varias distinciones... de tan alto precio, que trastornarían á cualquiera la cabeza y el alma. De lo que V. me diga ahora pende mi vida. ¿Qué debo creer? Repito la pregunta que dirigí á V. anoche valsando: ¿siente V. algo por mí? ¿Soy para V. *alguien*, alguien en quien piensa, alguien que le importa?

—Ojalá me fuese V. indiferente—contestó tartamudeando la señorita.—Ojalá, Hinojales. No me costaría entonces tanto trabajo determinarme á fijar el día de mi boda con el marqués de Altacruz, á quien me complazco en desesperar, para que no crea el muy tonto que me ha seducido.

—Es que entonces, Leonela, si es así, no debe V. casarse sino conmigo, y no con el marqués á quien no quiere. ¡No faltaba más, Leonela! Seguro de que V. me distingue, disputo esta mano al mismísimo Cid. Que venga el marqués á arrebatármela. Que venga todo el género humano.

—Amigo mío—murmuró zalameramente la señorita, echando á Cirilo un brazo por el cuello,—¿qué está V. fantaseando? ¡Si pudiésemos hacer como en las zarzuelas, que se casa la gente con quien le gusta, y los reyes con las pastorcitas!... Le aseguro á V. que lo deploro, y que me caso de bien mala gana. Pero reflexione

V., y comprenderá que el mundo no es así como querríamos que fuese. Sólo nos está permitido, todo lo más, un *rêve*... No le gusta á V. *rêver?*... ¡Es tan bonito!... Es casi más bonito que la realidad... ¡Oh, *rêver!*

Al expresarse así Leonela, acercábase más al secretario, y sus dedos secos se enclavijaban y fundían en los de la fuerte y varonil mano del joven, y su aliento precipitado delataba la vehemencia y acción del consabido *rêve*. Cirilo separó su diestra en un arranque de indignación furiosa; y haciendo una reverencia sarcástica, salió disparado de las habitaciones de Leonela, llevando sobre su espíritu todo el peso del arco de oro y pedrería, que acababa de derrumbarse estrepitosamente. Sentíase capaz de estrangular y de patear á Leonela, olvidando que los móviles que le arrastraban hacia la hija del duque no eran más puros que los que atraían á la hija del duque hacia él.

Desde su cuarto escribió Cirilo al duque una carta lacónica y glacial, renunciando á la honra que se le brindaba de ser esposo de la señorita Fina, y rogando que se le dispensara también, desde aquél punto y hora, de su cargo de secretario. Metió sus efectos en la maleta, llamó á un mozo de cuerda, y al cruzar el umbral del palacio de Ambas Castillas creyó sentir un fragor terrible, un estrépito como de cien cañonazos: era el arco de mármol y bronce, que lo mismo que los dos arcos anteriores, se venía al suelo.

Del lance con Altacruz, que se verificó dos días después, sacó Cirilo, á pesar de su gran experiencia de sala de armas, un mediano charrascazo, que á poco que se hubiese corrido el filo del sable le parte la sién. Del episodio con la cuñada del duque, la mala voluntad y tirria perseverante de este señor, el cual se dió gran prisa á buscar á Fina un pretendiente y á casarla, aprovechando el natural despecho que concibió la señorita contra su seductor involuntario. Privado de las aldabas á que se asía, en vano luchó Cirilo para buscar nuevas sendas por donde ascender y prosperar: la única gente que le conocía le conocía por el duque, y éste, que un tiempo pensó elevarle, se esmeró tanto en rebajarle y oscurecerle, que Cirilo se vió rechazado de todas partes, sin medio humano de romper la conjura del olvido y de la frialdad desdeñosa que en torno suyo formó su antiguo protector y amo.

Hoy, desempeñando una cátedra en un instituto de provincia,—única situación que pudieron alcanzar sus méritos,—Cirilo suele meditar sobre los problemas de su educación y de su destino. Sospecha que se perdió por falta de cultura moral; porque siendo en

todo un sabio y un ateniense, en su conciencia fué un salvaje, esclavo del apetito y ajeno al sentimiento del deber. No le consuela el reconocer que esta deficiencia es común á toda la generación contemporánea. Además—comprende que no debió querer remontarse tan de golpe, y que, en resumidas cuentas, le convendría mucho haberse casado con Fina, dueña de no despreciable caudal, mujer honesta, sensible y enamorada, y escalón seguro para conservar valimiento con el duque. Pero aquella visión de los tres arcos, que tanto le persiguió, aún le persigue á veces, pues la esperanza y la ilusión nos acompañan hasta el sepulcro; y sé de buena tinta que Cirilo espera la gloria y la medalla de académico C., por una *Gramática analítica razonada y tesoro de etimologías de la lengua copta.*

EMILIA PARDO BAZÁN.

GOYA

CONTINUACIÓN

III

El grabado al agua fuerte y sus dificultades.—Opinión equivocada de algunos críticos sobre la intención de *Los Caprichos*.—Explicación manuscrita de ellos: es de Ceán y no de Goya mismo.—Otras explicaciones apócrifas.—Errores que contienen.—Declaración del autor en el prospecto de su obra.—No se prestaba su carácter á sátiras personales.—Lo que realmente significan *Los Caprichos*.—Los adquirió la Calcografía Real.—Cuadros de la vida de San Francisco de Borja, pintados para la catedral de Valencia.—La pintura no puede expresar más que realidades.—Cuadro de las Santas Justa y Rufina para la catedral de Sevilla.—La Comunión de San José de Calasanz, para las Escuelas Pías de Madrid.—Retratos de la familia de Carlos IV.—Otros retratos.—Cinco cuadros de costumbres que posee la Academia de San Fernando.

Desde que hizo la colección de aguas fuertes de algunos cuadros de Velázquez no había Goya publicado ningún grabado hasta este año de 1798, en que pintó las bóvedas de San Antonio, que fué cuando emprendió la colección conocida con el nombre de *Los Caprichos*.

El grabado al agua fuerte, sencillo y fácil en teoría, pues consiste sólo en dibujar sobre una plancha cubierta de barniz, con una aguja, que vaya descubriendo el cobre en las partes que el ácido ha de atacar, es difícil y entretenido en la práctica cuando se quieren obtener efectos completos de claro-oscuro solamente con la aguja y la punta seca. De este modo

fué como Rembrandt produjo sus admirables grabados; pero no era este el sistema que se acomodaba á la impaciente fogosidad de Goya, que cuando le empleó, como en las copias de Velázquez, se contentó con la media mancha sin buscar el efecto completo. Hay otro procedimiento más complicado, pero con el que se obtiene resultado más pronto y fácilmente, que es el llamado al *aguatinta*, y á él acudió Goya en *Los Caprichos,* y en la mayor parte de los grabados que hizo después, ayudándose más ó menos de la aguja y la punta seca.

La mayor parte, si no todos los críticos que han hablado de esta obra, quieren ver en ella una sátira sangrienta contra los personajes y sucesos de la época. «Si la dama que le sirve de modelo es una Mesalina, si el valido á quien retrata no sostiene siquiera el paralelo con los Leicester y Valenzuelas, no hay modo de que la dama salga de su pincel simpática á los ojos de la gente honrada, ni que el privado obtenga de su mano atractivos que le hagan aceptable,» dice el señor de Madrazo, en el citado Almanaque. Cruzada Villamil, en su libro de *Los Tapices,* es más terminante, pues asegura que Goya, «al censurar los vicios y ridiculizar y anatematizar tales liviandades, cometía los unos é incurría en las otras, pues hería á quienes le encumbraban y consignaba sus flaquezas...»; y añade: «Ni la duquesa de Alba, á quien tanto debió; ni la de Benavente, que tanta ocupación dió á sus pinceles; ni Godoy, de quien tanta honra recibió; ni Carlos IV, que *medio le había abrazado;* ni nadie de cuantos figuraban en la corte y ocupaban elevados cargos, carecen de su página en aquel terrible libro de verdades descarnadas, de severas censuras, de envenenada crítica.» Se refiere á *Los Caprichos.*

Lo mismo indica Carderera en los artículos que publicó en 1835 en el periódico *El Artista* y en la *Gazette des Beaux Arts* en 1860 y 1863.

Nadie como Carderera, que conoció á Goya y trató á su hijo, podía haber dado noticias exactas referentes al artista aragonés, y, sin embargo, son muy poco interesantes y vul-

gares las que dió. Se hizo eco de todas las paparruchas que corrían con respecto á la intención de *Los Caprichos;* afirma que los ángeles de la bóveda de San Antonio son efectivamente retratos de damas conocidas; supone que Goya era un buen espada en el toreo, y dice que un libro de dibujos que poseía era referente á un viaje que el famoso pintor hizo á Andalucía acompañando como amante á la duquesa de Alba, y que en él se consignaban hasta las escenas más íntimas.

Si tales vulgaridades son acogidas y propaladas por un académico español, ¿por qué admirarnos de que extranjeros como M. Ch. Iriarte ó Laurent Matheron hagan de la biografía de Goya un libro de caballerías?

Carderera dice que si Goya hubiera escrito sus memorias serían semejantes á las de Benvenuto Cellini; y M. de Iriarte, determinando más, le atribuye algunos asesinatos y muertes en desafío, violación de monjas y otros excesos; le contrata con una cuadrilla de toreros y le lleva por los pueblos dando corridas. ¡Nos quejamos de que los extraños nos desfiguren, y tenemos á gala el retratarnos desfigurados á sus ojos! A pesar de todo, lo más interesante y lo más sensato y estudiado que se ha escrito sobre Goya lo ha hecho un francés, M. Paul Lefort.

Anda en manos de los aficionados una explicación manuscrita de *Los Caprichos,* de la que Carderera decía poseer el original. Esta explicación no explica nada que no se le ocurra, al ver las láminas, á cualquier persona de buen sentido, y no alude á ninguna personalidad de las que aquellas gentes quieren encontrar por todas partes. Pudiera Goya haber escrito estos comentarios, pero es casi seguro que son obra de su amigo Ceán, tanto por la letra y redacción del original, cuanto porque para no aclarar nada no los hubiera hecho el autor de los dibujos.

Hay otra explicación, que pasa también por auténtica, pero que manifiestamente es apócrifa, pues contiene obscenidades que no vienen al caso, y señala en todas las láminas alu-

siones á personajes determinados, sin que nada lo justifique ni remotamente.

M. Lefort dice que en un ejemplar de la primera edición de *Los Caprichos* vió una nota contemporánea manuscrita en francés, en la que se detallan algunos asuntos; por la copia que da, se ve que esta explicación es tan arbitraria y absurda como todas las que han querido dar aclaraciones concretas.

Pondré un ejemplo: la estampa núm. 19, cuyo epígrafe es *Todos caerán,* representa á dos mozas pelando á un pollo con cabeza de hombre; en primer término hay una vieja sobre un arbol, encima de este grupo está subida una polla con cabeza de mujer; alrededor revolotean otros pájaros con cabezas de hombres, vestidos con trajes de diferentes clases sociales. Manifiestamente esto no representa más que á unas rameras; la que está subida en el arbol es el reclamo que atrae á los incautos.

La lámina siguiente, núm. 20, es el complemento de la anterior y aclara más el concepto. *Ya van desplumados,* dice la leyenda, y, efectivamente, los pollos pelados y cabizbajos son arrojados á escobazos de la casa.

En la estampa núm. 21 se vuelven las tornas; *Cual la descañonan,* y, en efecto, dos golillas despluman á una polla con cabeza de mujer, indicando que conforme las mozas de vida airada explotan á los libertinos, ellas á su vez son explotadas por la gente de curia. Todo esto es claro, no tiene otra interpretación posible; sin embargo, la citada nota francesa asegura muy formal que, «la lámina 19, en la que se ve á dos mujeres ocupadas en desplumar á pequeños personajes, que al punto se elevan por los aires cayendo un momento después; ¿qué otra cosa puede significar que la larga serie de amantes que desde, ó tal vez antes de D. Juan de Pignatelli hasta el príncipe de la Paz se sucedieron cerca de la reina, haciéndose más ó menos ridículos por el escándalo de su tontería ó vanidad? La desgracia de estos favoritos numerosos está más particularmente representada en la lámina 20...»

No pueden admitirse de ningún modo tales suposiciones. Aunque la reina María Luisa tuviera una debilidad con Godoy, nunca dió muestras de serle infiel, como lo manifiesta la nunca interrumpida privanza del favorito. Las catorce cartas que ella escribió en pocos días al gran duque de Berg pidiendo la seguridad y libertad del príncipe de la Paz, demuestran el acendrado cariño que le profesaba, al cabo de tanto tiempo, y el estado de angustia en que su ánimo se hallaba ante el peligro que su amante corría. ¿Es verosímil que buscara amantes para explotarlos y arrojarlos después á escobazos? Son dos las mujeres que están pelando pollos, y las contempla una celestina; otra mujer disfrazada de ave las ayuda á cazarlos. ¿Se ve en alguna el menor rasgo, la menor señal, de que pueda ser la reina? ¡No!

Puesto que estas tres láminas, en que algunos personajes están representados en forma de aves, se refieren unas á otras, ¿puede soñarse que la gente alguacilesca molestase á María Luisa?

¿Qué datos hay para suponer que la estampa núm. 55, titulada *Hasta la muerte,* que representa á una vieja sentada delante del tocador, y una doncella que la está acicalando, mientras dos cortesanos la celebran, sea la caricatura de la condesa de Benavente? Ninguno.

En la lámina 29, *Esto sí que es leer;* ¿por qué ha de ser el duque del Parque el personaje que dormita sobre un libro mientras el peluquero le peina, y el ayuda de cámara le calza? Si, como dice el intérprete, «de este método de instrucción resultó adquirir el duque un gran fondo de conocimientos que el gobierno español aprovechó más de una vez encargándole algunas misiones diplomáticas», no había, en esta costumbre de aprovechar todos los momentos para la lectura, nada de vituperable ni que se prestara al ridículo. No es fácil descifrar lo que el pintor ha querido indicar, como no sea el que las cosas no pueden hacerse bien más que en la ocasión oportuna; pero no parece tratara de ridiculizar la asiduidad de persona que como el citado duque recogió el fruto de sus afanes.

Nada más fácil, ni más vano, que el dar significación determinada á cualquier cuadro, estampa ó dibujo, sin datos para demostrar la exactitud de lo que se nos antoja que representa.

Si se pretendiese, por ejemplo, que Goya, en el tapiz que representa sencillamente á unos leñadores cortando las ramas de un arbol, quiso figurar al pueblo tratando de cortar los abusos del clero y la nobleza, podría haber quien lo creyera, pero nada lo justificaría.

Puestos en este camino de infundadas interpretaciones, no hay inconveniente en suponer que en el tapiz titulado *El Militar y la señora* hace alusión á cualquier personaje conocido cuya esposa no le era fiel; y, por no quedarnos cortos, al mismo Carlos IV y María Luisa cuando eran príncipes de Asturias.

Goya, en el prospecto que publicó para su obra, dijo que había escogido asuntos que diesen ocasión á combatir preocupaciones, imposturas é hipocresías consagradas por el tiempo; pero que protestaba de que ninguna de las láminas fuera sátira personal. No hay por qué dudar de su aserto.

Si al dibujar alguna se acordó de personaje determinado, ó de suceso ó escándalo reciente, no es posible adivinar las intenciones de nadie, y mucho menos cuando se disfrazan. Goya no era bufón ni gracioso; la intención de sus obras es siempre seria; por contrahechas ú horribles que sean algunas de sus figuras, no son caricaturas que tengan por objeto la burla risueña, sino el sarcasmo y desprecio amargos. Como todos los genios satíricos, tiene un sentimiento vivo y profundo de la virtud y de la belleza moral, desesperándose y llegando á dudar de si existen cuando las encuentra holladas á cada paso; ve antes el lado malo que el bueno de las cosas.

Comprende que la sátira es más honda y trascendental cuando ataca los vicios ó las preocupaciones de una manera general, que cuando se fija en los individuos. Pocos serán *Los Caprichos* que no tengan una explicación sencilla y clara, sin que sea necesario recurrir á interpretaciones rebuscadas y maliciosas.

Por otra parte, el carácter del autor no era á propósito para chocar de frente con la corte y las personas influyentes. Se le ve siempre procurando su medro personal y su adelantamiento, plegándose á las circunstancias, á pesar de su carácter brusco. En todas las cartas íntimas que escribió á su amigo Zapater se muestra siempre muy complacido de las bondades que recibía de la familia real y de los grandes personajes. Continuamente está solicitando ascensos. Tiene como honor que el infante D. Luis le dijese en una cacería, al verle tirar á un conejo: —*Este pinta monas aún es más aficionado que yo.*

Durante las vicisitudes por que atravesó la patria en su tiempo, no tomó parte activa en la política, en bando ninguno, y procuró conservar su cargo de pintor de Cámara, lo mismo con Carlos III, que con Carlos IV; con José Napoleón, que con Fernando VII. Ni Goya era hombre capaz de exponerse á comprometer su posición con burlas indiscretas, ni, tratándose de personas con cuya amistad se honraba, tenía autoridad para vituperarlas, ni el hacerlo hubiera dejado de ser una villanía que no se le debe suponer.

No necesita buscarse, repito, una interpretación descabellada para comprender *Los Caprichos*. Algunos de ellos son puramente fantásticos, y no tienen otro objeto que burlarse de la creencia en las brujas, dibujando las grotescas escenas de sus conciliábulos. Otros se refieren á la ligereza y vanidad de algunas mujeres, y más señaladamente á las prostitutas y encubridoras; así como á la insensatez que cometen los hombres incautos á quienes sus pasiones arrastran á dejarse engañar por falsas apariencias. Muchos, atacan malas costumbres y preocupaciones vulgares, como la de meter miedo á los niños con el coco; la de mimarles hasta demasiado grandes; la de castigar sus faltas con azotes; la fe en la virtud de los dientes de los ahorcados, etc.

Otros, en fin, motejan los vicios de los frailes y las supersticiones, siendo la estampa más atrevida de todas las que lleva por lema: *Lo que puede un sastre,* en la que se ve un tronco

de árbol sobre el que está liado un paño que le da el aspecto de un fraile, ante el cual se prosterna de rodillas en adoración una joven, viéndose en segundo término otras mujeres que acuden también devotamente. Esta lámina, y la que lleva por título *El sueño de la razón produce monstruos*, que representa á un hombre, tal vez el autor, recostado en una piedra, cubriéndose la cara con las manos para no ver las espantosas apariciones que pueblan el espacio, demuestran lo benévolas que fueron la censura y la Inquisición durante el reinado de Carlos, llegando hasta el punto de haber podido regresar á vivir á España D. Pablo Olavide, que había sido condenado por hereje en el reinado anterior, y de no haber nadie estorbado tampoco el que Moratín escribiera con socarronería en una de sus comedias:

«... le administraron la unción,
que para el alma es muy buena»;

sin que las gentes tampoco se alarmaran por ello.

Los Caprichos fueron adquiridos para la Calcografía Real, que los publicó en 1803 por instigación del príncipe de la Paz, no siendo este un imbécil que se hubiera prestado á hacerlo, ni hubiera conservado su amistad con el autor, si remotamente pudiera presumirse que aquella obra era una burla de él, de la reina, del rey y de los personajes de la corte.

Cuando hable de *Los desastres de la guerra*, insistiré en demostrar esta particularidad característica de Goya, de no hacer nunca alusiones directas.

Examinada bajo el aspecto del arte, esta colección de los Caprichos es de lo mejor que grabó el autor, si bien en los desastres de la guerra hay quizá más vida y energía.

Todas las láminas están grabadas al aguatinta y ayudadas con rayados á la aguja y punta seca, menos la núm. 32, *Porque fué sensible*, que está solo al aguatinta. En general están bien dibujadas, y las figuras, particularmente las de mujer, son de tipo elegante y esbelto. El claro-oscuro es siem-

pre agradable y de buen efecto, producido enteramente á capricho, sin justificación ninguna, y con muy pocos tonos. Más que efectos estudiados son manchas felices.

Pintó Goya por encargo de la duquesa de Benavente dos cuadros para la catedral de Valencia, representando á *San Francisco de Borja despidiéndose de su familia*, y *el mismo santo exorcizando á un moribundo*. Ambas escenas están representadas con gran sentimiento y expresión. En la primera, los tipos son vulgares, pero expresan bien la aflicción de una despedida. Es un cuadro de costumbres más que un cuadro religioso, y aunque el asunto no es otra cosa, contribuye á hacerle más profano la poca elegancia de los personajes. El otro lienzo es de un aspecto verdaderamente trágico. El santo presenta un crucifijo á la vista del poseído, que medio desnudo se agita convulso en el lecho, horrorizado de las visiones que se cruzan en el espacio.

No sé por qué algún crítico dice que nada le parece más insípido y frío que estos cuadros, porque podrán tener todos los defectos que se quiera menos el de falta de animación, de fuego y de vida.

Por más que se diga, la pintura no puede representar más que lo que se ve; no puede expresar más que acciones y afectos humanos. Nadie ha logrado pintar imágenes que den idea de seres sobrenaturales. Santo y muy bueno que hayamos adoptado una idealidad convencional para representar las escenas sagradas, y que digamos que una obra carece de carácter religioso cuando no se acomoda á esta convención; pero si tomamos por norma á *Beato Angélico*, por ejemplo, no digamos que las Concepciones, ni las *Sacras familias* de Murillo son místicas; y aun cuando así lo hagamos, dando mayor latitud á la fórmula á que ha de ajustarse la pintura religiosa, de ningún modo podremos darle tanta que comprendamos en ella á Goya. Desgraciadamente fueron siempre asuntos religiosos los de mayor importancia que le encargaron.

En 1817 pintó el cuadro de *Santa Justa y Santa Rufina* para

la catedral de Sevilla, recomendable por algunas de sus buenas cualidades; pero ni el arreglo de la composición, ni la expresión picaresca de las fisonomías, están en armonía con el asunto. Los restos de un ídolo, que yacen en primer término, son mezquinos.

En 1820 hizo otro cuadro religioso para las Escuelas Pías de San Antonio, representando *La Comunión de San José de Calasanz,* de hermoso efecto, aunque tan vulgar como solía serlo de ordinario el pintor. La escena está bien arreglada y hay en ella cierta unción; quizá es la obra de esta índole en que logró dar mejor con el carácter conveniente.

Como se ve, mediaron algunos años entre la ejecución de unos y otros de estos cuadros religiosos. En el entretanto, se ocupaba el artista, que fué muy laborioso, en retratar á cuantas personas de valía vivieron en su tiempo, empezando por la real familia, y siguiendo por la grandeza, los ministros, los generales, magistrados, literatos, artistas, actores, actrices y grandes damas. La mayoría de estos retratos son obras de primer orden. El Museo de Pinturas y la Academia de San Fernando poseen algunos, por los que puede juzgarse bien al autor. Los estudios para los retratos de la familia de Carlos IV son admirables. El gran cuadro para que sirvieron, tiene gran fineza de color, y ofrece un conjunto armonioso que seduce; pero la composición, en la que todas las figuras están en pie formando líneas paralelas verticales, en fuerza de querer ser sencilla y natural, resulta afectada. El dibujo flaquea en muchas partes, y las cabezas, aunque muy buenas, no tienen la espontaneidad que en los estudios. A pesar de todos estos defectos, es un cuadro importante. Por la edad que representan los personajes, debió ser pintado el año de 1800.

También son de primer orden los retratos ecuestres de Carlos IV y de María Luisa, aun cuando el caballo del primero sea disforme de largo. Es de notar que estos caballos son de los pocos que el autor se sujetó á copiar del natural; pues siempre que pintó caballos, toros ú otros animales, hizo mons-

truos de su invención, como puede observarse en el retrato del general Palafox, que á pesar de todo resulta una cosa hermosa, llena de fuego, de intención y de vida.

Otros muchos retratos pudiera citar de los que existen en el Museo y en otras partes, como el del cuñado de Goya, Francisco Bayeu, y el de la mujer del autor, en el Museo, y los del general Urrutia y el duque de Osuna en casa de éste, pero sobresalió tanto Goya en este género, que serían casi todos los que pintó dignos de examen detenido.

Además de los cuadros para los tapices, de los religiosos y de los retratos, hizo también alguno alegórico, de que ya hablaré, é infinidad de cuadritos, que el llamaba *borrones,* y no son lo menos original é importante de sus obras. He visto muchos, y la generalidad son impresiones de escenas populares, aquelarres de brujas y horrores de la guerra; siempre buscando impresiones dramáticas.

Sucede con éstas, como con otras muchas obras de Goya, que agradan y seducen, á pesar de ser casi tantos sus defectos como sus bellezas. ¿Es esto bueno?, me pregunto delante de algunos cuadros de este artista, que me gustan y atraen á pesar de contravenir á todas las reglas admitidas por idealistas y naturalistas. El dibujo, positivamente, suele ser malo; el color es armónico, es agradable, es brillante, pero es falso; además, si fuera el color lo que atrae, ¿cómo explicar el encanto de muchos de sus grabados, cuyo dibujo no es bueno, y que no tienen color, ni siquiera entonación?

¿En dónde está el límite que separa el mamarracho de la obra de arte? No lo sé. ¿Será que la vida, la intención, el movimiento, que jamás faltan en las creaciones de este autor, son cosas tan esenciales que compensan la falta de otras cualidades? ¿Será que la expresión clara del sentimiento íntimo de un individuo, el alma, digámoslo así, tiene tanta fuerza? No lo sé tampoco. El hecho es que Goya impresiona á todos, y que no sólo le dieron fama sus retratos, como debieron dársela, sino todas sus demás obras, á pesar de sus incorrecciones.

La Academia de San Fernando posee cinco de estos cuadros pequeños de que iba hablando, los más á propósito para poder juzgar. Representan: *Una procesión* de *Viernes Santo,* acompañada por los disciplinantes; *una sesión del Tribunal de la Inquisición; una corrida de toros en la plaza de un pueblo; una casa de locos,* y *El Entierro de la Sardina.* Esta última tabla no es compañera, en tamaño, de las anteriores. Aparte de lo excelente de la composición, del color y aun del dibujo de estos cuadros, hay que observar el espíritu, la vida y la intención con que están hechos. Todas las escenas están interpretadas con idea de crítica sarcástica; la casa de locos es el resumen del razonamiento. Los disciplinantes y la veneración de las imágenes, los juicios del Tribunal de la fe, las corridas de toros, las máscaras, todo está visto, representado y juzgado como otras tantas aberraciones del espíritu humano. Y no se diga que á mi vez hago conjeturas tan descabelladas como las que critiqué á los comentadores de *Los Caprichos;* basta ver los cuadros para comprender que no es sólo el aspecto pintoresco lo que ha querido buscar el autor, sino el ridículo también. Además, no es la única vez que trató estos usuntos y explicó claramente la intención con que lo hacía. En *Los Desastres de la guerra,* tiene dos estampas, la núm. 66, *Extraña devoción,* y núm. 67, *Esta no lo es menos,* que indican bastante lo que pensaba del culto de las imágenes. Cuando hablé de *Los Caprichos* hice observar la estampa núm. 52. *Lo que puede un sastre,* y á ella sigue la núm. 53. *¡Qué pico de oro!* en la que se ve á un loro predicando á un tribunal de frailes que duermen ó bostezan; es de temer el voto que darán tales jueces.

Se dirá también que siendo el autor tan aficionado á las corridas de toros, no es creíble que las mirara como cosa estúpida y feroz; pero á pesar que de viejo, según Moratin, se jactaba de haber toreado, es lo más probable que esta fiesta le llamase más la atención por lo animada y pintoresca que por otra cosa, y que al razonar sobre ella comprendiera sus defectos. Las planchas de *La Tauromaquia* parecen estar hechas con inten-

ción de causar horror, terminando, á modo de moraleja, con la muerte de Pepe-Hillo.

En tiempo de Goya la opinión de las personas ilustradas era contraria á las fiestas de toros, por lo que el príncipe de la Paz las prohibió en 1805, siendo uno de los hechos de que se vanagloría en sus *Memorias*. Por no estudiarse bien las cosas ni los personajes, á Godoy se le supone también un gran aficionado á los toros y á la guitarra, instrumento que asegura, en las mismas *Memorias*, no tocó jamás.

De todos modos, es indudable que de cualquier clase que fuese la afición que Goya tenía á las corridas de toros, veía y representaba todo lo que hay en ellas de feroz y de salvaje.

IV

Impresión que hicieron en Goya las desdichas de la guerra.—Sus cuadros y grabados sobre este asunto se inspiran en el horror que le causa, y no en el patriotismo.—Cuadros de las escenas del Dos de Mayo.—Es llamado por Palafox para perpetuar el recuerdo de la defensa de Zaragoza.—Se combate la idea de que el autor pintara con otra cosa que con los pinceles.—No se le puede imitar.—Ni fundó escuela ni ejerció influencia sobre los pintores de su tiempo.—Cuadros pequeños representando horrores de la guerra, y tendencia á los asuntos trágicos. — Colección de aguasfuertes, *Los Desastres de la guerra*.—Otra colección titulada *Los Proverbios*.—Algunas de las láminas de esta colección no admiten la interpretación que las da M. Lefort.—Dificultad de dar forma á fantasías del género de las de Goya.—*La Tauromaquia*.—Observaciones sobre algunos caracteres de las obras citadas.

A un hombre de las ideas y temperamento de Goya debía impresionarle extraordinariamente la guerra y sus estragos, dándole ocasión á ejercitar su genio; no es raro, pues, que así sucediera. Pero no vió la guerra á través del honor, de la gloria, ni del interés de la patria ó de la civilización, sino bajo

el aspecto del desenfreno de las malas pasiones de la humanidad.

Muchos de los *borrones*, ó pequeños cuadros, que antes cité, tienen por asunto escenas de matanzas, saqueos, incendios, violaciones y toda clase de excesos. Bajo el influjo de esta impresión están concebidos y tratados los dos cuadros grandes, con figuras del tamaño natural, representando una escena del motín del Dos de Mayo, y los fusilamientos de la madrugada del día 3 en la Montaña del Príncipe Pío, que se hallan en el Museo.

Es inútil querer defender, como lo hizo Ferrer del Río, que Goya era un patriota, en el sentido que vulgarmente se entiende esta palabra, y suponer, como supone, que no empuñó el artista las armas al levantarse el pueblo de Madrid contra los franceses, porque tenía sesenta y dos años; como si no hubiera habido muchos de más edad que las tomaron. Un hombre robusto y fuerte como Goya, que murió de más de ochenta y dos años, de resultas de una caída, no debía estar tan caduco en 1808, que no hubiera podido coger un fusil si hubiera tenido coraje para ello. Pudo ausentarse, con motivo de la invasión francesa, por lo menos dejar de tener un cargo oficial, y no lo hizo, sino que continuó con su cargo en palacio; hizo varios retratos del rey José, y en compañía de Maella y de Napoli, formó parte de una comisión para elegir las obras de los grandes pintores que habían de remitirse á Francia.

En el tomo III de la *Historia de los sitios de Zaragoza* que escribió D. M. Gil y Alcaide, se dice, en la pág. 51, que Palafox llamó al pintor Goya con el objeto de que, inspirándose en las ruinas de la ciudad, perpetuase por medio de algún cuadro la victoriosa defensa del primer sitio. Llegado á Zaragoza á últimos de Octubre de 1808, hizo bocetos de las principales ruinas, figurando en uno de ellos el hecho de arrastrar por el Coso los muchachos los franceses muertos en el choque del 4 de Agosto; cuyos bocetos se perdieron á causa de haberlos cubierto con un baño, por temor á los franceses, baño que después

no se pudo quitar. En Noviembre del mismo año se retiró el artista á su pueblo natal Fuendetodos.

A esta estancia allí se refiere Zapater cuando cuenta que, al ver Goya unas cortinas, y la Venida de la Virgen del Pilar que había pintado en las puertas del retablo, cuando muchacho, exclamó:—«No digáis que eso lo he pintado yo.»

¡Llamado para inmortalizar la heroica defensa, no tuvo inspiración más que para representar un acto de feroz salvajismo!

Ni los citados cuadros del 2 y 3 de Mayo, ni sus grabados de *Los Desastres de la guerra,* denotan al patriota que trata de inmortalizar las hazañas de sus conciudadanos, ó de animarlos en su gloriosa empresa; no se ve en ellos más que hombres entregados al feroz instinto de la matanza; lo mismo en el ataque del pueblo contra los mamelucos, que en los fusilamientos. La impresión que causan es profunda, pero sin que se mezcle en ella nada de ningún sentimiento grande que no sea el horror. Para producirle se ha valido el autor de todos los recursos que podía prestarle el realismo más acentuado, no retrocediendo ante el repugnante espectáculo de la sangre, ni de los cadáveres con el cráneo destrozado. Los soldados franceses no pueden clasificarse entre los de ningún ejército ni ninguna nación; son sombras vengadoras, son el espíritu del mal, implacable y fiero. Están pintados estos cuadros tan á la ligera, que parecen improvisaciones, y sin embargo no lo son; Carderera poseía el boceto de uno de ellos, el de *los mamelucos,* que conserva en su palacio la actual duquesa de Villahermosa.

Casi todos los que han escrito acerca de Goya dicen, para ponderar su arrojo y valentía, que pintaba sin vacilación ni arrepentimiento, ya con una mala brocha, ya con el cuchillo, con una esponja, una caña, una cuchara, ó con la yema de los dedos; y quieren hacer de esto una alabanza. Prescindiendo de que el hecho es una nimiedad indigna de citarse, que en nada aumenta el mérito de un pintor, sucede que casi puede asegurarse no es verdad, pues todos los cuadros importantes

de Goya están pintados con los pinceles, como pinta todo el mundo, y es muy raro el encontrar algún cuadro pequeño en que se haya servido del cuchillo.

A pesar del fuego y la espontaneidad que sabe conservar este autor en sus cuadros; á pesar de que sus grabados parecen estar trazados de primera intención sobre el cobre, no es así: siempre hacía estudios, y uno ó más bocetos preparatorios, de los que se separaba después muy poco ó nada. Hay aguafuerte que está copiada casi raya á raya del dibujo preliminar, sin que se note sujeción ni fatiga alguna. No procedía, pues, con tal arrebato que para que no huyese la inspiración de su mente necesitara precipitarse sobre una escoba, una esponja ó cualquier cosa para convertirlas en pincel; pues sería necio suponer se valía de estos medios para producir mecánicamente algún efecto determinado, cosa que nunca intentó.

Es mucho más moderna que Goya la costumbre de buscar una imitacion material con plastas de color, rascaduras y otras industrias indignas del verdadero artista; porque el arte no tiene por objeto el engañar la vista é imitar las superficies de las cosas. Todos los peines, esponjas y palillos que necesita el pintor de puertas para imitar mármoles ó maderas, son inútiles al pintor de historia, y no resistirá mucho á la fama la gloria que principalmente se funde en hábiles manipulaciones.

Confieso que las escenas del Dos de Mayo, de que iba hablando, me impresionan y me agradan; pero no por esto dejo de preguntarme: ¿son buenas? El dibujo es flojo, el colorido, aunque fino y transparente, parece de pintura al temple. Indudablemente el atractivo está en la acción, en la vida, en la expresión que las anima. Para que produzcan el efecto que producen es menester que esté todo de la manera que está; tal vez contribuyen al mayor efecto muchas cosas que, según las exigencias de la convención y la crítica, son defectos. Está tanto el espíritu de Goya en sus obras, que las hace inimitables; copiadas ó grabadas por otro, resultan detestables; la fotografía tampoco da razón exacta. Un claro poco menos

vivo, una pincelada, un apretón de lápiz de más ó de menos en punto dado, bastan para desfigurar la obra.

Hace algunos años que un mediano pintor, Eugenio Lucas, tuvo fama de imitador de Goya; pero aunque los aficionados vulgares crean que sus imitaciones pueden confundirse con las obras del maestro, no son más que caricaturas groseras y ordinarias, que sólo pueden engañar á la ignorancia más crasa. Lucas trató de imitar, y lo hizo muy torpemente, el aspecto de los cuadros pequeños de costumbres y de brujas; pero como ni lo sentía, ni vivió en el tiempo ni bajo la influencia de las escenas que representaba, ni tenía tampoco el talento de Goya, no podía producir, ni produjo más que abortos y engendros. Se imita más ó menos bien á los autores preceptistas y convencionales, que son los que forman escuela, pero no á los genios originales como á Velázquez, Rembrandt y Goya, que ni fundan escuela, ni son imitables. Los genios originales no lo son por voluntad propia, sino porque nacen así; no tienen influencia en la marcha del arte, porque no vienen á mejorar ni á combatir lo que existe, ni á enseñar á nadie, sino á ejecutar lo que sienten. Ya lo dije antes, Goya no tuvo que desprenderse de la manera que imperaba en su tiempo; desde su primer cuadro para los tapices, en 1777, es el mismo que en 1820, en el de la Comunión de San José de Calasanz; desde su primer aguafuerte de los cuadros de Velázquez, hasta su último *Proverbio,* ó su postrer litografía.

Los que fundan escuela son los que, resumiendo y perfeccionando todos los elementos acumulados por los artistas anteriores, dan la síntesis de todos aquellos esfuerzos. Esto hicieron Miguel Angel y Rafael; esto hizo Ticiano, esto Rubens y después Pedro de Cortona.

David no fué lo mismo, porque, lejos de seguir el impulso dominante, trató de destruirle y de sustituir una convención con otra. Su talento y su firmeza de voluntad lograron atraerle prosélitos, pero éstos se hundieron rápidamente, en cuanto les faltó su impulso vigoroso. Alcanzó el maestro á ver el desmo-

ronamiento de la escuela que había creado; porque por muy firme que sea la voluntad de un hombre, es incapaz de detener por mucho tiempo la marcha y la evolución del arte; no bastan para esto el talento ni el genio. David logró formar una escuela que cundió por todas partes, pero duró muy poco; y la formó porque una convención puede formularse, enseñarse y aprenderse. Los genios originales no fundan escuela, porque el sentimiento individual ni es transmisible ni enseñable.

Goya dió lecciones en la Academia, ¿pero qué sacarían de ellas los discípulos? Un maestro que no supo, ó no quiso copiar nunca del modelo más que el espíritu, no podía hacérsele copiar á los demás. De seguro que con las correcciones del maestro los dibujos tendrían más intención, pero no mayor exactitud material; y sino acostumbraba al discípulo á esta, á otra cosa no le acostumbraría, porque no es posible.

No ejerció Goya influencia en los artistas de su tiempo, ni la ha ejercido después; hoy se le admira tal vez más que antes, pero no se pretende imitarle.

Supone D. Carlos Ribera, en el artículo que escribió para acompañar al grabado del retrato de la Tirana que publicó la Academia de San Fernando, que *si Goya hubiera nacido en mejor época del arte, no hubiera sido tan original, porque entonces se hubiese formado con Escuela; mientras que en sus días tuvo que mantener continua lucha con lo existente*. Todos los pintores originales han tenido, no que mantener lucha con lo existente, sino que hacer aceptar al público sus obras, lo cual es muy diferente. Lucha con lo existente la tienen sólo los que pretenden ser reformadores; la tuvo Mengs, con poco éxito; la tuvo David, con éxito completo. Goya no; como no la tuvo Prudhon en Francia, que era también un pintor de carácter personal, aunque no tan original como el autor de *Los Caprichos*. En cualquiera época que hubiera nacido este último hubiera sido tan individual como fué. Hizo y hubiera hecho siempre lo que sentía, porque tenía esta facultad; trató de que no le estorbasen en su camino, pero no intentó atraer á él á los

demás. Si su genio hubiese sido de los que se someten á escuela, y la que imperaba no le hubiera parecido buena, hubiera hecho lo que hizo David, buscando en las tradiciones la norma que había de seguir y de imponer. Rembrandt nació cuando el arte florecía en su país, debió ser hombre de escuela, según la teoría del Sr. Ribera, y sin embargo fué Rembrandt.

Pero, continuando mi narración anterior, decía que la guerra impresionó de tal modo al artista, que la representación de sus lances más tremendos fué desde entonces uno de sus asuntos favoritos.

Infinidad de cuadros pequeños representan choques, matanzas y violaciones, recuerdo tal vez de las infamias cometidas en el saqueo de Uclés. En la Casita del Príncipe, en el Escorial, se conservan dos, preciosos; representan, el uno la *Fabricación de balas en la sierra de Mallen* (688), y el otro la *Fabricación de pólvora,* en la misma localidad de Aragón.

En las paredes de la casa que Goya tenía en el camino de San Isidro, del otro lado del puente de Segovia, que aún se la conoce con el nombre de *Casa del Sordo,* pintó también algunos sucesos de la invasión, como los frailes y las gentes de las aldeas huyendo á la aproximación del enemigo. En estas paredes había además algunas escenas de brujas; teniendo el pintor tal afición á las emociones fuertes, sin pararse en los medios para conseguirlo, por repugnantes que fuesen, que precisamente en el comedor de la casa representó á Saturno comiéndose á sus hijos, manchada la luenga barba con la sangre de las víctimas. Sus últimas litografías representan corridas de toros, puñaladas y desafíos.

En 1810 grabó la mayor parte de las planchas de los *Desastres de la guerra,* en cuya colección, como en la de los Caprichos, la idea está concebida de una manera general, no refiriéndose á ningún hecho determinado. Ni aquellos españoles son hombres que pelean por una causa santa, ni los franceses invasores enemigos que procuran dominarlos, ni perte-

necen á ejército alguno conocido; unos y otros son fieras que pelean y se destrozan con instinto salvaje. Aquellas escenas están pensadas á través de una idea pesimista de la humanidad, no con el espíritu patriótico con que Gálvez y Brambila grabaron en Cádiz, en la misma época, los sucesos del Sitio de Zaragoza, y los retratos de los héroes populares. La contemplación de esta última obra exalta el sentimiento del amor á la patria, y produce admiración y entusiasmo por aquellos valientes. La obra de Goya, no; lo que hace es inspirar horror hacia la humanidad entera. Considerada de este modo, quizá no se ha escrito ni se ha pintado nada que produzca mayor emoción.

La estampa núm. 7 de *Los Desastres* representa á una mujer, vista casi de espaldas, disparando un cañón. *¡Qué valor!*, dice la leyenda. Tal vez quiere recordar á la célebre joven Agustina Zaragoza, pero nada hay que lo indique. No se ve allí más que á una mujer, sin el traje del pueblo aragonés, desempeñando un acto contrario á la ternura y debilidad de su sexo.

¡Lo mismo en otras partes!, es la leyenda de la lámina número 23, en la que se ve un campo sembrado de cadáveres humanos. La número 24 es de una ferocidad y un escepticismo desgarradores. *¡Aún podrán servir!* dice de unos cuantos heridos.

Las estampas números 28 y 29 representan escenas casi iguales: en las dos las turbas arrastran un cadáver; pero las leyendas son completamente distintas; la primera, *¡Populacho!*, parece como que condena el hecho; la segunda, *Lo merecía*, que le tolera y le aplaude. ¿Se refiere en la una al asesinato del marqués de Perales, y en la otra al de Viguri? No es posible adivinarlo.

Llevado siempre el autor por su idea de la ferocidad é insensatez de los hombres, se acuerda de que éstos, para implorar el consuelo y remedio de sus males, acuden á lo sobrenatural, y se burla de esta debilidad. Por esto en la estampa núm. 66

dibuja un burro que lleva á cuestas una urna de cristal con las reliquias de un santo, y varias gentes en adoración. *¡Extraña devoción!* Mas como pudiera creerse que sólo el vulgo ignorante tiene fanáticas preocupaciones, en la estampa siguiente nos muestra algunos señorones llevando en hombros, de mala manera, una imagen de la Virgen, cuyo armazón de palitroques se descubre, y escribe debajo: *Esta no lo es menos*, con lo que completa la idea de la anterior.

¡Imbéciles! exclamaría Goya para sus adentros: ¡son inútiles vuestras mojigangas! ¡Todo está aquí! ¡Todo se acaba aquí! y dibuja en la lámina 69 á un muerto que se incorpora de la tierra en que yace, para escribir sobre la losa que le cubre: *Nada*, y más abajo, en el margen se lee: *Nada... ello dirá*, como para templar lo absoluto del aserto anterior.

Si, como yo hice observar, ciertos atrevimientos se consentían en tiempo de Carlos IV, mucho menos son de extrañar en 1810, en que la Inquisición no existía, ni era de temer censura alguna en medio de las zozobras é incertidumbres que agitaban los ánimos. Además, esta colección de láminas no se publicó completa hasta el año de 1864, en que las dió á conocer la Academia de San Fernando; de tiempo del autor no existen más que raras pruebas de algunas.

La colección consta de ochenta estampas. Las últimas se refieren á sucesos que indican se grabaron después de 1814: son caprichos de difícil explicación; aunque se ve que aluden á algo. Las núm. 79, *Murió la verdad,* y núm. 80, *¿Si resucitará?* parecen hacer alusión á la Constitución de 1812, anulada por Fernando VII á su vuelta del cautiverio.

Considerados estos grabados artísticamente, son muy desiguales, hay láminas excelentes, y las hay muy endebles; pero todas causan la honda impresión que pretenden causar, incluso la que lleva por título *Esto es malo,* cuya leyenda creía mi llorado amigo Enrique Melida que, no sólo se refiere al acto perverso que el dibujo representa, sino que es también el juicio que el autor formó de la lámina, que es la peor de la colección.

Publicó también la Academia de San Fernando en 1864 otro cuaderno de diez y ocho grabados de Goya, titulado *Los Proverbios*. No sé en qué acepción de la palabra está tomado este título, ni quién se le dió.

El Diccionario de la lengua castellana dice: «Proverbio, m. Sentencia, adagio ó refrán: Agüero ó superstición que consiste en creer que ciertas palabras oídas casualmente en determinadas noches del año, y con especialidad en la de San Juan, son oráculos que anuncian la dicha ó desdicha de quien los oye: Libro de la Sagrada Escritura que contiene varias sentencias de Salomón.»

Como las estampas no tienen leyenda ninguna que dé la menor indicación, y lo que representan no son más que caprichos fantásticos é informes, imposibles de descifrar, el título pudiera tomarse en la acepción de augurio supersticioso, mejor que en otra. Desde luego hay que desechar en absoluto toda idea que tienda á hacer creer que el autor se propuso hacer alusiones políticas á sucesos de su época. Los que han intentado buscar una interpretación por este camino no han logrado más que desbarrar lastimosamente. Es verdad que hay acontecimientos que excitan la atención en el momento que ocurren, y que, olvidados luego, las alusiones que á ellos se refieren son incomprensibles; pero estos dibujos son tan extraños que, aun refiriéndose á algo, hasta en su tiempo serían oscuros.

Si Goya se propuso satirizar y corregir á alguien, lo hizo de manera tan cobarde y embozada, que resultó inútil. Pero no se ve nada de esto; como siempre, no son más que engendros de una imaginación soñadora, ó desprecio hacia las expansiones salvajes y las creencias de las multitudes.

Buena demostración del espíritu y la intención que tienen hasta las creaciones más disparatadas é informes del autor, como son éstas, es el afán que hay siempre por encontrarlas una explicación determinada.

La lámina núm. 3 representa un conciliábulo de persona-

jes extraños envueltos en mantas y capuchones, sentados en la rama de un árbol. M. Lefort supone que esto representa la corte de Carlos IV apenas separada del abismo por una rama seca; pero tal suposición es absurda, porque la rama es tan fuerte y robusta, que podría sostener muy bien á dobles personajes de los que sostiene.

No es más clara la lámina señalada con el núm. 9, en la que se ve un inexplicable y confuso tropel de brujos. Uno, situado en primer término, tiene unos gatos en un mandil que lleva puesto, y otro parece pedir le regale alguno; detrás hay un hombre medio desnudo, al que otro pone un niño al pecho. Este fantástico ensueño le explica M. Lefort de la manera más sencilla. «Esta curiosa escena de la corte», dice, no es más que una sátira contra las adulaciones cortesanas, al mismo tiempo que una alusión burlesca á la afición que prodigaba María Luisa á sus gatitos. Supone que no puede tomarse por una escena de brujas más que merced á la defectuosa estampación de 1864. Pero todo esto no es más que hablar como querer; en ningún estado de la plancha hay dibujada en ella más que hombres; ni los trajes, las fisonomías, el fondo, ni nada indican más que personajes fantásticos. Nadie ha hablado de que la reina tuviera ó dejara de tener afecto exagerado á los gatos; no se ve en la estampa á nadie que aparente adular á otro, y siendo casi seguro que esta colección se grabó muchos años después de desaparecer aquella corte, no tenía gracia ni oportunidad burlarse de tales pequeñeces. Esta lámina no tiene explicación racional, como sucede á casi todas las de los Proverbios.

M. Lefort dice que vió una prueba de la lámina núm. 15, que tenía escrito con tinta, por mano de Goya: *Disparate claro.* Esta es la mejor explicación de todas.

Exceptuando la estampa núm. 13, que representa unos hombres volando, que es de lo bueno que el autor grabó, las demás son de ejecución muy descuidada; no pudiendo esto achacarse á defecto de la tirada, pues se conserva el dibujo y puede

verse que lo endeble y descuidado no depende de la falta de efecto del claro-oscuro.

De todos modos, en esta colección, como en todo lo del mismo género que Goya hizo, hay que admirar la potencia y originalidad de su fantasía, cualidad en que ningún artista le ha igualado, pues ninguno se ha apartado tanto del mundo real y de las convenciones del arte. Por mucho que un pintor se proponga inventar extrañezas, con bueno ó mal dibujo, no es fácil que lo consiga si no está dotado de este raro genio especial. Aun cuando Goya tiene otros muchos méritos, este sólo bastaría para hacerle notable.

Por esta misma época grabó la mayor parte, si no todas, las planchas de *La Tauromaquia,* colección de treinta y tres estampas representando la historia del toreo en España. Algunas de ellas están fechadas en 1815. Son muy raros los ejemplares que se conservan de la primera edición, hecha en tiempo del autor. La más conocida es la que publicó la Calcografía Nacional, con el título de: *Colección de las diferentes suertes y actitudes del arte de lidiar los toros, inventadas y grabadas al agua fuerte por Goya;* Madrid, 1855.

Si se hubiera de juzgar esta obra con arreglo á las convenciones admitidas en el arte, no merecería casi los honores del examen. No hay en la mayor parte de estas láminas, ni dibujo, ni entonación, ni perspectiva; no se ve más que carácter, movimiento y vida. Todos los toros son pequeños, y no tienen de tales más que el arranque y la intención. Los caballos son una creación del autor y no pertenecen á ninguna raza conocida. Los personajes, como el moro Gazul, Carlos V y el Cid, parecen ganapanes disfrazados para una mojiganga.

Las estampas que reunen mejores condiciones son: la número 14, *El diestrísimo estudiante de Falces, embozado, burla al toro con su quiebros.* Núm. 15. *El famoso Martinucho poniendo banderillas al quiebro.* Núm. 16. *El mismo vuelca un toro en la plaza de Madrid.* Núm. 20. *Ligereza y atrevimiento de Juanito Apiñani en la plaza de Madrid;* esta es la mejor de todas. Nú-

mero 21. *Desgracias acaecidas en el tendido de la plaza de Madrid y muerte del alcalde de Torrejón.* Aunque la perspectiva es imposible y disparatada, la representación del suceso es sorprendente por la verdad con que está expresado. Núm. 22. *Valor varonil de la célebre Pajuelera en la plaza de Zaragoza.* Núm. 23. *Mariano Ceballos, alias el Indio, mata el toro desde su caballo.* Núm. 30. *Pedro Romero matando á toro parado.* Número 33. *La desgraciada muerte de Pepe-Hillo en la plaza de Madrid.*

Excepto en la estampa que representa á Pedro Romero matando á toro parado, y en otras tres ó cuatro, en las que, según los aficionados al toreo, las escenas están dibujadas con inteligencia de las suertes, las demás no son verdaderos lances de lidia sino sucesos y escenas extraordinarias; estocadas fenomenales, lanzadas que atraviesan al toro de parte á parte, actos de arrojo excepcionales, cogidas espantosas y accidentes desgraciados.

Goya sería todo lo aficionado que se quiera á las corridas de toros, pero sus dibujos no son para dar una idea simpática ni para ensalzar la de la diversión. No se ve en ellos otro sentimiento que el más feroz y repugnante de la fiesta vista por su lado trágico. Bajo la misma impresión que grabó los toros en España en 1815, los litografió en Burdeos en sus últimos años. Viendo siempre más que la habilidad la lucha, más que el valor la brutalidad ciega, no podía consistir su afición más que en la que tenía á todo lo que presentaba exuberancia de animación y de vida.

En todas las láminas de *La Tauromaquia,* la aguja y la punta seca están manejadas con ligereza, intención y habilidad; pero la aguatinta está tratada de cualquier modo; los claros sacados en cualquier parte y de mala manera; así es que no tienen gran efecto.

A pesar de tantas faltas, ¿son malas, las más malas? Esto me vuelvo á preguntar, como me preguntaba á propósito de las escenas del Dos de Mayo. ¿En dónde está el límite que se-

para la obra de arte del mamarracho? Topfer, Leome Petit y algunos artistas ingleses y alemanes modernos se han propuesto hacer arte con los procedimientos sencillísimos que emplean los niños; pero no es más que una ficción á través de la que se delata su saber. En lo general, en estos dibujos hay perspectiva, las figuras tienen proporciones, la forma de los animales es conveniente, aunque nada esté más que rudimentariamente indicado. Pero Goya no conserva ni dibujo, ni proporciones, ni perspectiva, ni cosa alguna; y, sin embargo, aquellas figuras se mueven y expresan lo que deben. El procedimiento de que se ha valido no es un juego calculado, obedece directamente á lo que siente, y por eso, aunque le resulte un dibujo malo, como está conforme con su idea, no le corrige al grabarle ó darle forma definitiva por cualquier otro medio, sino que le conserva exactamente; teniendo la rara habilidad de que la copia no pierda en intención y frescura, de modo que parece improvisada. Y que esto lo hace espontáneamente, sin cálculo preconcebido, dejándose llevar del sentimiento nada más, se ve en qué, si no copia el natural tal como es, no consiste en que no sepa, pues cuando se propone hacerlo, como en las cabezas de los retratos, lo hace magistralmente, sino en que tiene una manera perceptiva particular que le hace ver la esencia de la expresión de las cosas, independiente en cierto modo de la exactitud de las formas; comprendiendo esta esencia con tal claridad, que nos là hace apreciar por más que veamos contrariadas todas las ideas que tenemos de las formas.

Insisto en querer hallar una explicación á la impresión que producen estos monigotes, porque la cosa es extraña, y encierra la clave de la fama de autores como este y como Rembrandt, que escapa á las apreciaciones de la crítica ordinaria.

No compararé á Goya con Rembrandt para bien, ni para mal; en bellas artes las comparaciones son siempre inexactas, y malas cuando se establecen entre maestros originales. Aunque estos dos genios tienen algunos puntos de contacto, no se

parecen. Ambos odian la convención; ven antes el movimiento, la intención y la vida que la elegancia, la pureza ni aun la exactitud de la forma. Se crean un estilo propio independiente de los demás y de las máximas admitidas. Al tratar los asuntos sagrados lo hacen sólo mirando á la tierra, sin pensar para nada en el cielo. Rembrandt se vale de los efectos de claro-oscuro como medio de expresión, Goya se vale de todo. El espíritu del holandés es mucho más tranquilo que el del español; no tiene la amarga y escéptica ironía de este; los horrores y las tragedias no le impresionan como á él; tiene en ocasiones pensamientos de buen humor y libertinaje, que el autor de *Los Caprichos* no tuvo nunca. No veréis ningún dibujo, grabado, ni cuadro obsceno de Goya; tened por apócrifos cuantos os enseñen.

Se ve en los grabados, y en algunos de los cuadros pequeños, que á Goya le eran simpáticos, los procedimientos de Rembrandt; pero no le imitó; como aunque se nota en sus obras su afición á Velázquez no le imitó tampoco. Una cosa rara tienen de semejante Rembrandt y Goya, y es la manía de retratarse. Ningún artista se ha retratado á sí propio tanto como éstos.

Hizo Goya, además de las colecciones de grabados de los cuadros de Velázquez, *Los Caprichos, Los Desastres de la guerra, Los Proverbios* y *La Tauromaquia,* algunas estampas sueltas, comprendiendo entre todas 262, según el escrupuloso catálogo de M. Lefort. A pesar de haberse ocupado tanto en estos trabajos, no hizo Goya publicación formal más que de una parte de ellos; de los más sólo se tiraron algunas pruebas en su tiempo; quizá temió que no correspondiera la venta á los gastos de la tirada.

ZEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ.

(Se continuará.)

RECUERDOS

REFERÍA en el artículo anterior, cómo asistí al estreno de *El Hombre de Estado*, primera producción que dió al teatro Adelardo López de Ayala, y refería asimismo cuál fué el resultado, poco satisfactorio por desgracia, de aquella bellísima obra.

Desde entonces, y aunque yo no era más que un modesto estudiante de la Escuela de Caminos, alejado por mi edad, y por mi insignificancia, tanto como por mis estudios especiales, de todos los círculos literarios de la corte, no dejé de asistir á ningún estreno del insigne dramaturgo, que, á la verdad, no triunfó definitivamente en la escena, hasta la memorable representación, de *El Tejado de vidrio*.

También asistí al primer triunfo ruidoso de Tamayo, con el estreno de *Angela;* que se verificó, si mal no recuerdo, en el teatro de Variedades.

Lo que sí recuerdo bien, es que ocupaba yo un asiento de galería baja, bastante lejos del escenario, y á la izquierda del espectador: dato interesante.

Hermosa noche y gran entusiasmo, al cual contribuí en la medida de mi voz, y del esfuerzo de mis manos, ó, si se quiere, de las palmas de dichas manos, que batí con delirio.

Mucho gustó el primer acto, combinado con la singular maestría de que más tarde dió tan altas pruebas el ilustre

autor; pero donde el entusiasmo del público rayó en frenesí, fué en la *escena á oscuras*, de la dama, que era Teodora, del galán, que era Manuel Ossorio, y del supuesto padre del galán, y traidor por añadidura, que era Joaquín Arjona.

En la esfera de la realidad, á la manera estrecha que hoy se entiende, y como ya la entendían algunos por entonces, bien pudieron poner ciertos críticos reparos á esta interesante y dramática situación; pero ello es que el efecto que produjo en el público fué enorme.

El teatro es eminentemente plástico; hay que dar forma visible y artística á las ideas, á los sentimientos, á las luchas interiores del alma y de la conciencia.

Que un personaje exprese en un monólogo las encontradas corrientes que chocan contra su voluntad, y acaso el público no comprenda aquél conflicto tremendo, si lo es, que en la esfera interna del personaje de la obra se desarrolla. Pero que la lucha se materialice y se haga visible con arte é inteligencia, y el público la comprenderá y la aplaudirá entusiasmado.

Por eso, cuando Manuel Ossorio (como no recuerdo nunca los nombres de los personajes, tengo que usar el nombre de los actores), cuando Manuel Ossorio, repito, cogiendo á Teodora por un brazo la rogaba y la amenazaba á la vez, para que explicase las causas de sus aparentes traiciones; cuando Teodora, vencida por la desesperacion de su amante, iba á decirle que había escrito cierta malhadada carta por salvar la vida á su padre; cuando á este tiempo salía por una puerta secreta Arjona, y, avanzando en la oscuridad á paso de lobo, se acercaba al grupo de los dos amantes, y, en voz bajísima, murmuraba tremendas palabras al oído de Angela; cuando el público, en fin, veía materializado el conflicto en aquellos tres personajes, á Angela en el centro, á un lado al amante pidiendo frenético la verdad, al otro lado al traidor, helando la voz de la pobre criatura; el entusiasmo era inmenso, é inmensa fué la ovación al terminar el acto.

No bastaron los gritos ni los bravos, sino que muchos sombreros fueron á parar á la escena.

Yo dudé, sin embargo, si arrojaría ó no mi propio sombrero, que, por más señas, era de copa; porque para las personas decentes, y aun para los jóvenes de mi edad, no había llegado la era del sombrero hongo.

Yo llevé sombrero de copa desde los quince años, dato importantísimo para la historia, y que no he podido pasar en silencio, á pesar de mi acostumbrada modestia.

Pues bien; largo rato estuve pasando el sombrero de una mano á otra y discutiendo conmigo mismo si debería ó no arrojarlo al escenario.

Al fin no lo arrojé.

En primer lugar, porque, como he dicho antes, estaba bastante lejos del proscenio y no tenía seguridad de que el proyectil llegase á su destino, es decir, á los pies ó á la cabeza de los actores. Y además, ¿por qué no confesarlo lealmente, aunque la confesión me ruborice y me haga desmerecer un tanto en la opinión de mis lectores? Además, digo, el sombrero era nuevo, y calculaba yo que se me iba á estropear si, cediendo al impulso de la pasión, le hacía describir por los aires la clásica parábola para que fuese á caer, como mensajero de triunfo, en aquel sublime y para mí maravilloso tablado de la escena.

En fin, que me quedé con el sombrero, eso sí, sobre las piernas, á fin de que, libres las manos, dieran ruidosa muestra de mi juvenil entusiasmo.

*
* *

Acto de interesado egoísmo, si el egoísmo pudo ser jamás desinteresado, es este que acabo de mencionar y de que aún hoy mismo me avergüenzo.

Pero así es el mundo, así es la raza de Adán, y para eso precisamente, para que se conozcan sus flaquezas, se escriben estos documentos humanos que voy escribiendo, ó, mejor dicho, que voy dictando, al compás de recuerdos y recuerdos que acuden á mi evocación.

Llámese V. Tamayo, escriba V. un hermoso drama, busque V. intérpretes, como Teodora y Arjona, enloquezca V. á un público entero, enloquezca V. más que á nadie á un joven delirante por el teatro, y al llegar el instante supremo, ese joven no arrojará su sombrero á la escena, porque pensará con el juicio, la prudencia y la frialdad de los cincuenta años, que el sombrero es nuevo y puede estropearse. Un sombrero de copa más ó menos lustroso, sirviendo de freno á un entusiasmo dramático, ¡he aquí el símbolo más acabado, si no el más artístico, de la miseria humana!

Sin embargo, alguna disculpa tuve en la ocasión á que me refiero para hacer lo que hice ó lo que no hice, y ya que confesé el pecado, nadie me moteje, si á continuación, presento algo así como una circunstancia atenuante.

Habíame dado el sombrero de copa, si no aquél mismo, otro muy parecido y de igual precio, un gravísimo disgusto, que con permiso de mis lectores voy á referir puntualmente.

*
* *

He dicho en otra ocasión que desde mi llegada á Madrid, en tres cosas empleaba toda mi actividad intelectual.

En estudiar las matemáticas de la preparación, en leer novelas y en ver representar dramas; pero aun así y todo, no dejaba de interesarme un tanto la lectura de la prensa; no solo en su parte literaria, sino en su parte política; sobre todo, la de los diarios progresistas, que eran entonces los de extrema oposición.

En suma, que yo me interesaba por la cosa pública.

De aquí nació en mí, la idea de asistir al Congreso de Diputados, y escogiendo día de sesión interesante, me planté en la puerta de la tribuna pública, antes que nadie llegase á ella. Yo fuí el más madrugador, y envuelto en mi capa y con mi sombrero de copa, allá estuve esperando no sé cuántas horas.

Fueron llegando después muchos aficionados; y bien pronto se formó detrás de mí una enorme masa, que con su brutal oleaje, me estrujaba despiadadamente contra la puerta.

¡Que me importaba! yo era el primero; y había de entrar el primero; y nadie había de ganarme en subir corriendo las escaleras, y había de sentarme en primera fila; porque suponía yo y con razón, que así como en la galería de los teatros las hay, las habría también en la tribuna pública aunque jamás había estado en ella.

Llegó el momento crítico, se entreabrió la puerta y me agarré al quicio, cubriendo con mi cuerpo la entrada; pero el empuje que sobre mí ejercieron los que venían detrás fué tan grande, que de golpe entré como bala disparada, acabando de abrir yo mismo la puerta con el peso de mi cuerpo, hiriéndome en una mano, arremolinándoseme la capa, y estando á punto de que se me cayera el sombrero y de caer yo mismo.

Pero no caí, que, con la mano chorreando sangre y la capa revuelta, subí como una centella escaleras arriba; pasé por donde los ujieres me dejaron pasar, penetré en la tribuna, y me precipité á la primera fila, siendo yo el primero que en ella se sentó, según promesa solemne que á mí mismo me hiciera la noche antes, leyendo uno de los más ardientes periódicos de oposición.

Me senté el primero, repito, ¡pero en qué estado! Para que me quedasen las manos libres, busqué con la vista dónde dejar el sombrero; y no encontré sitio ninguno hasta que se me ocurrió meter la copa por entre dos balaustres de la barandilla, de suerte que quedase sujeto en ellos por el ala á manera de tope. Así lo hice; pero había calculado mal los anchos, y,

escapándose mi pobre sombrero de copa de su improvisado estuche, cayó dando vueltas en el centro del salón de diputados.

En mi vida, que ya no es corta, por algunos trances difíciles he tenido que pasar, y aun ocasión hubo, y más de una, en que vi la muerte á muy corta distancia; pues afirmo, con toda seriedad, que jamás he experimentado emoción parecida á la que experimenté al seguir con la vista á mi pobre colmena, que, como pajarraco negro que abate las alas, iba á posarse en el centro del salón, profanando con su armazón de fieltro el augusto recinto de las leyes.

Me creí perdido: imaginé que aquel acto se iba á considerar como ofensa y desacato á la augusta majestad de la Cámara. Con la imaginación me veía preso y encausado; consideraba cuál sería la angustia de mi familia al recibir la tremenda noticia, y, sobre tales bases, fabriqué en brevísimos momentos un formidable drama, del cual yo era el principal personaje, y mi sombrero de copa la pieza de convicción.

Esto podrá parecer exagerado y hasta ridículo, pero yo cuento las cosas como fueron, y refiero mis sentimientos como los sentí, por absurdos y ridículos que parezcan. La representación nacional era, á mis ojos, una cosa tan alta, tan augusta, que la menor ofensa que se le infiriese, la más insignificante falta de respeto, había de ser algo así como un delito de lesa majestad y de lesa nación.

Inmóvil me quedé en mi asiento, fingiendo indiferencia, aunque el corazón y las sienes me latían horriblemente, sin que se me ocurriera reclamar mi sombrero, y dispuesto á renegar de él tres veces, como San Pedro renegó de Cristo, si la comparación es permitida; que aquella mi pasada inocencia, de niño casi y de flamante provinciano, la disculpa.

Pocos momentos después un ujier se presentó en la tribuna con el sombrero en la mano, y preguntó en voz alta y con tono indiferente: «¿De quién es esto?»

Mucho me chocó que la entonación del ujier no fuese co-

lérica é indignada y que no viniese acompañado de fuerza pública para prenderme; pero, así y todo, no me di por aludido.

«¿De quién es esto?», volvió á repetir, y yo callado como un difunto, hasta que uno de los concurrentes á la tribuna dijo, señalándome: «Creo que es de ese joven.»

«Pues tome V.», me dijo el bondadoso ujier, alargándome el sombrero, y yo alargué mi mano y lo cogí con cierto recelo, y el ujier se retiró; y con gran asombro mío y alegría profunda no ocurrió más.

He citado este hecho para que se comprenda mi repugnancia á mandar sombreros de copa por el aire.

***

Volvamos al drama de Tamayo: su representación siguió una verdadera carrera triunfal hasta el castigo del perverso Arjona y la felicidad definitiva de los amantes, es decir, de Teodora y Ossorio.

Si he de decir lo que entonces sentía, diré lealmente que no me agradó mucho aquel artificio por el cual resultó que Arjona no era padre de Manuel Ossorio, porque ya comprendí yo al punto que el drama iba á acabar en boda, ó, como vulgarmente se dice, que iba á acabar bien; cuando desde el principio había puesto yo mis cinco sentidos en que Teodora Lamadrid y Manuel Ossorio acabasen desastrosamente: de manera que, con el nuevo giro que tomaba la obra, me sentí defraudado en mis esperanzas más legítimas.

Así y todo, aplaudí con entusiasmo al autor.

***

Está en mi naturaleza y no puedo dominarme: me gusta que los dramas acaben tristemente.

Sin embargo, ni soy sanguinario ni soy cruel por naturaleza. Quizá peco por el extremo opuesto. El tono dramático de mis obras no responde á mi manera de ser y sentir, más bien representa, como decía en otro artículo, una verdadera *acción complementaria,* y en esto falla el juicio crítico que Max Nordau hace de ciertos literatos. Supone que determinados escritores naturalistas son de instintos libidinosos, que otros escritores son de instintos sanguinarios; pero que, no teniendo energía ó acometividad unos y otros para practicar el vicio ó para consumar el crimen, buscan en la novela y en el drama algo así como un desahogo ó derivativo á sus torpes ó viciosos instintos.

Falsa, completamente falsa es la pretendida ley del célebre crítico.

Yo, por ejemplo, ¡soy en el teatro más sanguinario que nadie, y en la vida real soy el más pacífico de los hombres.

Cierto dia yendo unos compañeros de caza, empeñáronse en que había de acompañarles, y cuando ya estuvimos en el campo, para ver qué tal era mi puntería, diéronme una escopeta y me hicieron disparar sobre un pajarillo que en la copa de un árbol no lejano saltaba de una á otra rama alegremente. Disparé, y el pobre animalito cayó hecho pedazos. Muerto del todo estaba, con los ojitos cerrados, doblada la cabeza y ensangrentada la pluma.

¡Qué pena y qué remordimiento sentí! Pocos momentos antes, revoloteaba el pobre animal lleno de vida sobre la copa del árbol; ningún daño me había hecho; ninguna utilidad podía prestarme su muerte; disparé contra él mi escopeta, como hubiera podido disparar sobre un blanco, sólo para probar la puntería.

Y el infeliz pajarillo estaba ya en tierra, como un pequeño andrajo, sin alegrías ni revoloteos, con las plumitas finas del pecho pegadas á cuajarones de sangre.

Juré no cazar más, y he cumplido hasta hoy lealmente

mi palabra. Aquél pájaro es para mí siempre la sombra de un crimen.

Me parece que esto no es ser sanguinario, diga lo que quiera Max-Nordau. Pero en el teatro no es así, ni estos son tampoco mis gustos en la novela. Que pocas veces la felicidad tranquila y reposada, el desenlace feliz, la boda alegre, me parecen notas artísticas.

Lo sublime del arte está en el llanto, en el dolor y en la muerte. Porque la felicidad tiene límites, se mezcla con lo prosaico, se codea con lo vulgar. En una palabra, la felicidad es algo finito y bien determinado en sus contornos; la tristeza, las lágrimas y el dolor, suponen una felicidad perdida, tan grande, tan sublime como se quiera.

Una felicidad cualquiera es la felicidad determinada y finita como decía antes; el dolor por la felicidad perdida ó no realizada, puede representar una felicidad infinita.

En la felicidad encarnada en un ser, los contornos se marcan sin vacilación alguna, es lo que es, la ilusión es imposible; por el contrario, en las grandes tristezas y en los grandes dolores, la ilusión imposible tiene lejanías y horizontes que no acaban nunca.

Por tales razones, entre otras que no puedo desarrollar en este instante, pero que en el orden estético, son, á mi entender, de fuerza inquebrantable, lo sublime en el arte, está, como dije al comenzar esta digresión, en la tristeza, en la pena, en las lágrimas, en la muerte.

La muerte será siempre el momento más sublime de la vida, con su grandeza sombría, con sus misterios profundos, con sus inmensos problemas, con sus desesperadas esperanzas.

En pleno día, con cielo despejado, vemos claramente cuanto nos rodea; los objetos tienen sus contornos, su forma y su color; por hermosos que sean, son lo que son y no son más.

En cambio, mirando por el agujero negro de la sepultura, no se ve nada, pero se puede suponer todo; es un abismo in-

finito de tinieblas, pero el alma humana protesta con trágica desesperación, diciendo: «¿Por qué ha de haber un abismo sin fondo, de negruras y no ha de haber por encima un abismo infinito de luz? ¿Qué privilegio tiene lo negro sobre lo luminoso, para que lo negro no tenga barreras, sino que allá se extienda sin término, por el espacio y por el tiempo, y tenga barreras mezquinas y brutales todo lo que brilla, todo lo que piensa, todo lo que ama?»

* * *

En suma, que á mí me ha dado siempre por lo dramático, sin que por esto niegue, ni otros órdenes de belleza, ni otros órdenes de emociones estéticas.

Ya he dicho, en ocasión para mí solemne, que el exclusivismo es la muerte del arte.

Consecuente con estos principios, que en aquella época, no eran para mí principios sino instintos, leía cuanto libro de amena literatura caía en mis manos, y acudía á cuantos estrenos anunciaban los carteles, ya se tratase de un drama, ya de una comedia, fuera original ó traducida, y con el mismo interés siendo obra de época, que siendo obra contemporánea.

Claro es, sin embargo, dadas mis aficiones, que me volvía más tranquilo á casa cuando dejaba el escenario cubierto de cadáveres, que cuando dejaba concertada una boda entre dos felices amantes.

En este espacio de seis años, que comprendieron el año de preparación y los cinco de carrera, hice conocimiento artístico con casi todo el repertorio moderno y con una buena parte de nuestro teatro antiguo; así como tuve ocasión de oir y de admirar á nuestras eminencias dramáticas y á los grandes actores que por entonces daban brillo á la escena.

Oí casi todo el repertorio de Romea, Latorre, Valero, Arjona, Guzmán, Calvo, Matilde, Teodora; el de su hermana Bárbara, el de la Palma; y oí á algunos más que por entonces empezaban á distinguirse.

Porque yo no dejaba de asistir al teatro, simpre que podía; y, una peseta, cuando menos, para entrada general, nunca me faltaba. En cuanto á novelas, como éramos muchos los alumnos de la Escuela aficionados á este género literario; y como todos comprábamos algunas de ellas, que luego circulaban de mano en mano, nuestra novelesca biblioteca, multiplicada por el préstamo y el cambio se elevaba á centenares de obras.

Mi salud era verdaderamente extraordinaria, y el siguiente dato estadístico lo demuestra. El curso, como he dicho en otra ocasión, era de once meses, con uno más destinado á exámenes. Pues bien, en cinco años de Escuela de Caminos, ni falté *un solo día á clase*, ni me anotaron *un solo minuto de retraso*. Lo cual prueba que mi conducta era excelente, aunque me esté mal el recordarlo; pero prueba también que en estos cinco años ni un solo día hice cama ni estuve nunca enfermo.

Y cuenta que el trabajo era enorme: ya hubiéramos querido el de los socialistas de las ocho horas.

A las nueve entraba en clase, á las cuatro de la tarde salía: jamás fuí á paseo, porque el paseo era para mí cosa insípida y aburrida; directamente, desde la Escuela me volvía á mi casa, y hasta las ocho de la noche estaba leyendo libros de matemáticas puras, materias ajenas á los estudios del curso, obras maestras de los grandes autores, que me encantaban tanto ó más que encantarme hubiera podido el mejor drama ó la mejor novela.

Comía con el libro al lado, muchas veces, y aun antes de acabar ya habían llegado y me estaban esperando en mi cuarto los compañeros que conmigo estudiaban y que generalmente eran Brookman, Caunedo y Trujillo.

Estudiábamos juntos las lecciones del día siguiente: á las doce se marchaban: y á las doce me metía yo en el casto lecho, como dice un amigo mío. Mi madre me apagaba la luz; pero poco después la volvía yo á encender, y me emprendía con alguna novela, ya de Dumas padre, ya de Eugenio Sué, ya de Federico Soulié, ya de Bernard, de Balzac ó de cualquier otro autor francés á la moda. Algunos años después agoté casi el repertorio de novelas inglesas, alemanas é italianas. Hasta la una y media ó las dos estaba leyendo; y al fin, dormía con sueño tranquilo y profundo, seis ó siete horas, sin que al despertar me encontrase en manera alguna fatigado.

Díganme ahora si no es prueba de tener una buena naturaleza el haber resistido, durante cinco años, este sistema absurdo y antihigiénico, sin experimentar ni el más ligero padecimiento. Ni un solo dolor de cabeza; ni un solo dolor de estómago; ni un solo catarro; los nervios, como si no existiesen; y siempre de buen humor, por añadidura.

Y día tras día el mismo régimen con pequeñísimas variantes. Por ejemplo: si por la noche había de ir al teatro, estudiaba por la tarde las lecciones del día siguiente, suprimiendo las lecturas de matemáticas, que eran de puro lujo.

En todo este tiempo, hasta los veinte años y algunos meses, que fué cuando acabé la carrera y obtuve mi título de ingeniero, mi afición á la literatura fué, por decirlo así, platónica. Me gustaba leer versos, sobre todo los versos de Zorrilla y de Espronceda, pero jamás me había pasado por las mientes escribir el más modesto romance ni la más solitaria redondilla. Imaginaba yo que empresa tal era superior á mis fuerzas; que meter una idea en un número determinado de sílabas y con la sujeción de ciertos asonantes ó consonantes era cosa dificilísima, reservada para seres privilegiados, á los que Dios se sirvióse dotar del maravilloso don de la armonía rítmica.

¡Escribir versos! Nunca, ni por casualidad lo intenté; á pesar de que la Escuela de Caminos, con ser escuela de ciencias positivas, no era tan ajena como pudiera creerse, á las

bellezas poéticas. Muchos de mis compañeros, Brookman principalmente, sabían versificar y versificaban con facilidad suma; aunque jamás en estilo serio, sino haciendo alarde de cierto humorismo estudiantil que no carecía de gracia.

Recuerdo que Brookman compuso un pequeño poema muy disparatado, pero muy gracioso, en el que un morazo tremendo muere en formidable combate y queda en el campo para pasto de las aves de presa.

Cuántos años han pasado, y, sin embargo, recuerdo todavía los versos con que el poema terminaba, y que eran estos:

Entonces de buitres alegres bandadas,
las alas moviendo con lúgubre son,
voraces le rasgan las carnes moradas
y tragan hambrientos el vil corazón.
Así es el hombre,
que apenas muere ya se lo comen.

Este género de poesía era el que dominaba entre nosotros, ó, mejor dicho, entre mis compañeros, porque yo, ni en aquella época ni en mucho tiempo después, escribí un solo verso.

Los versos me admiraban; los leía con deleite; sabía de memoria tiradas enteras de Zorrilla, Espronceda, Hartzenbusch, García Gutiérrez y aun muchos del teatro antiguo; pero jamás soñé con escribirlos por mi cuenta.

Decirme que escribiera versos, era como decirme que cogiese una estrella del cielo levantando las manos hacia el espacio.

Y, ¡quién sabe si escribir buenos versos no será también coger con las manos estrellitas del cielo!

José ECHEGARAY.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El presidente dimisionario y el presidente nombrado en Francia.—Los candidatos á ministros de la nueva presidencia.—El socialismo y el federalismo.—Las agrupaciones adictas á estos dos sistemas.—La política inglesa.—La muerte de Churchill.—La disolución del Parlamento en Italia.—La situación en Alemania.—Los pueblos orientales y la lucha entre Fernando de Bulgaria y su antiguo primer ministro.—Crisis en Grecia.—Muerte de Giers.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Triste situación la imperante de antiguo en Francia. O predomina el poder ejecutivo hasta suprimir el poder legislativo completamente; ó predomina el poder legislativo hasta suprimir el ejecutivo y anularlo. No tenía el Parlamento bajo la imperial autoridad el poder que le atañe de derecho en las naciones de gobiernos constitucionales; y no tiene ahora el ejecutivo las facultades que le competen bajo la República parlamentaria. En el imperio todo lo manda el supremo imperante; en la República todo lo invade la Cámara popular. Nombrado Perier por el más conservador entre los varios candidatos á la presidencia, siguió la política de incertidumbres y perplejidades conocidas en Carnot; y le tocó vencerse á sí mismo, por no haber luchado con oportunidad y con coraje. Cuando notificó á la Cámara su abdicación, la notificó una resolución patente desde que nombrara el ministerio

de concentraciones republicanas, en vez de haber nombrado gobierno dirigido á la consolidación y á la estabilidad. El sistema político, de cuya nefasta complexión surgieran las pretensiones de Boulanger y la sombra del cesarismo que por todas partes le acompañaba y seguía, ese sistema de agrupaciones mecánicas, incapacitadas para constituir un orgánico solo, renace ya con el nuevo presidente Faure, continuando así la indefinición en el pensar y la indeterminación en el proceder que ha caracterizado desde sus primeros días á la República francesa. Para enterarse de cuán fundadas son mis observaciones, basta dirigirse á la lista de los diversos ministerios en estado de crisálida y en lenta formación aparecidos á la superficie del poder, desde que Faure se halla sobre la cumbre del Estado. Primero se presentó Bourgeois, radical por su complexión y por su historia; después Ribot, moderado por su complexión y por su historia. Pero, con propensionesá la derecha éste, y con propensiones á la izquierda el otro, ambos propenden á la concentración. Sólo que siendo Ribot moderado, y Bourgeois radical, fuéle más fácil formar un ministerio al primero que al segundo, por haber más cantidades homogéneas, capaces de producir verdadera suma entre las escuelas republicano-conservadoras que entre las escuelas republicano-radicales, formadas en su mayor parte con heterogéneos elementos. Y tan cierto es esto que presentados en candidatura para minisnistros de Hacienda tres radicales tan conspicuos como Poincaré, Peytral y Casagnac, por si convenía el impuesto sobre la renta ó convenía el impuesto sobre las sucesiones, ó por si el impuesto sobre la renta debía gravar los valores del Estado y las utilidades todas y las personas también, resucitando las capitaciones anteriores al período creador de la Revolución francesa, se armó una de San Quintín entre los candidatos, y no pudieron acordarse, obligando así al presidente de un ministerio en formación á declinar su honroso cargo y declararse imposibilitado de formar un sólido gobierno. Halo formado Ribot, persona honradísima; de verda-

dera distinción y de gran palabra; con antecedentes parlamentarios inapreciables y con todos los visos de conservador que necesita un hombre de gobierno; pero débil cuando los republicanos de abolengo le tachan de republicano reciente y le acusan de orleanista viejo. No hay que aguardar, pues, la República de conservación y estabilidad por nosotros deseada siempre; hay que temer una república de vacilaciones verdaderas y de indefinición perdurable. Ahora mismo, habiendo caído el ministerio Dupuy, porque la Cámara no le consintió someterse á una sentencia firme del Consejo de Estado parecía natural fuese la primer operación de todo ministerio averiguar por quién se decidía, si por mantener los acuerdos del Consejo, rechazados en la Cámara, ó por obedecer á la Cámara, sobreponiendo el poder parlamentario, no sólo al poder ejecutivo como está en las costumbres del nuevo régimen ya, sino á los poderes judiciales y á los atributos de toda justicia. Mas hanse convenido en formular un proyecto de amnistía, parte primera del mensaje presidencial á las Cámaras, mensaje muy vago; y no han dicho una palabra de fórmulas para desvanecer las nubes amenazadoras, ni de soluciones para resolver los problemas rentísticos y entrar en un período de verdaderas y sabias economías como pide y necesita Francia. Continuarán las concentraciones; y continuando las concentraciones, continuará la falta de cohesión en los gobiernos, con la falta de disciplina en los diputados, con lo cual cerneráse á diario sobre la cabeza de Francia una crisis de ministros, seguida por otra crisis de presidente, que todo lo subvierta. Ya hemos visto cómo reciben las fracciones avanzadas á los nuevos representantes del poder ejecutivo; con amenazas de guerra implacable y con repulsas de los monárquicos que han aceptado como una forma de gobierno definitiva el régimen republicano.

II

No puede menos que caerme ahora en gracia el entusiasmo demostrado por socialistas y comuneros á favor de la república, especie de zelotas parecidos á los fariseos antiguos, creyendo las tablas de sus leyes destrozadas si las tocan los extranjeros tenidos por idólatras en su intransigencia koranesca. De tal modo paga el diablo á quien le sirve. Cuando convenía-mos en que la república necesitaba mucho lastre para no moverse á todas las oleadas y á todos los vientos, como mucho peso por su derecha para no zozobrar por su izquierda; los republicanos radicales echan al agua los contrapesos indispensables á un estable y sano equilibrio. Si fueran republicanos de veras, comprenderían cómo, siendo la república el organismo mejor que pueden revestir la libertad y el derecho, tiene la delicadeza y debilidad propia de todo lo superior, que sumado á las mil enfermedades connaturales á la infancia, le dan, durante largo tiempo, una vida tan tenue, que puede resentirse y enfermar de muerte al menor contratiempo, y acabar al menor airecillo colado, por todo lo cual necesita recibir y aceptar aquello que le sirva de contrapeso y le ayude á su estabilidad. Pero yo he negado siempre á los socialistas y á los federales, tanto en Francia como en España, los caracteres de republicanos. Los unos, con tal de resolver los mal llamados problemas sociales, aceptan la dictadura, como se ha visto en tiempo del general Boulanger hace poco, y hace mucho se viera en tiempo del Imperio; los otros, los federales, son capaces de aceptar el imperio más absoluto, como Rusia, si tiene carácter federativo, y de anteponerlo á las repúblicas unitarias, aunque fuesen de suyo éstas liberales y democráticas. No ha conse-

guido victoria ninguna la democracia francesa comparable al aportamiento de los antiguos monárquicos, quienes, lejos de mirar atrás, miran adelante; y dejando de perturbarlo todo con su Mesianismo ilegal y con sus Mesías pretendientes, arriman el hombro á la sustentación y mantenimiento de un Estado imbuido en nuestros progresivos principios y prestan á las leyes republicanas carácter de prescripción que vale mucho, no sólo en el derecho común, que vale mucho en todo cuanto hace y en todo cuanto conserva el tiempo. Los intransigentes, rehusando la república y su templo al partido realista, me parecen los primeros judíos cristianos negando la Iglesia universal á quienes antes no hubieran pasado por la sinagoga y el bautizo á quienes antes no hubieran sufrido la circuncisión. Y es el caso que, mientras así proceden tan ciegos demócratas, como no pueden rehusar el derecho á los realistas, entran éstos en grande número dentro de sus Cámaras, y decidirán con sus votos del destino y suerte de la república. Sin los monárquicos no hubieran roto los radicales republicanos el último ministerio de Casimiro Perier; y sin los monárquicos no hubieran puesto á la cabeza del gobierno los republicanos moderados á Félix Faure. Y si esto es verdad, si no hay medio humano de impedir esto, yo pregunto cómo rehusáis abrir las puertas de par en par á quienes tenéis ya dentro del edificio, entrando, aunque les cerréis su ingreso, en el gobierno, como entran dentro del Parlamento y aun dentro del Estado, por la ventana de los comicios, que les abre sobre todas nuestras instituciones su derecho. Pues no faltaba más sino que os las echarais de inconmovibles ó de intransigentes, cuando no hace mucho tiempo la mayor parte de vosotros, socialistas ó revolucionarios, que ahora tanto gritáis, os fuisteis á una con Boulanger, el dictador en ciernes, y aceptasteis cual fuerza de primera importancia y utilidad á todos los monárquicos franceses que quisieron apoyaros sin distinción de procedencias y de matices. Pues, si pudieron ayudar en su obra revolucionaria y de perdición á los que deseaban

fundar un régimen, de suyo tan malo, como la dictadura militar; puesto que ya están convertidos por una inspiración de lo alto, por una inspiración de León XIII, ¿no podrán cooperar al definitivo establecimiento en Francia de una ordenada república?

III

En política el pueblo británico aventaja mucho á los pueblos de raza latina, por más conocedor de estos problemas que nosotros, en quienes una servidumbre larga paralizó primero con grande ataxia y atrofió luego los órganos indispensables á semejante ciencia, ideal y práctica como ninguna otra. Cuando considera el observador con espacio y tiempo cuanto prometen los gobiernos latinos á sus pueblos, y cuanto aguardan de sus gobiernos los pueblos latinos á la vez, no puede sino reconocer con pena la incurable enfermedad política nuestra, fundada en la desconfianza del propio derecho y en la devoción al Estado, enfermedad proviniente de aquella vieja monarquía, bajo cuya pesadumbre larguísimo tiempo yaciéramos anulados. Escriben al gobierno inglés, á lord Rosebery, por ejemplo, varios agricultores, pintándole con tintes oscuros la crisis del trabajo y del producto de los campos ingleses, al par que pidiéndole protección decidida; y el primer ministro les responde con ese admirable sentido, propio de los sajones, cuyos sazonados frutos se cosechan á manos llenas en el *Robinsón* de Daniel Foé y en el *Ricardo* de Benjamín Franklin, que á nadie le importaría tanto como á él esta protección y á nadie le aprovecharía en grado igual que á él, como gran propietario agricultor inglés; pero la potestad pública tiene sus límites, y pedirle curación de crisis generada por causas universales y cósmicas á un simple ministro,

equivale á creerle un Dios exigiéndole que cambie la posición geográfica y la temperatura del aire connaturales á Inglaterra. En otra cualquier parte hubieran las gentes atribuido á confesión de incapacidad radical en el gobierno, este límite puesto á las fuerzas y potencias del poder público por un gobernante: no así en Inglaterra, donde saben todos cuál cercano y estrecho límite su propia naturaleza fija con exactitud á las facultades múltiples de los Estados modernos. Pues ha sucedido algo más original todavía. El primer ministro de los conservadores ha dicho que tenía razón el primer ministro de los radicales restringiendo en sus alcances el poder del gobierno y de los gobernantes. Salisbury defiende á su émulo y enemigo Rosebery. En España y en Italia y en Francia rara vez llegan á convenir con sus contrarios los jefes del general movimiento político. Por este claro sentido, veréis que ni el partido liberal se divide hoy en Inglaterra, ni el asunto relativo á la Cámara de los Lores, á pesar de su gravedad, trae ningún conflicto. Patentizan ahora con el veto lanzado al proyecto, estableciendo la inevitable autonomía de Irlanda los lores que han recogido prerrogativas desusadas en manos del monarca, y se propone variar el ministerio, no tanto la naturaleza del Senado aristocrático, como las relaciones entre ambos cuerpos colegisladores con cuya variación se den á la Cámara popular, nacida del comicio y del sufragio de abajo, no del privilegio y de la gracia de arriba, el acuerdo supremo y la última palabra. No queremos, ha dicho el jefe de las fracciones avanzadas, ha dicho Rosebery, destruir y desarraigar el Senado; queremos pura y simplemente modificarlo. Por el camino que llevan, destruirían los lores la corona y el pueblo; no queremos acabar con ellos, sino aliviarles un poco de la sangre aglomerada, por obra de su soberbia, en el cerebro, cuyo exceso les trastorna la cabeza. De igual manera se ha producido el ilustre ministro de Hacienda, el célebre Harcourt, en discurso pronunciado para desvanecer las apreciaciones de ciertos oposicionistas que le creían retraído dentro

del gobierno y dispuesto á jugar zancadillas al primer ministro, como las que su compañero de Obras Públicas le jugó á Dupuy en Francia y como las que su presidente del Consejo, Dupuy, le jugó á Perier en la crisis ministerial y presidencial, por donde ahora pasan la democracia, la república, la libertad, con tan profundo y grave detrimento. No puede, no, decirse, ha, en otro discurso, aseverado lord Ripon, que Inglaterra deje de afanarse por Irlanda. En el deseo de volverle su gobierno propio, llega el pueblo inglés hasta modificar el patriciado antiguo y la Cámara donde los patricios se asientan. Y nadie se alarma ni se conmueve, porque todo el mundo sabe que la opinión general prevalecerá y que sabrá imponerse por los procedimientos legales, sin que haya impaciencias abajo que traigan la fiebre revolucionaria, ni arriba desvanecimientos que traigan lo inopinado y lo arbitrario. En Inglaterra predominan la calma y la circunspección. Por eso no parecía inglés el joven orador que acaba de morir ahora, Churchill, por muy exaltado y poco circunspecto. Conservador, llevó á la política sajona el soplo revolucionario continental; noble, llevó al Parlamento los dicharachos de taberna, que sólo resuenan en las reuniones populares londonenses, cuan son muy rojas de color y están muy bebidas de aguardiente. Nada tan justo y natural como que un buen tory ataque á Gladstone; y nada tan injusto como que lo insulte y lo denueste. Cuando, en la plenitud completa de su vida, el mozo Churchill, que no había de llegar á ser nunca gloria de su patria, denigraba con soeces palabrotas y payasescos calificativos al inmortal anciano, cuyo nombre resplandece ya entre los primeros del mundo y de la historia, no podía presentir cuánto daño á sí mismo se infería en la posteridad, entregándole tal triste legado de penosísimos recuerdos respecto á su persona y á su nombre. No obstante haber abominado de Irlanda, hubo un instante en que intentó pactar con Parnell, el rey sin corona de los irlandeses. No obstante llevar en sus venas la sangre tory, con que se

ha regado el vínculo glorioso de un individualismo templado, llegó hasta los senos del socialismo contemporáneo y mantuvo las horas de trabajo fijadas por el Estado, que traen, como consecuencia indeclinable consigo, la fijación oficial del salario y la tasa de los productos y hasta el racionar los alimentos en la plebe como se racionan en el ejército. Esto es de todo punto estrambótico. Y sólo á un estravagante se le puede ocurrir, en pueblo tan disciplinado como el pueblo inglés por sus propios derechos, la original idea de formar un tercer partido frente á los dos históricos que tan grandes compensadores son y tan grandes compensaciones prestan á los impulsos sobradamente individualistas del pueblo y del gobierno en Inglaterra. Con tales condiciones fuéles más adverso á sus amigos que á sus adversarios. Estuvo en dos ministerios, donde tronó y relampagueó muchísimo; pero donde no sucedió nada. Un día se fué del gobierno despechado, y quiso curarse de las heridas que habían abierto en él sus intemperancias habituales propias, dando la vuelta al mundo. Por esos mares de Dios andaba, cuando supimos que se hallaba herido de la medula y venía con rapidez á Occidente para morir en el regazo de su patria. Con honor, con entusiasmo, con cívicas virtudes, con deseo del bien, su tempestuosa naturaleza, disonante de la complexión británica, y su lenguaje revolucionario, inadecuado á su alta situación de patricio, le frustraron todas sus obras. Ha muerto en edad madura; mas como hace años que muriera políticamente, precisa reconocer ha muerto malogrado, pues marró hace tiempo á su destino y burló cuantas esperanzas se habían puesto sobre su cabeza.

IV

¡Cuánto difiere Alemania de Inglaterra! Es Inglaterra un pueblo; es Alemania un César. Inútilmente quieren resistir á

la grande absorción imperial y cesarista los Poderes y los Estados regionales que aún quedan de pie tras la fundación del Imperio: la unidad imperial se impone á todo y á todos. Pero cuanto está de sólido el imperio, tanto está de perplejo, y por ende de débil, el emperador. Mientras en Inglaterra sabéis lo que sucederá por el dominio supremo de la opinión pública; en Alemania no sabéis nada, porque cambia el emperador de opinión á cada impulso del sentimiento y de sentimiento á cada latido del corazón. En primavera, Guillermo II estaba muy de malas con los feudales del campo, á quienes amenazara en Koenisberg, y muy de buenas con el canciller Caprivi, que les había puesto las peras á cuarto con el tratado de Rusia, funestísimo al centeno del noble. Pues en otoño se vuelve á los feudales amenazados y les dona martingala tan súbita como un férreo canciller reaccionario. Ni que les hubiera caído, sin poner, el premio gordo en la lotería. Conviniéramos en que las leyes reaccionarias de Bismark avivaban el socialismo y las prácticas liberales de Caprivi lo destruían; y así, en todo se mostraba cambiante, menos en esto, el emperador, aleccionado por una provechosísima experiencia. Pues, cuando más desorganizados estaban los socialistas por sus divisiones interiores, aparecen las leyes represivas de nuevo y les devuelven la cohesión que habían perdido. Bien es verdad que un César, soldado, marino, predicador, músico, dramaturgo, dibujante, catedrático, viajero, deberá sentir tantas ideas cruzando por su cabeza, como emociones conmoviendo su pecho. Así, un día pone cordones entre sus familiares y los diputados, cuando va su corte al Reischtag, para que no se contaminen aquellos sacerdotes de la realeza con estos demonios de la revolución. Otro día inscribe «Al pueblo alemán», en el frontispicio de la Cámara, y lo borra sustituyéndolo con el rótulo «Al Imperio alemán»; y cuando ve que se levanta una tempestad tras este desacato á la nación germánica y al sufragio universal, restituye á su sitio la leyenda, y reaparece de nuevo el pue-

blo. Ya quiere formar causa con temeridad á los representantes que desdeñan ponerse de pie al oir su nombre; ya se irrita con los particulares que no gustan de sus himnos calcados sobre sonatas de Wagner. Así, no es mucho que se le atribuyan los más descabellados propósitos y que las gentes lo crean próximo á romper sus conexiones con Austria é Italia, reanudando alianzas nuevas con Rusia y hasta con Francia. No pecaré yo de temerario y libraréme bien de admitir que tenga fundamento tal especie; pero sí diré que, predominando, como predomina, una grande volubilidad de sentimientos en el emperador, y predominando, como predomina, el emperador sobre su imperio, nadie puede prever, ni presentir, ni adivinar lo que sucederá dentro de tres días, cuando nadie adivinara lo que ayer sucediera, ni aun aquellos que más de agoreros se precian y marchan iluminando desde lo presente lo por venir con sus continuados augurios.

V

Por fin, el rey de Italia demuestra que sólo tiene confianza hoy en Crispi, al entregarle, sin escrúpulos ni vacilaciones, el decreto disolviendo la Cámara y apelando á nuevas elecciones. Para mí, no cabía duda de ningún género á este respecto. Hombre de firme voluntad, Crispi está combatido y contrastado en los estadistas ministrables, de gentes sin voluntad. Posee hoy un desmayo, tan parececido al célebre de Perier, todos los ánimos, que precisa obligarse con los dotados del deseo y voluntad de gobernar, aunque gobiernen mal, y agradecerles continúen aferrados al potro de un ministerio á la moderna. El Parlamento, disuelto bajo los auspicios de Crispi, se había reunido bajo los auspicios de Giolitti. Cuando, derribado éste, llamó el

rey al hoy cabeza de la política italiana, le prometió la disolución del Congreso de diputados, en caso de disentimiento con la presidencia del Consejo. Y reclamado ahora el cumplimiento de la palabra, se ha cumplido sin género alguno de reserva. He dicho que los ministrables de Italia no pueden ahora competir con Crispi á causa de sus desmayos, y he dicho la verdad. El único de importancia verdadera, de palabra elocuente, de popularidad efectiva, de ánimo entero y generoso, de ideas fijas, es Cavallotti; mas, no habiendo nunca ocupado el gobierno, y no estando en potencia propincua de ocuparlo, á causa de cierto matiz republicano que le prestan sus ideas avanzadas y sus conocidas amistades con todos los demócratas europeos, precisa descartarlo de los ministrables, siquier tenga todas las calidades necesarias para ser, no sólo ministro, sino también un gran ministro. Mas de Zanardelli se cuenta en Roma, de Zanardelli, el ilustre y glorioso autor del Código penal, ajustado en todo á los progresos de la ciencia moderna, en que aparece maestro, de Zanardelli se cuenta que, al presentar la lista de sus ministros en el Quirinal, cuando le confiaron la formación del ministerio, le preguntó el rey, si por equivocación le había llevado el nombramiento de los subsecretarios: tan adicto á los suyos se mostró y tanto llegó á rebajar la talla de los directores y de los guías del gobierno italiano. En cuanto á Rudini, precisa decirlo, no se oye sino una sola voz para encarecer su honor y su caballerosidad; pero desde que, pareciendo comprometido por sus tradiciones á revocar la triple alianza, y llegada la fecha de su renovación, no atendió á sus antecedentes, y no quiso revocarla por consideración á ciertos influjos cortesanos, quedó malherido en la conciencia pública y pasó al limbo de los hombres sin voluntad, que son ahora el azote de la política europea. A mí, el proceder de mi amado amigo Crispi me duele; primero, porque, al revés de los franceses, sobrepone las facultades del poder ejecutivo á las facultades del poder legislativo, rompiendo por la derecha, como aquéllos por la izquierda, el equilibrio

indispensable al sistema parlamentario; y después, por su desconfianza de un principio, tan vital á todas las instituciones modernas, como el principio de libertad. Pero no puede negarse y desconocerse su amor á la patria, por la cual ha padecido innumerables martirios; y su culto al espíritu moderno, en cuyas aras ha ofrecido el holocausto de tantos y tantos sacrificios. Y como ha visto desenfrenarse la demagogia en los últimos tiempos, ha dado contra la demagogia, creyendo que pedía y necesitaba ésta el cauterio de los procedimientos cesaristas. Yo, que temo mucho á los demagogos en las repúblicas, no los temo cosa mayor en las monarquías. No es por ahí por donde les entra la muerte á los reyes, no, es por el absolutismo. Amenazadas las repúblicas por los demagogos, no propenderán bastante á la derecha jamás; amenazadas por los reaccionarios las monarquias, no propenderán bastante jamás á la izquierda. Mandan mis correligionarios, amén de amigos, en Francia y en Italia. Pues bien, á los de Francia les digo que fortalezcan el poder ejecutivo y que fortalezcan el poder legislativo á los de Italia. Pasa Europa un período tan extremadamente crítico, que deben mandar los republicanos en las monarquías y los monárquicos en las repúblicas. Yo recordaré siempre á los amigos antiguos míos que gobiernan cual Crispi, bajo las enseñas monárquicas, cómo deben hacer lo posible y lo imposible á fin de que se compadezcan y armonicen de una vez para siempre los reyes constitucionales y parlamentarios con la libertad y con la democracia.

VI

Las cuestiones de Oriente van enmarañándose y urdiendo en torno de aquella región una tela de araña, en la cual pueden quedar cogidos y presos todos los débiles y todos los hu-

mildes que necesitan la protección del sentimiento público, más apagado cada día en lo relativo á tales pueblos y razas, muy confusos, como materia primitiva, de puro vieja é histórica. Sin embargo, Turquía se da por pagada de cuanto le sucediera en el año último, y señala con piedra blanca su transcurso por favorable á su estabilidad. No así Bulgaria, donde comienzan las pasiones á encresparse y el príncipe á padecer en su autoridad y á disminuir en el concepto y estimación de sus súbditos. Habiendo cambiado de primer ministro, creyeron las gentes que había cambiado de añeja política. Pero no despidió á Stambuloff sino para libertarse de un amo, y no trajo á Stoiloff sino para traer un criado. La política, lo esencial, ha quedado; las personas, los accidentes, se han ido. Bulgaria permanece tan separada de Rusia como en los días del dictador, y dirigida por los métodos mismos hacia los habituados y habituales fines concebidos por éste; sólo que con menor vigor en sus fuerzas y menor seguridad en su objetivo. Era Stambuloff implacable contradictor del protectorado de Rusia. Exigencias fatales del cambio consumado abrieron las puertas del país á enemigos de tal política como Zankoft y Karavelloff, presos ó proscriptos, quienes han aumentado los elementos á favor de Rusia con la influencia conseguida por su libertad, sin aumentar las propensiones del gobierno hacia Rusia. Mientras acariciaron uno y otro, los dos cabecillas políticos, la posibilidad del cambio y sustitución por ellos de la gran cabeza, que Fernando Coburgo se había cortado con la despedida de su primer ministro, callaron; pero convencidos ya de que Stoiloff se cree un presidente definitivo y Fernando un soberano absoluto, siembran la inquietud general con sus inquietudes personales y dan al suelo búlgaro una inconsistencia y al aire una electricidad, que van tomando todas las movilidades, todas las violencias de los estados abrumadores y asfixiantes que preceden á las revoluciones. Y no menos triste la situación de Grecia. Ministerio como el de Tricoupis, ha tenido que abandonar el poder, y que

verse reemplazado por un ministerio, como el de Deyalnnis; y un Parlamento, como aquel, ha tenido que conformarse con su disolución y reconocer la necesidad y la justicia del acto último de su rey, apelando á nuevos comicios después que habían alcanzado corrosivas descomposiciones á la mayoría y caído las minorías en retraimientos sistemáticos; por todo lo cual no podía moverse la máquina parlamentaria ni guardar autoridad el poder ejecutivo. Aquí encaja, como anillo en dedo, el antiguo refrán español: donde no hay harina, todo es mohina. Grecia se dejó tentar por la política de grandiosas empresas, olvidando cómo, para cumplir los propósitos grandes, precisa la salud con la robustez internas de quienes deben trabajar ó combatir, y que la salud con la robustez no se aquistan y conservan sino con un buen orden material y con un sabio sistema económico. Grecia, de imprevisión en imprevisión, contrajo deudas susperiores á sus recursos; y de deuda en deuda, y de empréstito en empréstito, y de operación ruinosísima en operación ruinosísima, rodó hasta la bancarrota; perdiendo desde tal día una parte de la estima con que la miraban los gobiernos europeos, y encontrando dentro de sí misma dificultades y agitaciones que la paralizaban en sus movimientos y le impedían todo esfuerzo hacia el bien. Como está en el orden lógico de las cosas atribuir los males colectivos á torpeza ó perversidad de los gobiernos más que á imposición y fuerza de los hechos, desacreditáronse los primeros estadistas griegos, y tomó la persona del rey, elevándose grandemente sobre tal descrédito, estatura superior á sus cualidades, originada, no tanto de lo poco que había él crecido, como de lo mucho que habían los demás en tal crisis menguado. Esta fuerza é importancia del rey llegó al extremo de poder despedir un ministerio del Parlamento y nombrar un ministerio suyo, no sólo sin escándalo de la opinión, hasta con su aplauso. Y este favor del rey y este descrédito del Parlamento no pueden explicarse, sino pensando que como el Parlamento hace algo, ya sea bueno, ya sea malo, ya torcido, ya derecho, al Parlamento van las críti-

cas, y como el rey no hace nada, nadie puede criticarle. Y así aparece ahora el rey, ó por lo menos la sombra del rey, en los motivos determinantes de la derrota sufrida por Tricoupis. A consecuencia de la quiebra, vino el malestar, como hemos dicho; y á consecuencia del malestar surgieron proyectos de remedios más dañosos que este malestar mismo. A las quejas emitidas por el estancamiento de la pasa, primer artículo de rica exportación, y por el descenso del valor de los trigos, cuyos precios no remuneran los gastos de cultivo que cuestan; el ministerio, no sólo propuso extirpar una cosecha de productos tan copiosos y abaratados, sino que propuso también descargarlos de las cargas del consumo y de las puertas, reemplazando los ingresos de tales tributaciones nada menos que con una especie de personal encabezamiento, muy parecido á la capitación. Proponerse tal cosa y suscitarse un general descontento, fué obra de un minuto, ardiendo el público sentimiento por aquellos espacios como reguero de pólvora inflamado por una chispa. Suscitáronse grandes manifestaciones, las cuales se reunían con estruendo en las plazas de Atenas contra el que había concebido tal remedio y contra el Parlamento capaz de votarlo. No se les ocurrió á los dos poderes así amenazados cosa mejor que mandar la guarnición á deshacer las manifestaciones y prender los manifestantes. Un conflicto estuvo muy en vías de estallar entre la tropa y la muchedumbre, cuando el príncipe real, sabedor de lo que pasaba, salió al paso de la dificultad con su carácter de jefe del regimiento acantonado en Atenas, al cual habíanlo reunido sin su orden, y atajóla en el acto, impidiendo una catástrofe generadora sin duda de una guerra civil inmediata. El ministerio Tricoupis tradujo la intervención del heredero en aquel conflicto por indirecta repulsa del rey á su política y presentó la dimisión. Como ven mis lectores, no está Grecia en un lecho de rosas. Tampoco le sonríe hoy buena suerte á Rusia. La desaparición para siempre de Giers, como la desaparición antes de Alejandro III,

quita un sólido lastre á la nave de aquel gran Estado. Ministro de Relaciones Exteriores, la diplomacia fué para el recién muerto Giers una verdadera profesión de por vida con todos los caracteres del arte y del saber político. Aunque hacía cuanto le mandaba su amo, profesaba ideas propias, y muy partidario en los Consejos de las alianzas con los imperios del Norte, suscribió á una inteligencia y alianza con Francia bajo la condición de servir á la paz. En ella descanse.

EMILIO CASTELAR.

LA PRENSA INTERNACIONAL

SUMARIO

El reinado del dinero.—El movimiento literario en Bélgica.—El sufragio femenino en Inglaterra y América.—El árbol de la ciencia.

El reinado del dinero.

En la *Revue des Deux-Mondes,* el Sr. Leroy-Beaulieu ha consagrado un ingenioso estudio á la situación y al papel que representa el dinero en la sociedad contemporánea. A la vez que ideas profundas, elevadas y originales, hallamos en él de vez en cuando ciertas paradojas de la antigua escuela liberal, sin impedir esto de ningún modo que dicha monografía merezca estimarse como una de las más brillantes que se han dedicado al gran soberano de nuestro tiempo. No estando conformes con todas las opiniones expresadas en dicho trabajo, nada mejor podemos hacer que ofrecerlas á nuestros lectores en la forma atractiva con que el autor ha sabido presentárnoslas.

¿De dónde proviene el imperio innegable del dinero? ¿Es una usurpación reciente entre nosotros, sin raíces en nuestro

pasado? ¿Está su principio en nosotros mismos, en nuestras costumbres, en nuestras condiciones materiales y morales, políticas ó religiosas? O, por el contrario, ¿es una dominación extranjera, antipática á nuestra raza, impuesta á las naciones cristianas por hombres de otra sangre y de otra fe? Veamos lo que acontece en la vida actual de la sociedad.

Ser rico es la primera aspiración del hombre moderno. El amor al bienestar y también el deseo de gozar de la vida han invadido á todas las clases. Los pueblos modernos sienten la necesidad de ser ricos. Por deprisa que haya aumentado la riqueza, aún han crecido con más rapidez las exigencias de la vida civilizada. El progreso del bienestar no ha hecho más que aumentar las necesidades y provocar los apetitos.

«La carrera en pos de la fortuna: he aquí el espectáculo que en todas partes ofrecen nuestras sociedades occidentales. Aseméjanse á un triste circo donde grandes y pequeños, jóvenes y viejos, los padres arrastrando de la mano á sus hijos, corren á quien pueda más, derribándose en el camino y hollándose unos á otros con los pies... Para la mayoría, la educación no es más que una preparación con la mira de este *steeple-chase* de la fortuna... Estropéase nuestra conciencia, se atrofian las delicadezas y los pudores de la honradez... Si la improbidad en las formas nos produce aún mal efecto, el mercantilismo penetra en todas partes: éste es otro de los caracteres de nuestra democracia. Médicos, abogados, ingenieros, escritores, artistas, políticos, el mercantilismo está en vías de envilecer las profesiones más nobles... Todas tienden á convertirse en un oficio, en un negocio, y aceptan la relajada moral de las gentes de negocios. Todo es materia de tráfico.

»El dinero es el gran resorte de la vida moderna. El teatro y la novela han tenido que dejar mucho sitio á los millones. La competencia universal, el advenimiento de las nuevas capas al poder y á las funciones públicas, el encarecimiento de la vida y los riesgos de la especulación, la depreciación

continua de las fortunas patrimoniales, son otras tantas causas que han infundido en todas las familias, antiguas ó recientes, ese perpetuo afán de dinero... En este sentido, pudiera sostenerse que bien pronto no habrá más que ricos. Ricos ó pobres, todos son ya casi igualmente presa del mismo afán.»

Adivínanse los sentimientos que una sociedad de apetitos tan intensos ha de profesar con respecto á una raza á quien se supone centralizando en sus manos el objeto de todas las concupiscencias. El tomar las armas contra la alta banca y la bolsa «proviene menos de la aversión contra las riquezas que de la pasión por las riquezas». Esta cruzada casi nunca tiene nada cristiana. Jesús decía á sus discípulos: «Nadie puede servir á Dios y á Mammón.» Pues bien; los cristianos de nuestros días han cambiado todo esto. Al cabo de poco más de diez y ocho siglos y medio, Mammón ha llegado á ser el príncipe de este mundo. Si los cristianos se inspirasen en el Evangelio, más bien temerían ser ricos. Pero, ¿quedan cristianos entre nosotros?

El cristianismo había venido al mundo á rehabilitar la pobreza; y, después de tantos siglos de esfuerzos, la pobreza ha quedado vencida por completo. Aún se pronuncian elogios de la pobreza, pero abstractos y teóricos. El judío, á quien nos representamos como el gran sacerdote del culto de Mammón, hace lo mismo en sus cánticos dentro de la sinagoga; pero, en saliendo de ésta, corre á la Bolsa.

¿Por qué tiene el dinero tanto imperio sobre nuestras sociedades modernas?

«Veo varias razones para ello—dice el Sr. Leroy Beaulieu.—No cabe duda de que una de ellas son nuestros vicios, pero no es la única; porque, en último caso, no es seguro que nosotros tengamos más vicios que nuestros padres. Por el contrario, hauy na cosa cierta, y es que tenemos más necesidades, multiplicadas hasta lo infinito por nuestras artes, industrias y ciencias modernas... Nuestra civilización tiene la culpa de ello.

todo se ha complicado en la vida moderna y todo se paga en la vida moderna... Somos esclavos de nuestras necesidades, prisioneros de nuestras artes, de nuestra industria, de nuestra vida urbana; y, por tanto, siervos de la riqueza, vasallos del dinero... Y puesto que todo lo que llamamos «el progreso» nos inculca siempre nuevas necesidades, ¿de qué serviría despreciar la riqueza? Porque, bien ó mal, para vivir como hombres modernos necesitamos contar con dinero, hacer caso del dinero... El mal no está en la riqueza, sino en *la manera* como tantos ricos adquieren y emplean sus riquezas... El gran mal que padecen ricos y pobres está en el culto del dinero, *el culto de la innoble pecunia*, como ya decía Juvenal...; está en el respeto envilecedor de que lo rodean dentro de su corazón nuestras sociedades burguesas y hasta los mismos que se sublevan contra los ricos... Debe decirse todo. Esta clase de consideración (por el valor de lo que poseemos), no sólo se concede á los individuos ó á las familias, sino á las ciudades, á las provincias, á las comarcas, á las naciones mismas. Estimar á los pueblos por su riqueza: á esto hemos llegado... Después de Metz y Sedán... lo que nos realzó á los ojos de la Europa cristiana, igual que á los del Asia musulmana, fué nuestro dinero. ¡Cinco mil millones de francos: qué montaña de oro!»

El mal se ha agravado, pero no es nuevo. Desde mucho tiempo atrás existía su germen en todos los pueblos. La conquista del vellocino de oro fué el sueño de todos los jefes bárbaros. Si Mammón es semita, Pluto es ario: y las ciudades griegas y Roma antigua estaban ya bajo su dominación. La cristiandad no ha destruido su dominio. El gran ensueño de la Edad Media, edad de fe, ¿no ha sido la piedra filosofal? La gran diferencia entre la época del feudalismo y los tiempos contemporáneos consiste en que entonces la riqueza era de otro carácter y se adquiría por otros medios. El Renacimiento es, en toda Europa, presa de la fiebre del oro. En Inglaterra, en Escandinavia, en Alemania, el gran cebo de la Reforma, para los príncipes y los nobles, es el reparto de los bienes de

la Iglesia. En España, en la católica España, ¿qué fuerza impele hacia «las Indias» á Colón y sus compañeros? Mammón sabía en todas partes hacer buenas migas con Cristo.

El dinero penetra hasta en los claustros. Los advenedizos de la banca fuerzan la entrada en la corte, toman títulos, la nobleza se compra; y Saint-Simón ve ya á Luis XIV dispensar los honores de Marly á su banquero Samuel Bernard. Por más que se indignase ante esa especie de prostitución del rey, eso no ha impedido á la banca engrandecerse y subir. La revolución misma, sin saberlo, trabajaba para el dinero.

Sin embargo, hay diferencia entre el poder del dinero de otro tiempo y el de hoy. En otro tiempo no reinaba el dinero: solía disfrazarse, se engalanaba con diversos títulos y calidades. Hay que buscar las causas de esto, no sólo en el orden económico é industrial, sino también en el dominio moral. Y en este orden de ideas encontramos un motivo religioso, la debilitación de la fe cristiana; y un motivo político, el establecimiento de la democracia; ambos han contribuido mucho á esta supremacía del dinero.

«A la debilitación de la fe ha seguido en las muchedumbres el aniquilamiento del sentido moral. El concepto de la vida ha cambiado. Circuncisos ó bautizados, tambaléase la fe en las recompensas celestes... Se ha empequeñecido el horizonte del hombre, limitándose sus miras á la tierra y á los bienes terrenales... El hombre carece ya del sentido de la vida, y ya no tiene otra regla de conducta más que gozar y enriquecerse... La lucha por la vida es la fe y la ley de hoy; ¿y qué es la lucha por la vida, en los cerebros populares, sino la lucha por el dinero? Filósofos y políticos nos muestran en la riqueza el objetivo de las sociedades humanas... La pobreza ya no es más que un contrasentido absurdo, un insulto á la naturaleza y á la razón, y no cabe ya en el nuevo concepto de la vida... El dinero, que abre las puertas del paraíso terrenal, es el gran factor de la vida, el árbitro de las existencias, el dispensador de todos los goces... Nuestra edad racionalista,

emancipada de todo dogma, está en camino de caer en una miserable y vil idolatría. Nos deslizamos hacia una especie de neopaganismo, sin los dioses de mármol blanco de la Hélada y los hermosos mitos del Olimpo. El verdadero y único Dios, en quien todos creen y al que sirven todos, es el dinero. El judío ha olvidado á su Mesías, y el cristiano ya no se acuerda de su Salvador.»

La democracia moderna sólo ha venido á fortalecer ese estado de cosas, porque su carácter dominante es el predominio de los intereses materiales, es decir del dinero. En casi todas partes, por lo menos en cierto tiempo, la democracia va á parar en el imperio del dinero.

Y esta evolución no tiene nada de semítica: es una evolución natural de la historia. ¿Y puede suceder otra cosa?

Cada forma de sociedad engendra su aristocracia, su clase dominante. Pues bien; ¿qué puede salir de la democracia? El pueblo no es juez de la aristocracia del talento y de la inteligencia. Para él no hay más que una superioridad plenamente comprensible: el dinero, la riqueza. Se la envidia, pero se la admira á despecho de sí mismo. Y, en todos tiempos y lugares, la democracia ha engendrado á la plutocracia; de suerte que, aun en Grecia, los *aristoi* (los mejores) eran los ricos, y los Estados Unidos no tienen por soberano más que al *Dollar*.

La plutocracia no es europea, ni anglosajona, ni semítica: es la resultante inevitable de todo un estado social.

La Revolución de 1789 quiso fundar la unidad nacional sobre la base de la igualdad. Pues bien; como ya lo decía Disraeli en 1845, hay dos naciones en cada nación, dos naciones entre las cuales no existen relaciones ni simpatías, que no tienen la misma educación, ni los mismos sentimientos, ni las mismas costumbres. Desde cincuenta años á la fecha, la cosa no ha hecho más que empeorar, y la unidad nacional está en peligro en todas partes.

Pero la democracia, al llegar el reinado del dinero, se su-

bleva contra el dinero. Porque, á decir verdad, por más que la aristocracia del dinero sea la más abierta, á pesar de todo es la más detestable. ¡Y con justa razón! El dinero es un rey «cuyos favores se adquieren á veces de una manera harto chocante»; además, no tiene nada de noble, y ni siquiera sabe hacerse amar. El dinero necesita aparentar, lo cual no deja de ofender al espíritu democrático; la existencia de ciertos ricos parece un desafío á la muchedumbre de los pobres; la aristocracia del dinero promueve en torno suyo el espíritu de protesta airada. Pero, al emprenderla contra los reyes del dinero, la democracia ataca menos á la riqueza que á los ricos. No quiere destruir la riqueza, sino que pretende apoderarse de ella. Pero antes de que la democracia llegue á apoderarse del dinero en provecho de todos, abre sus puertas de par en par á la dominación del dinero. Su intrusión en la política tiene algo de espantoso.

Dudo que nuestra época sea más corrompida que las anteriores. Hubo un tiempo en la Europa cristiana, testigo la Inglaterra de Carlos II, en que los reyes, como los Parlamentos, estaban dispuestos á venderse... La inmoralidad, la venalidad son de todos tiempos; pero las instituciones democráticas han ensanchado desmedidamente el dominio de aquellas... Al paso que en otro tiempo el parasitismo político no le era permitido más que á una oligarquía, el círculo de la corrupción se ha agrandado hoy hasta lo infinito con el advenimiento de nuevas capas, con el sufragio universal... La abyecta, la vulgar propina de nuestros antepasados, hase afinado mucho con los inventos modernos, se ha hecho limpia, casi no ensucia las manos...; se vale de procedimientos discretos, que apenas dejan más huella que los venenos vegetales de la química moderna... Así, la política en los Estados Unidos ha llegado á ser una ocupación sospechosa, en la cual repugna á las personas honradas poner ni siquiera la punta de los dedos... Estados enteros son allí vasallos de una sociedad industrial... Dictan las leyes propietarios de minas y reyes de los ferro-

carriles... No acontece aún en Francia lo que en la Confederación americana; pero el mal es ya grande entre nosotros...

Una de las tristezas de los hombres de mi edad es advertir cuánto ha aumentado desde un tercio de siglo entre nosotros el papel del dinero en los bastidores del escenario político... «¡Para el dinero y por el dinero!» tal parece ser en ambas costas del Atlántico la divisa de la inmensa mayoría de los políticos... La ingerencia del dinero se deja sentir aún más sobre la prensa, ese poder que se dice superior á las autoridades constituidas. En Francia, en Alemania, en Austria-Hungría, en Italia, lo mismo que en ambas Américas, muy pocos periódicos están libres por completo de ese yugo envilecedor. Casi todos llevan puesto un collar de oro, donde su respectivo amo cuida de no grabar sus iniciales. Los gobiernos ó los gobernantes han hecho muchísimo para corromper á la prensa, las Cámaras y los electores... La venalidad ha sido para ellos un procedimiento de gobierno... Las manos que pagan se abren por fuerza por la mano que recibe: el verdadero corruptor es el corrompido...»

Pero, ¿cómo curar la grave enfermedad que está en nosotros y en lo que nos rodea? ¡Ay! No es, de ningún modo, una fiebre amarilla ó un cólera, traídos de fuera. Para defendernos de ella sería inútil establecer lazaretos ó leproserías á las puertas de nuestras ciudades. Nuestra enfermedad es ante todo una enfermedad moral, y para enfermedades morales no hay más que remedios morales. Tolstoy y los místicos tienen razón á través de todas sus exageraciones: ni el Estado, ni la ley, ni aun la ciencia, tienen con qué cicatrizar las llagas de nuestras sociedades. El remedio eficaz está dentro de nosotros, en la renovación moral. ¿Qué hacer, entonces? Purifiquémonos, elevemos nuestras almas, nos dice el Sr. Leroy-Beaulieu, apartemos de nosotros todo lo que es vil, despreciemos las vanas delicadezas de los sentidos, y, no teniendo ya Mammón poder sobre nosotros, concluirá el reinado del dinero.

la grande absorción imperial y cesarista los Poderes y los Estados regionales que aún quedan de pie tras la fundación del Imperio: la unidad imperial se impone á todo y á todos. Pero cuanto está de sólido el imperio, tanto está de perplejo, y por ende de débil, el emperador. Mientras en Inglaterra sabéis lo que sucederá por el dominio supremo de la opinión pública; en Alemania no sabéis nada, porque cambia el emperador de opinión á cada impulso del sentimiento y de sentimiento á cada latido del corazón. En primavera, Guillermo II estaba muy de malas con los feudales del campo, á quienes amenazara en Koenisberg, y muy de buenas con el canciller Caprivi, que les había puesto las peras á cuarto con el tratado de Rusia, funestísimo al centeno del noble. Pues en otoño se vuelve á los feudales amenazados y les dona martingala tan súbita como un férreo canciller reaccionario. Ni que les hubiera caído, sin poner, el premio gordo en la lotería. Conviniéramos en que las leyes reaccionarias de Bismark avivaban el socialismo y las prácticas liberales de Caprivi lo destruían; y así, en todo se mostraba cambiante, menos en esto, el emperador, aleccionado por una provechosísima experiencia. Pues, cuando más desorganizados estaban los socialistas por sus divisiones interiores, aparecen las leyes represivas de nuevo y les devuelven la cohesión que habían perdido. Bien es verdad que un César, soldado, marino, predicador, músico, dramaturgo, dibujante, catedrático, viajero, deberá sentir tantas ideas cruzando por su cabeza, como emociones conmoviendo su pecho. Así, un día pone cordones entre sus familiares y los diputados, cuando va su corte al Reischtag, para que no se contaminen aquellos sacerdotes de la realeza con estos demonios de la revolución. Otro día inscribe «Al pueblo alemán», en el frontispicio de la Cámara, y lo borra sustituyéndolo con el rótulo «Al Imperio alemán»; y cuando ve que se levanta una tempestad tras este desacato á la nación germánica y al sufragio universal, restituye á su sitio la leyenda, y reaparece de nuevo el pue-

blo. Ya quiere formar causa con temeridad á los representantes que desdeñan ponerse de pie al oir su nombre; ya se irrita con los particulares que no gustan de sus himnos calcados sobre sonatas de Wagner. Así, no es mucho que se le atribuyan los más descabellados propósitos y que las gentes lo crean próximo á romper sus conexiones con Austria é Italia, reanudando alianzas nuevas con Rusia y hasta con Francia. No pecaré yo de temerario y libraréme bien de admitir que tenga fundamento tal especie; pero sí diré que, predominando, como predomina, una grande volubilidad de sentimientos en el emperador, y predominando, como predomina, el emperador sobre su imperio, nadie puede prever, ni presentir, ni adivinar lo que sucederá dentro de tres días, cuando nadie adivinara lo que ayer sucediera, ni aun aquellos que más de agoreros se precian y marchan iluminando desde lo presente lo por venir con sus continuados augurios.

V

Por fin, el rey de Italia demuestra que sólo tiene confianza hoy en Crispi, al entregarle, sin escrúpulos ni vacilaciones, el decreto disolviendo la Cámara y apelando á nuevas elecciones. Para mí, no cabía duda de ningún género á este respecto. Hombre de firme voluntad, Crispi está combatido y contrastado en los estadistas ministrables, de gentes sin voluntad. Posee hoy un desmayo, tan parececido al célebre de Perier, todos los ánimos, que precisa obligarse con los dotados del deseo y voluntad de gobernar, aunque gobiernen mal, y agradecerles continúen aferrados al potro de un ministerio á la moderna. El Parlamento, disuelto bajo los auspicios de Crispi, se había reunido bajo los auspicios de Giolitti. Cuando, derribado éste, llamó el

rey al hoy cabeza de la política italiana, le prometió la disolución del Congreso de diputados, en caso de disentimiento con la presidencia del Consejo. Y reclamado ahora el cumplimiento de la palabra, se ha cumplido sin género alguno de reserva. He dicho que los ministrables de Italia no pueden ahora competir con Crispi á causa de sus desmayos, y he dicho la verdad. El único de importancia verdadera, de palabra elocuente, de popularidad efectiva, de ánimo entero y generoso, de ideas fijas, es Cavallotti; mas, no habiendo nunca ocupado el gobierno, y no estando en potencia propincua de ocuparlo, á causa de cierto matiz republicano que le prestan sus ideas avanzadas y sus conocidas amistades con todos los demócratas europeos, precisa descartarlo de los ministrables, siquier tenga todas las calidades necesarias para ser, no sólo ministro, sino también un gran ministro. Mas de Zanardelli se cuenta en Roma, de Zanardelli, el ilustre y glorioso autor del Código penal, ajustado en todo á los progresos de la ciencia moderna, en que aparece maestro, de Zanardelli se cuenta que, al presentar la lista de sus ministros en el Quirinal, cuando le confiaron la formación del ministerio, le preguntó el rey, si por equivocación le había llevado el nombramiento de los subsecretarios: tan adicto á los suyos se mostró y tanto llegó á rebajar la talla de los directores y de los guías del gobierno italiano. En cuanto á Rudini, precisa decirlo, no se oye sino una sola voz para encarecer su honor y su caballerosidad; pero desde que, pareciendo comprometido por sus tradiciones á revocar la triple alianza, y llegada la fecha de su renovación, no atendió á sus antecedentes, y no quiso revocarla por consideración á ciertos influjos cortesanos, quedó malherido en la conciencia pública y pasó al limbo de los hombres sin voluntad, que son ahora el azote de la política europea. A mí, el proceder de mi amado amigo Crispi me duele; primero, porque, al revés de los franceses, sobrepone las facultades del poder ejecutivo á las facultades del poder legislativo, rompiendo por la derecha, como aquéllos por la izquierda, el equilibrio

indispensable al sistema parlamentario; y después, por su desconfianza de un principio, tan vital á todas las instituciones modernas, como el principio de libertad. Pero no puede negarse y desconocerse su amor á la patria, por la cual ha padecido innumerables martirios; y su culto al espíritu moderno, en cuyas aras ha ofrecido el holocausto de tantos y tantos sacrificios. Y como ha visto desenfrenarse la demagogia en los últimos tiempos, ha dado contra la demagogia, creyendo que pedía y necesitaba ésta el cauterio de los procedimientos cesaristas. Yo, que temo mucho á los demagogos en las repúblicas, no los temo cosa mayor en las monarquías. No es por ahí por donde les entra la muerte á los reyes, no, es por el absolutismo. Amenazadas las repúblicas por los demagogos, no propenderán bastante á la derecha jamás; amenazadas por los reaccionarios las monarquías, no propenderán bastante jamás á la izquierda. Mandan mis correligionarios, amén de amigos, en Francia y en Italia. Pues bien, á los de Francia les digo que fortalezcan el poder ejecutivo y que fortalezcan el poder legislativo á los de Italia. Pasa Europa un período tan extremadamente crítico, que deben mandar los republicanos en las monarquías y los monárquicos en las repúblicas. Yo recordaré siempre á los amigos antiguos míos que gobiernan cual Crispi, bajo las enseñas monárquicas, cómo deben hacer lo posible y lo imposible á fin de que se compadezcan y armonicen de una vez para siempre los reyes constitucionales y parlamentarios con la libertad y con la democracia.

VI

Las cuestiones de Oriente van enmarañándose y urdiendo en torno de aquella región una tela de araña, en la cual pueden quedar cogidos y presos todos los débiles y todos los hu-

mildes que necesitan la protección del sentimiento público, más apagado cada día en lo relativo á tales pueblos y razas, muy confusos, como materia primitiva, de puro vieja é histórica. Sin embargo, Turquía se da por pagada de cuanto le sucediera en el año último, y señala con piedra blanca su transcurso por favorable á su estabilidad. No así Bulgaria, donde comienzan las pasiones á encresparse y el príncipe á padecer en su autoridad y á disminuir en el concepto y estimación de sus súbditos. Habiendo cambiado de primer ministro, creyeron las gentes que había cambiado de añeja política. Pero no despidió á Stambuloff sino para libertarse de un amo, y no trajo á Stoiloff sino para traer un criado. La política, lo esencial, ha quedado; las personas, los accidentes, se han ido. Bulgaria permanece tan separada de Rusia como en los días del dictador, y dirigida por los métodos mismos hacia los habituados y habituales fines concebidos por éste; sólo que con menor vigor en sus fuerzas y menor seguridad en su objetivo. Era Stambuloff implacable contradictor del protectorado de Rusia. Exigencias fatales del cambio consumado abrieron las puertas del país á enemigos de tal política como Zankoft y Karavelloff, presos ó proscriptos, quienes han aumentado los elementos á favor de Rusia con la influencia conseguida por su libertad, sin aumentar las propensiones del gobierno hacia Rusia. Mientras acariciaron uno y otro, los dos cabecillas políticos, la posibilidad del cambio y sustitución por ellos de la gran cabeza, que Fernando Coburgo se había cortado con la despedida de su primer ministro, callaron; pero convencidos ya de que Stoiloff se cree un presidente definitivo y Fernando un soberano absoluto, siembran la inquietud general con sus inquietudes personales y dan al suelo búlgaro una inconsistencia y al aire una electricidad, que van tomando todas las movilidades, todas las violencias de los estados abrumadores y asfixiantes que preceden á las revoluciones. Y no menos triste la situación de Grecia. Ministerio como el de Tricoupis, ha tenido que abandonar el poder, y que

verse reemplazado por un ministerio, como el de Deyalnnis; y un Parlamento, como aquel, ha tenido que conformarse con su disolución y reconocer la necesidad y la justicia del acto último de su rey, apelando á nuevos comicios después que habían alcanzado corrosivas descomposiciones á la mayoría y caído las minorías en retraimientos sistemáticos; por todo lo cual no podía moverse la máquina parlamentaria ni guardar autoridad el poder ejecutivo. Aquí encaja, como anillo en dedo, el antiguo refrán español: donde no hay harina, todo es mohina. Grecia se dejó tentar por la política de grandiosas empresas, olvidando cómo, para cumplir los propósitos grandes, precisa la salud con la robustez internas de quienes deben trabajar ó combatir, y que la salud con la robustez no se aquistan y conservan sino con un buen orden material y con un sabio sistema económico. Grecia, de imprevisión en imprevisión, contrajo deudas susperiores á sus recursos; y de deuda en deuda, y de empréstito en empréstito, y de operación ruinosísima en operación ruinosísima, rodó hasta la bancarrota; perdiendo desde tal día una parte de la estima con que la miraban los gobiernos europeos, y encontrando dentro de sí misma dificultades y agitaciones que la paralizaban en sus movimientos y le impedían todo esfuerzo hacia el bien. Como está en el orden lógico de las cosas atribuir los males colectivos á torpeza ó perversidad de los gobiernos más que á imposición y fuerza de los hechos, desacreditáronse los primeros estadistas griegos, y tomó la persona del rey, elevándose grandemente sobre tal descrédito, estatura superior á sus cualidades, originada, no tanto de lo poco que había él crecido, como de lo mucho que habían los demás en tal crisis menguado. Esta fuerza é importancia del rey llegó al extremo de poder despedir un ministerio del Parlamento y nombrar un ministerio suyo, no sólo sin escándalo de la opinión, hasta con su aplauso. Y este favor del rey y este descrédito del Parlamento no pueden explicarse, sino pensando que como el Parlamento hace algo, ya sea bueno, ya sea malo, ya torcido, ya derecho, al Parlamento van las críti-

cas, y como el rey no hace nada, nadie puede criticarle. Y así aparece ahora el rey, ó por lo menos la sombra del rey, en los motivos determinantes de la derrota sufrida por Tricoupis. A consecuencia de la quiebra, vino el malestar, como hemos dicho; y á consecuencia del malestar surgieron proyectos de remedios más dañosos que este malestar mismo. A las quejas emitidas por el estancamiento de la pasa, primer artículo de rica exportación, y por el descenso del valor de los trigos, cuyos precios no remuneran los gastos de cultivo que cuestan; el ministerio, no sólo propuso extirpar una cosecha de productos tan copiosos y abaratados, sino que propuso también descargarlos de las cargas del consumo y de las puertas, reemplazando los ingresos de tales tributaciones nada menos que con una especie de personal encabezamiento, muy parecido á la capitación. Proponerse tal cosa y suscitarse un general descontento, fué obra de un minuto, ardiendo el público sentimiento por aquellos espacios como reguero de pólvora inflamado por una chispa. Suscitáronse grandes manifestaciones, las cuales se reunían con estruendo en las plazas de Atenas contra el que había concebido tal remedio y contra el Parlamento capaz de votarlo. No se les ocurrió á los dos poderes así amenazados cosa mejor que mandar la guarnición á deshacer las manifestaciones y prender los manifestantes. Un conflicto estuvo muy en vías de estallar entre la tropa y la muchedumbre, cuando el príncipe real, sabedor de lo que pasaba, salió al paso de la dificultad con su carácter de jefe del regimiento acantonado en Atenas, al cual habíanlo reunido sin su orden, y atajóla en el acto, impidiendo una catástrofe generadora sin duda de una guerra civil inmediata. El ministerio Tricoupis tradujo la intervención del heredero en aquel conflicto por indirecta repulsa del rey á su política y presentó la dimisión. Como ven mis lectores, no está Grecia en un lecho de rosas. Tampoco le sonríe hoy buena suerte á Rusia. La desaparición para siempre de Giers, como la desaparición antes de Alejandro III,

quita un sólido lastre á la nave de aquel gran Estado. Ministro de Relaciones Exteriores, la diplomacia fué para el recién muerto Giers una verdadera profesión de por vida con todos los caracteres del arte y del saber político. Aunque hacía cuanto le mandaba su amo, profesaba ideas propias, y muy partidario en los Consejos de las alianzas con los imperios del Norte, suscribió á una inteligencia y alianza con Francia bajo la condición de servir á la paz. En ella descanse.

EMILIO CASTELAR.

LA PRENSA INTERNACIONAL

SUMARIO

El reinado del dinero.—El movimiento literario en Bélgica.—El sufragio femenino en Inglaterra y América.—El árbol de la ciencia.

El reinado del dinero.

En la *Revue des Deux-Mondes,* el Sr. Leroy-Beaulieu ha consagrado un ingenioso estudio á la situación y al papel que representa el dinero en la sociedad contemporánea. A la vez que ideas profundas, elevadas y originales, hallamos en él de vez en cuando ciertas paradojas de la antigua escuela liberal, sin impedir esto de ningún modo que dicha monografía merezca estimarse como una de las más brillantes que se han dedicado al gran soberano de nuestro tiempo. No estando conformes con todas las opiniones expresadas en dicho trabajo, nada mejor podemos hacer que ofrecerlas á nuestros lectores en la forma atractiva con que el autor ha sabido presentárnoslas.

¿De dónde proviene el imperio innegable del dinero? ¿Es una usurpación reciente entre nosotros, sin raíces en nuestro

pasado? ¿Está su principio en nosotros mismos, en nuestras costumbres, en nuestras condiciones materiales y morales, políticas ó religiosas? O, por el contrario, ¿es una dominación extranjera, antipática á nuestra raza, impuesta á las naciones cristianas por hombres de otra sangre y de otra fe? Veamos lo que acontece en la vida actual de la sociedad.

Ser rico es la primera aspiración del hombre moderno. El amor al bienestar y también el deseo de gozar de la vida han invadido á todas las clases. Los pueblos modernos sienten la necesidad de ser ricos. Por deprisa que haya aumentado la riqueza, aún han crecido con más rapidez las exigencias de la vida civilizada. El progreso del bienestar no ha hecho más que aumentar las necesidades y provocar los apetitos.

«La carrera en pos de la fortuna: he aquí el espectáculo que en todas partes ofrecen nuestras sociedades occidentales. Aseméjanse á un triste circo donde grandes y pequeños, jóvenes y viejos, los padres arrastrando de la mano á sus hijos, corren á quien pueda más, derribándose en el camino y hollándose unos á otros con los pies... Para la mayoría, la educación no es más que una preparación con la mira de este *steeple-chase* de la fortuna... Estropéase nuestra conciencia, se atrofian las delicadezas y los pudores de la honradez... Si la improbidad en las formas nos produce aún mal efecto, el mercantilismo penetra en todas partes: éste es otro de los caracteres de nuestra democracia. Médicos, abogados, ingenieros, escritores, artistas, políticos, el mercantilismo está en vías de envilecer las profesiones más nobles... Todas tienden á convertirse en un oficio, en un negocio, y aceptan la relajada moral de las gentes de negocios. Todo es materia de tráfico.

»El dinero es el gran resorte de la vida moderna. El teatro y la novela han tenido que dejar mucho sitio á los millones. La competencia universal, el advenimiento de las nuevas capas al poder y á las funciones públicas, el encarecimiento de la vida y los riesgos de la especulación, la depreciación

continua de las fortunas patrimoniales, son otras tantas causas que han infundido en todas las familias, antiguas ó recientes, ese perpetuo afán de dinero... En este sentido, pudiera sostenerse que bien pronto no habrá más que ricos. Ricos ó pobres, todos son ya casi igualmente presa del mismo afán.»

Adivínanse los sentimientos que una sociedad de apetitos tan intensos ha de profesar con respecto á una raza á quien se supone centralizando en sus manos el objeto de todas las concupiscencias. El tomar las armas contra la alta banca y la bolsa «proviene menos de la aversión contra las riquezas que de la pasión por las riquezas». Esta cruzada casi nunca tiene nada cristiana. Jesús decía á sus discípulos: «Nadie puede servir á Dios y á Mammón.» Pues bien; los cristianos de nuestros días han cambiado todo esto. Al cabo de poco más de diez y ocho siglos y medio, Mammón ha llegado á ser el príncipe de este mundo. Si los cristianos se inspirasen en el Evangelio, más bien temerían ser ricos. Pero, ¿quedan cristianos entre nosotros?

El cristianismo había venido al mundo á rehabilitar la pobreza; y, después de tantos siglos de esfuerzos, la pobreza ha quedado vencida por completo. Aún se pronuncian elogios de la pobreza, pero abstractos y teóricos. El judío, á quien nos representamos como el gran sacerdote del culto de Mammón, hace lo mismo en sus cánticos dentro de la sinagoga; pero, en saliendo de ésta, corre á la Bolsa.

¿Por qué tiene el dinero tanto imperio sobre nuestras sociedades modernas?

«Veo varias razones para ello—dice el Sr. Leroy Beaulieu.—No cabe duda de que una de ellas son nuestros vicios, pero no es la única; porque, en último caso, no es seguro que nosotros tengamos más vicios que nuestros padres. Por el contrario, hauy na cosa cierta, y es que tenemos más necesidades, multiplicadas hasta lo infinito por nuestras artes, industrias y ciencias modernas... Nuestra civilización tiene la culpa de ello.

todo se ha complicado en la vida moderna y todo se paga en la vida moderna... Somos esclavos de nuestras necesidades, prisioneros de nuestras artes, de nuestra industria, de nuestra vida urbana; y, por tanto, siervos de la riqueza, vasallos del dinero... Y puesto que todo lo que llamamos «el progreso» nos inculca siempre nuevas necesidades, ¿de qué serviría despreciar la riqueza? Porque, bien ó mal, para vivir como hombres modernos necesitamos contar con dinero, hacer caso del dinero... El mal no está en la riqueza, sino en *la manera* como tantos ricos adquieren y emplean sus riquezas... El gran mal que padecen ricos y pobres está en el culto del dinero, *el culto de la innoble pecunia*, como ya decía Juvenal...; está en el respeto envilecedor de que lo rodean dentro de su corazón nuestras sociedades burguesas y hasta los mismos que se sublevan contra los ricos... Debe decirse todo. Esta clase de consideración (por el valor de lo que poseemos), no sólo se concede á los individuos ó á las familias, sino á las ciudades, á las provincias, á las comarcas, á las naciones mismas. Estimar á los pueblos por su riqueza: á esto hemos llegado... Después de Metz y Sedán... lo que nos realzó á los ojos de la Europa cristiana, igual que á los del Asia musulmana, fué nuestro dinero. ¡Cinco mil millones de francos: qué montaña de oro!»

El mal se ha agravado, pero no es nuevo. Desde mucho tiempo atrás existía su germen en todos los pueblos. La conquista del vellocino de oro fué el sueño de todos los jefes bárbaros. Si Mammón es semita, Pluto es ario: y las ciudades griegas y Roma antigua estaban ya bajo su dominación. La cristiandad no ha destruido su dominio. El gran ensueño de la Edad Media, edad de fe, ¿no ha sido la piedra filosofal? La gran diferencia entre la época del feudalismo y los tiempos contemporáneos consiste en que entonces la riqueza era de otro carácter y se adquiría por otros medios. El Renacimiento es, en toda Europa, presa de la fiebre del oro. En Inglaterra, en Escandinavia, en Alemania, el gran cebo de la Reforma, para los príncipes y los nobles, es el reparto de los bienes de

la Iglesia. En España, en la católica España, ¿qué fuerza impele hacia «las Indias» á Colón y sus compañeros? Mammón sabía en todas partes hacer buenas migas con Cristo.

El dinero penetra hasta en los claustros. Los advenedizos de la banca fuerzan la entrada en la corte, toman títulos, la nobleza se compra; y Saint-Simón ve ya á Luis XIV dispensar los honores de Marly á su banquero Samuel Bernard. Por más que se indignase ante esa especie de prostitución del rey, eso no ha impedido á la banca engrandecerse y subir. La revolución misma, sin saberlo, trabajaba para el dinero.

Sin embargo, hay diferencia entre el poder del dinero de otro tiempo y el de hoy. En otro tiempo no reinaba el dinero: solía disfrazarse, se engalanaba con diversos títulos y calidades. Hay que buscar las causas de esto, no sólo en el orden económico é industrial, sino también en el dominio moral. Y en este orden de ideas encontramos un motivo religioso, la debilitación de la fe cristiana; y un motivo político, el establecimiento de la democracia; ambos han contribuido mucho á esta supremacía del dinero.

«A la debilitación de la fe ha seguido en las muchedumbres el aniquilamiento del sentido moral. El concepto de la vida ha cambiado. Circuncisos ó bautizados, tambaléase la fe en las recompensas celestes... Se ha empequeñecido el horizonte del hombre, limitándose sus miras á la tierra y á los bienes terrenales... El hombre carece ya del sentido de la vida, y ya no tiene otra regla de conducta más que gozar y enriquecerse... La lucha por la vida es la fe y la ley de hoy; ¿y qué es la lucha por la vida, en los cerebros populares, sino la lucha por el dinero? Filósofos y políticos nos muestran en la riqueza el objetivo de las sociedades humanas... La pobreza ya no es más que un contrasentido absurdo, un insulto á la naturaleza y á la razón, y no cabe ya en el nuevo concepto de la vida... El dinero, que abre las puertas del paraíso terrenal, es el gran factor de la vida, el árbitro de las existencias, el dispensador de todos los goces... Nuestra edad racionalista,

emancipada de todo dogma, está en camino de caer en una miserable y vil idolatría. Nos deslizamos hacia una especie de neopaganismo, sin los dioses de mármol blanco de la Hélada y los hermosos mitos del Olimpo. El verdadero y único Dios, en quien todos creen y al que sirven todos, es el dinero. El judío ha olvidado á su Mesías, y el cristiano ya no se acuerda de su Salvador.»

La democracia moderna sólo ha venido á fortalecer ese estado de cosas, porque su carácter dominante es el predominio de los intereses materiales, es decir del dinero. En casi todas partes, por lo menos en cierto tiempo, la democracia va á parar en el imperio del dinero.

Y esta evolución no tiene nada de semítica: es una evolución natural de la historia. ¿Y puede suceder otra cosa?

Cada forma de sociedad engendra su aristocracia, su clase dominante. Pues bien; ¿qué puede salir de la democracia? El pueblo no es juez de la aristocracia del talento y de la inteligencia. Para él no hay más que una superioridad plenamente comprensible: el dinero, la riqueza. Se la envidia, pero se la admira á despecho de sí mismo. Y, en todos tiempos y lugares, la democracia ha engendrado á la plutocracia; de suerte que, aun en Grecia, los *aristoi* (los mejores) eran los ricos, y los Estados Unidos no tienen por soberano más que al *Dollar*.

La plutocracia no es europea, ni anglosajona, ni semítica: es la resultante inevitable de todo un estado social.

La Revolución de 1789 quiso fundar la unidad nacional sobre la base de la igualdad. Pues bien; como ya lo decía Disraeli en 1845, hay dos naciones en cada nación, dos naciones entre las cuales no existen relaciones ni simpatías, que no tienen la misma educación, ni los mismos sentimientos, ni las mismas costumbres. Desde cincuenta años á la fecha, la cosa no ha hecho más que empeorar, y la unidad nacional está en peligro en todas partes.

Pero la democracia, al llegar el reinado del dinero, se su-

bleva contra el dinero. Porque, á decir verdad, por más que la aristocracia del dinero sea la más abierta, á pesar de todo es la más detestable. ¡Y con justa razón! El dinero es un rey «cuyos favores se adquieren á veces de una manera harto chocante»; además, no tiene nada de noble, y ni siquiera sabe hacerse amar. El dinero necesita aparentar, lo cual no deja de ofender al espíritu democrático; la existencia de ciertos ricos parece un desafío á la muchedumbre de los pobres; la aristocracia del dinero promueve en torno suyo el espíritu de protesta airada. Pero, al emprenderla contra los reyes del dinero, la democracia ataca menos á la riqueza que á los ricos. No quiere destruir la riqueza, sino que pretende apoderarse de ella. Pero antes de que la democracia llegue á apoderarse del dinero en provecho de todos, abre sus puertas de par en par á la dominación del dinero. Su intrusión en la política tiene algo de espantoso.

Dudo que nuestra época sea más corrompida que las anteriores. Hubo un tiempo en la Europa cristiana, testigo la Inglaterra de Carlos II, en que los reyes, como los Parlamentos, estaban dispuestos á venderse... La inmoralidad, la venalidad son de todos tiempos; pero las instituciones democráticas han ensanchado desmedidamente el dominio de aquellas... Al paso que en otro tiempo el parasitismo político no le era permitido más que á una oligarquía, el círculo de la corrupción se ha agrandado hoy hasta lo infinito con el advenimiento de nuevas capas, con el sufragio universal... La abyecta, la vulgar propina de nuestros antepasados, hase afinado mucho con los inventos modernos, se ha hecho limpia, casi no ensucia las manos...; se vale de procedimientos discretos, que apenas dejan más huella que los venenos vegetales de la química moderna... Así, la política en los Estados Unidos ha llegado á ser una ocupación sospechosa, en la cual repugna á las personas honradas poner ni siquiera la punta de los dedos... Estados enteros son allí vasallos de una sociedad industrial... Dictan las leyes propietarios de minas y reyes de los ferro-

carriles... No acontece aún en Francia lo que en la Confederación americana; pero el mal es ya grande entre nosotros...

Una de las tristezas de los hombres de mi edad es advertir cuánto ha aumentado desde un tercio de siglo entre nosotros el papel del dinero en los bastidores del escenario político... «¡Para el dinero y por el dinero!» tal parece ser en ambas costas del Atlántico la divisa de la inmensa mayoría de los políticos... La ingerencia del dinero se deja sentir aún más sobre la prensa, ese poder que se dice superior á las autoridades constituidas. En Francia, en Alemania, en Austria-Hungría, en Italia, lo mismo que en ambas Américas, muy pocos periódicos están libres por completo de ese yugo envilecedor. Casi todos llevan puesto un collar de oro, donde su respectivo amo cuida de no grabar sus iniciales. Los gobiernos ó los gobernantes han hecho muchísimo para corromper á la prensa, las Cámaras y los electores... La venalidad ha sido para ellos un procedimiento de gobierno... Las manos que pagan se abren por fuerza por la mano que recibe: el verdadero corruptor es el corrompido...»

Pero, ¿cómo curar la grave enfermedad que está en nosotros y en lo que nos rodea? ¡Ay! No es, de ningún modo, una fiebre amarilla ó un cólera, traídos de fuera. Para defendernos de ella sería inútil establecer lazaretos ó leproserías á las puertas de nuestras ciudades. Nuestra enfermedad es ante todo una enfermedad moral, y para enfermedades morales no hay más que remedios morales. Tolstoy y los místicos tienen razón á través de todas sus exageraciones: ni el Estado, ni la ley, ni aun la ciencia, tienen con qué cicatrizar las llagas de nuestras sociedades. El remedio eficaz está dentro de nosotros, en la renovación moral. ¿Qué hacer, entonces? Purifiquémonos, elevemos nuestras almas, nos dice el Sr. Leroy-Beaulieu, apartemos de nosotros todo lo que es vil, despreciemos las vanas delicadezas de los sentidos, y, no teniendo ya Mammón poder sobre nosotros, concluirá el reinado del dinero.

leyes, poniendo obstáculos á su libre albedrío; eso sería interpretar mal mi pensamiento. Dejo á cada uno libertad absoluta. Sin embargo, permítame V. que quiera imponer leyes á los poetas. No puedo dar el nombre de versos á los versos libres. Soy del parecer de Verlaine: «En mi juventud llamaban prosa á eso.» Se empieza por la libertad del verso; por desgracia, con harta frecuencia (si no siempre), al verso libre se añaden la sintaxis libre, la gramática libre... y el diccionario en delirio.

»Respecto al alma flamenca y al alma walona, cuanto menos espíritu de campanario é ideal local entre nosotros, mejor será. Si eso continuase, llegaríamos á tener literatura de provincia, de distrito, de cantón, de municipio. Prefiero la literatura francesa sencillamente, y es lo que todos debemos esforzarnos en hacer.

»El espíritu flamenco y el espíritu walón en nuestro movimiento literario, son pequeñas verrugas locales que es preciso extirpar cuanto antes. Importa, sobre todo, no predicar esas cosas.»

—¿Y la prensa periódica belga?...

—«¡Ah! la prensa... ¿Quiere V. saber mi opinión?... Evidentemente, pudiera ser más literaria. ¿Es posible? Acaso... Pero formo parte de ella, y comprenderá V. mi reserva.

»Y, ahora: ¿qué pienso acerca de la literatura en Europa, y principalmente de la literatura francesa?

»Que la literatura francesa está pasando por una crisis, es cosa manifiesta. A mi parecer, esa misma crisis presenta un peligro: la influencia extranjera, introducida con harta ligereza. Tan óptimo como me parece el incorporarse y asimilarse lo que procede del extranjero (aunque, y esto es de esencia, sin perder un ápice de las cualidades del espíritu nacional), tan pésimo y desastroso me parece el avasallarse al espíritu extranjero. Es incomprensible la chifladura por Ibsen, Hauptmann y Nietsche, con sus formas poco claras, nebulosas, antifrancesas (repito la palabra). Bueno es tomar del extranjero, usar de sus riquezas... pero no avasallarse.

»Cuando Corneille introducía materiales literarios españoles en Francia, los hacía franceses; y lo mismo Víctor Hugo y Teófilo Gautier.

»De un modo análogo con la música de Wagner.

»¡Wagner! Mucho lo admiro. No era un anarquista de la música, sino un regenerador. Ha introducido una forma nueva, con una *unidad* de un poderío espléndido.

»También ha habido chifladura por él. ¡Se escribe música *á lo Wagner!* Se debiera asimilarse su sistema, ó mejor (dispénseme V. la palabra) digerirlo, para traducirlo y transformarlo en obras francesas.

»¿Hay nada menos francés que las formas vagas, nebulosas, confusas, no precisas? Pues parece que precisamente esas formas (prescindiendo de las ideas) son las más que se estiman.

»El reinado de esas formas y el de una especie de *vaguedad en el alma,* que las acompaña, será breve: mucho más corto aún que el imperio del naturalismo.»

(El Sr. Giraud nos dirá ahora algo bastante parecido; por supuesto, es la nota dominante en *La Joven Bélgica,* de la cual es uno de los más brillantes colaboradores. Me encuentro con el Sr. Giraud en una de esas buenas cervecerías de Bruselas, suntuosas y cómodas, á la hora del *vermouth.* El Sr. Giraud suele ir allí todos los días, antes de comer; y en un rinconcito solitario charlamos acerca de literatura y de arte.—Treinta y cinco años de edad, rubio, temperamento vigoroso, mucha energía en el mirar y en la voz: tal es Giraud.)

ALBERTO GIRAUD

«Nos echan en cara que nuestro arte es desinteresado. Ejercemos el arte por el arte. Esta es nuestra teoría: que la única preocupación del artista debe ser el arte, la belleza. Esta pre-

ocupación debe ser la dominante. Y toda obra en que el arte no es el principal objetivo... no es una obra de arte.

»Quiero insistir en esto; prohibimos al artista emprender una obra con un fin determinado; queremos que el artista eleve su labor á la altura del arte y la considere bajo su *aspecto de eternidad*.

»En este país tenemos particularísimo interés en combatir el *arte social*, porque hemos sido víctimas de la política. En otro tiempo existían dos partidos, dirigiéndose el uno al otro sempiternos cargos: el partido liberal y el partido católico. Era de rigor que los escritores tuviesen que pertenecer á uno ú otro partido. Entonces (comprenda V. el daño que eso nos causaba), cuando un escritor era del partido católico, los liberales le escarnecían... y recíprocamente.

»Y ese estado de cosas ¡duró cincuenta años!

»No hemos tenido un poco de aire hasta que no hicimos saltar ese techo liberal-católico. Por eso nos atenemos á nuestro lema de *el arte por el arte*.

»Y ahora nos atenemos tanto más á él, cuanto que hay otro partido creciente: el partido radical socialista. Este nuevo partido trata de acaparar los escritores. *La Casa del pueblo* ha organizado una sección de arte, en la cual se invitó á inscribirse á los escritores. Creo que sólo pueden perder con semejante incorporación. En otro tiempo había que ser por fuerza rojo ó azul. Hoy sería preciso ser rojo, azul ó socialista. ¡No, esto es inadmisible!

»Por eso, hoy más que nunca pedimos el arte por el arte.

»*La Joven Bélgica* se ha negado terminantemente á ir á *La Casa del pueblo*. También Rodenbach se ha negado. Y se me viene á la memoria un dicho bastante gracioso de uno de los socialistas más de rompe y rasga, frase que nuestros escritores jóvenes harán bien en meditar. A propósito de la negativa de Rodenbach, ese socialista se consolaba de ella, diciendo: «Por supuesto, ese mocete es un *señorito* del cual no podemos

sacar ningún provecho *(sic)*.» Semejante confesión justifica todas nuestras prevenciones.

»¿Qué si soy partidario de la individualidad en el arte? Con toda evidencia. El artista tiene el derecho de realizar su ideal individual, sólo que ese ideal individual se *difunde*. Y cuanto más bella sea la obra realizada, más se *difundirá;* y desde entonces, de individual que era, el ideal creador se convertirá en colectivo. ¿Quiere V. un ejemplo de ello, entre otros? El ideal de Baudelaire era individual: se ha *difundido*, y ha llegado á ser el ideal de una multitud de nuestros escritores de veinticinco á treinta años de edad.

»El individualismo á machamartillo es romanticismo. No veo ninguna relación entre el anarquismo político y la literatura. Veo una literatura decadente, en plena anarquía: pero, es una anarquía literaria. Algunos escritores jóvenes han juzgado oportuno declararse anarquistas.

»Esa anarquía inofensiva es una flor que se pone en el ojal de la solapa. ¡Favorece tanto el rojo!... Y eso es todo. Escuelas, no veo ninguna, ni aun entre nosotros. Sólo veo muchos... escolares. Nosotros mismos nunca tuvimos en *La Joven Bélgica* la pretensión de formar una escuela. Con la teoría del arte por el arte, cada cual es libre. ¿Quiere V. una prueba de ello? Todos los que tienen algún nombre en Bélgica han pasado por nuestra Revista... ó pasarán. ¡Y sabe Dios cuánto diferimos unos de otros!»

—¿Qué piensa V. acerca del verso libre?

—«Para mí, el verso libre no es verso. El gran error de los novadores ha sido el de querer asimilar la lengua francesa á las lenguas extranjeras, que gozan de libertades que el idioma francés no puede tener. El verso blanco existe en inglés, en alemán, en flamenco, en italiano, en portugués, en español, porque todas estas lenguas son ***rítmicas*** y no necesitan de la rima.

»El francés es un idioma neolatino cuyas palabras no tienen «cantidad» bien determinada; por eso hubo que ganar

por el lado de la rima lo que se perdía por el lado del ritmo. El antiguo verso libre existía como lo manejaban Molière y sobre todo La Fontaine.

»En resumen, ¿qué se desea? ¿Hacer versos de quince, diez y ocho, veinte pies? ¿Poder escribir versos inmensos? ¡Bonito deseo!... ¿Y es eso todo? Pues, si encontráis insuficiente el verso actual, ¡oh innovadores!, imitad á La Fontaine.

»Lo repito: el verso libre francés no es verso. Si V. quiere, supongamos que sea una tercera forma: no puedo conceder más.

»El verso libre me recuerda el pez volador. Cuando está fuera del agua, como vuela mal, el primer ave de rapiña que pasa le coge con el pico y se lo engulle; cuando está dentro del agua, como le estorban las alas y nada con dificultad, no puede librarse de los feroces dientes de alguno de sus congéneres mayor y más rápido que él.

»Y note V. (esto es muy chocante), que todos los apóstoles del verso libre son extranjeros. Es inútil decir nombres. Muchas veces he hablado con esos innovadores, y uno de ellos me hizo esta confesión, que no deja de tener miga: «¡Es dificilísimo hacer versos clásicos!»

»Pues bien; escriba V. en prosa y no hablemos más.

»Las discusiones á propósito del alma walona están sobre el tapete, á causa del premio quincenal concedido á Eekhoud. El ponente hizo demasiado favor en su informe á los escritores walones, con detrimento de los escritores franceses de origen flamenco. En un artículo posterior, el mismo ponente no ha temido formular acusaciones contra los escritores francoflamencos.

»¿Qué quiere V.? En literatura aún somos *comuneros*. Los walones ven lo walón, y es natural. Sin embargo, advierto que hay pocos walones de genio. Si se les oye á ellos, creeríase que tienen el monopolio de la psicología.

»Ese movimiento es puramente local. Esas pobres gentes

bullen á la protectora sombra de un campanario, y pare V. de contar.

»En el fondo, no tenemos sino un solo fin, puesto que todos hablamos en francés, lo mismo walones que flamencos, y ese fin, hermoso entre todos, consiste en hacer obras de mérito, estéticamente bellas y en francés.»

Entre los combatientes de primera hora, Camilo Lemonnier cita (¡y con qué calor!) á Edmundo Picard, el gran abogado belga. Vamos á oir al representante autorizado de *El Arte moderno,* cuya ardiente propaganda literaria siempre es tan intensa.

EDMUNDO PICARD

(«Gabinete de trabajo, artístico en grado sumo. Cuadros »de Goya, de Courbet, de Julio Dupré, de Corot: el Buen Re»tiro íntimo de un hombre de gusto refinado. Aguardando al »dueño de la casa, admiro un estudio de marina firmado por »el hijo del Sr. Picard: denota una fuerza visual, una ciencia »del color y de la luz nada comunes en un hombre tan jo»ven.—Pero aquí viene el Sr. Picard, condescendiente y ama»ble; me estrecha cordialmente la mano, y comienza con esa »voz sonora tan conocida»):

«No creo que el movimiento artístico en Bélgica tenga una evolución propia en absoluto de nuestro tiempo. Creo que pasa por las mismas transformaciones que el arte general en los demás países de raza europea: unos echando sus brotes más deprisa que otros, pero, en realidad, evolucionando todos en el mismo sentido y pasando por idénticas fases.

»Sin embargo, es lo cierto que, desde nuestra Independencia, el arte ha permanecido entre nosotros más bien estacionario durante largo período, puesto que en 1860 es cuando comienza á desarrollarse y animarse para ir adelante. Añadiré

que ese movimiento lo iniciaron algunas personalidades muy aisladas, que sólo tomó gran impulso entre 1870 y 1880, y que en la actualidad tiene una intensidad y una concentración que, en mi sentir, harán de Bélgica uno de los centros artísticos más ruidosos y más preñados de esperanzas.

»El sentido de este movimiento consiste, sobre todo, en una gran predilección por todo lo nuevo, atrevido y desdeñoso de la rutina, y abarca el dominio entero del arte, la literatura, la pintura, las artes gráficas, la música, las artes decorativas, la escultura, etc.

»Naturalmente, ha tenido que luchar, y aún lucha, contra los hábitos y las certidumbres que ha trastornado con violencia. Tiene en contra suya lo que podríamos llamar *el partido de los burros de reata,* que se encuentra aquí y en todas partes, lo mismo en la política, donde tiene algunos representantes célebres, que en las bellas artes. Esas personalidades, atrasadísimas y muy furibundas, llevan periódicamente «un »buen recorrido», pero siguen incorregibles. Por no variar, califican de insensatos á todos los innovadores, lo cual no impide á éstos llevarse consigo el público é ir derechos al triunfo.

»Conmovedor ha sido el atrevimiento de los iniciadores de la lucha. Pero lo principal es advertir que vencen, aun teniendo en contra suya á todo el mundo oficial, á todo lo elegante, á casi toda la prensa, á casi todas las personas llamadas «de buena posición».

»Como en otras partes, entre nosotros se han imaginado cándidamente algunas personalidades que á ellas se les deben esas maravillas, y que si una suerte ingrata no las hubiese traído á este pícaro mundo, aún viviríamos en la edad lacustre. No necesito advertir lo que tiene de presuntuosa y de inexacta esa opinión. Ya no hay quien crea en la influencia decisiva de los grandes hombres ó que presumen serlo. Es claro como la luz del día que el arte tiene su vegetación personal y que los individuos no son, en realidad, sino *bocas de salida*

para las grandes leyes subyacentes, que todo lo guían y nada pueden comprimir.

»Para precisar algunos detalles acerca de la naturaleza de las reformas que se realizan, diré que en pintura se abandona el realismo estrecho para tratar de añadir á lo que nuestros ojos ven todo lo que nuestra alma piensa ó siente; de ahí las escuelas espiritualistas, simbolistas y trascendentalistas, diversas palabras que expresan todas ellas la necesidad de expresar un «*más allá*» de la materialidad de las cosas.

»Idéntica tendencia se revela en la literatura y en la música. Respecto á la forma artística, lo mismo en nuestro país que fuera de él, la pintura busca más luz, vibraciones, serenidad psíquica y adaptación de las líneas y de los colores á la sensación que es preciso producir.

»En literatura causa esta revolución que abandona la rancia prosodia reglamentaria, adopta el *verso libre* con su flexibilidad infinita, su musicalidad constante, su ritmo variado, su cadencia, sus asonancias, sus aliteraciones, todos esos asombrosos recursos sin los cuales le es imposible á la lengua seguir la sorprendente complejidad del alma artística contemporánea y sus matices sin cuento. Paréceme que hay en esto un impulso irresistible, fundado en las necesidades mismas de nuestra psicología, las cuales no podrán impedir los esfuerzos y el mal humor de algunos parnasistas encallecidos que quisieran fijar la poesía en la prosodia, tan en vano como se ha tratado de fijar la lengua en el Diccionario de la Academia. Ultima observación: durante largo tiempo hemos sido imitadores del arte extranjero, falsificadores (como se decía), piratas. Estos vicios han desaparecido; ahora vivimos de nuestro propio fondo. ¿Quiere V. saber lo que pienso acerca de *esas almas* que parecen repartirse el país? Que, además del alma flamenca y del alma walona, existe esa alma especial del belga, cuyo instrumento de expresión es el idioma francés, y que, colocada entre ambas, ha reconquistado su originalidad. Cada uno hace aquí lo que puede, con una constante preocu-

pación de independencia personal; fruto de ese afán son tantas obras que han chocado en el extranjero y que colocan á Bélgica en una situación aparte. En resumen, desde cuarenta años á esta fecha, sigo el movimiento artístico entre nosotros, como observador y como actor, y tengo la mayor confianza en su porvenir y vivísima admiración por los resultados obtenidos. Hay cuantioso número de artistas, de una vida muy sencilla y muy laboriosa, desdeñosos de lo mundano, audaces, instruídos, indiferentes por la opinión pública y por el periodismo, que caminan con los ojos siempre fijos en el ideal. Ellos darán á nuestro arte su puesto definitivo, y acaso renueven las maravillas de los pasados siglos en nuestro estrecho territorio.»

Me ha sido imposible ver en persona á los Sres. Jorge Eekhoud, Mauricio Maeterlinck y Emilio Verhaeren. El correo, cual fiel mensajero del pensamiento, me ha traído las respuestas de ellos á mis consultas. Dicen así:

JORGE EEKHOUD

«El arte *no debe* ser social; *puede* serlo, á condición de que el propósito fundamental del escritor haya sido el de crear bellezas. Creo haberme explicado muy claro acerca de esto hace algunos años. *El arte por el arte,* decía yo, es una fórmula general que permite dar cumplida satisfacción á toda clase de talentos. Puedo hacer obras de arte llamado social; puedo afiliarme á cualquier sistema filosófico; puedo ser socialista, republicano, aristócrata, ateo, creyente anarquista; todas ellas son cuestiones secundarias. Barbey d'Aurevilly, el arrogante católico, ha hecho obras de arte, lo mismo que León Cladel, el comunero. Lo único preciso es que haya sinceridad en el arte, que emane de una *convicción;* poco importa que ésta sea *permanente* ó *fugaz*. En una palabra, necesítase

que al escribir el artista crea que aquello *ha sucedido*. Dispense V. esa expresión trivial, pero expresa bastante bien mi pensamiento.

»En cuanto al nacionalismo en el arte, lo tengo por necesario, fatal, inevitable. Nadie se exime por completo de la influencia del medio, de un clima, de una consanguinidad, del atavismo, etc. Pero tan absurdo es querer hacer un arte exclusivamente *nacional* (ó patriótico, si le parece á V. mejor), como un arte *social* ó *político*. Y, sobre todo, ¡nada de teorías de fabricantes de programas y manifiestos, de fundadores de *revistas* que inventan un arte antes de reunir artistas y obras! ¡Fuera ese separatismo tenaz, ese arte de campanario!

»Permítame V. hablar de mi persona. Si en mis libros me he detenido con preferencia en la parte flamenca del país, consiste en que para conocer á los hombres y la tierra creo útil estudiar, ante todo, nuestros aledaños y nuestra cuna. El ser humano es interesante en todas partes, el hombre tiene por doquiera las mismas pasiones; sólo que las manifestaciones pasionales varían de una comarca á otra. Hay diferencias entre el aire de un campanario y el del inmediato. Al principio, son leves matices; más adelante, hondos abismos parecen separar entre sí temperamentos y espíritus; por último, difieren hasta el contraste las costumbres. En el fondo, el alma siempre es la misma. Pláceme la manera de manifestarse, de ser y de encarnarse allí el hombre.

»Habrá advertido V. que en mis últimas obras no creo yo deber *localizar* el personaje y la decoración, determinarlos por sus nombres, por medio del lenguaje y del vestir; me preocupo en primer término de que haya en ellas *humanidad*. Tampoco creo deber insistir ya acerca del *carácter flamenco* de mis relatos: ya no necesitan manifiesto ó etiqueta. Es inútil, pues, dividirnos de una manera ostensible en walones y flamencos: la distinción es fatal, repito, é independiente de nuestra voluntad. Más vale aproximarnos. Así lo comprendió *La Joven Bélgica*.

»Lo que más importaba era crear literatura *francesa*, es-

cribir en *buen francés*. Hemos hecho la guerra á los *flamenquistas*, es decir, á los politicastros flamencos; como se la haríamos á los *walonistas* que intentasen apartar á nuestros escritores de su fin esencial, el arte. Lo demás es política ó pedagogía: preocupación de patrioteros ó de pedantes.

»Personalmente tengo ideas filosóficas *muy subversivas*, empleando esa palabra que tanto espanta. Pero gústame dar á esas ideas forma de arte; y hasta le diré á V. que no quedo convencido por completo de la bondad y fuerza de mis ideas mientras no las he expresado lo mejor posible: de ahí mi deseo, mi vocación de artista.

»De preferencia me ocupo de mis paisanos, de los que *veo*, de los que *siento;* pero entre mis conterráneos, aquellos á quienes amo con pasión y prefiero estéticamente más que á los otros, son los humildes, los desheredados, los criminales y los que están fuera de la ley. Deseo que mis obras justifiquen esta pasión. Cierto número de capítulos de las *Nuevas Kermeses*, del *Ciclo Patibulario* y de *Subversiones* (mi próximo libro) expresan mis afinidades, mis nostalgias, mis tendencias panteístas, mi amor á todos aquellos á quienes la miseria, la iniquidad ó la estulticia social recubren con una *pátina de oprobio* que los magnifica y los perfuma ante los sentidos del artista.

»Cuatro palabras acerca del arte dramático. Fuera de Ibsen y algunas tentativas en Alemania, lo encuentro bizantino y senil. Maeterlinck es una excepción: su arte es interesante, turbador; pero quisiera yo personajes menos pasivos, menos infantiles, una escena más movida y animada. Maeterlinck es sincero; pero, en torno suyo, ¡cuántos *noveleros*, cuántos monos de imitación y cuántos mocetes que gozan de una salud de jayán, una salud de bestia, nos salen ahora con *princesitas* y con *ocultismos!*.

»En cuanto al verso libre, soy partidario de él; como lo soy de toda tentativa, de todo esfuerzo, de toda conquista.

»Emilio Verhaeren, Rengnier, Griffin y algunos otros son

magníficos poetas: Verhaeren sobre todo. Eso no quiere decir que proscriba yo el alejandrino, antes por el contrario; pero, cada vez es más difícil sacar partido de ese instrumento viejo, y soy de sentir que, por lo mismo, tienen más mérito buenos poetas como Alberto Giraud, Gilkin y Fernando Séverin.

»¡El arte por el arte, y cada uno para sí! ¡Fuera teorías!»

MAURICIO MACTERLINCK

«1.° *El Arte social.*

»Ante todo sería preciso entendernos acerca del vocabulario. ¿Dice V. «*arte social*, en el sentido vulgar de estas palabras? Entonces creo que es *arte antiestético*. ¿Hay alguna obra de *arte social* que no sea *feísima,* hasta hacer llorar á las piedras?

»2.° *Si el escritor tiene derecho á realizar su ideal individual.*

»Pues, ¿qué ideal habría de realizar, si no tiene ese derecho? Y, en cuanto al anarquismo literario, toda obra maestra, ¿no es un acto de anarquía?

»3.° *Las escuelas.*

»¿Conque hay escuelas en Bélgica? No lo sospechaba. Veo gran número de escritores con talento, y algunos que carecen de él. Son las dos escuelas eternas.

»4.° *El verso libre y la prosa rítmica.*

»Es cuestión de hecho. Resultan admirables ó detestables, según el talento de quienes los usan.

»5.° *El alma walona.*

»Veo una alma liejesa bastante especial, aun cuando no la comprendo bien. Es muy minuciosa y nebulosa á la vez, de una nebulosidad más bonita que bella; pero hay allí una música particular, y algo más que también tiene su saborcillo.

»6.° *La prensa belga.*

»No creo que haya en Europa una prensa periódica de un nivel intelectual más bajo.

»7.° *La primera literatura en Europa.*

»Hay la de Rusia, la de Noruega, la de Inglaterra. Pero, ¿á quién le importa decirlo? Lo bello nunca vence á lo bello.

»En cuanto al papel de la literatura francesa, no puede manifestarse en pocas palabras. Pero creo más indispensable esa literatura que ninguna otra. Es quizá el único guardador en este mundo de la perfecta belleza de antaño...»

EMILIO VERHAEREN

«Aborrezco toda *interview* y toda consulta. ¡Importan tan poco las teorías! Es peligroso emitirlas, y esterilizador seguirlas una vez formuladas.

»¡No hay más que los libros, los libros!»

—¿Y los lectores, querido maestro?

El sufragio femenino en Inglaterra y América.

Voy á tratar de un asunto que tiene sin cuidado á los países de la llamada raza latina, pero que apasiona muchoen la actualidad á los ingleses, á sus colonias, á la gran República transatlántica, en una palabra, á las naciones de la titulada raza anglosajona.

Trátase de la pretensión de las mujeres de ejercitar el derecho electoral, no por delegación, sino personalmente, ni más ni menos que los hombres.

En efecto, cuando hay elecciones municipales ó provinciales ó para diputado á Cortes, ¿por qué las personas del bello sexo no votan como sus padres, maridos y hermanos?

No se ve lo que perderían en consideración, en seductora gracia, en autoridad moral sobre la parte masculina de la sociedad.

Por otra parte, imagínense los extraños cambios en el orden político y social que pudiera producir el simple enunciado de estas palabras en nuestro derecho electoral: «Para el ejercicio del derecho de sufragio no se hará ninguna distinción fundada en el sexo.»

Seguro estoy de que el hecho de estar privadas del derecho de votar no da ni frío ni calor á la mayor parte de las mujeres. Y, sin embargo, casi todos hemos oído alguna vez brotar da labios femeninos esta exclamación característica: «¡Oh, cuántas cosas irían mejor en este mundo si los hombres no se hubiesen reservado el derecho exclusivo de hacer las leyes!»

No tengo el propósito de tratar *ex professo* este delicado tema. Aunque lo tuviese, impediríame tal ambición la falta de espacio. Así, pues, he de limitarme á manifestar las soluciones adoptadas ya en ciertos países, donde el problema del sufragio electoral femenino se ha llevado al terreno de la práctica.

En Inglaterra, las mujeres han ejercitado desde los tiempos más remotos el derecho de tomar parte en las elecciones municipales. Parece que esto era una aplicación de las costumbres de Normandía, que continuaron bajo los reinados de las casas de Plantagenet y de Tudor, y no había caído en desuso aún en los comienzos del siglo XIX.

Reconocíase á las mujeres aptas para suceder en el feudo, como sucedían en el trono. Conservaban dentro del matrimonio la administración de sus bienes.

Los jefes de familia tenían iguales derechos políticos, cualquiera que fuese su sexo.

Las mujeres perdieron en 1835 el derecho de votar en las elecciones municipales; pero el gobierno del Sr. Gladstone se lo restituyó en 1869, y ya no se ha vuelto á poner en tela de juicio ese principio desde entonces acá.

Según el último censo electoral, en Inglaterra propiamente dicha y en el país de Gales figuran en las listas 685.000 mujeres; y, si no es aún más elevado ese número, consiste en que

la denominación de cabeza de familia sólo comprende á las célibes y viudas, y excluye á las mujeres casadas.

¡Cómo ha de ser! Estas se hallan bajo la potestad del marido; y ese estado de subordinación las priva de los derechos políticos, reservados como un consuelo á las inglesas que no han abordado al puerto del matrimonio ó que de él han zarpado.

Las viudas y célibes que pagan contribución pueden elegir y ser elegidas para los consejos de parroquias, y también para los consejos de *guardians* que administran grupos de parroquias. En el año 1893 fueron elegidas 166 mujeres miembros de consejos de *guardians*, 47 en Londres y 119 en los condados.

En las mismas condiciones, las mujeres son también electoras y elegibles para los consejos encargados de dirigir las escuelas públicas.

Por último, en 1889 fueron admitidas á votar para la elección de los consejos de condado, que equivalen á nuestras diputaciones provinciales. Sin embargo, en este caso se les negó la elegibilidad. Recientemente han sido elegidas tres señoras para formar parte del consejo de condado de Londres, pero esa galantería de los electores de la capital no ha podido prevalecer contra la ley.

Tal era el estado de cosas en fin del año pasado, cuando la Cámara de los Comunes adoptó una nueva ley, que puso término á una exclusión humillante para las mujeres casadas, y las invistió de los mismos derechos que ya poseían las viudas y las célibes. Sólo era menester que fuesen contribuyentes personalmente. Pues bien: este es el caso general, porque en la Gran Bretaña la separación de bienes es el régimen más usado en el matrimonio.

Adoptada en 16 de Noviembre de 1893 por la Cámara de los Comunes, la nueva ley fué votada igualmente por la Cámara de los Lores, y ha recibido la sanción real en 5 de Marzo de 1894.

Así queda borrada en lo sucesivo toda distinción política entre las mujeres casadas y no casadas, como entre los con-

tribuyentes femeninos y masculinos, para las elecciones locales. Es una verdadera revolución social.

Pero sería tener pobre concepto de los partidarios del sufragio femenino suponer que vayan á detenerse después de su última victoria, y que dentro de poco no lleguen á la Cámara de los Comunes nuevas y más audaces reivindicaciones.

En efecto, lo esencial para los partidarios del sufragio femenino es obtener, después de las franquicias locales, la parlamentaria. Es preciso que las mujeres puedan tomar parte en las elecciones para miembros de la Cámara de los Comunes; y no ya tal ó cual categoría de electoras, sino todas las mujeres, dentro de los límites de calificación establecidos para los hombres.

La igualdad completa de los dos sexos en el ejercicio del derecho de sufragio y también en la elegibilidad; he aquí la meta propuesta.

En 1892 se hizo la primera tentativa. Detengámonos en ella unos instantes.

El sufragio de las mujeres no es cuestión de partido en Inglaterra. Tiene adeptos muy celosos en el estado mayor de los liberales, y á la vez en el de los conservadores. ¿Cómo se atrevería un liberal á manifestar ninguna repugnancia contra un aumento de los derechos femeninos? Esto sería abdicar todas sus doctrinas en un punto de lo más delicados. Por eso, los miembros del partido liberal antifeministas ó flojamente feministas en el Parlamento inglés, vense muy apurados en su argumentación. Condenan vagamente experiencias políticas cuyos resultados pueden ser graves; y estos miramientos hacen sonreir á personas que están en vías de establecer en Inglaterra el sufragio universal.

Por otra parte, los conservadores ponen todo su interés en favorecer la extensión del sufragio político á las mujeres. En efecto, cuentan con que la mayoría de las electoras serán más bien partidarias de la conservación social, y que este partido reclutará más afiliados entre ellas que el radicalismo. Desde

hace mucho tiempo, los políticos del partido *tory* han asociado á las mujeres á su acción sobre el cuerpo electoral, fundando la famosa Liga de las primaveras *(Prinrose League)*, que todos los años celebra la memoria del gran Disraeli y ha cubierto el territorio inglés de asociaciones femeninas. El señor Balfour, sobrino del *leader* principal de los *tory*, marqués de Salisbury, es en el Parlamento uno de los más determinados defensores del derecho electoral femenino.

Entre los principales hombres de Estado de Inglaterra, sólo el Sr. Gladstone no ha variado en su opinión á que se concedan nuevos derechos políticos á las mujeres.

Cuando, hace dos años, un miembro de los Comunes presentó á la Cámara un *bill* bastante modesto en sus pretensiones, y que sólo proponía conferir el derecho de votar en las elecciones parlamentarias á la mujeres que ya lo tuviesen en las elecciones municipales, el Sr. Gladstone escribió una carta que se ha hecho célebre. El mismo había dado á las mujeres en 1869 el derecho de votar y el de ser elegidas para las corporaciones populares locales; pero no pudo ocurrírsele que esa concesión la convirtieran en un argumento para la conquista de la representación parlamentaria. No admitía que se fuese más lejos de lo que él mismo había ido. Las condiciones físicas parecíanle un insuperable obstáculo para establecer la igualdad política entre los dos sexos, y decía: «Dar á las mujeres el derecho de tomar parte en la composición del Parlamento, sería invertir el orden de la naturaleza.»

Esta salida del Sr. Gladstone, hizo que contra él se desatasen las iras de los apóstoles del sufragio femenino.

Las más furiosas fueron las señoras y señoritas que habían combatido á la vez en defensa del partido liberal y del electorado de las mujeres. Una de ellas exclamó en un *meeting:* «¡Abajo el enemigo de las mujeres!», y escribió á los peridicos para explicar que había querido aludir al Sr. Gladstone y que no podía ya ver en él sino un viejo chocho.

En cuanto al *bill* que había dado margen á toda esa efer-

vescencia, provocó en la Cámara de los Comunes una gran discusión, del tono más subido, y su votación produjo inmensa sorpresa.

En efecto; la proposición fué rechazada por escasísima mayoría. Sólo faltaron veinticinco votos para que en 27 de Abril de 1892 admitiese el Parlamento inglés el principio del electorado político de las mujeres.

He aquí resumidos con mucha brevedad algunos de los argumentos de los adversarios de la reforma.

Las mujeres políticas dejarán de ser mujeres de su casa, lanzándose á la política con todo el ímpetu de su naturaleza apasionada y dejando en la lid sus delicadas gracias. Puede ser útil su acción en los asuntos municipales y para dirigir las escuelas públicas. Pero, ¿cómo pensar en admitir que nombren el Parlamento, ese cuerpo tan poderoso, tan absoluto en su soberanía como el czar de todas las Rusias, de la compepetencia del cual nada se libra, que en el reino dispone de vidas y haciendas, y fuera del reino rige los destinos de trescientos millones de hombres?

Si se otorgasen á las mujeres las franquicias parlamentarias, aun limitando esta concesión á las que tuviesen ya voto en las elecciones municipales, bien pronto habría que suprimir todas las restricciones, resignarse con el sufragio universal. Y la Cámara de los Comunes concluiría por ser elegida por diez millones de hombres y once millones de mujeres: porque en la población inglesa tiene mayoría numérica el elemento femenino. Inglaterra presentaría entonces el espectáculo de un país virtualmente gobernado por mujeres: eso sería el colmo de lo vergonzoso.

Figuraos, dijo uno de los oradores, á todas las cocineras del reino, niñeras, doncellas, nodrizas, costureras, criadas de fígón, operarias de taller ó de fábrica, transformadas en electoras. ¿Os las imagináis con opiniones acerca del libre cambio, de la representación proporcional, del bimetalismo, de las más elevadas cuestiones que interesan al reino, á las colonias, á las Indias?

Pero, no contentándose con ser electoras, querrían ser elegibles; y, de conseguirlo, bien pronto se vería á las mujeres sentarse en los escaños de la Cámara, llegar á ser ministro de la Corona, magistrados del Supremo, obispos y hasta comandantes generales de cuerpo de ejército.

Por último, uno de los adversarios invocó el parecer del famoso publicista Jeremías Bentham, que no era partidario de la concesión de los derechos políticos á las mujeres, alegando para ello las razones siguientes: su delicada salud, su sensibilidad exquisita y excesiva, el imperio que sobre su juicio tienen las simpatías ó las antipatías, la facilidad con que la religión se inclina en ellas á la superstición, el círculo estrecho en que se encierra su benevolencia, su habitual indiferentismo por los intereses superiores del Estado ó de la humanidad, el hecho de que su interés por un partido ó por una opinión depende casi siempre de una simpatía particular y no de un concepto general; y, en fin, la gran participación que el capricho ó la imaginación tienen en sus juicios, afectos y prevenciones.

¡Pícara lengua, la del tal Bentham!

En cuanto á los abogados de la causa femenil, estuvieron muy fogosos, como siempre. Preténdese, decían, que los campeones de la reivindicación de los derechos femeninos son unos energúmenos (señoras de edad, la mayor parte) que van á perorar en los *meetings* y á intrigar con los agentes electorales; que á las mujeres, consideradas en masa, no les importa de ningún modo ser electoras; y que, allí donde lo son, ejercitan poco su derecho y no reclaman en serio la facultad de votar en las elecciones parlamentarias.

Toda esta argumentación es falsa, detestable, según dicen los oradores en defensa de los derechos de la mujer. Empleábase en otro tiempo á propósito de los esclavos, para demostrar que aquellos infelices no reclamaban su libertad. Pero ¡si no les daban facilidades!

Lo mismo acontece con el aserto de que las mujeres no

entienden una jota de política. Todo esto es pueril, en atención á que igualan á los hombres, cuando no los sobrepujan, en todo lo que concierne á los dones intelectuales: los exámenes universitarios lo prueban.

Conviene advertir aquí que desde 1878, año en que la Universidad de Londres recibió de la corona el derecho de conferir sus grados, honores y recompensas accesibles á los estudiantes de uno y de otro sexo en condiciones de igualdad absolute, se matricularon en ella como estudiantes más de cuatro mil mujeres, quinientas cincuenta de las cuales han sufrido y aprobado los grados universitarios, desde el bachillerato en artes ó en ciencias hasta el doctorado en derecho, ciencias ó medicina.

¿Cuáles son en Inglaterra las categorías de personas adultas excluidas del derecho al voto en las elecciones políticas? Los indigentes, los criminales, los enajenados y... las mujeres. ¿Pueden seguir éstas por más tiempo en tan triste compañía? Y adviértase, exclamaba con manifiesta exageración una dama, que pueden votar los indigentes salidos del asilo, los criminales licenciados de presidio y los enajenados que tengan momentos de lucidez; al paso que, sin duda, no se admite que las mujeres puedan tener un intervalo lúcido.

Sin proseguir más este análisis de alegatos en pro y en contra de la causa femenil, quédanos por ver si, fuera de Inglaterra, gozan las mujeres de los mismos derechos políticos que los hombres en alguna parte del mundo.

Parece que América debiera adelantarse á Europa en este camino, como en tantos otros, pero no es así. Las mujeres no votan en las elecciones políticas más que en dos ó tres de los cuarenta y cuatro Estados que constituyen la Unión americana.

El Wyoming es un territorio extraviado en medio de las Montañas Rocosas; las mujeres son electoras allí desde la edad de veinticinco años, no sólo en las elecciones municipales, sino para todas las funciones del Estado, y también son elegibles.

En varios Estados, como Kansas, son electores y elegibles, pero nada más que para los ayuntamientos y juntas escolares. Además, pueden ser alcaldes de sus municipios. Ya se han dado casos de esto, uno de ellos reciente, en un pueblo de Kansas.

Como es natural, ha habido *interviews* con ese alcalde de sayas, y he aquí su declaración: «En nuestra villa hay pocas mujeres que permitan saber á sus maridos cómo votan ellas en las elecciones municipales, y tenemos mejores administradores. Mi marido no es de la misma opinión que yo en ninguna materia política, y ha votado contra mí; pero, nunca hacemos intervenir estas cuestiones en nuestros asuntos domésticos.»

En general, las mujeres de los Estados Unidos no parecen tener en mucho aprecio el ejercicio de los derechos políticos, excepto en el Oeste; y allí donde aspiran á los honores municipales (y no puede menos de alabárseles por ello) es más que nada para hacer una guerra sin cuartel á los cafés, tabernas, garitos, casas de juego, tabaquerías y despachos de bebidas espirituosas.

Naturalmente, entre los *yankees* se ha formado un partido para reivindicar los derechos políticos de las mujeres; y, hasta se ha visto en una de las últimas elecciones presidenciales designada una mujer como candidato para la presidencia de la república de los Estados Unidos. Esa campaña era prematura; la *candidata*, que se recusó ella misma, no obtuvo sino unos cuantos miles de votos; y, desde aquella aventura, el partido no ha hecho serios progresos.

Hasta el año 1893, el Wyoming era el único Estado que levantaba la bandera del electorado político femenino. El de Colorado acaba de seguir su ejemplo; y, en esa región de minas de oro y plata, las mujeres son ya electores y elegibles para todas las funciones. Dícese, es cierto, que las mujeres están en pequeñísimo número en ese país; y que, para atraerse compañeras, los hombres de Colorado han decidido ofrecer el cebo de los más completos derechos electorales. El porvenir dirá si el procedimiento era suficiente.

Junto á esos dos Estados de la Unión americana hay que colocar la colonia inglesa de Nueva Zelanda, donde desde hace algunos meses se ha puesto á las mujeres bajo el pie de completa igualdad con los hombres para el ejercicio del derecho de sufragio.

En esta posesión británica, que cuenta un millón de habitantes, habíase presentado muchas veces un proyecto de ley en ese sentido, rechazándose siempre. Pero, en Diciembre de 1893, triunfó por dos votos de mayoría. En seguida se hicieron elecciones generales: se trataba de reelegir el Parlamento neozelandés, compuesto de setenta y cuatro miembros. Las mujeres tomaron parte en la votación con el mismo título que los hombres. Las cosas pasaron con suma sencillez. Se esperaban resultados extraordinarios, preferencias características. No hubo nada de particular; ni siquiera se modificó de un modo perceptible la proporción habitual de los diversos partidos de la Asamblea.

Esta experiencia hecha en los antípodas ha encantado á los ingleses partidarios de los derechos políticos de las mujeres, y están orgullosos de ella. Pero, no echemos en saco roto que las colonias británicas, sobre todo las de la Australia, son desde hace un cuarto de siglo un vasto campo de experimentación política.

Un hombre de Estado, ministro de la corona en la Gran Bretaña, cuando iban á proponerle alguna novedad en materia administrativa ó social, tenía la costumbre de decir: «Debe hacerse la prueba, y no puede intentarse sino experimentándola *in corpore vili;* ensayémosla... en los escoceses.» Creo que no es mala suerte para nosotros, los de raza céltica y latina, que los anglosajones multipliquen entre ellos mismos y en sus posesiones lejanas esos ensayos para satisfacer los antojos mujeriles de emancipación política. Así tendremos tiempo de sobra para ver qué resultados dan.

En Francia, donde el buen sentido es juez en última instancia, donde hace dos siglos escribía Molière versos de una

cordura tan luminosa acerca de los deberes de la mujer, donde siempre se reirá con tantas ganas de las politicastras grotescas como en su tiempo daban risa las preciosas ridículas, preciso es reconocer que la inmensa mayoría de las mujeres no participan de las ambiciones políticas de sus hermanas anglosajanas.

¡Cuestión de raza, de temperamento y de gustos!

Las mujeres-electores del otro lado del Canal de la Mancha me han hecho recordar, por un efecto de contraste, á la asombrosa mujer de Jerónimo Paturot, que con tanta valentía ayudaba á su marido en 1848 á ir en busca de la «mejor de las repúblicas». Asistiendo cierto día á un *club* de mujeres, oyó decir allí tantas sandeces, que un arranque de indignación la hizo lanzarse también á la palestra en la tribuna. «¡Cómo! ¿No basta que los hombres tengan los sesos del revés, y vamos las mujeres á meternos también en esas cosas? ¿Os hablan de vuestros derechos? ¿Tenéis el de obligar á hacer á un hombre todo lo que se os ponga en el moño, y no os parece eso una gran cosa? ¡Tenéis el de que haya arreglo y orden en casa, el de remendar las calzas del marido, el de vigilar y educar á los hijos, el de mandar en las criadas, el de velar porque la comida esté en su punto! ¿No son esos suficientes derechos? ¿Y cuánto habréis ganado al venir aquí á darle á «la sin hueso» tres horas seguidas? Habréis ganado que todo vaya en casa patas arriba, que los niños estén hechos unos cochinos, que los muebles y ropas anden como Dios quiera, y que las criadas serán las amas en vuestras casas.»

Véase una mujer grosera de verdad; pero, sin embargo, hablaba con bastante sensatez. Expresaba con crudeza el mismo pensamiento que un inglés, discurriendo en la Cámara de los Comunes en 1892, envolvía en frases galantes para hacer pasar lo amargo de la lección:

«Las mujeres tienen una organización más fría y acabada que los hombres. Son más capaces de afectos, no tienen egoísmos; generalmente igualan al sexo fuerte desde el punto de

vista intelectual, y le superan desde el moral y religioso. ¿Por qué se han de arriesgar á perder esos atributos tan graciosos y tan nobles de su carácter? Al tratar de «desexualizarse», temían más bien la ingrata suerte de convertirse en inferiores copias del hombre».

El árbol de la ciencia.

La *New Review* ha interrogado á varias personas de agudo ingenio acerca de si los niños, y en especial las niñas, convenía ó no que siguiesen dentro de esta atmósfera de completa ignorancia, tan en boga aún, de las condiciones de la vida. Presentamos á nuestros lectores las respuestas más características entre las que se han dado á esa pregunta.

«Considero la ignorancia (engalanada con el poético nombre de *inocencia),* en la cual se mantiene á las jóvenes respecto á las condiciones normales y físicas del matrimonio y de la vida conyugal, como una prueba de la resolución tomada por el hombre de tener en una posición inferior á las niñas y mujeres, por todos los medios posibles. Para todo ser viviente, la libertad está en el conocimiento de las cosas, de las personas y de las condiciones de la vida.

»Al conservar y exaltar la ignorancia de las mujeres, el hombre persigue varios propósitos: uno, puramente inmoral, que da un saborejo mal sano á la posesión en el matrimonio; otro, tener la garantía de que la inocencia de la mujer núbil no sospechará los actos de su vida pasada; y, por último, el

de servirle de salvaguardia individual, porque una joven *que sabe* juzga al hombre con más severidad y se muestra más exigente de su propia dicha.

»Guardar á su hija en la ignorancia absoluta, es correr el riesgo de ponerla en peligros reales y perturbar al mismo tiempo su espíritu con peligros imaginarios. Citaré un ejemplo de ello. Muy joven todavía, me casé con un hombre á quien detestaba; y lo hice, porque se me había hecho creer que un beso dado en la boca bastaba para consumar la deshonra de una joven soltera. Sabedor de mi inocencia el hombre con quien mis padres querían casarme, me besó; y desde entonces consideré como una obligación el casarme con él.

»El pretexto de conservar intacto el ideal de una joven casadera produce el efecto de hacerle monstruosa y desagradable la realidad. La vida es una lucha por la existencia; y, sin distinción de sexos, debiéramos instruir todo lo posible á los seres humanos acerca de los riesgos, exigencias y perjuicios de la vida individual y social.»

JULIETA ADAM, directora de la *Nouvelle Revue*.

«No hay que asentar preceptos inflexibles para la educación de nuestros hijos... Pero desde un punto de vista general, no veo la necesidad de que una madre descubra á su hija los hechos que ella misma ignoró durante su infancia. Con sus lecturas, con el estudio de la Biblia en su casto lenguaje, las jóvenes solteras aprenderán á conocer lo necesario para preservarlas del mal. Respecto al matrimonio de sus hijas, los padres deberán considerar como una obligación sagrada no sancionar su enlace sino con hombres cuyo pasado no contenga nada que sea preciso ocultar ó que deba sacarles los colores á la cara.»

REV. H. ADLER, *Gran Rabino* de Inglaterra.

«El Sr. Walter Besant ofrece con muchas vacilaciones su parecer en este asunto, y, de hecho, parece poco categórico. Sin embargo, cree, que «todos los niños, varones y hembras, á cierta edad, deben quedar instruidos acerca de los principales fenómenos fisiológicos que pueden ayudarles á conocer la vida. Esta instrucción especial debiera darse por profesores especiales. Sería menester enseñarles los riesgos con que pueden tropezar y los peligros que deben evitarse con el dominio de los instintos sexuales. La joven soltera, impuesta ya en esas cosas, no cabe duda que también debe aprender á conocer la condición social del mundo. ¿Pero, será bueno y útil enseñarla al mismo tiempo la extensión de la inmoralidad en el mundo? No lo creo.

»Cierto es que antes de casarse, una joven debe saber lo que la espera, el género de vida que le está reservada, los deberes probables y las responsabilidades que le incumbirán. Respecto á conocer la vida anterior de su prometido esposo, es evidente que (excepto en el caso de escándalo público), nunca sabrá sino lo que aquél quiera decir...

»Si privamos á nuestras hijas de esa ignorancia que llamamos inocencia, parece correrse el peligro de que exageren la extensión de la inmoralidad que se ostenta á su vista, que dejen de creer en la posibilidad de la virtud en el hombre, y pierdan hasta la fe en la existencia misma de esa virtud.»

WALTER BESANT.

«Es fácil ver que, sean cuales fueren los esfuerzos de la mujer para su emancipación, nunca se emancipará mientras permanezca bajo la dependencia de los deseos y del egoísmo del hombre desde el punto de vista de las relaciones sexuales... A ella, pues, le toca mostrar el camino. Puede hacerlo, porque es la educadora. Desde que la ciencia nos ha enseñado que la educación se da virtualmente por la sugestión, y que el

poder de esta última es casi ilimitado, podemos creer que dentro de no mucho tiempo la educación misma llegará á ser una ciencia. Hasta ahora, es poco más ó menos cuestión de azar.

»En cuanto sea claro para el público en general, como ya lo es para el mundo científico, que la sugestión es el principal medio de educar, y que puede ser omnipotente, resultará claro también que las impresiones llamadas á formar la voluntad deben recibirse *antes* de sobrevenir las pruebas por las cuales tiene que pasar esa voluntad. Si la imaginación debe llenarse de entusiasmo por el problema de la conservación de la raza, de la fuerza y la hermosura de ésta, debe instruirse *antes* de que se despierten los instintos y antes de exponerse ella misma á las burlas de los demás. Esto no puede obtenerse sino con el pleno conocimiento...

»Síguese de ahí que debe darse el conocimiento de un modo gradual y en la edad más oportuna. Comunicar al niño el entusiasmo por una raza sana; demostrarle, por medio de la historia natural, que una buena simiente da una descendencia vigorosa; inspirarle horror por una herencia mala, hija de una semilla débil ó enferma: todo esto puede hacerse sucesivamente. Pero, hasta más tarde no debe venir la aplicación de esta ley á la selección sexual en los animales y en el hombre. La enseñanza de las leyes de la generación en la naturaleza tiene su época; pero la explicación del hecho de que la ley moral de la raza es en este caso el resultado de su propia experiencia, así como la demostración de ello con ejemplos tomados de la vida, deben venir mucho después.

»La principal necesidad para la emancipación de la mujer es la de una interpretación más sana de las relaciones sesuales...»

BJÖRNSTJERNE-BJÖRNSON.

«La educación de las jóvenes, desde este punto de vista, parécese á las prescripciones facultativas para los enfermos:

requiere modificarse según los casos. Por ejemplo: es peligroso ocultar ciertos hechos á ciertas jóvenes, hechos que sería muy peligroso revelar á otras... Sin embargo, creo que después de los veinte años de edad sería imprudente tratar de mantenerlas en la ignorancia del mundo. Digo «tratar», porque, á menos de que una joven sea idiota ó imbécil, algo debe saber de la vida, sea de oídas, sea por haberlo visto, sea por la lectura. Pedirla que esté ignorante es exigirla ser hipócrita.

»En todo caso y bajo ningún pretexto, debiera saber plenamente antes de casarse lo que de ella se espera en el matrimonio... Pero no creo que los padres, por lo común, sean las personas más calificadas para instruir á los hijos. Más valdría que esta enseñanza la diesen profesores especiales. El riesgo para los niños no está en el conocimiento en sí; está en el modo cómo se dé. El misterio engendra siempre una curiosidad malsana... Las inmoralidades de todas clases son tan á menudo resultado de la ignorancia como de una naturaleza viciosa. Así, pues, hace falta enseñar á los hijos las vergüenzas de la vida; y eso no puede conseguirse sino familiarizándoles temprano con el asunto y dejando á un lado resueltamente todo sentimentalismo.»

SARAH GRAND.

«La ignorancia es madre del vicio y del pecado; la ciencia no puede hacer mal ninguno, si se da con oportunidad, esmero y diligencia. Paréceme á la vez monstruoso y absurdo dejar á un ser humano adulto (poco importa que sea hombre ó mujer) permanecer á oscuras respecto al hecho más importante de la vida: el de la generación. De seguro que ningún hombre de sentido común podrá creer que la inteligencia de una joven que haya terminado el crecimiento debe estar á perpetuidad metida debajo del almud. A menos de ser absolutamente idiota, tienen que llamarle siempre la atención los fenómenos emo-

cionales ó físicos de que es teatro su propio organismo. Y si no se le ofrece ninguna explicación satisfactoria de lo que pasa en su cuerpo y en su alma, su imaginación hará desesperados esfuerzos para responder á esa necesidad de luces; y sus ficciones desordenadas, hijas probablemente del arte enfermizo, de la literatura detestable, de las obras dramáticas sugestivas, de las inconsideradas conversaciones de salón ó de sobremesa, harán con seguridad desviarse la pureza mental de la pobre joven por una senda infinitamente más alarmante que hubiera podido hacerlo cualquiera enseñanza fisiológica, por grosera y brutal que fuese.

»En cuanto al derecho de la joven núbil á conocer la vida pasada del hombre con quien está á punto de casarse, lo considero como un derecho absoluto. No debe haber secretos entre dos seres que van á unir sus vidas: esto es, sencillamente, cuestión de probidad. Si un hombre oculta á su mujer hechos esenciales, introduce un fantasma en su nuevo hogar, burla la confianza de su compañera, crea una fuente de mentiras, disimulos y alejamiento. Por eso, si una novia desea informarse de las peripecias amorosas anteriores en la vida de su novio, soy de parecer que éste último debe contestar de una manera franca y sincera á esas preguntas. Pero, naturalmente, considero al mismo tiempo como un deber de los padres de la joven hacerla comprender que la castidad no tiene la misma importancia fisiológica, psíquica, ética y social en el hombre y en la mujer; y que sería insensato considerar como una mancha en el carácter de un hombre, recomendable por otra parte, el hecho de haber participado en su juventud de las opiniones indulgentes, practicadas por desgracia por la inmensa mayoría, acerca de la moral masculina.

»Ilustremos, pues, á nuestras hijas: mostrémosles la vida y la sociedad tales como son; advirtámosles los riesgos que corren en sus relaciones con hombres frívolos y sin escrúpulos. Si nos negamos á cumplir este deber, por falta de valor moral ó por pereza mental, incurriremos en las mayores res-

ponsabilidades por las posibles caídas de las pobres jóvenes doncellas indefensas.»

DR. MAX NORDAU.

«La virtud basada en el saber está más al abrigo del mal que la inocencia cimentada en la ignorancia. La exposición de los misterios de la creación, hecha por boca de una madre ó de un maestro, adquiere en el entendimiento del niño un carácter solemne y sagrado que no conseguiría de otro modo... ¡Feliz el hijo que toda la vida tiene confianza con su madre!... ¿Y cómo se dará esta enseñanza? Diciendo la verdad de las cosas. El ave en el nido, la flor en el tallo, el mineral en sus cristales, todo pondrá en evidencia una ley. Enseñad al niño á respetar y proteger á todas las mujeres por ellas mismas; y enseñad á la niña á preservar el poder de la maternidad como el foco más seguro de su alma.»

MISS FRANCE E. WILLARD.

LICENCIADO PERO PÉREZ.

(Continuará.)

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

CONTINUACION

La tercera dirección principal épica de este tiempo, la romántico-caballeresca, está representada por el *Poema de Alejandro Magno* (1). Boutervek se descarta también de este poema con la misma displicencia y ligereza que de los precedentes, mereciendo como merece en más de un respecto que se le tenga más consideración. Es ya notable por la elección del asunto; no canta los grandes hechos de un héroe nacional como el *Poema del Cid* ó la milagrosa vida de algún héroe de la fe, como las leyendas de Berceo; sino la de aquel caballeresco rey de la antigüedad que por sus expediciones confinantes con lo fabuloso, abrió el lejano y misterioso Oriente á los países occidentales encerrados hasta entonces en su sobria actividad dirigida tan sólo á los goces de la vida real más próximos. Este joven héroe osado y aventurero, caballero andante en gran escala, aparece como una figura llegada prematuramente, en el curso de los siglos, única, heterogénea en el antiguo mundo

(1) En el tercer tomo de la tan citada colección de Sánchez; en extracto en Schubert, tomo II, pág. 134, sig.—Un pasaje, que no cita Sánchez, de este poema se halla en la *Crónica de Don Pedro Niño, Conde de Buelna*, por Gutiérrez Díaz de Games. Madrid, 1782, páginas 221-223 (en la edición de Sánchez, copla 46, sig.)

clásico, mundo clásico que le miró con sorpresa y sin comprenderle; figura que estaba en oposición abierta con los empeños políticos de aquel mundo, dirigidos tan sólo á un fin próximo, sensible. La vida de este jóven príncipe, que siguiendo tan sólo su desenfrenada fantasía y su fantástica curiosidad conquistó un mundo; hasta su muerte repentina y enigmática cuando apenas llegaba á la edad viril, precisamente cuando por sus gigantescas y aventureras obras levantábase más sobre lo vulgar, esta vida correspondía por igual al Oriente ávido de maravillas y á los románticos países occidentales de la Edad Media, pueblos que se habían puesto en contacto y excitado de nuevo poderosamente por las tan aventureras y fantásticas cruzadas, y que desde luego echaron de ver la íntima semejanza de ambos sucesos, de tal modo, que comprendieron llenos de curiosidad las empresas de Alejandro como ningún otro suceso, se las comunicaron unos á otros y las contaron y volvieron á contar de muy diversas maneras. Por esto brillaba ya desde antiguo *Iskender* en los relatos de los indios, de los egipcios, de los persas y de los árabes, coleccionados y exornados acaso ya en época temprana por los griegos alejandrinos; por esto eran las hazañas de Alejandro, convertido en héroe popular cristiano, uno de los asuntos más pronto y más generalmente cantados en la Edad Media occidental, hazañas que saliendo de Bizancio, puente entre el Oriente y el Occidente, fueron festejados por los doctos y los poetas del pueblo de todas las razas románico-germánicas, desde Italia hasta Irlanda, en el bajo latín y en todas las lenguas vulgares (1).

(1) Acerca de la extraordinariamente rica literatura de las leyendas de Alejandro, se hallarán las necesarias noticias en Grässe: *Die grossen Sagenkreise des Mittelalter* (Dresde, 1482, 2, pág. 435) y en su *Trésor des livres rares et précieux*, etc. (Dresde, 1858).—Dunlop: *Geschichte der Prosadichtung; übers v. Liebrecht*: páginas 183 482, nota 245 250, pág. 545.—Alexander, *Gedicht des 12 Jahrh. vom Pfaffen Lamprecht, Urtext und Uebersetzung, nebst geschitlichen und sprachlichen Erläuterungen, so vie der vollständigen Uebersetzung, des Pseudo-Kallisthenes und umfassenden Auszügen aus den lateinischen, französchen, englischen, persischen und türkischen Ale-

Por esto era la historia de Alejandro de Curcio una de las obras más estimadas y leídas de la literatura clásica ya desde muy temprano en la Edad Media, y la *Alexandreis* de Gualterio de Chatillón se usaba preferentemente para la instrucción en las escuelas doctas de aquel tiempo, y los poemas de Homero, de Virgilio y de Lucano, no sólo se dejaban de lado, sino que eran preteridos (Warton, *Hist. of engl. Poetry*, London, 1824, 8, vol. I, pág. CLXVIII-CLXIX y 137.)

La leyenda de Alejandro no se olvidaba jamás cuando el poeta citaba en alguna ocasión los más famosos relatos de su tiempo, de tal modo, que Chancer pudo decir con razón:

> *«Alisaundres storie is so commune,*
> *that everie wight that hath discrecionne*
> *hath herde somewhat or al of his fortune.»*

(La historia de Alejandro es tan común, que toda persona que tenga discreción se sabe de memoria algo ó todo de su fortuna.)

Por todo lo cual es nuestra Alejandreida española, aparte de su intrínseco valor poético, notable en cuanto se nos aparece como un miembro de esta cadena de leyendas que abrazaba

---

xanderliedern von Dr. Heinrich Weismann (Frankfurt a. M. 1850, 2, bd, 8). *Die Alexander-Sage bei den Orientalen.* Von Spiegel (Leipzig, 1851, 8).—Véanse contribuciones á la leyenda de Alejandro en el *Zeitschrift deutsch-morgenländischen Geseilschaft Bd.* 9, *Heft* 4.—Goedecke *Deutsche Dichtung im Mittelalter* (Hannover, 1854, 8, S. 873 ff).—Jonckbloet: *Geschiedenis der middennederlandsche Dichtkunst* (Amsterdam, 1852, Thl. II. S. 400 ff).—*Floire et Blanceflor... publ. p. Édéletand Du Méril* (París, 1856, 12, pág. 116-118).—*Recherches sur les hist. fabuleuses d'Al.-le-Gr.* en las *Mélanges d'hist. litt. de Guill. Favre* (Genéve, 1856, vol. II). A las noticias que se dan en estas obras se han añadido últimamente las contenidas en: *Altromanisches Fragment eines Alexander-Romans* en las *Inedita* románicas de Heyse, sacadas de las bibliotecas italianas (Berlín, 1856, 8, S. 1 ff).—*Ueber die Quelle des deutschen Alexanderliedes, von Alfr. Rochat* (en la *Germania* de Pfeiffer, año I, cuaderno 3, pág 213).—*Légende d'Alexandre-le-Grand au XII siècle, d'après les manuscrits de la bibl. nat. par le comte de Villedeuil*, (París, 1853, 12).—*Konung Alexander*, I, *Udg af Svenska Fornskrift Sâllskapet* (Stockolm, 1856, 8).

Asia y Europa, mostrándose en ella cómo se reflejaba en la peculiaridad de los caracteres nacionales privativos lo que era común á todos. Se ha equivocado por lo tanto Bouterwek y ha perdido el verdadero punto de vista, desde el cual puede comprenderse lo particular, sobre todo en la literatura de la Edad Media, contemplándola en su conexión universal, al no ver en el poema de que tratamos nada más que una rapsodia rimada falta de todo espíritu hecha, por un fraile ocioso. Sánchez (cuyo juicio reproducen en sus notas los traductores de Bouterwek, sin añadirle opiniones nuevas ó propias) y Schubert, lo han juzgado, es cierto, con mayor tino, pero tan sólo como un fenómeno aislado y sin relación alguna con los demás trabajos acerca del mismo asunto, anteriores y posteriores á él. Considero, por lo tanto, como no cerrada la investigación acerca de este poema, y quiero aquí aportar por lo menos alguna contribución á ella. Ante todo, por lo que respecta al autor y á la época de la composición de esta Alejandreida, podemos decir que aquél es, según opinión de Sánchez, el eclesiástico Juan Lorenzo Segura de Astorga que escribió hacia mediados del siglo XIII (1). La primera afirmación que está fundada en la copla 1662 y en la estrofa final del poema, es muy verosímil (2). Pero por lo que hace al tiempo de la composición, no se halla dato alguno determinado

(1) Hoy prevalece la opinión que ve en Juan Lorenzo un mero copista de uno de los códices del *Poema de Alejandro* (el que perteneció á la Biblioteca de Osuna, y luego á la Nacional de Madrid). Otro códice recientemente descubierto en Francia atribuye el poema á Berceo: afirmación destituida también de valor crítico.—(M. M. y P.).

(2) Sin embargo, Amador de los Ríos, en la *Tabla alfabética de los autores*, etc., que acompaña á su edición de las obras del marqués de Santillana (Madrid, 1852, 8, pág. 614, Gaufredo), atribuye á Jofre García de Loaysa, arcediano de Toledo, que vivió bajo los reyes Fernando III y Alfonso X de Castilla y escribió una *Crónica de España* en lengua castellana, el haber sido también autor del *Poema de Alejandro*, cuyo manuscrito original, procedente de la biblioteca del marqués de Santillana, y hoy en poder de su descendiente, el duque de Osuna, ha visto el señor de los Ríos; pero en su *Historia crítica de la lit. esp.* no desenvuelve el fundamento de su opinión.

en el poema mismo (1). Las suposiciones que pueden sacarse del lenguaje y la escritura no son más que aproximadas (2); pero, á falta de noticias más seguras acerca del autor, queda abierto el camino á las conjeturas, camino en que ya entró Sánchez (loc. cit., cap. XVIII XIX). Pero debo confesar que sus fundamentos no me han satisfecho por completo, pues las palabras (*cabrones-pepion*) á que concede tanta importancia, podían haber sido elegidas por el autor tan sólo á causa de la rima; por lo menos necesitaba éste, lo mismo que los demás fundamentos que aduce, no excluir por completo otra conjetura que me atrevo á aventurar sin osar darla más que por una simple suposición. Cuenta el poeta (copla 2352-2360) que habiendo alcanzado Alejandro el colmo de su fama por la dominación de toda el Asia, le enviaban embajadores á Babilonia los pueblos todos de Africa y de Europa, para darle pruebas de su voluntaria sumisión. Como sería muy prolijo contarlos todos, tan sólo cita nominalmente Marruecos, España, Francia, Alemania y *Sicilia*, es decir, aquellos que para un español eran más próximos ó más notables. Entre ellos es muy significativo Sicilia, y mucho más significativo por el modo como el poeta habla del rey de aquella región:

«El sennor de Cecilia (3) que Dios lo bendiga.»

¿Es de creer que el poeta aluda así á Federico II (hasa 1250) ó á su sucesor en la casa de Hohenstaufen (hasta 1266), puesto

(1) Tan sólo la copla 1637 parece contener un dato de esta especie: sólo los números que en ella se dan como años del mundo, dan de algún modo, por combinación cronológica, un resultado en cierta manera verosímil, de tal modo, que Sánchez supone que ha habido errata en el único manuscrito que ha podido utilizar.

(2) Así es como Capmany (loc. cit., t. I, pág. 11), que es autoridad tan competente como Sánchez en este respecto, concede, fundándose en el lenguaje, mayor antigüedad al poema. Es además notable el poema como el único monumento antiguo de alguna extensión que esté escrito en dialecto leonés (comp. Diez: *Grammatik des roman. Sprachen.* Th. 2, Ausg. 5. 100).

(3) Es cierto que también en la copla 1750 se habla de un «regno de

que al primero se le consideraba sobre todo como emperador y al último como usurpador? ¿Se referiría acaso con tan piadoso deseo al universalmente odiado Çarlos de Anjou (hasta 1282)? ¿No es acaso verosímil que invocara la bendición de Dios sobre uno de los señores de la recién elegida casa de Aragón (desde 1282), sobre un príncipe español; y que citó la Sicilia precisamente porque estaba unida en lazo estrecho con España? Si no doy demasiada intención á este pasaje, se debe deducir de él que el poema fué compuesto á fines del siglo XIII (1).

Por lo que hace á la otra cuestión de hasta dónde puede tener este poema pretensiones de originalidad, es supérfluo hacer notar que no se puede hablar entre los poetas de la Edad Media de una traducción de estricto sentido (2); tan sólo se pregunta si en cuanto al plan y el modo de tratarlo no se atiene tan puntualmente á alguno de los poemas de Alejandro anteriores ó coetáneos á él, que pueda ser considerado como una imitación de éste. Se pueden dividir muy bien los poemas de este ciclo en dos clases: una, que puede llamarse la de los *occidentales*, es más moderada en la invención, sin sobrecargar lo ya no-

---

Cecilia». Aquí, á pesar de las nociones geográficas horriblemente trastornadas, se alude sin duda á *Escitia*, que es el país nombrado en el pasaje de Gualterio de Chatillon que sirvió de modelo á nuestro poeta, nombre que, si Sánchez ha leído bien, fué estropeado en «Cecilia», sea por descuido del poeta español, sea por ignorancia del copista. Pero este país no podía ser citado aquí como ya completamente subyugado; antes bien, se deduce claramente de todo el contexto que aquí bajo «Cecilia» se entiende Sicilia, que en el antiguo español se escribía comúnmente de este modo.

(1) Apenas hace falta decir que no puede presentarse como argumento en contra el anacronismo, pues es cosa sabida de todo el mundo que los poetas medioevales entretejían á menudo con relatos de la más remota antigüedad referencias á sucesos de su época. Más importante sería la objeción fundada en el lenguaje, si tuviéramos más punto de apoyo para juzgar de él en estos tiempos por la distinción de las décadas, las diferencias de los dialectos y la expresión condicionada por la materia y el punto de vista individual. Comp. las razones que Clarus, I, 274, aduce contra mi suposición.

(2) Comp. el prólogo de Benecke á su edición del *Wigalois*. Berlín, 1819, páginas 16-17.

velesco en sí con mostruosos prodigios. Se atiene más á los modelos antiguos clásicos, siendo Curcio su fuente principal. Puédese considerar como representante de esta clase á Gualterio de Chatillon, á quien siguen, por ejemplo, B. Ulrico de Eschenbach, Jacob de Maerlant, los *Alexandri Magni Saga* islandeses, en prosa, etc. La otra clase, que por su empeño en introducir á todo trance lo maravilloso y extraordinario puede con razón llamarse *oriental*, denuncia ya por esto mismo su origen (egipcio-pérsico) y sus fuentes principales, para los poemas de los países occidentales, son ante todo el llamado *Pseudo-Calistenes*, ó su parafraseador latino *Julio Valerio*. A esta clase pertenecen *Qualichino d'Arezzo*, entre los alemanes *Rodolfo de Montfort* y *Seifrit*, y la mayor parte de los poetas *franceses*, á los que siguen los *ingleses*, entre los alemanes *Lamprecht* y el autor de la novela, en prosa, de Alejandro. También el autor del *Poema de Alejandro* pertenece indudablemente á la última clase, pues si bien cita muchas veces, y siempre con singular estimación, á Gualterio de Chatillon (á quien llama *Galter, Galente*, copla 225) y *Galant* (copla 1452) si es que no es esto una torpeza del copista) como el fiador de lo que dice, y hasta una vez cita, aunque muy alterado, un verso de éste en su lengua original (copla 1639), y le toma á todas luces por modelo en muchos pasajes, sin embargo, ha demostrado Sánchez (loc. cit., páginas 22-24) que se aparta de él considerablemente, ya en la ordenación, ya en la manera de tratar el asunto, de modo que, respecto á esto, se le puede tener por *original*. Tan solo, por lo tanto, entre los poetas de la *otra* clase, á los que, como ya se ha dicho, pertenece por su carácter, hay que buscar el modelo que imitaba. Varios pasajes corroboran innegablemente la suposición de que debió de servirse de un poema *francés*, es á saber: ó la *Alejandreida* de Lambert Litors y Alejandro de París ó de Bernay (1); sin embargo de lo cual, una

(1) Habla en favór de esta afirmación, sobre todo el pasaje (copla 291-297) en que Alejandro, apenas arribado su ejército á Asia, nombra *pares* á *doce* de sus primeros vasallos, por consejo de Clito y Tolomeo (son notables

detenida comparación de ambos poemas (el francés está ahora publicado en la biblioteca de Stuttgart. *Li Romans d'Alexandre, par Lambert Litors et Alexandre de Bernay*, p. p. Henri Michelant, 1846-8) prueba que si bien el español ha tomado, sin duda alguna, no pocos rasgos del francés, tanto en la colocación de los sucesos como en muchas particularidades, se diferencia tanto de éste que, en total, no se le puede considerar como imitación de él. Lo mismo sucede con los demás poemas franceses, por lo menos en cuantos me son conocidos. Así, por ejemplo, la *Alejandreida* de Alberico de Besançon, que se conocía (hasta por el fragmento de Heyne) tan sólo por el trabajo de Lamprecht, tiene otra marcha esencial y un fin enteramente otro. Así, en Tomás de Kent (*Li Romans de tote Chevalerie*, véase *Notices et Extraits*, tomo v, páginas 121 y siguientes), la fabulosa historia del padre propio de Alejandro, el rey egipcio *Nectanebo*, y la aventura en el templo de Júpiter Ammon ocupa un muy importante pasaje, cuando, por el contrario, nuestro español rechaza la primera conseja, como una calumnia desvergonzada, con un par de palabras (copla 19-20), y cuenta la segunda de un modo enteramente diverso y propio suyo (copla 1118-1135) (1). Los demás poemas franceses que conozco, ó son

---

las palabras: «Una cosa de nuevo queeriemos que feciesses»). También en el precitado poema francés establece Alejandro, por consejo de Aristóteles, los doce pares, ya antes de su expedición guerrera contra el rey Nicolás; nombre este de *pares* que se había usado ya en otros poemas españoles. Se ve, por este ejemplo, que si bien el español imitaba aquí á los franceses, procuraba por otra ordenación y por pequeñas alteraciones ocultar estas imitaciones. A menudo, sin embargo, concuerda literalmente con ellos.

(1) Nuestro poeta parece que no ha tocado toda esta leyenda más que de paso, haciendo esto adrede, como Gualterio de Chatillon y Lambert Litors, para no manchar la fama de su héroe haciéndole provenir de origen ilegítimo y no de matrimonio. El español se cuida sobre todo de la pureza de sangre. La mayor parte de los demás poetas que han tratado esta materia, pensaban menos tierna y cristianamente sobre este punto, cosa de que se cuidaron todavía menos, como es natural, las fuentes orientales-bizantinas. De las indicaciones de nuestro poeta se saca, sin embargo, que no le era desconocida esta leyenda. En general, se distingue de los demás

más modernos que el español ó tienen por asunto otros sucesos que forman sólo una continuación de la vida de Alejandro (por ejemplo, *Le Testament d'Alexandre; La Vengeance de Alexandre*, etc.) Podría, pues, preguntarse tan solo, si no han servido de modelo á nuestro español la *Alejandreida* de Qualichino di Arezzo (1236) (1), ó quizá las fuentes mismas el *Pseudo-Calístenes*, ó *Julio Valerio*, ó alguno de los que hicieron epítomes de éste. Pero á esto puede responderse decididamente que no. Pues á pesar de que en lo principal, y en muchas particularidades, el español, lo mismo que los demás poemas de Alejandro compuestos en Occidente, concuerda, como es natural, con estas sus comunes fuentes, se ha de buscar la originalidad en casos como éste, (en que la materia está dada y pronta, por tradición trasplantada y recibida), en la concepción propia y la ordenación de la materia, ó en la elección y adición de particularidades de propia inventiva; y resulta así la diferencia entre el poema español y las fuentes greco-latinas, tan grande, que no puede pensarse en un estrecho encadenamiento con éstas, y mucho menos en una imitación propiamente dicha, en el único sentido que aquí podemos dar á esta palabra (2).

Como resultado de esta investigación comparativa he dedu-

---

por la pureza de su sentido moral; así, por ejemplo, trata con mucha delicadeza la chocante aventura con la reina de las Amazonas, *Calectrix* (copla 1699 y siguientes; en Gualterio, *Thalestris* siguiendo á Curcio), y pasa en silencio la de la muchacha del bosque. *(Histoire litt. de la France*, tomo xv, páginas 173-174.

(1) La *Alejandreida* de este poeta sigue en gran parte á *Julio Valerio*, ó más bien el arreglo posterior latino de ésta, el *Liber Alexandri Magni*.

(2) Toda esta materia de las fuentes del poema, ha sido tratada muy á fondo y con precisión suma por Alfredo Morel-Fatio en su excelente memoria *Recherches sur le texte et les sources du «Libro d' Alexandre»*, impresa en la *Romania* (1874). Sus conclusiones, sin embargo, no modifican en lo sustancial las de Wolf, aunque marcan de un modo detallado y categórico lo que el autor español tomó de la *Alexandreida* latina de Gualtero, del poema francés de Lambert li Tors y Alejandro de París, de otro poema sobre el mismo asunto de que solo quedan fraguentes, compuesto por el clérigo Simón; de la *Crónica Toyana* y de otras fuentes secundarias.—(M. M. y P.).

cido que el autor del *Poema de Alejandro* sacó su materia y muchas particularidades *inmediata* y *próximamente* de los poemas que acerca del mismo asunto habían escrito Gualterio de Chatillon y los franceses Lambert Tors y Alexandre de París, aunque no se pueda determinar en qué pasajes siguió al uno y en cuáles al otro; que fuera de éstos tomó también algunos rasgos de otros poemas de este ciclo ó de las leyendas oralmente trasplantadas (1); pero que lo mismo en la concepción y ordenación del conjunto, que en la explanación y hábil enlace de las particularidades y por la adición de invenciones propias muestra tanto carácter peculiar, que no puede negársele originalidad, en cuanto aquí puede hablarse de ella.

Entre las adiciones propias de nuestro poeta que no he hallado en ninguna otra Alejandreida, es muy digna de atención, v. gr., el largo episodio (copla 317-717) en que Alejandro cuen-

(1) El mismo cita, como ya he notado, á Gualterio de Chatillon como una de sus fuentes; pues el presentarse como secuaz de un poeta *latino* tan afamado entonces, no podía menos de dar más peso y credibilidad á su relato sin perjudicar á su fama. Hace notar además expresamente que ha seguido otras fuentes; así, dice, por ejemplo (copla 1935-1936), que va á describir la segunda lucha de Alejandro con Poro y los muchos sucesos maravillosos de este combate, aunque Gualterio no diga nada de ello. Así empieza el relato de la famosa travesía de Alejandro con la siguiente notable é ingeniosa declaración (copla 2141):

«Unas facianas suelen *las gentes* retraer :
Non yaz en escrito é es grave de creer
Si es verdat é non, yo non he y que veer;
Pero no lo quiero en olvido poner.»

Aquí parece referirse expresamente á leyendas populares orales, aunque estas leyendas las habían tomado algunos de los ya citados arreglos griegos y latinos y los más de los poetas, sobre todo Alexandre de París. No puede resistir, antes de contar el fin de su héroe, al deseo de recoger por lo menos algunas de las extraordinarias aventuras de Alejandro, por ejemplo, la del ave *Fénix*, la de los árboles adivinos, la de la travesía aérea con los grifos, etc., «que escritas fallamos» (coplas 2305-2306), y hace notar que si fuera á dar cuenta de todas iría demasiado lejos. Estas provienen no de Gualterio sino de Alexandre de París y de todos aquellos poetas que seguían las leyendas orientales.

ta á sus compañeros toda la historia de la guerra de Troya; asunto conocidamente muy del gusto de los poetas de la Edad Media y costumbres de aquel tiempo, aunque cita el poeta á «Omero» como autoridad en que se apoya. Tenemos también la descripción, acomodada á la superstición medioeval, de la piedra preciosa de las cercanías de Babilonia (copla 1307-1330) y de sus propiedades y fuerzas místico-simbólicas (compárese sobre esto lo que dice Busching en el *Museum f. altd. Lit. und Kunst, bol.* II, pág. 52 y siguientes, y Eraclio, editado por Nessmann, Zuedlinburg, 1842, 8, páginas 468 473. Apéndice). Tampoco deja pasar nuestro poeta ocasión de traer á cuento sus eruditos conocimientos en geografía, historia, mitología, astronomía, historia natural, etc., y á las veces acude no ya sólo á la Biblia, y ésto á menudo, sino también á escritores clásicos de la antigüedad (v. gr., además de «Omero» á «Oracio» en la copla 1712 y á Ovidio, sin nombrarlo, en la copla 2226, etc.) Por esto, dice, con su punto de amor propio, ya en la entrada de su poema (copla 2):

«Mester trago fremoso, *non es de ioglaría*,
Mester es sen peccado, *ca es de clerecía*.»

Es también notable el relato tratado más circunstanciadamente en esta Alejandreida española (copla 1937-1957) de cómo llegó Alejandro á los desfiladeros cáspios, y allí, en una hondonada entre las montañas, que no tenía más que una sola entrada y salida, halló al numeroso pueblo de los judíos, de los cuales habla el poeta, como español neto, con mucho desprecio, pero no sin verdad ni sin humor, describiéndolos así:

«Omes son astrosos de flacos corazones,
Non valen pora armas quanto sennos cabrones,
Dastrosa mantenencia, son astrosos varones,
Cobdician dineruelos más que gato polmones.»

Cuando Alejandro se enteró de la suerte de este pueblo, y que sus restos, escapando á la muerte y al cautiverio, por man-

dato de Dios y á causa de su deslealtad contra los preceptos de éste, estaban desterrados y encerrados en aquella inaccesible garganta, halló esta sentencia altamente justa y deseó que los judíos permanecieran allí hasta el fin del mundo. Para contribuir por su parte á que se cumpliera este su deseo, mandó cerrar el único paso con argamasa. Sin embargo, dudando de la duración de una obra levantada por mano de hombres, invoca la ayuda de Dios, quien oye su ruego, aunque era un gentil:

«Movioronse las pennas cada una de su partida,
Soldaronse en medio, fue presa la egida.»

Allí se quedan encerrados hasta el fin del mundo, y entonces serán libertados y puesto en angustia el mundo entero (1). Así como en esta leyenda el poeta, como español que era, se refiere á los judíos que conocía de cerca, así también cuando habla del Africa, cita con preferencia á Marruecos y no olvida poner en relación su patria con el héroe de su poema, v. gr., el proyecto de Alejandro de conquistar también España (copla 2298) y su sentencia, que expone con ingenuo orgullo nacional, de que entre todos los pueblos de la tierra los españoles eran los mejores (copla 2445):

«Quando vieno en cabo terminó su sciencia,
Que eran Espannoles de meior contenencia.»

(1) En las leyendas orientales de Iskender se halla una análoga, sólo que en ella en vez de los judíos es el pueblo de Gog y Magog de quien se trata (v. el *Rosenol* de Hammer, parte 1, pág. 287-291). Hállase también una confusa y casi ininteligible alusión á esta leyenda en el *Liber Alexandri magni* (Strasburg, 1494. Fol. Hoja f. 2 *recte)* y la novela italiana en prosa de Alejandro (Venecia, 1477, 4. Hoja 1, 2 *verso)*. En Seifrit y Qualichino se cita esta leyenda más circunstanciadamente, apareciendo los judíos junto al pueblo de Gog y Magog, como raza emparentada con la de éstos. El autor de la Alejandreida inglesa, refiere también esta leyenda al pueblo «Magogas, Gogas, Taracountes» y otras inventadas naciones bárbaras, sin mencionar á los judíos, y enlaza la sujeción de estas gentes á otra leyenda, propia suya (v. Weber *Romanc*, vol. I., pág. 248-259; y la nota, vol. III, páginas 321-327, que contiene una amplia indicación sobre las distintas versiones de esta leyenda.)

Por otra parte, como ya he dicho, no he podido hallar referencia alguna á la historia política del tiempo del poeta, al revés de lo que sucede, por ejemplo, en los poemas franceses y aun en el de Gualterio de Chatillon; pero sí algunos pasajes que nos suministran datos notables respecto de la historia de las costumbres locales; como, v. gr., la salida satírica del poeta sobre los vicios y corrupciones propias de los diversos estados, en la cual fustiga el suyo propio, el de eclesiástico, con verdadero humor y tan agudamente como los restantes (copla 1655-1669). En general muestra nuestro poeta un juicio sano y un sólido sentido moral, que á las veces se expresa con toda ingenuidad (1), aparte de algunas ideas erróneas fundadas en las opiniones de su tiempo.

Si se considera el *Poema de Alejandro* en relación con las ya citadas creaciones poéticas de la literatura española, nos hallamos con que no tiene aquella grandiosa naturalidad, aquella verdad íntima y comprensiva, aquel espíritu nacional del *Poema del Cid*; ni aquella sencillez piadosa y conmovedora que sólo puede brotar de las profundidades de un ánimo creyente y que se abandona á la fe, como las leyendas de Gonzalo de Berceo; pero no es menos digno de atención, por su espíritu caballeresco en especial, espíritu común á todas las naciones de aquellos tiempos, por el matiz nacional, y la concepción y el colorido románticos de un asunto que excitaba poderosamente el interés de todos los pueblos de la Edad Media y por la manera peculiar y privativa con que lo trata desde un punto de vista local. En el *Cid* se nos presenta sobre todo el *español como tal*, en *Gonzalo de Berceo* el *español como cristiano católico-romano* y en el *Poema de Alejandro* como *miembro de la caballería aventurero-romántica*. Este es, en general, el triple proceso evolutivo de la remota Edad Media: el *pueblo*, la *iglesia* y la *caballería*, y la poesía no es otra cosa que el reflejo espiritual de tal

(1) Comp. el juicio y reseña del contenido de esta Alejandreida en Clarus, I, pág. 279 y siguientes.

proceso. Tenía, pues, que hallarse en la literatura española un representante de la última dirección, como la tercera parte esencial del arco de punto gótico, y la Alejandreida, como tal representante, merece ya, sin otra razón, un lugar importante en aquella literatura. Además de lo cual tiene también un valor *científico*, puesto que su autor era sin duda alguna un hombre muy docto para su tiempo, que, como ya hemos visto, aducía en toda ocasión sus conocimientos, de tal modo, que su poema nos presenta atendibles aclaraciones respecto al estado de las ciencias en el siglo XIII, en todas partes en general y en España muy singularmente (1).

Hasta aquí no he hecho otra cosa que ocuparme en las relaciones del *Poema de Alejandro* con el resto de las literaturas de la Edad Media y de España, punto totalmente pasado por alto por Bouterwek, sus traductores y repetidores, y tocado nada más que á la ligera por otros.

El juicio respecto á su valor poético en sí y por sí, á su lenguaje y su versificación, puedo ahorrármelo puesto que por lo que hace al primer punto, ya Schubert (l. c., páginas 135-142) lo ha tratado suficientemente apreciándolo muy bien, y en lo que se refiere á los dos últimos, Sánchez, por una parte (l. c., páginas XXXIII-XXXVIII), los ha tratado agotándolos, y por otra tendría yo que repetir aquí acerca de ellos lo mismo que hice notar con referencia á Gonzalo de Berceo (2). No puedo, por otra parte, pasar en silencio otra notable peculiaridad de esta Alejandreida. Me refiero á las dos cartas consolatorias que Alejan-

(1) A este propósito dice Quintana (l. c., p. XX) con razón, comparando á nuestro poeta con Gonzalo de Berceo: «Juan Lorenzo, al contrario, se eleva más con su asunto, y manifiesta una instrucción tan extensa en historia, mitología y filosofía moral, que hace de su obra *la más importante de cuantas se escribieron en aquella época.*»

(2) Apenas es necesario hacer notar que los *alejandrinos* no recibieron su nombre, ni de esta Alejandreida española *en particular*, ni del poeta francés Alexandre de París, como algunos quieren; pero sí puede sostenerse y afirmarse con seguridad que lo tomaron de su aplicación á los poemas de Alejandro *en general*; poemas muy extendidos y renombradísimos,

dro moribundo dirige á su madre Olimpias, que van incluidas en el manuscrito entre las coplas 2468 y 2469, pero que Sánchez, como están escritas en prosa, las ha dejado para imprimirlas detrás del poema. Estas, como uno de los pocos monumentos de la prosa española de tan tempranos tiempos, son altamente notables, y se distinguen muy ventajosamente por la nobleza de los sentimientos, las imágenes elevadas y vivas y la fuerza y elegancia del lenguaje. Ellas solas bastarían para darnos una prueba de que no le faltaban á Juan Lorenzo dotes poéticas de concepción y exposición, y para asegurarle un puesto permanente en la literatura española. Para que el lector se persuada por sí mismo de que no se aventura nada al hacer esta afirmación, podemos poner aquí por vía de prenda, un par de pasajes de la segunda de estas cartas, completamente inadvertidas por Bouterwek (1). Dicen así:

«Madre, oit la mi carta, é pensat de lo que hy á, é esforciatvos con el buen consorte é la buena sofrencia, é non semeiedes á las mugieres en flaqueza nin en miedo que an por las cosas que lles vienen, assi como non semeia vostro fijo á los omes en sus mannas é en muchas de sus faciendas; y madre, ¿se fallastes en este mundo algun regnado que fue ficado en algun estado durable? ¿non veedes que los arboles verdes é fremosos que facen muchas foias é espessas é lievan mucho fruto, en poco tiempo quebrantanse sus ramos, é caense sus foias é sus frutos? Madre, ¿non veedes las yerbas verdes e floridas que amanecen verdes é anochecen secas? Madre, ¿non veedes la luna que quando ella es más complida é más luciente, estonce le

aunque es versificación la de los alejandrinos que la encontramos ya en poemas épicos más antiguos, (v. gr. en el *Roman du Rou* de Robat Wace, 1159. Comp. *Hist. litt. de la France*, tomo xv, páginas 126-127 y Wackernagel: *Alfranzös. Lieder u. Leiche*. Basel, 1846, 8, pág. 177.

(1) Estas cartas, de procedencia oriental (como probó Zacher en su *Pseudo Callistenes*), no tienen más relación con el Poema de Alejandro que haber sido copiadas en el mismo códice por referirse al mismo héroe. Hállanse tambien en la compilación castellana *Bonium ó Bocados de Oro*.—(M. M. y P.).

vien el eclipsis? Madre, ¿non veedes las estrellas que las encubre la lobreguera, é non veedes las llamas de los fuegos lucientes é ascondidos, que tan aina se amatan?... Madre, se alguno por derecho oviesse de llorar, pues llorase el cielo por sus estrellas, é los mares por sus pescados, é el aer por sus aves, é las tierras por sus yerbas, é por cuanto en ella ha; é llorase ome por sí, que es mortal, é que es muerte, é que mengua su tiempo cada dia, é cada hora. Mas, ¿porque ha ome de llorar por pérdida? Fasces que era seguro que antes que la perdiesse de lo non perder, é vinol cosa porque non cuidasse (1).»

Acaso al mismo autor, pero por lo menos é indudablemente al mismo ciclo pertenece el poema que el marqués de Santillana en su notable carta cita bajo el título de *Los Votos del Pavón* (2), pues también en francés hay un poema del mismo nombre *(Le Voeux du Paon),* que forma con sus ramas *(branches)* una continuación de la Alejandreida (3), y el marqués de Santillana nombra al español inmediatamente después del *Poema de Alejandro.* Mas esto es todo lo que de él sabemos, pues el poema mismo no ha sido hallado hasta hoy. Es tanto

(1) La segunda de estas cartas se halla también en Capmany *Teatro histórico-crítico de la elocuencia esp.* (tomo I, páginas 18-19) y en los apéndices á la traducción española de Bouterwek.—Es notable que en el llamado *Iskender,* Alejandro dirige á su madre poco antes de morir escritos semejantes; hasta con los mismos pensamientos y palabras (v. Hammer *Rosenöl,* parte I, páginas 286-287), circunstancia que no ocurre en ninguno de los poemas occidentales de Alejandro que conozco, como no sea en este español. También están indicadas expresamente estas cartas consolatorias de Alejandro moribundo á su madre en la *Historia de las dinastías,* de Abul-faradach, y el mismo consejo que aquí dirige Alejandro á su madre, para consolarla (es á saber, preparar un gran banquete, al que sólo puedan asistir gentes *perfectamente felices*) y con el mismo resultado (que no encuentra *ninguno* que vaya á él) se ve citado por nuestro poeta al final de la primera carta (V. Abul-Pharajius: *Hist. Dynastiarum...* ed. Ed. Pocock Oxoniae, 1663, 4, p. 62 de la traducción latina.) ¿No significa esto que utilizó *inmediatamente* fuentes orientales?

(2) Sánchez, l. c., tomo I, páginas LVII y 99-100.

(3) Véase *Catalogue de la Vallière,* tomo II, páginas 161-164, y *Notices et Extraits,* tomo V, pág. 118.

más valedera la conclusión que damos de que sea una imitación del poema francés del mismo nombre, cuanto que en las versiones greco-latinas no se halla semejante continuación (1).

Si consideramos ahora la poesía artística española al terminar su primer siglo (esto es, desde los monumentos de mediados del XII, hasta aquí citados y que han llegado á nosotros, hasta los de la segunda mitad del siglo XIII), se nos presenta, siguiendo el mismo proceso evolutivo de todas las demás literaturas medioevales, en una triple dirección épica. Este hecho, probado según creo por la precedente exposición, contradice por sí mismo la afirmación de Bouterwek de que «una historia documentada de la poesía española no puede empezar con toda propiedad sino con la mención de los méritos literarios del rey Alfonso X el Sabio». De esta manera aparecería la literatura española bajo una luz falsa desde antes de este rey hasta él, y se saltaría sin justificación alguna por encima de una sección esencial, los fundamentos de su proceso evolutivo nada menos, para la cual no faltan, como hemos visto, documentos, y de este modo, sin necesidad alguna y contra todo lo natural y analógico, y, por lo tanto, no con toda propiedad, empezaríamos con una época en que se había entrado ya en el segundo estadio, el de la literatura didáctica. Este punto de orientación, ó más bien el advenimiento de esta nueva dirección, fué en general acentuado considerablemente por Alfonso X. Se reconocen generalmente, se les da la debida importancia y han sido expuestos repetidas veces los grandes merecimientos de este docto rey para con la literatura de su patria; han sido puestas de relieve con gran diligencia por literatos, ya españoles, ya extranjeros, las numerosas obras propias de él y las que se hicieron por su mandato ó bajo su dirección

(1) Fuera de este poema español y del escocés, citado por Weber, y al cual considera éste también como una imitación del francés, no he hallado en ningún otro idioma neo-europeo versión alguna sobre este asunto, por lo menos citada con este nombre.

y con su cooperación (1). Puedo, por lo tanto, limitarme aquí á mencionar su inmediato influjo sobre el desenvolvimiento de la poesía artística española.

Alfonso se ensayó como poeta en la lírica y en la didáctica. Entonces estaba la lengua castellana todavía casi sin formarse para la expresión lírica; pues si hubiera cumplido algo en este respecto la poesía popular, habría Alfonso creído ciertamente que debía imitarla. Era, por el contrario, la poesía provenzal, introducida en Portugal por Enrique de Borgoña (2), la dominante en este tiempo en toda la parte occidental de la Península, como antes lo había sido en las fronteras orientales y en Aragón, por lo cual el romance gallego, lo mismo que el lemosín-catalán (ambos más emparentados con el provenzal que el cas-

(1) Bouterwek cita tan sólo algunas de ellas, y no bien; pues es erróneo el dato de que tradujera la Biblia al castellano é hiciera que le añadiesen una *paráfrasis de las historias bíblicas*. Tan sólo esta última, emprendida bajo su mandato, y como *principio de una historia general*, existe en manuscrito. Los traductores españoles de Bouterwek han dado (pág. 122) una noticia más completa y exacta. Compárese además, fuera de los conocidos y más antiguos escritos de Nicolás Antonio, Mondéjar, José Vargas, Ponce, etc., á Sánchez (l. c., tomo I, páginas 148-170); Rodríguez de Carte (*Biblioteca esp.*, tomo II, páginas 625-689); Mendivil y Silvela (*Biblioteca selecta de lit. esp.*, tomo IV, páginas 615-624); *Ocios de españoles emigrados* (tomo V, páginas 84-94); *Repertorio americano*, (Londres, 1827, 8, tomo III, pág. 67 y siguientes), y Clarus, I, 335 y siguientes *(a)*.

(2) Esta afirmación histórica es enteramente arbitraria. Poco ó nada se sabe de positivo sobre los más remotos orígenes de la escuela poética de Galicia, pero más verosímil parece que la difusión de la lírica provenzal se debiese en primer término á la gran corriente de la peregrinación á Santiago.—(M. M. y P.)

(a) No enteramente erróneo el dato relativo á la traducción de la Biblia por mandato del Rey Sabio. Realmente la mayor parte del texto bíblico figura en la *Grande et General Estoria*, y de seguro estaría lo demás si esta compilación histórica se hubiese acabado ó hubiese llegado íntegra á nuestros días.

Por lo demás, el estudio crítico de las obras del Rey Sabio se ha renovado por completo desde la fecha de este libro de Wolf, merced en primer término á los trabajos de Amador de los Ríos (tomo 3.° de su *Historia Crítica de la Literatura Española*), y á las sucesivas publicaciones de los *Libros del saber de Astronomía*, por la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de las *Cantigas de Santa María*, por la Academia Española, y otras varias, sin olvidar la importante monografía de D. Juan Facundo Riaño, acerca del texto y fuentes de la *Crónica General*.—(M. M. y P.)

tellano), estaba más formado, sobre todo para las manifestaciones de la lírica, elemento propio de la poesía provenzal. Pero Galicia estaba hacía algún tiempo unida en un todo político con Castilla. Si se tienen á la vista estas relaciones, ha de ser menos chocante el fenómeno de que los mismos poetas castellanos de aquel tiempo compusieran sus poemas líricos en el dialecto gallego (1). De hecho los poemas líricos, de los que se puede decir con seguridad que fueron compuestos por Alfonso mismo, están escritos en dialecto gallego (2).

Con mucho, sería más importante para la historia de la poesía castellana otra obra de esta especie, conocida bajo el título

(1) Así me parece, por lo menos, que hay que explicar el pasaje de la famosa carta del marqués de Santillana (en Sánchez, l. c., tomo I, página LVII), en que da noticia de la poesía castellana; y después que ha enumerado los poemas *épicos* y *didácticos* en dialecto *castellano*, continúa así: «E *despues* fallaron esta arte que mayor se llama, é el *arte comun*, creo, en los Reynos de Galicia é Portugal; donde non es de dubdar que el exercicio destas sciencias mas que en ningunas otras regiones ni provincias de la España se acostumbró; en tanto grado que non *ha mucho tiempo qualesquier decidores ó trovadores* destas partes, agora *fuesen Castellanos Andaluces, de la Extremadura, todas sus obras componian en lengua Gallega ó Portuguesa.*» Se deducirá la consecuencia que adoptamos, sobre todo, si se compara con este texto lo que sigue, en que habla de los poetas gallegos, portugueses y castellanos de Alfonso el Sabio, que eran, en general, poetas *líricos* al gusto de los trovadores, mientras que ha nombrado al arcipreste de Hita y á Ayala (del siglo XIV ó XV) junto al *Libro de Alexandre* y á los *Votos del Pavón* (del siglo XIII). Así parece arreglarse del mejor modo la disputa entre Sánchez y Sarmiento acerca de cuál es más antigua, si la poesía castellana ó la gallega. (V. Sánchez, l. c., p. 132 sig., y página 192 sig.) Compárese también lo que dice Bellermann: *Die alten Liederbücher der Portugiesen* (Berlín, 1840, 4) y mis observaciones sobre este punto (que aquí volverán á ser reimpresas); de donde resulta que Alfonso, como poeta *lírico*, perteneció más, sin duda alguna, á la poesía cortesana galaico-portuguesa, pero que puede también ser considerado como precursor de la galaico-castellana.

(2) Es, á saber, sus *Cantigas*, que Nicolás Antonio cita bajo el título *De los loores y milagros de Nuestra Señora*. (Biblioth. vet. II, 80, nota.) Se han conservado varios manuscritos de ellas. (V. Rodríguez de Castro, l. c., pág. 631 sig., donde se dan muestras de ellas, así como en Papebroch: *Acta vitae S. Ferdinandi*. Antverpiae, 1684, 4, pág. 321 sgg.; Terreros y Pando: *Paleografía esp.*, p. 72 sig.; Ortíz de Zúñiga: *Anales de Sevilla*, pá-

de *El Libro de las querellas* (1), y de la cual se tiene comúnmente por autor al mismo Alfonso, si se hubieran conservado de ella más que dos octavas, y si se hallara para atribuirla á Alfonso una fuente más positiva que la vaga noticia de D. José Pellicer (en su *Información de la casa de Sarmiento*, hoja 22) á que no hacen más que suscribir los demás.

Estas elegías del viejo y abandonado Rey sobre la infidelidad de sus vasallos, están en lengua castellana y escritas en aquella versificación que los españoles llaman «coplas de arte mayor». Pero precisamente la intrínseca excelencia del lenguaje y de la versificación, el que ésta se halle en estrofas y versos que con toda certeza se desarrollaron en época posterior, y la gran diferencia entre este y otros poemas que provienen sin duda alguna de aquel tiempo, hacen muy sospechosa la suposición de que sea su autor Alfonso (2) y nos obligan más bien á suponer que son una fabricación del siglo xv.

Con no mucha mayor probabilidad se atribuye á este rey

---

gina 36 sig. y 116 sig., y Argote de Molina: *Nobleza de Andalucía;* Sevilla, 1588, hoja 151 sig.) En la traducción española de Bouterwek (grabado 2) hay un facsímile del códice toledano de estas *Cantigas*. Que Alfonso hubiera compuesto antes otros poemas, y poemas *profanos*, es cosa que resulta de un pasaje del prólogo á las *Cantigas*, pasaje en que dice:

«..... é ar
Querreime leixar de trobar desi
Por outra dona, é cuid' á cobrar
Por esta quant' en as outras perdí.»

(1) Quintana (*Poesías selectas castellanas*. Introducción, p. xxv) dice respecto á éste en comparación con otros poemas del mismo tiempo: «Parece que hay la diferencia de un siglo entre versos y versos, entre lengua y lengua, y lo más raro es que para encontrar coplas de arte mayor que tengan igual mérito, así en la dicción como en la cadencia, es preciso saltar casi otros dos siglos, y buscarlas en Juan de Mena.» En casi todas las colecciones de poemas españoles se hallan impresas las dos estrofas, únicas conocidas, de este poema.

(2) Editado completo por primera vez por Sánchez (l. c., tomo i, páginas 152-159) y después de éste en la *Biblioteca castellana*, de Schubert, tomo i, páginas LVII-LXIII, y también en la traducción española de Bouterwek, páginas 124-129.

un poema didáctico acerca del arte de hacer oro, bajo el título de *Libro del Tesoro ó del Candado* (1). Está igualmente en dialecto castellano, en parte en la misma versificación que el precedente, y en parte en versos octosílabos. Es obra conocida ya y juzgada por Bouterwek (2).

De todo lo dicho hasta aquí se deduce que la influencia *inmediata* de Alfonso sobre el desenvolvimiento de la poesía castellana ejercida por sus propias poesías no se ha de llevar demasiado lejos; pero que, á pesar de esto, es muy verosímil haya que reservarle el mérito de haber enriquecido el arte poética castellana y preparado su aptitud para la expresión lírica mediante la introducción, y el empleo definido y regular de los versos *cortos* de la poesía popular y erudita junto á los pesados alejandrinos, hasta entonces casi dominantes (3). Sobre todo se le juzgará atinadamente como poeta y se le pondrá en su verdadero lugar en relación con el arte poética de Castilla, cuando se le considere como precursor de aquel período en que, bajo D. Juan II, llegó á predominar en Castilla la poesía cortesana provenzal, poesía para la cual él, fuera de las relaciones de lugar y tiempo arriba indicadas, debía mostrar una

---

(1) Es muy dudoso que haya existido nunca *El Libro de las querellas*, no mencionado jamás por ningún escritor de los tiempos medios. En cuanto á las dos octavas de arte mayor citadas por Pellicer, manifiestamente son apócrifas, como lo prueban su lenguaje y versificación. Y quizá se falsificaron más tarde de lo que Wolf supone, y sean una de las innumerables invenciones del mismo Pellicer.—(M. M. y P.)

(2) Amador de los Ríos, que todavía defendió la autenticidad de las *Querellas*, demostró en cambio ampliamente el carácter apócrifo del *Libro del Tesoro*. Véase uno de los apéndices del tomo 3.º de su *Historia Crítica*.—(M. M. y P.)

(3) Comp. Martínez de la Rosa, *Obras literarias*, tomo I, páginas 162-163. En el artículo de la *Enciclopedia* de Ersch-Gauber dedicado á este rey, se le llama equivocadamente «el primer poeta en lengua castellana». Se le atribuye además el *Poema de Alejandro*, etc., así como la parte de este artículo que trata de la actividad literaria de Alfonso está hecha con medios antiguos y faltos de toda crítica. Es, por lo tanto, casi inútil tal artículo.

singular preferencia por su elevada posición, y, por lo tanto, no sólo procuró aclimatarla en su patria con sus propios cantos en habla gallega, sino que también se esforzó en ello llamando á su corte y favoreciendo con empeño á los trovadores, razón por la cual fué festejado muchas veces por éstos como uno de sus principales protectores (1). Hallaron, sin embargo, poco reconocimiento y poca imitación en aquel tiempo en Castilla estos esfuerzos y aun el ejemplo del rey, y corrió todavía un siglo hasta que la dirección lírica según el modelo de la poesía cortesana provenzal, llegó á ser allí predominante; en parte, por estar aún poco preparado el lenguaje castellano, y los poetas de este círculo obligados por la necesidad á servirse durante largo tiempo todavía de un dialecto extraño, quedando, por lo tanto, sus cantos como algo extraño al pueblo, cosa que además hería el celoso orgullo de los castellanos que estaban políticamente más altos que los gallegos; y en parte, porque esta dirección no había hallado aún un punto medio ó foco, ni en el sobresaliente genio de un individuo ni en el ejemplo, que diera el tono, de una corte brillante, pues ni como poeta ni como rey valía en este respecto Alfonso (2). Pero en otro

---

(1) Comp. Sánchez, l. c., páginas 168-170. Diez: *Die Poesie der Troubadours* páginas 61 y 75, sig. y su *Leben und Werke des Troubadours*, Zuvickan 1829, 8, páginas 331, 482, 518, 572, 581 y 591.—Ticknor, I, 39.

(2) Se pueden, por lo descubrir, señalar en Alfonso los primeros acentos de aquel arte y poesía cortesana líricas que se desarrollaron más tarde, pero no se le puede tomar por un poeta, por cuya eficacia se hubiera fundado una *nueva época*. Tampoco se puede aceptar la división de Maury, que cierra con Alfonso la primera época de la más antigua poesía castellana *(Espagne poétique*, París, 1826, tomo I, páginas 49-50) puesto que el espíritu de la misma siguió esencialmente el mismo hasta los tiempos de Juan II, si bien ya antes algunos ensayos aislados habían preparado y anunciado la renovación de este tiempo. Los traductores españoles de Bouterwek procuran contradecir en una nota (3) la afirmación de este último de que «la historia de la poesía española (mejor, castellana) fué pobre en nombres de poetas hasta fines del siglo XIV», nota en que ellos cuentan los trovadores catalanes y aragoneses que florecieron en el siglo XIII, sólo que en una historia de la poesía castellana tan sólo puede hablarse de

respecto parece haber obtenido éxito el ejemplo de este rey, en cuanto desde este tiempo los reyes castellanos, los príncipes de sangre real y los grandes del reino no consideraron como indigno de ellos el ensayarse como escritores y se presentaron abiertamente como poetas. Ya el hijo é inmediato sucesor de Alfonso, el belicoso Sancho IV el Bravo, que fue en otras cosas completa antítesis de su padre y su más acérrimo enemigo le imitó en esto, ensayándose también como escritor.

Concluyó en el año 1293 (era de 1331), es decir, dos años antes de su muerte, una obra filosófico-moral, que contenía, en cuarenta y nueve capítulos, reglas de vida para su hijo el rey Fernando IV *el Emplazado* (1). Al hijo de este último, Alfonso XI *el Bueno*, se le tiene generalmente por autor de una crónica rimada en lengua española, y aunque esta suposición sea muy dudosa (2), le corresponde indisputablemente

---

éstos en cuanto ejercieran algún influjo mediato sobre su formación, cosa que se muestra por primera vez en toda su fuerza en los tiempos de don Juan II *(a)*. Así es que considero como más acertado diferir la mención de estos poetas, pasados totalmente en silencio por Bouterwek, hasta la introducción á la segunda época.

(1) Véase Rodríguez de Castro, Bibliot. Esp., t. II, páginas 725 729. Esta obra, que no existe más que manuscrita *(b)* tiene por título: *Castigos para bien vivir ó documentos que dió el Rey D. Sancho el Bravo á su hijo el Rey don Fernando el IV.*—Castro, en la obra primeramente citada, ha presentado el contenido de todo un capítulo, según un manuscrito de la Biblioteca de El Escorial, y otro capítulo entero como prueba. La juzga así: «Es obra de filosofía moral: está escrita en estilo sencillo, y confirmada toda su doctrina con textos de la Sagrada Escritura y autoridades de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia y las de filósofos antiguos.»

(2) Comp. Sánchez, l. c., t. I, páginas 171-177, que, con mejor crítica que Nicolás Antonio y Sarmiento, hace muy verosímil el origen de esta falsa suposición. En él, lo mismo que en la *Biblioteca castellana* de Schubert

(*a*) Conocido el *Cancionero de Baena*, hay que adelantar algo este desarrollo de la poesía cortesana de los trovadores castellanos que realmente coincide con el advenimiento de la casa de Trastamara.—(M. M. y P.).

(*b*) El libro de los *Castigos y Documentos* ha sido publicado por D. Pascual de Gayangos en el tomo de *Escritores en prosa anteriores al siglo XV* de la *Biblioteca de AA. Españoles*.—(M. M. y P.)

el mérito de haber dado ocasión á que se compusieran muchas obras en lengua castellana, contribuyendo de este modo al cultivo de su idioma patrio. También aquel *Juan de la Cerda*, á quien el marqués de Santillana, en su famosa carta cita, en primer lugar, entre los poetas castellanos que siguieron á Alfonso el Sabio, podía muy bien ser, según la probable opinión de Sánchez (l. c., tomo I, páginas 177-178), un descendiente de este rey por medio de su hijo mayor, D. Fernando de la Cerda, y haber vivido á mediados del siglo XIV, si bien no se halla en ninguna otra parte noticia acerca de él. Pero quien sobresalió con mucho sobre todos por su actividad como escritor y por su influjo literario, fué el infante D. Juan Manuel (muerto en 1347) descendiente también de Fernando III (el Santo) de Castilla. Por desgracia, la prensa no nos ha dado á conocer más que una obra suya, no impresa hasta mediados del siglo XVI, pero en la biografía de este príncipe, que precede á esta su obra, nos da su editor, el docto historiador y conocido también como poeta, Argote de Molina, noticia de las restantes y numerosas obras del mismo infante, ya en prosa, ya en verso. Hay que deplorar el que documentos tan preciosos para la historia de las costumbres y de la literatura en España, sigan siendo un tesoro cerrado, lo mismo que otros muchos, por una inconcebible incuria, y que acaso muchos otros se hayan perdido por completo. Esta, hasta hoy

---

(t. I, pág. LXVIII-LXXIII), y en la traducción española de Bouterwek están impresas las treinta y cuatro redondillas que contienen la descripción de una victoria obtenida por las tropas de Alfonso XI sobre los moros, redondillas sólo por estas impresiones conocidas é insertas primeramente por Argote de Molina en su *Nobleza de Andalucía* (lib. II, cap. 74).—Sánchez las considera compuestas antes del siglo XV, y tan sólo por esta circunstancia muy dignas de atención. Amador de los Ríos, en sus *Estudios históricos, polít. y lit. sobre los judíos de España* (Madrid, 1848, 8.°, pág. 50), cita como autor de esta crónica rimada á *Rodrigo Yáñez*. Acerca de las obras en prosa compuestas por orden de Alfonso XI, v. Bouterwek *(a)*.

(a) Las redondillas á que se alude, publicadas por Argote de Molina, forman parte del *Poema ó Crónica privada*, de Alfonso XI, escrita por Rodrigo Yáñez, (si es que no la tradujo del gallego), publicada en 1865 por D. Florencio Janer.—(M. M. y P.)

única obra (1) dada á conocer, es el *Conde Lucanor* (2). Bouter-

(1) Sevilla, 1575, y Madrid, 1642, 4. Ambas ediciones pertenecen, aun en la misma España, á las mayores rarezas. Recientemente han aparecido reimpresiones de ellas en Suttgart, 1839, 8, por A. de Keller; y en Barcelona, 1853, 8 (como parte del *Tesoro de autores ilustres),* editada por Milá y Fontanals. Las dos son reimpresiones de la primera edición, pero sólo la de Barcelona contiene los dos tratados de Argote de Molina («sobre la poesía castellana» y «Sucesión de la casa de los Manueles»), y además de esto, y el ya citado fragmento de la crónica rimada de Alfonso XI y una muy buena introducción á la vida y obras del infante, redactada conforme á las más recientes investigaciones. También poseemos traducciones completas del conde Lucanor, una alemana por el barón de Eichendorff (Berlín, 1840, 8), y otra francesa de Puibusque (París, 1854, 8). Esta última está hecha sobre el manuscrito de Madrid, da los capítulos en su orden primitivo y uno más que la impresión antigua (impresión también según el original recién hallado en el manuscrito de Madrid), juntamente con una introducción que contiene una circunstanciada biografía del príncip- y un tratado *Sur l'introduction de l'apologue d'Orient en Occident,* y con noe tas históricas y literarias á cada uno de los relatos y algunas disertaciones al final.—Comp. acerca de esto el notable ensayo de Lemcke en las *Blätt. f. lit. Unterhalt*, 1857, W.°, 16, y el del señor profesor Benfey en la *Götting Anzeig*, 1858, gt. 32, con ajustadas observaciones acerca de las fuentes del conde Lucanor. Mucho más completas que las indicaciones dadas por Puibusque acerca de las fuentes é imitaciones de los apólogos en el conde Lucanor, son las de Félix Liebrecht (primero en el *Neuen Jahrb. d. Berlin. Gesellschaft f. Deutsch. Spr.*, Berlín, 1850. Bd. VIII, páginas 196-200 y después en su traducción de Dunlop, pág. 501, nota 383, pág. 543 y siguientes).—Noticias bibliográficas acerca de las obras del infante se hallarán en Ticknor y sus traductores españoles (I, pág. 55 y siguientes, y II, pág. 667 sig.) Comp. también el análisis del contenido del conde Lucanor en Clarus, I, páginas 357-397; y Roscoe *The Spanish Novelists* (London, 1832, 8, vol. I, pág. 3 y siguientes). El conde Lucanor lleva también en el manuscrito el título de *Libro de Patronio*, tomado de otro personaje de él, el consejero del conde Lucanor, que es quien interrogado por éste le cuenta todas las historias, fábulas, etc., y que acaso es idéntico al que aparece como compañero del infante en el manuscrito del *Libro de los Exemplos*. Los traductores españoles de Ticknor (II, 670-673), citan con esta ocasión un manuscrito hallado por ellos, el *Libro de los Exemplos ó de los gatos*, de principios del siglo XV á juzgar por su escritura, pero por el lenguaje aún más antiguo, y presentan una prueba de ello (que contiene una versión del conocido cuento *Las Cornejas*, en Grimm, 107, y en Wuk Steph. Karaschitsch, *Cuentos populares de los serbios*, núm. 16), que hace muy de desear el que se edite esta notable colección de apólogos.

(2) Casi inútil parece advertir que hoy afortunadamente conocemos y

wek ha desconocido por completo el carácter y la relación de este libro con la literatura nacional y las demás literaturas coetáneas. Pues dice: «No se debía esperar en un libro español del siglo XIV un tan sano entendimiento práctico, una dignidad de carácter tan poco presuntuosa, vestidos con una forma tan sencilla, aunque anticuada, pero después de todo, no desprovista de ingenio... Pero no se halla ni rastro de novelesca exaltación en el conde Lucanor. En todos sus rasgos denuncia el libro al caballero hombre de mundo y al conocedor de las gentes, sin ensueños de ninguna clase.» Con este último juicio estoy conforme, pero la expresión, «forma anticuada», no tiene valor alguno en ningún respecto, puesto que con ella se designa de un modo totalmente erróneo el origen de esta obra y su enlace con la dirección de su tiempo. Se acercó más al verdadero punto de vista Sismondi cuando puso en parangón al *Conde Lucanor* con el *Decamerón*, si bien no puso en claro el común origen de ambas obras, y su aparición, casi coetánea, como expresión de una dirección del tiempo, expresada con toda fijeza. Me refiero, al decir esto, á aquella introducción y aceptación general de la materia y la forma orientales en las literaturas del Occidente. Pues ya hacía un par de siglos que estaba en uso aquella forma oriental, una serie de apólogos, cuentos y relatos, y que se utilizaba para revestir las reglas de la sabiduría ó de la prudencia, forma que por mediación de las lenguas del Asia Menor, y de la griega y la latina, se había abierto camino á Europa desde su tierra natal, la India *(Pan-*

---

tenemos impresos la mayor parte de los libros de D. Juan Manuel. En el tomo de *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, de la Biblioteca de Rivadeneyra, dió á conocer D. Pascual de Gayangos *El Libro del Caballero et del Escudero*, *El Libro de los Estados*, *El Libro Infinido* ó *Libro del Infante*, el *Libro* de *las tres razones*, el *de* la *Asunción de Nuestra Señora*, y completó además el texto de *El Conde Lucanor* con las partes 2.ª, 3.ª y 4.ª El *Libro de la Caza*, omitido en esta edición, ha sido impreso después por D. José Gutiérrez de la Vega en su *Biblioteca Senatoria*, y con más corrección por S. Baist. Grä-Hemberg ha hecho una nueva edición crítica de *El Caballero y el Escudero*.—(M. M. y P.)

chatantra, Sendebar) (1). Las cruzadas habían contribuido, como es natural, á su mayor difusión en los idiomas patrios, y vemos alguno de estos cuentos ó fábulas, aprovechados é imitados á menudo por los troveros.

Ya á principios del siglo XII escribió un judío converso español *(Petrus Alphonsi, Disciplina clericalis*, 1106), una colección semejante, en cuanto al contenido y á la forma, según el modelo oriental (de inmediato origen arábigo, obra que quizá un siglo más tarde fué traducida por segunda vez en francés del Norte *(Le Castoiement d'un père à son fils)*. En el siglo XIV se hizo á menudo uso en el púlpito de este modo de enseñar, y para ayuda de ello surgieron colecciones apropiadas en lengua latina (una de las más antiguas es la *Gesta romanorum)*. Era, pues, una acción natural del gusto del tiempo expresado de ese modo concreto, y la satisfacción de una necesidad natural, el que ya en el mismo siglo, unos después de otros, con corto intervalo, y en los diferentes países, se ejercitaran en esta forma de apólogo oriental hombres de espíritu y de talento, cultivándola en sus idiomas patrios para la consecución de fines morales y políticos. Pero más tarde sirvió de puro solaz y á menudo de frívolo pasatiempo de los ociosos. De este modo adquirió arraigo en la literatura occidental un género de instructivo entretenimiento, que tanta afición ha despertado hasta el mismo día de hoy. Este me parece ser el común origen del *Conde Lucanor*, del *Decamerone* y de los *Canterbury tales*. La numerosa serie de imitaciones en todas las lenguas de la Europa culta, entre las cuales imitaciones han alcanzado renombre y perma-

(1) Comp. Hüllmann: *Städtewesen des Mittelalters*, parte IV, páginas 185-221.—Görres: *Die deutschen Volksbücher*, pág. 154 y siguientes.—Weber: *Metrical Romances*, Edinburgh, 1810, 8, vol. I. Introduction, pág. LVII.—Ellis: *Specimens of early engl. metrical Romances*, London, 1811, 8, vol. III, pág. 3 y siguientes.—*Göttinger Anz.*, 1830, Sb., 170-172, pág. 1700 y siguientes, y 1843, Sb., 73-77.—Loiseleur de Longchamps: *Essai sur les fables indiennes* (París, 1838, 8).—Se espera una obra muy comprensiva acerca de este asunto del prof. Benfey.—Comp. Du Méril: *Poésies inédites du moyen-âge précédées d'une histoire de la fable ésopique* (París, 1854).

nente aprecio las de Boccacio y Chaucer, muestran con cuánto aplauso y éxito fueron acogidas y cuánto influyeron estas obras. Me parece que el *Conde Lucanor* es un libro no menos digno de atención en lo que respecta á la historia de la literatura que el *Decamerón* y los *Canterbury tales*, y que será apreciado en lo debido si se le considera respecto á su origen y á sus relaciones con las demás obras de esta forma. Es innegable que por la seriedad y dignidad de la exposición, por la subordinación del todo al fin principal de la enseñanza y el adorno del entendimiento también á este fin enderezado, por su sentido sentencioso y la tendencia estrechamente moral, se atiene muy de cerca á los modelos orientales, y singularmente á las ya en época muy temprana traducidas al español, *Fábulas de Bidpai (Hitopadesa)* (1).

(1) Véase Sarmiento: *Memor. para la hist. de la Poesía y Poetas Esp.*, pág. 339 y sig.—D. A. Pellicer: *Ensayo de una Bibliot. de Traduct. Esp.* Madrid, 1778, 4.°, pág. 156 y sig., y Rodr. de Castro, *Biblioteca Esp.*, tomo I, páginas 636-638.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

Discursos de recepción y de contestación leídos ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Tomos v y vi. En 4.° mayor, 619 y 699 páginas. —Cada tomo 8 pesetas.—Contiene: Discursos de los señores siguientes. Tomo v. Don Alejandro Pidal y Mon, Francisco Silvela, Eugenio Montero Ríos, Raimundo Fernández Villaverde, Joaquín Sánchez de Toca, Aureliano Linares Rivas, y José Salamero y Martínez. Tomo vi. D. Gumersindo de Azcárate, Marcelino Menéndez y Pelayo, Marqués de la Fuensanta del Valle, Antonio de Mena y Zorrilla, Vicente Santamaría de Paredes, Conde de Tejada de Valdosera y Eduardo Sanz y Escartín.

Actas del Congreso internacional de americanistas, Novena reunión. Tomo i. En 4.°, 463 páginas.—14 pesetas.

Aguilar (P. M.)—Vida admirable del siervo de Dios P. Antonio María Claret, 2 tomos. En 4.°, viii-639 y 587 páginas. Retratos y láminas. Tela. — 12,50 pesetas.

Albanell y Vilas (J.)—La roseta de Valldaura. Novela original de D. Joaquín Albanell y Vilas; ilustrada por Manuel Puig y Genis. En 8.°, 178 páginas.— 2 pesetas.

Almanach de la «Esquella de Torratxa» para l'any 1895. En 4.°, 192 páginas.—1 peseta.

Almanaque Bailly-Baillière para 1895. En 8.°, 408 páginas, grabados y 12 mapas.—1,50 pesetas.

Almanaque Bastinos para 1895. En 4.°, 80 páginas.—No se vende.

Almanaque sud-americano para el año 1895. En 4.°, 266 páginas.—2,50 pesetas.

Alonso de Villapadierna (S.)—Discurso leído en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. En 4.°, 75 páginas.

Altamira (R.)—La enseñanza de la historia. Segunda edición, corregida y considerablemente aumentada. En 8.°, XII-479 páginas.—5 pesetas.

Andrade (B. M.)—Carácter y vida íntima de los principales pelotaris. En 8.°, 62 páginas 1,50 pesetas.

Aramburo y Machado (M.)—Estudio de las causas que determinan, modifican y extinguen la capacidad civil según la filosofía del derecho, la historia de la legislación y el derecho vigente en España. En 4.°, XXII-473 páginas.—7 pesetas.

Acta de la sesión pública celebrada en el Ateneo Barcelonés el día 24 de Noviembre de 1894. En 4.°, 45 páginas.

Balius (J.)—Fabricación de las cervezas y gaseosas consideradas como industria lucrativa. En 4.°, 184 páginas con varios grabados.—3 pesetas.

Ballesteros (C.)—Páginas de gloria: poema histórico. En 8.°, 31 páginas.—2 pesetas.

Brunet y Bellet (J.)—Erros historichs. IV. Els Gregs, els Etruscos, el vidre, els llamps, perque es diu llengua d'oc?, la gorra catalana. En 4.° mayor, VIII-537 páginas con grabados.—15 pesetas.

Calendario matritense para 1895. En 8.°, 165 páginas.—1 peseta.

Calendario y guía de Madrid. En 12.°, 96 páginas.—0,25 pesetas.

Calvo Camina (P.)—La instancia única en lo civil y la organización de tribunales. En 4.°, VI-146 páginas.—4 pesetas.

Canalejas y Méndez (L.)—Discurso leído en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. En 4.°, 98 páginas.

Capelo (J.)—Estudios filosóficos. Materia y espíritu. En 8.°, 121 páginas.—1,50 pesetas.

Cardenillo.—El melonar de la villa. En 12.°, 58 páginas.—1 peseta.

Carrasco y Sanz (A.)—Santa Bárbara bendita. En 4.°, 26 páginas.

Cebreros (R.)—Pensamientos. En 8.°, 230 páginas.—3 pesetas.

Coroleu (J.)—América. Historia de su colonización, dominación é independencia. Tomo I. En 4.° mayor, 373 páginas con varios grabados.

Cos (José María de.)—Carta pastoral del Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá, con motivo de la pretendida consagración episcopal de un ministro protestante. En 4.°, 16 páginas.

Curriols (F. N.)—Tesoro epigramático; novísima recopilación de epigramas y otras composiciones cortas del género festivo, tomadas de nuestros más distinguidos poetas. En 4.°, 623 páginas. En tela, 10 pesetas.

Chaves (M.)—Páginas sevillanas. En 8.°, 351 páginas.—3 pesetas.

Dema Soler (A.) y Morales Aguilera (J.)—Descripción del fusil Maüsser español, modelo 1893. En 8.°, 104 páginas.—2 pesetas.

Demófilo.—Nuevos evangelios. ¿Qué es el socialismo? En 12.°, 60 páginas.—25 céntimos.

Estadística de la administración de justicia en lo civil, durante el año 1893, en la Península é islas adyacentes. En fol., VIII-319 páginas.—3,50 pesetas.

Estadística de la administración de justicia en lo criminal, durante el año 1893, en la Península é islas adyacentes. En 4.° mayor, VI-171 páginas.—3,50 pesetas.

Font y Sagué (N.)—Estudi sobre l regionalisme. En 4.°, VIII-168 páginas.—2 pesetas.

El Aspirante á oficial del Cuerpo pericial de contabilidad. Contestación á las preguntas del programa. En 4.°, 99 páginas. 4 pesetas.

García Avellano (N.)—Educación de la niñez. En 12.°, 80 páginas.

García Hernández (A.)—Discurso leído en la Universidad de Zaragoza. En 4.°, 33 páginas. —Tema: El Teorema de M. Fourier como base de la acústica, de la audición y de la música.

González Domingo (C.)—Discurso. En fol., 51 páginas.—Tema: Influencia del desarrollo científico en el elemento sentimental del hombre.

González Tanago y García (M.) y Riva y Perea (F. de).—La sueroterapia en la difteria. En 8.°, 210 páginas.—3 pesetas.

Gorostola Prado (L.)—Escalas graduales de penas, á partir de cada una de las que señala el Código penal vigente. En 4.°, 131 páginas.

Heine (E.)—Heineanas; poesías de Enrique Heine, traducidas en verso castellano por Efraim Vázquez Guarda. Santiago de Chile. Impenta de la Nueva República, 1894. En 12.°, 61 páginas.—1,50 pesetas.

Kneipp (S.)—Almanaque para 1895. En 8.°, 248 páginas.—1 peseta.

— El Cuidado de los niños. Avisos y consejos para tratarlos en el estado de salud y en las enfermedades, por Mons. Sebastián Kneipp. En 8.°, VII-213 páginas.—4 pesetas.

Larra (L. de) y Gullón (M.)—Los Dineros del sacristán...; zarzuela cómica. En 8.°, 46 páginas.—1 peseta.

Lefèvre (C.)—Guía del pintor

colorista. En 8.° mayor, 55 páginas.—1 peseta.

León (N).—El Escolar naturalista. En 8.°, 46 páginas.—2 pesetas.

Levi (J.)—Arte de hacer fortuna. En 8.°, 160 páginas.—2 pesetas.

Lombroso (C.)—Los Ultimos progresos de la antropología criminal. En 8.°—3 pesetas.—Colección de libros escogidos. Tomo CXXXV.

López (S. El Doctor paletilla; juguete cómico-lírico. En 8.°, 33 páginas.—1 peseta.

Martínez Angel (M.) y Oyuelos y Pérez (R.)— Legislación de construcciones. Tratado de arquitectura legal. En 4.°, 2 tomos, XVI-661 y 709 páginas. 20 pesetas.

Martínez Vigil (R.)—Oración fúnebre del Emmo. Sr. D. Fray Zeferino González. En 4.°, 24 páginas.

Merico (G.)—El Muñeco; bufonada lírico fantástica. En 8.°, 35 paginas.—1 peseta.

—La del capotín ó con las manos en la masa; humorada en un acto. En 8.°, 30 páginas.—1 peseta. — Galería dramática de Fiscowich.

Mestres (A.)—Epigramas (catalanes).—En 8.°, 63 páginas, dibujos del mismo autor.—1 peseta.

Miranda y Ramos (M. L.)—¡El mejor regalo...; monólogo. En 8.°, 20 páginas.—1 peseta.

Molins (A. E. de).—Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX. Cuadernos 42 y 43.—En 4.°, á dos columnas. (Tomo II, páginas 605 á 668.) —Cada cuaderno 1 peseta.

Monasterio (R.)—Olivilla; juguete en un acto. En 8.°, 30 páginas.—1 peseta.

Murillo (F.)—Curación de la difteria. Fundamentos de la seroterapia y guía práctico para su aplicación. En 8.°, VIII-99 páginas.—2 pesetas.

Navarro (C.)—Calma chicha; juguete lírico en un acto y en verso. En 8.°, 27 páginas.—1 peseta.

Navidad de 1894. Barcelona. Círculo Artístico de San Lucas. En folio mayor, 24 páginas.—3,50 pesetas.

Nieto Aguilar (J.)—Mindanao, su historia y geografía. En 4.°, VIII-153 páginas y un plano.—4 pesetas en Madrid y 4,50 en provincias.

Observaciones meteorológicas efectuadas en el Observatorio de Madrid durante los años 1892 y 1893. En 8.° mayor, XXII-514 páginas.

Ochoa (S. de).—Tierra de Segovia. En 8.°, VIII-197 páginas.—2,50 pesetas.

Ots y Esquerdo (V.)—El cerebro; obra premiada por la Real Academia de Medicina de Madrid. En 8.°, 256 páginas.—3,50 pesetas.

Pedregal Prida (F.) — La educación gimnástica. En 4.°, VIII-379 páginas.—6 pesetas.

Pedrell (F.)—Diccionario técnico de la música. En 4.°, mayor, XIX-529 páginas, á dos columnas.—15 pesetas.

Pérez Dindurra (E.)—Propiedad industrial. En 8.°, 96 páginas.—1 peseta.

Poggio (S.)—La eventualidad de España en la próxima guerra naval en el Mediterráneo. En 4.° menor, 119 páginas. —2 pesetas.

Taboada (L.) — Madrid alegre. En 8.°, 274 páginas.—3 pesetas.

Tcheng-ki-Tong. — La China contemporánea. En 8.°, 312 páginas.—3 pesetas.—Colección de libros escogidos. Tomo 134.

Torrents y Monner (A.)—Agenda de administracióu municipal y general. En 4.°, 184 páginas. En tela.—2 pesetas.

Vázquez (A. C.)—Enriqueta Faber; ensayo de novela histórica. En 4.°, 264 páginas.—5 pesetas.

Vázquez Prada (M.) — Ecuaciones. En 8.°—3 pesetas.

Obras escogidas de Ventura de la Vega. Tomo I. En 4.°, 344 páginas, edición ilustrada.—5 pesetas.

Vinyals (F.)—Paca la florera, lío madrileño. En 8.°, 75 páginas. —1 peseta.

INDICE

Págs.

El Japón y las Islas Filipinas, por S. Moret y Prendergast..... 5
En torno al casticismo, por Miguel de Unamuno..... 17
Los Tres Arcos de Cirilo, novela, (conclusión) por Emilia Pardo Bazán..... 41
Goya, (continuación), por Zeferino Araujo Sánchez..... 64
Recuerdos, por José Echegaray..... 91
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 104
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez..... 121
La Literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo..... 175
Obras nuevas..... 203

España moderna

AÑO VII NÚM. LXXV

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

MARZO 1895

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.013.—*San Bernardo, 92.—Teléf, 3.074*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL ÚLTIMO VALS

I

Pobre Perico Ponce! ¡Cómo se aburre y bosteza! ¡De qué buena gana se largaría y se quitaría las botas de charol, que le acaloran y molestan los pies, y se despojaría del traje de golondrina humana, llamado frac y corbata blanca, y se metería en la cama para buscar en el abrazo de las sábanas y en la deliciosa horizontalidad del colchón descanso á la forzada perpendicularidad á que hace tres horas está sometido su traqueteado cuerpo!

Sí; Perico se aburre de lo lindo y aun de lo feo. Y sin embargo, el baile de los barones de Villamor se encuentra en el período álgido de sus esplendores y encantos; en el momento supremo en que los cronistas de salones andan á caza alfabética de nombres ilustres ó lustrosos, á pesca de adjetivos pintorescos, adverbios de modo y moda, tiempo y lugar, superlativos insuperables, epítetos inconmensurables, poniendo á contribución galantería, ingenio, erudición, gramática, estética, retórica y poética, á fin de al día siguiente dar en letras de molde á la humanidad expectante y espectadora un destello, un eco, una estereoscópica visión de aquel paraíso *dantesco*, de aquella divina comedia de almas vivas y cuerpos

elegantes, más ó menos transfigurados por la moda, el lujo ó la vanidad, las tres personas distintas y un solo dios verdadero del mundo moderno.

Son las dos de la mañana: las velas están medio derretidas y los corazones derretidos del todo con la triple expansión calórica de la luz, el vals y el amor. Las jóvenes ostentan sus mejillas de rosa, más ó menos artificial; las jamonas sus sabrosas pechugas trufadas con diamantes. Muchas mamás desbancan á sus niñas, atrayendo á pollos con espolines, gallos con espolones y aun pavos verdicanos y babosos, si no con su frescura y su inocencia, con su gracia, su malicia y sus carnes en punto de caramelo, que están diciendo comedme. Las abuelas ó mamás ya cesantes del servicio del amor; las clases pasivas de solteronas jubiladas; la legión de las feas, desterradas del reino de la galantería, forman el marco del cuadro, acaparan las sillas, se dan aires ya sólo con el abanico, discuten en pretérito pluscuamperfecto las pesimistas filosofías del desengaño, dan sus cabezadas de sueño ó de fastidio, meditan sobre el sermón del día, ó quizá preparan el que han de echar en llegando á casa á sus pecadorzuelas y coquetuelas valsadoras, más devotas de Juan Strauss que de Tomás Kempis. En el centro del salón, el *struggle for wals,* la lucha por la pareja, da lugar ó esa giratoria batalla en que el héroe es el que más empuja y el vencido el que antes se marea, y allí cada valsista, valsante ó valsador, gira al compás de la embriagadora orquesta con un ardor, entusiasmo y esmero, como si de lo alto de las pirámides cuarenta siglos contemplasen su coreográfica victoria. Y mientras los jóvenes bailadores (no los confundamos con los bailarines) pierden el compás y á menudo la cabeza, los señores mayores pierden duros y aun blandos, es decir, billetes, en las mesas de tresillo, y los políticos pierden lo que ya no puede estar más perdido, el país, discutiendo sus destinos (los de ellos), esperando la hora en que las galantinas, jamones, aves, pasteles, cremas, dulces, frutos, vinos y licores realicen, en la unidad del *buffet*, el milagro de la

libertad, igualdad y fraternidad que los cocineros y pinches de la política no han podido aún realizar, á pesar de disponer del fogón del presupuesto y de tener las cazuelas y la sartén del Estado por el mango.

¿Y cómo no ha de aburrirse Pedro Ponce si acaba de volver de Cuba, donde ha estado diez años amontonando pesos fuertes, ganados con el sudor, no de su frente, sino de todo su cuerpo; y al llegar rico, independiente, azafranado el rostro por la fiebre amarilla y por el oro amarillo, que es también una fiebre, se encuentra hecho un forastero en su antiguo Madrid, en esa ciudad de los gatos, cuyo río toma sus enjabonadas aguas del Leteo, á juzgar por lo olvidadizos que son sus hijos para el que se ausenta cuatro días? En el baile de su amigo el barón de Villamor, á quien conoció en la Habana de vista, es decir, de miope de aduana, y á quien por su talento *administomativo* ha condecorado y *baronizado* la metrópoli agradecida; en ese baile, á que acuden las eminencias sociales de la aristocracia, la política, la banca, el talento, á rendir tributo al dios Exito, el buen Ponce se encuentra solitario en medio de tanta gente, sin cambiar más que algunos saludos ó palabras de mera cortesía, sin saber con quién ni de qué hablar, y despreciando todas las invitaciones al vals, más tentadoras que la Weber, no sólo por falta de arte pedestre, sino de pareja que le solicite ó acepte.

Cuando falto de oxígeno, sobrado de carbónico, mareado de girar como astro sin órbita ni atracción central, harto de codazos y empalagado de esa refinada frivolidad que es la sustancia insustancial de todo baile, saca su reloj para consultarle, como inseparable amigo y consejero, su parecer sobre si es ya hora de que un hombre serio y pensador se largue antes de que empiecen las interminables *niñerías* del cotillón; cuando está á punto de tomar la heroica resolución y solución de sus soñolientos dilemas, da de repente un grito de alegría. ¡Ah, en el ángulo de uno de los salones ha visto una cara amiga, y qué amiga! Es el rostro encantador de una mujer á

quien le liga amistad casi fraternal. Es la íntima, la favorita á quien no ha olvidado, ni de fijo le ha olvidado, por más que el Atlántico y dos lustros hayan tratado de divorciarlos para siempre, interponiendo olas y minutos, que son las olas del tiempo, atenuando y aminorando la frecuencia de las relaciones postales hasta lograr con las adormideras del olvido y los velos del pasado, si no cortar, interrumpir el vínculo de una amistad, con sus ribetes de platonismo por parte de Perico. ¿Cómo ver á su amadísima Julia Torrente sin precipitarse como un ídem, atropellando parejas, pisando colas, enredándose en encajes para llegar hasta ella y descargar, al contacto de las manos, todo el fluido psico-eléctrico del corazón?

Como dos resucitados que se encontrasen de nuevo en la vida, Julia y Perico, movidos por resortes de nervios, se precipitan con avidez, se estrechan con efusión ambas manos, y á no estar allí como un polizonte el gran Galeoto, es decir, el mundo con sus vetos, su inspección, su moral y su crítica, se hubieran dado estrechísimo y prolongado abrazo, acompañado de casto beso, que hubiera estremecido de horror ó de envidia á las escotadas beatas y condecorados Tartuffes del concurso.

—¡Queridísima Julia!

—¡Perico del alma! ¿Tú aquí? ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría!...

Y después de hacerse las precipitadas y acumuladas preguntas y respuestas de la amistad y el interés; después de las primeras expansiones del momento y las gratas evocaciones del pasado, se sentaron á charlar, como si los diez años hubieren sido diez días de ausencia y como si las gentes que los rodeaban se hubiesen evaporado como sombras; tan absorbidos se hallaban uno en otro.

—¿Pero eres tú? ¿No estoy soñando? ¿Eres aquella Julia, es decir, aquella Julieta, como te llamábamos los Romeos chiflados por ti?

—¡Julieta! Di más bien Juliota; pues soy la misma, con la diferencia de diez años más encima y algunas ilusiones menos;

con arroba y media más de tocino sobre mi caparazón de ex polla, lo que me da este aspecto de jamona. ¿Me encuentras muy vieja?

—Al contrario, Julia; estás hermosísima, más hermosa que antes, y estos diez años de ausencia te han corregido y aumentado. Chica, estás guapísima, preciosísima, fascinadora, enloqueciente.

—¡Adulador, poeta, farsante!

—¡Qué farsa ni qué ocho cuartos! Mírate al espejo, y si yo te adulo él también te adula. Mi palabra de honor, Julieta, te encuentro, sí, muy cambiada, pero es en mejor. Antes eras demasiado delgada para tu estatura, pero hoy te has llenado y estás hecha un modelo de perfección. Hablando á lo folletín, te diré que tienes la gallardía de una ninfa y la majestad de una diosa.

—Eche V. guindas.

—Pero, sentémonos, que necesito hacer el análisis espectral de tus ojos y el examen pericial de tu cuerpo. Luego pasaré á hacer el de tu conciencia, que debe acusarte de muchas cosas, y á la confesión general de tus pecados de estos diez años, pecados que deben ser capitales y mortales, ó, mejor dicho, mortíferos. ¡Cuántas víctimas habrás hecho!—Más que las del Dos de Mayo.

De eso hablaremos después, ¡porque tenemos tanto que hablar! ¡Tengo tantas cuentas que ajustarte! Empecemos por el continente y luego pasaremos al contenido. A ver, vuélvete de perfil. ¡Soberbio, *praxiteliano!* Chica, me ratifico en lo dicho: estás guapísima, y mereces todos los ísimos de mi comparativa y superlativa admiración. Te lo voy á demostrar geométricamente. Tu pelo no ha sido profanado ni por cana prematura ni por vil postizo. Se te ha oscurecido algo: aquellas ondas, aquellas trenzas de oro que yo te pedía para fundirlas en monedas de cinco duros cuando estaba sin un céntimo, han tomado unos tornasoles de bronce rojizo que te van, no á las mil, sino á las cien mil maravillas. Y, dicho sea de

paso, tu peinado es irreprochable. Un aplauso al peluquero ó peinadora.

—Me he peinado sola y sin mirarme al espejo.

—Pues doble aplauso, y para ti sola.

—Ahora tomo el pincel y paso á pintar tu cara, ya que veo que no te la pintas como esa clorótica que está á tu derecha, y esa apoplética que está á tu izquierda.

—Vamos á ver, Ticiano, ya me tienes en postura; pinta.

—Tu color, aquel color que yo en broma llamaba de rosa abochornada, ó de *Aurora floreal,* le has perdido; pero en cambio tienes una palidez tan pura, tan... ¿cómo diré?, tan *marfilina,* tan interesante, tan soñadora, tan... En fin, que no encuentro el simil poético para compararla, ni el adjetivo para calificarla.

—Bien; pues no la compares ni califiques. Quedemos en que mi palidez es incomparable é incalificable.

—Ahora viene lo bueno. Tus ojos..., mírame bien, así. Siguen tan grandes, tan luminosos y fascinadores como cuando yo me marché huyendo de ellos; pero...

—¡Ay de mí!; ya viene el pero.

—Sí, pero ese pero es lo bueno. A aquella expresión de alegría y viveza burlona que me traía hecho un lila, ha sucedido una expresión de melancolía é inteligencia indecibles. Antes esos ojos vertían chispas; después han debido verter lágrimas. ¿Eh?

—A torrentes. Eres buen *psicólogo.* Sigue, que el retrato me va gustando, más por lo lisonjero que por lo parecido.

—Adelante; dejemos los ojos. No me mires más con ellos, porque me va entrando el mareo, y voy á disparatar. Las partes inmóviles siguen idénticas: las mismas orejitas, confesonarios de tantos amores; la misma boca fresca como una gruta de sonrisas, y ardiente como un volcán de besos; los mismos dientes..., ¿á ver?, ríete. ¡Basta! ¡Cierra, cierra, que te los voy á robar para una botonadura de perlas! Los mismos brazos que hace años te está pidiendo desde el Louvre la

manca Venus de Milo; la misma blanca mano que aún nadie ha pedido, ó por lo menos, conquistado, porque nadie la merece. En fin, chica..., *la suite au prochain numero*, porque si sigo en este estilo de folletín, me voy á chupar unas nuevas calabazas más gordas é insípidas que las que me propinaste cuando tenía diez años menos, y menos patas de gallo que hoy.

—¡Ja, ja, ja!; siempre el mismo, Perico. Tan humorista y cariñoso.

—Y ahora basta de forma, y vamos al fondo. ¿Con quién vienes?

—Con mi prima Tula Ramos, una viudita que... vamos, ya puedes ir ensayando una declaración porque te va á desvencijar. Luego te la presentaré.

—Por supuesto, tú sigues soltera, aunque parezca inverosímil. Me interesa saberlo por si *me digno* presentarte mi candidatura ahora que no soy un pelagatos como antes.

—Tranquilízate; sigo soltera.

—Respiro. ¿Tienes novio?

—¡Dios me libre!

—¿Cómo Dios me libre?...

—No pienso casarme.

—¡Qué! ¿Con tu cara, tu talento, tu edad, tu fortuna y demás señas particulares piensas acaso meterte monja?

—Meterme monja, no; pero casarme... uff, ¡qué horror!

—¿Acaso lo has experimentado?

—Soy viuda sin haber sido casada.

—¿Viuda? Explícame ese enigma.

—¡Ah!, ese es mi secreto.

—¡Secreto! ¿Y le tendrás para mí?

—¿Qué te importan ya mis secretos?

—Más que los míos. ¿Qué es ello? Algún desengaño. Vamos, ¿sigues tan romántica como antes?

—Al contrario; soy más prosaica que una lavandera. Ya no sueño, ni creo, ni espero nada. Vivo en la región serena de las nieves, digo, de las indiferencias perpetuas. Aquí mismo,

en este baile donde si quisiera podría entregarme á todos los excesos de la coquetería como todas esas, ya ves que estoy sola en un rincón, admirando cómo bailan y se divierten los demás, y á no ser por ti, estaría caminando hacia la cama, la gran consoladora, la única que tiene el secreto de hacerme soñar á veces entre ronquido y ronquido.

—Tu pesimismo me espanta. Tienes que contarme la novela de tu vida. Y á propósito de novela; ¿no has vuelto á escribir ninguna?

—No; dejé de escribir por temor de pasar por pedante. Me persuadí de mi medianía, á pesar de los elogios con que tú y algunos literatos aduladores me queríais trastornar la cabeza, haciéndome creer que iba á ser la George Elliot ó la George Sand española; tuve el talento de colgar á tiempo mi pluma de ganso, y ahora, gracias si con ella escribo la cuenta de la plaza. Eso sí; asunto no me falta, y yo te contaré algún día mi novela *realista* y real. Ahora hablemos de ti. ¿Qué es de...?

—Julia, ¿quiere V. bailar el próximo vals conmigo?—Así dice, interrumpiéndola un almibarado galli-pollo, de gentil apostura, acompañando la invitación con la más graciosa sonrisa y la más curvilínea de las cortesías.

—Muchas gracias; no bailo—responde Julia con enérgica é indefinible sequedad, que desconcierta al invitante y sorprende á Ponce.

El desairado invitador hace una nueva cortesía, acompañada de un ademán de excusa, da media vuelta y se aleja.

En aquel momento una pequeña pero escogidísima orquesta, acompañada de piano, empezó á tocar el misterioso preludio de uno de esos valses nacidos en Alemania, románticos, nerviosos, que adormecen y embriagan á la vez los sentidos, como si se bebiera una copa llena de opio disuelto en champagne. Cuando después de una melancólica y sostenida nota estalló, por decirlo así, la fermentación del vals, y el tentador y ondulante ritmo empezó á desbordar como sonante espuma de armonías, Julia, como si aquella música fuese una horrible

disonancia, hizo un gesto de profundo disgusto, cerró los ojos y se tapó los oídos, quedando en actitud tan inmóvil, tan dolorida y de tal reconcentración mental, que no parecía sino que su espíritu, por los hilos del recuerdo, se había ausentado del presente, dejando al cuerpo petrificado y como inconsciente del mundo externo, de toda realidad objetiva. Al fin, como saliendo de su sueño, levantó los ojos humedecidos de lágrimas mal contenidas, y fijándolos suplicantes en Perico, exclamó poniéndose en pie:

—Vámonos de aquí.

—Qué es eso, Julia, ¿te has puesto mala?

—Ese vals me mata. Cada una de sus notas es un puñal que me hiere el corazón. Vámonos lejos, donde no le oiga. Vamos á la planta baja, al gabinetito azul. Allí no va casi nadie. No quiero que me vean llorar.

Y levantándose y tomando el brazo de Ponce, salieron del salón, y cruzando antesalas y bajando alfombradas escaleras, llegaron, al fin, al sitio designado por Julia, con el nombre de gabinetito azul. Y azul era, en efecto. Sus paredes, sus cortinajes, su sillería, sus quinqués de luz transparentada por pantallas azuladas, todo daba á la estancia ese tono *paradisial* de las esferas en que pintan á los espíritus seráficos. El azul es el color del espíritu, como el rojo es el de la carne. Lo azul da un tinte celeste á las formas terrenas é idealiza la tosquedad de la materia. Algunas flores colocadas en elegantes vasos esparcían un olor casi azul por lo suave y delicado. Los preciosos óleos, grabados y acuarelas que adornaban y hacían, no ya oir como supone el refrán, sino hasta hablar á las paredes, convirtiéndolas en colgantes escenarios, parecían puestos allí para evocar historias, sueños y recuerdos de amor. Una Julieta y Romeo despidiéndose con un *sakespeariano* beso al oir el canto de la alondra matutina, hacía juego *(pendant*, según los *impuristas)* con un Fausto y su rubi-cándida Gretchen, interrogando en el jardín al oráculo de una margarita, su flor tocaya, el secreto de sus trágicos y metafísicos amores.

Un hipnótico, Hamlet, lacerando con su ironía de semi-demente el corazón de una inocente Ofelia, contrastaba con el valiente Otelo fascinando el alma de la gentil Desdémona con la historia de sus hazañas. Francesca de Rimini volaba *per l'aer perso* abrazada por toda una eternidad, y con la boca *tutta tremante* á su amado Pablo Malatesta. Enfrente una celeste Beatriz iniciaba á un visionario, Dante en los misterios del Paraíso.

Diríase que aquel gabinetito era el poético museo de un alma enamorada que había querido representar toda la escala *erométrica* del corazón humano en aquellas parejas inmortales, cuyos nombres pronuncia enternecido el labio, cuyas trágicas historias forman la psicología del sentimiento, la ciencia viva del alma. Aquel ambiente de flores, arte y poesía; el tono azul, emblema de lo ideal; el reflejo de ovaladas lunas venecianas; el silencio y apartamiento, hacían de aquel sitio una especie de oasis de calma en medio de la agitación nerviosa, sanguínea y calenturienta del baile. Parecía un lugar destinado á hacer declaraciones ó confidencias de amor.

*
* *

—No te apures, Perico; ya estoy serena, y puesto que tienes tanta curiosidad y tanto empeño en saberlo, voy á complacerte, aunque, en verdad, un baile no es el sitio más á propósito para hacerte la confesión general que me pedías de mis penas y mis pecados *mortíferos,* como los has llamado. Pero, en fin, como aquí estamos solos y tú eres mi mejor amigo, quizá el único hombre que me comprende, y como además, en diez años te habrás curado de aquellos *ataques de amor* quincenales que por mí sentías, bien puedo hablarte con absoluta libertad y confianza.

¡Ay, Perico : á ese vals que me ha hecho llorar le llamaría yo el vals de la muerte, pues él fué causa de la muerte de mi corazón. Ya que sus notas anticuadas, pero para mí sonando siempre en el alma, han venido á darme la noche y á aguarme la fiesta, á evocar la sombra, para mí bendita, del ser único á quien he amado y me ha adorado sobre la tierra, quiero, como un tributo á su memoria, contarte á ti, que eres poeta y entiendes de estas cosas, el misterio, el drama, la novela contenida en los compases de ese vals, que fué el último que bailé y que bailaré en mi vida. Escúchame, y ojalá que el espíritu que evoco en este momento preste á mi palabra el tono, la elocuencia casi sagrada, la poesía infinita que su memoria requiere.

Hace diez años, cuando te fuiste á Cuba á *aurificarte* y olvidarme, según tú me decías... y veo que cumpliste el programa, puesto que vuelves *aurificado* y á mí dejaste de escribirme...

—Te diré...

—No, no te defiendas: no te acuso. Consigno sólo un hecho y prosigo. Hace diez años, recordarás que tú y otros como tú que pertenecíais entonces á la raza de osos madrileños, me estabais siempre acusando de no tener corazón. ¡Majaderos! Es verdad que yo os daba motivos para sospechar de tal imperfección anatómica, pues os repartía calabazas á diestro y siniestro. Y cuando, con los ojos en blanco, me disparabais un «te amo» salido del fondo... de vuestras pecheras, no pechos, yo os soltaba una carcajada incrédula, que os dejaba como sorbetes aquellos corazones *vesuviales* que me ofrecíais.

Recordarás que me llamabais la Venus de nieve, Venus *nivosina,* Venus *cristalina, horchatina,* Venus *berroqueña, alcornófica* y hasta de cautchuc. Tú, comparándome á la Venus celeste, á la Venus Urania, hacías una pequeña variante; ponías la i sobre la n y me convertías en Venus *Uraña.* Ya ves que lo recuerdo bien.

—Y yo, como si fuera ayer.

—La verdad es que, aparte de lo de Venus, en los adjetivos casi casi teníais razón, pues vuestras gracias, méritos y encantos irresistibles para mujeres más acorazonadas ó frívolas que yo, á mí me dejaban fría, impasible, seca como el cristal, el hielo, el corcho y las demás materias vegetales y minerales á que me comparabais. No sé si consistía en que mi naturaleza era poco femenina, ó que, por el contrario, yo era más mujer que las demás mujeres, lo cierto es que los hombres me parecíais unos agradables muñecos, muy entretenidos, muy buenos para charlar, murmurar, hacer reir, bailar el vals y satisfacer la vanidad de nuestro sexo. Yo, en realidad, pertenecía al género neutro, pues eso que se llama amor era entonces para mí cosa desconocida. Eso sí, yo sentía algo grande, vago, misterioso, que se agitaba dentro de mí: una especie de deseo de poseer no sé qué; una como hambre y sed de algo que no se bebe con los labios; algo así como si soñara despierta cosas imposibles; como si esperara alguna persona habitante de otro planeta, que debía estar viajando hacia la tierra en el tren directo de algún cometa. Pero cuando llegabais vosotros, muy guapos (tú entonces eras un buen mozo), muy elegantes y listos y apasionados y saliéndoos del terreno firme de la amistad me hablabais de amor como los personajes de romántica novela, yo me quedaba tan fresca y me decía: nada, no siento nada. O tienen razón, y mi corazón es de cal y canto y de corcho y cautchuc, ó eso que llaman amor es una mentira, una invención de mitólogos y poetas. Tú comprenderás que para ablandar mi piedra berroqueña, para hacer palpitar mi corazón, se necesitaba algo más fuerte, más calórico, más fluido *sobre hombruno,* algo más divino que lo que vosotros me ofrecíais en cartas, versos, suspiros, protestas y juramentos. Yo necesitaba, por lo visto, un hombre mandado hacer para mí expresamente, como un vestido en casa de la modista: un hombre que no fuese como vosotros, que no hablase, pensase, sintiese, enamorase y mintiese como vosotros; una especie de magnetizador de almas que despertase la mía, que elec-

trizase mis fibras insensibles é hiciese al fin sonar como un timbre telegráfico aquella campanilla sin badajo como también llamabais á mi corazón.

Pues bien, Perico: ese hombre llegó, y, como César, vió y venció. Aquello era un verdadero hombre, y no te ofendas por la parte depresiva de mi comparación. Era un hombre superior á vosotros todos, no por su figura, ni por ninguna de esas seducciones que hacen triunfar á los Don Juanes de salón.

Su superioridad, su encanto, su influjo irresistible, consistía más que en su enorme talento, más que en sus mismas cualidades extraordinarias, casi divinas, en algo que si quisiera definírtelo lo llamaría el secreto, el poder, la magia de la combinación. La combinación, esa era la palabra: la armonía de las cualidades. Me explicaré: así como todas las músicas, desde la más sublime á la más ramplona, se componen de las invariables siete notas; pero llega un Beethoven, las combina de modo que las espiritualiza, y hace de una sonata un eco del cielo; así en aquel hombre las siete notas del espíritu combinaban las cualidades terrenales con tan exquisita armonía, con tan supremo acorde, que hacían de él un ser casi angélico para el que supiera leerle, descifrarle, pues también el alma, como la música, no basta oirla, hay que saber descifrarla, sentirla y comprenderla. Sí; yo descifré el alma de aquel hombre. La luz de sus ojos alumbró la ceguedad de los míos; el timbre de su voz despertó mi corazón... ¡Y qué corazón! Decíais que yo no le tenía; yo llegué á creerlo; pero á la voz de aquel hombre, creo que me nacieron diez corazones para adorarle diez veces con cada uno.

Cualquiera, y tú el primero, creería que para enamorar á la Venus *Nivosina,* para domar á tu Venus Uraña, sería preciso un Apolo, un Narciso ó un Antinoo vestido de levita. Nada de eso; Manolo (y ya ves que hasta su nombre no es de poema ni novela, es el nombre de mi cochero) no tenía físicamente nada de extraordinario. Mañana, pues vendrás á comer conmigo, te enseñaré su retrato, y verás un hombre alto, intere-

sante y de la más refinada distinción. Pero lo que no podrás ver, ni imaginar, lo que ni hay pincel, ni fotografía que reproduzca, es el fuego, la limpieza, la expresión de aquellos ojos. Mirada tan honda, tan intelectual como aquella, yo no la he visto ni veré jamás. En él el pensamiento y la mirada eran una misma cosa; parecía que pensaba con los ojos ó miraba con el pensamiento. Ese era su rasgo más característico y su mayor atractivo.

Yo creo que así como hay aves de rapiña, debe haber ojos de rapiña, que con cada mirada hacen presa de un alma y la devoran. Los de Manuel me hicieron presa, me fascinaron, me aturdieron, casi te diría me consumieron. ¡Oh!, tu Venus Uraña se tornó Venus Araña, presa en sus propias redes; la Venus de diamante se hizo Venus de manteca, se derritió. En fin, para decírtelo en lenguaje vulgar, me enamoré como una loca, y todas aquellas cosas que antes te dije que sentía, estallaron como estalla la dinamita, desbordaron como desborda la escondida leva de un volcán ignorado. ¡Por fin supe lo que era el amor! ¡Qué dicha! ¡Qué inmensa, qué divina cosa!

Ahora agrega á aquellos ojos una frente blanca, pálida, espaciosa, de esas donde las ideas parece que tienen más espacio para fermentar; pelo negro y brillante, una boca grande, movible y propia para las grandes expansiones y elocuencias de gran orador que era; unas facciones finas; coloca aquella cabeza espiritual sobre un cuerpo alto, delgadísimo, de donde la carne y la materia se habían evaporado dejando á los huesos el pretexto de albergar un alma. Figúrate todo eso, y formarás una vaga idea de quién era el gran abogado, periodista, escritor, erudito, literato, y sobre todo el elocuentísimo orador de quien habrás oído hablar, y que hoy sería ministro y cuanto hay que ser si ese vals, ó, mejor dicho, si yo no hubiera precipitado en el sepulcro á aquel nobilísimo y supremo tipo de la especie humana, aquel pobre y romántico héroe de mi vida: Manuel Montesa y Colona.

—Cálmate, pobre Julia. ¿Ves? Las lágrimas vuelven á tus

ojos, y si el contarme esa historia y remover tus recuerdos ha de ser para atormentarte, déjalo para otro día y otra ocasión más adecuada que un baile. No necesitas decirme quién era Manuel Montesa. Su nombre y su fama llegaron hasta mí, que soy uno de sus más fervientes admiradores y casi diría discípulos. Tengo todos sus libros, sé poco menos que de memoria sus magníficos discursos. Su magistral estudio sobre el *Pesimismo contemporáneo;* su *Síntesis del Derecho;* su libro económico-humorístico *Ricos y Pobres*, sus *Idolatrías Literarias*, sus *Anatemas Políticos* y otros, han sido para mí verdaderas revelaciones, han rectificado mis ideas, han fortalecido mi pensamiento y hasta han influido en mi conciencia. Aquel hombre era un genio, y cuando en la Habana supe la noticia de su prematura muerte, tuve un verdadero pesar y lo consideré como una pérdida nacional. Hasta un pequeño tomo de poesías publicado después de su muerte con el extraño título de *Lucífera* le sé casi todo de memoria.

Lucífera, la divina,
Tú, de la luz portadora,
Cuyo rayo me ilumina,
Cuyo calor me devora.

—Esa *Lucífera,* la portadora de la luz y del calor, era yo; yo reuní sus versos, casi todos inéditos, casi todos dedicados á mí, y los publiqué como un tributo á su genio ignorado de poeta.

—¡Ah! bien se ve por ese libro cuánto y cómo te amaba aquella alma extraordinaria, tierna y apasionada. Ahora que sé en quién pusiste tu cariño, comprendo tu adoración hacia él. Tenías razón, Julia, al decir que aquel era un verdadero hombre. Era el hombre digno de ti y nacido para ti. Nosotros, tus antiguos adoradores, con nuestras frivolidades, nuestras pedanterías, nuestra erudición de salón, nuestra literatura de gacetilla, nuestras corrupciones de casino y hasta nuestra afeminación de *boudoir,* no podíamos llegar al fondo de tu cora-

zón, y para vengarnos te le negábamos. Tú eras y eres una mujer superior, esencialmente intelectual, fría y dura en apariencia como el pedernal; pero chocaste con el eslabón del genio y brotó la chispa escondida. Os comprendisteis y os abrasasteis en un amor *intelectual,* en una pasión *cerebral.*

—Tú lo has dicho, Perico: nuestro amor ante todo fué un amor intelectual y cerebral. Calificarle de platónico sería empequeñecerle, pues el platonismo suele ser disfraz de amores sin fuego y de neurosis é histerismo morales. En el amor que me inspiró aquel hombre había algo más que ese idealismo vaporoso y hasta enervante que inspiran las ideas puras, las abstracciones inmateriales. Nuestra vehemencia nerviosa, casi enfermiza, se atemperaba por una especie de romanticismo místico, un respeto mutuo, algo así como sagrado que casi convertía en culto y en santidad lo que en los demás suele ser degradante sensualidad. Nuestra bienaventuranza consistía en que éramos dos limpios de corazón. La carne, los sentidos que suelen ser la medula de los amores mundanos, en nosotros parecía que sólo servían de mecha para alimentar la llama pura del alma. Como esa aureola con que pintan á los santos, la frente de Manuel estaba como circundada de una aureola pensante, que á mis ojos le transfiguraba en un ser sobrehumano. La cosa más sencilla dicha por él tomaba una nobleza de expresión, una claridad elocuente y poética que deleitaba; un disparate él le transformaba en idea; de una idea sacaba un mundo. Yo creo que era elocuente hasta para decir buenos días. Su conversación era casi un espectáculo. Muchas veces parecía que no decía nada, y después que se daba uno cuenta de la frase, la frase era una lección. Si Manuel hubiese sabido mentir, la misma mentira en su boca se convertiría en verdad, á lo menos para mí.

En política, tú que has leído sus escritos y discursos, sabes de sobra la que era. Porque no pertenecía á ningún partido, porque se salía de lo que él llamada el redil de los borregos políticos, ó el corral de las gallinas administrativas, ó el charco

de lo gansos jurídicos; porque buscaba las alturas, la cima de las ideas para ver desde allí los conjuntos, los panoramas, los siglos, la historia, la verdadera topografía mundial, según su frase, sus enemigos no diré, pues no los tenía, pero sí sus envidiosos, que eran muchos, le llamaban soñador, utopista, declamador, retórico, y hasta hubo un escritor maligno que le puso por mote *Don Quijote de las Manchas del Sol,* á lo que él contestó que más vale ser Quijote aunque sea de las manchas del Sol que ser, como son tantos, *Sancho Panzas de los Lodos de la Tierra.* Cuando muchos de los llamados hombres serios le combatían y llamaban sofista, él se reía y decía: «No importa: ya me darán la razón sus nietos de Vds., para ellos hablo y escribo. No nos entendemos.» Es claro, las águilas y las tortugas no se entienden.

Manuel tenía ideas propias, vivas, suyas, según decía, como su pelo, nacidas en su propia cabeza y no postizas como pelucas compradas en las peluquerías escolares. De esas ideas, de su inmensa erudición, de sus amplios puntos de vista, de sus audacias de pensador, de cuanto constituye al hombre mental, sus libros y discursos te han llevado un reflejo, un eco; sí, sólo un eco, pues habías de oir aquel acento débil pero claro, simpático, armonioso, aquella palabra clásica, vibrante, serena y llena de la sustancia del saber y doctrina; aquellos apóstrofes de profeta que arrebataban á las Cámaras, fascinaban en los ateneos y triunfaban en el foro. Yo no tengo talento suficiente ni palabra adecuada para pintarte aquel ser dotado de todas las potencias intelectuales de las que en sus obras ha dejado sólo unas leves chispas. Mucho menos la tendría para darte idea de aquel hermoso é inmenso corazón que yo sólo medí, comprendí y rompí; de aquel corazón, hermano de su cerebro, y con eso está dicho todo. Para hablarte de eso necesitaría una noche entera, y el tiempo avanza. Sigamos adelante.

Naturalmente, al amar y ser amada por tal hombre, me identifiqué con él en ideas, sentimientos, creencias y dudas; y

á tal punto me absorbió corazón y pensamiento, que dejé de ser mujer para ser una especie de espejo vivo reflejando la luz de aquel espíritu. El era mi ídolo y mi oráculo, y si me hubiera dicho que el cielo era amarillo, el mar de tinta ó el sol de cartón, me lo hubiera creído sin vacilar, pues en sus labios hasta el disparate tomaba para mí la infalibilidad de axioma.

Bien sé que dirás que exagero, que mi adoración y mis aficiones de literata y escritora me hacen presentártele como un héroe de poema romántico, que divinizo á mi ídolo. Puede ser; pero yo te le pinto, si no como era, como aparecía á mis ojos á través de mi ilusión ó mi locura, si así quieres llamarla: y no debía ser ilusión mía su mérito, porque, no sólo yo, sino todas las mujeres le adoraban; todas eran mis rivales, pero yo, en vez de sentir celos, sentía un inmenso orgullo al pensar que aquel tesoro tan codiciado me pertenecía á mí sola. Cuando peroraba ó escribía, ú obtenía triunfos, aplausos y elogios en la prensa, yo me ponía satisfecha como si fueran tributados á mí, de tal manera miraba como parte, y casi como un duplicado de mi propio espíritu, el entendimiento, el corazón, la grandeza y la gloria del pobre Manuel.

Ya le conoces, aunque imperfectamente; pero, ¡ay!, ignoras lo más triste, lo más horrible: la tragedia de su vida y de mi vida. Aquella joya estaba engarzada en barro quebradizo, aquella llama sostenida en una pavesa. Manuel estaba tísico. Su inmenso corazón y sus pulmones, que lanzaban el torrente de sus elocuencias, no cabían en la angostura de aquel pobre pecho tan frágil como apasionado. La naturaleza, al fin ciega, no supo dar las amplitudes necesarias á aquel gigante, nacido quizá para dirigir un mundo ó amaestrar un siglo.

La sangre, rompiendo aquellas venas frágiles, desbordaba á lo mejor en vómitos que le ponían al borde de la muerte. La pasión, el talento, el saber, el estudio incesante, los trabajos verdaderamente forzados que su triple cargo de abogado, escritor y político, le imponían, unidos á la vehemencia de sus

sentimientos, se convertían en fuerzas ocultas, que si acrecentaban su fama y su fortuna, minaban, como gusanos, los pobres tejidos de su constitución. Doctores afamados, remedios enérgicos, Panticosa con sus milagros minerales, todo era inútil para atajar el curso de la implacable consunción que le devoraba. El convencimiento de su muerte, lejos de inspirarle terrores, daba á su rostro una serenidad, una melancolía, una dulzura y resignación de mártir, una sonrisa entre irónica é infantil, que transfiguraba su cara pálida y amarillenta como el marfil, donde brillaban y vibraban aquellos dos ojos incomparables. El vivía por mí y para mí, y hablaba de su fin con la tranquilidad, y á veces hasta con el ansia con que se habla y dispone un viaje de placer. Puede decirse que le mantenía en pie, casi en equilibrio, su voluntad de hierro, y el hierro que le hacían tomar y que él tomaba por complacencia, decía que estaría mejor empleado en hacer un clavo, que al fin sirve para sostener algo útil.

Como comprenderás, yo no vivía: nuestro amor era un delirio y una fiebre; nuestras breves y difíciles entrevistas casi un adiós perpetuo. El amor y la muerte de Leopardi, su poeta favorito, para nosotros eran en realidad hermanos.

Al principio, Manuel y yo nos veíamos con bastante frecuencia. Un pleito, empeñadísimo y ruidoso que tenía mi padre casi perdido, fué el motivo de que nos conociéramos. Viéndose mi padre al borde de la ruina, gracias á sus derroches, acudió, como á última tabla de salvación, á Manuel. Mi padre, como recordarás por aquellas tremendas disputas políticas y religiosas que teníais, era reaccionario por instinto, por convicción y hasta por terquedad, pues por no dar su brazo á torcer nunca daba la razón, aunque bajase, como él decía, el Espíritu Santo en figura, no de paloma, sino de silogismo. En el ejército, tú sabes que no sólo admiraban su valor temerario, sino su voluntad de hierro, hasta el punto de que solían darle el apodo del general *Ferrotesta*, el general blindado, el general *No*, pues en diciendo él no, ya se sabía que no había

poder humano capaz de hacerle decir sí: su *no* era una muralla. El aplicaba á la política y á la moral, es decir, á su moral, toda la rigidez de la Ordenanza y la severidad de la disciplina. Para él los principios eran todo. Vividor, guapo, calavera, jugador incorregible, hombre de mundo, y dado, como sabes, á los galanteos, á pesar de sus años, transigía con todos los pecados capitales y veniales; pero con una teoría, jamás. Las de Manuel eran, como sabes, el polo antártico de las de mi padre, que, aunque reconocía su talento y su fama, decía que era un brillante sofista, un declamador verboso, un filósofo diabólico, un corruptor social, y que hombres como él eran la verdadera filoxera de la viña del Señor, que había que extirpar con pólvora y azufre. Llegó, sin embargo, un día en que sus despilfarros pusieron nuestra casa al borde de la ruina, y en que el asilo de San Bernardino empezó á reclamarnos como huéspedes. ¿Lo creerás? Por primera vez en su vida, cediendo á ruegos y consejos de amigos, ó más bien á la necesidad, única cosa más fuerte é imperiosa que su voluntad, resolvió entregar su suerte y poner su derecho, ó más bien el mío, pues se trataba de la fortuna de mi padre, en manos del abogado de más reputación y más brillantes triunfos; en manos de Manuel, á cuya inteligencia extraordinaria, á cuyo interés, esfuerzos, palabra y generosidad debo el ser hoy rica y estar aquí sentada contigo, en vez de estar quizá en la calle pidiéndote una limosna cuando salieras.

Llamó mi padre á Manuel, y á los pocos días el inflexible, el intransigente, el blindado general, estaba hecho un guante, conquistado, hipnotizado por el demagogo sofista, retórico y poético abogado Manuel Montesa. Tal era el poder fascinador y persuasivo de aquel hombre superior. Si un hombre del temple duro y seco de mi padre se enamoró de aquel verdadero *charmeur*, figúrate lo que sería de mí. Me enamoré perdidamente.

El venía casi todos los días, y muchos almorzaba ó comía con nosotros. La intimidad del abogado tiene algo de la del médico y el confesor: se le abre el alma, se le revelan todos

los secretos, en él se fundan todas las esperanzas, de él depende nuestra salvación. Por eso Manuel se apoderó de nuestra voluntad y de nuestro corazón. Como Desdémona y Brabantio, que ves en ese grabado escuchando extasiados las hazañas y sufrimientos del negro Otelo, así mi padre y yo escuchábamos embebecidos con admiración y deleite la palabra elocuente, erudita y original de Manuel. Mi padre apenas se atrevía á contradecirle; parecía á veces como convertido allá en su foro interno, y su silencio en él, tan disputador, era casi un asentimiento á cuanto Manuel decía. No daba un paso sin consultarlo con Manuel, y creo que si hubiera tenido que dar una batalla le hubiera consultado el plan estratégico. Manuel le dominaba por la dulzura, por la elasticidad; era el único que no trataba de imponerle su parecer. *Es mi opinión, es mi verdad, mi General*, le decía con encantadora modestia, y mi padre se doblaba y se entregaba desarmado, casi diré acariciado por Manuel como un león domado.

El día en que el pleito se falló á nuestro favor, mi padre estaba como loco de alegría, abrazó y hasta besó á Manuel, y le llamó hijo.

Nuestros amores, pues él también se enamoró de mí en el acto, eran un incendio que nos devoraba. Al principio mi padre, ó no lo advertía ó no le alarmaba, y hasta nos dejaba una libertad poco usual en España; una libertad que casi podría llamar *á la americana*, tanto más, cuanto que conocía la frialdad de mi corazón hacia el sexo masculino. Yo para él era un hermoso *marimacho*, un *esprit fort*, una muchacha incapaz de caer en las flaquezas é histerismos románticos de las demás mujeres. Muchas veces decía que yo era una amazona y que hasta le daban intenciones de nombrarme su ayudante de campo. Además, ocupado en escribir un tratado sobre reformas militares y absorbido por los quehaceres de sus mandos, á más de sus galanteos, casinos y clubs, se cuidaba poco de estudiar la índole de mis relaciones con Manuel, que le parecían de la más fraternal é inofensiva especie.

Un día, sin embargo, en que debía dirigir un gran simulacro, teniendo ya el caballo á la puerta, entró mi padre en mi cuarto, y fijando en mí una mirada á que su mismo uniforme prestaba algo del brillo y dureza del acero, apoyando sus manos enguantadas en el puño de su sable, y con una voz seca, cortante, casi de mando militar, me dijo:—Julia, es preciso que concluya tu coqueteo con Manuel. Yo le quiero, le estimo y le debo mucho; pero no puedo ni quiero consentir que entre vosotros exista otro sentimiento que el de la más pura y absoluta amistad. No necesito decirte más: tienes talento, me comprendes y me conoces. Obra en consecuencia; cambia de rumbo y no me obligues á intervenir en el asunto.

Yo iba á responder...

—¡Psss! He dicho.—Y dándome un rápido beso en la frente, dió media vuelta, y sonando espuelas y sable salió, dejándome muda, inmóvil y helada como una estatua. Comprendí la fuerza y la razón de aquel aviso, más bien de aquella orden, la inutilidad de toda discusión y sobre todo el peligro de la menor desobediencia. Entre Manuel y yo se interponía la muralla de la China, el veto, el famoso *No* del general D. Cayetano Torrente.

Desde aquel día Manuel y yo cesamos casi de vernos y hablarnos en presencia de mi padre y de las gentes. ¡Pero nuestro amor creció con el obstáculo. El fruto, al hacerse prohibido, se hizo más apetecible y más tentador; el peligro, el misterio y la dificultad con que nos veíamos á escondidas por rejas, ventanas y escaleras, aprovechando instantes favorables, daba á nuestro amor una exaltación romántica, un encanto novelesco. ¡Cuántas veces nos hemos separado, como la Julieta y el Romeo de ese grabado, al ver llegar la luz de la mañana y al oir... ¡oh prosa de la realidad!... no el canto de la alondra matutina, sino las campanillas de las burras de leche, lo que nos hacía reir y descender de las bóvedas del cielo á las *burradas* de la tierra como él decía, al darme un beso y un adiós! ¡Por supuesto, nos escribíamos unas cartas! ¡Ya te leeré al-

gunas de las suyas, y tú juzgarás lo que era aquel Romeo de tu amiga Julieta!

Nuestra situación era insostenible. Yo me consumía de amor y Manuel de tisis. Le propuse casarnos, pero él me respondió: Julia, los muertos no se casan. Yo insistí; yo deseaba ser su mujer, no para saciar la sed de mis amores, ni para ser madre de sus hijos. Quería ser suya, para tener el derecho de ser, no su esposa sino su madre; su enfermera; para cuidarle como una flor, para salvarle con mis caricias y cuidados, para llevar su nombre, compartir sus glorias, ayudarle en sus tareas, darle la salud ó morir de su propia muerte. A nuestro amor intelectual debía corresponder un matrimonio espiritual. El se oponía, por lo mismo que me adoraba. Me decía que él no podía matarme con el veneno del contagio de su mal; que puesto que él vivia en capilla y era un condenado á muerte, para qué profanar el divino poema de nuestro amor con el espectáculo repugnante de su enfermedad incurable. Tanto y tanto insistí, lloré, supliqué, desvanecí sus escrúpulos y sus delicadezas, que al fin, vencido por la tentación más que por convencimiento, en un momento supremo y un abrazo solemne de ternura y abnegación, decidimos unir nuestra vida ó nuestra muerte, y acordamos que Manuel pediría mi mano. Temblábamos por mi padre; pero quizá al ver que lo que él juzgaba un coqueteo pasajero era una pasión irresistible, cedería y daría su consentimiento. ¡Vana ilusión! A la formal petición que hizo Manuel de mi mano, mi padre, sin vacilar, á pesar de lo inesperado, dió por respuesta uno de aquellos *no* suyos que, como el verso de Dante, matan *ogni speranza:* Manuel no insistió; se retiró ofendido, y mi padre le prohibió la entrada en casa.

La negativa de mi padre, aunque la esperaba, me volvió casi loca de desesperación. Manuel, al despedirse, me dijo: «Julia, después de todo, tu padre hace bien; nos salva de una locura, te salva la vida.» Mi padre, al explicarme su oposición, me dijo: «Manuel es un grande hombre; le quiero y admiro, pero

jamás mi hija será mujer de un revolucionario, un impío y un tísico. Su enfermedad es castigo de Dios.» ¡Castigo de Dios! ¡Pobre Manuel! ¿Castigo de qué? ¡Aquel ángel de abnegación, lleno de humanidad, amor é idealismos ser castigado! ¡Castigar Dios á una de sus más hermosas y perfectas obras! ¡Qué absurdo! Pero mi padre tenía la ceguedad de la preocupación y la tenacidad del hierro frío. Bajé mi cabeza, callé y lloré á escondidas lágrimas de hiel y acíbar. La vida sin Manuel se me hizo intolerable; el corazón se me rompió; intenté suicidarme; tomé una disolución de fósforos y estuve casi á la muerte. Cuando recobré la salud y la razón, pues tuve delirios espantosos, un día, armada de resolución, con una firmeza y valor heredados de mi propio padre, arrostrando peligros, respetos y conveniencias sociales, despreciando mi propia reputación, me fuí derecha á casa de Manuel. Le propuse escaparnos; mas él, lleno de amor y de nobleza, se negó rotundamente. Su amor me escudaba contra mi amor. Yo hubiera sido su querida, su esclava. Si hubiera querido seducirme, me hubiera entregado á él sin la menor resistencia. Ante su amor mi honor desaparecía. Como Eloísa escribía á Abelardo, yo prefería ser su meretriz á ser emperatriz. ¡Qué grande fué Manuel en aquel momento! ¡Qué casto! ¡Qué sublime! Olvidando que era mi amante, se transformó en mi segundo padre, y como mi padre, él también me dió un *no* inexorable, un no que era el más tremendo y heroico sacrificio que un corazón abrasado en amor puede imponerse. Otro hombre se hubiera dicho: aquí se me viene á los brazos una mujer joven, hermosa y ciega de amor, como una mariposa á abrasarse en el mío. Puesto que voy á morir, gocemos lo que me resta de vida, y después... durmamos en paz. Por lo mismo que Manuel no creía ni temía nada de este ni del otro mundo, por lo mismo que su moral era libre y sus pasiones de fuego, pudo haber aceptado mi amor y mi cuerpo como el último don, como la última copa de placer que le ofrecía la vida. Santa filosofía la de aquel impío, que nos transportaba á regiones más altas y puras que las de esas teologías de Tar-

tuffes que hallan siempre *des accommodements* con el cielo. Manuel era un incrédulo, y fué para mí el sacerdote de la pureza. Le hice una oferta de cortesana, y me contestó con un sermón de apóstol sublime; pudo ser mi seductor, y fué mi ángel de la guarda. Estaba loco de amor por mí, pero su locura era santidad. Salí de su casa llorosa, afligida, pero inmaculada, ennoblecida, transfigurada, casi diría bautizada en el agua de un Jordán. Manuel me apareció más que como un hombre como un santo. Mi amor casi se transformó en una verdadera devoción, en un fanático culto.

Decidimos seguir amándonos, escribiéndonos y viéndonos con el mayor misterio. Sus cartas, que acaso algún día publique, son un tesoro literario, un verdadero tratado de filosofía del amor y del deber.

Dada la severidad y vigilancia de mi padre, comprenderás que nuestra correspondencia no podía entregarse á la insegura mediación de carteros y criadas, y que nuestras entrevistas tenían que ser raras, breves y en casa de persona de la más absoluta confianza. Esa mensajera y mediadora fué mi semiparienta y amiga, Josefina Rosáldez, á quien supongo que recordarás.

—¡Oh!, sí la recuerdo. Una viuda, guapa, alegre, coqueta como ella sola, y á quien yo no le parecía saco de paja. A no haber estado guillado por ti... Pero no comprendo cómo te fiabas de ella, pues me hacía el efecto de ser, á más de coqueta, chismosa, parlanchina, de mala lengua y no muy buena intención.

—Tienes razón; pero qué quieres, á pesar de reconocer algunos de sus defectos, yo la quería y me quería; tenía ella en mí y yo en ella plena confianza. Además, su mismo carácter ligero, intrigante, se prestaba más que el de nadie á ser mediadora de enamorados. Solía decir que no hay papel más digno que el de mediadora (ella usaba otra palabra más expresiva), pues no hay nada más caritativo y hasta cristiano que hacer la dicha de seres que se aman. Sobre todo, Perico,

ya no tenía otra persona de quien valerme; así es que nos pusimos en manos de Josefina. Yo salía con ella á compras, paseos, teatros y tertulias. En su casa nos veíamos Manuel y yo de vez en cuando, y ella nos traía y llevaba cartas, recados y citas. Ella nos llamaba sus *tórtolos atortalados*, y nosotros nuestra paloma mensajera.

Mi padre, á todo esto, se mostraba reservado conmigo. De vez en cuando me hacía ciertas insinuaciones acerca del matrimonio, y aun me solía indicar determinados candidatos que, en su concepto, serían excelentes maridos. El desdén y sequedad de mis respuestas le detenían; pero para mí era evidente que le preocupaba la idea de casarme, no sólo para fijar mi suerte, sino para arrancarme del corazón el amor á Manuel, pues aunque nada sabía de nuestras relaciones, con su sagacidad de hombre de mundo bien comprendía por mis tristezas y misantropías, que Manuel reinaba todavía en mi alma y gobernaba mi voluntad. Viendo mi resistencia pasiva, callada, pero tenaz, á sus deseos, adoptó mi padre un plan de ataque indirecto; resolvió sitiar la plaza inexpugnable, como él solía llamar á mi corazón. Yo comprendí el juego pero me hice, como suele decirse, la tonta.

Tenía yo un primo en tercer grado, por la línea de mi madre, á quien no conocía, pues residía en Zaragoza, de donde era natural. Era militar, capitán de caballería, joven, guapo, muy rico y heredero de un título de marqués: no había *pero* que ponerle. Mi padre le conocía, y después de mediar entre ellos cartas, le tomó por su ayudante, y con motivo del parentesco le hizo venir á vivir en nuestra misma casa; resolución no muy acertada y correcta, viviendo yo sola con mi padre, que hacía vida poco casera y muy trasnochadora. Era evidente que se proponía hacerme caer en el garlito, en la tentación. Su plan era que me enamorase de mi primo.

Y en realidad hubiera podido y hasta debido enamorarme, á no haberlo estado, como lo estaba de Manuel. Roberto Val-

deleón y Monforte era un hombre brillante, y hasta podría calificarle de seductor. Era la más completa antítesis de Manuel. Alto, robusto, atlético, rebosando salud, juventud, fuerza y frescura. Un cuerpo soberbio, una musculatura poderosa, un temperamento sanguíneo. Su cara luciente, su color encendido y sano, sus ojos llenos de fuego, audacia y energía, sus dientes blancos, su bigote magnífico, su porte arrogante, sin petulancia. Todo en él revelaba la exuberancia de vida, la fuerza, el valor. Era el perfecto tipo del militar. Era el primer tirador, el primer jinete y hasta domador, el primer gimnasta, boxeador y nadador, no sólo en su regimiento, sino en su cuerpo. Hasta su nombre era fuerte y valiente, casi de poema épico. Tenía un verdadero lujo anatómico, y gozaba fama de valiente, duelista, enamorado y conquistador. Su espléndida constitución y su musculatura excesiva, casi de circo ecuestre, no le quitaba, como á otros, la elegancia y distinción. Su distinción era una *distinción militar*, por decirlo así. El cuartel le había dado la expresión severa y los modales imperativos del mando, en vez de las groserías y ordinarieces de cuerpo de guardia. A caballo, vestido con su uniforme de húsar, con su pecho realzado por bordados y sus bien ganadas cruces, estaba arrogante, espléndido. Las mujeres se le comían con los ojos. Era bastante inteligente, instruído en su profesión, nacido para el mando. Su porvenir estaba escrito en su persona: la faja de general vendría pronto casi sola á adornar su cintura de héroe. Su carácter, sencillo, franco, simpático, tenía la tenacidad y nobleza de la raza aragonesa.

Como ves, el plan de mi padre no estaba mal concebido. Roberto era el más temible rival para Manuel, justamente por el efecto del contraste. Era oponer la seducción de la carne á la del espíritu, la plétora á la tisis, el valor al talento, la espada á la pluma. Roberto era lo que se llamaba un buen partido, y desde que entró en casa apreció su mérito y hasta congeniamos; pero la idea de que se trataba casi de tomarme

por asalto sublevó mi amor propio, y me armé de pies á cabeza como una Minerva para defenderme con lanza y escudo en cuanto Roberto me hablase una palabra de amor. Sintiéndose apoyado y aun empujado por mi padre, empezó con disimulo, diplomacia y hasta con timidez á poner las paralelas y á estrechar el cerco. No te parecerá petulancia de mi parte si te digo que á poco de tratarme, mi primo estaba furiosamente enamorado de mí, hasta el punto de que, llevado por su carácter impetuoso, y echando fuera diplomacias y habilidades, un día, de repente y casi á boca de jarro, me disparó como un cañonazo, ó como si diera una carga de caballería, la más vehemente, volcánica y hasta belicosa declaración de amor que en mi vida he recibido. Pero esta vez sí que el Marte aragonés, el Marte polvorino, como tú le llamarías, se encontró cara á cara con la Venus Uraña, con la Venus Nivosina y Horchatera, y hasta podría decir con la *Venus Calabacina*, á juzgar por las calabazas mayúsculas que le dí. El insistió, suplicó, se arrodilló y hasta creo que medio lloró. «Mira, Roberto —le dije—no te canses; tú vales mucho, me eres simpático, te quiero como primo, pero mi corazón para ti es inexpugnable. Si es que mi padre no te lo ha dicho, yo te diré que mi amor pertenece y pertenecerá hasta la muerte á Manuel Montesa. Si por obediencia á mi padre no soy su mujer, por mí voluntad lo soy, y algún día espero serlo. ¿Cómo quieres que te dé mi corazón si no es mío?—Yo le conquistaré.—Pierdes el tiempo.—Plaza sitiada...—Aquí no hay plaza.—Pues habrá plazo.—Ni plazo.—No hay plazo que no se cumpla, ni plaza que no se rinda.—Mi plaza es como tu Zaragoza.—Allá veremos—me dijo;—á fuerza de adorarte concluirás por quererme. Así como así, tu Manuel dejará de quererte ó dejará este mundo, y entonces ocuparé su vacante.» Iba casi á pegarle por la blasfemia; pero se alejó vencido y despechado.

Desde aquel día no volvió á hablarme de amor, pero redobló sus amabilidades y galanterías. Quería ser la gota de

agua y agujerear esta piedra de mi corazón. Mi padre, su aliado, á fin de facilitarle su empresa de conquista, se dedicó á mí con mayor asiduidad y cuidado que antes. Me acompañaba á paseos, teatros y tertulias, siempre, por supuesto, acompañados del inseparable primo y ayudante.

José ALCALÁ GALIANO.

(Se concluirá.)

LA REACCIÓN PROTECCIONISTA EN ESPAÑA

La Asociación para la reforma liberal de los Aranceles de aduanas y D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: No vayamos tan atrás, porque entonces me voy á encontrar con que uno de los muertos á que se refería el Sr. Cos Gayón ha sido el Sr. Cánovas del Castillo, puesto que el Sr. Cánovas del Castillo ha sido también librecambista.

El Sr. Cánovas del Castillo: ¿Yo? ¿Cuándo?

El Presidente del Consejo de Ministros: Su Señoría ha pertenecido á la Asociación para la reforma de los Aranceles.

El Sr. Cánovas del Castillo: Cuando era de simple estudio de los aranceles; pero tan pronto como la Asociación se declaró librecambista, me separé de ella...

El Presidente del Consejo de Ministros: Bueno, no se moleste S. S. *(Risas.)*

El Sr. Cánovas del Castillo: Y no he asistido á ninguno de sus *meetings*. Pero no era esa la cuestión. ¡No parece sino que la base quinta pertenece á la historia romana! *(Risas.)*

(Extracto oficial de la Sesión del Congreso de los Diputados de 19 de Diciembre de 1894.)

En Mayo de 1891, cuando el Sr. Cánovas del Castillo estaba elaborando los aranceles de Diciembre de aquel año, terminaba yo un artículo, publicado en el *Journal des économistes*, de París (1), sobre la situación del proteccionismo español, con la frase *¡Dios nos asista!*

Preveía yo, desde entonces, y no ha podido por lo tanto sorprenderme, que la reacción proteccionista arancelaria, iniciada por el ilustre jefe del partido conservador al subir al

(1) Número de 15 de Mayo de 1891.

poder en 1890, había de rebasar los moderados límites que el Sr. Cánovas le señalaba desde los bancos de la oposición, en su discurso de Enero de 1888. Los egoísmos industriales, las codicias de los intereses favorecidos de antiguo por el Arancel aduanero (egoísmos y codicias á los que el mismo Sr. Cánovas del Castillo había opuesto enérgica resistencia desde el gobierno cuando levantaron bandera parlamentaria contra el Arancel de 1869 y la famosa base quinta, en el primer período de la restauración), tan pronto como se vieron en 1888 halagados y solicitados por el partido conservador, que por este medio se propuso reforzar sus debilitadas fuerzas políticas, sintieron que era llegado para ellos un momento oportuno de combatir con grandes probabilidades de triunfo, y de anular, tal vez por mucho tiempo, las reformas liberales planteadas en 1869. Y al ponerse al lado del partido conservador esos egoísmos y codicias, convocados por el Sr. Cánovas del Castillo, sucedió lo que no podía dejar de suceder; lo que en todos los casos análogos ha sucedido y sucederá siempre. Había, el jefe del partido conservador ofrecido, en su discurso de 1888, seguir, cuando volviera al poder, una política proteccionista, pero con *prudencia* y *lentitud*, para no hacer *del gobierno una lucha desesperada, en la que nada quede fijo, y cada cambio de gobierno sea la destrucción de cuanto hizo su antecesor*. Había condenado el proteccionismo antiguo, calificándolo de *irracional*, y formulado el programa del proteccionismo nuevo, diciendo: «Hay *que no proteger jamás*, cuando no sea *necesario;* hay que *proteger* muchas veces, cuando *es conveniente; siempre*, cuando *es indispensable.*» Había explicado en otro discurso de aquel mismo año, pronunciado en Barcelona, la dificultad de proteger á la vez á la industria fabril y á la agricultura, cuyos intereses le parecían contradictorios entre sí, por ser el objetivo de la primera la conservación del mercado interior y el de la segunda la conquista de los mercados exteriores. Había reconocido de este modo que no es posible *proteger* por medio del arancel *á una determinada indus-*

tria, sin perjudicar á todas las demás. Quería, pues, el Sr. Cánovas del Castillo una reacción en los aranceles *moderada* y *prudente;* pero los nuevos auxiliares de su política, comprendiendo que se les había buscado por estimarlos necesarios, extremaron sus exigencias, y en vez de *auxiliar* al Sr. Cánovas y *al partido conservador*, se propusieron y consiguieron bien pronto que aquél y éste se convirtiesen en dóciles instrumentos de la reacción arancelaria, por los egoísmos industriales realmente dirigida. Desde los últimos meses de 1890, el señor Cánovas dejó de ser el jefe del movimiento proteccionista español, y hoy no va al frente de las fuerzas proteccionistas; va á la zaga, arrastrado por ellas; aceptando todas sus iniciativas; sometiéndose humildemente á todas las pretensiones, por exageradas y absurdas que sean, así de los ferreteros, como de los laneros y algodoneros, como de los especuladores en trigos. Para el Sr. Cánovas, los derechos, llamados protectores, no se determinan ya por su famosa fórmula de 1888. Las tarifas han de ser para cada industria lo que estimen conveniente los interesados en ella, y estos mismos interesados han de señalarlas al gobierno, cuyo papel se reduce á colocarlas en el Arancel general. Así se hizo en 1891, según pública y explícita confesión de uno de los principales autores del Arancel, á quien, según opinión común, tiene destinada el Sr. Cánovas la cartera de Hacienda en el primer gabinete que forme, después de la caída, que ya parece próxima, del Sr. Sagasta.

Lo que sucede al Sr. Cánovas en su campaña proteccionista es una consecuencia necesaria de su errada conducta política; consecuencia, que un hombre de su gran talento y larga experiencia, debió prever antes de abrir los antros de los vientos proteccionistas. Estos, al sentirse libres y estimulados por el partido conservador, han arrollado al Sr. Cánovas, como lo han arrollado todo. Ya nada les satisface, y cualquiera fuerza política que se proponga contener sus excesos, será considerada por ellos como irreconciliable enemigo, al que combatirán por todos los medios de que en nuestro país

dispone el caciquismo de los industriales y especuladores poderosos, enseñoreados de las principales regiones de España.

Los lamentables efectos del presente estado de cosas aparecen ya ante el observador imparcial con evidencia plena, y hoy, más que en 1891, los españoles que conservamos la serenidad del espíritu y la fe en los principios liberales, y no somos movidos por impulsos egoístas, políticos ó de otro género, debemos pedir á Dios que *asista* y ampare á este país desdichado.

Al extremo á que hemos llegado por las imprudencias del partido llamado conservador y las debilidades del llamado liberal, no vemos, en efecto, remedio inmediato posible. Las predicaciones de la verdad y de la ciencia, en momentos de embriaguez y de pasión, son completamente ineficaces. La opinión extraviada acoge entonces con gran facilidad, y recibe sin examen los desatinos más estupendos, y da crédito á las afirmaciones más falsas. El error adquiere la fuerza incontrastable del ciclón tropical, y hay que dejarlo pasar, guareciéndose en lo posible de su furia, hasta que por efecto de los estragos generales que causa, aprendan los hombres que tienen ojos y no ven, que han sido víctimas de los que, teniendo ojos, no quisieron ver, y los cerraron al sentirse cómodamente mecidos y llevados por la ola proteccionista.

Los partidarios de la libertad de comercio en estas circunstancias, no pueden discutir. La gritería de los intereses, triunfantes en el terreno de los hechos, impide que los espíritus, apasionados y perturbados por el error, oigan la voz de la ciencia y del buen sentido. Han de limitarse por ahora los adversarios del proteccionismo á *protestar* con claridad y con energía, ratificándose en sus principios y convicciones, y aguardar tristemente, porque triste es siempre el espectáculo del error victorioso y de las miserias que produce, con la conciencia tranquila y la firme esperanza de que la preponderancia del error sea poco duradera.

La depresión económica general de nuestro país, cada vez más patente, y la inevitable lucha á que el régimen proteccio-

nista da origen entre los intereses contradictorios entre sí de las diversas clases industriales, enfriarán bien pronto los ciegos entusiasmos, y prepararán á la opinión pública para que escuche y preste de nuevo asentimiento á las leyes y demostraciones de la ciencia económica, que aceptó en época no muy lejana como buenas y verdaderas, abandonando los antiguos sofismas en que el sistema de la protección arancelaria está exclusivamente fundado.

Porque es de notar, que ni el ilustre jefe de la reacción económica española, ni ninguno de los dioses menores del proteccionismo de los presentes días, han aducido hasta ahora, ni creo que podrán aducir en lo sucesivo, un sólo argumento *nuevo* en favor de su causa. Así, el Sr. Cánovas del Castillo, y todos los conservadores que le siguen y obedecen en esta campaña, como los individuos de los partidos liberales y democráticos, que, con abandono de la lógica, por error ó por interés político, apoyan las codicias proteccionistas, cuando hablan ó escriben, no hacen más que reproducir las afirmaciones de los sectarios de la anticuada y desacreditada balanza mercantil, un poco disfrazada con el traje del socialismo del Estado, inventado hace más de medio siglo en Alemania. Cierto es que alguno de los actuales proteccionistas, *meros dilettantis* de la protección, tienen por cosa nueva esas viejas afirmaciones, que oyen ahora por primera vez; y no falta quien se forje la ilusión de que las ha sacado de su cabeza por estudio directo de los hechos y propia y personal meditación, como el célebre Pascal descubrió, siendo niño aún, por su propio é individual esfuerzo, los primeros teoremas de Euclides. Pero ni la ignorancia sencilla de los primeros, ni la arrogante presunción y el peregrino ingenio de estos modernos Pascales, inventores de cosas inventadas, conocidas y hace mucho tiempo abandonadas por absurdas en el campo de los estudios científicos, pueden dar novedad á lo que no la tiene.

Los proteccionistas de hoy hablan y dicen lo mismo que los de la primera mitad de este siglo, alegando iguales erró-

neos argumentos, desfigurando y falseando los hechos, y escondiendo los intereses particulares y egoístas de los poderosos industriales privilegiados, detrás de un supuesto interés general, para hacer creer al vulgo que los librecambistas somos acérrimos enemigos de la patria, á la cual queremos arruinar en provecho de las naciones extranjeras.

No he de ocuparme ahora en refutar tales cosas, porque, como he dicho antes, no son oportunos estos momentos para que los librecambistas *discutan* seriamente con el proteccionismo triunfante, y debemos limitarnos á protestar, manteniendo enhiesta la bandera de la libertad del comercio, y reservar las fuerzas para reanudar nuestra propaganda, cuando el hecho brutal de la ruina de la producción española, tomada en su conjunto, empiece á disipar las embriagueces proteccionistas.

Pero ya que renunciemos por ahora á *discutir* sobre doctrinas, no hemos de resignarnos á dejar pasar sin la debida y pronta *rectificación*, aquellas afirmaciones inexactas de los adversarios del librecambio, que tienden á desfigurar ante la opinión pública la historia y las condiciones y propósitos de la propaganda librecambista, iniciada y continuada desde el año 1859 por la Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas.

Una de esas rectificaciones es el principal objeto de estas líneas. Después de consignar las anteriores observaciones, que me han parecido necesarias para fijar la actitud que se ven obligados á adoptar hoy los partidarios firmes y constantes de la libertad de comercio, pido á mis lectores que presten su atención al breve y curioso diálogo público entre los Sres. Sagasta y Cánovas, que á manera de epígrafe he colocado al frente de este artículo.

Por lo que se deduce á primera vista de las afirmaciones del Sr. Cánovas en la sesión del Congreso de los Diputados de 19 de Diciembre último, puede creerse que el ilustre jefe del partido proteccionista conservador padece de debilidad de me-

moria en lo que á su propia historia se refiere. La insistencia con que el Sr. Cánovas niega una y otra vez haber sido librecambista antes de la revolución de 1868, y las inexactitudes que comete siempre que habla de la Asociación para la reforma aduanera, á la cual perteneció durante cinco años (1859 á 1864), no tienen, en efecto, explicación razonable, sino por una grave perturbación de la primera potencia del alma, ó, lo que sería peor, por un acto de la voluntad, empeñada en la empresa poco correcta de desfigurar los hechos, para que la vida del ilustre jefe actual del proteccionismo aparezca á los ojos de sus secuaces limpia de todo pecado de librecambio. No le basta quizás al Sr. Cánovas que las poderosas clases industriales sepan que *ha venido* en la edad madura *á ser proteccionista*, y que hoy nadie puede hacerle competencia, con este carácter, en el campo político; porque los proteccionistas del partido gobernante son tímidos y vacilan ante la necesidad de transigir, más ó menos, con los liberales, para evitar que se les venga á unos y otros la posada común encima.

Es indudable que sólo el Sr. Cánovas ofrece, para cuando vuelva al poder, plena satisfacción á los apetitos del proteccionismo; pero el eminente jefe del partido conservador teme, quizá, que haya quien dude de la sinceridad de sus ofrecimientos y de la firmeza de sus propósitos, recordando que, á raíz de la publicación del Arancel de 1891, se sirvió el señor Cánovas de ese mismo Arancel como mero instrumento de guerra, para poder celebrar con mayor ventaja tratados de comercio. Y el temor del Sr. Cánovas no está desprovisto de fundamento, porque, si no ha perdido también la memoria de lo que hizo y dijo en el poder en 1892, ha de tener muy presente el disgusto que en las regiones del proteccionismo causaron aquellas solemnes declaraciones pesimistas suyas, sobre los *egoísmos nacionales* que en el orden económico *habían traspasado sus racionales límites*, y tendían *nada menos que á la confiscación de los derechos de la humanidad;* disgusto que se aumentó considerablemente después, al ver que en los con-

ciertos mercantiles celebrados con varias naciones en el mismo año, abandonó el Sr. Cánovas el rigor de la tarifa *mínima*, y volvió con cierto disimulo á la abominada, pero inevitable cláusula de la *nación más favorecida*, aceptándola virtualmente en el *modus vivendi* con Francia, al comprometerse á no imponer á los productos de esta nación tarifas diferenciales.

Cualquiera que sea la causa del empeño del jefe del partido conservador en probar que no fué librecambista en ninguna época de su vida, el hecho cierto es que el empeño existe, y que, para conseguir su objeto el Sr. Cánovas, siempre que se alude á sus antiguas convicciones económicas, se permite hacer afirmaciones inexactas, que, por respeto á los fueros de la Historia, no se deben dejar pasar sin el oportuno correctivo.

No es esta la primera vez que me ocupo en estas necesarias rectificaciones, cumpliendo el deber que me impone la circunstancia de haber sido secretario general de la Asociación para la reforma de los aranceles, durante el período en que perteneció el Sr. Cánovas á la Junta directiva de la misma. En una conferencia que expliqué en el Ateneo de Madrid en Mayo de 1888, ocupándome en el examen del discurso-programa pronunciado en el Congreso el 9 de Enero del mismo año por el Sr. Cánovas (quien había ya negado sus antecedentes librecambistas, discutiendo con el diputado Sr. Cobián), hube de referir que entre los fundadores de la Asociación para la reforma liberal de los aranceles había figurado el Sr. Cánovas del Castillo.

Algún tiempo después, en 1891, el jefe del proteccionismo español me dispensó el señalado honor de publicar en la *Revista de España* una extensa contestación á mi conferencia, pero nada dijo entonces contra la perfecta exactitud de aquel hecho afirmado por mí, y lo dió por cierto implícitamente, al explicar en su escrito *cómo había venido á ser doctrinalmente proteccionista*. Aquélla era, en efecto, la ocasión oportuna para negar que hubiese *venido* al proteccionismo *desde el librecambio*, y de rectificar mi afirmación de que el Sr. Cáno-

vas del Castillo había ocupado un puesto importante entre los partidarios de la libertad comercial asociados por primera vez en 1859.

Pero el Sr. Cánovas, que desaprovechó la ocasión de su escrito de 1891 para demostrar que estaban equivocados los que le creímos en algún tiempo librecambista, ha repetido luego más de una vez *que no lo ha sido nunca*, y últimamente lo ha hecho en el Congreso, en forma tal que me obliga á presentar al público una demostración completa de la exactitud de mi referencia de 1888, en justo respeto á la historia y á la verdad.

Tal vez algún lector, al llegar á este punto, se pregunte si el hecho de que el Sr. Cánovas del Castillo haya sido ó no librecambista en su juventud, y pertenecido ó no á la Asociación propagadora de los principios de la libertad mercantil, tiene un interés tal que sea necesario, ó al menos conveniente, ocupar con este motivo en los momentos presentes la atención pública.

El Sr. Cánovas del Castillo dice que es hoy *doctrinal y radicalmente proteccionista;* y afirma que está dispuesto á practicar en el gobierno la política de este sistema, sin reservas ni desmayos, dando á todas y á cada una de las industrias nacionales la protección arancelaria que se necesite para realizar el ideal de que *exportemos mucho y traigamos poco ó nada del extranjero*. ¿Qué importa lo que puede haber pensado ayer? ¿Acaso es el Sr. Cánovas del Castillo el único Saulo del proteccionismo, convertido de un modo más ó menos repentino por la visión sobrenatural del camino de Damasco? ¿No se hallan en igual caso otros muchos antiguos librecambistas? ¿No hemos presenciado más de una vez el espectáculo de individuos que á los pocos meses, y aun á los pocos días, de haber ocupado un distinguido puesto en la Junta directiva de la Asociación para la reforma liberal de los Aranceles, han defendido en las Cortes, ya desde los bancos rojos, ya desde el azul, las pretensiones proteccionistas? ¿No hemos visto periódicos acre-

ditados, defensores constantes durante muchísimos años de la libertad mercantil, pasar casi repentinamente al campo contrario?

Son, en efecto, numerosísimos los ejemplares de este género que podrían citarse; pero no hemos visto más que un solo caso en que el antiguo afiliado á la escuela del librecambio se haya empeñado en hacer creer á las gentes que no comulgó jamás fuera de la iglesia proteccionista. Y este caso único es el del Sr. Cánovas del Castillo, y por ser *único* merecería ya alguna atención, aunque se tratara de persona no tan ilustre, ni tan respetable por su alta situación política y su innegable influjo en los destinos de la patria.

Tratándose del actual jefe del proteccionismo español, el caso reviste considerable importancia.—Es el Sr. Cánovas del Castillo un personaje histórico; los hechos todos de su vida pública han de ser escudriñados, estudiados y juzgados por las generaciones presentes y futuras. En hombres de tal altura, todo es interesante ; y los que pretendan escribir la verdadera y completa historia española del último tercio del siglo XIX, dedicarán, seguramente, especial atención á la investigación de las doctrinas profesadas y de los actos ejecutados por el Sr. Cánovas del Castillo, en cada uno de los períodos en que, colocado en situaciones diversas, de importancia siempre creciente, ha ejercido influjo innegable en la evolución de las ideas y de las costumbres del país.

Paréceme, por tanto, obra patriótica y digna de aplauso la de facilitar á los futuros historiadores el más exacto conocimiento de los hechos, y separar del camino de sus investigaciones los obstáculos que pudieran inducirlos á error. Y si es importante que sepan *cómo el Sr. Cánovas vino en su edad madura á ser doctrinalmente proteccionista,* de igual importancia parece que ha de ser que sepan *de dónde vino,* porque sólo sabiendo ambas cosas podrán comprender y apreciar con acierto y exactitud completos los actos del Sr. Cánovas anteriores á la revolución de 1868, así como los del período revo-

lucionario y del primero de la restauración, y los del más reciente que empieza hacia 1880 y dura todavía. Y digo lo mismo de los actos que en la larga vida que deseamos al actual jefe del partido conservador español, puede aún ejecutar, si por nuevas evoluciones de su poderosa inteligencia llegara á creer conveniente al interés general de su patria emanciparse de la servidumbre proteccionista en que vive, y ya que no hacer un viaje de regreso al campo librecambista, emplear por lo menos su esfuerzo en contener los excesos de las clases protegidas por el Arancel; las cuales, según declaración de 1892 del mismo Sr. Cánovas, antes citada, movidas por los *egoísmos nacionales* (que tienen su natural origen y su fuerza en la conjunción de los egoísmos particulares), *traspasan hoy en el orden económico sus racionales límites y tienden nada menos que á la confiscación de los derechos de la humanidad.*

Pero la rectificación de las inexactas afirmaciones del señor Cánovas, no solamente es importante por lo que se refiere al necesario conocimiento de la vida de tan eminente personaje histórico. Esa rectificación es precisa también para impedir que el juicio de la opinión se extravíe, acerca de lo que ha sido, desde su fundación en 1859, hasta los presentes días, la Asociación española para la reforma liberal de los aranceles de Aduanas. Esta asociación ha tenido innegable influencia en el movimiento científico de nuestro país, como en el terreno práctico de las reformas del orden económico. A sus trabajos de vulgarización de los principios liberales se debió evidentemente la ley arancelaria de las Cortes Constituyentes de 1869 y la famosa base quinta, admitida entonces por los intereses proteccionistas, como transacción prudente y razonable para la transformación del Arancel en instrumento puramente fiscal. A los esfuerzos de la Asociación se ha debido después, en gran parte, la conservación del régimen aduanero, relativamente liberal de 1869, hasta el advenimiento al poder del partido conservador en 1890; como se les deberá, cuando amen-

güe la intensidad de la actual galerna proteccionista, el restablecimiento en la opinión general de los sanos principios de la libertad de comercio, y la destrucción del vigente desastroso sistema arancelario, que arruina á todo el país en exclusivo provecho de los intereses de algunos grupos de afortunados industriales.

Tiene, pues, también la Asociación liberal arancelaria un puesto señalado en la historia de nuestro tiempo, y perfecto derecho á ser juzgada con verdad, por lo que quiso hacer y lo que hizo, y no por inexactas referencias de sus antiguos ó actuales adversarios; siendo la rectificación de esas referencias, tanto más necesaria, cuanto más importante es la persona que las hace, y más elevado el lugar en que son oídas.

Examinemos y rectifiquemos, pues, las solemnes declaraciones del Sr. Cánovas del Castillo ante el Congreso de los diputados, en la sesión de 19 de Diciembre último.

«Su Señoría, dijo el Sr. Sagasta, ha pertenecido á la Aso»ciación para la reforma de los aranceles», y contestó el señor Cánovas: «*Cuando era de mero estudio de los aranceles; pero »tan pronto como la Asociación se declaró librecambista, me se»paré de ella.*»

Estas afirmaciones son completamente inexactas. No es verdad que la Asociación haya sido nunca de *mero estudio,* ni que el Sr. Cánovas del Castillo *se separase* de la Asociación por haberse ésta *declarado librecambista*. El Sr. Cánovas entró á formar parte de la Asociación en 1859, á *sabiendas* de que su fin no era *estudiar*, sino *propagar* los principios de la libertad del comercio, y conseguir en la práctica la reforma liberal de los aranceles, suprimiendo *en ellos el carácter proteccionista;* y dejó de pertenecer á la Asociación cuando fué nombrado por primera vez ministro de la Corona en 1864. Esta separación se verificó, como muchas otras anteriores y posteriores, sin que mediase explicación alguna de causa, ni otro acto privado ni público que el de haber dejado de pagar el

señor Cánovas, desde que fué ministro, la modesta cotización mensual impuesta á los socios por los Estatutos.

Para probar plenamente lo que acabamos de afirmar, no hay necesidad de acudir al archivo particular de la Asociación librecambista. Basta recordar lo que consta en documentos impresos, que tuvieron gran publicidad, y se hallan en manos de cuantos se ocupan seriamente en el estudio de la ciencia y de la historia económica de nuestro país. De esos documentos resulta, que en 2 de Enero de 1857 se fundó en Madrid una *Sociedad libre de economía política* (tal era su título), para el estudio de las cuestiones de este orden, formando parte de ellas con los economistas librecambistas, muchos proteccionistas militantes. A esta *Sociedad libre*, de la cual tuvo el autor de estas líneas el honor de ser secretario desde 1857 hasta 1868, y en cuyas reuniones de carácter privado se exponían y discutían *todas las opiniones, no perteneció el Sr. Cánovas del Castillo.*

De los elementos librecambistas de esta Sociedad, *de mera discusión*, salió en 1859 el propósito de formar una Asociación independiente de la primera, para defender y propagar clara y resueltamente los principios de la libertad de comercio. Formóse con este objeto una comisión directiva provisional (1), que preparó los oportunos trabajos de programa y organización de la nueva Sociedad, y esta comisión redactó un proyecto de *Bases,* que fué sometido á examen y discusión pública en la reunión celebrada en el local de la Bolsa de Madrid el día 25 de Abril de 1859. En esta primera reunión ó *meeting*, se aprobaron las bases propuestas, se nombró la primera Junta directiva de la Asociación y quedó esta definitivamente constituida.

Todas las personas nombradas para formar la Junta direc-

(1) Compusieron esta comisión los Sres. D. Luis M. Pastor, D. Ciriano Segundo Montesino, D. Antonio M. Segovia, D. Manuel Colmeiro, D. Emilio Castelar, D. Joaquín M. Sanromá, D. Félix Bona, D. Benigno Carballo, D. Arturo de Marcoartú y D. Gabriel Rodríguez.

tiva (1) *aceptaron* los respectivos cargos, según era natural que sucediese, porque la Comisión organizadora había *contado previamente con el asentimiento de los elegidos. Todos los individuos* de la Junta examinaron y conocieron, antes de prestarse á formar parte de la misma, el programa y las bases, en que se consignaba claramente el fin *librecambista* de la Asociación. Al entrar en ella, nadie, pues, pudo ser sorprendido ó engañado, y por consiguiente el Sr. Cánovas del Castillo, mayor entonces ya de treinta años, político acreditado de sabio, hábil y elocuente, con gran porvenir, diputado á Cortes, y director general en el ministerio de la Gobernación, debió de obrar indudablemente con plena conciencia de lo que hacía, á

(1) Fueron nombrados para componer la Junta directiva en la reunión pública de 25 de Abril los señores siguientes:

PRESIDENTE.

D. Luis M. Pastor, moderado.

VICEPRESIDENTES.

D. Antonio Alcalá Galiano, moderado.
» José Manuel Collado, Unión liberal.
» Gregorio López Mollinedo, Unión liberal.
» Cipriano Segundo Montesino, progresista.

VOCALES.

D. Manuel Colmeiro, Unión liberal.
» Laureano Figuerola, progresista.
» Antonio M. Segovia, moderado,
» Eugenio Moreno López, Unión liberal.
» Antonio Cánovas del Castillo, Unión liberal.
» José González de la Vega, progresista.
» Juan Eloy de Bona, demócrata.
» Andrés Borrego, moderado.
» Ramón Echevarría, moderado.
» José María Orense, demócrata.
» Emilio Castelar, demócrata.
» Antolín Udaeta, Unión liberal.
» Práxedes Mateo Sagasta, progresista.
» Francisco Orgaz, Unión liberal.
» Patricio Pereda, progresista.

sabiendas de que contraía una solemne obligación en favor de la libertad de comercio, y la responsabilidad moral de todo cuanto la Asociación hiciese, por medio de su representación legítima, que era la Junta directiva, en la cual el Sr. Cánovas había aceptado un puesto importante. Así, desde Abril de 1859 hasta 1864, todos los actos, programas y peticiones á las Cortes y al gobierno son actos de los cuales es responsable el señor Cánovas del Castillo, dado que, habiendo tenido conocimiento pleno de todos ellos, porque se los comunicaba la secretaría, y además tenían gran publicidad por medio de la prensa periódica, no dió nunca la más leve muestra de desaprobarlos ó rechazarlos por su parte, durante el largo período comprendido entre los años ya citados de 1859 y 1864.

D. Félix de Bona, demócrata.
» Pablo Martínez, idem.
» Sabino Ojero, idem.
» Casimiro Rufino Ruiz, idem.
» Luis Mariano Moreno, idem.
» Eduardo Chao, demócrata.
» Joaquín Maldonado Macanaz, Unión liberal.
» José Monasterio, idem.
» Félix Márquez, idem.
» Francisco Díaz Pallarés, idem.

TESORERO.

D. Pedro P. Uhagón, moderado.

CONTADOR.

D. Isidro Solernou, moderado.

SECRETARIO GENERAL.

D. Gabriel Rodríguez, demócrata.

SECRETARIOS.

D. Joaquín M. Sanromá, demócrata.
» Benigno Carballo, idem.
» José Echegaray, idem.
» Enrique Pastor, Unión liberal.
» Arturo de Marcoartú, idem.
» Feliciano Herreros de Tejada, idem.

Pero ¿había en el programa ó en las bases de la Asociación oscuridad ó vacilación, que no permitiera á los individuos que desde el primer momento ó después ingresaron voluntariamente en la Asociación, apreciar con completa claridad el fin que ésta se proponía realizar?

Nuestros lectores juzgarán por el texto de las bases 2.ª y 3.ª

«La Asociación (dice la base 2.ª) tiene por objeto defender »y generalizar el conocimiento de la conveniencia de reformar »el actual sistema de aduanas, *disminuyendo sucesivamente* »*los derechos de importación y exportación* HASTA TRANSFORMAR »LOS ARANCELES ESTABLECIDOS HOY EN TARIFAS PURAMENTE »FISCALES.—3.ª La Asociación empleará para la realización de »su objeto todos los medios autorizados por las leyes del país, »reuniendo los datos y noticias que puedan conducir á la ma»yor ilustración de las cuestiones aduaneras, y examinando y »discutiendo todas las reformas de que este sistema sea suscep»tible en sus bases y en sus aplicaciones.»

A mayor abundamiento, decíase en el preámbulo ó manifiesto que precedía al proyecto de Bases: «La justicia y la conveniencia de la libertad de comercio están ya completamente demostradas en el terreno científico. Nadie que haya estudiado imparcialmente estas materias, ignora hoy que el progreso ecónomico de los pueblos sólo puede realizarse caminando hacia la libertad comercial por medio de reformas graduales de la legislación de aduanas.»

Afirmábase en otro lugar del preámbulo que los privilegios proteccionistas «son tan perjudiciales para los productores como para los consumidores (1)».

Ninguna modificación se ha hecho desde 1859 en este pro-

(1) Las bases de la Asociación y el acta del *meeting* de 25 de Abril se publicaron en un folleto, con el título: ASOCIACIÓN PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.—*Noticia de su origen y planteamiento, acta de la sesión inaugural y juicio formado por la prensa.*—Madrid, 1859.—Imprenta de *La España Mercantil.*

La lista de la Junta nombrada fué reproducida por los periódicos si-

grama, á la vez de doctrina y de conducta, que es hoy todavía el de la Asociación, la cual, al reconstituirse en 1879, después de una inacción de diez años, lo volvió á proclamar íntegramente, á pesar de la actitud que después de haber aceptado la reforma y la base 5.ª de la ley Figuerola en 1869, adoptaron los proteccionistas desde los primeros momentos de la restauración.

Como ven nuestros lectores, el procedimiento que para la reforma arancelaria recomendaba en 1859 la Asociación librecambista, á saber, *la reducción gradual* de los derechos llamados protectores hasta la conversión de la aduana en institución puramente fiscal, es, ni más ni menos, el establecido en la famosa base 5.ª, que ordenaba las rebajas sucesivas á plazo fijo durante un período de doce años, más que suficiente para evitar los perjuicios de las perturbaciones industriales que pudiera originar la trasformación del Arancel. Puede, pues, afirmarse que el Sr. Cánovas del Castillo *conoció y aprobó en su esencia la base 5.ª*, desde que conoció y aceptó el programa de la Asociación en 1859, al ingresar *voluntariamente* en sus filas, ocupando uno de los puestos de la Junta directiva.

Cierto es que el ilustre jefe del partido conservador, *desde que vino á ser doctrinalmente proteccionista,* rechaza esa base con verdadero horror, y se vanagloria de haberla abolido, pensando que ha prestado así un servicio eminente á su patria. Pero conste que el procedimiento señalado en la base 5.ª fué admitido como bueno y saludable por el Sr. Cánovas en sus mocedades librecambistas; hecho que, por lo visto, tiene tan olvidado, como si la reforma arancelaria se hubiera realizado, no en la época romana, sino en los tiempos prehistóricos, ó protohistóricos, como ahora se dice.

---

guientes: *El Clamor Público, Correo Autógrafo, Correspondencia Autógrafa, El Crédito, El Dia, La Discusión, La Epoca, La España, La España Mercantil, El Estado, El Fénix, La Iberia, La Independencia Española, Las Novedades, El Occidente, Revista Peninsular Ultramarina, La Unión* y muchos periódicos de provincias.

Pero no sólo por lo que hizo el actual jefe del proteccionismo español en 1859 al fundarse nuestra Asociación, resulta probado que el Presidente del Consejo de ministros tenía razón sobrada para recordar al Sr. Cánovas, en la Sesión del Congreso de 19 de Diciembre, que había sido en otro tiempo librecambista. Es cierta la afirmación del Sr. Cánovas de que no habló nunca en nuestros *meetings,* pero esto nada prueba, porque tampoco hablaron nunca otros muchos individuos de la Junta directiva; unos, que siguen proclamándose librecambistas y hoy pertenecen todavía á la Asociación; otros, que no tuvieron á bien reingresar en ella cuando se reconstituyó en 1879, sin dejar por eso de ser partidarios de la libertad de comercio, y otros, por último, que, habiendo sentido como el Sr. Cánovas los efectos de la gracia proteccionista, reconocen y confiesan sin embargo franca y lealmente que fueron en un tiempo librecambistas. Si el Sr. Cánovas no hizo oir en los *meetings* su elocuente voz, tampoco hizo oir la suya no menos elocuente el Sr. Castelar, entonces como ahora amigo decidido de la libertad comercial. Además, ¿es que sólo hablando en los *meetings,* se manifestaban en 1859, como ahora, las convicciones librecambistas? ¿No había otros medios de cooperar á la realización de los fines de la Asociación? ¿No se celebraban reuniones de la Junta directiva y se redactaban y discutían en ellas manifiestos y exposiciones á las Cortes y al Gobierno, que se publicaban después con las firmas del Presidente y del secretario general de la Junta *en nombre y con la representación legítima de todos los individuos de la misma?* ¿No recuerda el Sr. Cánovas haber asistido á algunas de esas reuniones, pocas ó muchas, en casa del ilustre economista presidente D. Luis María Pastor? ¿No recuerda entre esas reuniones la importantísima celebrada en Enero de 1863, á la que concurrió con casi todos los demás individuos de la Junta, para discutir el manifiesto que había de dirigir al país la Asociación con motivo de la presentación al Congreso del proyecto de reforma arancelaria de D. Pedro Salaverría?

¿No recuerda el Sr. Cánovas que, dada lectura del proyecto de manifiesto, lo aceptó y aprobó de una manera *explícita* con frases benévolas para el redactor, que éste agradeció vivamente, por venir de persona de tan grandes y reconocidos talentos y autoridad científica y política? Nosotros recordamos este hecho perfectamente, como recordamos que el Sr. Cánovas aceptó y desempeñó el encargo que le confió la Junta, de pedir en su nombre á D. Pascual Madoz, Presidente de la Comisión especial del Congreso, permiso para concurrir á la información abierta por la misma sobre el proyecto del Sr. Salaverría.

Pues bien, en el manifiesto, impreso en 31 de Enero de 1863 (1) (cuando ya llevaba la Asociación tres años de activa y pública campaña librecambista), y reproducido entonces en muchos periódicos, mantenía y ratificaba la Junta directiva de la Asociación todos los conceptos de su programa de 1859, así en la doctrina como en el procedimiento, según se ve en el párrafo siguiente:

«La solución definitiva de la cuestión arancelaria, *debe tener por fin la libertad de comercio,* hacia la cual ha de marcharse *franca y abiertamente,* aunque con paso mesurado. Empléense enhorabuena cuatro, seis, ocho años en la transición; pero que al fin del plazo se obtenga la libertad comercial completa, sin restricción alguna basada en los errores proteccionistas. Váyase tan despacio como se quiera en la reforma, pero que al fin de ella quede un arancel *pura y exclusivamente fiscal.*»

En el año siguiente al de la publicación de este manifiesto fué nombrado el Sr. Cánovas ministro de la Corona y, según hemos referido ya en otra ocasión, pasó á felicitarle oficialmente en su despacho del ministerio una comisión de la Junta directiva, compuesta del Presidente D. Luis María Pastor, del vocal D. Antonio María Segovia y del Secretario general,

(1) Madrid, 1863.—Imprenta de Manuel Galiano.

autor de estas líneas. Fué esta comisión cortés y afectuosamente recibida por el Sr. Cánovas, sin que entre las frases que en aquella breve visita oimos á nuestro ilustre colega, percibiésemos un solo concepto que nos pudiera hacer sospechar la existencia de la más mínima modificación de su criterio librecambista.

Poco después de esta visita dejó ya el Sr. Cánovas de pertenecer á la Asociación; pero, á juzgar por los hechos posteriores, no adquirió pleno conocimiento de las excelencias del proteccionismo hasta muchos años más tarde. Solamente así puede explicarse su conducta en las Cortes Constituyentes de 1869, en las que, si bien no defendió la reforma arancelaria, nada hizo contra ella, y dejó pasar sin oposición alguna de su parte la famosa base 5.ª Más adelante, en 1882, gobernando el Sr. Sagasta, levantó el Sr. Cánovas bandera proteccionista, pero todavía sin darle carácter político, supuesto que en el discurso de aquel año reconoció que se podía ser á la vez conservador y librecambista. Hasta 1888 no estimó el Sr. Cánovas identificadas, y así como consustanciales, la doctrina conservadora y la proteccionista, y pudieron seguir perteneciendo á la Junta directiva de nuestra Asociación algunos políticos conservadores, como por ejemplo el Sr. D. Luis Silvela y otros, que se dieron luego de baja en la Asociación, sometiéndose mal de su grado á las duras exigencias de la disciplina política, cuando el Sr. Cánovas pronunció su célebre discurso de Enero de 1888.

Durante el largo período comprendido entre 1864 y 1882, debió de irse verificando el cambio de convicciones económicas del Sr. Cánovas, cuya conducta en el poder fué más bien contraria que favorable al proteccionismo. En efecto, en 1875, aunque el partido conservador suspendió el cumplimiento de la base 5.ª (por exigencias meramente políticas y contra la opinión del ministro Sr. Salaverría), no la abolió, como, por error de memoria, ha dicho más de una vez el Sr. Cánovas. El Sr. Camacho, ministro de Hacienda en el gabinete del señor

Sagasta, halló vigente dicha base, cuya suspensión levantó sencillamente en 1882, realizando la primera rebaja arancelaria. En las Cortes de 1877 y 1878 el Sr. Cánovas resistió bravamente las pretensiones de los proteccionistas que reclamaron la reforma de la ley y del arancel de 1869. En aquel período de gobierno del Sr. Cánovas, las tendencias del proteccionismo nada consiguieron prácticamente. Con enérgicos y contundentes discursos de oradores notables de la mayoría conservadora, que demostraron hasta plena evidencia que los aranceles del Sr. Figuerola eran todavía mucho más proteccionistas que los de todos los demás paises de Europa, fueron rechazadas las peticiones del difunto Sr. Bosch y Labrús y de otros diputados catalanes; que sólo pudieron lograr que se abriese una información administrativa sobre los efectos producidos en la industria naviera y en la de lanerías por la modesta reforma liberal de 1869. En aquella información resultó claramente probado que ambas industrias habían progresado notablemente; razón por la cual, sin duda alguna, cuando el Sr. Cánovas del Castillo volvió al poder en Enero de 1884, se abstuvo prudentemente de todo paso atrás, y respetó el arancel del Sr. Camacho, conservando en toda su fuerza y vigor la base 5.ª Esta, diga lo que quiera ahora el Sr. Cánovas, fué, pues, conservada por él, hasta que al subir al poder en Diciembre de 1890, aprovechando la autorización parlamentaria, votada indiscreta é inocentemente por el partido liberal, abolió la base, levantó los derechos de los cereales y ganados, y confeccionó el monstruoso arancel de Diciembre de 1891.

Con los hechos expuestos á la vista, ¿se puede comprender que el Sr. Cánovas del Castillo niegue haber sido alguna vez librecambista militante, y se incomode con el Sr. Sagasta porque se lo recuerde, y le interrumpa con aquellas arrogantes palabras: «¿Yo? ¿Cuándo?»

Verdaderamente en la conducta del ilustre jefe de los conservadores hay que ver un caso anormal de pérdida parcial

de la memoria, ó sea para los sucesos referentes á las cuestiones del orden económico. Al entrar en la poderosa y vasta inteligencia del Sr. Cánovas los principios del proteccionismo, parece que han arrojado fuera de ella, á la vez que las antiguas convicciones librecambistas, el recuerdo de haberlas algún día profesado.

Por la falta de memoria para los hechos económicos se pueden únicamente explicar otras afirmaciones que, además de las que motivan este artículo, ha hecho el Sr. Cánovas en los últimos tiempos, y que los defensores de la libertad de comercio no debemos dejar correr tampoco sin rectificación ni protesta. Son esas inexactas afirmaciones en gran número; pero hoy he abusado ya de la atención de los lectores, y sólo me ocuparé en una de ellas, que tiene indudable interés histórico.

En un discurso pronunciado en Barcelona en 1888 dijo el Sr. Cánovas la frase siguiente: «El librecambio se ha introducido en España de un modo *repentino* y *violento.*» Nada hay menos cierto, y el Sr. Cánovas no puede en este punto alegar ignorancia. El conoció y aprobó en 1859 el procedimiento propuesto para la reforma arancelaria por la Asociación librecambista mediante rebajas graduales de los derechos protectores en largos plazos; procedimiento mesurado y prudente al que se ajusta de un modo estricto la base 5.ª de la ley Figuerola. Diputado en las Constituyentes, el Sr. Cánovas fué testigo presencial de todos los hechos de la reforma, presentada al Parlamento por el Gobierno, examinada detenidamente y discutida hasta en sus menores detalles por los partidarios de las diversas escuelas económicas, y convertida en ley por voto de la mayoría de las Cortes, con todos los requisitos constitucionales. ¿Es esto hacer reformas repentinas y violentas? ¡Parece imposible que tales calificaciones hayan salido de los labios del estadista autor de los *violentos, repentinos* y hasta ilegales aranceles de 1891! Además, no es cierto que hayamos tenido todavía prácticamente el librecambio en España, y lo

debe de saber perfectamente el Sr. Cánovas si, para reformar en sentido proteccionista las tarifas anteriores, se ha tomado, como parece natural, la pena de examinarlas. Estas tarifas eran todavía exageradamente proteccionistas. La *doctrina* del librecambio se introdujo, sí, en la opinión pública, pero no llegó al terreno de los hechos, y sólo ha existido *en potencia* en la base 5.ª, que fué el fruto lógico de la predicación y propaganda constante, legal y pacífica de diez años, emprendida en 1859 con la aprobación y la cooperación del Sr. Cánovas del Castillo.

GABRIEL RODRÍGUEZ.

EN TORNO AL CASTICISMO

La casta histórica.—Castilla.

Para llegar, lo mismo un pueblo que un hombre, á conocerse, tiene que estudiar de un modo ó de otro su historia. No hay intuición directa de sí mismo que valga; el ojo no se ve sino es con espejo, y el espejo del hombre moral son sus obras, de que es hijo. Al árbol se le conoce por sus frutos; obramos según somos, y del conocimiento de nuestras obras entramos al de nosotros mismos, con la misma marcha que al de nuestros prójimos por las suyas, puesto que, en en resolución, no es cada cual más que el primer prójimo de sí propio. Mas como esta inferencia de nuestras obras á nuestro carácter es de todos los días, apenas nos damos cuenta de ella creyendo conocernos *intuitivamente*, de modo directo. Y, sin embargo, ¡cuántas veces no se dice uno á sí mismo: «no me creí capaz de tal cosa», ó «no me reconozco», «soy otro!»

Si vas á saltar una zanja sin conocer previamente cuánto saltas, lo haces con el encogimiento del miedo y caes; más si ejercitándote en gimnasia habías medido tus fuerzas, saltas con *valor*, con conocimiento de ti mismo, que éste es el valor verdadero, conocimiento de sí mismo. La misma utilidad que la gimnasia para la vida corporal tiene el examen de concien-

cia para la espiritual, y el estudio sereno de la historia para un pueblo. Estudiando éste se llega al carácter popular íntimo, á lo intra-histórico de él.

Al comprender el presente como un momento de la serie toda del pasado, se empieza á comprender lo vivo de lo eterno, de que brota la serie toda, aun cuando queda otro paso más en esta comprensión, y es buscar la razón de ser del «presente momento histórico», no en el pasado, sino en el presente *total* intra-histórico; ver en las causas de los hechos históricos vivos revelaciones de la sustancia de ellos, que es su causa eterna. Pero entre tanto no nos sea esto hacedero con *ciencia,* será utilísima é imprescindible la labor de los desenterradores y ajustadores de sucesos históricos pasados, porque es labor de paleontología, luz para enlazar á nuestros ojos las especies vivas hoy y llegar á la continuidad zoológica. Por las causas se va á la sustancia. Sin el paleontológico hiparión no veríamos tan clara la comunidad entre la pesuña del caballo y el ala del águila. Y así como la paleontología, capítulo de la historia natural, se subordina á la biología general, así la historia del pasado humano, capítulo de la del presente, se ha de subordinar á la ciencia de la sociedad, ciencia en embrión aún y parte también de la biología. Todo esto es hoy del dominio general, tan corriente que apenas se asienta, pero es, como veremos, letra muerta. Son cosas sabidas de sobra y... Dios te libre, lector, de tener razón que te sobre, más te vale que te falte.

El conocimiento desinteresado de su historia da á un pueblo valor, conocimiento de sí mismo, para despojarse de los detritus de desasimilación que embarazan su vida.

En el asunto que nos ocupa aquí, para llegar á lo duradero de nuestro casticismo, á su roca viva, conviene estudiar cómo se ha formado y revelado en la historia nuestra casta histórica.

I

Ha empezado hace algún tiempo á deshacerse la enormidad de errores que acarrearon las confusiones entre lo fisiológico, lo lingüístico, lo geográfico y lo histórico en los pueblos; es corriente ya que éstos son un producto histórico independiente de homogeneidad de raza física ó de comunidad de origen; poco á poco va difundiéndose la idea de que la supuesta emigración de los arios á Europa sea acaso en parte emigración de las lenguas arianas con la cultura que llevaban en su seno, siendo sus portadores unos pocos peregrinos que cayeran á perderse en poblaciones que los absorbieron.

De raza española fisiológica nadie habla en serio, y, sin embargo, hay casta española, más ó menos en formación, y latina y germánica, porque hay castas y casticismos espirituales por encima de todas las braquicefalias y dolicocefalias habidas y por haber.

Todo el mundo sabe, de sobra con sobrada frecuencia, que un pueblo es el producto de una civilización, flor de un proceso histórico el sentimiento de patria, que se corrobora y vivifica á la par que el de cosmopolitismo. A esto último hemos de volver, que lo merece.

Llenos están los libros de explicaciones del *hecho* de la patria y su fundamentación, explicaciones de todos colores, desde vaguedades místicas y formulismos doctrinarios hasta la tan denigrada doctrina del pacto.

Detengámonos un poco en esto del pacto, que las reflexiones que nos sugiera, aunque digresivas al pronto, afluirán al

cabo á la corriente central de esta meditación. La doctrina del pacto, tan despreciada como mal entendida por paleontólogos desenterradores, es la que, después de todo, presenta la razón intra-histórica de la patria, su verdadera fuerza creadora, en acción siempre.

Lo mismo que tantos pueblos han proyectado en sus orígenes, en la edad de oro, su ideal social, Rousseau proyectó en los orígenes del género humano el término ideal de la sociedad de los hombres, el contrato social. Porque hay en formación, tal vez inacabable, un pacto inmanente, un verdadero contrato social intra-histórico, no formulado, que es la efectiva constitución interna de cada pueblo. Este contrato libre, hondamente libre, será la base de las patrias chicas cuando éstas, individualizándose al máximo por su subordinación á la patria humana universal, sean otra cosa que limitaciones del espacio y del tiempo, del suelo y de la historia.

A partir de comunidad de intereses y de presión de mil agentes exteriores á ellas y que las unen, caminan las voluntades humanas, unidas en pueblo, al contrato social inmanente, pacto hondamente libre, esto es, aceptado con la verdadera libertad, la que nace de la comprensión viva de lo necesario, con la libertad que da el hacer de las leyes de las cosas leyes de nuestra mente, con la que nos acerca á una como omnipotencia humana. Porque si en fuerza de compenetración con la realidad llegáramos á querer siempre lo que fuera, sería siempre lo que quisiéramos. He aquí la raíz de la resignación viva, no de la muerta, de la que lleva á la acción fecunda de trabajar en la adaptación mutua de nosotros y el mundo, á conocerlo para hacerlo nuestro haciéndonos suyos, á que podamos cuanto queramos cuando sólo podamos querer lo que podamos llevar á cabo.

Se podrá decir que hay verdadera patria española cuando sea libertad en nosotros la necesidad de ser españoles, cuando todos lo seamos por querer serlo, queriéndolo porque lo seamos. *Querer* ser algo no es *resignarse* á serlo tan sólo.

Hasta llegar á este término de libertad del que aún, no valen ilusiones, estamos lejos, la historia va haciendo á los pueblos, la historia que es algo del hado. Les hace un ideal dominando diferencias, y ese ideal se refleja sobre todo en una lengua con la literatura que engendra.

La lengua es el receptáculo de la experiencia de un pueblo y el sedimento de su pensar; en los hondos repliegues de sus metáforas (y lo son la inmensa mayoría de los vocablos) ha ido dejando sus huellas el espíritu colectivo del pueblo, como en los terrenos geológicos el proceso de la fauna viva. De antiguo los hombres rindieron adoración al *verbo*, viendo en el lenguaje la más divina maravilla.

El pueblo romano nos dejó muchas cosas escritas y definidas y concientes, pero donde sobre todo se nos ha transmitido el romanismo es en nuestros *romances*, porque en ellos descendió á las profundidades intra-históricas de nuestro pueblo, á ser carne del pensar de los que no viven en la historia.

El que quiera juzgar de la romanización de España no tiene sino ver que el castellano, *en el que pensamos y con el que pensamos*, es un *romance* de latín casi puro; que estamos pensando con los conceptos que engendró el pueblo romano, que lo más granado de nuestro pensamiento es hacer conciente lo que en él llegó á inconciente.

Hay otro hecho y es el de que la lengua oficial de España sea la *castellana*, que está lleno de significación viva. Porque del latín brotó en España más de un romance, pero uno entre ellos, el *castellano*, se ha hecho lengua nacional é internacional además, y camina á ser verdadera lengua española, la lengua del pueblo español que va formándose sobre el núcleo castellano. Desde el reinado de Alfonso VII, á mediados del siglo XII, usábase en la regia cancillería el romance castellano y su carácter oficial le fué oficialmente promulgado al ordenar Fernando III que se tradujera el *Forum Judicum* al romance castellano para darlo como fuero á Córdoba, el Fuero

Juzgo (1), y corroboró esa promulgación su hijo Alfonso el *Docto*, en la ley IV del título IX de la Segunda Partida, donde manda que el Chanciller del Rey sepa «leer e escrebir tan bien en latin *como en romance*». Y poco á poco la lengua *castellana* fué haciéndose oficial de España.

Así es que en la literatura española escrita y pensada en castellano, lo *castizo*, lo verdaderamente castizo, es lo de vieja cepa castellana.

Pero si Castilla ha hecho la nación española ésta ha ido españolizándose cada vez más, fundiendo más cada día la riqueza de su variedad de contenido interior, absorbiendo el espíritu castellano en otro superior á él, más complejo, el español. No tienen otro sentido hondo los pruritos de regionalismo más vivaces cada día, pruritos que siente Castilla misma; son síntomas del proceso de españolización de España, son prodromos de la honda labor de unificación. Y toda unificación procede al compás de la diferenciación interna y al compás de la sumisión del conjunto todo á una unidad superior á él.

La labor de españolización de España no está concluida, ni mucho menos, ni concluirá, creemos, si no se acaba con casticismos engañosos, en la lengua y en el pensamiento que en ella se manifiesta, en la cultura misma.

Castilla es la verdadera forjadora de la unidad y la monarquía española; ella las hizo y ella misma se ha encontrado más de una vez enredada en consecuencias extremas de su

(1) *Forum Judicum* equivale á «Fuero de los Jueces», pero no se tradujo su título, sino que, transformándose fonéticamente, pasó al romance y del genitivo de plural *judicum* salió el *Juzgo*, vocablo representante de un caso latino que no ha pasado al castellano. Este *hecho*, este humilde hecho, ¡qué preñado de historia está! Porque nos indica que no se traducía el título del código, sino que corría en latín de boca en boca, cuando ya el latín no se hablaba, como cosa muy popular y conocida entre los que no lo hablaban, entre gente del pueblo por ser la derivación *juzgo* de *judicum* una derivación popular. Los fósiles escriben su historia en las capas del terreno.

obra. Mas cuando España renació á nueva vida el año 8 fué por despertar difuso, sin excitación central.

Nos queda por buscar algo del espíritu histórico castellano revelado sobre todo en nuestra lengua y en nuestra literatura clásica *castiza*, buscar qué es lo que tiene de eterno y qué de transitorio y qué debe quedar de él. Conviene indagar si no es renunciando á un *yo* falaz como se halla el *yo* de roca viva, si no es abriendo las ventanas al aire libre de fuera como cobraremos vida, si el fomento de la regeneración de nuestra cultura no hay que buscarlo fuera á la vez que buscarlo dentro. Conviene mostrar que el regionalismo y el cosmopolitismo son dos aspectos de una misma idea, y los sostenes del verdadero patriotismo, que todo cuerpo se sostiene del juego de la presión externa con la tensión interna.

II

Al llegar á este punto ruego al lector paciente recorra en su memoria la historia que de España le enseñaron, y se fije en ella en las causas que produjeron el predominio de Castilla en la Península ibérica. Bueno será, no obstante, que le indique los puntos que deseo tenga más presentes, todos ellos conocidísimos para cualquier bachiller en letras.

Ocupada gran parte de España por la morisma durante la Edad Media, y fraccionado el resto en multitud de estadillos, fué en ella acentuándose la corriente central á medida que se acercaba á la edad moderna, y preparándose á la ingente labor de la forja de las grandes nacionalidades, labor que constituye el proceso histórico de la edad llamada moderna, y labor que, como la crisis de la pubertad en los individuos, nos

ha traído á extenuaciones de paz armada, y de aduanas y de pseudocasticismos, engendrando el malestar de que empieza á resurgir potente el ideal humano, por ambos extremos, por el sentimiento individual y por el de solidaridad universal humana.

La necesidad mayor era la de constituir una unidad de la península española, una unidad frente á las otras grandes unidades que iban formándose. Al entrar cada pueblo en concierto con los demás (á lo que condujeron, entre otros movimientos, las Cruzadas), como elemento de una futura unidad suprema, en informísima formación todavía hoy, al entrar en ese concierto tenían que acentuar su unidad externa como todo compuesto algo difuso y disuelto se espesa y unifica al entrar como componente de un grupo superior á él.

De la labor que, poniendo en relaciones más estrechas á los pueblos, originó la individuación creciente de éstos, brotaron las monarquías más ó menos absolutas. Y éstas sacaron su primera fuerza unificadora, como es corriente, de la oposición del estado llano á la nobleza feudal. Los reyes con los pueblos ahogaron el feudalismo paleontológico. Lugar común éste, más ó menos exacto en sus partes todas, pero que corre sin vida ni fecundidad á menudo, por no observar que no de la muerta diferenciación feudal y aristocrática, sino del fondo *continuo* del pueblo llano, de la *masa,* de lo que tenían de común los pueblos todos, brotaron las energías de las individuaciones nacionales.

En España llevó á cabo la unificación Castilla, que ocupa el centro de la Península, la región en que se cruzaban las comunicaciones de sus distintos pueblos, centro de más valor que ahora entonces, que en la crisis de la pubertad nacional las funciones de nutrición predominaban sobre las de relación (si bien, y no olvide esto el lector, la función nutritiva es una verdadera función de relación). Entonces, cuando todavía no había llevado la vida á las costas el descubrimiento de América, ni llegaban del Far West americano trigos al puerto de

Barcelona, Castilla era un emporio del comercio español de granos y verdadero centro *natural* de España.

Castilla ocupaba el centro, y el espíritu castellano era el más centralizador á la par que el más expansivo, el que para imponer su ideal de unidad se salió de sí mismo. Porque conviene fijarse en que el más hondo egoísmo no es el del que pelea por imponer á otros su modo de ser ó de pensar, sino el de que, metido en su concha, se derrite de *amor* al prójimo y deja correr la bola. El fuerte, el *radicalmente* fuerte, no puede ser egoísta: el que tiene fuerza de sobra la saca para darla.

Cuando lo que hacía falta era una fuerte unidad central, tenía que predominar el más unitario; cuando se necesitaba una vigorosa acción hacia el exterior, el de instinto más conquistador é imperativo. Castilla, en su exclusivismo, era menos exclusiva que los pueblos que, encerrados en sí, se dedicaban á su fomento interior; fué uno de los pueblos más *universales,* el que se echó á salvar almas por esos mundos de Dios, y á saquear América para los flamencos (1).

Sería labor industriosa y útil la de desenmarañar hasta qué punto hicieron las circunstancias, el medio ambiente que hoy se dice, al espíritu castellano, y hasta qué punto éste se valió de aquéllas. La obra de la reconquista, el descubrimiento del Nuevo Mundo y el haber ocupado el trono de Castilla un emperador de Alemania, determinaron la marcha ulterior de la política castellana; pero si las circunstancias hacen al espíritu, es modificadas por este mismo y recibidas en él según él es (2).

---

(1) «Que era comun proverbio llamar el flamenco al español mi indio. Y dezian la verdad, porque los indios no davan tanto oro á los españoles, como los españoles á los flamencos.»

Fr. Prudencio de Sandoval, en el libro v de la *Vida y hechos del Emperador Carlos V.*

(2) Es cierto que los abuelos de los tercios de Flandes pelearon porque su rey no se saliera de España; pero ¿se encuentra en historiadores castizos españoles con que celebren nuestras derrotas, como los ingleses las de sus reyes en el continente? Véanse las reflexiones que sugiere á

Castilla, sea como fuere, se puso á la cabeza de la monarquía española, y dió tono y espíritu á toda ella; lo castellano es, en fin de cuenta, lo castizo.

El caso fué que Castilla paralizó los centros reguladores de los demás pueblos españoles, inhibióles la conciencia histórica en gran parte, les echó en ella su idea, la idea del unitarismo conquistador, de la *catolización* del mundo, y esta idea se desarrolló y siguió su trayectoria castellanizándolos. Y de los demás pueblos españoles brotaron espíritus hondamente castellanos, *castizamente* castellanos, de entre los cuales citaré como ejemplo á Ignacio de Loyola, un vasco. En su obra alienta todavía por el mundo el espíritu de la vieja Castilla.

Esta vieja Castilla formó el núcleo de la nacionalidad española y le dió atmósfera: ella llevó á cabo la expulsión de los moros, á partir del país de los *castillos* levantados como atalayas y defensas, y clavó la cruz castellana en Granada; poco después descubrieron un Nuevo Mundo galeras *castellanas* con dinero de Castilla, y se siguió todo lo que el lector conoce. Y siguiendo al espíritu de conquista se desarrolló natural y lógicamente el absolutismo dentro, el absolutismo de la que se ha llamado «democracia frailuna».

Repase el lector en su memoria los caracteres de las dos principales potencias españolas, Castilla y Aragón, y la participación que cada una tomó en la forja de la nación española, la labor de Isabel y la de Fernando como rey de Aragón, y las consecuencias de una y de otra.

A partir de aquel *culmen* del proceso histórico de España, de aquel nodo en que convergieron los haces del pasado para diverger de allí, fué el destino apoderándose de la libertad del

---

Juan Ricardo Green *(A short history of the english people)* la derrota del rey Juan, el angevino, en Bouvines en 1214, derrota en que perdió sus posesiones francesas, y á que debe Inglaterra la Carta Magna, y cuanto dice del fin de la guerra de los Cien Años. Aquí, en cambio, todavía se llora por algunos la pérdida de aquellos dominios en que no se ponía el sol.

espíritu colectivo, y precipitándose grandezas tras grandezas, nos legaron los siglos sucesivos la *damnosa hereditas* de nuestras glorias castizas.

Carlos I continuó la obra de unificación, gracias en gran parte á aquella invasión de extranjeros que nos metió en casa, porque de más de una manera acelera la individuación de un cuerpo el que penetren en él elementos extraños, excitantes de cristalización. Carlos I continuó la obra de unificación metiendo á España en concierto europeo (1).

Recorra el lector en su memoria todo esto y llegue á la vivaz expansión del espíritu castellano, que produjo tantos misioneros de la palabra y de la espada, cuando el sol no se ponía en sus dominios, cuando llevaba á todas partes su ideal de uniformidad católica, cuando brotó más potente á luz el casticismo castellano.

«España, que había expulsado á los judíos y que aún tenía el brazo teñido en sangre mora, se encontró á principios del siglo XVI enfrente de la Reforma, fiera recrudescencia de la barbarie septentrional; y por toda aquella centuria se convirtió en campeón de la unidad y de la ortodoxia.» Esto dice uno de los españoles que más y mejor ha penetrado en el espíritu castellano, que más y mejor ha llegado á su intra-historia, uno de los pocos que ha sentido el soplo de la vida de nuestros fósiles. Pues bien; á pesar de aquel campeonato alienta y vive la *barbarie septentrional* y aún tendremos que renovar nuestra vida á su contacto; lo sabe bien y lo comprende y siente el que escribía lo precitado. Alonso Quijano el Bueno se despojará al cabo de D. Quijote y *morirá* abominando de las locuras de su campeonato, locuras grandes y heroicas, y *morirá* para renacer.

Después de la vigorosa acción vino el vigor del pensamien-

(1) Entre los complejos elementos que entraron á conjurar las comunidades de Castilla, ¿no andaría acaso la Liga de trigueros del siglo XVI? Leyendo á Sandoval, se atisba á las veces entre los comuneros de aquella jornada de Villalar á algunos trigueros de entonces.

to, el rebotar los actos del exterior al espíritu que los había engendrado; el reflejo en el alma castellana de su propia obra, su edad de oro literaria. En aquella literatura se va á buscar el modelo de *casticismo,* es la literatura castellana eminentemente *castiza,* á la vez que es nuestra literatura *clásica.* En ella siguen viviendo *ideas* hoy moribundas, mientras en el fondo intra-histórico del pueblo español viven las fuerzas que encarnaron en aquellas ideas y que pueden encarnar en otras. Sí, pueden encarnar en otras sin romperse la continuidad de la vida; no puede asegurarse que caeremos siempre en los mismos errores y en los mismos vicios.

La vieja idea castellana castiza encarnó en una literatura y en otras obras no literarias, porque las de Ignacio de Loyola y Domingo de Guzmán, ¿no son acaso hijas del espíritu castellano casado con el catolicismo y universalizadas merced á éste?

La idea conciente de aquel pueblo encarnó en una literatura, así como el fondo de representaciones subconcientes en el pueblo de que aquella brotó, en una lengua. Y aun cuando olvidáramos la vieja literatura castiza, ¿no quedaríamos acaso con la fuerza viva de que brotó? Lo que hace la continuidad de un pueblo no es tanto la tradición histórica de una literatura cuanto la tradición intra-histórica de una lengua; aun rota aquella, vuelve á renacer merced á ésta. Toda serie discontinua persiste y se mantiene merced á un proceso continuo de que arranca: esta es una forma más de la verdad de que el tiempo es forma de la eternidad.

Nuestra literatura clásica castiza brotó cuando se había iniciado la decadencia de la casa de Austria, al recogerse la idea castellana, fatigada de luchar y derrotada en parte, al recogerse en sí y conocerse, como nos conocemos todos, por lo que había hecho, en el espejo de sus obras; al volver á sí del choque con la realidad externa que la había rechazado después de recibir señal y efecto de ella. Y así la vemos que después de haber intentado en vano ahogar «la barbarie septentrional» y el renacer de otros espíritus, torna á sí con la

austera gravedad de la madurez, se percata de que la vida es sueño, piensa reportarse por si despierta un día y se dice:

Soñemos, alma, soñemos
Otra vez, pero ha de ser
Con atención y consejo
De que hemos de despertar
Deste gusto al mejor tiempo.

Sí, su vida fué sueño espléndido en que se desató con generosa braveza, atropelló cuanto se le puso delante, arrojó por el balcón á quienes no le daban gusto, y se vió luego otra vez en la caverna.

De todas las figuras sensibles en que se nos revela aquel pueblo, con su grandeza y su locura, donde más grande le vemos, donde se nos aparece más solemne y augusto, más profundo y sublime su apocalipsis, es en aquel relato divino del último capítulo de las aventuras de *Don Quijote*, en aquel relato eterno, en que, despojado del héroe, muere Alonso Quijano el *Bueno* en el esplendor inmortal de su bondad. Este Alonso Quijano, que por sus virtudes y á pesar de sus locuras mereció el dictado de el *Bueno,* es el fondo eterno y permanente de los héroes de Calderón, que son los que mejor revelan la manifestación *histórica*, la meramente histórica de aquel pueblo.

La idea castellana, que de encarnar en la acción pasó á revelarse en el verbo literario, engendró nuestra literatura *castiza clásica,* decimos. Castiza y clásica, con fondo histórico y fondo intra-histórico, el uno temporal y pasajero, eterno y permanente el otro. Y está tan ligado lo uno á lo otro, de tal modo se enlazan y confunden, que es tarea difícil siempre distinguir lo castizo de lo clásico y marcar sus conjunciones, y aquello en que se confunden, y aquello en que se separan, y cómo lo uno brota de lo otro y lo determina y limita y acaba por ahogarlo no pocas veces.

El casticismo castellano es lo que tenemos que examinar,

lo que en España se llama castizo, flor del espíritu de Castilla. Examinar digo, y mejor diría dejar que examine el lector, presentándole indicaciones y puntos de vista para que saque de ellos consecuencias, sean las que fuesen. Y ahora, después de breve descanso, á nuevo campo. Poco á poco irá surgiendo el hilo central de estas divagaciones.

III

Por cualquier costa que se penetre en la Península española, empieza el terreno á mostrarse al poco trecho accidentado; se entra luego en el intrincamiento de valles, gargantas, hoces y encañadas, y se llega, por fin, subiendo más ó menos, á la meseta central, cruzada por peladas sierras que forman las grandes cuencas de sus grandes ríos. En esta meseta se extiende Castilla, el país de los castillos.

Como todas las grandes masas de tierra, se calienta é irradia su calor antes que el mar y las costas que éste refresca y templa, más pronta en recibirlo y en emitirlo más pronta. De aquí resulta un extremado calor cuando el sol la tuesta, un frío extremado en cuanto la abandona; unos días veraniegos calurosos y ardientes, seguidos de noches frescas en que tragan con deleite los pulmones la brisa terral; noches invernales heladas en cuanto cae el sol brillante y frío, que en su breve carrera diurna no logra templar el día. Los inviernos largos y duros y los estíos breves y ardorosos, han dado ocasión al dicho de «nueve meses de invierno y tres de infierno». En la otoñada, sin embargo, se halla respiro en un ambiente sereno y plácido. Deteniendo los vientos marinos coadyuvan las sierras á enfriar el invierno y á enardecer el verano; mas si bien

impiden el paso á las nubes mansas y bajas, no lo cierran á los violentos ciclones que descargan en sus cuencas, viéndose así grandes sequías seguidas de aguaceros torrenciales.

En este clima extremado por ambos extremos, donde tan violentamente se pasa del calor al frío y de la sequía al aguaducho, ha inventado el hombre en la capa, que le aisla del ambiente, una atmósfera personal, regularmente constante en medio de las oscilaciones exteriores, defensa contra el frío y contra el calor á la vez.

Los grandes aguaceros y nevadas descargando en sus sierras y precipitándose desde ellas por los empinados ríos, han ido desollando siglo tras siglo el terreno de la meseta, y las sequías que les siguen han impedido que una vegetación fresca y potente retenga en su maraña la tierra mollar del acarreo. Así es que se ofrecen á la vista campos ardientes, escuetos y dilatados, sin fronda y sin arroyos, campos en que una lluvia torrencial de luz dibuja sombras espesas en deslumbrantes claros, ahogando los matices intermedios. El paisaje se presenta recortado, perfilado, sin ambiente casi, en un aire transparente y sutil.

Recórrense á las veces leguas y más leguas desiertas sin divisar apenas más que la llanura inacabable donde verdea el trigo ó amarillea el rastrojo, alguna procesión monótona y grave de pardas encinas, de verde severo y perenne, que pasan lentamente espaciadas, ó de tristes pinos que levantan sus cabezas uniformes. De cuando en cuando, á la orilla de algún pobre regato medio seco ó de un río claro, unos pocos álamos, que en la soledad infinita adquieren vida intensa y profunda. De ordinario anuncian estos álamos al hombre; hay por allí algún pueblo, tendido en la llanura al sol, tostado por éste y curtido por el hielo, de adobes muy á menudo, dibujando en el azul del cielo la silueta de su campanario. En el fondo se ve muchas veces el espinazo de la sierra, y al acercarse á ella, no montañas jóvenes en forma de borona, verdes y frescas, cuajadas de arbolado, donde salpiquen al vencido helecho la flor

amarilla de la argoma y la roja del brezo. Son estribaciones de huesosas y descarnadas peñas erizadas de riscos, colinas recortadas que ponen al desnudo las capas del terreno resquebrajado de sed, cubiertas cuando más de pobres hierbas, donde sólo levantan cabeza el cardo rudo y la retama desnuda y olorosa, la pobre *ginestra contenta dei deserti* que cantó Leopardi. En la llanura se pierde la carretera entre el festón de árboles, en las tierras pardas, que al recibir al sol que baja á acostarse en ellas se encienden de un rubor vigoroso y caliente.

¡Qué hermosura la de una puesta de sol en estas solemnes soledades! Se hincha al tocar el horizonte como si quisiera gozar de más tierra y se hunde, dejando polvo de oro en el cielo y en la tierra sangre de su luz. Va luego blanqueando la bóveda infinita, se oscurece de prisa, y cae encima, tras fugitivo crepúsculo, una noche profunda, en que tiritan las estrellas. No son los atardeceres dulces, lánguidos y largos del septentrión.

¡Ancha es Castilla! Y ¡qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo! Es un paisaje uniforme y monótono en sus contrastres de luz y sombra, en sus tintas disociadas y pobres en matices. Las tierras se presentan como en inmensa plancha de mosaico de pobrísima variedad, sobre que se extiende el azul intensísimo del cielo. Faltan suaves transiciones, ni hay otra continuidad armónica que la de la llanura inmensa y el azul compacto que la cubre é ilumina.

No despierta este paisaje sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscibles: no es un campo verde y graso en que den ganas de revolcarse, ni hay repliegues de tierra que llamen como un nido.

No evoca su contemplación al animal que duerme en nosotros todos, y que medio despierto de su modorra se regodea en el dejo de satisfacciones de apetitos amasados con su carne desde los albores de su vida, á la presencia de frondosos cam-

pos de vegetación opulenta. No es una naturaleza que recree (1) al espíritu.

Nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en el cielo puro, desnudo y uniforme. No hay aquí comunión con la naturaleza, ni nos absorbe ésta en sus espléndidas exuberancias; es, si cabe decirlo, más que panteístico, un paisaje monoteístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre, y en que siente en medio de la sequía de los campos sequedades del alma. El mismo profundo estado de ánimo que este paisaje me produce aquel canto en que el alma atormentada de Leopardi nos presenta al pastor errante que, en las estepas asiáticas, interroga á la luna por su destino.

Siempre que contemplo la llanura castellana recuerdo dos cuadros. Es el uno un campo escueto, seco y caliente, bajo un cielo intenso, en que llena largo espacio inmensa muchedumbre de moros arrodillados, con las espingardas en el suelo, hundidas las cabezas entre las manos apoyadas en tierra, y al frente de ellos, de pie, un caudillo tostado, con los brazos tensos al azul infinito y la vista perdida en él como diciendo: «¡Sólo Dios es Dios!» En el otro cuadro se presentaban en el inmenso páramo muerto, á la luz derretida del crepúsculo, un cardo quebrando la imponente monotonía en el primer término, y en lontananza las siluetas de Don Quijote y Sancho sobre el cielo agonizante.

«Sólo Dios es Dios, la vida es sueño y que el sol no se ponga en mis dominios», se recuerda contemplando estas llanuras.

Atrevámonos á todo
.....
á reinar, fortuna, vamos,
no me despiertes, si duermo.

(1) ¡Hermosa palabra ésta de re-crear! El vocablo *recreo, re-creación,* aplicado al juego, lleva ya en sus entrañas la doctrina toda de Schiller sobre el Arte, re-creación de la creación. ¡Cuánta filosofía inconciente en los redaños del lenguaje! Todavía habrá que remozar la meta-física en la meta-lingüística, que es una verdadera meta-lógica.

IV

La población se presenta, por lo general, en el campo castellano recogida en lugares, villas ó ciudades, en grupos de apiñadas viviendas, distanciados de largo en largo por extensas y peladas soledades. El caserío de los pueblos es compacto y recortadamente demarcado, sin que vaya perdiéndose y difuminándose en la llanura con casas aisladas que le rodean, sin matices de población intermedia, como si las viviendas se apretaran en derredor de la iglesia para prestarse calor y defenderse del rigor de la naturaleza, como si las familias buscaran una segunda capa, en cuyo ambiente aislarse de la crueldad del clima y la tristeza del paisaje. Así es que los lugareños tienen que recorrer á las veces en su mula no chico trecho hasta llegar á su labranza, donde trabajan, uno aquí, otro allá, aislados, y los gañanes no pueden hasta la noche volver á casa, á dormir el reconfortante sueño del trabajo sobre el escaño duro de la cocina. Y ¡qué es de ver verlos á la caída de la tarde, bajo el cielo blanco, dibujar en él sus siluetas, montados en sus mulas, dando al aire sutil sus cantares lentos, monótonos y tristes, que se pierden en la infinita inmensidad del campo lleno de surcos!

Mientras ellos están en la labor, sudando sobre la dura tierra, hacen la suya las comadres, murmurando en las solanas en que gozan del breve día. En las largas veladas invernales suelen reunirse amos y criados bajo la ancha campana del hogar, y bailan estos al compás de seca pandereta y al de algún viejo romance no pocas veces.

Penetrad en uno de esos lugares ó en una de las viejas ciudades amodorradas en la llanura, donde la vida parece discurrir calmosa y lenta en la monotonía de las horas, y allí dentro hay almas vivas, con fondo transitorio y fondo eterno y una intra-historia castellana.

Allí dentro vive una casta de complexión seca, dura y sarmentosa, tostada por el sol y curtida por el frío, una casta de hombres sobrios, producto de una larga selección por las heladas de crudísimos inviernos y una serie de penurias periódicas, hechos á la inclemencia del cielo y á la pobreza de la vida. El labriego que al pasar montado en su mula y arrebujado en su capa os dió gravemente los buenos días, os recibirá sin grandes cortesías, con continente sobrio. Es calmoso en sus movimientos, en su conversación pausado y grave y con una flema que le hace parecer un rey destronado. Esto cuando no es socarrón, voz muy castiza de un carácter muy castizo también. La socarronería es el castizo humorismo castellano, un humorismo grave y reposado, sentencioso y flemático; el humorismo del bachiller Sansón Carrasco que se bate caballerosamente con Don Quijote con toda la solemnidad que requiere el caso, y que acaba tomando en serio el juego. Es el *humorismo* grave de Quevedo, el que hizo los discursos de Marco Bruto.

De ordinario suele ser silencioso y taciturno mientras no se le desata la lengua. Recordad aquel viejo Pero Vermuez que vive en el *romanz de myo Cid*, un fósil hoy, pero que tuvo alma y vida, aquel Pero Vermuez, al cual *cata myo* Cid y le dice:

Fabla, Pero Mudo, varón que tanto callas,

y entonces

Pero Vermuez conpeço de fablar
Detienes' le la lengua, non puede delibrar
Mas cuando empieça, sabed, nol da vagar,

y Pero Mudo, al romper á hablar, suelta á los infantes un torrente acusatorio, en que les dice:

«lengua sin manos, ¿cuemo osas fablar?»

Todo Pero Mudo se vierte en este apóstrofe: lengua sin manos, ¿cómo osas hablar?

Es tan tenaz como lento, yendo lo uno emparejado con lo otro. Diríase que es en él largo lo que llaman los psico-fisiólogos el tiempo de reacción, que necesita de bastante rato para darse cuenta de una impresión ó una idea, y que una vez que la agarra no la suelta á primeras, no la suelta mientras otra no la empuje y expulse. Así es que sus impresiones parece son lentas y tenaces, faltándoles el nimbo que las circunda y une como materia conjuntiva, el matiz en que se diluye la una desvaneciéndose antes de dejar lugar á la que le sigue. Es cual si se sucedieran tan recortadas como las tintas del paisaje de su tierra (1), tan uniformes y monótonas en su proceso.

Entrad con él en su casa, en cuya fachada os hieren la vista á la luz de un sol entero ringorrangos de añil chillón sobre fondo blanco como la nieve. Sentaos á su mesa á comer con él una comida sencilla y sin gran artificio culinario, sin otro condimento que picantes ó ardientes, comida sobria y fuerte á la vez (2), impresiones recortadas para el paladar.

Si es día festivo, después de la comida asistís al baile, á un baile uniforme y lento, danzado al son de monótono tamboril ó pandereta, ó de chillona dulzaina cuyos sones burilados se os clavan en el oído como una serie de punzadas acústicas. Y les oiréis cantares gangosos, monótonos también, de notas arrastradas, cantares de estepa, con que llevan el ritmo de la labor

(1) Más adelante ejemplificaremos todo esto en la literatura *castiza* castellana. Rogamos, en tanto, paciencia al lector.

(2) No ha mucho se entretuvieron unos doctísimos alemanes en discutir y polemiquear si en España se comen ó no bellotas de encina crudas. Sí, bellotas, y también garbanzos tostados en cal viva que abrasan las entrañas.

del arado. Revelan en ellos un oído poco apto para apreciar matices de cadencias y semi-tonos.

Si estáis en ciudad, y hay en ella algunos cuadros de la vieja y castiza escuela castellana, id á verlos, porque esta casta creó en los buenos tiempos de su expansión una escuela de pintura realista, de un realismo pobre en matices, simplicista, vigoroso y rudo, de que sale la vista como de una ducha. Tal vez topéis con algún viejo lienzo de Ribera ó de Zurbarán, en que os salte á los ojos un austero anacoreta de huesosa complexión, en que se dibujan los músculos tendinosos en claros vivos sobre sombras fuertes, un lienzo de gran pobreza de tintas y matices, en que los objetos aparecen recortados. Con frecuencia las figuras no forman un todo con el fondo, que es mero accesorio de decoración pobre. Velázquez, el más castizo de los pintores castellanos, era un pintor de hombres y de hombres enteros, de una pieza, rudos y decididos, de hombres que llenan todo el cuadro.

No encontraréis paisajistas, ni el sentimiento del matiz, de la suave transición, ni la unidad de un ambiente que lo envuelva todo y de todo haga armónica unidad. Brota aquí ésta de la colocación y disposición más ó menos arquitectónica de las partes; muchas veces las figuras son pocas.

A esa seca rigidez, dura, recortada, lenta y tenaz, llaman naturalidad; todo lo demás tiénenlo por artificio pegadizo ó poco menos. Apenas les cabe en la cabeza más naturalidad que la bravía y tosca de un estado primitivo de rudeza. Así es que dicen que su vino, la primera materia para hacerlo, el vinazo de sus cubas, es lo natural y sano, y el producto refinado, más aromático y matizado, que de él sacan los franceses, falsificación química. *¡Falsificación! ¡verificación* sí que es! ¡Como si la tierra fuera más que un inmenso laboratorio de primeras materias, al que corrige el hombre, que sobrenaturaliza á la naturaleza humanizándola! No es dogma de esta casta lo que decía Schiller en su «Canción del ponche», que también el arte es don celeste, es decir, natural.

VII

Estos hombres tienen un alma viva y en ella el alma de sus antepasados, adormecida tal vez, soterrada bajo capas superpuestas, pero viva siempre. En muchos, en los que han recibido alguna cultura sobre todo, los rasgos de la casta están alterados, pero están allí.

Ese alma de sus almas, el espíritu de su casta, hubo un tiempo en que conmovió al mundo y lo deslumbró con sus relámpagos, y en las erupciones de su fe levantó montañas. Montañas que podemos examinar y socavar y revolver á la busca en sus laderas de la lava ardiente un día y petrificada hoy, y bajo esta lava los restos de hombres que palpitaron de vida, las huellas de otros.

Antes de entrar en esta rebusca, tolere el lector la aridez de unas pocas explicaciones algo abstrusas.

A uno que duerme en el silencio le despierta un ruido, y al que se duerme con éste, le despierta su cesación. El hombre de lo que se da cuenta es del contraste, de una ruptura de la continuidad en espacio ó tiempo. Es mérito de la psicología inglesa el haber puesto en claro el principio luminoso de que el acto más elemental de percepción, de *discernimiento,* como ellos dicen gráficamente, es la percepción de una diferencia, y que conocer una cosa es distinguirla de las demás, conociéndola mejor cuanto de más y mejor se la distingue.

Pero tal distinción no podría darse sin una analogía profunda sobre que reposara; la diferencia sólo se reconoce sobre un fondo de semejanza. En la sucesión de impresiones discretas hay un fondo de continuidad, un *nimbo* que envuelve á lo

precedente con lo subsiguiente; la vida de la mente es como un mar eterno sobre que ruedan y se suceden las olas, un eterno crepúsculo que envuelve días y noches, en que se funden las puestas y las auroras de las ideas. Hay un verdadero tejido conjuntivo intelectual, un fondo intra-conciente en fin (1).

Los islotes que aparecen en la conciencia y se separan ó aproximan más, uniéndose á las veces, á medida que el nivel de ella baja ó sube, se enlazan allá, en el fondo del mar mental, en un suelo continuo. Son voces que surgen del rumor del coro, son las melodías de una sinfonía eterna. Figuraos astros rodeados de una extensa atmósfera etérea cada uno, que se acercan en sus movimientos orbitales, y fundiéndose sus atmósferas forman una sola que los envuelve y mantiene unidos y concertados, siendo la razón de su atracción mutua. Esta doctrina, que conocen cuantos la han leído aplicada hermosamente por el P. Secchi á la física toda, es la que mejor aclara metafóricamente la constitución de la mente humana. Cada impresión, cada idea, lleva su nimbo, su atmósfera etérea; la impresión, de todo lo que le rodeaba; la idea, de las representaciones concretas de que brotó. Aquellas figurillas de triángulos, etéreas y ondulantes, que flotan en nuestra mente al pensar en el triángulo (figurillas de que hablaba Balmes), no son sino parte del nimbo, de la atmósfera de la idea, parte del mar de lo intra-conciente, raíces del concepto.

En nuestro mundo mental flotan grandes nebulosas, sistemas planetarios de ideas entre ellas, con sus soles y sus planetas y satélites y aerolitos y cometas erráticos también; hay en él mundos en formación y en disolución otros, todo ello en un inmenso mar etéreo, de donde brotan los mundos y donde al cabo vuelven. El conjunto de todos estos mundos, el univer-

(1) Le llamo así y no *inconciente ó sub-conciente,* por parecerme estos términos inexactos. Lo que se suele llamar inconciente es de ordinario el contenido de lo conciente, sus entrañas, está más bien dentro que debajo de él.

so mental, forma la conciencia, de cuyas entrañas arranca el rumor de la continuidad; el hondo sentimiento de nuestra personalidad. En lo hondo, el reino del silencio vivo, la entraña de la conciencia; en lo alto, la resultante en formación, el *yo* conciente, la idea que tenemos de nosotros mismos.

En este universo hay diferentes sistemas planetarios, y cada planeta, cada idea, es un mundo á su vez, con su organismo. Cogiéndolas, podemos analizarlas, separar y distinguir sus componentes, es decir, conocerlos, reconstituirlos, y así, por una síntesis de un análisis, llegar á conocer reflexiva y científicamente la idea en su contenido y entraña. Síntesis de un análisis, esto es la ciencia; su fin llegar á lo intra-conciente de la continuidad de todo. De las ideas reflejadas y rellenas se eleva la mente á ideas de esas ideas por abstracción.

Paciencia, lector, y tolera aún más indicaciones sobre la abstracción, que más tarde verás á dónde van enderezadas. Porque en esto de la abstracción no suele verse poco más que el *abstraer*, la separación, la repulsión ideal, sin fijarse en que brotan de una verdadera fusión. Se suele presentar la abstracción como algo previo á la generalización, cuando es efecto suyo. Recuérdese cómo se hacen fotografías compuestas, para lo cual se toman varios individuos de una familia, por ejemplo, y si son seis, se proyecta á cada uno sobre la placa, con la misma enfocación y postura en todos ellos, la sexta parte del tiempo necesario para obtener una prueba clara y distinta. De este modo se sobreponen las imágenes, los rasgos análogos, los de familia, se corroboran y los individuales ó diferenciales forman en torno de aquellos un nimbo, una vaga penumbra. Cuanto mayor el número de individuos ó el de analogías entre ellos, más acusada resultará la imagen compuesta, y el nimbo más vago; y por el contrario, cuantos menos los individuos ó sus analogías menores, más flotante y vaga la imagen en un nimbo que prepondera. Al tomar luego esas imágenes compuestas para compararlas y combinarlas unas con otras y sobreponerlas á su vez, lo concreto de ellas

se define y se desvanece mucho del nimbo. Todo compuesto al entrar como componente de una unidad suprema á él, acusa su indivualidad.

Sobre estas sugestiones metafóricas medite el lector poniéndose en camino de ver cómo se producen la abstracción y la generalización, no por vía de remoción y exclusión tan sólo, sino fundiendo lo semejante en el nimbo de lo desemejante. Nimbo ó atmósfera ideal que es lo que da carne y vida á los conceptos, lo que les mantiene en conexión, lo que les enriquece poco á poco, irrumpiendo en ellos desde sus entrañas.

Y no debe perderderse de vista esto del nimbo, clave de la inquisición que hemos de hacer en la mente castiza castellana, porque es la base de la distinción entre el hecho en bruto y el hecho en vivo, entre su continente y su contenido.

¡Cosa honda y difícil esta de conocer el *hecho* vivo! Cosa la única importante de la ciencia humana, que se reduce á conocer hechos en su contenido total. Porque toda cosa conocible es un *hecho* (*factum*) algo que se ha hecho. El universo todo es un tejido de hechos en el mar de lo indistinto é indeterminado, mar etéreo y eterno é infinito, un mar que se refleja en el cielo inmenso de nuestra mente, cuyo fondo es la ignorancia. Un mar sin orillas pero con su abismo insondable, las entrañas desconocidas de lo conocido, abismo cuyo reflejo se pierde en el abismo de la mente.

¡Cosa honda y difícil conocer el hecho! Conocer el hecho, distinguirlo de otros y distinguirlo con vida, rehaciéndolo en nuestra mente (1).

Y ahora, dejando estas retóricas, entremos de golpe y porrazo á indicar dónde y cómo se han de buscar las pruebas de que en este clima extremado y sin tibiezas dulces, de paisaje uniforme en sus contrastes, es el espíritu también cortante

(1) Cada *hecho* es tal cual es y no otro como resultado de un proceso, de un *hacerse*, de una diferenciación; así es que conocerlo con conocimiento vivo es *rehacerlo* en nuestra mente reproduciendo su proceso. La representación viva es un hecho rehecho.

y seco, pobre en nimbos de ideas; pruebas de cómo generaliza sobre los hechos vistos en bruto, en serie discreta, en caleidospio, no sobre síntesis de un análisis de ellos, viéndolos en serie continua, en flujo vivo; cómo los ve recortados como las figuras en su campiña sin rehacerlos apenas, tomándolos como aparecen en su vestidura, y cómo, por fin, ha engendrado un realismo vulgar y tosco y un idealismo seco y formulario, que caminan juntos, asociados como Don Quijote y Sancho, pero que nunca se funden en uno. Es socarrón ó trágico, á las veces á la vez, pero sin identificar la ironía y la austera tragedia humanas.

Al llegar aquí tenemos que traer á cuenta algún *hecho* que sirva de hilo central á nuestras reflexiones, que seguirán, sin embargo, sin atarse á él, ondulando acá y allá, fuera de maroma lógica, para engendrar en el alma del lector el nimbo, la atmósfera de donde vaya surgiendo algún tema. Y este hecho central ha de ser nuestro pensamiento *castizo*, el de la *edad de oro* de la literatura castellana, y en él, por de pronto, lo más castellano, el teatro, y en el teatro castellano, sobre todo, Calderón, cifra y compendio de los caracteres diferenciales y exclusivos del casticismo castellano.

Y procuraremos ver, por último, sus esfuerzos por llegar á lo eterno de su conciencia, por armonizar su idealismo quijosteco con su realismo sancho-pancino, esfuerzos que se revelan en el fruto más granado del espíritu castellano, en su castiza y clásica mística.

MIGUEL DE UNAMUNO.

RECUERDOS

He dicho ya, que no hice ni un solo verso hasta los treinta y tantos ó cuarenta años.

No es solamente, que no supiera hacerlos, que claro es que no lo sabía; es que ni siquiera lo intentaba; es que jamás sentí ni deseos, ni impulsos de expresar en forma métrica mis ideas; es que semejante empresa parecíame que estaba á miles de leguas de mi modestísima persona.

Y no era tampoco porque los versos no me gustasen, que me gustaban muchísimo; ni porque el ambiente que me rodeaba no me incitase á todas horas á versificar. Versificaban casi todos mis compañeros: algunos con facilidad y hasta con gracia; y ya en el artículo anterior cité el final de un poema de Leopoldo Broockman. El era, por decirlo así, el Calderón de nuestro grupo; pero todos los demás escribían también, casi á diario, fábulas, poemas y romances; romances sobre todo.

Teníamos un compañero de mucho talento, pero de carácter algo triste y de tendencias místicas, al cual, por esta razón, es decir, por sus aficiones á cosas de iglesia, le llamábamos *el abate;* y como el tal lucía en su nariz, que era de dimensiones más que regulares, un soberbio *sabañón*, que se encendia en invierno con todas las heladas y destilaba sudor en verano,

con todos los calores, completamos su primer apodo con el de *Sabaña*, de suerte que, para nosotros, fué siempre *el abate Sabaña*. Y el bueno del *abate* era pie forzado para la mayor parte de los romances, los cuales terminaban con esta fórmula invariable:

«¿En dónde estará mi abate,
el de nariz de tomate?»

Esto lo decía por lo regular una mora que suponíamos enamorada del *abate Sabaña*.

Otras veces se escribían composiciones eróticas; y recuerdo una, titulada *las tentaciones de San Pedro*, cuya barca, mientras él luchaba con las flaquezas de la carne, era juguete de las olas y de la tempestad, todo lo cual se expresaba en los siguientes disparatados versos, que tampoco he olvidado, y que decían así:

«En tanto en el mar
impúdica barca
parábola marca
de rumbo incierto
que á ningún puerto
conducirá.»

Yo, sin embargo, hice observar al poeta, y á mis demás compañeros, que siendo el mar una superficie esférica, la barca no podía trazar en ella una parábola; pero mi observación crítica fué rechazada por unanimidad; porque, según replicaron el vate y sus amigos, lo que en geometría es solemne disparate, desde el momento en que se reviste de forma poética se trueca en gallardo atrevimiento.

*
* *

Todas estas son pequeñeces, que han de parecer insulsas á mis lectores, y que, sin embargo, tienen para mí el jugo poético de los recuerdos y el encanto de la juventud.

Yo no invento; yo no transformo; no escribo un artículo literario; recojo unos cuantos granillos de arena perdidos en lejana playa y un puñado de hierbecillas impregnadas todavía con las húmedas brisas del amanecer.

*
* *

En verdad que yo estuve rodeado durante mi juventud por tentaciones poéticas, que de todas partes venían sobre mí.

No era sólo mi afición al teatro, en donde casi todos los dramas y comedias que veía, estaban escritos en verso, porque esta era la forma, que entonces dominaba.

No eran sólo mis lecturas de poetas antiguos y modernos desde el Romancero á Zorrilla pasando por Herrera y por Fr. Luis de León.

No eran tan sólo mis compañeros, que constantemente, como he dicho ya, componían en toda clase de metros, fábulas, romances y poemas.

Es que desde el mismo seno de las ciencias positivas, que por obligación estudiaba, salían en tropel los asaltos poéticos.

Recuerdo, que en los apuntes que nos dió el profesor de Mineralogía, que era un distinguidísimo ingeniero de minas, nos encontramos con esta curiosa sorpresa. Así decía en efecto en una de sus lecciones: «Al soplete, cuando es puro, sin fundirse se ennegrece; con el bórax se entumece y da un vidrio pardo oscuro.»

Leer esto, cortar el párrafo en cuatro pedazos iguales sin alterar ni una palabra ni una sílaba, y poner en columna los cuatro trozos, fué en nosotros obra de un instante. De donde resultó la siguiente redondilla, digna por su naturalidad de la pluma de Serra:

«Al soplete, cuando es puro,
sin fundirse se ennegrece;
con el bórax se entumece
y da un vidrio pardo oscuro.»

Nuestro entusiasmo fué grande al ver convertido al respetable profesor de Mineralogía en versificador tan espontáneo y correcto, y al punto decidieron todos los versificadores de mi año y aun de otros años á los que corrió la noticia, que había de ponerse en verso la lección entera y que en verso había de recitarla aquel á quien le cupiera en suerte. Broockman, Regueral, Sainz y otros varios emprendieron la obra, y bien pronto quedó la lección desde el principio hasta el fin primorosamente versificada. Todavía recuerdo una de aquellas redondillas: redondillas, digo, porque, desdeñando el romance, en redondillas se escribió la lección toda.

De este modo decía la cuarteta á que me refiero:

«La marga yesosa dora
á veces la melinita;
otras, como en Santa Flora,
afecta una estalactita.»

Fué la lección que mejor supimos. El profesor quedó asombrado, porque generalmente las lecciones de Mineralogía se aprendían mal y se daban peor.

A pesar de que aquellos á quienes preguntó, procuraron romper la armonía del verso y disimularon en lo posible los consonantes, al fin el profesor notó el sonsonete, y dijo entre satisfecho y receloso: «Muy bien, muy bien; hoy explican Vds. muy bien la lección, pero no sé qué tienen Vds. que parece que todos están hablando en verso.»

***

No solamente no escribía yo por entonces versos, sino que tampoco escribía prosa; ni siquiera prosa epistolar, porque no tenía necesidad de escribir á nadie, y apenas si hablaba en prosa como el personaje de Molière.

Hasta los veinte años no tengo idea de haber escrito nada, á no ser una Memoria, que á los trece años escribí en Murcia, por mandato de mi profesor de Química D. Ramón Vaquero, maestro excelente y literato de mucho renombre por aquellas regiones murcianas. Siempre leía D. Ramón Vaquero alguna composición poética en las fiestas del Liceo; y aún recuerdo haber visto unos versos suyos, en un transparente del Instituto, con motivo de no sé qué iluminaciones patrióticas: versos que, por entonces, me parecieron un modelo de perfección y grandeza.

Tampoco los he olvidado, y también he de ofrecérselos al lector, para que estos documentos humanos, que voy dictando, sean tan completos y tan exactos como la memoria lo permita.

Y así decían los tales versos de mi profesor de Química:

«Sólo hay un Dios que desde el cielo impera,
sólo un placer que vence á los demás;
no hay más que un sol en la azulada esfera;
sólo un soldado: el español no más.»

Pues bien, imagine el lector cuál sería mi apuro, cuando mi profesor querido—porque lo era y mucho, de todos nosotros—me mandó redactar una Memoria sobre el análisis del aire por el eudiómetro.

La parte científica no me apuraba, porque yo sabía bien lo que él nos había explicado, y comprendía perfectamente lo que los libros de Química dicen sobre este problema. Pero ¿y la forma?

Yo no había escrito nunca. Había leído mucho: casi todas las obras de Cervantes, incluyendo el *Persiles y Segismunda;* dos veces el *Quijote*, y multitud de obras clásicas de la biblioteca de mi padre. Con su ayuda, había traducido á Virgilio, y con su ayuda había traducido algo del griego, sin contar dos ó tres tomos del *Semanario pintoresco,* que era casi el

único periódico ilustrado de aquellos tiempos, y que sin ayuda de nadie devoraba á mis solas.

Pero con todo esto, no pasaba de ser un pequeño literato pasivo. Jamás con la pluma en la mano había dado forma á mi pensamiento.

Y, sin embargo, era preciso que escribiese una Memoria, y había de juzgarla, no sólo en su fondo científico, sino en su forma literaria, un juez, tan respetable para mí, como aquel insigne profesor del Instituto murciano.

Muchos, muchísimos volúmenes he escrito después: todos los he olvidado; encuentro de vez en cuando artículos, que ni recuerdo que hayan sido míos, y no podría dictar ni una sola redondilla de mis dramas. Sin embargo, de aquella Memoria de Química, escrita á los trece años, jamás he olvidado las dos ó tres primeras líneas.

Recogiendo por esfuerzo supremo toda mi inspiración, evocando todos los recuerdos de mis lecturas clásicas, y encomendándome á Dios Todopoderoso, empecé á escribir de este modo:

«No es el aire, como al entender de los antiguos, un cuerpo simple, un elemento. La Química moderna ha demostrado, por minuciosos análisis y detenidas experiencias...»

Al llegar aquí, me detuve; leí lo escrito, y quedé satisfecho de mi obra. Ni más ni menos que si hubiera sido un pequeño Dios; y, después de haber creado mundos y cielos, me hubiera detenido á contemplarlos: *¡Deus vidit omnia*, etc.!

Parecíame á mí que eso de *poner un artículo al infinitivo* era lo supremo de la elegancia, y que Cervantes, con toda su fama, jamás había escrito nada tan hermoso como esta frase, «*al entender* de los antiguos».

Además, ¡qué atrevimiento tan gallardo éste de empezar el primer párrafo de la Memoria por una *negación:* «No es el aire como al entender de los antiguos.»

Sin contar el modo exacto y pintoresco de ir adjetivando los sustantivos, «*minuciosos* análisis y *detenidas* experien-

cias». ¡Señor!—pensaba yo;—si los análisis no son minuciosos, y si las experiencias no son detenidas, ¿qué otra cosa pueden ser?

Y luego, ¡qué pleonasmo tan bien calculado para que el período resultase redondo, éste en que digo: «un cuerpo simple, un elemento», cuando, en rigor, hubiera bastado con decir lo uno ó lo otro! Porque si el cuerpo era simple, claro es que era un elemento; y si era un elemento, era forzosamente simple. Muchos hay, que, sin ser elementos, y sobre todo, elementos de nada bueno, son reconocidamente simples.

En suma, que en las pocas líneas que llevaba escritas, encontraba yo innumerables perfecciones y supremas bellezas.

Pero lo malo era que no daba con una fórmula literaria que me satisficiese para salir airosamente del párrafo, que con tan alta inspiración había comenzado.

Era preciso mantenerse á la misma altura, y la inspiración, fatigada de aquel esfuerzo gigante, no acudía á mi angustiosísimo llamamiento.

Concluí la Memoria y la presenté; y no le disgustó al señor de Vaquero. Pero en verdad que á mí no me gustó nada, ni logré eclisar en toda ella la abrumadora belleza de aquella frase que al principio fué mi orgullo, y luego fué mi mortificación: «al entender de los antiguos».

*
* *

Desde los trece á los veinte años no volví á coger la pluma, á no ser en los exámenes por escrito de la escuela. Y aquello, ni era arte, ni era literatura, ni tenía ante mis ojos importancia alguna estética.

A los veinte años volví á escribir otra Memoria, por mandato del profesor de canales y puertos; y en ella ya puse, dándome aires de superioridad, algunas páginas con ciertas

pretensiones literarias, que no dejaron de imponer al bueno del profesor, hombre de mucha ciencia, pero de letras modestísimas.

De todas maneras, las dos Memorias á que me he referido, eran trabajos cuyo fondo científico excluía, casi en absoluto, todo alarde de estilo y elegancia.

Por lo demás, si en todo este tiempo no hice un solo verso, ni me lancé á ningún trabajo literario, claro es que tampoco se me ocurrió, ni por un solo instante, escribir dramas ni comedias, ni sospeché siquiera que pudiese escribirlos en tiempos futuros.

Me bastaba con ver las obras dramáticas de los demás, con juzgarlas á mi modo, con sentirlas ó no sentirlas, con aplaudir cuando bullía el entusiasmo en el interior de mi ser, y con callar tristemente y marcharme apesadumbrado á casa cuando la obra estrenada no era de mi gusto, ó no había sido del agrado del público.

Yo nunca he gozado con los fracasos ajenos, como ciertos espíritus lastimosamente enfermizos. Ni antes, ni ahora, ni nunca. He tenido mis autores predilectos, pero no he sentido odio ni encono por los demás.

En cambio tampoco los triunfos ajenos me han revuelto la bilis, y casi lo siento, porque á veces la bilis revuelta es jugo de inspiración.

En cambio, mucho antes de escribir para el teatro, desinteresadamente y á mis solas, he reñido grandes batallas con la crítica; aunque también la crítica—porque todo hay que decirlo—me ha proporcionado, antes y después, ratos muy agradables.

Cuando yo veía una obra dramática, que me gustaba de veras, y al día siguiente un *chico* de la prensa de entonces se arrancaba con un artículo encomiástico, sentíame yo identificado con el autor, y me rebosaba el corazón gratitud y simpatía por el crítico.

Explicaba yo en el artículo precedente cómo asistí al es-

treno de *Angela,* que fué el primer triunfo ruidoso de Tamayo. Pues bien; recuerdo que al otro día estaba en mi casa estudiando no sé qué libro de matemáticas, cuando entró Leopoldo Broockman con un periódico en que se había publicado el juicio crítico de Manuel Cañete sobre dicho drama.

A un lado de la mesa se quedó el libro de matemáticas, al otro lado se quedaron las lecciones, y Broockman y yo leímos dos y tres veces la crítica de Cañete, entusiasmándonos con sus elogios, celebrando sus frases y declarándole el primer crítico de España, de sus islas adyacentes y de sus posesiones de Ultramar, ya que por tal manera coincidían sus opiniones con nuestros entusiasmos.

Muchos disgustos me dió después, ó pretendió darme, el bueno de D. Manuel (q. s. g. h.); pero, aunque alguien no lo crea, nunca se borró de mi espíritu aquella primera impresión, y siempre he reconocido y proclamado, que sabía escribir en castellano como pocos; que muchas veces acertaba, y que, cuando lograba acertar, sus críticas eran dignas de su buen nombre y de su espíritu noble y entusiasta, aunque terco y enrabiado en ocasiones.

Bien puede decirse, repito, que desde mi más tierna edad empecé á luchar con los críticos y á padecer por su causa; aunque por cuenta ajena, durante muchos años.

Me sucedía entonces lo mismo que ahora me sucede: que cuando aquellos señores estaban conformes con mi opinión, leía muy á gusto sus artículos y hasta conseguían entusiasmarme, como me sucedió con la crítica de Cañete respecto al drama de Tamayo. Pero cuando había discordancia entre sus juicios y los míos, me molestaban grandemente, me irritaban lo que no es decible, y hasta llegaron á indignarme más de una vez.

Y esto es natural que sea; y seguirá siendo por los siglos de los siglos, mientras el ser humano continúe formado de carne, sangre y nervios, ó mientras la razón humana no esté en posesión de la verdad absoluta, para lo cual faltan todavía algunas semanas.

Ello es lo cierto, que entonces sucedía con las obras dramáticas, con el público y con la crítica, cosas muy parecidas á las que hoy suceden.

Yo vi en mi juventud, como ahora veo, obras buenas y malas. Vi muchas veces á Romea representar *El Café* ó *El Hombre de mundo,* esas joyas de nuestra literatura, con el teatro vacío. Vi los primeros estrenos de Ayala—exceptuando el de *El Hombre de Estado*—con poquísima gente. Leí excelentes críticas y críticas lastimosas. Hubo quien negó en la prensa que el futuro autor de *El Tejado de vidrio* tuviese condiciones de autor dramático; quien acusó de exageración á los dramas de Tamayo; quien negó con toda la seriedad imaginable que Hartzenbusch supiese historia y que fuesen buenos sus versos; y hasta un jovencito de diecisiete años, listo pero pretencioso, se atrevió á decir, en letra de molde, encarándose con Bretón de los Herreros, una cosa por este estilo: *aconsejamos* al Sr. Bretón que en sus obras futuras se cuide un poco más de la gramática. Ya lo dijo el profano, «no hay nada nuevo bajo el sol.»

Decididamente, los que hoy se quejan,—ó nos quejamos, porque yo soy uno de ellos,—del estado de la crítica dramática, debiéramos recordar las coplas de Jorge Manrique, las cuales nos enseñan, que cualquiera tiempo pasado fué mejor.

*
* *

Y así es; mientras estuve en la Escuela de Caminos deseaba con febril impaciencia terminar mi carrera, salir del poder de mis profesores, y ser por toda mi vida libre ó independiente, sin disciplina escolar, sin lecciones que aprender en horas fijas, y, sobre todo, sin exámenes.

Y concluí mi carrera y jamás he sido libre; siempre he tenido que aprender ó que escribir por obligación; y dos ó tres

veces al año me examino, y no ante profesores como aquellos, que de antemano me tenían reservada la nota de sobresaliente, sino ante el público y la crítica, que siempre disponen de un reprobado formidable y sin apelación posible; pues toda apelación se juzga vanidad ó soberbia.

En cambio, vuelvo la vista con cariño á aquellos que me parecían pesadísimos años de la carrera. A aquellos sábados tan alegres, porque tras ellos venía el domingo. Al ansioso esperar de un estreno. A las escapatorias al paraíso del teatro Real para aplaudir á la Frezzolini, á la Alboni y á Ronconi. A las continuas bromas con los amigos. Al interminable reir. Y el tiempo pasado se me ofrece todo luz, encanto y regocijo; toda pena acabada á las veinticuatro horas; todo contento repercutiendo en ecos inacabables.

He hablado del Real. Sí; el teatro Real empezaba ya á hacer la competencia á los estrenos dramáticos. Y por la música hicimos traición, más de una vez, á dramas y comedias. ¡Ahora lo pago; que otras traiciones me hacen purgar aquéllas!

***

Pero, así era. La Escuela de Caminos, casi en masa, asistía al teatro de la plaza de Oriente dos y tres veces por semana. Pero en aquel paraíso y en nuestras excursiones á sus alturas corríamos un gravísimo peligro. El director de la Escuela, don E. A., era tan aficionado como nosotros á la Opera; iba con tanta frecuencia como nosotros; y como entonces la clase media no tenía las pretensiones aristocráticas que hoy la devoran, al paraíso subía también como nosotros, con una sola diferencia: que él iba á delantera y nosotros á entrada general. Pero nos veía; nos veía con sus ojillos vivos y penetrantes; nos pasaba lista, y al día siguiente lo pagábamos.

Era un granadino de color de aceituna, picado de virue-

las, con la cara afeitada, con un *bisoñé* mal disimulado, hablando siempre con frases cortas y ceceo andaluz.

Las frases—digo—que constituían su oratoria, con ser muy breves, no concluían jamás, ó más bien concluían siempre con una especie de ronquido en forma de interrogación, que yo no sé cómo podrá escribirse, como no sea por algo parecido á estas tres letras: ¿hum?

Era como si preguntase: ¿Qué tal? ¿Se ha enterado V.?

Su nota característica era el *chiste serio*—si se me permite decirlo de este modo.—No se reía nunca; pero le molestaba que no hicieran gracia las suyas.

Algunas veces graciosas eran sus gracias; pero otras veces eran ininteligibles, y él nunca se tomaba el trabajo de explicarlas.

Abono tenía—como he dicho—á dos delanteras de paraíso, y en ellas tomaba asiento con una sobrina muy guapa, aunque algo jamona, que á todas estas expediciones líricas le acompañaba constantemente.

*
* *

Recuerdo que una vez nos vió en el Real: delante de él desfilamos á través de una de aquellas pequeñas puertas del paraíso, que más pequeñas es difícil que las tenga el de las esferas celestes; y, uno tras otro, todos los alumnos de la clase que él explicaba, tuvimos que pasar ante sus inquietos ojillos, que chispeaban de malicia á medida que nosotros le saludábamos respetuosamente.

Era este don E. A. un ingeniero antiguo, anterior á la Escuela de Caminos; hombre práctico y que había construido bastante, pero que no estaba muy al corriente de las ciencias modernas.

Explicaba la clase de construcción, y en la clase de cons-

trucción entramos al otro día cabizbajos y confusos, y con el vago presentimiento de que iba á suceder algo.

Y sucedió, en efecto.

Hizo salir á uno de nosotros al encerado; empezó á preguntarle la lección; y á lo mejor de ella, rompió con este problema singularísimo:

«¿Qué forma le daría V. á una piedra para echarla al agua? ¿hum?» Es decir, el ronquido de la interrogación.

El chico se quedó como si la piedra le hubiese caído sobre la cabeza; porque ninguna relación tenía aquella estrambótica pregunta con la materia que se estaba explicando.

Sin embargo, contestó á todo evento, que si el objeto era que la corriente no se llevase la piedra, ésta debería ser lo más plana posible.

«No, señor», contestó el profesor, ceceando más que de costumbre; y cogiendo la lista, nos repitió á todos la misma interrogación enigmática, sin conseguir respuesta, que llegara á satisfacerle.

Allí agotamos todas las formas de la geometría. Uno dijo que la piedra debería ser piramidal; otro que prismática; no faltó quien le diese la forma esférica, sin duda para que rodase mejor. Y cuando terminó la lista, y se agotaron los desatinos, y todos esperábamos con curiosidad que nos diese alguna explicación, salió con este pequeño discurso, dicho con el ceceo de costumbre, y los «¿hum?» correspondientes.

«Pues la forma es esta: que si en vez de irse Vds. al teatro Real, se hubiesen Vds. quedado en sus casas meditando estas cosas, sabrían Vds. qué forma debe darse á una piedra para echarla al agua.»

Cuarenta años hace que estoy meditando en aquel problema, y todavía no he podido encontrar la solución.

*
* *

El buen señor, aunque casi siempre era enigmático, no dejaba de tener gracia algunas veces, si bien sus gracias no eran espontáneas, si no por el contrario frutos, más que maduros, casi pasados, de laboriosas lucubraciones.

He aquí un ejemplo.

En la Escuela de Caminos había dos clases de exámenes. Exámenes orales ante tres, cinco ó más profesores.

Y además exámenes por escrito. Se sacaban tres preguntas á la suerte; las copiábamos todos, y encerrados en la sala de dibujo, y con un profesor constantemente á la vista, y á veces con el mismo Director en la mesa de la presidencia, teníamos que llenar unos cuantos pliegos de papel en contestación á las tres preguntas sorteadas.

Pues recuerdo que en cierta ocasión, presidiendo el Director granadino á que me refiero, sucedió lo que voy á explicar.

Uno de nosotros concluyó antes que todos su tarea, porque alguno había de ser el primero que concluyese; y fué á entregar los pliegos que había escrito, al señor Director.

Este le miró con muestras de desagrado, los ojuelos le brillaron, se le encendieron un tanto las pintas de la viruela, y, con su habitual ceceo y buen golpe de ronquidos, le dijo al chico:

«Eso es, había de ser V. el primero que concluyese. Ve V. que sus compañeros están afanándose por contestar lo mejor posible á las preguntas, y V., nada, á despachar de cualquier modo, y á marcharse. Márchese V., márchese V., que ya se tendrá en cuenta.» Y el alumno se marchó aterrado.

Al día siguiente continuaron los exámenes para otra clase, y aleccionados todos con lo que había pasado el día antes, ninguno quiso ser el primero que entregase la respuesta escrita.

Seis ó siete fueron al mismo tiempo y el director nada dijo. Pero siguió impasible en la sala hasta que no quedó más que uno solo escribiendo. Acercóse lentamente al alumno, y ceceando tanto como el día anterior, le enderezó esta filípica:

«¿Pero hombre, que siempre ha de ser V. el más posma de

la clase? Todos sus compañeros han concluido, y V. hecho un plomo. Es natural: no sabe V. una palabra, y no acierta V. á contestar. Firme V. y márchese, que ya se tendrá en cuenta.»

Si asustado se fué el del primer día, no menos asustado se retiró de la escuela el último de este segundo día de exámenes. El uno y el otro ya estaban iguales.

Y llegó el tercer día; y en su puesto presidió el acto el director, como había presidido los de los dos días anteriores.

Creíamos agotada la malicia del andaluz presidente; pero no fué así: que siendo, como éramos, catorce los de aquella promoción, encaróse con el sétimo al presentarle éste las papeletas contestadas; y, mirándole desdeñosamente y con sonrisa burlona, le despachó de este modo:

«Claro: V. en nada se ha de distinguir. Ni el primero, ni el último: siempre será V. una medianía. Vaya V. con Dios, que no me coge de sorpresa.»

Esto, que así contado no tiene maldita la gracia, nos pareció á todos graciosísimo; y aun hoy mismo me lo parece á mí, salva la opinión de mis lectores.

*
* *

No hay como la distancia para dar á las cosas cualidades que desde cerca no tienen, ó que por lo menos parece que no tienen.

Lo que era insípido y vulgar, se transforma en poético. Lo que era feo y desconcertado, se hace bello. Las masas más irregulares adquieren contornos graciosos. Colores confusos se funden en tintas deliciosas. La llanura árida adquiere severidad y grandeza. La nube, que estando en el centro de ella es masa opaca de vapor, es, vista desde lejos, espléndido celaje. El valle más pobre es río de verdura cuando se mira desde el

monte lejano, y el monte áspero y pedregoso es gigante azulado, que escala el cielo cuando la perspectiva le ayuda.

Así los años de la juventud, llenos de cosas insustanciales, de sucesos insípidos, de vulgarísimos pormenores, cuando se ven á la distancia de cuarenta años, se poetizan, se iluminan y se tornasolan.

¿Por qué será esto? ¿En dónde estará la verdad? ¿En las cosas vistas de cerca, ó en las cosas cuando se ven de lejos? ¿En el objeto tosco y grosero, acaso repugnante, que podemos tocar con nuestras manos, ó en ese mismo objeto que, viéndolo á gran distancia, resplandece de luz y de belleza? ¿Es que cuando estábamos á su lado no distinguíamos más que la envolvente material, y que cuando nos apartamos brilla en él el espíritu que le anima?

Problemas son estos para un trabajo serio, no para éste, que sólo es conjunto de recuerdos evocados al capricho y dictados en confusión, sin pretensiones literarias ni ambiciones de ningún género.

Sigamos recordando, valgan poco ó mucho los recuerdos, que nada valdrán para mis lectores, pero que para mí tienen el valor incalculable de un pasado, que ya nunca volverá.

***

¡Pobre don E. A.! ¡Pobre señor! Se pasó la vida, mientras fué profesor de la Escuela, preparando chistes para los alumnos; chistes que, una vez preparados, lanzaba en la ocasión oportuna, serio, impasible, enseñando cuando más sus dientes negros y destartalados, en algo así como un conato de sonrisa, que no lograba iluminar su cara cetrina, y que cuando más arrugaba un tanto las innumerables marcas de viruela de que tenía sembrado el cutis.

Todavía recuerdo, entre otras mil cosas, que contadas no

tendrían gracia, aunque nosotros las celebrábamos en las horas de descanso con sabrosos comentarios y alegres carcajadas, esta *pequeña farsa* con que entretuvo un día á toda la clase.

Presentó de pronto el siguiente problema, que, á decir verdad, no tenía grandes relaciones de parentesco con la lección señalada, pero que él cogió, como vulgarmente se dice, por los cabellos, para llegar á un final de gran efecto. Quizá por esto se despertó en mí desde entonces la afición á ciertos finales, aunque los suyos eran cómicos y han resultado trágicos los míos.

Se trataba en dicho problema de establecer una alineación con cuatro jalones entre dos puntos tales del terreno, que era invisible cada uno de ellos al pretender mirarlo desde el otro punto.

El dijo, que quería resolver prácticamente aquel problema de topografía y mandó que fuesen al centro de la clase cuatro alumnos de los más altos y delgados para que sirvieran de jalones. Fueron éstos Broockman, Espinal, Trujillo y no sé quién más. Hizo salir asimismo á otro quinto alumno; le declaró ingeniero topógrafo y mandóle que dirigiese la alineación, haciendo mover convenientemente á derecha é izquierda los cuatro alumnos, que de jalones servían.

Pero nunca resultaban en línea recta los cuatro puntos, y el profesor, fingiendo gran indignación, le dijo al ingeniero topógrafo: «Vaya, vaya, V. no sirve para ingeniero; *póngase V. de jalón,* y va V. bien servido.» A uno de los jalones le dió la plaza de ingeniero, y como al fin la alineación se estableciese según mandan los cánones de la topografía, dijo el profesor con acento triunfante y severo y con sus correspondientes ronquidos interrogativos, que, como queda dicho, eran la nota característica de su elocuencia: «Ya ven Vds. cómo discurriendo, de un jalón se hace un ingeniero, y cómo los que no discurren, aun siendo ingenieros, se convierten en jalones.»

¡Pobre Señor! ¡Quién había de sospechar que, andando el

tiempo, cuando ya fué un anciano, por no sé qué préstamo que le habían hecho bajo forma de escritura de depósito, había de tener fin tan triste como el que tuvo!

Pero no quiero recoger de aquellos alegres años de la juventud ninguna nota lúgubre. Vengan á mí los alegres pajarillos que cantan por la mañana, sin que ningún plumaje negro empañe las alas irisadas, sin que ningún gemido entristezca los alegres gorjeos del amanecer.

José ECHEGARAY.

GOYA

CONTINUACIÓN

V

Auséntase Goya de España voluntariamente.—Algunas noticias que da Moratín sobre la estancia del artista en Francia.—Muere Goya en Burdeos el año de 1828.—Sus trabajos en Burdeos.—Las litografías.—Ideas y creencias de Goya.—Ilustraciones para el *Don Quijote*.—Los pintores modernos no imitan á Goya.—Tampoco hay relación alguna entre él y los discípulos de David.—Lo que es el color.—Cada gran maestro tiene sus cualidades propias que le distinguen y no se amalgaman bien con las de otros.—Goya es el pintor español más colorista.—Su fantasía es más original que la de Brueghel y el Bosco.—Cuadros representando la prisión del Maragato.—Otras escenas de la guerra.—Pinturas alegóricas que se hallan en el salón de Sesiones del Ayuntamiento, y en la biblioteca del ministerio de Marina.—Otra pintura para el Instituto Pistalozziano, perdida.

Después del restablecimiento de Fernando VII en el trono, permaneció el artista suficiente tiempo en España, desempeñando su cargo de pintor de Cámara, para que pueda decirse que se ausentó por temor á la reacción que imperaba; y aunque se cuenta que al recibirle el rey le significó que le debía hacer ahorcar, el hecho es que Fernando olvidó lo pasado y siguió distinguiéndole con su favor, y prestándose á que le hiciese muchos retratos, á pie y á caballo, y que por cierto son de lo peor que el autor hizo en este género.

Solicitó, y obtuvo del rey, licencia para trasladarse á Francia, cobrando el sueldo, y aunque todos sus biográfos dicen que su marcha fué en 1822, no debió ser hasta Junio de 1824 según se deduce de las noticias que Moratín da en las cartas

que enviaba á su amigo Melón, de las que copiaré algunos párrafos que hacen referencia al artista, y dan razón de algunas particularidades de su estancia en Burdeos.

La primera vez que Moratín se refiere á Goya es en carta fechada en Burdeos el 27 de Junio de 1824, que dice así:

«Llegó, en efecto, Goya, viejo, torpe y débil, y sin saber una palabra de francés, y sin traer un criado (que nadie más que él lo necesita), y tan contento y tan deseoso de ver mundo. Aquí estuvo tres días; dos de ellos comió con nosotros en calidad de joven alumno; le he exortado á que se vuelva en Setiembre, y no se enlodacine en París y se deje sorprender del invierno, que acabaría con él. Lleva una carta para que Arnao vea dónde acomodarle, y tome con él cuantas precauciones se necesitan, que son muchas, y la principal de ellas, á mi entender, que no salga de casa sino en coche; pero no sé si se prestará á esta condición. Allá veremos si el tal viaje le deja vivo. Mucho sentiría que le sucediera algún trabajo.»

El 8 de Julio vuelve Moratín á dar á Melón noticia de Goya, de este modo:

«Goya llegó bueno á París. Arnao, en virtud de una carta que le di para él, se ha encargado de cuidarle y dirigirle en cuanto pueda, y desde luego le acomodó con un primo de los parientes de su nuera. Se propone continuar sus buenos oficios en favor del joven viajero, y ha quedado en que le enviará para el mes de Setiembre.»

Goya volvió, en efecto, á Burdeos en la época marcada, según este párrafo de otra carta de 20 de Setiembre:

«Goya está ya con la señora y los chiquillos en un buen cuarto y en buen paraje; creo que podrá pasar cómodamente el invierno en él. Quiere retratarme, y de ahí infiero lo bonito que soy cuando tan diestros pinceles aspiran á multiplicar mis copias.»

El 23 de Octubre vuelve á escribir Moratín:

«Goya está aquí con su doña Leocadia; no advierto en ellos la mayor armonía.»

Esta familia que acompañaba al artista era la señora de Weiss y su hija Rosario, entonces de edad de nueve años, que era ahijada de Goya, y más adelante se distinguió también como pintora. Se cuenta de esta señorita, que concurría en Burdeos al estudio de pintura de M. Lacour; y cuando Goya iba á visitar el taller, al recorrer los caballetes de los discípulos que copiaban el modelo, exclamaba siempre: «¡No es eso! ¡No es eso!» Era natural, porque aun cuando los trabajos no fueran muy malos, él tenía un modo especial de ver.

El 14 de Abril del año 1825 vuelve Moratín á hablar del pintor:

«Goya, con sus setenta y nueve pascuas floridas y sus alifafes, ni sabe lo que espera ni lo que quiere; yo le exhorto á que se esté quieto hasta el cumplimiento de su licencia. Le gusta la ciudad, el campo, el clima, los comestibles, la independencia y la tranquilidad que disfruta. Desde que está aquí no ha tenido ninguno de los males que le incomodaban allá; y, sin embargo, á veces se le pone en la cabeza que en Madrid tiene mucho que hacer; y si le dejaran se pondría en camino sobre una mula zaina, con su montera, su capote, sus estribos de nogal, su bota y sus alforjas.»

El 28 de Junio, añade:

«Goya escapó por esta vez del Aqueronte avaro; está muy arrogantillo, y pinta que se las pela, sin querer corregir jamás nada de lo que pinta.»

Esta última observación de Moratín es muy interesante, y demuestra lo que ya he dicho, que Goya prescinde de la corrección que pudieran exigirle los críticos, si no contribuye á la expresión de su idea.

Sigue Moratín dando noticias del pintor:

«Goya dice que él ha toreado en su tiempo, y que con la espada en la mano á nadie teme. Dentro de dos meses va á cumplir ochenta años.» (7 de Octubre de 1825.)

«Goya ha tomado una casita muy acomodada, con luces de Norte y Mediodía, y un poquito de jardín. Agradece tus me-

morias, y las devuelve con creces. Doña Leocadia, con su acostumbrada intrepidez, reniega á ratos, y á ratos se divierte. La Mariquita (1) habla francés como una totovia, cose y brinca y se entretiene con algunas gavachuelas de su edad.» (30 de Octubre.)

«...Una es el viaje de Goya, que será dentro de tres ó cuatro días, dispuesto como él arregla siempre sus viajes; se va solo y mal contento de los franceses. Si tiene la fortuna de que nada le duela en el camino, bien le puedes dar la enhorabuena; y si no llega, no lo extrañes, porque el menor malecillo le puede dejar tieso en un rincón de una posada.» (7 de Mayo de 1826.)

Durante esta breve excursión á Madrid para solicitar su jubilación, ó licencia ilimitada, fué cuando su amigo el insigne pintor D. Vicente López, le hizo el retrato que se conserva en el Museo del Prado.

El 15 de Julio del mismo año ya estaba el artista de regreso en Burdeos, según la nota última referente á él que se lee en las *Cartas* de Moratín, que dice así:

«He recibido por mano de Goya (que llegó muy bueno) el impreso que me envías...»

Goya en Burdeos se hallaba rodeado de amigos, como Moratín, Silvela, Goicoechea, Muguiro y otros, de todos los cuales hizo retratos. Silvela tenía un colegio, y con él vivía Moratín, y á eso se refiere la broma que usa éste en el primer párrafo que copié, cuando, al llegar Goya por primera vez á Burdeos, dice que comió dos días con ellos *en calidad de joven alumno*.

El día 15 de Abril de 1828 falleció el gran pintor, á los ochenta y dos años de edad. Fué sepultado en el cementerio de la *Grande-Chartreuse*, en el panteón de la familia Muguiro é Iribarren, donde tres años antes había sido enterrado Goicoechea; y en breve se efectuara su traslado al monumento levantado en el cementerio de San Isidro de Madrid.

(1) Rosario Weiss.

Sus amigos hicieron grabar allí la siguiente inscripción:

HIC JACET
FRANCISCUS A GOYA ET LUCIENTES
HISPANIENSIS PERITISSIMUS PICTOR
MAGNAQUE SUI NOMINIS
CELEBRATI NOTUS
DECURSE, PROBE, LUMINE VITAE
OBIIT XVI KALENDAS MAII
ANNO DOMINI
MDCCC. XXVIII.
AETATIS SUAE
LXXXV

R. I. P.

D. Antonio Brugada, conocido pintor de marinas, que fué amigo íntimo de Goya durante su estancia en Burdeos, pintó un cuadro con la vista del sepulcro, é hizo incrustrar en el marco una de las paletas y algunos pinceles del ilustre pintor. Este recuerdo anda en manos de particulares, y debía ser adquirido por la Academia ó el Museo.

Ya hemos visto que, á pesar de sus muchos años, no estuvo Goya inactivo en su retiro. Además de los retratos de sus amigos, pintó algunos cuadritos pequeños, miniaturas, ó, mejor dicho, manchas sobre marfil, y dibujó varias litografías, procedimiento que aun cuando fué descubierto en 1796 comenzaba entonces á generalizarse. Sujetó este medio á las exigencias de su idea, como había sujetado el aguafuerte, la miniatura y todos. Los primeros litógrafos tenían temor de manchar la piedra hasta con el aliento; ponían especial cuidado y pulcritud en el manejo del lápiz, y, por lo general, hacían dibujos muy terminados sobre un graneado fino é igual. Goya se valió de la piedra exactamente lo mismo que del papel; le fué igual

cualquier graneado, ó que la piedra quedara bien cubierta y atacada por todas partes, ó que le resultaran borrones y manchas. Buscaba el efecto, el movimiento y la vida, sea como quiera. Nadie, aun en los tiempos en que más se ha llegado á dominar este procedimiento, ha procedido con tanto desembarazo.

Sus principales litografías son: *El Famoso americano Mariano Ceballos,* montado en un toro lidiando á otro. *Cogida de un picador: Diversión de España;* representa una corrida de novillos. *Corrida de toros con división de plaza. El Vito;* una maja le baila, rodeada de espectadores.

El Duelo: uno de los combatientes atraviesa el pecho al otro con una espada; dos testigos presencian la escena. Todas ellas fueron ejecutadas en Burdeos. Ya antes, en 1819, había litografiado en Madrid un desafío entre dos caballeros vestidos á *la española antigua;* un toro acosado por los perros, y algunas otras.

Como se ve, hasta su extrema vejez conservó su afición á las escenas trágicas, pues una de sus últimas obras es el desafío que litografió en Burdeos, que representa la cuchillada más tremenda que puede darse.

Es extraño que los escritores que se han ocupado en estudiar á este artista no se hayan fijado más en este carácter distintivo de la mayoría de sus obras, haciendo de él más bien un hombre político de ideas liberales que trabajó sin descanso por anatematizar los vicios de los grandes, del clero, y sobre todo de la Inquisición.

Goya no fué esto; no vió los males que le rodeaban, no tuvo fe en que su sátira fuera trascendental, ni remediase nada; no se fijó en el individuo, ni en la época; sólo vió á la humanidad y al tiempo. Creyó en la virtud y en la justicia absolutas, y como no las veía realizarse nunca, llegó á dudar de si no eran más que fantasmas de su imaginación. Por eso exclama: «*El sueño de la razón produce monstruos.*» No comprende la inmortalidad del alma; los muertos le hablan, y le muestran que

más allá se encuentran con... «*¡Nada!*» Cuando después de una batalla ve el campo sembrado de cadáveres, reflexiona: «*Para eso habéis nacido*»; es decir, para servir de abono á la tierra. Se indigna de la desigualdad, y al contemplar que las masas se mueren de hambre mientras hay afortunados que pueden abrigarse y comer bien, piensa con amargura: «*¡Si son de otro linaje!*» Y todas estas quejas se dirigen, no á los hombres, ni á un Dios en quien no cree, sino á un hado fatal del que no pudiendo deshacerse, se lamenta.

Sus sátiras no son burlas, son quejidos. No encontrando la dicha en parte alguna, no ve más que pesadumbres y lucha, que es lo que retrata con preferencia. Acaso presume que algunos de los males que lamenta tendrán remedio muy lejano que él no conocerá; pero que no vendrá del cielo, sino de la tierra; y que este remedio le traerá la instrucción: por eso ve en el fraile un holgazan que es rémora para el adelanto, y así, al suponer que «*Murió la verdad*», es gente de iglesia la que representa afanándose por cubrir bien la fosa y evitar la eventualidad temida: «*¿Si resucitará?*»

Un hombre que piensa así no puede ser liberal, ni patriota. El que no tiene fe en algo, el que duda, no tiene partido. En los republicanos franceses y los filósofos, que indudablemente habían influido en sus ideas, tenía que criticar los mismos vicios y miserias que en los demás; porque como al realizar las teorías que predicaban tuvieron que luchar con la tradición y los abusos que se les oponían, este choque tenía que ocasionar males, aunque fueran pasajeros y su resultado final reportara beneficios.

Sentimentalistas á la manera de Goya son los que quisieran que pudiera mejorarse é instruirse á los hombres sólo por la persuasión; es decir, que no se necesitase nunca acudir á las revoluciones y á la fuerza; que los intereses creados no se resistieran, que la ley fuera tan clara para todos como ellos la comprenden. A pesar de todo, él trató de sacar partido del mundo en el estado en que le encontró.

Hablando D. Bartolomé José Gallardo de ediciones ilustradas del *Don Quijote*, en el primer número de *El Criticón*, dice que Goya había fantaseado unos caprichos con el título de «*Ilusiones de Don Quijote*». No conozco más que la reproducción de uno de estos dibujos que publicó la *Gazette des Beaux arts*, grabada al aguafuerte imitando la manera del autor; pero como éste es inimitable, y ya he dicho que el más ligero punto, cualquier cosa, basta para desvirtuar el carácter de sus obras y para que quede rota la valla que las separa del mamarracho, no puede formarse idea ni de lo que será este dibujo, ni de lo que serán los demás. De todos modos la noticia es interesante y curiosa, porque demuestra claramente el carácter de Goya, creador independiente por excelencia, que no se presta á reproducir el pensamiento de otro, sino á interpretarle representando siempre lo que él ha sentido. Esta cualidad es intransmisible, habiendo habido muy pocos que la tengan tan completa; pues los que han sido originales en el hacer, no siempre lo fueron en el sentir.

No comprendo por qué dice el Sr. D. Pedro Madrazo en su libro «*Viaje artístico*», que «la virtualidad de Goya ha trascendido de tal manera á la generación moderna, que hoy casi amenaza degenerar en nuevo daño lo que fué en un principio saludable protesta»;—ni sé por qué se escandaliza «*del desvergonzado realismo* de los adocenados imitadores de Goya». Nada tiene que ver tampoco la afición que tuviera á los franceses, si es que la tuvo á alguien, con su modo de pintar; y me parece equivocada la aseveración de que: «Goya, con todas las extravagancias de su realismo, estaba tan cerca del mismo David, en cuanto á lo fundamental de la pintura, que es la ciencia del dibujo, como los jóvenes que en París se estaban formando en las máximas del gran reformador». En cuanto á la primera proposición hay que notar que hoy nadie imita á Goya; los *desvergonzados realistas* no serían lógicos haciéndolo, pues su ideal es la naturaleza y la realidad, no el estilo de éste ó el otro maestro. Que admiren á Velázquez, que

ensalcen á Goya, es natural, puesto que buscaban lo que ellos buscan; pero sería un contrasentido que los imitaran. ¿Dónde están, quiénes son esos imitadores? En cuanto á la segunda, ¿cómo ha de parecerse un artista que prescinde de toda convención y todo idealismo, que interpreta el natural á su capricho, á una escuela de medida, de patrón y de receta, que, no sólo procede convencionalmente para trazar el contorno de las figuras, los paños y la composición, sino también para representar el movimiento y los afectos?»

El Sr. de Madrazo, cuyo talento, erudición y laboriosidad son manifiestas y envidiables, no tiene cualidades de historiador ni de crítico, porque es apasionado y poeta. Movido, por ejemplo, por los laudables afectos de la familia, sueña una fantasía cualquiera y se persuade de que es una verdad innegable.

Al ver hoy menospreciada la escuela de David, temo que el anatema pueda alcanzar á la memoria de su padre, y en vez de defender las grandes cualidades que pueden defenderse en el reformador francés, titubea, y tan pronto asegura «que, gracias á los esfuerzos de su escuela, logró el arte recuperar su perdido decoro en los países donde le había prostituido un insípido amaneramiento y una ciega rutina»; como dice que, «no hubo inconsecuencia en los discípulos que al venir á Madrid á dirigir los estudios académicos, se apartaron en la enseñanza de los principios que habían aprendido». Es decir, que en España no se debió á las máximas de David la recuperación del decoro perdido, que antes supuso no se debió á otra causa; sino que el adelanto se logró con otras máximas menos estrechas.

Para atenuar el dictado de *afrancesados* que pudiera darse á los discípulos del maestro francés, dice que no eran más españoles los que aquí seguían otras escuelas; queriendo luego mezclar el carácter de la pintura con las ideas políticas de los autores, como si algo tuviera que ver una cosa con otra, y en el *Viriato,* ó el *Cuadro del Hambre,* pudiera verse que sus au-

tores habían estado detenidos en el castillo de Sant' Angelo por no querer reconocer al rey José; ó en los *Fusilamientos del 3 de Mayo*, que Goya retrató al intruso, ó clasificó los cuadros que se habían de enviar á París.

Sea el que quiera el mérito de los que introdujeron en España la escuela de David, tuvieron el talento,—porque cabe no ser un gran artista y tener mucho talento,—de comprender que eran demasiado absolutos y estrechos los principios en que se habían educado, y que si en algún tiempo esta tirantez pudo ser conveniente como arma contra la escuela pujante que se trataba de combatir, más adelante no era ya necesario aquel absolutismo. Nadie les negará el mérito que les atribuye el Sr. de Madrazo de «haber abierto al genio de la juventud los verdaderos horizontes de la pintura española, cerrados desde la extinción de la dinastía de Austria», si es que tal mérito tuvieron, y no hay por qué alarmarse, ni temer que nadie les tache de afrancesados, ni de inconsecuentes, ni de nada.

Tomando como ejemplo *La Maja echada*, precioso cuadro de Goya que posee la Academia de San Fernando, emplea el mismo crítico de que voy hablando la mayor parte del artículo que dedica á este autor en el almanaque de *La Ilustración*, para 1880, en demostrar que el verdadero colorista se distingue en el acierto, en la elección del diapasón de los tonos; pero, me parece, que esta verdad la exagera para sacar partido en ventaja de Velázquez, de Goya y de todos los pintores españoles en general.

Aunque él no lo crea así, «*los que se imaginan* que para ser colorista hay que recurrir á la exuberante paleta de Giorgione ó de Rubens», imaginan muy bien. El color es una cosa y el tono otra. Supone que si en *La Maja echada* se suprimieran los colores y se dejara sólo á claro-oscuro, el efecto sería el mismo»; «*porque*», dice, «*el color no consiste en la infinita variedad de las tintas, sino en la variedad de los tonos y en la acertada variedad del diapasón en que el artista modula.*»

Entendámonos: cuando menos, en un dibujo ó grabado ejecutados con blanco y negro, si el claro-oscuro es igual por todas partes, lo mismo en las carnes que en los ropajes y los fondos, y los claros tienen el mismo valor, por muy bien degradadas que estén las medias tintas, y por buen efecto que produzcan, el dibujo será monótono, ó representará un bajo-relieve monocromo. Cuando no sucede esto, cuando objetos colocados á igual distancia y que reciben la misma luz se hallan interpretados con tonos diferentes, debemos presumir que esto consiste en que con ello quieren representarse diferencias de color, ó que en el original las había. Si el efecto de estas manchas nos es agradable ó simpático porque guardan cierto equilibrio, decimos, pero de una manera figurada, que aquel dibujo tiene buen color, mucho color, ó que es admirable de color; pero esta no es más que una manera de hablar. Si sólo con blanco y negro pudiera realmente expresarse el color, como creen los que toman aquella manera de decir en sentido recto, dando á iluminar con colores varios ejemplares de una estampa á diferentes personas, resultaría una coloración igual; pero fácil es comprender que no sucedería esto, sino que cada uno le daría colorido distinto.

Es más exacto decir, y también se dice, de dibujos que *tienen buena entonación,* ó *buena mancha,* lo cual no da lugar á confusiones; porque aun cuando sean partes que constituyen al colorista, la entonación y el claro-oscuro son cosas distintas del color.

Colorista es el que sabe armonizar los colores, y esta armonía no consiste sólo en la entonación, consiste más aún en el contraste.

Con los colores puros, sin necesidad de claro-oscuro, pueden producirse contrastes acordes y agradables, ó agrios y discordantes, según se combinen.

Para producir color son necesarios los colores, lo demás es soñar.

«Los colores intensos», dice Helmholtz, «gracias á la fuerte

excitación que producen, atraen poderosamente la vista del espectador, dan más placer y expresan la más ligera modificación de la forma ó la luz, siendo muy expresivos desde el punto de vista de la pintura. Sucede con ellos como en la música con los sonidos llenos, puros, armoniosos de una hermosa voz. Una voz así es más expresiva; es decir, que el menor cambio en la elevación del tono ó en el timbre; la menor interrupción, cada temblor, cada aumento ó diminución de amplitud, se reconoce en seguida con más distinción que en una voz menos plena ó menos regular. Parece también que la impresión intensa que produce en el oyente despierta las sensaciones y los sentimientos más fuertemente que una débil excitación análoga.»

Por otra parte, si, como presume Young, «la sensación producida por cada uno de los colores fundamentales proviene de la excitación de una especie de fibras sensibles á los colores, mientras que las otras fibras están en descanso, ó no sufren más que una excitación relativamente débil», sería más remota aún la probabilidad de poder producir con el blanco y el negro la impresión de los colores.

Así, pues, los que, como sucede á los pintores de la escuela española, emplean los colores en una escala más débil que participa del gris, por mucho que posean el dote de la entonación, serán menos coloristas que los venecianos ó los flamencos, que saben entonar y combinar en escala más brillante.

Pero no confundamos; aunque para ser colorista es menester emplear los colores con intensidad, si el pintor no sabe armonizar, no será más que *colorinista*, permítaseme la palabra. Esto fué, por lo general, la escuela de Rafael; y con ella nuestros Becerra, Correa, Juanes, Morales, Carvajal y Barroso; esto, David y sus secuaces.

Véase, pues, cómo el color no es cosa fácil ni despreciable; pero sucede con esto lo que con otras muchas cosas, que el afán de criticar, de establecer comparaciones y de querer defender lo que á cada cual le es más simpático, lleva adonde tal vez no se quiere, ni debe ir.

Creen muchos que si confiesan que Velázquez es menos colorista que Rubens, ó Ticiano, aparecerá por esto inferior á aquellos maestros, cosa que no quieren suponer, sin acordarse de que entre cosas heterogéneas no pueden establecerse comparaciones, y que la reunión de cualidades que tiene cada uno de estos pintores le constituyen una individualidad que le diferencia totalmente de los otros. Si, conservando sus demás cualidades, Velázquez tuviera el colorido de Rubens, sería muy inferior á lo que es, porque perdería su esencia, que consiste en la idea de la verdad que le hace superior en ella á cuantos han pintado; pues el colorido de Rubens es convencional. Si Rubens tuviera ciertos caracteres de Velázquez, perperdería también; el exceso de movimiento, la amplitud de las formas, serían exagerados, bastos y ordinarios tratados con más verdad. Cada autor notable lo es precisamente por el número y la esencia de sus cualidades; nada más absurdo que querer ser algo, ni mejorarlas reuniendo en sí las cualidades de varios. La sola enunciación del programa de Mengs, que tuvo la pretensión de reunir el dibujo de Rafael, la gracia de Correggio y el colorido de Ticiano, demuestra que no tenía ni remota idea de la índole de las bellas artes, y de que ningún artista superior lo ha sido por lo que haya tomado de otros autores, sino por el modo cómo ha sabido interpretar ó idealizar la naturaleza. Verdad es esta, que ó Rembrandt y Goya no son nada, ó la demuestran palpablemente.

Goya es uno de los pintores más coloristas que ha tenido España, y cito esta cualidad, porque creo que la tiene, no para compararle ni anteponerle ó posponerle á nadie; pero entiéndase que es colorista en sus pinturas de San Antonio, en sus retratos, en todos sus cuadros; no en sus dibujos y aguafuertes, en las que no pudo serlo. En estas últimas tiene algunas veces contrastes felices de claro-oscuro; otras no son más que manchas informes y caprichosas, que prueban odiaba instintivamente la monotonía; pero por ellas no se podría deducir si era colorista ó no.

Su genio no fué á propósito para sujetarse á asuntos impuestos, y mucho menos los religiosos, porque habiendo siempre en ellos mucho de convencional, le era imposible sujetarse á convenciones. Para juzgarle cuando pintó obras de esta índole, hay que hacerlo sin acordarse de lo que quiere representar: por eso hubiera sido preferible que, en vez de esto, hubiese pintado siempre escenas como las de los tapices ó la Alameda. En sus *Caprichos* y *Desastres de la guerra,* demuestra que con la pintura no pueden representarse asuntos concretos; puesto que, á pesar de las leyendas, son oscuros é incomprensibles muchas veces. Todas las obras de Goya, por imperfectas que sean, impresionan y admiran al que, no preocupado con teorías y reglas académicas, prescinde de que estén infringidas y deja obrar libremente al sentimiento.

Si sólo hubiera pintado retratos, seguramente hubiera dejado gran fama; pero lo que le hace más especial, más notable y más interesante son sus obras, como la iglesia de San Antonio, los cuadritos y las aguafuertes fantásticas. Demuestra un genio tan potente y original como la historia del arte no ofrece otro. Para encontrar algo semejante hay que acudir á los trasgos, duendes y silfos que sueñan los artistas japoneses. En Europa, ni los Bruegheles, ni los Boscos, ni nadie, han tenido inspiraciones parecidas. Los dos pintores que acabo de citar recurren frecuentemente á los esqueletos para infundir pavor y representar á la Muerte; Goya nunca se vale de este medio; no recuerdo haber visto ningún esqueleto pintado por él. En las fantasías de los holandeses hay siempre algo de grotesco y de buen humor al lado de un simbolismo incomprensible en la mayoría de los casos; Goya es siempre serio y sombrío en sus composiciones de brujas y sueños, y no se sirve de símbolos; si representa monstruos extraños, son, por lo general, del género de los vampiros; su imaginación en esta clase de creaciones va poco más allá; es en las sombras, en las proporciones y expresión de las figuras, donde está el secreto de la impresión que produce.

No es comparable tampoco con el pintor inglés Hogarth, que quiso hacer pintura docente y moralizadora desarrollando ejemplos morales en diversos cuadros consecutivos, ó haciendo caricaturas políticas poniendo en ridículo á personajes determinados, ayudándose de letreros explicativos que facilitan la interpretación y la determinan con claridad. Goya no se propuso enseñar nada, ni moralizar á nadie; los letreros que puso á sus grabados son su apoyo, casi nunca su explicación. Si sus obras respiran la filosofía escéptica que profesaba, es porque expresan su sentimiento; son sus desahogos.

Sólo he visto una colección de seis cuadritos en que se desarrollan diferentes momentos del mismo suceso: la captura del famoso bandido, conocido por el Maragato, efectuada por el lego Fr. Pedro de Zaldivia en las inmediaciones de Oropesa, el día 10 de Junio de 1806; hecho que causó gran sensación en aquella época, dando lugar á que se celebrara y comentara en papeles y á que se grabara repetidas veces; pero nada tiene que ver esta serie con las que componía el artista inglés.

En las pocas alegorías que pintó Goya no se valió de símbolos, y las trató como cualquier otro asunto. Ejemplo de esto son los cuatro medallones que pintó al temple, de los cuales se conservan tres y se ven en la biblioteca del ministerio de Marina, que antes fué residencia de Godoy. Representan la Agricultura, la Industria y el Comercio.

Son obras de importancia, dignas de tenerse en estima, están tratadas con sencillez y grandiosidad, aunque no hay que buscar en ellas atributos, idealidades, ni convenciones. La Agricultura es la que tiene, aunque muy poco, algún conato de querer representar una matrona; la Industria no es más que una sala de un taller de hilados, como pudiera verse entonces en la Fábrica de tapices, ó en la Galera, pues son mujeres las que trabajan.

El Comercio está figurado por dos judíos ajustando cuentas, sentados delante de una mesa; por el suelo hay algunos

sacos de dinero, y en el fondo dos dependientes viendo un libro. Una cigüeña que se ve en primer término tal vez sea un atributo.

El dibujo, el color y el arreglo de estos lienzos son de lo bueno del autor.

Es muy notable y curioso también, por pertenecer al género alegórico que Goya cultivó muy poco, y era opuesto á su carácter, el lienzo que se conserva en el Salón de sesiones del Ayuntamiento de Madrid. Representa á una hermosa matrona apoyada en el escudo de la Villa; á su lado un mancebo alado sostiene un medallón, y la Fama, volando, ocupa la parte superior. Es tradición que en el medallón se veía el retrato de José I, que después fué borrado para poner en su lugar la Constitución de 1812. Hoy solamente se lee «*2 de Mayo*». Es una obra importante, muy agradable de color y no mal dibujada; me parece muy superior al cuadro de San Francisco, que tan celebrado fué en su tiempo. Debe ser poco conocida, pues ni M. Iriarte, ni Ossorio Bernard, ni el conde de la Viñaza, en sus respectivos catálogos, dan cuenta de ella, y merece conocerse por su importancia y por el género á que pertenece.

Han sido inútiles las gestiones que he hecho para descubrir el paradero de otro cuadro alegórico, del que tengo noticia por el grabado que existe, y que representa á los alumnos del Real Instituto Pestalozziano, fundado por Godoy. No sé si parecerá algún día en los sótanos de Palacio ó de alguna dependencia del Estado.

VI

Es vano el deseo que se tiene de conocer la relación que hay entre las obras de Goya y su vida íntima.—Dificultad de establecer esta relación sobre bases sólidas.—Noticias exageradas y erróneas que recogió y aceptó M. Iriarte.—¿Tuvo el pintor verdadera afición á las corridas de toros?—No pudo conocer en Roma ni á ninguno de los Velázquez, ni á Ribera, ni á David.—Chascarrillos que cuentan de muchos, atribuidos á Goya.—Sus relaciones con la condesa de Benavente y la duquesa de Alba; no hay datos para suponer ni afirmar fueran otras que de buena amistad.—Relaciones con otras mujeres.—No es interesante averiguar las infidelidades conyugales que el artista pudiera cometer, pues no influyen en el carácter de sus obras.—Aventura con el duque de Wellington.—Aunque Goya tuviera genio violento, no era independiente.—Subordinó su escepticismo y sus ideas á su conveniencia.—No tiene como hombre rasgos esenciales que la diferencien de cualquier otro.

Hay siempre una tendencia marcada á querer conocer la relación que media entre las obras de los artistas y poetas, y su vida particular; mas como ésta no es siempre fácil de averiguar con verdad, aun tratándose de personas casi contemporáneas, como Goya, se inventan sucesos, anécdotas y aventuras para satisfacer la curiosidad, más ó menos probables y verosímiles, según la fantasía del biógrafo ó historiador. Se aumentan y desfiguran relatos y tradiciones de la época del personaje, que no por eso son más verdaderas. Este deseo de conocer la vida íntima, aumenta cuando se trata de hombres cuyas obras llevan el sello de una originalidad extraña.

En fuerza de repetirse ciertas especies, llegan á pasar por verdades incontrovertibles y plenamente probadas; así es que, como no se presenten pruebas evidentes, es muy difícil sólo con raciocinios destruir errores que no se apoyan en base alguna, y sí sólo en venirse copiando unos autores á otros, cosa que ocurre con frecuencia, unas veces por incapacidad, otras por pereza, y las más por halagar al vulgo que prefiere los encantos de la poesía y la ficción á lo serio de la realidad.

M. Iriarte recogió todas las noticias que le dieron en España, mas las que leyó en los escritos publicados sobre el artista, y añadió otras de su invención. Resulta de ellas, que, cuando Goya era mozo tenía un carácter tan enamorado y pendenciero, que de continuo andaba en camorras y cuchilladas; á consecuencia de una de estas refriegas, en la que hubo algunos muertos y él salió herido, tuvo que huir de Zaragoza y vino á Madrid por primera vez. Deseando visitar á Roma, y encontrándose sin recursos, su gran afición al toreo le proporcionó ocasión de adquirir fondos recorriendo algunos pueblos en calidad de torero, unido á una cuadrilla. Esta afición se supone que está demostrada por una carta que escribió á su amigo Zapater, firmada «*Francisco de los Toros*». Debo advertir que ninguna de las cartas publicadas está firmada así, ni de tal sobrenombre se hace referencia; pero aunque realmente exista, tal firma nada probaría si del contenido de la epístola no se desprende algo más, pues pudo firmar así aludiendo á cualquier broma, y pudo también, dado su modo de redactar, querer decir que escribía desde la plaza de toros.

Goya indica su afición á concurrir á esta fiesta en una de sus cartas, en la que dice: «Yo estoy lo mismo, en cuanto á mi salud, unos ratos rabiando con un humor que yo mismo no me puedo aguantar, otros más templado como éste que he tomado la pluma para escribirte, y ya me canso, sólo te digo que el lunes, si Dios quiere, *iré á ber* los toros, y quisiera que me acompañaras para el otro lunes, aunquedijera bobada

que te *abías buelto* loco. tu-Paco.» Pero de tener afición á las corridas hasta ser torero hay gran distancia.

Supone M. Iriarte que nuestro artista se encontró en Roma con sus amigos y condiscípulos Antonio Ribera y Velázquez, y que el primero le presentó en casa de Bayeu. Vamos por partes: el Antonio Ribera, cuyo testimonio invoca en varias ocasiones, no puede ser otro que D. Juan Antonio Ribera y Fernández, el cual no fué pensionado á París hasta 1802, y no estuvo en Roma hasta 1811. El Velázquez no puede ser más que el único que estuvo en Roma de la numerosa familia de artistas González Velázquez, que fué D. Antonio; pero en 1753 estaba ya de vuelta. En cuanto á Bayeu, según Ceán, que le trató, «*no salió del reino*». De modo que habiendo Goya estado en Italia por los años de 1770 á 1774, no caben más inexactitudes en menos palabras.

En Roma continuó el pintor haciendo proezas, y siendo el aventurero de siempre; persiguiendo transtiberinas y riñendo á navajadas con los hombres del pueblo. En el acto de ir á robar á una monja fué sorprendido por unos frailes, que le entregaron á la justicia, y tomando parte la Inquisición en el asunto, tuvo que escapar protegido por la embajada. La amistad que contrajo durante aquel tiempo con el famoso David fué el origen de sus ideas liberales. Pero sucede que David no fué á Roma hasta 1775, época en que Goya ya estaba de vuelta en Madrid; de modo que esta amistad es tan fantástica como la tenida con Ribera y Velázquez en Italia.

De vuelta en Madrid siguió sus desarregladas costumbres entre majos y chisperos. Protestó contra la prohibición de las corridas de toros, y se hizo famoso por sus valientes estocadas entre los ambulantes maestros de armas que se situaban en la plaza de Santa Catalina. Por entonces pintó una muestra de tienda en la calle de Alcalá; un dia dió una pateadura á un gigantesco aguador que maltrataba á un jorobado; sus chascos y burlas á un boticario de la calle de Santiago eran proverbiales. En todo esto se ve bien claro que M. Iriarte se

refiere á la muestra pintada por Alenza para el antiguo café de Levante; y á las innumerables hazañas que se atribuyen, unas veces á *la partida del trueno*, y otras á calaveras determinados de hace cincuenta años; que las más son puras invenciones; pero que sin duda en España se las contaron á M. Iriarte atribuyéndolas á Goya, creyendo hacerle así más interesante á los extranjeros, porque los españoles tenemos á gala que nos crean guapetones.

Asegura el literato francés que Carderera le enseñó un libro de dibujos originales, en el que Goya había consignado todos los lances del viaje amoroso que hizo á Sanlúcar de Barrameda en compañía de la duquesa de Alba, en el que se ve á ésta durmiendo la siesta, escribiendo, leyendo, poniéndose las ligas y dando de comer á un negrito que se encuentra en el camino. Hay que advertir que Goya fué á Andalucía á reponerse de una enfermedad, de cuyas resultas se quedó sordo para el resto de su vida, circunstancia poco favorable para galanteos. Algunos de estos dibujos se hallan ahora en la Biblioteca Nacional, y no sólo no representan á la duquesa, sino que no son originales; son malas imitaciones que tienen por base los *Caprichos*.

Supone también el escritor á que me voy refiriendo que el artista era muy gracioso, y una especie de bufón de la corte. Cuenta que un día de luto le prohibieron la entrada en la Cámara Real porque llevaba medias blancas; en vista de esto, bajó al cuerpo de guardia y dibujó en ellas con tinta la caricatura de Escoiquiz y otros cortesanos, volviendo á presentarse de esta manera; con lo que dió ocasión á que los reyes viesen y celebrasen la ocurrencia.

Repito que del relato de tantas sandeces, tienen más culpa los que se las contaron que el que las incluyó en su libro.

Las damas que en aquel tiempo dieron más que hablar por sus aventuras y galanteos fueron la condesa de Benavente y la duquesa de Alba. Su misma categoría las ponía más en evidencia. No atacaré, ni defenderé la memoria de las buenas

señoras; pero sí diré que, como sucede siempre, la mayor parte de las hazañas que se les atribuyen tienen más de invención que de verdad. Siendo amigo de ambas, como Goya lo era de toda la aristocracia, no podía faltar el que la leyenda le hiciera amante de las dos. La crónica, que no se para en pequeñeces, supone que con quien primero tuvo amores el artista fué con la de Benavente; pero más joven y de mayores atractivos la de Alba, no tardó en ser preferida. A pesar del despecho y los celos de la primera, es curioso, aunque no decente, que Goya la sacase el dinero que necesitaba para emprender el galante viaje á Sanlúcar con la segunda. Tan ufano estaba el pintor con tan ilustre conquista, que mientras duró su primera ilusión firmó muchas veces sus aguafuertes poniendo el perrito habanero de la duquesa.—No he visto nunca esta firma, pero si no la puso, pudo haberla puesto, que es igual.

Tocante á estos amores, sólo diré que Goya escribía á Zapater, para quien no tenía secretos: «Más te *balía benirme* á ayudar á pintar á la de Alba, que se metió en el estudio, á que la pintase la cara, y se salió con ello; por cierto que me gusta más que pintar en lienzo, que también la he de retratar de cuerpo entero, y *bendra* apenas acabe yo un borrón que estoy haciendo de el duque de la Alcudia á caballo...» Esto ocurría el 2 de Agosto de 1800; Goya tenía entonces cincuenta y cinco años, cuya edad, y el estar sordo como una tapia, no eran mejores circunstancias que las que concurrían cuando el viaje. El párrafo transcrito, más que malicia alguna, indica un alarde infantil de la confianza y estimación que le dispensaba aquella ilustre dama. Si hubieran mediado entre ellos otra clase de relaciones que amistosas, ó no hubiera contado á su amigo este incidente, que nada tenía entonces de extraño, ó lo hubiera hecho de otro modo. Puede suponerse que los amores empezaron entonces; pero si fué así, cuando el viaje de 1793 no habían empezado.

Un Don Juan Tenorio de esta especie no había de ser fiel

mucho tiempo á una misma dama ; así es que M. Iriarte, todo retrato que ve de una mujer desconocida pintado por Goya, en seguida la califica como de una querida incógnita de las que tuvo el pintor, que, unidos á los de las conocidas, como *la Librera, la Leocadia, la Ramera Morena,* nombre extraño que indica los tratos de la individua, y *la Marquesa,* sin duda, otra tal, á la que tuvo viviendo dos meses en su casa, forman un serrallo digno del turco más exigente.

No es fácil conocer los detalles de la vida particular de un hombre, aun en aquello que se refiere á hechos públicos é inocentes; por consiguiente ha de ser difícil averiguar los que se relacionan con sus amores ilícitos, en los que es seguro ha de guardar reserva, por muy despreocupado y libre de costumbres que sea. Goya era casado y amaba á su mujer, de la que tuvo muchos hijos, de los cuales sólo vivía uno en 1828, á la muerte de su padre. En sus cartas se muestra amante de su familia, y habla continuamente de su esposa y de sus hijos, y del desasosiego que le causan las enfermedades de éstos: «Tengo un niño de cuatro años, que es el que se mira en Madrid de hermoso y lo he tenido malo, que no he vivido en todo este tiempo», decía en 23 de Mayo de 1788, escarmentado de que otros se le hubieran muerto.

Necio sería el que por esto tratara yo de sostener que Goya no tuvo ningún devaneo, y que fué modelo de fidelidad conyugal ; no lo sé, pero como no dió ningún escándalo público que acredite lo contrario, me quedo con la duda, que es lo más prudente. Por otra parte, el averiguar estos particulares de su vida íntima es de interés muy secundario desde el momento en que no tienen influencia en sus obras. Ha habido poetas y pintores en cuyos trabajos ha influido una mujer, ó varias, y han contribuido á formar su carácter, pero en Goya no, y por eso no nos importa saber si se distrajo un día con *la Ramera,* y otro con *la Marquesa.* Hay muchos hombres de poco valer que tienen gran partido con las mujeres ; no aumenta, pues, la gloria de un artista el suponerle conquistador afortunado.

Todos los que trataron á Goya, y los que han escrito acerca de él, convienen en que tenía un carácter brusco é irritable, y cuentan algunos para demostrarlo que, estando retratando al duque de Wellington, como éste hiciese alguna indicación desfavorable á la obra, el pintor se abalanzó á unas pistolas que tenía sobre la mesa con ánimo de matar al general; tragedia que evitó la intervención de algunas personas que se hallaban presentes. No es este lance tan insignificante que no hubiera dejado otras pruebas que una anécdota cualquiera; pues no era el duque de Ciudad Rodrigo hombre que se hubiera calmado fácilmente, ni dejado sin correctivo tal osadía; así como tampoco capaz de dar lugar á ella con una inconveniencia. El retrato se acabó tranquilamente, y hay que poner en la categoría de las invenciones absurdas el tal suceso.

Goya tenía carácter violento en la intimidad de la amistad y de la familia, lo que no demuestra más que falta de cultura en la edad temprana; pero si se quiere dar á entender con esto que era un hombre independiente, es otra cuestión. Vivió de continuo en la corte, y no son las antesalas y audiencias el teatro mejor para genios altivos. En las cartas que escribía á amigo tan de confianza como Zapater, se ve siempre lo que le halagaban las muestras de deferencia del Rey y del valido. «Hoy he entregado un *Quadro*», dice en una de las cartas, «al Rey, que me *abía* mandado *acer* él mismo para su Hermano el Rey de Nápoles, y he tenido la felicidad de *aberle* dado mucho gusto, de modo que no sólo con las expresiones de su boca me ha *eloxiado*, sino con las manos por mis *ombros* medio abrazándonos, y hablándome mal de los aragoneses y Zaragoza; ya puedes considerar lo que esto *ynteresa*.»

En otra se expresa de este modo: «*Oy* he ido á ver al Rey mi señor, y me ha recibido muy alegre; me ha hablado de las viruelas de mi Paco (que ya lo sabía), le he dado razón y me ha apretado la mano, y se ha puesto á tocar el violín...»

Con motivo de haber ido á Aranjuez á retratar al duque de la Alcudia, escribe: «El ministro se ha *escedido* en obse-

quiarme, llevándome consigo á paseo en su coche, *aciéndome* las mayores expresiones de amistad que se pueden *acer;* me consentía comer con capote porque *acía* mucho frío; aprendió á *ablar* por la mano, y dejaba de comer para *ablarme...*» Curioso dato es el de las pocas comodidades con que se vivía en casa del Príncipe de la Paz, en medio del lujo y el boato.

No tenemos, para juzgar á Goya como hombre, más datos positivos que algunos extractos de sus cartas, sus solicitudes á los reyes pidiendo ascensos en su carrera y sus obras. Si el Sr. Zapater y Gómez publicase íntegras más de cien cartas que posee, acaso podría formarse idea más exacta.

De sus obras ya he dicho que se deduce que no tenía creencias políticas ni religiosas; era un escéptico, y como tal no se hallaba dispuesto á sacrificarse por nada, sino á transigir según sus conveniencias. Si hubiera sido patriota, al pintar *Los Desastres* de la guerra daría muestras de que simpatizaba con los que defendían sus hogares; pero para él tan feroz era el español que mataba un francés, como el francés que fusilaba á un español. «*Bien te se está*», dice de un extranjero moribundo. «*Curarlos, y á otra*», exclama ante unos combatientes heridos. La reflexión que le sugiere el ver á un compatriota á quien van á ahorcar por orden de los invasores, se reduce á decir: «*¡Duro es el paso!*» En otra ocasión le extraña la interpelación del agonizante, que presentando un crucifijo al paciente, con la cuerda al cuello, le conforta diciendo: «*¿Te conformas?*» ¡Siempre el sarcasmo! Siempre su eterna idea: ¡estúpidos! ¡salvajes! ¡fieras! No ve más, ¿cómo había de ver otra cosa en las corridas de toros? Basta examinar su *Tauromaquia*, para convencerse de que está tratada con el mismo espíritu.

En sus cartas se ve que le preocupaba mucho su familia, y el sostener el decoro correspondiente á persona á quien, «de los reyes abajo todo el mundo conoce», lo cual no se aviene con que anduviera continuamente mezclado en aventuras y escándalos. De modo, que si como artista fué un hombre ex-

traordinario y original, como ciudadano no ofrece rasgos particulares que le diferencien por vicios ó virtudes del común de las gentes; que por más que se haya inventado y supuesto en contra, es lo que ha sucedido á la mayoría de los artistas.

NOTAS

PARA FORMAR EL CATÁLOGO DE LOS CUADROS Y GRABADOS DE GOYA

Cuadros que sirvieron para modelos en la Real Fábrica de Tapices, que se conservan ahora en el Museo del Prado.

1.—La Merienda. Ancho 2,96; alto 2,75.

Cinco jóvenes merendando á orillas del Manzanares, y dirigiendo requiebros á una naranjera. Uno de ellos la ofrece un vaso de vino. Pintado en 1766.

2.—El Baile. Ancho 3,62; alto 2,80.

Dos parejas bailando y algunas gentes sentadas, unas tocando la guitarra y cantando, otras espectadores. Fondo de las orillas del Manzanares. Pintado en 1777.

D. Francisco Zapater poseía un borrón de este cuadro.

3.—La Riña en la venta nueva. Ancho 4,60; alto 2,80.

Lucha entre dos murcianos y algunos carreteros, promovida por el juego. El ventero se apodera del dinero abandonado. Un viajero se apea del caballo. Pintado en 1777.

M. Iriarte tenía el borrón de este cuadro, con el título de Mesón del Gallo.

4.—Un paseo en Andalucía. Ancho 1,92; alto 2,80.

Un majo embozado, con montera granadina, acompañando á una maja. Sentado en primer término otro majo embozado hasta los ojos, y con sombrero grande redondo. Detrás dos sujetos observando, y más lejos otras tres figuras. Fondo de pinos. Pintado en 1777.

5.—El Bebedor. Ancho 1,15; alto 1,12.

Un hombre sentado bebiendo de una bota; á su lado un muchacho comiendo rábanos. Pintado en 1777.

6.—El Quitasol. Ancho 1,57; alto 1,11.

Una señora sentada en el campo, y un joven haciéndola sombra con un quitasol verde. Pintado en 1777.

7.—La Cometa. Ancho 2,85; alto 2,74.

Majos echando á volar una cometa; en primer término dos hombres sentados; más lejos un caballero, una señora y otras figuras mirando. En el fondo se ve la iglesia de San Francisco el Grande, en construcción. Pintado en 1777.

8.—Los Naipes. Ancho 1,68; alto 2,74.

Tres majos jugando á los naipes con un soldado; detrás de ellos hay otros tres sujetos en pie, haciendo señas á uno de los jugadores. Se hallan á la sombra de una capa azul colgada de un árbol. Pintado 1777.

9.—Los Niños de la vejiga. Ancho 1,23; alto 1,17.

Un niño inflando una vejiga y otro mirándole. Fondo de paisaje. Pintado en 1777.

10.—Los Niños de la fruta. Ancho 1,27; alto 1,20.

Cuatro muchachos cogiendo fruta de un árbol. Pintado en 1777.

11.—El Ciego tocando la guitarra. Ancho 3,15; alto 2,92.

Reunión de gentes oyendo á un ciego que toca la guitarra. A la derecha un negro vendiendo agua. Más lejos varias figuras. Fondo, la plaza de la Cebada. Pintado en 1778.

El autor hizo un grabado al aguafuerte del mismo asunto de este cuadro.

12.—La Prendería. Ancho 2,20; alto 2,82.

Puesto de feria, y gentes mirando los objetos. Un caballero y una señora hablan con el prendero. Fondo, la plaza de la Cebada. Pintado en 1778.

13.—El Puesto de loza. Ancho 2,22; alto 2,60.

Sentados en el suelo, en primer término, están un valenciano dueño del puesto de loza y estera, y tres señoras que ajustan tazas. Detrás dos militares sentados sobre unos ruedos, de espaldas al espectador, ven pasar una carroza en la que va una dama. Fondo, una plaza. Pintado en 1778.

14.—El Militar y la señora. Ancho 1,01; alto 2,63.

Una señora, acompañada de un militar que la da la mano, saluda con el abanico á otras señoras asomadas á un pretil; detrás de ella se ve un joven. Pintado en 1778.

15.—La Acerolera. Ancho 1,00; alto 2,63.

Una mujer con una cesta de acerolas al brazo; detrás tres embozados, y en segundo término varias figuras á la sombra de un toldo de un puesto de fruta situado á la esquina de una calle. Pintado en 1778.

16.—Los Niños á la soldadesca. Ancho 0,70; alto 1,44.

Dos muchachos vestidos de soldados; otros tocando el tambor, y otro la campana de un campanario de cartón que tiene en la mano. Fondo, paisaje. Pintado en 1778.

17.—Los Niños del carretón. Ancho 0,90; alto 1,45.

Cuatro niños jugando; dos con un carretón, otro tocando el tambor y el otro una trompeta. Fondo de paisaje. Pintado en 1778.

18.—El Juego de pelota. Ancho 4,42; alto 2,65.

Varias gentes sentadas y apoyadas en tapias ruinosas viendo á unos jugadores de pelota á largo. En primer término las capas y sombreros de los jugadores. Fondo un cerro, y sobre él un pueblecillo. Pintado en 1779.

19.—El Columpio. Ancho 1,65; alto 2,60.

Una señora columpiándose en una cuerda atada á las ramas de un árbol; á su lado un niño tirando de uno de los cabos de la cuerda. Sobre un alto una mujer sentada y tres niños en

pie; detrás una mujer mirando. A lo lejos un coche y varias figuras. Pintado en 1779.

20.—Las Lavanderas. Ancho 1,66; alto 2,58.

Cinco lavanderas á orillas del río, una de ellas duerme echada en el suelo, teniendo la cabeza recostada en las rodillas de otra que está sentada y tiene un cordero debajo del brazo; otra tercera, arrodillada al lado de ésta, coge la oreja del cordero. Detrás una, sentada, y más lejos, de espaldas, otra con un lío de ropa sobre la cabeza. Pintado en 1779.

21.—El Novillo. Ancho 1,40; alto 2,59.

Cuatro mozos toreando á un novillo en la plaza de un pueblo. Uno de ellos le llama con la capa y otro le pone un parche. Encima de una tapia algunos espectadores. Pintado en 1779.

22.—El Perro. Ancho 0,80; alto 2,49.

Dos mozos sentados; uno de ellos sacando una pelota de la boca de un perro que tiene sujeto entre las piernas. Detrás dos figuras en pie. Fondo de árboles.

Este cuadro no existe en el Museo, pero el tapiz sacado de él se halla en las salas del Palacio de El Escorial, números 15 y 24.

23.—La Fuente. Ancho 0,80; alto 2,49.

Un hombre bebiendo en una fuente; detrás de él otros dos en pie.

No existe el cuadro, pero el tapiz es posible se halle en el Palacio del Pardo.

24.—Los Guardas del tabaco. Ancho 1,37; alto 2,62.

Uno de los guardas está sentado, en primer término, sobre un terrazo, y tiene el trabuco al lado. Otro está en pie armado con pistolas al cinto, y lleva una bandolera en la que se lee: «*Renta del tabaco*». En segundo término tres hombres sentados. Fondo, orillas del Manzanares. Pintado en 1779.

25.—El Niño del árbol. Ancho 0,40; alto 2,62.

Un niño, vestido de azul, agarrando la rama de un árbol. Pintado en 1779.

26.—El Niño del pájaro. Ancho 0,40; alto 2,62.

Un niño, con montera y redecilla, teniendo un pájaro en la

mano. Está sentado, de espaldas al espectador. Fondo de árboles. Pintado en 1779.

27.—Los Leñadores. Ancho 1,14; alto 1,41.

Tres hombres podando un árbol, subidos en la copa. Pintado en 1779.

28.—El Cantador. Ancho 1,13; alto 1,36.

Un majo cantando y tocando la guitarra, sentado en un ribazo. Detrás, á la derecha, un hombre y una mujer; á la izquierda otro hombre embozado. Pintado en 1779.

29.—La Cita. Ancho 1,51; alto 1,00.

Una joven sentada y recostada en un ribazo; detrás, á la izquierda, una mujer y dos hombres; á la derecha, muy lejos, otras figuras. Pintado en 1779.

30.—El Médico. Ancho 1,56; alto 0,97.

Un médico con sombrero, bastón y capa de grana, sentado delante de un brasero. Detrás dos figuras. Al lado del brasero unos libros. Fondo de jardín. Pintado en 1779.

31.—La Florera. Ancho 1,92; alto 2,77.

Una mujer arrodillada ofrece una rosa á otra que está en pie cogiendo á una niña por la mano. Detrás un hombre con un gazapo vivo en una mano, y con la otra haciendo señal de silencio. Fondo de paisaje. Pintado en 1786.

32.—El Agosto. Ancho 6,45; alto 2,80.

Segadores descansando y bebiendo vino en las eras. A la izquierda un grupo de borrachos; detrás una mujer dando sopas á un niño. En primer término, á la derecha, un caballo comiendo, y un poco más lejos otro caballo blanco echado sobre la paja. Sobre un carro cargado de mies, muchachos subidos jugando. Fondo, el castillo de la Alameda de Osuna. Pintado en 1786.

33.—La Vendimia. Ancho 1,90; alto 2,75.

Una señora y caballero se entretienen en levantar con las manos un racimo de uvas para que un niño le alcance. Detrás una criada con un cesto de uvas sobre la cabeza. En el fondo dos vendimiadores. Pintado en 1786.

34.—El Herido. Ancho 1,10; alto 2,78.

Dos albañiles llevan en brazos á otro que se ha caído de un andamio que se ve en el fondo. Pintado en 1786.

35.—Los Pobres. Ancho 1,15; alto 2,77.

Una mujer y dos niños ateridos de frío esperan que se llene un cántaro que tienen puesto al caño de una fuente. Pintado en 1787.

36.—La Nevada. Ancho 3,03; alto 2,77.

Tres arrieros embozados en mantas conduciendo una mula cargada con un cerdo; les acompaña un cazador. Más lejos viene un hombre embozado en una capa. Pintado en 1787.

37.—La Boda. Ancho 4,00; alto 2,70.

Delante va el gaitero seguido de chiquillos, detrás la novia engalanada, rodeada de sus amigas, y al lado el rústico novio vestido de caballero; cerrando la marcha el cura y los padres de los novios. Pintado en 1787.

38.—Las Mozas de cántaro. Ancho 1,60; alto 2,72.

Dos mozas, cada una con dos cántaros, uno á la cabeza y otro á la cadera, y con ellas una vieja; al lado un muchacho con dos cantarillas. Pintado en 1787.

39.—Las Gigantillas. Ancho 1,04; alto 1,37.

Cinco muchachos jugando á las gigantillas, montados unos sobre otros. Pintado en 1788.

40.—El Balancín. Ancho 2,67; alto 0,80.

Dos niños jugando al balancín; detrás otro llorando, y más lejos otros dos. Pintado en 1788.

41.—Los Zancos. Ancho 3,10; alto 2,70.

Dos hombres bailando sobre zancos al son de la gaita, rodeados de chiquillos y gente del pueblo. Pintado en 1788.

42.—El Pelele. Ancho 1,60; alto 2,67.

Cuatro mozas manteando un pelele á orillas del Manzanares. Pintado en 1791.

43.—Los Chicos del árbol. Ancho 1,11; alto 1,41.

Un muchacho tratando de coger fruta de un cerezo, subido

sobre otro puesto á gatas en el suelo y ayudado por un tercero que le sostiene. Pintado en 1791.

44.—La Gallina ciega. Ancho 3,53; alto 3,41.

Cuatro señoras y cuatro caballeros formando corro asidos de las manos. En el centro otro con los ojos vendados y un cucharon en la mano. Fondo, orillas del Manzanares. Pintado en 1791.

45.—El Niño del cordero. Ancho 0,40; alto 2,62.

Un niño con sombrero blanco de ala ancha, montado en un cordero. Fondo de paisaje. Pintado en 1791.

Este cuadro no está en el Museo, por ser propiedad de D. Livinio Stuik.

Los cuadros señalados con los números 17, 28, 30, 33 y 40, fueron robados el año de 1869 y no han vuelto á parecer. Tampoco se sabe el paradero del núm. 23.

Se pagaron á Goya por los cuarenta y cinco cuadros anteriores ciento noventa y cuatro mil reales.

Para las notas anteriores he tenido presentes los datos del catálogo de Cruzada Villaamil, sacados de los antecentes y justificantes que se conservan en el archivo del Real Palacio.

Cuadros pertenecientes á la Alameda de Osuna.

46.—La Torada. Ancho 2,00; alto 1,60.

Los toros en la dehesa de Tablada; algunos picadores con garrochas, y en segundo término varias figuras. Pintado en 1787.

47.—El Columpio. Ancho 0,98; alto 1,60.

Una señora columpiándose en una cuerda sujeta á dos árboles; un hombre ayudándola á columpiarse, y varias personas mirando. Pintado en 1787.

48.—La Cucaña. Ancho 0,98; alto 1,60.

Unos muchachos subiendo á una cucaña y algunas gentes mirando. Pintado en 1787.

49.—La Caída. Ancho 0,98; alto 1,60.

A la vuelta de una expedición campestre, de señoras y caballeros, una de las damas ha caído del borrico en que venía montada y se halla en el suelo desmayada, sostenida por un caballero, mientras un abate la da á oler un frasquito de sales. Otras dos damas, sentadas en sus cabalgaduras, lloran y gritan. Fondo de Pinos y montañas. Pintado en 1787.

50.—El Robo del coche. Ancho 1,27; alto 1,60.

Una cuadrilla de salteadores deteniendo un coche con viajeros, en medio de un bosque. Pintado en 1787.

51.—Construcción de una iglesia. Ancho 1,35; alto 1,60.

Varios trabajadores subidos en los andamios de la obra; otros traen una gran piedra en un carro. Pintado en 1787.

52.—Una procesión. Ancho 1,35; alto 1,60.

Se ve salir la procesión por la puerta de la iglesia. Pintado en 1787.

53.—La Romería de San Isidro. Ancho 0,42; alto 0,90.

En primer término multitud de gentes sentadas en el suelo hablando y merendando; más lejos la pradera con la romería; en el fondo vista de Madrid. Pintado en 1788.

Aunque no le conozco, debió Goya de pintar este cuadro como boceto de otro, pues en carta á su tantas veces citado amigo Zapater, decía en 31 de Mayo de 1788: «Para cuando venga aquí la corte, en lo que estoy trabajando con mucho empeño y desazón por ser poco el tiempo, y ser cosa que ha de ver el Rey, príncipes, etc.; á más de ser los asumptos tan difíciles y de tanto que hacer, como la pradera del Santo con todo el bullicio que en esta corte acostumbra á haber.»

54.—La Primavera. Ancho 0,22; alto 0,32.

Boceto para el cuadro núm. 31 de los pintados para la Fábrica de tapices.

55.—El Verano. Ancho 0,76; alto 0,34.

Boceto para el cuadro núm. 32 de la misma colección.

56.—El Otoño. Ancho 0,22; alto 0,32.

Boceto para el cuadro núm. 33, titulado «La Vendimia». Este cuadro no está en La Alameda.

57.—El Invierno. Ancho 0,34; alto 0,32.

Boceto para el cuadro núm. 36, titulado «La Nevada».

58.—Baile á orillas del Manzanares. Ancho 0,40; alto 0,42.

Boceto para el cuadro núm. 2.

59.—La Ermita de San Isidro del Campo. Ancho 0,40; alto 0,42.

Varios caballeros y señoras sentados en el suelo, refrescando á la puerta de la ermita.

60.—Capricho fantástico. Ancho 0,30; alto 0,42.

Un hombre cubierto con una manta marcha espantado por lo alto de un monte; detrás hay un burro atado á unas matas. En la parte superior, en el aire, varias figuras medio desnudas; en último término, sobre un ribazo, un hombre dormido.

61.—Aquelarre de brujas. Ancho 0,30; alto 0,42.

Una bruja está preparando un brebaje al fuego; á su lado hay un plato humeante, una botella y una calavera. Alrededor de la bruja tres personajes desnudos; uno de ellos tiene la cabeza de perro. Un macho cabrío, montado en una escoba, escapa por la chimenea de la habitación.

62.—Visiones horribles. Ancho 0,30; alto 0,42.

Un hombre arrodillado, lleno de terror, contempla á unos demonios vestidos de negro, sobre cuyas cabezas revolotean murciélagos.

63.—Conciliábulo de brujas. Ancho 0,30; alto 0,42.

En el centro un macho cabrío coronado de hojas, á su alrededor varias brujas y aves nocturnas volando á la luz de la luna.

64.—Escena de *El Convidado de piedra*. Ancho 0,30; alto 0,42.

D. Juan, vestido de negro, está sentado al lado de una mesa; la estatua del Comendador se le aparece rodeada de llamas.

65.—Escena de *El Hechizado por fuerza*. Ancho 0,30; alto 0,42.

Está vestido de cura, echando aceite con una alcuza en una lámpara que el diablo tiene en la mano. En el fondo se ven unos burros haciendo cabriolas. En un gran libro que hay en el ángulo inferior derecho se leen las palabras: *Lam. desc.*, abreviaturas de las primeras de la redondilla: *Lámpara descomunal,—Que con tu aliento incivil,—Como mecha de candil—Chupas el aire vital.*

66.—Merienda en el campo. Ancho 0,26; alto 0,40.

Caballeros y señoras sentados, merendando; uno de ellos está boca abajo, dormido.

67.—Mujer y niños en la fuente. Ancho 0,14; alto 0,32.

Boceto para el cuadro núm. 35 de la colección para la Fábrica de tapices.

68.—El Herido. Ancho 0,14; alto 0,32.

Boceto para el cuadro núm. 34 de la misma colección.

El cuadro núm. 56 perteneció al pintor escenógrafo D. Angel Tadei, cuyos herederos le vendieron en París.

ZEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ.

(Se continuará.)

CRÓNICA INTERNACIONAL

Albricias por los asuntos españoles.—Calma en Francia.—Discusión del presupuesto eclesiástico en la Asamblea francesa.—Debates acerca de las crisis británicas en el Parlamento.—Reacción política en Alemania.—Complicaciones intercontinentales.—Suecia y Noruega.—Problemas chino-japoneses en la guerra entre las dos potencias del extremo Oriente.—Agitaciones del mundo asiático y del mundo africano.—Conclusión.

I

Pocas veces hablan estas crónicas de los problemas españoles, por el natural temor á que puedan creerme á mí, su autor, interesado en ellos con interés personalísimo, según el antiguo influjo mío sobre la política patria, del que aún quedan pálidos reflejos, después de un irrevocable retraimiento, dictado á mi voluntad por el corazón y por la conciencia. Pero, tras las agitaciones producidas por las reformas cubanas, así en la Península como en Ultramar; el iris de paz, extendido por una votación, en cuyas listas constan unánimes los nombres de todos cuantos componen la representación de los partidos nuestros en el Congreso, bien merece una sencilla conmemoración y un ferventísimo aplauso. Creíase que iba el progreso, formulado con tan leal aprecio de la realidad y un conocimiento de lo ideal tan pro-

fundo, á dividir los ánimos aquende y allende los mares; mas á la voz del patriotismo acaba de revelarse la conciencia colectiva del pueblo español y demostrarnos cómo en los asuntos nacionales domina entre nosotros el espíritu nacional, que nos ha dado su luz para dirigirnos en las noches más oscuras, y su fuerza para salvarnos en los trances más dificultosos de nuestra historia patria. El circunspecto político, á cuyo cargo está departamento de tal importancia, se ha mostrado en esta ocasión y en este problema con todos los caracteres de quien sabe dónde se halla el toque de las reformas oportunas y sazonadas, que sirven á lo por venir y sus progresos en la medida indispensable, sin escasear la prestación de los tributos debidos así al recuerdo de lo pasado como al interés de lo circunstancial y de lo presente. Por su parte, las agrupaciones políticas han estado á la grande altura correspondiente con su representación y han servido al ministerio y objeto para que las crearon así la sociedad como la Naturaleza en el espacio y en el tiempo. Los defensores de las cosas é instituciones pasadas no han cerrado sus ojos hasta contraer cegueras del espíritu incurables, ni desconocido lo invencible de la corriente progresiva que nos impele á otros hemisferios iluminados por nuevos ideales. Y aquellos que se llaman á sí mismos conservadores, no se han cerrado los oídos con cera para desoir el clamoreo de las ideas, y no han mostrado ignorar todo lo que arriesga el tiempo presente cuando urga demasiado á lo por venir con sus negaciones, y para detenerle fuera de sazón lo encrespa con sus resistencias. Igual proceder en los personificadores de las fórmulas que iluminarán lo futuro un día é impelerán las sociedades humanas adelante. En ellos crece á mis ojos el mérito de la transacción, por las complexiones impacientes, congénitas á quienes recibieron del cielo ministerios verdaderos de libertad y de progreso. No está la templanza tanto como el entusiasmo en ellos. No está la reflexión en el grado que la fe. No tienen los ojos tan abiertos para mirar lo real fuera, en el espacio, como para mirar

lo ideal dentro de sus conciencias. Y, sin embargo, han comprendido cómo se compone de segundos el tiempo, de átomos el cuerpo, de términos la serie, de nexos el sistema, de fases el progreso; y aunque la plenitud completa de sus dogmas no haya entrado en la fórmula, se han avenido con el camino hecho, juntando así al carácter ardentísimo de los innovadores el carácter sesudo de los estadistas. Holguémonos con todo ello, é inscribamos como una fecha gloriosa el día de la votación del proyecto relativo á las reformas de Cuba, por unanimidad de todos los diputados presentes, como una fecha gloriosísima en los anales de la patria, que impone á sus hijos en estos felices tiempos un solo espíritu, el cual avivan su libertad y su paz. ¡Lástima grande que los restos de nuestras discordias hayan surgido en Cuba y nublado el cielo de las esperanzas nacionales. Confiemos en que sean los últimos estertores del monstruo, y confiemos en que la integridad del territorio se salvará como se ha salvado la integridad del derecho!

II

Mucha calma en Francia. La vida se compone de movimiento y reposo, de sueño y vigilia. El mundo, en que la vida se manifiesta, de acciones y reacciones. Tras la grande agitación del último período, en que siguió á la muerte desgraciada de Carnot el nombramiento y renuncia de Perier, sobreexcitando los nervios de todos, tenía que subseguir por fuerza un período de calma, impuesto á cada ciudadano y á la colectividad por lo imposible de una tensión en la vida social tan fuerte como larga. Durante todo este reposo hanse

con lógica sucedido casos y cosas, los cuales reclaman interés y atención de nuestra parte, pues en la historia contemporánea se cosechan enseñanzas, no cosechables nunca en las pasadas historias, por no haber analogías entre las generaciones antiguas y las modernas tan manifiestas como las afinidades que reinan sobre los individuos concurrentes á la vida entera social en cierto lapso de tiempo. Y cosa ninguna me ha merecido en los últimos días el estudio que la discusión habida en el Congreso de diputados franceses acerca del presupuesto eclesiástico. A cada nuevo año crece la suma de los que votan en pro de las obligaciones religiosas y mengua la suma de los que votan en contra. Esta misma Cámara, de una complexión avanzadísima, cuyos acuerdos han derrocado al Presidente de mayor significación moderada y conservadora que ha tenido la República, reconoce los privilegios de la Iglesia católica dentro del Estado y le vota la suma indispensable así á su mantenimiento como á su esplendor. Y los mayores y más empedernidos adversarios de la unión existente hoy entre la República y la Iglesia se declaran por completo rendidos y ofrecen á la realidad, que se les impone con fuerza, un obsequio de natural irrefragable reconocimiento. Léase la oración parlamentaria de Naquet en prueba de mi juicio. Adversario resuelto de la República hoy gobernante, por las relaciones de ésta con el clero y con el Pontificado, hasta llegar á la conspiración monárquico-imperial de Boulanger, en su precipitación por huir al partido y al sistema oportunista, creyéndolo demasiado conservador, entona su confesión pública radical, en cuyo contexto reconoce y proclama, ¡él! autor de las leyes autorizando el divorcio, la imposibilidad de divorciarse por cosa ninguna en que hoy se hallan la Iglesia y el Estado. Hubiera querido yo ver allí, después de los cinco lustros que han transcurrido desde nuestro gobierno republicano hasta la fecha todos aquellos empecatados contra mí por el nombramiento de Obispos, lo que decían presenciando cómo la República francesa no ha podido llegar en aquella sociedad tan adelantada y pro-

gresiva donde querían ellos poner de un salto y de un empujón á la República española. El espíritu público está de tal manera empeñado en la idea de una inteligencia entre la nación y la Iglesia, que nadie ha querido dar en rostro á Naquet con lo temerario de afirmaciones tales en unos labios ahumados por la pólvora quemada y los cartuchos mordidos en las contiendas á favor de sus tradiciones y de sus creencias antiguas. El diputado Gras toma en mano la negación abierta y franca de toda doctrina moderada; recuerda los tópicos usuales referentes al retroceso que la Iglesia emprendiera en los tiempos de Pío IX con la infalibilidad y el sínodo; pero, descargada un tanto su conciencia de tal peso, no se atreve á ninguna clase de afirmaciones sobre lo relativo al rompimiento próximo entre la Iglesia y el Estado que sus correligionarios desean y mantienen. Otro radical, adelantado en sentir mío de las fronteras socialistas, Poincaré, autor de la ley sobre sucesiones, que tan fuertemente ataca la propiedad y la herencia, pidió, sin que la lengua se le anudase á la garganta, el voto de la partida remuneratoria del clero en bien de la República como ministro de Cultos. La fracción colectivista echó el pecho al agua para formular su tradicional separación. El presidente Ribot, que estaba en tradición y en doctrina, mantuvo la fórmula conservadora, enseñando á los temerarios cómo no podía el partido republicano herir aquel profundísimo fondo popular sobre que la República se levanta, sin malherir á esta misma República y destrozarla, pues inútil negar que la República es forma congénita con la democracia francesa, y la democracia francesa es profunda y genuinamente católica. Aunque Goblet, socialista y radical á la manera de Poincaré, calificativos, con los cuales únicamente se creen obligados á ciertas generalidades revolucionarias en las ideas y en las frases, luego atenuadas en el gobierno, donde, aunque algo intentan, cosa ninguna pueden hacer en pro de las clases jornaleras, por lo impracticable de sus ideas y lo inasequible de sus reformas, intentó pedir leyes sobre asociación preparatorias del divorcio entre

la Iglesia y el Estado; la palabra muy reflexiva del gobierno le opuso veto, declarando que bien está San Pedro en Roma, el Nuncio de la Santa Sede á su vez en París, y el presupuesto eclesiástico pagado por la nación muy bien hallada con su Iglesia.

III

Y vamos al estudio de Inglaterra. Los asuntos políticos toman, allende la Mancha, otro aspecto que aquí en Francia. Todo aquello que aquí, en esta última nación, es enfermedad, en Inglaterra es medicina. El radicalismo, en la primera nación, del todo inaceptable, se acepta en la segunda nación por cuantos quieren el progreso con sus graduadas series, adaptado en el espacio á las circunstancias sociales y en el tiempo á las tradiciones históricas. Atentar al Senado en Francia, donde tiene tal Cámara un origen popular y un carácter democrático, ¡cuál temeridad! Reformar el Senado en Inglaterra, donde tiene tal Cámara un origen regio y con carácter aristocrático ¡cuál necesidad! Lo mismo pasa en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Separarlos en Francia, donde la mayoría del pueblo pertenece al catolicismo, cosa imposible; separarlos en el país de Gales, donde la mayoría del pueblo pertenece á los disidentes del oficial clero, cosa indispensable. Así, ahora mismo atraviesa la Gran Bretaña un período de revolución religiosa, unido al período de revolución política, armónicos de suyo, con la paz conveniente á la majestad y al poder de un verdadero pueblo libre. Por lo mismo que la Iglesia y el clero anglicanos fueron hechura de una monarquía muy alta, pero absoluta con aquel absolutismo correspondiente á la

complexión británica, no arraigó en ninguna de las regiones circunstantes alrededor de lo que podríamos llamar el riñón británico. A pesar de imposiciones tan despóticas cual pudieran ser las de Felipe II en Holanda y demás dominios protestantes; á pesar de un asedio continuo á la Iglesia católica y á la disidencia presbiteriana por la iglesia oficial; á pesar de rescriptos semejantes á los del emperador Carlos, y de verdugos tan implacables como nuestros inquisidores; el clero anglicano, servido por la dinastía de Tudor, no pudo nunca impedir el predominio en Escocia de los puritanos, el predominio en Irlanda de los cátólicos, el predominio en Gales de los metodistas. Región esencialmente céltica esta última nombrada; con desfiladeros y montañas donde la independencia individual se arraiga y la vieja tradición de tribu y secta se robustece cada día más; dirigida, en lo antiguo, por bardos, especie de saderdotes que componían dogmas en poemas y cánticos acompañados por sus cítaras; donde severo culto á los muertos y supervivencia de las almas reconocida por todos patentizaban la profundidad y viveza de un grande sentimiento individual, no podía en el período de la Reforma conformarse con el dogma cortesano concebido por las pasiones, más que por las ideas del famoso Enrique VIII, y se atuvo á la forma y á la manera de asociación religiosa conocida con el nombre de metodista y animada por un gran espíritu evangélico. Así, en el país de Gales, como en el país de Irlanda, la iglesia británica no fué nunca una madre por todos amada, como la Iglesia católica en Francia y en España; fué una madrastra, de la cual renegaban los que debían llamarse sus hijos con los labios y desmentían esta filiación psíquica en los corazones. Durante los tiempos de sujeción material á los reyes, aparecía cosa fácil obtener esta sujeción á la iglesia por los reyes decretada é impuesta con rigor á sus rendidos vasallos, no creyéndose obediencia bastante la externa, si no provenía de la interna, ofrecida con devoción al clero anglicano. Cuando los celtas de Gales, hijos de aquel terruño, se oponían á nombre de su nobleza

hereditaria y de sus orígenes prehistóricos al yugo inglés, Inglaterra los sometía tras sus triunfos con soberano esfuerzo, no solamente á la monarquía de los reyes históricos, á la iglesia de los sacerdotes anglicanos; pero esto no puede ser ahora, cuando el gobierno sólo pide á los súbditos la obediencia externa y el reconocimiento expreso de las leyes, dejándolos pensar, creer, decir, enseñar, asociarse á su guisa bajo instituciones tan amplias, que ningún ciudadano ha menester entregarles, ni la razón individual, ni la conciencia, en virtud y por obra de lo cual puede ingresar en cualquier iglesia ó secta que respete los principios universales de la moral y del derecho. Así, el país de Gales perderá, y perderá pronto, su anglicana iglesia.

IV

Pero estas y otras medidas no pueden tomarse mientras la oligarquía nobiliaria, reunida en el Senado, coja el veto desasido de la corona y lo alze contra todo progreso con tenacidad rayana en monomanía de suicidio, pues no considera cómo nada sus resistencias han valido contra una victoria definitiva del derecho y de las públicas libertades, en todos los antiguos litigios entre su voluntad privilegiadísima y la soberana é inapelable voluntad del pueblo. Así, los términos del problema político inglés se resumen todos ellos ahora en lo concerniente á las alteraciones y reformas aplicables por el voto de la nación á los lores. Hace ya mucho tiempo que se planteó el problema político de tal suerte allí; hace ya mucho tiempo. Los radicales extremos aseguran la caducidad en el sentimiento público de la Cámara alta, retenida en sus privilegios por el amor exaltadísimo de Gladstone á la vieja constitución histórica, no obstante sus determinaciones en favor de

los más radicales progresos. Así, nos extraña y maravilla mucho á todos los liberales y demócratas del Continente que Chamberlain se haya propasado á mantener una moción favorable al patriciado, de quien fuera toda su vida enemigo tan tenaz como ardiente. Allá en buen hora desempeñe ministerio como el de vocero por la Cámara patricia un tory de abolengo, Balfour, pero desempeñarlo un radical, á quien le parecía estrecho el antiguo partido wigh, francamente nos parece un misterio, no conciliable con historia que ha sido largo tiempo estado natural de su conciencia y de su espíritu. Mas así lo ha querido el hado, y Chamberlain se ha puesto en el sitio propio de un reaccionario empedernido para obtener del Parlamento un voto condenatorio del gobierno. Ya, días antes, en los mil medios tentados por la minoría numerosa que compone la oposición para conseguir los escasos votos que dan la mayoría legal á los ministeriales, llevóse aquélla tras sí el grupo irlandés intransigente que sigue á Parnell muerto, y estuvieron á punto de votar, en daño del gobierno, todos los reaccionarios las exageraciones y las impaciencias y las venganzas celtas. Con mayor motivo y razón habían de reunirse y concentrarse ahora en torno del buen Chamberlain. Pero ¿quién podía sufrirlo al verle orar en pro de aquello mismo que había desde sus filas radicales combatido con una tan porfiada insistencia en tiempos ya olvidados? Así el ministro de la Gobernación, Acquit, cogió las palmetas y le propinó una de palmetazos que le pusieron entre roja y morada la mano. El había presentado la Cámara de los lores como una rémora del progreso humano y como una barricada donde todos los privilegios se reunían para combatir á todos los derechos. El habíala llamado arbitraria sin fijeza, vanidosa sin motivo, resistente sin fuerza, obstruccionista sin objeto. Así, las mayores invectivas pronunciadas contra el santuario donde la reacción ahora se refugia, salieron de su boca, que fluía discursos de oposición radical á los lores sin término y sin medida. Pero Chamberlain ha encarnado en su

persona la doctrina del tercer partido que defendiera el noble radical Churchill, de un partido al mismo tiempo conservador y socialista. Con el pretexto de las reformas sociales y su problemática urgencia, se interpone audaz entre la Cámara noble y la opinión inglesa. Mas el pretexto se desvanece al menor examen. Si no puede realizarse ninguna reforma política sino después de realizadas las reformas sociales, llevan aquéllas para rato en las largas que á todo cumplimiento y realización oponen éstas. Y las reformas decantadas por Chamberlain, ó tienen, ó no tienen carácter democrático. Si tienen carácter democrático, no las aceptará el patriciado. Y si no tienen carácter democrático, no serán reformas. Debieron obrar con mucho poder las observaciones de Acquit en el ánimo de la mayoría cuando se mantuvieron los catorce votos disciplinadísimos que vencen á los conservadores é impiden la reacción. Como muchachos en la salida de su escuela para vacaciones se portaron los graves representantes de Inglaterra vociferando la victoria, con gritos los vencedores, y la derrota con protestas los vencidos, hasta dirigirse mutuas invectivas y enseñarse los puños. Pero todo puede pasar en paz allí donde la prosperidad general crece de un modo que asombra; no obstante la crisis agrícola y los dispendios traídos por gastos tan enormes como los que al presupuesto de Marina lleva el exceso patente de las empresas coloniales. Harcourth ha heredado en maestría para componer presupuestos y en elocuencia para defenderlos al mismo Gladstone. Inglaterra tendrá en la penuria universal de los Estados europeos, hundidos bajo sus larguezas con la paz armada, un presupuesto de crecidos excedentes, y podrá, en virtud de tal ventaja, descargar de tributos aquellos artículos tributables que conciernen al pueblo, medio más práctico y saludable de mejorar las condiciones sociales de Inglaterra para los jornaleros, que todas las declamaciones y todas las utopías del bando comunista, quien representa las especies exterminadoras, y no aquellas que trabajan, y producen, y crean.

VI

Están los alemanes en plena reacción. El recibimiento dispensado por el César á los campesinos en una entrevista, demuestra los regresos sistemáticos de la política imperial hacia los ideales y hacia los tiempos reaccionarios. No hay en parte alguna un feudalismo antiguo tan poderoso y tan arraigado como en las tierras germánicas. Ha predominado mucho el carácter militar y con el carácter militar los elementos feudales. Hoy se añora el partido liberal alemán de su grande canciller Caprivi, que prestara dos tan grandes servicios como haber suspendido las leyes de excepción esgrimidas por Bismarck y haber abierto las fronteras del pueblo alemán en lo posible á las manufacturas y productos del comercio libre. Y así la reacción, subsiguiente á su política, representada por un canciller de origen bávaro y de religión católica, se ha patentizado por dos medidas tan significantes como las solemnes promesas de protección á los agrarios y las leyes represivas, que, so color de atacar al socialismo, atacan al derecho, y creyendo limitar la libertad, limitan la humana conciencia y ahogan el humano pensamiento. A un pueblo de tan fácil composición en las libertades como el alemán, quien posee un pobre pero altísimo patriciado científico, el cual permite vaya la tierra por donde á sus dominadores les plazca sin pestañear con tal que les dejen ver arriba los espacios de las ideas y entroniza sin dificultad cuantos reyes deseen reinar con tal que le dejen destronar á todos los dioses imaginables, no se le puede pedir más, y antes que merecer freno, merecería seguramente acicate. Son unos pacatos nuestros reaccionarios en compa-

ración de los reaccionarios alemanes, que saltan, no sólo sobre las monarquías constitucionales, sobre las absolutas del siglo XVI y XVII, sobre las filosóficas del siglo XVIII para caer en plena Edad Media, como si no hubiese Copérnico todavía calculado su sistema de astronomía, Lutero dicho sus arengas de revolucionario, Erasmo y Huhen preparado la risa de Voltaire y Federico el Grande sido precursor de todos los revolucionarios. Con motivo de la ley represiva, sucédense allí las proposiciones más extravagantes, mantenidas con una seriedad sin igual en aquella región de la conciencia emancipada, é incomprensibles para nosotros los hijos de esta española región, á quien llaman madre de las Inquisiciones sus enemigos, y que aventaja hoy en libertad para el pensamiento y la palabra, como en tolerancia para con las ideas y su libérrima expresión, á todos los pueblos del planeta juntos. Un buen señor se ha permitido proponer que se castigue cual un crimen el negar la existencia de Dios, en todos tiempos negado, y en todos tiempos esclareciendo á quien le niega sin escrúpulo con su increada luz y avivándolo con su creador espíritu. Una ley persiguiendo de muerte á quien desconoce el ser de Dios, me parece tan ridícula como una ley persiguiendo de muerte á quien desconozca la lumbre del sol. Así, los verdaderos liberales, que habían dejado pasar sin vivas protestas las leyes de represión por referirse á los cuitados socialistas, experimentan ya hondas alarmas y reclaman el derecho para todos, sin exclusión de nadie y sin excepciones odiosas, como es odioso siempre lo generado por el miedo en sus epilepsias. Lo mismo el sabio Virchow que su colega de universidad, el economista Wagner, comienzan á sentir y á comprender cómo la nueva ley amenaza con su filo á todos y puede con sus violencias perturbarlo todo. Y en verdad que hay motivo para el recelo de una reacción violenta, que pudiera llevar muy atrás los ánimos, exponiéndolos á esos saltos mortales de un extremo á otro extremo, funestísimos para los pueblos. Un día se levanta Herberto Bismarck y lleva más

allá de lo lícito sus tendencias proteccionistas, y otro día un periódico bávaro propone que se constituya un reino en Alsacia y Lorena, para tener corona que forjar y que darle á la dinastía de los Bismarcks, como si no estuvieran los alemanes al cabo con un Guillermo II de los cambios bruscos que suelen atraer al Estado y al gobierno los cambios bruscos del derecho hereditario. Y si á esto se une la idolatría de todos los reaccionarios germánicos por Guillermo después de haberlo comparado con Calígula, no hay en verdad grandes motivos para felicitarla, corroborándonos las enseñanzas que nos da y los espectáculos que nos ofrece á diario Alemania en la costumbre de pedir á Dios que nos libre de las revoluciones del cesarismo. En medio de todo el Reistacht nos ha compensado de tales angustias con un espectáculo consolador y confortante. Un joven representante de Colmar se ha levantado en aquel Congreso germánico para decir palabras dictadas por una grande fuerza de voluntad y por un vivo esplendor de conciencia en pro de Alsacia y de Lorena. ¡Qué maravilloso moral heroísmo, irguiéndose frente al opresor para volverse contra su insoportable autoridad y en favor del derecho de los oprimidos! ¡Cuál ironía describiendo las asambleas de alcaldes nombrados por imperial orden y de notarios adscritos á la triste administración pública con encargo de loar al gobierno y festejar al Emperador! ¡Con cuál energía pasa del sarcasmo á la invectiva y dirige una provocación al gobierno para que le manifieste dónde y cómo, en qué región civilizada del planeta y en cuál de los pueblos cultos existe una grey humana entregada, como los alsacianos y loreneses, á la voluntad omnipotente de un hombre todopoderoso! Cuando cuenta las persecuciones sufridas por los buenos ciudadanos, la supresión de muchos diarios sin motivo, los lustros de prisión infligidos á pobres artistas que canten la Marsellesa, el éxodo casi diario de familias enteras que van en busca de su antigua patria y del seno de la cual no ha podido separarlas una dominación de veinticinco años, las arbitrariedades emplea-

das en arrancarles el francés á las lenguas que inconscientemente lo hablan, el paralelo entre la dulzura de Francia con sus provincias y la dureza de Alemania en sus conquistas, la imposibilidad de germanizar á quienes creen sometidos por fuerza, pero no porque hayan ganado ellos ni la más humilde voluntad, su elocuencia se levanta en vuelo y acentuación al hablar de los profetas y tiene la concisión sublime de una filípica y las indignaciones ciceronianas contra la tiranía de Marco Antonio. ¡Divina y creadora palabra que penetra en los eslabones y dora con esperanzas las cadenas!

VII

Mas no merece tan sólo Alemania en el Norte nuestro interés y atención; merécelo también el curioso litigio empeñado entre Noruega y Suecia, en el cual su rey Oscar, metido bajo el martillo y sobre el yunque, recibe cada golpe que lo tritura y lo aplasta. Cuatro votos de mayoría tienen los radicales en el Parlamento; y á pesar de tal suma, sobrada ó bastante á Rosebery para gobernar en Inglaterra, no se alzan al gobierno, dejándolo en poder de quienes lo ejercen por voluntad omnímoda del rey, con unas deferencias hacia éste que ocultan amenazadoras rebeldías. Oscar no hace más que poner en paz á Suecia y Noruega; pero estos dos pueblos, unidos como los hermanos siameses, no hacen más que reñir uno con otro é indisponerse con furia mortalmente. Querían los noruegos sus consulados aparte, so pretexto de que representan el comercio, no la política; y cuando estaban en vías de composición y arreglo los dos gobiernos á este respecto, se levanta de nuevo la peticionaria Noruega pidiendo una representación di-

plomática, que no se cree Oscar en el caso de conceder, porque ya esto implicaría una separación irreparable y definitiva entre ambos pueblos. En porfías, en competencias, en litigios así, el tiempo corre, y no se arregla y no se conviene nada. Noruega dice que ella es republicana y Suecia monárquica; ella demócrata y Suecia nobiliaria; ella librecambista y Noruega proteccionista; ella de inclinaciones á Francia y á la República francesa, mientras Suecia de inclinaciones á Germania y á la triple alianza; por lo cual no puede continuar ni el matrimonio de razón á que les obligara en otros días la Santa Alianza, sin tomar ésta para cosa ninguna en estima ni su espíritu, ni su voluntad, ni su conciencia, ni su naturaleza, ni su historia. Si debates así entre pueblos meridionales pudieran surgir, iríamonos á las manos y estaríamos ya en pleno período de guerra civil implacable. Pero hay en las complexiones boreales un fondo indeleble de paciencia y de conformidad con las desgracias frecuentes en política, del cual no puede formarse idea nuestra impaciencia meridional. Noruega y Suecia, en mi sentir, agotarán todos sus recursos antes de apelar á un divorcio, y por el divorcio á una guerra. No puede negarse, no, el fenómeno á la vista patente cuando de los pueblos boreales se trata, y es á saber: que siendo, por los pocos factores componentes suyos, de una sangre mucho menos mezclada y mucho más una que la nuestra, no tienen las afinidades entre nosotros establecidas por el calor de las exaltadas pasiones del corazón y por la viveza del éter de la inteligencia. Un ejemplo, muy aplicable á Noruega, esclarecerá esta verdad. Compónese lo que llamaremos temperamento británico de celtas, pictos, sajones, normandos, bien al revés del nuestro, que se compone de celtas, iberos, celtíberos, cántabros, helenos, vascos, latinos, godos y vándalos y suevos, berberiscos y árabes, de mil factores diversos y aun opuestos. Pues bien; el pueblo y el territorio británicos no han hecho de tan pocos factores una verdadera nación; todavía están por sumarse Irlanda y Escocia y Gales en una superior personali-

dad; mientras familias tan diversas como las razas extendidas en el espacio y dilatadas en el tiempo hispanos, han formado una sola nación, cuyos hijos á una sienten los afectos patrios, comunes desde los Pirineos hasta la Patagonia, dondequiera que se hallan, cual si la patria compartiese entre todos y á todos transmitiera su alma única, trocándola en el alma y espíritu donde respiramos como en nuestra imprescindible atmósfera. Tan cerca como están Suecia y Noruega, tan unos como son todos aquellos escandinavos, todavía no han constituido una sola patria.

VIII

Lucha sorda entre los escandinavos, que se creen á sí mismos, no sólo arios, padres de los arios, según los últimos progresos de la filología y de la etnología, que deriva del polo europeo la raza proclamada por todos hasta hoy descendientes del Himalaya ó del Indo; y lucha terrible, directa y cruentísima entre los amarillos del Japón y los amarillos de China. No sabemos aún si China llegará de algún modo á reponerse; no sabemos tampoco si el alejamiento de su base de operaciones debilitará mucho al Japón en sus correrías dobles hacia Musden, la ciudad madre de los emperadores tártaros, y hacia Pekín la corte; pero sí diremos cuán unánime aparece ahora el recelo por la integridad y la unidad del Celeste Imperio, condenado á segura muerte. Creía esta región que se lograba, con sólo quererlo, vivir fuera de la humanidad, y hacer del imperio propio un trozo desgajado del planeta é inaccesible así á las solicitudes varias del comercio como á los asaltos del combate. Por las líneas del Norte una muralla, semejante á grande cordillera,

le preservaba del conato de irrupción fácil entre los bárbaros de allende, y por las líneas del mar le preservaba del conato de comercio, fácil entre los civilizados, otra cordillera de leyes; la prohibición de toda comunicación ó todo comercio con los demás pueblos. Así, para el chino verdadero no hay más que un solo imperio en el planeta, su imperio celeste; no hay más que un solo emperador, su hijo del Sol; y todos los espacios, así terrestres como marítimos, están sujetos á su dominio, y todos los hombres, así negros como blancos y amarillos, son vasallos de tal emperador y tributarios de tal imperio. En estas ilusiones, un día, no muy lejano aún, las tropas del César francés y de la reina británica, de Napoleón III entonces reinante y de María Victoria, penetran en el imperio y lo rompen como se puede romper un vaso de su frágil porcelana, y le imponen extrañas condiciones derogatorias de su antiguo aislamiento. Antes el temerario arrojo y la necesidad del apostolado había impelido misioneros de las iglesias cristianas á su seno, como la fuerza expansiva del comercio instalado factoría cual Hong-Kong, por cuyos mercados pasan millares de millones al año en productos y en cambios. Pero no han sido tan sólo el comercio y la religión quienes han turbado la paz de aquella momia, y la han puesto de pie, mal de su grado, dentro del panteón donde yacía; también la conquista continua, diaria, tenaz, ha ido recortándola y disminuyéndola sin piedad. Rusia, con extenderse por la Siberia china y arrancarle así la vena del Río Amor, como la bahía de Pedro el Grande, nombre de acaparamiento y de conquista; Francia, despojándola del Tonkin, á lo cual nosotros le ayudamos, y alzándose con la tutela suya sobre Anam, hasta obligarle á retirar sus viejos pabellones negros, cuyas piraterías tanto aprovechaba; Inglaterra, descoyuntando de su esqueleto la Birmania, so pretexto de guarecer y salvar su frontera india; el mismo Imperio, con instintos de suicidio, el mismo Imperio chino, destruyendo los Tie-pongs hasta exterminarlos, en quienes tenía una fuerza molestísima para lo interior,

pero en los conflictos exteriores formidable; Corea, con sus incertidumbres, poniéndose unas veces al lado de Inglaterra contra Rusia, y al lado de Rusia contra Inglaterra otras; propendiendo unas veces al Japón y otras veces á China; por tal modo rompieron y destrozaron aquella gente, que insulares de actividad tan extraordinaria como los súbditos del Mikado, expertos en guerra y marina, de sumas riquezas por su industria y por el contacto mercantil con las naciones cultas, hanla emprendido contra la víctima de tantas desmembraciones, y atropellándola con bruscos golpes, han empeñado esta campaña doble, por tierra y por mar, la cual no concluirá, como no les reconozcan la supremacía en el territorio coreano disputado, no les adjudiquen la isla de Formosa deseada, no les retribuyan largamente con una indemnización tan crecida que haga de los celestes unos tributarios del poder suyo, tomando así predominio grandísimo en todas las razas paridas por la fecunda madre Mongolia, cuyas entrañas generan pueblos y soldados, parecidos por su número y por su crueldad á moscones epidémicos y á voraces langostas. Así, no puede maravillarme que tal aplicación se comunique al Africa y que las razas negras se agiten al igual de las razas amarillas. Pero nosotros, los europeos, tenemos el deber de llamarlas á nueva vida por el ascendiente de las ideas, y no por el filo de la espada, sembrando en paz los gérmenes de su cultura, indispensable á la libertad y al progreso.

Emilio CASTELAR.

LA PRENSA INTERNACIONAL

Enrique Heine en París

(SEGÚN DOCUMENTOS INÉDITOS)

Qué fué del famoso «legajo» de Heine, del cual tanto se habló en 1872? Publicóse por aquel entonces un libro de Enrique Bordier: *Alemania en las Tullerías, de 1850 á 1860*. Fundándose en documentos hallados en los *Archivos* existentes en poder de Napoleón III, el autor publicaba los nombres de todos los alemanes que tuvieron relaciones íntimas con la Intendencia imperial. Entre otros, figura allí un curioso documento que relata las conferencias habidas entre cierto caballero de Fiedland, cuñado de Lassalle, el célebre socialista, y el duque de Grammont, embajador de Francia en Viena. El Sr. de Fiedland llegóse un día á proponer al duque la compra de unos documentos dejados por Heine y propiedad de la mujer de aquél, por 30.000 francos. Esos documentos (decía el duque de Grammont, en su informe enviado al emperador) constaban de un manuscrito titulado *Napoleón III* y dirigido contra el emperador, sesenta y siete poesías con ataques contra el rey de Prusia, y una voluminosa corresponden-

cia entre Heine y Thiers, Guizot, Michelet, Mignet, la princesa Belgiojoso, Miguel Chevalier, etc. Napoleón III no hizo caso de ese ofrecimiento, como lo ha probado también un crítico alemán, el Sr. Strodmann. Pero, ¿qué fué del famoso legajo?

Esta cuestión ha preocupado vivamente al Sr. J. Legras, distinguido profesor de Burdeos. Partiendo de su convencimiento de que la larga residencia de Heine en París (desde el mes de Mayo de 1831 hasta Febrero de 1856) por fuerza tenía que haber dejado más huellas de las que se encuentran en la correspondencia póstuma del poeta, el Sr. Legras hizo una concienzuda rebusca acerca de este particular.

Dirigióse ante todo á las personas capaces de conservar algunos recuerdos ó documentos; pero, fué en vano. Así, Xavier Marmier no tenía en su casa sino la traducción de un poema *inédito,* que se ha publicado dos años después; Taine, tan grande admirador del poeta, no le conocía personalmente; lo mismo pasaba con Julio Simón y Bartolomé Saint-Hilaire. La Sra. Furtado-Heine ni siquiera tenía una línea de puño y letra de su ilustre primo. Pero la casualidad ha permitido al Sr. Legras dar con un tesoro desconocido.

Como cierto dia se hablase en casa de Taine de los apuros del Sr. Legras para encontrar documentos inéditos acerca de Heine, exclamó el Sr. J. Bourdeau que él tenía en su casa un montón de cartas y documentos inéditos: el Sr. Michel Levy, editor de Heine, se los había entregado con el fin de ver si habría medio de publicar, con ayuda de esos papeles, una nueva obra acerca de Heine.

El Sr. Bourdeau entregó ese legajo de cartas y documentos al Sr. Legras, quien se puso á clasificar los revueltos papeles, y halló entre ellos tres clases de documentos: 1.°, poesías, ó más bien trozos fragmentarios; 2.°, traducciones al francés de las obras de Heine, con correcciones hechas por el autor, y 3.°, cartas y borradores de cartas.

El Sr. Legras nos ofrece en la *Deutsche Rundschau* el análisis de esos documentos inéditos. Dando de lado á las dos pri-

meras partes de su descubrimiento, que no pueden presentar gran interés, por consistir en traducciones francesas de obras alemanas y en fragmentos de poesías publicadas íntegras, entresacaremos de la correspondencia inédita de Heine todo lo que en ella merezca señalarse.

Las cartas inéditas de Heine, publicadas por el Sr. Legras, son de tres épocas diferentes de la vida del poeta: del año 1835 á 1836, del 1844 y del 1855.

Las cartas de la primera época hablan de las relaciones entre Heine y la encantadora princesa Belgiojoso y los que á ésta rodeaban. Su conocimiento data del año 1831, cuando en los salones de Lafayette se encontraron la princesa y el joven poeta, recién llegados los dos á París.

La joven princesa, de veintitrés años de edad entonces, produjo intensísima impresión en Heine; quien aceptó con júbilo formar parte de la tertulia de la princesa, cuando reintegrado el príncipe en sus bienes, confiscados en otra época por el Austria, permitió á su mujer que abriese en París uno de los salones más interesantes y más influyentes de aquel tiempo. Entre los mejores amigos de la casa figuraban Thiers, Liszt, Agustín Thierry, Alfredo de Musset, Enrique Heine, Víctor Cousin, Ary Scheffer, y, por último, Mignet, el hermoso Mignet, que se anticipó á Heine en los favores de la princesa y llegó á ser su amigo íntimo titular.

A pesar de eso, las relaciones entre la princesa y Heine eran de lo más cordiales y hechiceras. Júzguese por la siguiente esquelita, que la *Deutsche Rundschau* nos ofrece en su texto primitivo, es decir, en francés:

«Su esquela, princesa, es muy clara y la he comprendido muy bien, con mucha exactitud, aun cuando exhala un perfume de amabilidad que se me sube á la cabeza y me trastorna un poco las ideas. Comprendido: y mañana estaré á las diez y media en casa del Sr. Mignet, para ir con él á la del Sr. Thiers. Estoy encantado de que el Sr. Mignet se tome tan-

tas molestias por mí; estoy lo que se dice encantado: cuando se quiere hacerse amar por alguien, es preciso darle ocasiones de prestarnos servicios.

»Señora, no es posible ser más hermosa que V. lo es en cuerpo y alma.

»ENRIQUE HEINE.

»París, 11 de Abril de 1835.»

Llegamos aquí á uno de los acontecimientos más dolorosos de la vida de Heine. Reducido á la miseria, perseguido por el gobierno alemán, el poeta creyó posible dirigirse al gobierno francés para conseguir una pensión. Sabido es que esa pensión, cobrada en Francia, arrebató á Heine todas las simpatías alemanas, y que, hasta en los momentos actuales, la violenta oposición promovida en Alemania contra la erección de un monumento á Heine se funda, sobre todo, en ese hecho vituperable de su vida. También aquí hemos creído necesario defender la memoria del poeta de las calumnias expuestas acerca de este asunto por el Sr. E. Grenier en los tan interesantes *Recuerdos* de su vida. El Sr. Legras, con una elocuencia y un buen deseo que le agradecerán los admiradores del infeliz poeta, se esfuerza en restablecer la verdad. Sí, es cierto, dice, que Heine se hizo conceder una pensión por Francia; pero, ¿era con el carácter de espía y de traidor á su patria, como lo pretendieron sus enemigos? De ninguna manera. La carta copiada más arriba (11 de Abril de 1835), ¿no prueba que el poeta, ó más bien sus amigos, aprovecharon sus relaciones con el Sr. Thiers para hacer que éste le concediese la pensión? El mismo Heine cuenta en su *Explicación* (1848), que, á consecuencia de estar prohibidas sus obras en Alemania, Francia le concedió la «subvención».

La princesa Belgiojoso, Mignet, Thiers: estas son las influencias á las cuales debía la liberalidad del gobierno. Añadamos que Agustín Thierry, que fué también uno de los constan-

tes contertulios del salón de la princesa, recibió al mismo tiempo su subvención, como lo prueba la lista publicada en 1848 por la *Revue retrospective*.

¿Y la suposición de que Guizot había comprado por 4.800 francos anuales la pluma y la conciencia de Heine? Con algunos sólidos argumentos, el Sr. Legras nos prueba que no es sino una de esas calumnias que se inventaron de cabo á rabo:

«El Sr. E. Montégut, que conocía mucho á Thiers y á Enrique Heine, dióme un día formales seguridades de que el mismo Thiers le había dicho haber concedido una subvención á Heine. Esta es una prueba importantísima; he aquí otra que no lo es menos. El hijo del gran ministro, el Sr. Guizot, me ha contado á su vez que Thiers rogó en 1840 á su padre que tuviese á bien seguir pagando su pensión al poeta alemán, á quien se la había concedido él algunos años antes. Añade el Sr. G. Guizot que este hecho está confirmado por documentos que en su día se publicarán y por una carta gratulatoria dirigida por Heine á mi padre.»

Esperamos que esta defensa del poeta, según la presenta el Sr. Legras, destruirá la leyenda calumniosa creada por los enemigos de Heine. Pero prosigamos entresacando de la correspondecia encontrada por el Sr. Legras. He aquí algunas muestras de ella:

«Tengo la honra de dar los buenos días á la bella princesa y devolverle la novelita de Sand. La linda mujer á quien vi ayer en casa de V. tiene un encanto, un *ángel*, que me conmueve de un modo extraordinario... Me hace daño en el alma despierta en mí adormecidos dolores, es dolorosamente buena, es desmedidamente pícara; la deseo y no la deseo; esto es un encantamiento. Si no fuese V. á burlarse de mí, diría que la tengo por una hechicera. Pero V., señora, es un entendimiento descreído, y trata de superstición todo lo que no es burlesco ó ecléctico.

»Su devotísimo servidor

»Enrique Heine.»

En 1835 encuéntrase Heine en Boulogne, y desde allí escribe á Mignet (2 de Diciembre):

«No me olvide, querido Mignet. Siempre me han hablado haciéndose lenguas, de la constancia de su carácter; hanme dicho que su alma es menos tornadiza que la de los demás galos. Pruébemelo V., y no me olvide, aun cuando hace ya cuatro meses que salí de París. Con facilidad adivinará y aprobará V. las razones de este voluntario destierro; me ha de ver V. curado por completo, y limpio el corazón de las manchas dolorosas...

»Recuérdeme á la memoria de la princesa. Sé que durante mi ausencia no piensa ni remotamente en mí, pero no me quejo de ello. Harto hace por mí con reservarme una de sus sonrisas amistosas... No la escribo, para no provocar una respuesta. Es joven y hermosa, hermosísima é inteligente, y ha comenzado ya en París la temporada de los placeres... Sería yo un monstruo, un bárbaro, un *tedesco* si quisiera robarla uno de sus preciosos instantes. Allá, algún día, cuando aún sea ingeniosa y princesa y me convierta yo en su Ballanche (1), la escribiré largas epístolas, y me contestará con páginas enteras...»

Cuando alude á la cura de las dolencias de su corazón, refiérese á sus relaciones con Matilde, vistas con malos ojos por sus amigos y la princesa á la cabeza de éstos. Pero en vano quería curarse: sus lazos con Matilde iban apretándose cada vez más; y el poeta concluyó por casarse con ella, sin indisponerse con la princesa, quien le perdonó de todo corazón.

La carta de 1.° de Septiembre de 1836, dirigida desde Amiens á Mignet, contiene esta curiosa alusión á Thiers:

«Espero que no se le habrá olvidado á V. decir á Thiers que le admiro y que cada vez le quiero más. Le quiero de veras. Sin embargo, como patriota alemán que soy, no siento su salida del ministerio, donde ha sido realmente peligroso con sus

(1) Filósofo místico (muerto en 1847), del cual decía Heine que pasó toda la vida á los pies de la señora de Recamier, y escribió volúmenes que nadie quiere leer y que todo el mundo elogia.

medidas positivas; acaso hubiera conseguido ahogar la revolución en Europa... Me ha dejado pocas esperanzas de poder describir nuevos cambios sociales y de llevar á cabo grandes empresas. El tenía esa inaudita fortuna de ser al mismo tiempo historiador y hombre de acción. Los historiadores venideros le agradecerán el haber probado al público que un gran historiador puede ser al mismo tiempo un gran ministro... Esos señores se vanagloriarán del renombre de él: la Historia hablará siempre bien del Sr. Thiers.»

De regreso en París, Heine permanece allí brevísimo tiempo. La ictericia que por aquel entonces padece le obliga á ir á Aix-les-Bains, y desde allí escribe á la princesa (en 30 de Octubre de 1836) una larga carta, donde pinta el infeliz estado de su ánimo. Reinaba un frío intenso, y de ello se queja amargamente el poeta, que había ido en busca de calor. Entresacamos de esa carta algunos de los párrafos más curiosos:

«...He visto la catedral, señora, y las cosas notables que allí se hacen admirar, como por ejemplo: las cuatro columnas romanas que antaño formaban parte de un templo de Apolo y que hoy sustentan una capilla cristiana. Ya ve V. cómo hasta las piedras se ponen al servicio del partido vencedor, sin tener nuestras necesidades, sin sufrir hambre, ni sed, ni ambición...

»¡Ah! mi hermosísima y óptima princesa, ¡cuánto más enfermo aún estoy del alma que del cuerpo! Está la ictericia en mi corazón, y tiñe todos mis sentimientos y todas mis ideas... En vano quiero luchar contra mis dolores: gastan coraza, y las mejor templadas armas de mi razón nada pueden contra ellos...

»Sólo corporalmente estoy en Aix: mis pensamientos están en otra parte, casi siempre rondando en torno de un castillo sito en un ribazo entre Rueil y Bougival...

»Es V. la persona más perfecta que en el mundo conozco. Sí; antes de haberla visto, creí que seres tan favorecidos

como V. sólo se encontraban en los cuentos de hadas, en los ensueños de los poetas...

»No pongo las señas de mi domicilio por ahorrar á V. la molestia de escribirme. Basta que no se olvide de su pobre amigo

»Enrique Heine.»

Pasemos en silencio las otras cartas, que casi no tienen interés desde el punto de vista de su contenido, ni de su forma literaria. Las pocas cartas halladas y dirigidas á Matilde son más bien esquelitas de negocios, con algunas apasionadas alusiones á su amor. Sigue la carta de 19 de Diciembre de 1844, dirigida á Campe, y en la cual hace á éste durísimos cargos con motivo de su falta de honradez:

«En el invierno último vendí á V. mi nuevo tomo de poesías, que debía contener *Atta Troll*, por 1.200 marcos (1.500 pesetas). Recordará sin duda que V. fué quien me había propuesto ese precio, aun cuando cualquiera otro editor me hubiera dado cuatro veces más (aquí me han ofrecido 10.000 francos, en el acto); además, hasta 1878, tenía que recibir de V. 200 marcos (250 pesetas) anuales.»

Sigue una larga serie de cifras, que tratan de probar que Campe se condujo con Heine como un verdadero canalla, lo cual fué Campe toda su vida, por supuesto.

Aquí concluye la correspondencia del primero y del segundo períodos.

Las cartas del año 1855 son mucho menos curiosas. El poeta está ya casi al final de su largo calvario. Debilitado por la enfermedad que desde siete años antes le tenía postrado en cama, casi no podía tener la pluma con los dedos. A pesar de todo, escribe trazando gruesas letras, que aún recuerdan su hermosa escritura de otros tiempos.

La mayor parte de la correspondencia encontrada por el Sr. Legras redúcese á una serie de esquelas dirigidas á su editor Michel Lévy. Este último iba á publicar una edición com-

pleta de las obras de Heine, en francés, y el poeta veíase constantemente obligado á escribirle acerca de las modificaciones que deseaba introducir en el texto. Véase una de esas modificaciones que envía á Lévy en su carta de 23 de Junio de 1855:

«Los israelitas de la nueva generación aún son más tacaños que sus padres; me inclino á creer que entre la juventud dorada de Israel hay más de un millonario que acaso vacilase en dar 100 francos, si á ese precio pudiera salvar de una carrera de baquetas á toda una tribu de beduinos correligionarios suyos.»

En el paquete de cartas dirigidas á M. Lévy sólo hay una que tiene cierto interés: aquella en que el poeta le escribe que vaya á la redacción de *Los Debates*, vea á Cuvillier-Fleury y le diga de su parte que no se le ha pasado por las mientes atacar á Guizot en su *Lutecia*. No le sirvió eso de gran cosa, por supuesto; porque, al aparecer la *Lutecia,* Cuvillier-Fleury consagró á Heine uno de los artículos más mordaces é ingeniosos que brotaron jamás de su pluma. Mucho debió de escocerle á Heine; pero su muerte, acaecida poco tiempo después, impidióle responder al crítico de *Los Debates*.

Con profunda tristeza se recorren la continuación y el fin del curioso estudio publicado por el Sr. Legras en la *Deutsche Rundschau*. Nuestros lectores recordarán, sin duda, que el Sr. Legras ha descubierto una serie de documentos que prueban de un modo innegable cuán injusto era *acusar* al gran poeta de hallarse á sueldo de Francia. Pero, ¡ah!, existe en esa serie de documentos una carta dirigida por Heine á Miguel Chevalier que amortigua un poco la importancia de la anterior defensa, y presenta bajo un aspecto poco favorable las relaciones del poeta con los grandes capitalistas parisienses... Está fechada en el año 1855, y dice así:

«Mi carísimo y óptimo Miguel: Mucho bien me hizo su visita. Estaba abatido y sin ánimos; ahora no estoy más que confuso. ¿Qué quiere V.? La desmedida copa estaba llena, y

el negocio Pereire era la gotita que la hizo desbordarse. Como hombre que soy, me sentí herido en mi amor propio y en mis intereses pecuniarios, herido á la vez en los dos tendones vulnerables en un Aquiles moderno. Me acusé de haber cometido una bajeza, y, lo peor de todo, una bajeza de balde. Era ridículo á mis propios ojos, tonto de capirote, al haber podido creer en una consideración hacia el mártir del espíritu por parte de uno de los *grandes señores* de la materia.

»Si aún tiene V. intención de hablar de mi asunto con el Sr. Pereire, tenga V. la bondad de recordar cómo le he rogado que le diese gracias en mi nombre, y de decirle que siempre me considero como deudor suyo, no obstante su conducta para conmigo. Tenga V. la amabilidad de preguntarle si no recibió siete semanas ha mi primera carta, en la cual confesábale que la necesidad del pan cotidiano me obliga á gastar las fuerzas en trabajos improductivos, cuando pudiera utilizar los pocos días de vida que aún me quedan en concluir mis *Memorias,* que he comenzado ya á escribir, y cuya publicación durante mi vida no podría serme útil de ninguna manera. Por eso supliqué al Sr. Pereire que me facilitase los medios suficientes para poder dedicarme durante un año exclusivamente á esa obra, en la cual hallaría él motivos de personal satisfacción, pues intereses que también son suyos se tratarán en ella de una manera brillante y convincente, con gran detrimento de nuestros enemigos comunes.

»También combato contra nuestros comunes enemigos, cuando Pereire no piensa sino en sus ferrocarriles. Creíame con derecho á pedirle un pequeño favor, que hubiera podido hacerme sin abrir su portamonedas. Al destronar á Rothschild, me ha quitado además los beneficios *que le sacaba yo* bajo la forma de participación en todas las empresas. Trate V., pues, mi querido Miguel, de averiguar si su amigo Pereire recibió mi carta; de no haberla recibido, quizá tenga V. razón al suponer que en ello no hubo sino una equivocación, y que sólo por culpa de un empleado subalterno se me enviaron

veinte acciones en lugar de ciento que pedí. Sea dicho entre nosotros: siempre tiene tiempo el Sr. Pereire de deshacer su error; aun cuando he tenido la mala suerte de disgustarle, gracias á uno de mis desdichados caprichos. Heme aquí resignado á tenderle mi culpable cabeza para que la cubra de carbones hechos ascua, con arreglo al precepto del Evangelio: «Haz bien á quienes te ofendieron, y recogerás carbones encendidos sobre tu cabeza.» Emilio Pereire, que tantas minas de carbón posee, se halla mejor que nadie en circustancias á propósito para cubrirme de carbones la cabeza; pero es preciso que la cubra con mucho carbón, pues, como V. ha visto, el poco carbón hace daño y el mucho hace bien. Y, para salir de las parábolas evangélicas, diré á V. que el comité de ferrocarriles y de las minas austriacas tiene en reserva cierto número de acciones, y que puede disponer de ellas como se le antoje una persona muy influyente, á quien he bautizado en mi *Lutecia* (que está en prensa, y enviaré á V. un ejemplar el mes que viene) con el nombre de *Pontifex Maximus* de los puentes y caminos de hierro, en una palabra, Pereire.

»No me olvide, y esté seguro de que le profeso tanta simpatía como estimación, y de que le quiero.

»H. H.»

El Sr. Legras advierte que Heine se había relacionado con Chevalier y Pereire en el *Círculo Sansimoniano*, del cual formaban parte los tres; y que el poeta creyó posible dirigirse al rico banquero que estaba al frente de grandes operaciones industriales y rentísticas. Añadamos que las ricas familias israelitas de París hacían por Heine lo que su no menos rica familia no se dignó hacer; es decir, socorrían á menudo al pobre bardo alemán. El más generoso de todos fué el señor Rothschild, á quien Heine no dejaba de disparar sus flechas. Esa participación en los negocios no era sino una especie de donativo disimulado; pues, como poco más de un tercio de siglo después, en los benditos tiempos del Panamá, los favo-

recidos con participaciones no tenían que hacer otra cosa sino cobrar los beneficios. No importa. Cuando se ve al gran poeta condenado á vivir de las migajas de esos caballeros de industria de la Bolsa, siéntese uno humillado y ofendido por él. ¡Heine participando de los negocios rentísticos, Heine reclamando su parte de bollo á los Rothschild, á los Pereire! Había sospechas de ello, y el Sr. Legras nos da una triste certeza. La cruel enfermedad que padecía el poeta, su descuido en materia de dinero, el criminal egoísmo de su opulenta familia que le dejaba morir en la miseria, esa triste moral del bohemio que con todo se conforma, y en el fondo se burla de todo, son otros tantos motivos que atenúan la culpa del moribundo.

Pasemos á las demás cartas. Es casi insignificante su interés, si se compara con el de los documentos publicados más atrás. La mayoría de ellas están dirigidas á los críticos, conteniendo fórmulas corrientes de cortesía y de admiración en vísperas de aparecer un tomo nuevo. Tal es la carta dirigida á Philarète Chasles:

«... Uno de los dos críticos serios que posee Francia (le escribe Heine). El segundo, si V. no lo toma á mal, es Sainte-Beuve, que, como V., me consagrará una nota póstuma; de suerte que podré dejarme enterrar tranquilo. El Sr. Lévy, que trabaja en estos momentos en poner en escena mi inmortalidad, enviará á V. en mi nombre la *Lutecia*, tan pronto como aparezca en francés; ese libro del cual ha hablado París durante ocho días completos (1).

»¡Ocho días! Nunca se habló tan largo y tendido de Fieschi (2), Paganini ó cualquiera otro gran artista.

»Ocupar con su persona á París, centro de la moda, durante toda una semana, ¿sabe V. que es un honor infinito para un pobrecillo alemán, que guardaba cerdos en su patria? No,

(1) Cuando apareció la obra en alemán.
(2) Autor del atentado de 1836, y á quien guillotinaron.

querido amigo mío, esto no es más que una calumnia de los cerdos del otro lado del Rhin; jamás los guardé mientras estuve en Alemania, y desde el punto y hora de llegar á París estuve siempre en compañía de bípedos de los más civilizados. Adiós, y no me olvide. Siempre ha sido V. inmejorable para su devotísimo

»H. H.»

Una carta sin dirección y sin fecha, que el Sr. Legras cree haber estado destinada para Guizot, contiene las pocas líneas siguientes:

«Me apresuro á enviar á V. la traducción de mi *Lutecia*... Siento mucho no haber pedido á V. algunos momentos de conversación al ir á publicar la obra en alemán. Si la enfermedad no me impide continuar la descripción de mi tempestuosa vida, y si llego hasta el movimiento intelectual y político del que tiene V. derecho legítimo para decir *quorum magna pars*, entonces le rogaré que me conceda un cuarto de hora.»

La importancia principal de esta carta estriba en lo referente á la cuestión de las *Memorias* de Enrique Heine. Pretendía Strodmann, en su estudio acerca de Heine (1849), que tenía escritos ya los menos tres tomos de ellas, y nos dice con mncha exactitud el Sr. Legras, que, según resulta de esta carta, escrita después de 5 de Abril, no había llegado Heine ni siquiera á la época en que Guizot representaba algún papel; pues bien, este último entra en la escena política en 1831. Habiendo muerto el poeta diez meses después de la carta enviada á Guizot, claro es que no pudo escribir gran cosa, sobre todo si se tienen en cuenta su enfermedad y los enormes trabajos que hizo durante los últimos meses de su vida.

Una carta escrita con lápiz parece ser el borrador de otra remitida á Thiers. Es de 1855, puesto que acompañaba al envío de la traducción francesa de *Lutecia;* é iba dirigida á Thiers, á juzgar por el principio y el fin de la epístola:

«Puesto que ahora no es V. miembro del gobierno, y en el momento en que vuelva V. á serlo no tendrá ya necesidad de la protección humana el pobre moribundo que le escribe hoy, no corro el riesgo de hacerme sospechoso de que motivos mundanos me guíen en el paso que tiene por objeto asegurar á V. que, etc., etc.

»Quería hacer revivir los días más brillantes del período parlamentario, que la Historia representará por tres grandes nombres: Luis Felipe, Thiers y Guizot...

»Sí, sólo esos tres nombres tendrán que aprender al dedillo los niños del porvenir... La señora Clío no concede mucho espacio á los caballeros de segunda fila, y gusta de encarnar toda una época en un solo hombre ó en un triunvirato. En mi *Lutecia* he seguido el ejemplo de la diosa, etc., etc.»

Parece ser que á Thiers le conmovió muchísimo esta carta y hubo de dar las gracias al poeta, quien le respondió enviándole un ejemplar de sus poesías.

En resumen; según hemos visto, el mayor interés de las treinta cartas inéditas de Enrique Heine está, sobre todo, en los nuevos argumentos que aportan en pro de la tesis, sostenida por sus amigos y admiradores, de que el poeta jamás hizo traición á los suyos ni estuvo á sueldo de Francia. Si Heine fustigó con tamaña violencia á la Alemania de su tiempo, es porque la amaba con tanto ardor; pero como hombre frenéticamente apasionado de la libertad, no podía menos de vituperar con acritud los actos de sus compatriotas, quienes llevaron el servilismo hasta besar las manos de los que se la arrebataron...

La enfermedad en la literatura actual.

I

Por Navidad apareció un tomito titulado *En unión de la muerte,* del autor finlandés Karl A. Tavaststjema, conocido por su novela *Heikki Hyttonen.*

Un empleado en una casa de banca de Helsingsfors, de cuarenta años de edad, padre de familia, consigue que le den licencia, y abandona su patria y sus funciones, huyendo al Mediodía de una espantosa enemiga: la locura, la muerte. Pero la enemiga le sigue; está dentro de él. «Un alma enferma en un cuerpo enfermo, un alma *enferma* en un cuerpo *enfermo»;* estas palabras interiores, como un lúgubre estribillo antiguo, *motto* de su vida, siguen resonando sin cesar en sus oídos, á pesar del estrépito de los trenes del ferrocarril y en medio del silencio profundo de los Alpes. Pasan el otoño y el invierno; empeora su enfermedad al sobrevenir la primavera y decídese á emprender un viaje circular á través de Italia, como última tentativa, á la desesperada, de salvación. Entonces comienza en su estado una fase nueva, extraña. Comprende que huye ante lo inevitable; y por primera vez se detiene, vuelve atrás la cabeza y mira frente á frente á su perseguidora. Ya no le parece su enemiga tan terrible como se la había imaginado. Traba relaciones con ella, tras el conocimiento viene la amistad, y la enemiga de antaño truécase en íntima compañera de viaje. Un día, á bordo de un buque de vapor, en el lago de Lugano, se le aproxima la muerte con su reloj de arena; llevan los dos á efecto la ascen-

sión del San Salvador, hasta la capilla de la peregrinación, en la cima del monte. «Este es tu último grano de arena», dice la muerte chanceándose, apretándole la mano y prometiéndole una vida nueva á él que ha llegado á ser su amigo. Esa vida nueva se le presenta aquel mismo día en figura de una mujer sentada frente á él en la mesa redonda. Es difícil analizar el vínculo que se forma entre ellos. ¿Es amor? ¿Es magnetismo animal? No es de ningún modo lo primero, y es mucho más que lo segundo. Lo importante es que *ella,* como por un poder milagroso, le devuelve su vitalidad perdida, y experimenta la sensación de hallarse sentado junto á la fuente de donde brotan los raudales de la vida. «Beber ó no beber», esta es la cuestión que se plantea á sí mismo, después de Hamlet, al paso que con el recuerdo de los suyos vienen los remordimientos. Si bebe, está curado y libre para siempre de su anterior espanto; si no bebe, todo sigue como antes. Y hace la prueba de ello cuando, obediente al llamamiento del deber, vuelve á su casa. Su mujer sorprende su correspondencia con la extranjera y exige que rompa con ella. Responde que no puede, pero sin poder decir por qué no puede. ¿Cómo hacer comprender lo que es un enigma para él mismo, que de esas cartas fluye la fuerza vital y le penetra? Su mujer le abandona con sus hijos. Es inevitable la elección: ó la madre de sus hijos, ó la extraña; la primera es la muerte, la segunda es la vida.

Acreciéntase cada vez más en la conciencia del deber, al paso que *físicamente* siente en su ser extinguirse el calor vital. Queda interrumpida la comunicación con el foco secreto (una extraña y lejos); la muerte se apodera de él, con su frío de hielo. Ejecuta contra sí propio la sentencia de muerte, cumpliendo con el deber. Sale la carta de despedida, regresa su esposa, y el antiguo estribillo vuelve otra vez zumbar en sus oídos: «Un alma enferma en un cuerpo enfermo...»

Largo tiempo estuve en la incertidumbre acerca de lo que causa la impresión extraña producida por ese libro, uno de los

más desasosegadores que conozco. No me iluminaban las griterías de la prensa con la monótona repetición de «¡Enfermedad!» En seguida salta á la vista que ese libro está escrito cara á cara de la muerte. Cada línea de él comunica su sensación inspiradora: lo implacable de la suerte, junto con un temblor febril. Pero no hallo el secreto de esta impresión sino penetrándome de la armonía absoluta entre el asunto y la manera de presentarlo, las cosas descritas y el descriptor de ellas. Advertí en el estilo toques los cuales no supe al pronto á quién atribuir; noté cierto acento y unos ojos, cuyo era el rostro á que pertenecían érame imposible encontrar, mirándome con una mirada que me pareció á la vez extraña y conocida; y de repente se irguió delante de mí el hombre, de cuerpo entero, el empleado finlandés, cual si él mismo hubiese sido el autor de lo que yo leía. Y al mismo tiempo resonaron mis oídos los gritos vanos de «¡Enfermedad, enfermedad!»

Es una cosa rara y peculiar de nuestros tiempos ese anatema de las buenas gentes contra la enfermedad en la literatura. Ha llegado á ser una monomanía. Ninguno de los autores de nota se ha librado de esa suerte en nuestra época. A mí mismo, en mi patria, me recomendaban alternativamente, en nombre de la salud pública, la cárcel y el manicomio. Con estas modernas vociferaciones de «*Crucifige*», supongo que así harán con casi todos nosotros, los poetas y artistas. Ni siquiera comprendemos lo que esas buenas gentes quieren decir: lo que, con menosprecio, llaman «enfermizo», era para nosotros el santuario íntimo, el sacro lugar más recóndito de nuestra individualidad, velado cuidadosamente y preservado de toda intrusión, donde guardábamos el fuego eterno.

Pero, ¿de qué proviene esa desconfiada preocupación de enfermedad? No puede leerse ningún artículo de crítica literaria, en cualquier periódico, sin topar con ese estribillo que forma su *leit-motiv;* lo cual, naturalmente, no tendría ninguna importancia, si no fuese muy significativo como signo del estado de ánimo predominante en la época. Inútil es

detenerse en tratar de libros de sensación con *Degeneración*, del Dr. Nordau, en el cual el autor de *Mentiras convencionales* rodéase de la aureola de la «verdad convencional» de más actualidad. Pero también es un signo muy significativo que el Dr. Nordau, con la escrupulosa minuciosidad de un hombre del oficio, haya recogido allí y puesto de relieve las insulseces del día. Hasta en eso se advierte por dónde soplan hoy los vientos.

¿De dónde procede esa tendencia á querer descubrir el gusano roedor en las flores y en los frutos más exquisitos del intelecto? Las épocas anteriores no la conocieron; ha salido de los últimos yacimientos intelectivos. Debe de ser producto de los principales ingredientes de la cultura actual: el materialismo popularizado y el espíritu de medianía. En efecto, creo que puede explicarse por esas dos fuerzas preponderantes por el momento: es un vástago que ha brotado de ese concepto de la vida y del mundo.

El materialismo y el espíritu de medianía, es decir, los límites estrechos de los conocimientos y la moral de la gente de poco fuste.

Ambos significan la estrangulación del temple individual que crece en plena libertad, agrandando inmensamente dentro de sí mismo el mundo y su medida, y que para gloria suya da testimonio de su *Yo* en actos y fantasías creadores, lo mismo en el dominio de la acción que en el del arte. La filosofía religiosa era más tolerante, más perspicaz, de mayor amplitud de miras que la filosofía racionalista de nuestros días; porque el sentimiento religioso de la Edad Media fué el primer fondo ardiente de la vida misma, un suelo volcánico sobre el cual maduraban los vinos más generosos. Y cuando la *Fata Morgana* de la exaltación religiosa desapareció de entre los hombres del Renacimiento, y sólo quedaron hirviendo la sangre y con sed los sentidos, y el hombre se vió de nuevo en frente de sí propio y del universo... entonces, como señor libre que era, dejó vivir toda su vida en él mismo, á Dios y al dia-

blo, la fiera y la serpiente, el gusano y la mariposa; porque todo era él, él mismo; y todo lo que era él mismo tenía por ende el derecho de vivir. Erales dado á los tiempos posteriores explicar las Cruzadas, esa grandiosa epopeya, como una psicosis de pueblos enteros, y á Hamlet como un individuo patológicamente tocado de la cabeza; tiempos en que el señor de la época del Renacimiento se ha aguachinado hasta convertirse en un burgués á quien ya no puede atacarle, bajo la forma superior de la moral cristiana, la locura religiosa decaída de la moda. Es de prever que hasta la imaginación que concibió la arquitectura gótica, de columnas elevadas á alturas insensatas, de bóvedas audazmente tendidas y de atrevidísimo arte de ornamentación, no tardará en verse representada como enfermiza: ya he oído aludir algo á eso á uno de los más célebres críticos de arte moderno. Y nada tendría de sorprendente que llegue á generalizarse esta manera de juzgar. Es característico de la pequeñez el negarse á reconocer el valor de lo que la evidencia lo que es ella misma. El hombre mediano de nuestro tiempo siéntese aplastado por ese arte poderosos; sus fuerzas son insuficientes para comprenderlo; no puede dominarlo por su inteligencia, ni por sus sensaciones; ese arte le sobrepuja, se ve él mismo pequeño y difuso, y se venga como lo hace la pequeñez, difamando á la grandeza ofensora. Y cuando ese fariseo ve agitarse en uno de sus contemporáneos aquel ardor vital y aquel espíritu del Renacimiento, multiplica su celo más y más, y grita: «¡Enfermedad!»

¿Qué entiende la opinión general (ese *ukase* de la medianía) por esta palabra, harto sencilla para no ocultar muchas cosas diferentes? Es un santo y seña de nociones confusas, que necesita analizarse.

La primera clarísima distinción que debe hacerse es entre la enfermedad en el asunto (la cosa descrita) y la enfermedad en el temperamento de quien describe. Pero Bouvard y Pécuchet ni siquiera piensan en ello; y de ahí nace la primera

confusión. Es preciso distinguir esto, y que se elimine de la cosa descrita «la enfermedad»; porque en sí misma carece de importancia como signo característico de nuestra época, pues todos los poetas de todos los tiempos se han servido de las monstruosidades y de los errores humanos. Y también es muy poco segura como indicio del carácter latente del autor. Los monstruos que Zola nos presenta siempre, ¿qué luces pueden darnos acerca de él? Claro es que existe íntimo enlace entre los asuntos elegidos y la idiosincrasia del artista que los escogió: cada poeta tiene una sensibilidad especial que llama á las afinidades del exterior y las hace penetrar dentro de él. Esta teoría, desenvuelta por Bourget de una manera muy sutil, es exacta... mientras no sean Bouvard y Pécuchet quienes la apliquen.

Por tanto, si la palabra «enfermedad» tiene algún sentido en la literatura moderna, se lo darán exclusivamente los temperamentos de los autores. Y hay que hacer otra clarísima distinción. Si Bouvard y Pécuchet hablan sin ton ni son acerca de lo que hay de enfermizo en la imaginación poética moderna, prueba una vez más que á esos pobres hombres les gusta siempre medirlo todo por el mismo rasero.

Hay una nerviosidad *mala,* que denota ser débil y estéril. Exterior á la persona, quedándose más bien en la superficie, oculta ya un vacío que quiere echárselas de excesiva plenitud, ya unos Bouvard y Pécuchet con la ambición de ser grandes individualidades; y ese nerviosismo no es más que la señal de una impaciencia atormentadora, de una impotencia sufrida con amargura. Cuando ese neurósico se manifiesta como poeta, su estado patológico nos da una sensación de frio; en él se estremece algo, pero no es la cálida vibración del alma, sino el temblor de una mano helada. Nada se mueve en el fuero interno del autor, ni en sus obras, ni en nosotros sus lectores. Los asuntos preferidos por ese autor, que quisiera transformar en virtud su insuficiencia, son los pequeños síntomas habituales de enfermedad, las peores neurosis, las únicas que es capaz

de experimentar; lo trágico más elevado que conoce lo ha aprendido leyendo á Darwin (la herencia potatoria, la neurastenia, etc.) Estos autores, que se llaman los típicos del tiempo actual (*nomina sunt odiosa*), son también aquellos con quienes mejores migas hacen Bouvard y Pécuchet.

Pero, junto á esa nerviosidad mala, existe otra *buena*. Con ésta no se conformarán nunca Bouvard y Pécuchet. Es el refinamiento fecundo y creador, el progreso orgánico; en ella se manifiesta la diferenciación incesante de la naturaleza humana. Es algo absolutamente interior, se unifica con la personalidad; es su más íntima esencia, su manera de ser más íntima. Parece nerviosismo porque tiene de común el temblor con lo que se denomina neurosis. Pero ese estremecimiento es una radiación de calor. Es la vibración del aire bajo los ardores del sol; y el ardor en el cual se funde la individualidad es semejante á aquel en que la tierra en primavera se derrama en gérmenes de vida. Es sensual cómo la tierra en primavera, y por ero desconfían de ella Bouvard y Pécuchet; pero en esa sensualidad rumorea el verano venidero con todas sus flores, como en la más pequeña concha el vasto mar con todas sus olas. Puede que también haya fiebre en ella, pero entonces es la primaveral de la sangre que fermenta con toda una generación en un solo individuo.

Precisamente, cuando este síntoma aparece en el arte, los Bouvard y Pécuchet se pusieron siempre á gritar: «¡Enfermedad!» Los Bouvard y Pécuchet sólo verán en Edgar Poe el alcoholismo, sobre todo los Bouvard y Pécuchet contemporáneos. Bouvard, Pécuchet, el periodista, el Dr. Nordau y la medianía de los tiempos actuales en general, como producto de su época, son ante todo un burgués de nacimiento, es decir, un hombre pequeño y mezquino. Además, contribuyen á formar su filosofía, la moral cristiana y el materialismo ortodoxo; porque la moral cristiana y el materialismo vulgarizado no son cosas contrarias. La primera es una flor seca de la antigua irreligiosidad, que ha perdido su color y su perfume; y el se-

gundo, con su *ignorabimus*, su no atreverse á avanzar ni á comprender, es análogo á la gazmoñería moral, á la gazmoñería de la inteligencia. Y en tercer lugar, el Bouvard, el Pécuchet moderno, en la hipótesis genial de un Lombroso y en las compilaciones de un Krafft-Ebing encuentra una prerrogativa en pro de sí mismo para huronear el derecho moral, la mezquindez de resentimiento de un buen burgués educado en la caza de los dientes torcidos, de las orejas mal puestas y de otros síntomas sospechosos de degeneración.

Las obras de arte son ó las rosas silvestres de la pasión, ó los raros tulipanes saturados de color por la civilización tales como los cultivaban los antiguos holandeses. Pero Bouvard y Pécuchet no están á sus anchas sino cuando se pasean en sus jardines particulares ó en nuestros jardines públicos. Caracterizarían de sucio el caso del empleado finlandés de una casa de banca de Tavaststjerna, en nombre de la moral; y de superstición, en nombre del progreso; y, desde estos dos puntos de vista, lo declararían anormal, morboso. Que ese hombre desahuciado recobre la fuerza vital con la que puede reconstituirse su organismo; no por eso dejará de ser para ellos eso inmoralidad, superstición, enfermedad. Porque, ciertamente, el autor no ha tomado de ellos ese fenómeno.

II

La *Degeneración* del Dr. Max Nordau, como todo lo que brota de la pluma de ese eminente escritor, ha producido grandísima emoción en el mundo de las letras. En el anterior artículo ha expresado el Sr. Ola Hansson el sentimiento que las opiniones del Dr. Nordan han hecho surgir en cierto medio. El

Sr. Max Nordau amplía, bajo la forma de respuesta á ese artículo, el debate promovido en la prensa internacional acerca de su obra. Nos presenta varios datos, á los cuales no dejarán de conceder vivo interés nuestros lectores, aparte del lado personal de esta polémica. Por supuesto, esta cuestión no está terminada; porque un ilustre sabio italiano se propone intervenir muy pronto en ella, según anuncia la *Revue de Revues*. He aquí la contestación del Dr. Nordau al Sr. Ola Hansson.

Era la primera vez que, joven estudiante de tercer año, entraba yo en una jaula de locos. Apenas me vio el enfermo, un agitado en pleno acceso de exaltación maniática, gritóme con voz atronadora, acompañando sus vozarronas con unos ademanes magníficamente imperiosos: «¡De rodillas, zarramplín! ¿No sabes quién soy?» Y como claro es que no hice caso de esa orden, el loco se dirigió al interno á quien yo acompañaba, y le dijo enfurecido: «¡Ya ves cómo me tratan irreverentes esclavos, á mí, el emperador de las chimeneas!»—Era deshollinador de oficio.

Ese loco estaba ofendido é iracundo. Otros son despreciativos é irónicos. Pero todos los enfermos de espíritu excitado tienen de común el creerse inmensamente superiores al resto de la humanidad, y la tratan con una altivez aplastante.

Quien está habituado á esos enfermos, conoce bien este rasgo característico. No se ofusca por ello, ni siquiera se sonríe. Lo registra, sencillamente, y lo utiliza para su diagnóstico.

El Sr. Ola Hansson pretende que «le han recomendado alternativamente la cárcel y el manicomio» y se jacta de ello. Nadie le ha tomado por un loco de atar; á lo menos, ninguna persona autorizada. No es más que un chiflado.

Al hablar de personas con cuyas opiniones no está conforme, emplea los términos más desdeñosos: son unas «buenas gentes», unas «gentes de poco fuste», unos «pobres hombres», unos «Bouvard y Pécuchet»; sólo una vez deja asomar un poco de irritación, y los llama «fariseos». Él mismo se presenta como «nosotros los poetas y artistas»; y las dudas que sus escritos han provocado en otras partes, le parecen gritos de *Crucifige,* asimilándose así sencillamente con el gran Nazareno.

Pero demos de lado á la persona del Sr. Hansson, y ocupémonos de sus tesis. El Sr. Ola Hansson quisiera elevar su voz contra «una particularidad de nuestros días, ese anatema de las buenas gentes contra la enfermedad en la literatura». Veamos los argumentos que el grande hombre opone á «las buenas gentes». «Lo que con menosprecio (dispense V.: á menudo con lástima, siempre con tristeza) llaman *enfermizo* era para nosotros el santuario, el sacro lugar más íntimo de nuestra individualidad, velado cuidadosamente», etc. Ante todo, digo que esa sarta de palabras está por completo vacía de sentido. Mientras los degenerados guardan para sí su guilladura, como su «santuario íntimo» y «velado cuidadosamente», nadie se ocupa de ellos. Sólo se les llama «enfermizos» el día en que cuidadosamente descubren sus chifladuras, en que manifiestan su desequilibrio mental con obras sin pies ni cabeza. Y luego, ¿qué cree probar el Sr. Ola Hansson llamando su «sacro lugar» á lo que otros denominan su «enfermedad»? ¡Caramba! Ya se sabe, y desde hace largo tiempo, que los dementes no dan el mismo nombre á su estado intelectual que el médico. El día en que están de acuerdo con él acerca de su caso, se hallan muy próximos á verse curados.

El Sr. Ola Hansson pregunta: «¿De dónde procede esa tendencia á querer descubrir el gusano roedor en las flores y en los frutos más exquisitos del intelecto?» (Exquisitos para el Sr. Hansson, repugnantes para las personas de buen gusto.) «Las épocas anteriores no la conocieron...» Esta pregunta no tiene precio. ¿Que de dónde procede esa tendencia? Sencilla-

mente de que ciertas personas se atreven á proclamar con estrépito «exquisitos» productos de la locura manifiesta. Si «las épocas anteriores no la conocieron», consiste: primero, en que la psiquiatría no había llegado aún á su actual desarrollo, y no permitía reconocer como manifestaciones patológicas los productos más ó menos profundamente absurdos; y segundo, en que aun existiendo en todo tiempo de una manera esporádica los locos, imbéciles y titiriteros literarios y artísticos, eran infinitamente más raros que ahora, en que amenazan ahogar al arte sano é imponerse exclusivamente al público, lo mismo que á los talentos principiantes.

El Sr. Ola Hansson llama á «esa preocupación desconfiada de la enfermedad», «insulseces del día», «vientos que hoy soplan» y «verdades convencionales». No fué siempre esa su opinión, ni la de sus congéneres. Al aparecer el tomo I de mi obra *Degeneración,* los panduros críticos, los locos, imbéciles é idiotas de la literatura, solían hablar de mí como de «un enajenado que desbarra», como de «una cabeza hueca que quiere singularizarse con una tesis paradójica y extravagante», y procuraban tomar á chacota mi esfuerzo. Pero al percatarse de que el público no se reía, sino que, por el contrario, se ponía á meditar y á darme la razón, entonces cambiaron bruscamente de argumento. Lo que era «tesis paradójica y extravagante» poco ha, se convertía de pronto en «insulsez del día», «moneda corriente» y «verdad convencional». Yo no era ya «un enajenado» ó un «charlatán que quiere echárselas de original», sino «un pedante ramplón que repite con una pesadez machacona los ideas de todo el mundo».

Pero así pasa siempre. Se enseña una verdad nueva; sublevación de todas las medianías, furor de los fatuos, inquietud de los rutinarios, burlas y risas de los imbéciles con pretensiones de talento. «¿Con qué canción nos viene ahora éste? ¡Es un loco, un parlanchín! ¡Eso no se ha oído nunca! ¡Su tesis es ridícula! ¡Ni siquiera la cree él mismo! ¡Dice eso por dejarnos con un palmo de boca abierta! ¡Se chunguea de nos-

otros!» Luego, se abre camino la verdad nueva, indestructible como toda verdad; penetra en los entendimientos, los convence, los ilustra, y bien pronto la adoptan todas las gentes razonables y de buena fe. Entonces, los encarnizados de ayer se hacen los desdeñosos y dicen con rechifla: «¡Bah, eso no valía la pena de meter tanto ruido! Todo el mundo sabe, y ha sabido siempre, lo que éste nos cuenta; no hacía falta decirlo: este hombre mediocre es ridículo al querer hacerse el importante, cuando sólo recoge las vulgaridades que corren por las calles.»

A mí me da risa ese cambio de frente; prueba que el público se ha convencido con mi argumentación, y quedo satisfecho.

Claro es que yo no he inventado el concepto de la *degeneración,* y jamás lo he pretendido. Cito en gran copia, y paréceme que con suma deferencia, á los grandes y sabios investigadores que han sido directa ó indirectamente mis maestros: los Morel, Lombroso, Magnan, Ball, Maudsley, etc. Pero sé, y todas las personas competentes lo saben, que he sido el primero en demostrar de una manera científica que ciertas modas literarias y artísticas del día son manifestaciones de la degeneración; y, lejos de parecer esta demostración una vulgaridad, por el contrario, al principio ofendió con violencia á los profanos. Ahora es «la insulsez del día, el viento que hoy sopla». ¿Sí? Pues ¡tanto mejor! Señal de que el público ha acudido al llamamiento del sentido común, y encogiéndose de hombros se aparta de los montruos teratológicos de la feria literaria y de sus fachas lastimosas. Eso es todo lo que he querido. Me es indiferente que se desconozcan mis derechos de prioridad, que se me acuse de chabacano, con tal de que todos los hombres de buena fe se convenzan de la verdad, de la cual he querido siempre ser ardiente servidor.

Después de una palabrería hueca, donde repite las sandeces acerca del individuo «que crece en plena libertad, agrandando inmensamente dentro de sí mismo el mundo y su me-

dida», sandeces que son los lugares comunes de los fieles al antes loco, furioso y caído ya hoy en la demencia final, Nietzsche, y de su precursor Max Stirner, el Sr. Ola Hansson toma aires de inspirado y proclama dogmáticamente esto *ex cathedrâ:* «Es preciso hacer una clarísima distinción... Hay una nerviosidad *mala,* que denota ser débil y estéril... Pero, junto con ésta, existe otra: la nerviosidad *buena.* Con ésta no se conformarán nunca Bouvard y Pécuchet. Es el refinamiento fecundo y creador, el progreso orgánico; en ella se manifiesta la diferencia incesante de la naturaleza humana.»

Aquí, por supuesto, cesa la broma. Con una frescura que deja patidifuso á cualquiera, el Sr. Ola Hansson coge sencillamente un argumento y hace como que lo vuelve, con mucha prosopopeya, contra los «Bouvard y Pécuchet».

La distinción entre el verdadero genio, fecundo y evolutivo, y el falso genio, loco, estéril y regresivo, he sido yo quien la ha hecho; yo la he sostenido contra el gran investigador de nuevas vías, Lombroso; y el Sr. Ola Hansson, traduciéndome al lenguaje suyo, no ha hecho sino seguirme.

En 1885 establecí por primera vez mi tesis en *Paradojas,* libro que sin duda conoce el Sr. Hansson, puesto que se tradujo al sueco así que apareció en Alemania, y se ha leído mucho en los países escandinavos. La vuelvo á tratar varias veces en *Degeneración.* Y así, digo en el tomo I, páginas 43 y siguientes:

«Un sabio francés... emitió esta idea, corriente en la actualidad: «El genio es una neurosis.» Este aserto era imprudente, pues permitía á los parlanchines ignorantes hablar de exageraciones, con apariencia de razón, y burlarse de los neuropatólogos y mentalistas, que ven un loco en todo individuo que se permite ser otra cosa, ser algo más que el contribuyente normal más ordinario y de menor personalidad. La ciencia no afirma que cada genio sea un loco. Hay genios sanos, llenos de fuerza, cuyo privilegio consiste en que una de sus facultades intelectuales está desarrollada de un modo ex-

traordinario, sin que por eso las demás se hallen por bajo del promedio común; asimismo, cada loco no es un genio y la mayoría de los locos son más bien estúpidos é incapaces de un modo lastimoso. Pero, en muchos casos, el «degenerado superior» de Magnan posee un talento particular muy desarrollado, aunque á expensas de las otras facultades, agostadas en todo ó en parte. Esto permite al hombre competente en la materia distinguir á primera vista al genio sano del degenerado alta y aun altísimamente bien dotado...

La falta de armonía, de equilibrio, el lado singularmente inútil y hasta no satisfactorio de la facultad que es preciso admitir de hecho en el degenerado de genio, saltan á la vista de todo observador sano que no se deja llevar de la ruidosa admiración de críticos también degenerados, y le permitirán siempre no confundir al semiloco con el hombre sano excepcional que abre nuevos senderos á la humanidad y la conduce á mayores progresos. No soy del parecer de Lombroso, al afirmar éste que los degenerados de genio constituyen una fuerza propulsora del progreso humano. Seducen y deslumbran; por desgracia, ejercen también profunda influencia, pero siempre nefasta. Si no se advierte en seguida, aparece así más tarde. También dirigen á la humanidad, por sendas propias encontradas por ellos mismos, hacia metas nuevas; pero esas metas son abismos ó desiertos. Son guías entre los pantanos como los fuegos fatuos, ó para perdición como el cazador de ratas de Hameln. Y, en otro pasaje (tomo II, pág. 162), digo: «El arte es el único resplandor, por tenue é inseguro que sea, que surge entre las tinieblas de lo futuro y nos da por lo menos una noción, vaga como un ensueño, de los contornos y dirección de nuestros progresos ulteriores... El ideal es... la idea formadora de un futuro desarrollo orgánico con la mira de mejor adaptación. En los individuos más perfectos de la especie nace más pronto y con más claridad que en el común de las gentes; y el artista, con mano insegura, intenta hacerlo sensible con la obra de arte mucho antes de que la especie

pueda realizarlo orgánicamente. Por eso el arte concede el más delicado y alto conocimiento, lindante con lo maravilloso: el de lo venidero... Este arte de presentimiento es, de seguro, la más elevada actividad intelectual del ser humano. Pero no es el arte de los catedráticos de estética. Es el arte más moral, porque es el más ideal: palabra que significa sencillamente que es paralelo á las vías de perfeccionamiento de la especie, y hasta se identifica con ellas.»

¿Está bastante preciso? ¿Es lo suficiente claro? ¿Resulta marcada con energía la diferencia entre el genio sano y el falso genio enfermo, «neurósico»?

Siempre me ha podido y me ha indignado el descoco con que los dementes y sus caudatarios se aplican el glorioso calificativo de «genio», y por eso, siempre que se presenta ocasión, insisto acerca de la diferencia entre el genio verdadero y la chifladura que imita simiescamente los aires del genio.

Desde la publicación de mi obra *Degeneración,* he vuelto á hacerlo así en un prefacio que el Sr. A. G. Bianchi me rogó que escribiese para la segunda edición de su interesante estudio *La Patologia del genio e gli scienziati italiani* (primera edición, Milán, 1892, editor Max Kantorowicz). Como se trata de un trabajo inédito, pido permiso para trasladar aquí algunos pasajes algo extensos:

«La tesis de Lombroso de que el genio es una forma de la epilepsia, y por consiguiente siempre patológica y degenerativa, la creo un error que tiene por punto de partida sobre todo una aplicación tradicional pero inexacta de la palabra «genio». Se llama profeta á un imbécil extático cualquiera, se acude á él mucho más que al legislador y al instructor del pueblo; y ese «artista» se ve colocado muy por encima del investigador y del inventor, por la forma más asquerosa de la pedantería ramplona, el *snobismo* estetizador...»

«En todos los pueblos bárbaros se mira á los locos é idiotas con una especie de religioso temor, como personajes sobrenaturales. Resto de esa superstición primitiva es el que á espí-

ritus enfermos, cuya condición patológica se manifieste por una actividad sedicente «artística», se les aplique el calificativo de «genio» que sirve también para designar á los inventores de verdades nuevas y á los iniciadores que hacen avanzar el humano conocimiento. Los falsos genios artísticos, se los cedo á Lombroso: en general, son casos patológicos, son unos degenerados, y su enfermedad puede asimilarse á la epilepsia. Pero los genios que lo son en realidad, y no se les llama así por abuso de lenguaje, ciertamente que no son enfermos ni degenerados...»

«El genio es evolutivo. Es la primera aparición en un individuo de funciones nuevas y sin duda también de nuevos tejidos en el cerebro, destinados á llegar á ser después típicos para la especie entera. Pues bien; ¿dónde hay ejemplo de que una neoplasia patológica sea evolutiva?... Dos fenómenos caracterizan al acceso epiléptico, ya aparezca en la esfera motriz, ó ya en la de la ideación; su carácter de explosión súbita, y el profundo agotamiento consecutivo y que puede interpretarse como una parálisis temporal del centro sobreexcitado. Pues bien; ¿se han visto jamás esos dos fenómenos en un genio auténtico, en un Arquímedes, un Copérnico, un Galileo, un Spinoza, Newton, Volta, Darwin, Maxwell? Consiste en que su genio no es la fatiga fugaz de un centro sobreexcitado enfermizamente, sino la función continua é igual de un órgano extraordinariamente desarrollado. Por eso, las manifestaciones de su genio no van seguidas de parálisis y estupor, sino, á lo sumo, del cansancio fisiológico que por necesidad sobreviene después de cada esfuerzo orgánico...»

»Admito que también el genio auténtico está expuesto con bastante frecuencia á trastornos cerebrales. Pero esto no prueba de ningún modo que el genio sea *a priori* una psicosis; sino tan sólo que cuando una neoformación evolutiva, una diferenciación superior se presenta por primera vez como adquisición individual, es más susceptible y menos resistente que un órgano robusto y fortalecido por la herencia y una larga

selección. La locura del genio auténtico es un fenómeno de agotamiento posterior, no una condición previa. Sabemos que muchos atletas padecen y mueren de hipertrofia y esteatosis (degeneración grasienta) del corazón: es la enfermedad profesional de los campeones del *sport* y de los gimnasiarcas. Sin embargo, ¿no se me reirían en mi cara si dijese yo: «El atletismo es una forma de la cardiopatía?»

Quedamos, pues, en que existen: el verdadero genio evolutivo, que de ningún modo es una psicosis ó una neurosis, pero al cual exponen su delicadeza y su fragilidad á la enajenación mental; y el falso genio, que parece original porque es absurdo, y fascina á los degenerados é histéricos por completo faltos de juicio. Siempre he alzado la voz contra la confusión de estos dos órdenes de fenómenos, y el Sr. Hansson no hace más que repetir mis argumentos.

El lector habrá notado que el Sr. Ola Hansson prodiga las alusiones á Bouvard y Pécuchet. Da la pícara casualidad que hasta esa comparación la ha tomado también de mí, que la he empleado varias veces en mi obra *Degeneración*: «Parécese á Bouvard y Pécuchet, los dos idiotas de Flaubert que, ignorantes á carta cabal... hojean sin cesar un gran número de libros, se imaginan haber adquirido así un saber positivo, en lo cual se engañan... cometen, naturalmente, un montón de colosales sandeces unas tras otras, y luego se creen autorizados para insultar á la ciencia... Al pintar así Flaubert á Bouvard y Pécuchet, se vengaba de lo necio de sus propias tentativas para conquistar la ciencia, como un oficialete conquista á una cantante de café», etc. (tomo I, pág. 288). «En Bouvard y Pécuchet ha creado Flaubert las figuras de dos imbéciles que con una candidez inconsciente se asoman á las ventanas de todas las artes y ciencias, y creen adquirirlas al recorrer con unos ojazos estúpidos el primer libro acerca de la materia que se les viene á las manos.» Y más adelante: «el degenerado es un observador de la especie de Bouvard y Pécuchet», etc.

Como se ve, esto es un método. El Sr. Ola Hansson se apo-

dera primero de mi idea y se esfuerza después por machucarme con ella. No le asimilaré á Bouvard y Pécuchet. Los pobres hombres de Flaubert tuvieron á la postre un relámpago de sentido común. Después de todas sus majaderías, renuncian á ambiciones que nada justifica, y vuelven á sus bienaventurados raspadores y polvos de sandaraca. Y con eso se rehabilitan...

LICENCIADO PERO PÉREZ.

(Continuará.)

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

CONTINUACION

¿Quién podía explotar las fuentes más inmediatamente que D. Juan Manuel, que en trato múltiple con los árabes españoles y conocedor perfecto de su idioma, podía conocer la forma y el espíritu del Oriente por intuición viva (1)?

(1) Esta relación del *Conde Lucanor* con la literatura europea en general, y su significativa posición en la de España en particular, la ha puesto de relieve mejor que nadie Lemcke en su ya citado ensayo acerca de la traducción de Puibusque. Según lo que él ha puesto en claro «el apólogo indio, en su viaje á Occidente, arribó primeramente á España», y, sin duda alguna, «tenemos en el *Conde Lucanor* un mediador *directo* entre el espíritu oriental y el occidental, sobre todo un término medio entre la serie de colecciones de apólogos del Oriente y la de los del Occidente, término medio que sobrepuja con mucho á sus predecesores por la originalidad y libertad del modo de tratar su asunto». Hace también notar que es esencial el considerar todos los ejemplos dados como apólogos en el *Conde Lucanor* como «ejemplos que ilustran una moraleja», y tener en cuenta la relación del que enseña con el instruído, relación característica que en él se conserva aún en toda pureza, al paso que más tarde (v. gr.. en las literaturas francesa é italiana), se introduce la separación del relato (novelle) y de la moral (fábula ó apólogo en sentido propio). Añade también: «Este proceso (el de separación) fué más lento en España. Pues precisamente aquella dirección didáctica del espíritu oriental, como producto de la cual hay que considerar el apólogo, habíase comunicado á los españoles por su largo y próximo trato con los árabes más perfectamente que á los habitantes de otro país cualquiera, dirección que forma desde los tiempos de Alfonso X, hasta acabarse el siglo xv, un rasgo sobresaliente del arte poético español, y que se muestra, no sólo en un número relativamente grande de poemas didácticos, sino también en la invasión una tendencia dogmática en todos los demás géneros de literatura. En consonancia con esto vemos el cuento ó narración, que entra por primera vez en la literatura española con el *Conde Lucanor*, aparecer bajo el vestido del legítimo apólogo, que no conoce

Que esta no es una suposición meramente plausible, lo prueba, aparte de la forma, el asunto de los relatos, una gran parte de los cuales se deriva inmediatamente de las leyendas moras (1), ó de los escritos de los orientales (2). Pero, no sólo

---

diferencia alguna de materia, en la fábula de animales, anécdotas, chistes, etc., y que no es más que un medio enderezado al fin de la enseñanza.

El docto marqués de Pidal cita en su introducción al «Cancionero de Baena» (p. LXXI), otra colección de apólogos, originarios del Oriente y en lengua española, que coloca, si no antes, por lo menos en la misma época que el *Conde Lucanor;* y puesto que me es completamente desconocido el libro, voy á transcribir la noticia que de él da el marqués:

«El libro llamado «Bocados d'oro, el qual hizo el Bonium Rey de Persia.» Tal es el título completo de este singularísimo libro, que viene á ser un extracto de la doctrina de los sabios antiguos del Oriente, contenido en la narración de lo que sucedió al Bonium cuando fué á la India «por buscar la sapiencia». El traductor ó compilador del libro, en su forma actual, era ciertamente cristiano, como se ve en la invocación á Jesucristo y á la Virgen que está al principio; pero en todo el resto de la obra ni una sola vez se mientan los dogmas cristianos ni se alude á ellos. Su lenguaje es como del siglo XIII ó XIV. Se conocen hasta cuatro ediciones: Salamanca, 1499; Toledo, 1510; Valladolid, 1522 y 1527 *(a)*.»

Y en la nota que sigue al «Cancionero de Baena» (l. c., pág. 701) se halla la noticia de que la Biblioteca nacional de Madrid contiene una traducción española en un manuscrito que procede del siglo XV, de la *Historia septem sapientium,* bajo el título de:

«Novella que Diego de Cañizares, de latín en romance declaró y trasladó de un libro llamado *Scala Cœli.*» Con la nota: «Es la historia vulgar intitulada *De los siete sabios de Roma (b).*»

(1) Por ejemplo, capítulos 1, 11, 14, 19, 39 y 45.

(2) De éstos cito, además de las fábulas, algunos cuyas fuentes puedo determinar, como: Cap. 7 (comp. Benfey en los Göting. Anz. 1857, página 318); cap. 13 (comp. «Las Mil y una noches», historia de Scheich-Schahabedin, según los siete sabios maestros turcos, y la relación con las visiones indias, en Benfey); cap. 24 (comp. igualmente, pág. 145 y siguientes del *Jardinero, su hijo y el asno,* según los siete sabios maestros turcos); cap. 29 (comp. lo mismo, parte 4.ª, *Historia de los cinco her-*

(*a*) Aunque el *Bonium* contenga algún apólogo (especialmente el del prólogo que en el fondo es idéntico al de *Calila y Dina*), no es propiamente colección de apólogos sino de sentencias y máximas morales.

(*b*) Esta versión del *Libro de los Siete Sabios* ha sido publicada recientemente por el Sr. Paz y Melia en el tomo de *Opúsculos literarios de los siglos XV y XVI* impresa por la Sociedad de Bibliófilos Españoles.—(M. M. y P.)

en cuanto á la materia y la forma, sino también en cuanto al estilo y la construcción sintáctica está formado el *Conde Lucanor* sobre los escritos de los árabes, según el juicio del docto Conde (1). Por otra parte, hay en este libro muchos relatos que se hallan ya en poemas más antiguos ó coetáneos del Occidente, y que demuestran existir una fuente común. Varios pasaron inmediatamente de ellas á las posteriores obras occidentales de esa clase (2). Forma, pues, el término medio

---

manos del barbero; y «Calila et Dimna...», publ. por Silvestre de Sacy: París, 1816, 4.°, *chap. X, le Moine et la Belette*, páginas 216 y 219 del texto arábigo. También los modelos de la famosa fábula de Lafontaine *La laitière et le Pot au lait);* cap. 37 (comp. *Cardonne, Mélanges de lit. orient.*, t. I, pág. 78 y siguientes, según el árabe de Ahmed Ben Arabschah; y «Petrus Alfonsi, *Disciplina clericalis*, ed. F. W. V. Schmidt.» Berlín, 1827, 4.° núm. 2.° y 3.°, juntamente con las notables notas del docto editor); cap. 40 (comp. Cardonne, l. c., pág. 68, según Ibn Arabschah, y la crítica de Schmidt de la *historia de la ficción*, de Dunlop en el «Wien Irab, t. XXVI, pág. 41); cap. 46 (comp. de la nota de Schmidt á la *Disciplina clericalis*, XIX, pág. 141-142). Es muy verosímil sea este mismo el origen de muchos otros.

(1) *Historia de la dominación de los árabes en España*, t. I. Prólogo, pág. 20. Compárense también sobre los pasajes arábigos del *Conde Lucanor: Athenaeum français,* 1853, núm. 29, pág. 457. Véase también el notable juicio de D. Eustaquio Fernández de Navarrete en su «Bosquejo histórico sobre la novela española», que precede al t. XXXIII de la «Biblioteca de autores españoles», «Novelistas posteriores á Cervantes» (p. XXI).

(2) Comp., por ejemplo, cap. 7 con el Papa Amys de Stricker (en el *Koloczaer Codex,* poema en antiguo alemán, Perth, 1817), versos 509 804; cap. 29, fuera de las imitaciones citadas por Liebrecht, pág. 502, la aún por nadie mencionada «Farsa de Mofina Mendez» de Gil Vicente (Obras, Hamburgo, 1834, t. I, pág. 115); cap. 48 (la misma relación se halla también en el antiguo poema alemán: *Salomón* y *Morolf,* en Hagen y Büsching *Deutsche Ged. des Mittelalters*, parte I, pág. 55-56, versos 917-1008, pág. 95. Tal vez lo sacó nuestro español de la misma fuente, que: «La vida y fábulas del clarísimo y sabio fabulador Ysopo», etc. Anvers, en casa de Juan Steelsio, S. A. 12.°, *fábulas colectas del diablo y de la mala vieja,* XVII, fol. 128, v.° (una redacción semejante, como la de nuestro Stainhöw, de las colecciones de fábulas latinas, que bajo el nombre de Esopo eran tan gustadas en la Edad Media, en las que, como supone muy bien Schmidt en su edición de la *Disciplina Clericalis*, se tomaron muchos relatos de Petrus Alfonsi. En la precitada edición se halla también,

entre los orientales y los occidentales, y puede, por lo tanto, pretender un significativo lugar en la historia de la literatura general. Pasó por alto los grandes merecimientos en lo referente al cultivo del idioma castellano de D. Juan Manuel, cuyo *Conde Lucanor* han considerado hombres como Argote de Molina, Capmany y otros, una de las más excelentes obras de aquel tiempo, en lo que dice relación á la pureza y elegancia de la lengua. Debo dejar para otro el que le prodigue la merecida alabanza de que si ha imitado, ha sido mejorando siempre, puesto que me llevaría demasiado lejos en las particularidades el asentar este juicio; pero he de añadir dos palabras sobre él, como poeta en verso, en parte por no dejar pasar inadvertida una contribución tan notable á la historia de la métrica española, y en parte para rectificar un error que se ha escapado á Bouterwek y á sus traductores, así como á la mayor parte de los demás literatos, incluso los españoles. Los poemas de este príncipe (el libro de los *Cantares*), que en tiempo de Argote de Molina se conservaban todavía manuscritos en el claustro de Peñafiel, desgraciadamente se han perdido desde entonces, lo cual es tanto más de sentir, cuanto que, como ha notado muy bien Bouterwek, puede deducirse de unas palabras de Argote de Molina (1), que quería editar los poemas,

---

bajo el título de «Exemplario», una imitación española de las fábulas de Bidpai *(a)*. Comp. también *Fables inédites des XII, XIII et XIV, siècles...* por Robert. París, 1825, 8.°, t. I, pág. CLIX y CCVII), y con Herolt (Discípulus), *Sermo* 96 *de tempore, etc.,, vide Liebrecht*, lugar citado. Que el drama de Calderón *El Conde Lucanor* haya sido derivado, aparte del nombre, en cuanto su asunto, de la obra de Juan Manuel, ha sido probado por el barón de Münch-Bellinghausen *(Ueber die älteren Sammlungen Ipan, Dramen.* Wien, 1852, 4.°, pág. 82.

(1) En el precioso apéndice á su edición del *Conde Lucanor* (Discurso

(*a*) Esta se hizo sobre la latina de Juan de Cápua en el siglo XV. Hay otra del siglo XIII, mandada hacer por Alfonso el Sabio (siendo infante) de la versión árabe de Abdallah ben Mocaffa, conservando el título de *Calila y Dina*. Ha sido publicada por D. Pascual de Gayangos en los *Escritores en prosa anteriores al siglo XV* (*Biblioteca de Rivadeneyra.*— (M. M. y P.)

que éstos estaban compuestos, no sólo en alejandrinos, sino también en diferentes clases de versos cortos, y, por tanto, hubieran proporcionado, de seguro, muy interesantes conclu-siones acerca de la lírica y la métrica castellanas de aquel tiempo. Así es que en este respecto tenemos que atenernos tan sólo á las *sentencias versificadas* que se hallan en el *Conde Lucanor* como único resto conservado de los versos salidos de la pluma de este príncipe. Después de todo, ¡bien pobre compensación!, pues constan la mayor parte solamente de dos, y á lo sumo de cuatro versos; pero aun así nos procuran, conexionados con la precitada suposición, un resultado para la historia de la métrica española que no deja de tener importancia, es á saber: que ya á mediados del siglo XIV, los poetas artísticos castellanos se ensayaban, á pesar del uso dominante de los alejandrinos, en diferentes medidas de versos cortos, no sin probable influjo de la poesía popular sobre la erudita, y preparando la segunda época, preferentemente lírica, del arte poético castellano (1).

He llamado á estas sentencias los únicos restos auténticos

---

sobre la Poesía Castellana contenida en este libro. Madrid, 1642, pág. 127 y siguientes), dice acerca de esto: «... en el libro que D. Juan Manuel escribió en Coplas y Rimas de aquel tiempo...»

(1) Estas sentencias están compuestas, además de en alejandrinos, en versos de diez sílabas («á la manera de los Lemosis», como el marqués de Santillana llama á este género de verso imitado de los provenzales), y de doce (versos de arte mayor), y en redondillas, (Comp. Argote de Molina, l. c., y Martínez de la Rosa, *Obras lit.* t. I, páginas 166-167.) El uso de estos últimos, versificación propiamente popular y la formación de esas sentencias, análoga á la de los refranes que corrían en boca del pueblo (por esto dice Sánchez, l. c., t. IV, prólogo, pág. XI, «apenas pueden llamarse poesías sino sentencias rimadas á la manera de refranes»), prueban de modo inegable el influjo de la poesía popular sobre los poetas artísticos, y dan una notable corroboración á lo sentado por Sarmiento y un crítico español más moderno, que quieren haber descubierto en los refranes el origen de la métrica española. (V. Sarmiento, l. c., páginas 171-178 *y passim*; y «Ocios de Españoles emigrados», t. IV, páginas 208-219.) Otra gran pérdida para la historia del arte poética española es la poética atribuida al infante: *Arte de trovar.*

llegados hasta nosotros de los poemas del infante don Juan Manuel, pues la mayor parte de los romances y poemas del «Cancionero general» y del «Cancionero de romances», atribuidos á él por Bouterwek y la mayoría de los demás literatos, aun los españoles, no son de este príncipe, sino, como ya lo muestra el lenguaje, de un poeta portugués del último cuarto del siglo XV, llamado igualmente D. Juan Manuel, y procedente también de sangre real (1).

Se puede por lo tanto tomar á falta de documentos, como una suposición muy verosímil el afirmar que el autor del *Conde Lucanor* ejerciera un considerable influjo sobre la formación de la poesía artística lírica y contribuyera inmediatamente á su desarrollo propio como poesía cortesana bajo el gobierno del rey Juan II (2).

En parte nos compensa de la pérdida de los poemas del in-

(1) Véase acerca de este último á Barbosa Machado: Bibliotheca Lusitana, Lisboa, 1747, en folio, vol. II, pág. 688, y Ferreras, «*Hist. générale d'Espagne, trad. par d'Hermilly*, París, 1751, 4, tom. VIII, páginas 182, 191-192 y 199;—compárese también Bohl de Faber, «Floresta de rimas antiguas castellanas» tom. I, pág. 1, la nota alemana; Bellermann, lugar citado, página 40; Ticknor, I, pág. 56; y José María da Costa e Silva «Ensaio biographico-critico sobre os melhores poetas portuguezes». Lisboa, 1850, 8. Tomo I, páginas 176-184.—Hasta el docto Clemencín, en su excelente Memoria acerca de la reina Isabel y su época, mezcla á este poeta con un posterior D. Juan Manuel, el conocido favorito de Felipe I de Castilla y archiduque de Austria. (V. «Memorias de la Real Academia de la Historia», tomo VI, pág. 404.) Cuán tempranamente se verificaron confusiones y mezcolanzas de esta clase y cuánto más difícil es, por lo tanto, que se guarden de tales errores los que vienen después, se prueba, v. gr., por el romance citado por Bouterwek y atribuido erróneamente al infante D. Juan Manuel, que es del poeta portugués ya mencionado (en Böhl de Faber, l. c., N. 131) y que ya en el año 1516 fué incluido equivocadamente en la colección de poesías de Juan de la Encina. (Cancionero de J. del Enzina. Zaragoza, 1516, en folio, hoja XCI v.°, con otro romance; pero ni uno ni otro se hallan en la edición más antigua: Salamanca, 1509 en folio) lo cual ha inducido á error á un crítico tan erudito y circunspecto como Martínez de la Rosa (l. c., tom. I, pág. 203.)

(2) Mendíbil y Silvela, l. c., tom. III. Discurso preliminar, páginas XXXVI-XXXVII.

fante D. Juan Manuel la posesión de la obra de un coetaneo suyo, poeta que puede comparársele en más de un respecto por la dirección, la forma y el contenido de su labor, y de cuya conservacion y conocimiento debemos dar las gracias al infatigable celo del excelente Sánchez. Este hombre altamente notable se llamaba *Juan Ruiz*, más conocido bajo el nombre del *arcipreste de Hita* (*Joan Rois*, *arcipreste de Fita*, como él se llama á sí mismo). Lo poco que acerca de las circunstancias de su vida nos pudo decir el erudito Sánchez se limita á que nació probablemente en Guadalajara ó en Alcalá de Henares, hacia el principio del siglo XIV, que era ya arcipreste en el pueblo de Hita (á cinco leguas de Guadalajara) cuando por mandato del cardenal D. Gil de Albornoz, entonces arzobispo de Toledo, fué apresado en esta ciudad, entre 1337 y 1350, por calumnias y falsos testimonios, por lo menos él así lo afirma, y que durante el tiempo de su prisión, lo mismo que Cervantes, compuso sus poemas (1343, era de 1381, según el manuscrito de Salamanca), y que murió tal vez en el año 1351 (1). Así es que la literatura española debe agradecer á la misma casualidad que dió ocasión á que se compu-

(1) La obra de este poeta llena todo el cuarto tomo de la tan á menudo citada colección de Sánchez *(Poesías del Arcipreste de Hita)*, que hizo su edición sobre tres manuscritos, que por desgracia no las contenían completas, y, lo que es más de lamentar, suprimió el editor, por excesiva escrupulosidad, una poesía entera y varios pasajes, según él mismo, «no los menos festivos é ingeniosos *(a)*.» He dado en el texto el año de la composición conforme á la opinión de Sánchez, que sigue en esto al manuscrito de Salamanca, fundamento en general de su edición; pero debo confesar que no estoy completamente convencido de sus razones, y mucho más cuando tengo por más exacta la indicación de los otros dos manuscritos, manifiestamente más antiguos (Cod. de Toledo, del cual dan un facsímile los traductores españoles de Bouterwek, y Cod. de Gayoso) es, á saber, el año 1330, era de 1368.

(*a*) Estos pasajes (que publicó por primera vez D. José Amador de los Ríos en el tomo IV de su *Historia Crítica*) han sido incorporados en la nueva edición del Arcipreste dada por D. Florencio Janer en el tomo de *Poetas castellanos anteriores al siglo XV* de la Biblioteca de Ravadeneyra, siendo ésta la única ventaja que tal edición lleva á la de Sánchez. El Arcipreste no ha encontrado todavía un editor digno de su mérito, y en este punto es justísima la crítica de Wolf sobre la incuria de los españoles.—(M. M. y P.).

siera el incomparable *Don Quijote*, una obra no menos notable para su tiempo, afirmación que á muchos parecerá atrevida, y que creo poder ratificar aquí insertando un extracto completo, aunque lo más conciso posible, de las poesías del Arcipreste con una indicación de las fuentes de que se valió, según toda apariencia. Y esto tanto más cuanto que estas poesías forman manifiestamente un todo, aunque unido con poca coherencia, y sólo desde este punto adquieren su verdadero mérito, mérito que no les han concedido ni Bouterwek, que no llegó á conocer la edición completa de Sánchez y juzgaba tan sólo por los fragmentos dados en el extracto de Velázquez, ni muchos de los sucesores de Bouterwek, incluyendo entre ellos á sus traductores, los cuales se han contentado con repetir algunos pasajes de la introducción de Sánchez (1).

El arcipreste de Hita empieza su obra, según el espíritu de

(1) Se puede disculpar á Bouterwek, porque, según parece, no se hallaba entonces en la Biblioteca de Gottinga el cuarto tomo de la colección de Sánchez; pero en cuanto á su fiel repetidor Sismondi, que aquí se ha dejado llevar por su guía, ¿cómo es que confiesa que tuvo á mano la edición de Sánchez y procura salir del paso con un juicio nada acertado? —¡La verdad es que una obra como la de nuestro poeta, cuya comprensión en toda su integridad no es cosa de poco trabajo á causa de su lenguaje á menudo oscuro, de sus alusiones satíricas, de sus muchas imitaciones, intercalaciones y digresiones; una obra así, exige algo más que una simple «ojeada»!—Hay que vituperar también en los traductores españoles el descuido de una revisión total de este artículo.—Clarus, por el contrario, nos ha dado un análisis muy recomendable de la obra de Juan Ruíz.—En un periódico de Madrid de 1841, titulado *El Trovador Español*, se halla (páginas 17, 19 y 29) un artículo acerca del Arcipreste, en el cual, junto á un retrato (de fantasía) suyo, hecho en madera según un dibujo á la pluma del manuscrito de Toledo, tenemos una noticia biográfica acerca de él, algunas observaciones de Sarmiento (según sus escritos póstumos) sobre los manuscritos que éste vió, y la promesa de proporcionarnos algunos trozos impresos. Pero ni las noticias contienen nada de nuevo ni cumplieron su promesa, pues el único poema que dieron á luz no fué más que una leción mala de la «*Cántica de Serrana*», impresa por primera vez la edición de Sánchez (coplas 933-945).—Es cosa que no admite disculpa el que los españoles no hayan preparado en tanto tiempo ninguna edición completa y crítica de uno de sus poetas más geniales.

la Edad Media, con una oración á Dios, á Jesucristo y á la Virgen María, en que les pide le liberten del triste estado, es, á saber, de la prisión en que le han puesto sus malos calumniadores (*mezcladores*). Este poema está en estrofas de alejandrinos de cuatro versos, unidos por la misma rima, de los que se sirve en general en la mayoria de las partes narrativas y didácticas de su obra, según la costumbre de los poetas artísticos españoles de entonces, de manera que, si no indico expresamente que se trata de otro género de verso, debe entenderse siempre éste.

Sigue á esa invocación un prólogo en prosa, en el cual procura preservar su obra de toda mala inteligencia, manifestando su *intento*, para que no se fijen sólo en el sentido de las palabras y en la forma aparentemente seductora y perniciosa. Dice que compuso «este nuevo libro» para que, leyéndolo y oyéndolo, «homen ó mujer de buen entendimiento, que se quiera salvar, descogerá, et obrar lo ha: et podrá decir con el psalmista: *Viam veritatis*,» etc.

Acerca de la forma métrica que emplea, como fin secundario de esta obra, se expresa de esta manera: «Et compóselo (este libro) otrosí á dar algunas lecciones, é muestra de versificar, et rimar, et de trovar; con trovas et notas, et rimas, et decades, et versos, que fis complidamente segund que esta ciencia requiere.»

En los poemas introductorios que siguen á este, vuelve á invocar de Dios ayuda, para poder acabar un «libro de buen amor», que sirve de agrado y enseñanza, y hacerlo en forma métrica y en rima, para ser así oído con más gusto:

«Et porque mejor de todos sea escuchado,
Fablarvos he por trobas e cuento rimado.»

Luego, en algunas comparaciones bien escogidas, expresa su deseo de que no se juzgue su libro meramente por su burlesca exterioridad («non es libro necio de devaneo»), sino que se penetre el sentido profundo que hay bajo ella. Y como con-

sidera á la Virgen María principio y raiz de todo bien, quiere cantarla antes de todo. Siguen dos poemas sobre los siete gozos de la Madre de Dios, el primero con una *cabeza* en estrofas de cuatro versos de cuatro sílabas cada uno, y estrofas también de cuatro versos, estos octosílabos; el segundo en estrofas de seis líneas, en las cuales viene siempre tras dos versos octosílabos, un pie quebrado (de cuatro sílabas); ambos notables por la artística disposición de la rima.

Vuelve ahora á su precedente tema, prosiguiendo así su prólogo poético:

«Palabras son de sabio, e dixolo Caton
Que homen a sus coidados, que tiene en corazon,
Entreponga plaseres e alegre la razon,
Que la mucha tristeza mucho coidado pon.
Et porque de buen seso puede homen reir,
Habré algunas burlas aquí a enxerir:
Cada que oyerde, non querades comedir,
Salvo en la manera del trovar et del dezir.»

De otro modo le podía suceder con sus lectores lo que al doctor griego con el vagabundo romano (copla 36-53, burla contada con mucho gracejo, según una fuente que desconozco, pero que sospecho sea medio latina) (1). Concierne, ante todo, al lector, el hallar el recto sentido; á todos habla el escrito, pero sólo los avisados sabrán interpretarlo bien.

Viene ahora al objeto propio de su obra:

Como dise Aristóteles, cosa es verdadera,
El mundo por dos cosas trabaja: la primera,
Por aver mantenencia; la otra cosa era
Por aver juntamiento con fembra plasentera.

y añade ingenuamente (2) esta cláusula:

(1) Por lo menos habla en favor de esta sospecha el que se halle la misma burla en *Burla y Serio*, de Pauli (Frankfurt a M. 1894. *Von Keysern und weltlichen Regimenten*. Hoja 28 v.° Disputa un necio). Comp. Wiener Modezeitung, 1835, 1 Diciembre, y otro semejante en Rabelais. Vid. Puibusque, *Hist. comparée des litt. esp. et franç.*, I, páginas 87-88.

(2) Aquí la *ingenuidad* no es del Arcipreste, sino de Wolf, algo candoroso á fuer de buen alemán.—(M. M. y P.).

Si lo dixiese de mio, serie de culpar,
Diselo grand filosofo, no so yo de rebtar.»

Que el filósofo dijo la verdad, lo vemos en el ejemplo de todos los animales, más aún en el del hombre, que lo mismo que aquéllos sirve irregularmente al instinto genésico y da su mejor tiempo al loco amor, esto es, á la simple concupiscencia de los sentidos, pues el instinto es más fuerte que la razón.

«Et yo como soy omen como otro pecador,
Ove de las mugeres á veses grand amor,
Probar omen las cosas non es por ende peor,
E saber bien, é mal, é usar lo mejor.»

Después de esto, el poeta, para mostrar igualmente en los desvaríos de la propia novela de su vida el conocimiento del amor loco y el del verdadero, empieza el relato de las aventurss de su vida (de cómo el arcipreste fué enamorado), efectivas algunas, pero, en parte, según confesión del arcipreste mismo, inventadas.

«Así fué que un tiempo una duenna me priso
De su amor non fuí en ese tiempo repiso,
Siempre avia della buena fabla, é buen riso,
Nunca al fiso por mí, ni creo que faser quiso.»

Esto no le bastaba, y como no podía verla ni hablarla un momento sin testigos, pues

«Mucho de omen se guardan allí (las dueñas) do ella mora
Mas mucho que non guardan los Judios la Tora»,

acude al recurso de una *mensajera*, para por este medio enviar á aquélla una *cantiga* (1). Pero hay una palabra muy verdadera que dice: «que la duenna compuesta, si non quier el manda-

(1) Es un rasgo de la historia de las costumbres de aquel tiempo que no se debe dejar pasar por alto, el que casi todas las pretensiones amorosas se manifestaban por el envío de canciones compuestas al efecto. De ordinario se dice: «Enviel esta cantiga que es deyuso puesta»; pero, por desgracia, se nos han conservado pocas de ellas en el manuscrito, pues faltan las más: es de creer que los copistas, avaros de espacio, no creían que merecieran el trabajo de ser copiadas semejantes pequeñeces, insignificantes

do, non da buena respuesta». La bella contesta á la mensajera que con ella son trabajo perdido todas sus artes persuasorias, que se ha hecho prudente y se previene de sus engaños por el mal que ha visto se han atraído otras, y le cuenta la fábula de la zorra, que, animada por el ejemplo del lobo, supo repartir mejor el toro muerto con el león doliente y flaco (1).

Entre tanto, entremetidos calumniadores le han hecho sospechoso á la dama, y cuando ésta llega á conocer su pretensión, la rechaza por completo. Sin embargo, le deja que haga sobre ello «algún triste dictado»; lo hace, y ella, como él se jacta, canta no sin dolor:

«Más que yo podría ser dello trovador.»

Maldice á los calumniadores, que le atribuyeron jactancias indiscretas, por lo cual recelaban con desconfianza de la sinceridad de sus pretensiones, y por ello, irritado contra aquéllos, decía á su mensajera:

«... Quando quier casar ome con duenna onrada,
Promete e manda mucho; desque la ha cobrada,
De quanto le prometió, o le da poco, ó nada.»

Lo cual le explica á ella, que era «mucho letrada», por una «fabla compuesta de Isopete (Esopo)», sacada «de la tierra parturienta, que parió al cabo un ratón (2)». El resultado de esta

---

á sus ojos, y sólo hacían excepción en favor de cantos de contenido *religioso*, escogiendo entre los demás, á lo sumo, algunos, según su gusto. ¡Cuánto no ha perdido por esto la historia de la lírica y la métrica españolas!

(1) Impreso en la *Floresta* de Faber, tomo II, núm. 442.—Véase la fuente original en *Aesopus-Corai* (Μύθων Αἰσωπείων Συναγωγή, París, 1810, § 8), fab. 38: Λέων, καὶ ὄνος καὶ ἀλώπηξ.—Comp. el modelo más próximo en Legrand, *Fabliaux*, etc..., 3ème éd., París, 1829, 8. Tomo IV, *Fables de Marie de France*, pág. 360 (no se halla entre las fábulas de esta poetisa editadas por Roquefort), y Reinardus, 10, en Jac. Grimm, *Reinhart Fuchs* (Berlín, 1834, 8, pág. LXXVI).—Nuestro poeta llama siempre á sus fábulas «Enxiemplo», lo mismo que los poetas españoles de la Edad Media, v. gr.: B. Boner ó Stricker, «Bispel».

(2) Véase Fedro, lib. IV, fab. XXII; *Mons parturiens*.—Nuestro español se

primera pretensión fueron, como se ha dicho, unas calabazas. El poeta procura consolarse con una sentencia de Salomón, que todo es vanidad, excepto el amor de Dios; y la mayor locura un trabajo sin éxito. Así es que él, ni de ésta ni de otra mujer honrada habla mal, lo cual sería una gran grosería, puesto que una mujer buena y hermosa es *el más alto bien de la tierra y la mayor delicia*. Porque si la mujer fuera algo malo, no se la hubiera dado Dios al hombre por compañera ni la hubiera creado tan noble, ni el amor tendría tanto encanto para que todo le preste pleito homenaje:

«Por santo nin santa que seya, non sé quien
Non codicie compaña, si solo se mantien.»

Como él se hallaba en este último caso, dirige su mirada á otra, menos inaccesible («puse el ojo en otra non santa»). Pero tampoco con ésta consigue su propósito; pues un falso amigo, de quien se sirve como de medianero de amor, aprovecha la ocasión para sí:

«El comió la vianda, é á mí fiso rumiar.»

El poeta se venga con una poesía burlesca *(trova cazurra)* de este falso medianero. («De lo que contesció al arcipreste con Fernand García, su mensajero.») Esta poesía burlesca consta de una *cabeza* de dos líneas y cinco estrofas de cinco, todas ellas de versos octosílabos; los primeros tres versos de cada estrofa están unidos con rimas *femeninas* ó llanas, pero el cuarto acaba con la rima *masculina* ó aguda de los dos versos de la *cabeza*. Parece haber sido compuesto en tono popular (1).

---

refiere aquí, según todas las probabilidades, á una de aquellas compilaciones de fábulas esópicas, corrientes en la Edad Media, que él, lo mismo que los troveros, llama *Isopete* (los troveros *Isopet*). Quizá era su fuente inmediata una redacción francesa del Norte, puesto que, como tendré ocasión de mostrarlo más adelante, estaba muy enterado de las poesías de los franceses del Norte.

(1) Esta poesía burlesca contiene un juego de palabras, para mí ininte-

Estas dos desgraciadas intentonas debían haber hecho que se apartara de toda otra pretensión amorosa; solamente que los astrólogos dicen con razón que cada cual trae su sino determinado desde su nacimiento, contra el cual es inútil que se esfuerce. Como prueba de esto, invoca el ejemplo del rey moro Alacarás, que preguntó á cinco de los más eximios «sabios naturales», acerca de la suerte futura de su hijo recién nacido, y cada uno de ellos le anunció para éste una muerte de distinto género, sentencias que parecieron inconciliables y que, sin embargo, se cumplieron todas ellas al pie de la letra (coplas 119-129) (1). Pero no se le vaya á tachar de fatalista ó hereje por su fe en las sentencias de la astrología, pues procura defenderse contra tal reproche por una comparación ingeniosa, comparando á Dios con el Papa ó un rey, y á la suerte con sus leyes, de modo que aquéllos, á pesar de las inalterables sentencias de éstas, ejercitan el derecho de la gracia. Hace aplicación de esto á sí y su propia suerte, puesto que, prosigue, muchos han nacido bajo la estrella de Venus, y deben, por lo tanto, durante su vida, rendir homenaje al Amor, aun cuando trabajen mucho y sólo raras veces alcancen el anhelado premio:

«En este signo atal creo que yo nascí,
Siempre puñé en servir dueñas que conocí,
El bien que me fecieron, non lo desgradecí,
A muchas serví mucho, que nada acabescí,
Como quier que he probado mi signo ser atal

ligible, con el nombre «Cruz», acaso el de la bella. Habla de otro poema burlesco, no incluido en el manuscrito, acerca del mismo objeto:

«Del escolar goloso compañero de Cucaña
Fise esta otra trova, non vos sea extraña.»

La mención del *pays de Coquaigne*, invención de los *Fabliers*, es otra prueba de su conocimiento con estos poetas. (Véase la nota á los *Cuentos* de Schlauraffenland en los *Cuentos de niños* de Grimm, parte III, 3.ª nota, 1856, páginas 239-242.

(1) Me es desconocida la fuente, manifiestamente oriental, de este relato; acaso sea una leyenda popular mora.

En servir á las dueñas puñar é non en al;
Pero aunque ome non goste la pera del peral,
En estar á la sombra es placer comunal.»

Cuenta ahora los ventajosos efectos del amor, al cual sólo ha de echarle en cara una falta y descubrirla para gobierno de la verdad, aun á riesgo de perder con las mujeres, y es «que el amor siempre fabla mentiroso». Presenta la apariencia de verdad, pero es como una manzana hermosa y bien oliente, que tiene podrido el troncho. «Por vos descobrir esto, duenna, non haya pena, por las verdades se pierden los amigos, et por las non desir se fasen desamigos».

A pesar de estas hermosas máximas que sabe regalar á otros, vuelve nuestro poeta á enamorarse una vez más, pues nadie puede contra su estrella y, «como dise el Sabio», la costumbre es otra naturaleza. Describe las perfecciones y encantos de su nueva hermosa (otra vez: «una duena encerrada):

«Por amor desta dueña fis trovas é cantares
Sembré avena loca ribera de Enares;
Verdat es lo que disen los antiguos refrares
Quien el arenal siembra non trilla pegujares.»

Es despreciado de nuevo; porque ella no quiere que le compren su honra y la salud de su alma al precio de fútiles regalos y de canciones. Le sucede con ella lo que al ladrón de la fábula con el fiel perro de guardia, á quien intentó en vano sobornar y hacerle inofensivo por medio de pan envenenado (1). Entonces parécele más prudente retirarse, y se consuela con su estrella desgraciada:

(1) Vide Fedro: lib. I, fáb. XXIII: *Canis fidelis*.—Cuando, como aquí me refiero á algún fabulista de la antigüedad clásica como á fuente original, entiéndase bien que nuestro poeta no sacó su fábula inmediatamente de él, sino por medio de alguna versión ó arreglo en bajo latín ó francés septentrional; tan sólo cuando este medio se diferencie del original por algún rasgo característico que pase á la imitación, me referiré á éste juntamente con aquél.

«Ca segund vos he dicho, de tal venturo seo,
Que si lo fas mi signo, ó si mi mal aseo,
Nunca puedo acabtar lo medio que deseo,
Por esto á las vegadas con el amor peleo.
Direvos una pelea, que una noche me vino,
Pensando en mi ventura sannudo et non con vino:
Un omen grande, fermoso, mesurado á mi vino;
Yo le pregunté, quien era? dixo: Amor tu vesino.»

Viene precisamente á refrescar su ánimo; le llena de reproches é improperios, le echa en cara sus artificios, entre otros, el debilitar á los hombres y hasta perturbarles la fuerza física. («Siempre tiras la fuerza, díselo en fasañas»). Así es que se cuenta la historia de un muchacho joven, muy fuerte é indomable, que quería casarse nada menos que con *tres mujeres* cuando *una sola* era suficiente para domarle (coplas 179-186) (1).

«Los que te non probaron, en buen dia nascieron,
Folgaron sin coydado, nunca entristecieron,
Desque á ti faltaron, todos su bien perdieron,
Fueles como á las ranas, quando el rey pidieron (2).»

Y luego le dice:

«Bien ansi acaesce a todos tus contrallos,
Do son de ti sennores, tórnanse tus vasallos;
Tu despues nunca piensas si non por astragallos,
En cuerpos e en almas asi todos tragallos.
Querellanse de ti, mas non les vale nada,
Que tan presos los tienes en tu cadena doblada,

(1) Este chiste, contado con mucho gusto, es una imitación de los *fabliaus du Vallet aux douze fames*. (V. Barbazan, *Fabliaux... publ. par.* Meon. París, 1808, tomo III, pág. 148.) Pero nuestro poeta sobrepuja con mucho á su modelo en la ingenuidad del relato y en las circunstancias accesorias que lo acompañan, alteradas con éxito *(a)*.

(2) Véase Esopo-Coray, fáb. 167: Βάτραχοι.—Impreso en la *Floresta* de Faber, tomo II; núm. 436.

(a) En la *Filosofía Vulgar* de Juan de Malara se lee un notable cuento en octavas reales sobre el mismo argumento, compuesto por un poeta anónimo, que probablemente es el Licenciado Tamariz.—(M. M. y P.)

Que non pueden partirse de tu vida penada;
Responde á quien te llama, vete de mi posada.
.....
Quanto mas aqui estas, tanto mas me asanno
Mas fallo que te diga, veyendo quanto danno
Siempre de ti me vino, con tu sotil enganno,»

Pero como á pesar de todo esto, el amor sigue terco, el poeta sostiene su palabra de presentarle el registro completo de sus pecados; y ya desde el principio dice edificantemente:

«Contigo siempre traes los mortales pecados (1).»

Trata este tema, lo pone de relieve con ejemplos de la historia bíblica y de la profana y con fábulas, y aplica á su enemigo mortal «Don Amor» el concepto de todos los restantes pecados. En primer lugar, describe al jefe de estos vasallos del amor, la codicia, raíz de todos los males:

«De todos los pecados es rais la cobdicia,
Esta es tu fija mayor, tu mayordoma ambicia,
Esta es tu alferes, et tu casa-oficia...»

Lo representa por la fábula del perro con el pedazo de carne (2). Después va recorriendo uno por uno los demás; es á saber, los siete pecados capitales, que alistados bajo la bandera del amor le preparan las pobres víctimas de la batalla. Abre la marcha «Soberbia», y aquí intercala la fábula del corcel y del humilde asno de carga (3). Sigue «Avarisia» con la fábula del lobo y la grulla (4). «Luxuria», cuyo trastornador efecto muestra el poeta en el ejemplo de David y el del Virgilio mítico (5)

(1) Asunto favorito de los escritores de la Edad Media. Recuérdese, para no citar más que uno de los ejemplos más conocidos en los *Persones Tale* de Chaucer, *de septem peccatis mortalibus*.

(2) Véase Eropo-Coray, fáb. 209: Κύων κρέας φέρουσα.

(3) Véase Ibid. fáb. 58. Ὄνος κοῦ ἵππος; más cerca aún de Romulus Ulmensis, lib. III, fáb. 3; *Equus et Asinus* (en la edición de Fedro de Schwatbe y Gail), Paris, 1826, 8; tomo II, páginas 455-456.

(4) Véase Esopo-Coray, fáb. 144: Αύκος καῖ Γέρανος.

(5) Relata la conocida historia del Virgilio mítico con la dama roma-

y por la fábula del águila y el cazador (1); «Invidia» en que intercala la fábula del grajo con las plumas de pavo real (2); «Gula» con la fábula del león y del caballo (3); «Vanagloria» (ira) ocasión que le sirve para contar la fábula del león viejo y enfermo á quien maltratan todos los animales, incluso el asno, y que se mata por esto de odio y vergüenza (4); y final-

---

na. Comp. las leyendas y cuentos ingleses antiguos, según los viejos libros populares. Editado por W. C. Thom *(a)*. Nuestro español ha añadido algunas circunstancias accesorias, que, en cuanto yo conozco, no se hallan en ninguna otra versión de esta leyenda, y por lo tanto las pongo aquí:

Después desta desonra et de tanta vergueña,
Por faser su loxuria Vergilio en la dueña,
Descantó el fuego que ardiese en la leña,
Fiso otra maravilla quel omen nunca ensueña.
Todo el suelo del río de la cibdad de Roma
Tiberio, agual cabdal que muchas aguas toma,
Fisole suelo de cobre, reluse más que goma,
A dueñas tu loxuria desta guisa las doma.
Desque pecó con ella, sentiose escarnida,
Mandó faser escalera de torno enjerida
De navajas agudas, porque á la sobida
Que sobiese Vergilio, acabase su vida.
El sopo que era fecho por su escantamente
Nunca más fué á ella, sin la hobo talente.

En Español vuelve á verse esta leyenda: *Celestina*, acto 7 (edición de Madrid, 1822, 8 pág. 163);—Alonso Martínez, Arcipreste de Talavera. «De las malas mujeres, ó Corbacho, Parte I, c. 18;—y en los romances: «Mandó el rey prender Vergilios.» Comp. con esto las notas de Durán, Romancero general, segunda edición, t. 151.)

(1) Véase *Fabul. Aesop. ex Aphthonio Sophista*, fáb. 32 en: *Fabul. Aesop...* c. ac. *st. Fr. de Furia*. Lipsiae, 1810, 8; fáb. 218: Τοξότης καὶ Ἀετός.

(2) Impresa en la «Floresta» de Faber, tom. II, núm. 447.—Véase Phaedrus, lib. I, fáb. 3. *Graculus superbus et Pavo.*

(3) Véase Romulus Divisionens, et Ulmens; lib. III, fáb. 2: *Leo et Equus;* en nuestro poeta con alguna alteración y otra moraleja completamente distinta.—En Faber, l. c., núm. 444.

(4) Véase Phaedrus, lib. I, fáb. 21: *Leo senex, Aper, Taurus et Asinus*. En español, á causa de la aplicación, con otra terminación.—En Faber, l. c., núm. 445.

(a) Sobre la leyenda de Virgilio mago debe consultarse principalmente la obra magistral de Comparetti *Virgilio nel medio-evo.*—(M. M. y P.)

mente «Acidia» que explica por la fábula del zorro citado á juicio por robo ante el mono (1).

Ni aún después de este considerable catálogo de pecados ha agotado el poeta sus reproches contra «Don Amor»; prosigue increpándole como seductor de hijos, pervertidor de las costumbres, etc., etc.; quien más le cree, más acerbamente será engañado por él; seductor y seducida, engañador y engañada son al fin y á la postre burlados por el muy perverso, y les sucede con él como en la fábula al ratón y á la rana con el buitre (2). Finalmente cierra el poeta su filípica, y no por falta de asunto, puesto que añade sencillamente:

Mucho más te diría, salvo que non me atrevo,
Porque de muchas duennas mal querido sería,
Et mucho garzón loco de mi pro sacaría,
Por tanto non te digo el diesmo que podría:
Pués cállate e callennos, Amor, vete tu vía.

Pero sería una acción más que inicua que «Don Amor», que se ha dejado insultar tanto tiempo sin decir palabra, se vaya callando; el autor, teniendo en cuenta la justicia poética, se cree obligado á oir y aceptar la réplica. («Aquí fabla de la respuesta que D. Amor dió al Arcipreste.») El Dios, menos vengativo que lo que se suele creer, no se contenta, sin embargo, con reprenderle meramente sus inconsideradas injurias, y mostrarle que en gran parte debe culpar á su adversa fortuna; sino que le da magnánimamente buenos consejos de cómo ha de conducirse en adelante para conseguir que le correspondan las be-

(1) Véase Phaedrus, lib. I, fáb. 10: *Lupu et Vulpis, judice Simio.* En nuestro poeta está muy aumentada y convertida á la vez en sátira contra los jueces y abogados. («Abogado de fuero: oy fabla provechosa») y parodia del estilo judicial; notable en este respecto como descripción de los procedimientos de derecho usados entonces. Aquí empieza el extracto en Velázquez.—Copla 364-377 según Sánchez.

(2) V. Esopo-Coray, fáb. 245: Μῦς καὶ Βάτραχος

las, recomendándole que lea diligentemente los escritos de sus avisados discípulos «Pánfilo» y «Nasón» (1):

Quesiste ser maestro ante que discípulo ser,
Et non sabes la manera como es de deprender,
Oye é leye mis castigos, é sabelos bien faser,
Recabdarás la dueña, é sabrás otras tener.
.....
Si leyeres Ovidio el que fué mi criado,
En él fallaras fablas, que le hobe yo mostrado,
Muchas buenas maneras para enamorado,
Pánfilo y Nasón yo los hobe castigado (2).

---

(1) Estos consejos, que dan al poeta primero Amor, y Venus después, son sin duda alguna imitación del «Arte de amar», de Ovidio, como se puede probar en cada caso (p. ej., copla 418, compárese con *art. amat.*, libro I, v. 32-33;—421 con ibid v. 35;—426-447, con lib. II, v. 197-98, etc.) Pero un Ovidio vestido á lo medioeval y felizmente localizado por nuestro español.—Cuán amenudo fué imitada esta obra de Ovidio por los poetas de la Edad Media, véase p. ej., en Legrand «*Fabliaux*» (París, 1829, tomo II, página 265-296), quien de muchos poemas semejantes en antiguo francés, acerca del arte amatoria, ha escogido y dado á conocer tres, formados sin género de duda según el modelo de Ovidio. Acaso nuestro español tuvo á la vista, dado su conocimiento de las obras de los troveros, alguno de ellos.

(2) Comp. también copla 865.—Del Pánfilo aquí nombrado tendré ocasión de hablar más adelante.

FERNANDO WOLF.

(Continuará.)

OBRAS NUEVAS

A fán de Ribera (A. J.)—La Noche Buena; juguete cómico. En 8.°, 26 páginas: 1 peseta.

Agenda médica para el bolsillo ó libro de memoria: diario para 1895. En 12.°, II 118 hojas de memorandum, 248 páginas y anuncios. En tela: 2,50 pesetas.

Aleu (L. M.)—Nociones de contabilidad general del Estado. En 8.°, 79 páginas: 1,50 pesetas.

Alfaro y Navarro (E.)—Colección de trozos escogidos de los autores clásicos latinos. En 8.°, 343 páginas: 6 pesetas.

Almanaque de Barcelona Cómica para 1895. En 4.° mayor, 64 páginas: 1 peseta.

Andreu (R.)—Taquigrafía moderna. En 8.°, 95 páginas: 2 pesetas.

Balaciart.—La Gamazada; historia encomiástica desde los últimos días de la creación hasta al fin del mundo. En 8.°, 223 páginas: 2 pesetas.

Balbín (V.)—Tratado de estereometría genética. En 4.° mayor, XI-127 páginas, con 93 figuras intercaladas en el texto.

Barra (E. de la).—Problemas de fonética, resueltos según un nuevo método. En 4.°, 192 páginas.

—Primores de la lira antigua, por Eduardo de la Barra. En 8.°, 19 páginas.

Boado y Castro (J.)—El fusil Maüser español, modelo de 1893. En 8.°, 168 páginas: 3 pesetas.

Boigas de Argullol (J.)—Los Pueblos orientales. China y Japón. En 8.°, 148 páginas: 2,25 pesetas.

Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid. Tomo XXXVI. Año de 1894. En 4.°, 527 páginas: 30 pesetas.

Briones (G.)—Cuentos. En 8.°, IX-169 páginas: 2 pesetas.

Bruna (J. C.)—El juego ante la verdad, el derecho y la justicia. En 8.°, 128 páginas: 1,50 pesetas.

Carcassó (J.)—Ali oli; humorada cómico-lírica. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Careta y Vidal (A.)—¡Tot per ella!; comedia en un acte. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Colección de escritores castellanos. Tomo 104. Memorias de la vida del Excmo. Sr. D. José García de León y Pizarro, escritas por él mismo. En 8.°, 443 páginas: 5 pesetas.

Delgado (S.)—... Y pocas nueces. En 12.°, 277 páginas: 2 pesetas.

—Lluvia menuda (colección de versos), por Sinesio Delgado. En 12.°, 191 páginas: 0,50 pesetas.

Díaz de Escobar (N.)—Efímeras; colección de poesías. En 4.°, 191 páginas: 4,50 pesetas.

Dios Baco (El); colección ilustrada de artículos, poesías, cuentos y chascarrillos vinícolas antiguos y modernos. En 8.°, 207 páginas: 1 peseta.

Fabra (N. M.)—Cuentos ilustrados. En 4.°, 263 páginas: 4 pesetas.

Fouillée (A.)—Historia de la filosofía, por Alfredo Fouillée; traducida por Eduardo Gómez de Baquero. En 4.°, dos tomos, 352 y 400 páginas. «La España Moderna»: 12 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Fuensanta del Valle (M. de la) y Vega de Armijo (M. de la).—Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia. En 4.°, 83 páginas.—Tema: El progreso de las ciencias históricas á consecuencia de los nuevos descubrimientos llevados á cabo en el siglo actual.

García Abad (R.)—Hojas sueltas. En 8.°, 288 páginas. En tela: 0,50 pesetas.

Gaspar (E.)—Pasiones políticas. En 12.°, 144 páginas: 2 pesetas.

Gironi (G.)—Manual práctico de la fabricación de toda clase de pan. En 4.°, 143 páginas: 3 pesetas.

Gómez (P. P.)—El Génesis, texto hebreo, con transcripción y versión latina. En 4.° mayor, 248 páginas: 5 pesetas.

Gómez y Pallete (J.)—Apuntes para el estudio de la trigonometría. En 4.°, 96 páginas: 4 pesetas.

González Llana (F.) y Francos Rodríguez (J.)—El pan del pobre: drama en cuatro actos y en prosa. En 8.°, 81 páginas: 2 pesetas.

Guevara (Tomás).—Incorrecciones del castellano. Santiago de Chile. En 8.°, 268 páginas: 3,50 pesetas.

Gumá (C.)—¡Jesús, María, Joseph!; juguet comich, original, en un acte y en vers. En 8.°, 32 páginas: 1 peseta.

Helguera y García (A. de la).—Tratado elemental de contabilidad y teneduría de libros por partida doble. En 4.°, 96 páginas: 1,50 pesetas.

—Nociones y comentarios de historia general religiosa. En 8.°, VIII-264 páginas: 2 pesetas.

Horacio. — Odas. Traducción en verso, notas y observaciones críticas del P. Hermenegildo Torres. Tomo primero. En 8.° mayor, 671 páginas.

Hugo (F.)—Album para sellos de correos, por F. Hugo. Un tomo, papel: 16 y 17,50 pesetas.

Hunter (G. A.)—Sumario de derecho romano, escrito en inglés, por Guillermo A. Hunter, M. A. Ll. D. En 4.°, 219 páginas: 4 pesetas. — Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Los católicos alemanes, por A. Kannengieser, y los católicos españoles, por G. Villota, canónigo de Burgos. Madrid, imprenta de Luis Aguado, 1894. En 8.°, 488 páginas. Librería de G. del Amo: 2,50 pesetas en Madrid y 3 en provincias.

Lenz (R.)—De la ortografía castellana. (Publicado en los «Anales de la Universidad».) Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, 1894. En 4.°, 23 páginas.—No se ha puesto á la venta.

López del Arco (A. R.)—Totum revolutum (prosa y verso). En 8.°, 229 páginas: 2,50 pesetas.

Marcolain San Juan (P.)—Medios prácticos de convertir á Málaga en la mejor estación de invierno de Europa. En 4.°, VIII-87 páginas: 1,50 pesetas.

Molina Donoso (A. F. de).—Cordobesas. En 8.°, 72 páginas: 2 pesetas.

Molins (A. E. de).—Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX; apuntes y datos.—Cuaderno 44.—En 4.°, á dos columnas.—Cada cuaderno 2 pesetas.

Moret (S). — Discurso leído en el Ateneo científico y literario de Madrid, con motivo de la apertura de sus cátedras. En 4.°, 34 páginas.

Muñoz Morillejo (J.)—Tratado de perspectiva con aplicación á las bellas artes y artes industriales. En 4.°, 218 páginas: 20 pesetas.

Navarro (C.)—Los vampiros; zarzuela en un acto y en prosa. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Navarro (C.) y Herrero (M.)—Cosas de pueblo; juguete lírico en un

acto y en verso. En 8.°, 26 páginas: 1 peseta.

Navarro García (R.)—Sinopsis sistemática de la función tutelar. En 8.° mayor, VIII-85 páginas: 1,50 pesetas.

Navarro Gonzalvo (E.)—El Guirigay; humorada mitológica en un acto y cuatro cuadros. En 8.°, 37 páginas: 1 peseta.

—La avaricia rompe el saco; zarzuela cómica en un acto y en verso, original de Eduardo Navarro Gonzalvo. En 8.°, 34 páginas: 1 peseta.

Nebot y Pérez (J.)—Apuntes para una gramática valenciana popular. En 8.°, 204 páginas: 2 pesetas.

Nieto Serrano (M.) — Simbolismo geométrico de la vida. En 8.°, 99 páginas: 2 pesetas.

—Discursos leídos en la solemne sesión inaugural del año de 1895 en la Real Academia de Medicina, por el Excmo. Sr. Marqués de Guadalerzas, secretario perpetuo durante el año 1894, y el excelentísimo Sr. D. Francisco de Cortejarena y Aldebó, académico de número. En 4.°, 43 y 63 páginas. —Tema: Crítica del pensamiento médico moderno ante la práctica.

Pardo Bazán (E.)—Los poetas épicos cristianos. En 8.°, 331 páginas: 3,50 pesetas.—Obras completas. Tomo XII.

Peñuela y Sánchez (J. M.)—El primer sí: monólogo cómico en verso. En 8.°, 15 páginas: 1 peseta.

Pereda (J. M. de).—Peñas arriba. En 8.°, 3 hojas, 543 páginas: 4,50 pesetas.

Pérez (A.)—Mosaico escolar ó diccionario de frases, axiomas, biografías y obras literarias y artísticas. Dos tomos en 8.°, 1.279 páginas: 6 pesetas.

Ramírez Rojas (T.)—Arquitectura románica en Soria. En 8.°, 39 páginas.

Revilla (M. G.)—El arte en México en la época antigua y durante el gobierno virreinal.—En 4.°, 110 páginas. 10 pesetas.

Rodríguez Pinilla (Dr.)—Las medicaciones compensadoras. En 4.°, 16 páginas: 1 peseta.

Sala (P.)—El ateísmo ante el sentido común. Parte primera: Ateísmo popular. — Contestación á: Dios ante el sentido común, por el Abate Meslier: La religión al alcance de todos, por el Sr. Ibarreta: Las luchas de nuestros días, por el Sr. Pi y Margall: Dios, por el Sr. Suñer y Capdevila. En 8.°, VIII-207 páginas: 1 peseta.

Salcedo (J.)—Redimida; drama en tres actos y en verso. En 8.°, 85 páginas: 2 pesetas.

Serpa Pimentel (A. de).—El anarquismo; estudio acerca de la cuestión social. En 8.°, 87 páginas: 1 peseta.

Siles (J. de).—La Lira nueva. En 8.°, 47 páginas: 1 peseta.

Sumner Maine (S. H.)—La guerra según el derecho internacional. En 4.°, 207 páginas: 4 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Torre de Trassierra (G. de la).—Cuéllar. En 8.°, 136 páginas con grabados y una lámina: 3 pesetas.

Torres Campos (R.)—Estudios geográficos. En 4.°, XVI-475 páginas: 7 pesetas.

Valdés (J.)—Exposición que dirige al rey D. Fernando VII el mariscal de campo D. Jerónimo Valdés, sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú, desde Vitoria á 12 de Julio de 1827. (Documentos para la guerra separatista del Perú.) La publica su hijo el conde de Torata, coronel retirado de artillería. Tomo I. En 4.° mayor, 259 páginas.

INDICE

Págs.

El Ultimo vals, por José Alcalá Galiano..... 5
La Reacción proteccionista en España, por Gabriel Rodríguez... 34
En torno al casticismo, por Miguel de Unamuno..... 57
Recuerdos, por José Echegaray..... 83
Goya (continuación), por Zeferino Araujo Sánchez..... 101
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 135
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez..... 153
La Literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo..... 185
Obras nuevas..... 205

AP
60
E8
año 7
no.73-75

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY